

MONSTRUOS

FINAL DE LA TRILOGÍA *CENIZAS*

Ilsa J. Bick



Traducción de
Carmen Torres
y Laura Naranjo

Lectulandia

Cuando Alex se adentró en el bosque, lo hizo convencida de que ya no había vuelta atrás. Sólo ahora que su presente es brutal ha comprendido hasta qué punto aquello era cierto.

Primero fue el zumbido. Después, los dispositivos electrónicos dejaron de funcionar. Y entonces los hombres se convirtieron en monstruos que redujeron el mundo a cenizas y sombras.

PARA SEGUIDORES DE *LOS JUEGOS DEL HAMBRE* Y *THE WALKING DEAD*

«*Cenizas* me mantuvo en vilo del principio al final. Es oscuro, inquietante y mantiene el suspense. Me ha encantado».

James Dashner, autor de *El corredor del laberinto*

PODRÍA PASAR MAÑANA.

¿SOBREVIVIRÍAS?

Lectulandia

Ilsa J. Bick

Monstruos

Cenizas - 03

ePub r1.0

orhi 24.06.16

Título original: *Monsters*

Ilsa J. Bick, 2013

Traducción: Carmen Torres y Laura Naranjo

Editor digital: orhi

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Dedicado a los supervivientes

LOS PERSONAJES

Alex Adair: Se fue a vivir con su tía a Illinois después de que su madre, médico de urgencias, y su padre, policía, murieran en un accidente de helicóptero tres años atrás. Y lo que es peor: Alex lleva un monstruo en la cabeza, un tumor cerebral inoperable que le ha arrebatado el sentido del olfato y muchos de sus recuerdos, en especial los de sus padres. Después de dos años de quimio, radio y regímenes especiales que no sirvieron para nada, Alex ha decidido tomar las riendas. Cuando empieza la novela, Alex ha huido en lo que puede considerarse una perfecta caminata mochilera de no retorno por el Paraje Natural de Waucamaw, en la península superior de Michigan. Pretende cumplir la última voluntad de sus padres y esparcir sus cenizas desde Mirror Point en el lago Superior. Resulta que también tiene la pistola de servicio de su padre, una Glock, por si decide no volver. Después del Cortocircuito, Alex recupera el sentido del olfato a lo bestia, un supersentido que también le permite intuir emociones y, en una ocasión, capta un destello de lo que pasa por la cabeza de un lobo, lo cual es bastante raro, hasta el punto de que, como los perros, es capaz de detectar el insoportable hedor a animal atropellado de los Cambiados. Oh, y de repente los perros son sus mejores amigos.

Ellie Cranford: Huraña, poco colaboradora y quejica. Alex tiene que contenerse para no abofetearla. ¿Qué se puede decir? La cría tiene ocho años. Su padre murió en combate en la guerra de Iraq y su madre la abandonó unos años antes, de modo que ahora está bajo la custodia de su abuelo, Jack, que puede que tuviera la paciencia de un santo, pero que la estaba malcriando. Odia ir de acampada y, en cualquier caso, tiene razones de sobra para estar un poquito cabreada. Al principio la rescata Alex y luego Tom, pero más tarde unos adultos despreciables que la ven como un vale de comida la secuestran.

Mina: La perra de Ellie, una malinois belga y antigua PTM (perro de trabajo militar) de su padre. *Mina* es paciente, pero, si te ataca, te da un buen bocado. Los adultos despreciables también se la llevan.

Tom Eden: Joven soldado y especialista en explosivos de permiso de Afganistán; un tipo competente que complementa a Alex en muchos sentidos. Después de que Alex y Ellie consigan esquivar una jauría de perros salvajes, Tom las salva disparando a su colega, Jim, que ha sufrido un brutal cambio de estilo de vida. Tom, un chico serio y tranquilo por quien Alex siente una atracción instantánea, también tiene sus propios secretos. El primero es por qué está en el Waucamaw. Tras dejar la (relativa) seguridad del Waucamaw —hablamos de perros salvajes, trampas y chavales que de pronto han decidido que la gente puede convertirse en excelentes Happy Meals, Tom resulta herido por un disparo cuando trata de evitar que los adultos despreciables se lleven a Ellie.

Chris Prentiss: El nieto del reverendo Yeager y el segundo al mando de Rule, aunque se crió fuera de la comunidad. Es oscuro, reservado y un poco huraño, pero

tiene una habilidad sorprendente para encontrar Salvados, sobre todo al norte, en las inmediaciones de Oren y de su comunidad amish. Cuando Alex llega a Rule, se enamora de ella hasta las trancas y, aunque al principio Alex estaba decidida a escapar, al final le corresponde.

Peter Ernst: El comandante general de Rule, aunque recibe las órdenes del Consejo de los Cinco, los representantes de las familias fundadoras de Rule y quienes dirigen el pueblo. A sus veinticuatro años, Peter es el Salvado de más edad y sobreprotege a Chris. Peter tiene un rollito con Sarah, una de las compañeras que viven con Alex.

Sarah, Tori y Lena: Compañeras de casa de Alex; todas refugiadas a las que Rule ha ofrecido asilo. De las tres, Sarah es un poco mandona. La buena de Tori está colada por Greg (otro Salvado que forma parte de la cuadrilla de Chris) y por Chris, y además hace unos postres de manzana para chuparse los dedos. Lena, taciturna, irreverente y oriunda de esa comunidad amish cercana a Oren, es una chica con carácter. Tras manipular a Peter, una vez intentó escapar, pero la capturaron en la Zona, una tierra de nadie que los que han sido Expulsados (es decir, desterrados de Rule por varias ofensas) deben atravesar para salir de la esfera de influencia de Rule.

Reverendo Yeager: Descendiente de una de las cinco familias fundadoras de Rule. Tras haber amasado una fortuna gracias a su rentable compañía minera, Yeager lidera el Consejo de los Cinco. (Los otros miembros del Consejo son Ernst, Stiemke, Prigge y Born). Antes del Cortocircuito, Yeager iba perdiendo poco a poco la cordura en el ala de enfermos de alzhéimer del asilo de Rule. Sin embargo, tras el Cortocircuito, despertó de algún modo. Como Alex, posee un supersentido especial y es capaz de adivinar la verdad y las emociones a través del tacto.

Jess: Mujer dura con una facilidad pasmosa para citar versículos de la Biblia. En lo que respecta a quién debe tomar las decisiones en Rule, Jess parece tener sus propias prioridades. Desea fervientemente que Chris le plante cara a su abuelo, pero este se niega por varias —y buenas— razones. Además, anima a Chris y a Alex a que acorten distancias sin el menor disimulo.

Matt Kincaid (el doctor): Desaliñado, pragmático, muy inteligente y el único médico de Rule. Él también es un Despertado, aunque no tiene ningún supersentido. Es el único al tanto del tumor cerebral de Alex y de su supersentido del olfato. Kincaid cree que el monstruo puede estar muerto, dormido o reconvirtiéndose en algo completamente distinto.

Jed y Grace: Una pareja de ancianos de Wisconsin que rescató y cuidó a Tom hasta que este se restableció. Jed, un veterano del Ejército, sufrió un daño cerebral que lo dejó ciego de un ojo y un poco desorientado. Después del Cortocircuito, su vista se transformó en un supersentido. Grace, enferma de Alzheimer, se convirtió en una Despertada, recuperó sus conocimientos de enfermería y desarrolló una asombrosa habilidad para los números.

Lobezno: Apodo que Alex le pone al jefe de un grupo de Cambiados, que además

resulta ser el gemelo idéntico de Chris (y cuya existencia este ignora por completo). Aunque Lobezno a veces parece sentirse unido a Alex y atraído por ella y la protege para que no acabe como un Happy Meal para el resto de la pandilla (Beretta, Acné, Caracortada y Araña), Alex no está del todo segura de que no la esté reservando para el postre.

Leopardo: El líder de un grupo rival de Cambiados y principal novio de Araña.

Daniel: Reclutado por Mellie junto con su hermano pequeño, Jack. Dirigió una redada fallida para liberar a Alex. Araña asesinó a Jack, que esa noche acabó como plato fuerte de la cena.

Weller: Aunque es uno de los hombres de Peter, Weller trabaja en realidad para Finn (ver en la página siguiente). Su implicación con el cabecilla de la milicia parece estar más relacionada con una venganza contra Peter por algún hecho desconocido del pasado que con una reivindicación en contra de Rule.

Elias Finn: Veterano de Vietnam y ahora líder de una antigua milicia secreta y bien establecida. Algunos de sus hombres se han infiltrado en Rule y han capturado a Peter, pero Finn parece más interesado en si los Cambiados pueden amaestrarse y, sometiendo a Peter a continuos combates a vida o muerte, también aprender. Sin embargo, sus objetivos a largo plazo y las razones de su odio atroz por Rule no están claros.

Davey: Uno de los chicos Cambiados a los que Finn está amaestrando... y entrenando.

Mellie: Una especie de abuela que reúne y arma a niños para invadir Rule.

Luke y Cindi: Miembros del grupo de Mellie. Luke, de catorce años, es el mayor y está muy unido a Tom. Cindi, hija de una psiquiatra infantil y vigilante del grupo, bebe los vientos por Tom.

DÓNDE ESTÁ Y QUÉ HACE CADA UNO AL FINAL DE SOMBRAS

Alex: Está atrapada en el derrumbamiento de la vieja mina de Rule y cae por un pozo de escape que se inunda rápidamente.

Tom: Tiene el corazón roto y se culpa por la muerte de Alex. Cuando Luke y Cindi le cuentan que Mellie y Weller (herido en la misión para destruir la mina) planean marchar pronto sobre Rule, admite que teme ir porque su odio por Chris, a quien Weller responsabilizaba de haber expulsado a Alex de Rule, es tan oscuro y monstruoso que no desea otra cosa que matarlo.

Chris: Está inconsciente, moribundo y atrapado bajo una trampa para tigres con pinchos de hierro a las afueras de Oren.

Peter: Sigue siendo el prisionero de Finn. Tras matar a varios Cambiados a cambio de comida y agua —y enseñar irónicamente a Cambiados como Davey las mejores técnicas de lucha—, se enfrenta a una decisión: comer carne humana o morir de hambre.

Lena: Lucha contra la necesidad de alimentarse de Chris, a quien ya en realidad no reconoce. Sobresaltada por la repentina aparición de un perro, huye y termina rodeada de una banda de Cambiados que lleva días siguiéndola en la sombra.

Lobezno: Ha desaparecido después de que Araña le disparase. Sin embargo, Alex cree detectar su olor con su supersentido justo antes de que la conduzcan al interior de la mina con los demás prisioneros.

Jess: Está malherida, comatosa y probablemente siga en Rule bajo los cuidados de Kincaid.

Las bajas: Jed, Grace, Daniel, Jack, Leopardo, Beretta y Caracortada. Araña y Acné supuestamente murieron en el derrumbe de la mina.

Alex sólo había caído así una vez en su vida. Le ocurrió cuando tenía nueve años y dio un salto mortal desde Blackrocks Cliff en Presque Isle hasta las aguas de un profundo azul zafiro del lago Superior. Recordó que el aire estaba cargado de un aroma a lilas silvestres y a brotes de madreselva. Aunque el sol abrasador le pegaba de lleno en los hombros, tenía los brazos y las piernas como papel de lija por la piel de gallina, pues el viento que rozaba la superficie del lago Superior seguía siendo muy frío incluso en junio. Además, la verdad es que también estaba muerta de miedo. En el filo del acantilado, con los dedos de los pies aferrados al basalto rugoso, bajó la mirada más allá de su nuevo bañador verde esmeralda, sintió que el alma se le caía a los pies y pensó: «Ni en broma». Aquella caleta parecía diminuta. Su padre, que se había tirado primero dando un grito y un brinco, no era más que un puntito.

—¡Vamos, puedes hacerlo, cielo! —Alex veía el destello blanco de su sonrisa: un hombre bronceado, musculoso, campechano y seguro de sí mismo que la llevaba a hombros y cantaba canciones a grito pelado—. ¡Salta adonde estoy yo, princesa! No pasa nada, ¡sólo tienes que recordar que los pies van primero!

—Va-va-va... —Quería decir «vale», pero los dientes le castañeteaban. No sabía por qué le daban tanto miedo las alturas. Por ejemplo, la fiesta de cumpleaños de Stephanie del mes pasado con la pared de escalada: eeeerror. No sólo fue la única que se quedó paralizada y luego se resbaló, sino que estuvo *así de cerca* de hacérselo encima. Y ahora su padre la desafiaba a precipitarse desde allí arriba. Por diversión. Ja.

«No puedo hacerlo, no puedo... —De repente, cada uno de los músculos de su cuerpo se agarrotó, salvo la cabeza, que aumentaba y se hinchaba como un globo—. Voy a desmayarme. —Su cerebro pareció sorprenderse—. Así es como te sientes cuando...».

Notó un zumbido, como si el motor de un avión de reacción le estallara en el cráneo, haciéndola saltar por los aires. De pronto, no se encontraba en su cuerpo; más bien, flotaba muuuy lejos de allí y bajaba la vista hasta aquella niña chiquitina del bañador verde oscuro que sólo era un manchurrón esmeralda con el pelo rojo como la sangre. Mucho más abajo, tan pequeño que apenas era una mota en un ojo muy azul y acuoso, estaba su padre.

—¿Alex? —La voz de su padre tenía la fuerza de un mosquito—. Vamos,

princesa, salta.

—Si no quiere... —Hablabla su madre, la agonías que, sentada en una medialuna lejana cubierta de chinos, se hacía visera en los ojos con una mano mientras el viento le arremolinaba el pelo—. No tiene que demostrar...

«Pues sí, tengo que hacerlo». Las palabras de su madre —la duda de que Alex tuviera o no agallas— cortaron la cuerda de la extraña cometa a la que su cerebro se aferraba. Aquella misteriosa distancia se desvaneció y Alex volvió a zambullirse en su piel, más rápido que una centella, para inundar el espacio que había tras sus ojos.

Acto seguido, estaba flotando sobre el mar abierto, sin recuerdo alguno de haberse lanzado desde el acantilado. Seguramente era lo mejor, porque se habría puesto histérica: «Me voy a resbalar, me voy a resbalar, me voy a romper una pierna o a partirme la cara», y lo único que habría conseguido es asustarse más. Atravesó el aire en medio de un agudo silbido mientras su pelo, largo y rojo, ondeaba al viento como un paracaídas roto.

El contacto con el agua, aún helada en aquella época del año, fue todo un impacto. Cayó de cadera, un duro golpe que le hizo expulsar una bocanada de aire entre los labios. De su boca salieron unas burbujas plateadas y titilantes que la rodearon. Por la nariz se le metió agua y el dolor de la congelación del cerebro la asustó todavía más que perder lo que probablemente no sería más que un sorbito de aire. Además, se oía a sí misma: un sonido entrecortado bajo el agua, un *ggggguu* que no llegaba a ser un grito, pero que se le parecía mucho. El agua no era en absoluto azul, sino que estaba turbia y se había vuelto de un verde metálico y realmente extraño. No veía más allá de unos metros y... ¿seguía hundiéndose? «¡Voy a ahogarme! —Sintió que el pánico se le colaba en la cabeza como una rata y le mordisqueaba los glóbulos oculares mientras daba vueltas y el pelo se le arremolinaba como si fueran algas—. ¡Voy a ahogarme! —Presa del miedo, buscó a su padre, pero no vio ni piernas, ni pies, ni manos ni nada. No estaba segura de dónde quedaba la superficie. Estiró el cuello y vio que el agua amarilleaba por el brillo difuso del sol—. ¡Vamos, ahí está, vamos, vamos, nada!». Pataleó con todas sus fuerzas, ascendió como una bala y atravesó la superficie emitiendo un fino chillido:

—¡Aah!

—¡Esa es mi niña! —Su padre apareció allí al instante, riendo, con el pelo húmedo, negro y resbaladizo como la piel de una foca—. ¡Esa es mi Alex! ¿A que ha sido divertido?

—Mmmm —gruñó. Su padre, que seguía riendo a carcajadas de puro regocijo, la cogió en brazos y la alzó (ahora su risa era delirante) muy alto, casi fuera del agua, antes de bajarla hasta él, porque era muy fuerte.

Luego bracearon juntos hasta la playa de grava: su padre nadaba lentamente de costado y se mantuvo a su lado todo el camino mientras ella manoteaba para llegar a la orilla y a casa.

Ahí era donde su recuerdo terminaba. Era incapaz de recordar si volvieron a subir

al acantilado. Conociendo a su padre —y lo mucho que ella quería complacerlo, ser su niña y atreverse a todo—, lo más probable es que lo hubieran hecho. Conociendo a su padre, seguro que la había invitado a un cucurucho de chocolate recubierto de trocitos de Mounds y Almond Joy, porque, como decía el anuncio: «A veces se te va la almendra». Seguro que él había picoteado un poco de su helado para que ella pudiera probar también el suyo. Apostaba a que luego le había dicho a su madre: «Relájate, cariño, ya se lo lavaré», mientras Alex le daba crujientes bocados a las almendras y al coco jugoso y blando y se lamía los churretones de chocolate, derretido por el calor de la tarde, que le corrían por la muñeca, el antebrazo y el hueso del codo. Su padre era así.

Lo más probable es que no hubiera permanecido bajo el agua más de diez segundos. Además, consiguió salir, y todo porque su padre la retó a intentarlo. Después de aquel salto, creyó poder atreverse a cualquier cosa, porque cada vez que saltara él estaría esperando para nadar a su lado, brazada a brazada, hasta la eternidad.

Por supuesto, ella tenía nueve años y su padre era inmortal.

Y nada dura una eternidad.

Años más tarde, después de que sus padres murieran, los médicos le dijeron que había vivido una experiencia extracorporal. Algo de lo más normal, nada de magia. Por ejemplo, algunos epilépticos tenían experiencias parecidas todo el tiempo. Los místicos y los chamanes bebían pociones con la esperanza de caminar por las estrellas y conocer a los dioses. Según los médicos, todo se reducía a una simple reacción química del cerebro, pues los interruptores de la mente ya estaban preparados y sólo necesitaban que estimularas el cerebro en el sitio adecuado, que le dieras un pellizquito. Así de fácil. Pues nada, descubre cómo embotellarlo y nos haremos ricos.

De hecho, su último médico consideraba que lo ocurrido en Blackrocks —aquel empellón desde la tapa de los sesos— era obra del monstruo, que comenzaba a despertar. Que, después de todo, la falta de sueño y el olor fantasma a humo no eran los primeros síntomas. Que ya entonces su monstruito estaba eclosionando, que estaba abriendo un agujero, pica que te pica, por el que mirar con su amarillento ojillo: «Hola, caracola».

Y desde entonces había estado cayendo, cayendo, cayendo...

Hasta este momento.

HACIA LA OSCURIDAD

1

Alex caía rápidamente en la oscuridad acompañada de una lluvia de piedras y astillas mientras la mina se desmoronaba a su alrededor y el agua subía rugiendo por la garganta del túnel de escape. Olía el final, precipitándose hacia ella: el agua helada y metálica, el olor de la nieve y del acero entremezclado con esa extraña y gaseosa efervescencia a huevos podridos. Más arriba, en la distancia, veía titilar las estrellas. La salida por donde Tom se había asomado hacía apenas unos minutos se había cubierto de sombras viscosas y oleaginosas conforme la tierra se plegaba y se desplomaba sobre sí misma.

Había estudiado física. La velocidad terminal era..., en fin, por algo la llamaban «terminal». Con una caída desde la suficiente altura, hasta una hormiga revienta. Una parada repentina, incluso en el agua, es como estrellar un coche contra un muro de ladrillo. El coche se estampa, claro está, pero todo lo demás —pasajeros, asientos, cualquier cosa que se mueva— lleva su propio impulso. Las personas se abalanzan unas contra otras, contra el asiento o contra el parabrisas, y el cerebro, el corazón y los pulmones se aplastan contra los huesos. Así que, si caía lo suficiente y al final se chocaba contra algo, el impacto no sólo la haría pedazos: prácticamente, la desintegraría.

Creía que estaba gritando, pero no podía oírse por encima del estruendo de las rocas y el bramido del agua. Algo duro le golpeaba la base del cráneo: no una roca, sino la Uzi de Leopardo, que seguía llevando colgada de los hombros y cuya correa le cortaba la axila derecha. La Glock 19 de Leopardo se le clavaba como un puño en la zona lumbar. Por primera vez en su vida, habría querido que todas las Glock tuvieran seguro. No es que creyese que el arma fuera a dispararse y a abrirle un agujero en la columna o en el trasero, pero hay una primera vez para todo, como el fin del mundo. Como tu propia muerte. Por otra parte, una bonita bala rápida y letal...

Y entonces, de repente, ocurrió. En el ultimísimo segundo, cerró la boca, contuvo el aliento y quizá pensó en salvarse por... por algo. Por alguien. Por Tom, tal vez. No, no tal vez. No había querido que Tom se marchara, pero tampoco podía dejar que muriera en aquel sitio... por ella. Era lo último bueno que podía hacer. Deseaba tantísimo que viviera que hasta dolía...

Después, no hubo más segundos. Ni más pensamientos ni recuerdos. Ni deseos, ni sueños ni lamentaciones. Nada. Fin del trayecto.

Impacto contra algo.

2

No fue un aterrizaje suave.

Alex apaleaba el agua como una almádena. Una punzada de agonía se le clavó en el tobillo derecho; la colisión estalló en sus caderas. Una bomba de dolor le subió por la espalda y le explotó en la cabeza. El golpe en la espalda provocó que a su alrededor todo se volviera negro. Durante un segundo, puede que dos, estuvo inconsciente, desamparada como un títere al que le han cortado los hilos.

Irónicamente, el agua que había estado a punto de matarla la espabiló para la segunda ronda. Su mente volvió en sí en medio de un grito cuando el agua helada se le coló por la nariz, le entró a borbotones por la boca e intentó inundarle los pulmones. Tenía la garganta hecha un nudo, ya que se le había cerrado para que no se ahogara. Era incapaz de tomar siquiera un poco de aire. Se puso a patalear con determinación y logró aspirar dolorosamente antes de que el agua le aferrara los tobillos y los muslos con sus acerados dedos, arrastrándola hacia abajo, abajo, muy por debajo de la superficie.

«¡No!». Un puñetazo de pánico rojo y candente le impactó en el pecho. Sumergida y en completa oscuridad, se revolvió a un lado y a otro sin la menor idea de dónde se encontraba la superficie. En medio de un torbellino creado por las corrientes opuestas, giró, dio vueltas, rodó. Su hombro derecho dio contra una piedra, un golpe impresionante que le produjo calambres hasta la muñeca y le dejó los dedos entumecidos. Trató de nadar. «¿Dónde está la superficie? ¿Dónde está?», pero sus movimientos resultaban espásticos, débiles. Su espalda era un único y prolongado foco de dolor. Ni siquiera estaba segura de que las piernas le funcionasen.

«Casi no me queda aire. Tengo que hacer algo». La garganta se le contrajo y se le tensó en un intento por obligarle a abrir la boca en busca de un aire que no existía. Una sólida banda de acero le presionaba el pecho cada vez con más fuerza, apretando, apretando. Su corazón, desesperado por un poco de oxígeno, latía rápido, más rápido, más rápido, más rápido, como si un puño le golpeará frenéticamente la caja torácica: «¡Déjame salir, déjame SALIR, DÉJAME SALIR!».

Un bandazo repentino. Algo se había enganchado. Alex sintió una sacudida entre los omóplatos y, luego, un tajo brutal cuando la correa de la Uzi le cortó la garganta. Las piernas, que la corriente le elevó, quedaron casi en vertical. Seguía estando bajo el agua —a pique de ahogarse—, pero ya no daba vueltas, al menos de momento.

«Estoy atrapada. La Uzi. El cañón plano de metal debe de haberse trabado en las rocas. —Si aquello era cierto y el arma estaba bien sujeta y no se movía...—. Si puedo darme la vuelta, tendré algo a lo que agarrarme y sacar la cabeza del agua. —Luchando contra la corriente, se enrolló la mano izquierda en la correa de la Uzi, que seguía cortándole el cuello, y llevó atrás la derecha, pero lo único que agarró fue líquido. Intentó impulsarse más cerca de una patada—. Vamos, vamos, vamos. —Su

pecho era una auténtica ampolla a punto de explotar. La garganta le hacía *ag-ag-ag* y se rebelaba contra ella para que parase ya, para que dejase de luchar, para que se rindiese—. Dios, por favor, ayúdame».

Sus dedos arañaron piedra, y allí estaba la Uzi, encajada en una grieta con forma de uve por encima de su cabeza, no a tres o cuatro centímetros, sino al menos a medio metro. No había forma de sacar la cabeza a la superficie, no mientras estuviera enredada en la correa y de espaldas. Tendría que darse la vuelta por completo. Para conseguirlo, necesitaría soltar la correa que tenía asida con todas sus fuerzas y confiar en que fuera lo bastante dura como para contrarrestar el tirón de la corriente. En que pudiera aguantar sólo con la mano derecha durante aquellos pocos segundos. De lo contrario, se ahogaría.

Intentó soltarse de la correa, se afanó. Pero su izquierda, paralizada por el pánico, se negaba a obedecer. No podía hacerlo. De ninguna manera. No tenía la fuerza suficiente. El agua iba a arrastrarla... Un último segundo de miedo visceral y luego tendría que respirar. Su boca se abriría y su vida habría acabado.

Entonces le vino una voz, el fantasma de un recuerdo, tan pequeño y lejano que apenas era audible entre su terror: «Vamos, cielo, suelta el arma o morirás. Salta, Alex, salta...».

Pero ya era demasiado tarde. Todo había acabado y ni siquiera su padre, con todo lo fuerte y seguro que era, podía salvarla.

Lo que le quedaba de aire salió burbujeando de sus labios, arrastrando consigo las notas finas e intensas de un último grito. Su mente se retorció y sintió que su cuerpo se desprendía, que su consciencia se desconectaba, se alejaba, se precipitaba hacia arriba, lejos, hasta que se vio como desde una gran altura y a través del lado equivocado del catalejo de un pirata: remota, desvalida en medio del torbellino, con el pelo rojo flotando a modo de algas sangrientas. Sin pensarlo conscientemente, sin planificación alguna, su mano izquierda se soltó de la Uzi. La ansiosa corriente tiró al instante de sus tobillos. De no ser por la protuberancia del hombro derecho, se habría liberado de la correa y se habría sumido en las profundidades en medio de un remolino. Pero aguantó, y entonces, sin saber cómo, empezó a girar, a darse la vuelta.

Tenía la mano derecha firmemente agarrada y la Uzi aguantaba; la izquierda encontró el arma y la Uzi seguía aguantando; a continuación, dio una poderosa patada para elevarse. El repentino corte en el tobillo no era más que una minucia comparado con la agonía inconmensurable de su pecho, porque ya no le quedaba aire, ya no le quedaba ni aire ni tiempo; pero el arma seguía resistiendo...

Alex quebró la superficie, atravesándola como una ballena torpe. Profirió un único «aaaaaaah» jadeante y estrangulado, y eso fue todo. Los codos, que no eran rivales para aquella poderosa corriente, se le doblaron y de inmediato se hundió y sumergió completamente la cabeza.

«¡Aguantá, aguantá, aguantá!» Un miedo lacerante se instaló en su corazón. Sabía que la Uzi estaba bien asegurada. Sin embargo, con cada sacudida de la tierra,

el arma corcoveaba como un potro salvaje y se encontraba tan por debajo de la superficie que Alex tenía que bregar por cada soplo de aire.

Otro impulso, otra bocanada de aire cortante y luego abajo de nuevo. La quemazón del pecho había disminuido un poco, lo cual equivalía a decir que los pulmones no le ardían y que su mente se estaba aclarando, que volvía a su sitio. Pero no podría seguir haciendo eso eternamente. Aunque daba la impresión de que había pasado un siglo, lo más probable es que no llevara en el agua más de dos minutos. La ropa y las botas, empapadas, pesaban tanto que parecía llevar puestas unas cadenas. Estaba agotada, los músculos le temblaban como la gelatina, el agua helada le quemaba la piel, robándole el calor y sus últimas fuerzas. Otro impulso. Una inhalación entre sollozos. Había una riada casi continua de piedras: pequeñas rocas que le golpeaban los brazos, le picoteaban el cuero cabelludo y le hacían sangre, que el agua se llevaba en cuanto se sumergía. También llovían fragmentos mucho más grandes: algunos le pasaban tan cerca que oía el zumbido al caer y el chapuzón.

«Tal vez debería intentar descansar, esperar a que la cosa se calme». Lo cual era hasta gracioso, de un modo extraño. ¿Calmarse? Para entonces se habría convertido en un polo. Si no hubiera necesitado el aire, se habría reído. Pataleó en busca de la superficie, abrió la boca para respirar...

Y entonces se dio cuenta, al tragar agua en vez de aire, de que el túnel se seguía llenando, de que el nivel del agua continuaba subiendo... y rápido.

3

«No». Agitó brazos y piernas, cayó de espaldas y se zambulló. La mano izquierda se le soltó de la escopeta y estuvo a punto de ser arrastrada por la corriente. Pataleó, luchó por volver a agarrarse a la Uzi y se impulsó hacia arriba para coger aire. Lo hizo por los pelos. El nivel del agua había subido tanto que hubo de echar la cabeza atrás y, aun así, ya le llegaba a la barbilla y le mojaba el labio inferior.

«Tienes que salir de aquí». Pero ¿cómo? Volvió a sumergirse. En algún lugar remoto muy por debajo se produjo una extraña sacudida, como si la tierra fuera una cáscara que un gigante intentara partir. Un instante después, otra roca se precipitó al agua con un *plof* amortiguado junto a su hombro derecho. ¡Dios! ¿Y si aquel túnel se rompía o una pared se desplomaba? Era una posibilidad y, en tal caso, aquello se convertiría en el mismísimo *Titanic*. De nuevo la maldita física: el agua desplazaba al aire. Si el agua salía en tromba del túnel hacia la seca caverna adyacente, estaba acabada; no podría resistir y la arrastraría y la centrifugaría hasta ahogarla en la oscuridad.

Contuvo la respiración todo lo que pudo antes de tomar otra preciada bocanada de aire. Intentó pensar qué podía hacer para salvarse, pero no se le ocurrió nada. Lo único con lo que contaba era la Uzi a la que se aferraba con ambas manos, la pequeña Glock 19 de la espalda y el *tanto* de Leopardo que llevaba amarrado a la pierna. Y este último, aunque era estupendo para clavarlo en la tierra o incluso para abrir asideros en el hielo, aquí le resultaba completamente inútil. La Glock seguía siendo una opción, pero sólo si lo que quería era mandarlo todo a paseo. ¿Podía arriesgarse a liberar la Uzi y a recolocarla más arriba? Volvió a sumergirse y se obligó a mantener los ojos abiertos. El frío le quemaba las córneas como un soplete. No veía nada, ni siquiera sus manos aferradas al arma. Así, a ciegas, tanteando con los dedos helados y entumecidos..., no tenía nada que hacer.

Vale. No podía contar con nada de lo que llevaba. Sólo con sus manos entumecidas y sus torpes pies. Emergió de nuevo y tragó un sorbo de aire. Arriba, el túnel se había vuelto negro, como si se hubiera cerrado. «Debe de haberse puesto la luna». Pero el espacio se intuía más denso y... saturado, como si algo lo taponara, probablemente rocas que sellaban la boca del túnel para dejarla atrapada como a un genio en una botella. «¿Y ya está?». Tenía por delante un callejón sin salida. Aunque, bien mirado, quizá fuera mejor así: estaba claro que escalar no era lo suyo.

Sin embargo, la vida es un bien preciado y el cuerpo es cabezota, como lo era ella.

«Papá tiene razón. Tienes que intentarlo. —Volvió a sacar la cabeza, aunque apenas le asomaba la punta de la nariz, y cogió otra desesperada bocanada de aire. Puede que le quedaran un par de ellas más y punto final. La mente seguía resbalándosele por momentos y haciendo aquel juego de prestidigitación que le

proporcionaba breves visiones de sí misma desde arriba, desde muy lejos—. Salta, Alex, salta. Ponte a escalar ahora mismo, antes de que te entre el pánico».

Cerró los ojos con fuerza y se dejó caer hacia atrás. El agua le cubrió la cabeza. Luego apretó los dientes e hizo tijera con las piernas al tiempo que se impulsaba con los brazos. Alternando las manos lo más rápido posible, primero la derecha y después la izquierda, logró pasar de un asidero inferior a otro por encima de sus hombros. Una vez inmovilizados los codos, balanceó la bota izquierda con tanto ímpetu que sintió un profundo dolor en la articulación de la cadera. Dio con roca, sintió el calambre en la rodilla y a continuación el metal bajo la bota y pensó: «Empuja». Aguantó y se impulsó hacia arriba, asegurando la pierna izquierda mientras se enderezaba. Su cabeza emergió a la superficie, seguida del pecho y el torso. Jadeando, se abrazó a la roca, mantuvo el equilibrio durante un segundo, dobló la rodilla derecha y repitió el proceso. Sintió una aguda punzada en el tobillo antes de que la sólida punta de su bota impactara en la roca. Se las arregló para arrastrar los pies en un torpe movimiento lateral, acomodándose gradualmente sobre el derecho y poniendo a prueba la articulación, la rodilla. «Tranquila, tranquila, despacio, no tientes a la suerte». Se fue relajando poco a poco, dejando que las piernas cargaran con su peso y tomaran el relevo de sus manos doloridas. Su tobillo aguantaba y su rodilla también. Al igual que la Uzi.

—¡Oh, Dios! —Por primera vez desde que la escalera se desintegró, se permitió una minúscula exclamación de triunfo. Pero todavía no podía cantar victoria; si estaba en lo cierto, aún le quedaba un buen trecho por recorrer y, además, toda aquella roca apiñada en la boca del túnel. El tobillo le daba latigazos y las sienas le palpitaban: un frenético *pu-pum, pu-pum, pu-pum* al compás de su pulso. El agua le chorreaba por el pelo y la ropa. El aire le azotaba las mejillas y el cuello y estaba empezando a tiritar. Con todo, se mantenía en pie agarrada a aquella roca del grosor de una cuchilla de afeitar, haciendo equilibrios sobre aquel fino borde metálico mientras el túnel temblaba y el agua arremetía, succionaba y se arremolinaba alrededor de sus rodillas. Las sacudidas eran ahora mucho mayores y la roca le cortaba los dedos. Entre el agua que bombeaba y entraba en tromba por las pequeñísimas grietas y hendiduras y el continuo temblor de la propia tierra, la roca tenía que ceder tarde o temprano. No creía que le quedara mucho tiempo—. Muy bien, venga, Alex —susurró—. Sigue avanzando, bonita, no puedes quedarte aquí.

Pero, ¡oh, cielos!, estaba tan asustada... Un escalofrío se apoderó de su cuerpo y los ojos se le inundaron de lágrimas. La primera cobró forma y corrió por su mejilla derecha. «No llores, venga, para...».

De pronto, su mente fue presa de un súbito desvanecimiento. El monstruo vibraba, se estiraba y se retorcía. Bajo sus manos, la roca pareció evaporarse como si un agujero negro se abriera en su cabeza.

«No, ahora no. —Las rodillas le flaquearon—. No... ahora que he llegado tan lejos...».

Y entonces sintió una mano en el hombro, como una araña.

4

Aquel toque la espabiló con la misma intensidad y contundencia que una bofetada. Alex se encogió y pegó un grito. La pierna izquierda le salió disparada del metal resbaladizo, como un personaje de dibujos animados que patinara con la cáscara de un plátano. Todo el peso de su cuerpo recayó en el maltrecho tobillo derecho. Volvió a gritar, esta vez de dolor. La vista se le puso púrpura. Desestabilizada, repechó en busca de agarre, arañando las piedras desesperada. Justo cuando estaba a punto de desprenderse, la mano que tenía en el hombro la agarró de la parka y le dio un tirón. Alex se enderezó y se tambaleó en el precario anaquel que formaba aquella Uzi.

—No —dejó escapar, horrorizada, con el corazón hecho un nudo en el pecho, porque ahora las piezas encajaban. Todo tenía sentido: los saltos de su mente; el monstruo, tan repentinamente alerta; aquella sensación de una multitud y de sombras pululantes por encima de su cabeza.

«Y el olor». Antes no se había percatado; había estado bastante atareada tratando de salvar su pellejo, gracias. Pero ahora estaba cerca: a podredumbre y a animal atropellado.

Y a sombras. A niebla fresca. A una oscuridad más profunda que un cielo sin estrellas.

—Dios mío —dijo—, Lobezno.

5

Un relámpago de brillante luz amarilla irrumpió en la oscuridad. Casi cegada por el resplandor, Alex entrecerró los ojos y estuvo a punto de hacer visera con una mano, pero necesitaba ambas para agarrarse. Luego cayó en la cuenta de que aquella luz debía de ser para ella. Los Cambiados veían muy bien en la oscuridad. Entonces divisó a Lobezno, con las piernas aferradas a la roca, colgando de una especie de arnés de cuerda basta enrollada alrededor de los muslos.

«Me ha olido, igual que yo capté su olor esta mañana. Ha venido a por mí». ¿Los había seguido todo ese tiempo? Podía ser. Los Cambiados seguían una ruta, se ceñían a un patrón. Así que tal vez Lobezno había esperado su oportunidad para comprobar si seguía viva y había trazado un plan para sacarla de allí. Antes del Cortocircuito, cuando Lobezno era Simon Yeager en vez de un monstruo, puede que él y sus amigos hubieran escalado un montón y explorado a fondo la mina de Rule y todos sus recovecos.

De pronto, se acordó: *Tom*. El corazón le martilleó. Tom había estado allí. La había llamado a voces y luego ella había oído disparos.

—¿Lo has matado? —Temía tanto por Tom que creyó que el corazón se le iba a romper. ¿Estaría muerto y tirado en la nieve por su culpa?—. Como lo hayas matado, como le hayas hecho daño...

Lobezno no respondió. No podía. Pero ahora que lo tenía tan cerca, olió algo más entremezclado con la niebla y las sombras: un aroma dulce y... agradable, un leve perfume a lilas y a madreSelva. Y la cara de su padre se materializó de repente en un fogonazo: «Salta adonde estoy yo, princesa».

—A salvo. —Las palabras escaparon de sus labios y, por un instante, dejó de importarle dónde se encontraba y lo que estaba ocurriendo. Era como si Lobezno y ella se hubieran escabullido a una habitación privada, silenciosa y bien iluminada sólo para los dos. «Y no sólo a salvo...»—. Casa —susurró—. ¿Familia?

El olor se intensificó. La cara de Lobezno se suavizó y, durante un momento, se convirtió en el fantasma de Chris —los labios que había besado, los ángulos y planos que sus dedos conocían— y sintió que el monstruo la alcanzaba, que era consciente de aquel dolor y de aquella ardiente quemazón de necesidad y deseo que le corría como lava por las venas.

«El monstruo conoce a Lobezno». Eso era nuevo, como lo eran las palpitaciones del cuello y ese algo tan cercano a un anhelo puro y rojo que le desgarraba el pecho. ¿Qué demonios estaba pasando? Las veces que su mente se había desligado de ella y había acabado tras los ojos de los Cambiados —Araña, Leopardo y Lobezno— se podían contar con los dedos de una mano y en general había sido en respuesta a las intensas emociones de ellos, no a las suyas. Tiempo atrás, Kincaid se había preguntado si el tumor se estaría reorganizando, si el monstruo estaría cobrando vida

propia al margen de ella. «Pues así es. El monstruo quiere a Lobežno».

—No. Yo tengo el control —dijo de manera mecánica, sin saber muy bien si le hablaba al monstruo o a Lobežno. Se aferró a la roca—. Soy Alex, no un mons...

¡CRACK!

Un grito escapó de sus labios. El ruido, procedente de algún lugar a su izquierda, había sido enorme. Al principio creyó ver más agua, un torrente de curso irregular corriendo a oscuras sobre el lecho de roca.

Pero entonces se oyeron más crujidos y chasquidos, los típicos sonidos que produce una capa de hielo sobre un lago profundo en pleno invierno, porque el hielo nunca descansa, siempre está en movimiento, va acumulando tensión hasta que se rompe. Aquel torrente irregular se convirtió en un negro relámpago que se fue haciendo más ancho, más oscuro y más largo... El agua seguía arremolinándose alrededor de su cintura, pero ahora notaba que el tirón era mucho más fuerte.

Arriba se oyeron varios *pums* y *bangs* cuando las rocas brincaron y rebotaron antes de caer en forma de lluvia pedregosa. ¡Crack! La pared de roca chirriaba y rechinaba de la presión. ¡Crack! ¡CRACK!

Y entonces fue cuando la Uzi por fin se movió.

Sintió el pánico en las venas. Casi sin pensar, saltó desplegando la mano derecha. Si el tobillo se le resintió, no se dio cuenta. Lo único que vio fueron las manos de Lobežno, una agarrada a su parka y la otra, enguantada, sujetando la tensa cuerda serpentina que debía de ser lo bastante resistente para soportar el peso de ambos. Notó el impacto de la muñeca del chico en la palma y luego se vio balanceándose en una especie de torpe movimiento de trapecio cuando Lobežno le dio un fuerte tirón, como si fuera la corredera de una corbata de cordón, para tratar de atraerla hacia su pecho. Y podría haberlo hecho, pues tenía la fuerza que a ella le faltaba y estaba anclado con solidez, pero en ese momento la Uzi volvió a moverse, una súbita sacudida que le cortó de cuajo la respiración.

Entonces perdió pie y cayó cuando la roca se desmoronó bajo su peso. La Uzi resbaló y fue arrastrada por el repentino oleaje hacia la nueva fisura que no dejaba de aumentar y que se había convertido en una gigantesca boca negra, siniestra y desdentada que sonreía y gritaba a la par que ella.

Al instante, la pared se rajó, reventó y se abrió con un rugido.

6

—*Wii-wii-wii*. —El brazo derecho de Aidan se desdibujó por la velocidad. Sonó un silbido y luego un latigazo viscoso cuando una antena de coche flexible entró en contacto con la masa sanguinolenta que una vez había sido la planta de un pie derecho—. ¡*Wii-wii-wii*, cerdito!

—¡No me pegues más, por favor, *no...* AAAHHH! —El tipo, Dale Privet, soltó otro chillido cuando Aidan le golpeó el pie izquierdo mientras Mick Jagger decía a gritos lo mucho que se alegraba de conocerte.

Dios, Greg deseaba con todas sus fuerzas que aquel viejo radio-casete jadeante callara para siempre. Tenía otra migraña monstruosa que marcaba el ritmo con Charlie Watts. Pero a Aidan le encantaban los Stones: «Son unos profesionales; es para ponerlos a toda caña veinticuatro horas al día los siete días de la semana». Que aquel cabrón supiera algo de tíos que eran profesionales torturando a otros tíos le acojonaba. Aquella pesadilla era como cuando Greg tenía seis años y su hermano mayor —un auténtico capullo, a Aidan le habría encantado— lo llevó a aquel viejo sitio mexicano, un viejo cascarón desvencijado al final de un carril de campo de un solo sentido. Lo que más recordaba Greg era cuando un par de tipos risueños con caretas de *Scream* que brillaban en la oscuridad le metieron la mano en un mejunje frío y viscoso al que llamaban tripas de monstruo. Sólo eran espaguetis, pero Greg pasó tanto miedo que se orinó encima.

Otro fogonazo impredecible, un silbido... y, ¡zas!, Dale pegaba otra sacudida violenta. Los íntimos amigos de Aidan, Lucian y Sam, presionaron hacia abajo para evitar que todo aquel invento —la puerta de un granero a la que habían clavado cinturones de coche y cuerdas— se cayera de los caballetes y se estampara contra el suelo. A Aidan le gustaban los caballetes. Cuando andaba por allí para practicar alguna asfixia simulada, lo único que tenían que hacer era deslizar un par de tablones de cinco por diez bajo el caballete a los pies de Dale (Aidan decía que el ángulo era fundamental; que tenía que ajustarlo para que el agua no inundara la nariz y la garganta). Cada vez que Dale saltaba, la puerta del granero saltaba con él.

—¡AAAHHH, para! —balbució Dale—. ¡Paraparapara, por favor, para!

—Entonces, dínoslo, cerdito. —Aidan se pasó la lengua por el labio inferior y por una reluciente mancha de sangre. Él era así: un psicópata en ciernes, esbelto y con cara de rata, ojos grises rasgados y greñas tan mugrientas que lo más seguro es que se dedicara a chupar piojos como tentempié de media mañana. Dos hileras de lágrimas tatuadas le recorrían las enjutas mejillas. Cuando un prisionero se quebraba, Lucían (un genio con las agujas, las puntillas y los martillos) añadía otra. Un mes más y Aidan sólo lloraría tinta—. ¿Cuántos en tu campamento?

—¡Ya te lo he dicho! —resolló Dale.

Greg pensó que, a juzgar por la piel que le colgaba de los brazos, antes Dale

habría sido bastante grandote y probablemente fuerte. Ahora no era más que otro viejo en gayumbos mugrientos que apestaba a orina, a sudor viscoso y a sangre fresca. A él no le gustaba mirar los escasos pelos grises que sobresalían de su pecho a modo de sacacorchos. Era como si le estuvieran dando una paliza a su propio abuelo, lo cual, en cierto sentido, estaban haciendo.

Y tampoco es que les estuviera sirviendo de mucho.

Era la tercera semana de febrero del peor invierno de su vida. Rule, que había ido más allá de sus posibilidades, se había quedado casi sin comida, municiones y medicinas. El pueblo se desmoronaba como la febril tormenta de una enfermedad que arrasa a su huésped y lo consume con un fuego demasiado abrasador y demasiado brillante hasta no dejar en su estela más que huesos. Las granjas, sin personal para protegerlas, habían sido saqueadas, y los rebaños que quedaban o los habían robado o habían muerto de inanición. Como habían sacrificado a la mayoría para aprovechar la carne, les quedaban veinte caballos y alrededor de dos docenas de perros. Tanto los viejos como los jóvenes estaban cayendo como moscas por la enfermedad y la hambruna. A pesar de su destreza y de las extrañas pócimas sacadas de libros arcanos sobre remedios naturales, setas y magia popular, Kincaid poco podía hacer.

Decían que la emboscada lo había desencadenado todo, que había sido el principio del fin: aquel día, seis semanas atrás, en que Peter fue asesinado en una emboscada que el Consejo aseguró que había organizado Chris. Lo primero que Greg pensó al oírlo fue que aquella gente no tenía ni puta idea: Chris era su amigo, una buena persona y valiente. Semejante artimaña nunca se le habría pasado por la cabeza. Chris y Peter eran un equipo; estaban unidos, eran como hermanos.

«Pero fíjate —sostenía la gente—, Chris salió huyendo cuando la cosa se puso fea». ¿Y eso era una prueba? Marcos 13:12: «Y entregará a la muerte hermano a hermano y padre a hijo», fue lo que dijo el reverendo Yeager. Joder, a Mateo le gustaba mucho aquello; repetía la misma mierda en el capítulo diez, versículo veintiuno. Con todo, justo el versículo siguiente mencionaba que los hijos se levantarían contra sus padres y que los matarían, que los buenos debían mantenerse firmes hasta el final y bla, bla, bla. Greg no tenía ni idea de lo que se suponía que significaba aquello. En esos momentos, le resultaba muy difícil distinguir quiénes eran los buenos o qué pensaba el chico del espejo.

Por otro lado, tampoco es que a él se le ocurriese nada mejor. Estaba agotado, hambriento, paralizado por lo que la situación le estaba obligando a hacer —a plantearse— y tan asustado de la oscuridad que había anidado en su pecho que volvía a tener seis años y se acababa de dar cuenta de que se había metido en una casa de los horrores. La mayor parte del tiempo se sentía al borde de las lágrimas. Pero debía ser fuerte. Tenían problemas serios, de vida o muerte, y ni Peter ni Chris iban a decirle lo que estaba bien y lo que no.

Teniendo en cuenta cómo estaban las cosas, había momentos en los que realmente pensaba: «Chris, pon un pie en Rule y te meto una bala entre ceja y ceja».

Lo que demostraba lo acabado que estaba él también.

* * *

—No queda nadie. —La boca de Dale dibujó un rictus desesperado y temeroso—. ¡Es la verdad!

—Mentira. —La voz de Sam resultaba perezosa, casi aburrida. Pero Greg lo sabía bien: si Dale no soltaba prenda, aquellos calzoncillos serían los siguientes. Entonces Sam, armado con su colección de herramientas (tenazas, alicates y sierras de mano), haría su trabajo. A Greg se le revolvió el estómago. Porque la cuadrilla de Aidan estaba formada por auténticos enfermos. Tras percatarse de que Lucian y Sam eran como hermanos con las mismas ideas, Aidan proporcionó a Rule su versión de los pandilleros: vándalos que le daban mucho a la sangre y a la tortura y poco a los grafitis. Greg se imaginó que esa era la razón por la que a Peter se le había ocurrido asignarle el puesto. También era la razón por la que Greg no se atrevía a detenerlos, aun siendo uno de los que ahora se suponía que mandaban.

«¿Mandar? Y una mierda». Por enésima vez, se preguntó qué cojones se habría fumado Yeager. Greg no era ni Peter ni Chris. Acababa de cumplir quince años. Ya tenía bastante con ser él *mismo*... quienquiera que fuese.

—¡No, no, estoy diciendo la verdad! Estaba yo solo, yo solo... ¡Aaahhhh! —Dale chilló cuando la antena de Aidan raspó carne hasta el hueso—. ¡Dios, Dios, Di...!

Y fue entonces cuando Greg sintió que la tierra se movía.

Alex gritó cuando una de las paredes del túnel se rompió y la roca cedió. Su hombro derecho era una bola de fuego de dolor rojo y líquido, con los tendones y los músculos tan tirantes que parecía que fuera a abrirse la piel y a desarticulársele el brazo. Se agarró al antebrazo de Lobežno a la desesperada y notó que los músculos de este temblaban por el esfuerzo. Entonces se le pasó por la cabeza que la cuerda de la que él colgaba iba a desgastarse, a desenredarse y a romperse, y que ambos caerían y serían arrastrados por la corriente. No tenía ni idea de si otros Cambiados intentaban subirlos desde arriba. Probablemente no pudieran por la fuerza del agua. Pero ella tampoco aguantaba más; el dolor era cada vez mayor, como si el hombro fuera a desencajarse. ¡Si al menos amainara un poco la corriente...!

«Pero no amaina... —El agua había descendido hasta justo por debajo de sus rodillas, aunque no más—. Debe de estar llenándose con la misma rapidez desde alguna otra parte». La cuerda se había desplazado hacia la izquierda y ahí se había quedado, arrastrada por el funesto curso que el agua trazaba; el peso de ambos se había concentrado en el extremo de aquel gigantesco péndulo. Como la cuerda se rompiera o Lobežno no pudiera sujetarla...

«Debo soltarme. —Un pensamiento disparatado que, dadas las circunstancias, tenía toda la lógica del mundo—. No puede conmigo. Por mi culpa vamos a morir los dos».

Un tirón. Sintió el temblor en el brazo y en los dientes. Por encima de ella, vio que Lobežno sacudía la cabeza y deslizaba el pie izquierdo subiéndolo por la roca. Otro tirón. Y entonces vio con claridad que aquel arnés de cuerda se tensaba cuando él dio otro medio paso, palpando con la bota derecha un saliente de roca que Alex habría jurado que le quedaba tres centímetros por encima tan sólo un segundo antes. Bajó la vista a sus piernas. ¿Era su imaginación o el nivel del agua había descendido ligeramente? «Están intentando subirlo. —Pero si eso era lo mejor que sabían hacer, de poco servía. ¿Podía mover las piernas, sacar una del agua? Cualquier cosa ayudaría—. Vamos, vamos». Los muslos se le tensaron y lucharon contra el azote del agua. Como presintiendo lo que se disponía a hacer, Lobežno le agarró con más fuerza la muñeca y tiró de ella para intentar elevarla un poco.

De improviso, la tierra dio un fuerte latigazo. Alex sintió la presión y, al instante, se produjo un crujido y un BUM que retumbó como un trueno. Volaron escombros. A su derecha, se abrieron unas vetas dentadas. Alguien gritó y luego un chico, con los brazos y piernas en aspás, cayó de arriba como un rayo acompañado de una lluvia de piedras y se precipitó al agua a unos cinco metros de ella, aunque el estruendo le impidió oír el chapuzón. El chico subió a la superficie y apareció una mano que arañaba el aire. La mandíbula se le descolgó, tal vez para esbozar un grito, pero el sonido se perdió cuando un torrente de agua le inundó la garganta. La mano en garra

se tornó un puño agonizante y los ojos desencajados se le pusieron en blanco. No tardó en hundirse y desaparecer.

Se produjo una nueva sacudida. La tensión del hombro remitió un poco y pensó: «¡Oh, mierda! —Volvió a mirar hacia arriba y ahogó un grito. La cara de Lobežno era una máscara de sangre—. Debe de haberle golpeado una roca». Vio que cabeceaba atontado y que sus brazos vibraban descontroladamente, con los músculos a punto de saltar.

«Se va a desmayar». En lugar del pánico que esperaba, percatarse de aquello le proporcionó cierta calma. Fuera o no un monstruo, se estaba jugando el cuello por salvarla. De modo que las cuentas estaban claras, la ecuación era exacta: si de verdad quería vivir, sólo había una manera de hacerlo.

«Ayúdalo. Haz algo».

Se armó de determinación y luchó con todas sus fuerzas por sacar las botas del agua. Juntó las rodillas, sintió el calambre y el temblor de sus muslos y sus pies se elevaron unos milímetros. Sólo una pizca, pero suficiente.

«Sí».

—¡Vamos, vamos! —gritó. Apretó los dientes y sintió que la barriga se le tensaba y que los músculos del cuello se le comprimían por el esfuerzo. No aprecias lo consistente y poderosa que puede ser el agua hasta que luchas contra ella. Para Alex era como si unas manos gigantescas ciñeran cada uno de sus pesados talones, pero o bien estaba ganando la batalla, o bien el nivel del agua estaba bajando. Lo mismo daba—. ¡Vamos, vamos!

Las botas se liberaron con tanta rapidez que sus muslos ardientes hicieron amago de relajarse y de bajar las piernas con el mismo ímpetu; no obstante, mientras jadeaba, y era consciente de que estaba balanceándose y de que se había librado del agua, se refrenó justo a tiempo. Durante un momento, simplemente se quedó colgando con el hombro a punto de desencajarsele y el agua corriendo a tan sólo unos centímetros y amenazando con volver a atraparla, con llevársela para siempre.

Pero entonces Lobežno se tensó y sus dedos le apretaron la muñeca con tal fuerza que parecía que fuera a triturarle los huesos. Alex empezó a moverse muy poco a poco, balanceándose hacia delante y hacia atrás: primero, unos pocos centímetros y, luego, unos pocos más mientras él intentaba acercarla a la roca para que pudiera agarrarse. El arco de su trayectoria se ampliaba y su cuerpo parecía un pequeño yoyó empapado que pendía de una cuerda muy corta. Hacia la pared cimbreada, hacia atrás, más cerca (aquellos peñascos primero a tres metros de distancia y después a la mitad, pero aún demasiado lejos para que incluso la persona más decidida y desesperada encontrara en ellos un rayo de esperanza), de nuevo hacia atrás, una vez más...

«¡Ya! —le gritó su cerebro—. ¡Hazlo ya! ¡Ya, ya!».

Su mano izquierda encontró un asidero. La roca le raspó los dedos. Intentó agarrarse a ella por todos los medios, pero la maldita física se impuso: el ímpetu de su

balanceo se revirtió y volvió a alejarla.

—¡Mierda, mierda! ¡Joder!

Dio un bandazo y las palabras se le secaron en la boca al resbalar de los dedos de Lobezno. Los músculos del chico temblaron y aquella agua voraz volvió a acercarse... «¡No, no, no te desmayes, Lobezno! ¡No te desmayes ahora, ya queda poco!». Y allá iba de nuevo, pero, por la manera en que él le retorció la muñeca — con los dedos llenos de sangre, sudor y agua—, supo que no soportaría otro vaivén. Así eran las cosas. Sintió que una ráfaga de aire le agitaba el pelo y le pasaba zumbando por las orejas. Se acercaba cada vez más a la pared, pero ya había localizado su objetivo: a las diez en punto había una ligera curva ensombrecida, una sonrisa de piedra invertida. En el último segundo, justo antes de darse contra la pared, alargó la mano rápidamente con los dedos en garras, se aferró a aquel borde de piedra y notó que una cresta de roca encajaba bajo sus nudillos.

Lobezno debió de apreciar el impacto porque el codo se le torció y tuvo que inclinarse para desplazar el peso, intentando no desmayarse o soltarla. Cualquiera que los mirase habría dicho que estaban enzarzados en una extraña variante de pulso. Y es que, en aquel momento, en aquella roca, eran una unidad, un equipo unido por un mismo propósito. Alex apoyó las rodillas en la roca escarpada y se encaramó a ella con ambas piernas y con la mano izquierda como una mosca de tres patas.

—¡Haz que nos suban, Lobezno! —le soltó, sin saber si la entendería y sin importarle. La tierra gemía, estaba a punto de desvanecerse y aún podía arrastrarlos a todos consigo. Y ella lo sabía: todavía distaban de encontrarse a salvo—. ¡Rápido!

8

«¿Qué? —Greg, sorprendido, dirigió la mirada hacia el basto suelo de ladrillo. Habría jurado que los ladrillos se habían movido—. A menos que me esté volviendo loco. — Hacía tanto frío en el establo que el aliento les salía en forma de volutas; aun así, sintió que en el labio superior le había brotado un repentino sudor de ansiedad. Otro destello de luz lo cegó mientras el mazo de migraña lo martilleaba—. Por favor, Dios, por favor. No puedo estar perdiendo la cabeza. Ahora no».

Lo que lo convenció de que seguía estando en sus cabales fue que *Daisy*, su golden retriever, se incorporó trastabillando y dio un agudo ladrido de alarma. Así que lo había sentido. Había algo más: un sonido, algo que no era ni Mick Jagger, ni una guitarra de blues ni los gimoteos babeantes de Dale. Se trataba de un retumbo débil, lejano y hueco.

«Ha sido real. Lo he oído. ¿Qué...? —Greg levantó la vista hacia Pru, que permanecía de pie a su derecha, con una arruga de preocupación en el entrecejo. A sus diecisiete años, era algo mayor que él y uno de los chicos más grandes que hubiera visto jamás: dos metros, mandíbula marcada y ancho de hombros; la clase de gigantón de cuello corto y grueso por el que un entrenador de fútbol de instituto vendería el alma de su abuela. Pru también era lo más parecido a un amigo para Greg en aquellos días, ahora que Peter y Chris se habían ido. —Pru también lo ha oído. ¿Habrá sido un trueno?— Echó un rápido vistazo por la ventana del establo. No había relámpagos, sólo el difuso resplandor verde cenagoso de la luna en ocaso. A menos que estuviera nevando cerca del lago Superior; eso podría explicarlo. Cerca de los Grandes Lagos caían tormentas de nieve todo el tiempo—. Pero el lago se halla a más de ciento sesenta kilómetros. Aunque estuviera tronando allí arriba, nosotros no deberíamos ser capaces de oírlo».

La tierra volvió a temblar con una ondulación extraña que levantó el suelo de ladrillo mugriento y salpicado de sangre como si un gigantesco monstruo subterráneo se hubiera dado la vuelta mientras dormía. La vibración, mucho más fuerte que la anterior, le subió a Greg por las pantorrillas y los muslos.

—¡Hostia puta! —exclamó—. ¿Habéis sentido eso?

9

Estaban a tres metros del borde y luego a la mitad. Sin soltarse de la muñeca izquierda de Lobezno, Alex dio un último bandazo y sintió que la roca resbalaba y se desplazaba bajo sus botas. Un fortísimo calambre le sacudió el tobillo derecho, pero se obligó a plantar los pies y apartarse con ímpetu del borde.

Para sumirse en una pesadilla.

El mundo se estaba partiendo en dos. El bramido de la tierra era enorme: un rugido estridente mezclado con los chisporroteos y chirridos de la roca sobrecargada. Dentadas fisuras surcaban la nieve y a su izquierda había un grupo de árboles que, más que bambolearse, se sacudían con violencia adelante y atrás. Varios de ellos habían perdido la copa y sus troncos no eran más que astillas destrozadas. La noche anterior había nevado, pero el frío glacial había solidificado las capas inferiores. Con cada temblor de la tierra, esa capa de hielo más rígida y compacta crujía y se fragmentaba en bloques inestables.

«¡Joder! ¿No es así como empiezan las avalanchas? —Se fijó en un trozo irregular del tamaño de un trineo infantil que se deslizaba por la pendiente—. Tengo que irme de la colina antes de que se desplome».

Echó un breve vistazo a su alrededor. La luna se estaba poniendo; su luz ya no era verde fluorescente, sino tan sucia y tenebrosa que los demás —seis Cambiados en total, contando a Lobezno— no eran más que oscuras siluetas grises con forma de chico y caras ovaladas y fantasmales enmarcadas por capuchas de parka fuertemente ajustadas. Los cinco que los habían subido temblaqueaban como mantequilla fría en una sartén caliente. Su miedo se traducían en un rojo burbujeo en la nariz de Alex. Lobezno tenía tantos problemas como ella para mantenerse en pie y le había soltado la muñeca para quitarse con torpeza el arnés de cuerda. Los demás chicos acometían a trompicones la desesperada tarea de enrollar la cuerda y recoger sus bártulos. Uno de ellos, sin embargo, le llamó la atención porque su olor le resultaba... familiar. ¿Quién era? Levantó la nariz y olfateó el aire. Allí, avanzando en su dirección desde el final de la conga que había tirado de ellos para ponerlos a salvo, había un chico alto de hombros caídos cuyos rasgos por fin cobraban forma en medio de la oscuridad.

Y pensó: «No, no, no puede ser».

Mientras subía por el túnel no había dejado de darle vueltas a la cuestión de si debía quedarse o salir corriendo una vez que alcanzaran la cima..., si es que lo hacían, claro. Tenía el tobillo destrozado, pero podría arreglárselas. Gracias a Kincaid y a su propia experiencia como senderista, sabía cómo entablillárselo llegado el caso. Pero el hecho de que estuviera tan empapada sí que suponía un problema. Sus pantalones

se estaban poniendo rígidos y ella tiritaba y presentaba los primeros síntomas de hipotermia. Necesitaba entrar en calor, es decir, encender un fuego, cambiarse de ropa y tomar algo caliente. Si echaba a correr así, mojada, sin ningún suministro y nada que la mantuviera con vida salvo el cuchillo de Leopardo y la Glock 19, no tardaría en morir. En ese caso, más le habría valido soltar aquella cuerda y librar a Lobežno de tener que rescatarla del túnel.

Por otro lado, Lobežno había regresado. La quería a su lado. O tal vez... la necesitaba. ¿Se iría con él? ¿Esperaría el momento propicio? Dios, sería como estar en Rule otra vez y probablemente una decisión estúpida, pero ya casi se había convencido de ello.

Hasta ahora, hasta ese preciso momento, porque, avanzando hacia ellos había un chico cuya imagen y olor reconocía perfectamente: Ben Stiemke.

«Acné». Antes de que Araña y Leopardo asumieran el mando, el chico había formado parte de la cuadrilla de Lobežno. Que Acné estuviera allí, en la superficie, la amedrentaba tanto como aquella pesadilla. Pero no había lugar a dudas. Acné había salido de la mina. ¿Habría escapado antes del ataque, de las explosiones? ¿Se habría escabullido cuando los demás estaban en la fila de la comida porque había olido antes a Lobežno, igual que habían hecho Araña, Leopardo y ella? Nunca lo sabría. Lo importante era que ahora Acné estaba con Lobežno, lo cual venía a significar que algunos de los otros —Araña, Caracortada— podían haber escapado también.

Aquello la hizo decidirse: no pensaba volver a pasar por lo mismo.

Sus ojos se fijaron en la nieve trémula. A su izquierda, a unos quince metros de distancia, divisó varios esquís y bastones desperdigados... y rifles. Uno que yacía cerca de un par de esquís amontonados en la nieve le llamó la atención: un fusil de cerrojo con mira telescópica y correa para transporte. Corrió hacia allí, hundiéndose en la nieve a causa de su dolorido tobillo derecho, y se abalanzó hacia el arma. Vio que Lobežno reaccionaba, que los demás intentaban alcanzarla, que un chico con rastas larguísimas, el más alto de los seis, le echaba mano y sus dedos se le enredaban en el pelo...

—¡No! —gritó, retorciéndose y esquivándolo, y aquel movimiento súbito le provocó un latigazo de dolor del tobillo a la rótula que hizo que se le saltaran las lágrimas. Contuvo el chillido que trataba de salir burbujeando entre sus dientes. «Sigue, venga, no está lejos». Los bloques de nieve resbalaban y se movían bajo sus botas como platos sobre hielo; un repentino desliz a la derecha provocó que casi perdiera pie. La bota derecha no encontró donde apoyarse y la izquierda dio un fuerte pisotón, clavándose en la nieve, que le tiraba de la pantorrilla, pero no tardó en liberarse y en seguir avanzando... diez metros, ocho... «Mete una bala en la recámara». No más de cuatro metros... «Quita el seguro, gira en arco: se están moviendo, están detrás de ti». Aquello de darle a un objetivo móvil con la Glock lo había practicado con su padre: «Apunta, cielo, asegura la pistola. No te agaches».

La tierra se estremeció. Los esquís repiqueteaban y el rifle empezó a rebotar y a

alejarse. Pero Alex ya estaba muy cerca; casi lo había conseguido; podía hacerlo... Medio metro más a su izquierda... ¿Y si Lobezno alcanzaba un arma o sacaba una pistola? ¿Sería capaz de dispararle? ¿Después de todo lo que había hecho por ella? Sería como plantarle una pistola en la frente a Chris. No quería verse en esa tesitura.

Dio un último paso resbaladizo y sintió la nieve temblar. Se produjo una sacudida enorme, un tremendo *BROOM*, como si algo gigantesco —otra caverna, tal vez— se hubiera desplomado en las profundidades. La sensación resultaba casi indescriptible, pero venía a ser algo así como ese truco de magia en el que el mago tira con fuerza del mantel sin que el vaso se caiga, sólo que había salido mal. La colisión hizo que perdiera de improviso todo punto de apoyo; las rodillas se le doblaron y los pies abandonaron la nieve. Con un chillido, cayó dándose un fuerte culazo. Una oleada de dolor le recorrió la columna. Durante un segundo, perdió la conciencia y se quedó completamente en blanco.

No podía moverse. El pecho no le respondía. La piel le hormigueaba y se le durmieron los dedos. Dio varias arcadas y al fin se las ingenió para coger una bocanada de aire y después otra. Rodando sobre su estómago, aspiró y pestañeó varias veces para aclararse la vista.

Todos los chicos se habían caído también. La mayoría reptaba bocabajo, sorteando la nieve, avanzando, montando la tierra como vaqueros de rodeo sobre potros salvajes. El de las rastas era el que estaba más abajo; su caída lo había acercado al borde del risco y alejado de ella en un golpe de suerte. Lo vio trepando a duras penas. ¿A por ella? Qué tontería. Qué error. Debería apartarse de la línea de caída y subir antes de que la nieve se derrumbara.

Pero entonces lo vio claro: el chico no iba a por ella. Estaba en el ángulo equivocado. Oteó de nuevo el panorama... y vio adónde se dirigía.

Lobezno se encontraba a unos quince metros a su derecha, cerca del agujero por donde habían salido de la mina. Seguía tumbado de espaldas..., pero no se movía. ¡Dios! ¿Estaría inconsciente? Había perdido mucha sangre. A lo mejor no se debía a la caída. Tal vez se hubiera desmayado. Estuvo a punto de gritarle, pero se contuvo a tiempo. «No te preocupes. Deja que el bueno de Bob Marley se ocupe de él. —Y sombríamente—: Al menos así no tendré que considerar la opción de dispararle».

Sin embargo, no podía ponerse en pie. La tierra seguía dando sacudidas, intentando quitársela de encima. Se llevó la rodilla izquierda a la barriga resollando, plantó las manos en el suelo y se impulsó hacia arriba. Los esquís se habían caído y el rifle... ¿dónde estaba el rifle? Sus ojos se detuvieron en un brillante rayo verde grisáceo de luz de luna, justo detrás de uno de los bastones, proyectado por la mira del rifle. «¡Sí!». Se precipitó a gatas hacia este último, enfrentándose a la tierra trémula, esquivando los esquís. Se estiró a por el arma y notó que rozaba el frío acero negro del cañón con la punta de los dedos...

En algún lugar a su espalda se oyó un potente gemido lastimero.

Su primer pensamiento fue: «¿Lobezno?». Pero no, aquello era algo fuera de lo

común. Demasiado profundo, como si un ser habitara en el mismísimo centro de la Tierra y se estuviera despertando. Algo descomunal.

«Ha sido la tierra, la roca al abrirse». Le daba miedo mirar atrás. El rifle estaba justo delante de ella. Unos centímetros más y lo alcanzaría, se quitaría de en medio a toda pastilla y seguiría avanzando: atravesaría la colina, se apartaría de la línea de caída y se pondría a salvo, lejos de allí.

«Pero Lobežno está inconsciente. Toda la loma se está desplomando».

«¿Y qué? —Era su cerebro práctico, una voz firmemente asentada en un mundo donde todo eran blancos y negros, cosas correctas e incorrectas—. ¿Te has vuelto loca? Olvídate de él. Es un monstruo, por el amor de Dios. ¡Coge el rifle y vete de aquí cagando leches!».

—¡Oh, cállate! —espetó. En lo que a ella respectaba, el mundo al que pertenecía aquella voz se había desvanecido tras el Cortocircuito. Ya nada era blanco o negro. Así que se arriesgó a volver la vista y sintió que un grito se materializaba en su garganta.

Fuera lo que fuese con anterioridad, la abertura por la que pocos minutos antes habían emergido de la mina ya no era simplemente un agujero. El hueco se iba ensanchando por momentos a medida que las entrañas de la colina —y toda la mina— se derrumbaban. Lo que yacía a su espalda era una herida abierta, negra, dolorosa y traicionera. Era la boca de un monstruo que se zampaba la tierra, que mordía y mordía abriéndose paso hasta Lobežno.

—¡Despierta, Lobežno! —Se volvió de nuevo hacia el rifle, estiró la mano... y agarró un esquí en su lugar. Luego se giró otra vez y se dirigió hacia el cráter—. ¡Lobežno, despierta, despierta!

Reptó en su dirección como una anguila, alentada por el pánico, luchando contra la tierra palpitante. Detrás de Lobežno, a unos nueve metros, la colina se desintegraba, la nieve cedía y se plegaba. El aire era una neblina de roca y hielo pulverizado que le picoteaba las mejillas.

Entretanto, aquella voz, la que vivía en el mundo en blanco y negro, parloteaba: «¿Qué estás haciendo? ¿Estás loca? ¿Te falta un tornillo o qué? Deja que esos chicos se ocupen de él. ¡Vete de la colina, coge el rifle y vete, vete, vete, vete!».

—¡Lobežno! —Esta vez creyó verle mover la cabeza. Estaba tan sólo a tres metros de él, no más. «Un abismo». Todavía sobre su estómago, clavó las puntas de las botas en la nieve y le alargó el esquí todo lo que pudo. Si lograba que Lobežno se incorporara y lo agarrase, la mecánica debía de ser la misma que cuando se saca a alguien de una fina capa de hielo. Lo único que tenía que hacer era tirar, sacarlo del agujero, darle la oportunidad de luchar.

«Y estaremos en paz».

—¡Venga, Lobežno! —volvió a gritar por encima del repiqueteo de rocas y de los bombazos de la tierra—. ¡Levántate, despierta!

Pero lo único que obtuvo fue un retumbo, no delante sino detrás, donde acababa

de estar. «¿Qué?». Echó un fugaz vistazo por encima del hombro justo a tiempo de contemplar cómo temblaba la nieve bajo el rifle. Al cabo de un instante, el arma resbaló, remontó una ola y se despeñó por el borde del risco. Si se hubiera quedado allí, ella se habría despeñado también. Bueno, aún corría ese riesgo.

Notó un tirón en el esquí y miró hacia atrás. Lobežno se había despertado, estaba bocabajo y se había aferrado al esquí. Era extraño, pero no sabía cómo se sentía realmente por el hecho de estar salvándole la vida, sólo que aquello era lo que debía hacer. Era ilógico, pero era lo correcto.

—¡Venga, Lobežno, maldita sea! ¡Mueve el culo!

Él empezó a apartarse un poco del agujero, reptando hacia ella, utilizando el esquí como guía y ancla mientras ella retrocedía un metro y medio, tres metros... «Sólo un poco más, lo suficiente para darte una oportunidad. —Toda la loma temblaba en esos momentos; Alex sintió que la nieve resbalaba y se deslizaba ante ella y que la tierra vibraba contra su estómago—. Luego te soltaré, habré terminado contigo y me...».

Al instante, la capa externa de la tierra se elevó en una gigantesca boqueada. Al ver lo que ocurría, pensó: «¡Oh, mierda!». Contra toda razón, miró abajo, hacia el extremo del esquí, hacia Lobežno, aquel chico con la cara de Chris que la había salvado de un infierno para meterla en otro. Sus miradas se encontraron y vio pavor en sus ojos, reflejado en su cara cubierta de sangre.

—Lobežno... —empezó.

El suelo se desplomó de golpe. El gigante exhaló y Alex se precipitó abajo. Fue como si le metieran un puñetazo en el pecho y se le cortara la respiración. La nieve se separó y se hizo añicos como un grueso cristal blanco. Un segundo después, se vio deslizándose de costado cuando el trozo de hielo sobre el que estaba tumbada siguió la inclinación de la tierra.

Cuando la capa de nieve que la sujetaba se partió en dos, empezó a coger velocidad. Perdió el esquí y se puso a dar vueltas, pues el trozo de hielo giraba como un trompo. Un grito escapó de sus labios cuando este se precipitó hacia el borde del precipicio. El campo de nieve se había convertido en un oscuro borrón; a su espalda, sobre su cabeza, la colina se desmoronaba. No tenía ni idea de dónde estaban los demás, de lo que le había ocurrido a Lobežno; sólo tuvo tiempo de pensar: «¡No!».

La ladera de la montaña se desprendió con un rugido estruendoso, en una trémula avalancha de nieve, hielo y roca.

Que se la llevó por delante.

10

—Ya van dos. —Era Kincaid desde su puesto junto a una pared lejana entre dos balbucientes chupadentaduras que hacían de guardias de la prisión. El viejo doctor volvió la cara arrugada primero hacia la izquierda y luego hacia la derecha, en busca de los rincones oscuros del establo, levantando la barbilla como un sabueso en busca de un olor—. Lo siento —dijo, volviéndose hacia los dos guardias—. ¿Y vosotros?

Ninguno de ellos contestó. Si Greg, Pru o Aidan y sus secuaces no hubieran estado por allí, habrían dicho algo. O tal vez no. El Consejo, tras decidir que un médico era demasiado valioso para ser expulsado o ejecutado, había convertido a Kincaid en un fantasma, un intocable al que se debía ignorar a menos que fuera absolutamente necesario.

—Cállate, viejo estúpido —espetó Lucían, haciendo tintinear el piercing de plata de la lengua contra sus dientes. Tenía el cuero cabelludo parcheado de costras. Greg se preguntó si algún día al crío se le iría la mano al afeitarse la cabeza y se rebanaría una carótida o una yugular haciéndoles a todos un favor—. Yo no he sentido nada —añadió—. Y tampoco he oído nada. Seguramente han sido los saltos de este tío o la música.

—No, no lo creo. —Kincaid buscó a Greg con los ojos. Bueno... con el ojo izquierdo. El derecho lo había perdido, cortesía de las manualidades de Aidan. Greg creía que no llevaba parche a propósito, como si lo retara a echar un agradable vistazo a lo que habían hecho. Lo peor había sido la primera semana o así, cuando la cuenca estaba en carne viva y supuraba sangre—. El sonido procedía del sur. —La carne rosada de la cuenca del ojo se crispó—. Quizá queráis comprobarlo con...

—¿Estás sordo, viejo? Estamos ocupados y tú no estás aquí. A menos... —Aidan le dedicó una sonrisa sibilina— que no te guste ese otro ojo. ¿Quieres que te lo saque también? ¿Le echamos una ojeada?

—Muy bien —respondió Kincaid amablemente—. Tú hazlo, Aidan, y, cuando te metan un tiro, te opero a tuntas, ¿vale? Me da a mí que no iba a quedar demasiado bi...

Un silbido rápido, algo que cortó el aire. Un chasquido que hizo que Greg diera un respingo y que Pru se enderezara mientras Kincaid se doblaba y gruñía de dolor y sorpresa al sentir que los dos bordes demasiado rojos de una cuchillada se abrían bajo el ojo que le quedaba.

—¡Coleeeega! —cacareó Sam mientras Lucian se partía de risa. Los dos guardias balbucientes se empujaron para apartarse como ovejas asustadas, poniendo tierra de por medio entre ellos y el hombre al que seguramente un día habían llamado amigo.

—Aidan, ¿estás loco o qué? —Greg dejó a un lado su migraña e hizo amago de dirigirse hacia Kincaid, pero se detuvo cuando Pru le cogió la muñeca con una de sus manazas, señaló a Aidan con la cabeza y negó en señal de advertencia. El significado

estaba bastante claro, pero que Aidan rebanara y troceara a su único médico no le hacía bien a nadie. Greg se zafó de Pru—. Doc, ¿estás bien?

—Por supuesto que está bien. —Los labios de Aidan dejaron al descubierto unos raigones amarillentos. Sea lo que fuere que importara a Aidan antes de que el mundo se fuera al garete, una buena higiene bucal no estaba entre sus prioridades—. Si hubiera buscado lo contrario, se habría enterado.

—Sí. El muy cabrón tiene suerte de que no le haya arrancado la lengua con unos alicates y se la haya echado a los perros —soltó Sam arrastrando las palabras.

—No sé. —Lucian desplegó la suya, como una cuerda muy rosada y musculosa, y la movió rápidamente hacia Kincaid como una serpiente que saborease el aire. El piercing brilló—. Mi padre hervía una lengua de esas grandes de las vacas viejas todos los inviernos, se la comía con salsa de pasas y vino y alguna mierda judía más, pero estaba muy buena.

—Sí, pero primero necesitas una vaca —dijo Sam.

—O a un judío —apuntilló Aidan, y los tres rieron por lo bajo.

Greg los ignoró.

—¿Doc?

—Es-estoy bien, Greg. G-gracias, hijo. —Kincaid hurgó con torpeza en su bolso y abrió un paquete de gasas con manos temblorosas. *Daisy*, que gimoteaba, abandonó su rincón para acariciarle el codo con el hocico—. Sí, bonita, gracias, estoy bien —dijo Kincaid, apartando suavemente a la perra, que intentaba lamerle la sangre que le cubría los dedos—. Greg, está disgustada. ¿Puedes llamarla, por favor?

—*Daisy*, aquí —le ordenó Greg, avergonzado, mientras una ola de calor le subía por el cuello. Debería atender a Kincaid—. Venga, siéntate.

—Deja al viejo cabrón —replicó Aidan—. Está bien.

—No, no lo está —respondió Greg—. Vuelve a hacerlo y...

—¿Y qué? —Aidan tiró la antena llena de sangre a un lado. La fina fusta hizo *clic* al caer en el suelo mugriento de ladrillo y luego rodó hasta un charco púrpura de la sangre de Dale. Aidan se desabrochó la parka, descubriendo una camisa de franela holgada de cuadros rojos y una camiseta interior blanca tan sucia que el cuello era de un color ceniciento—. ¿Quieres pelea, Greg? ¿Quieres intentarlo? Vamos. —Cuadró los hombros huesudos y volvió a poner voz de falsete—: ¿O es que la niña tiene demasiado mieeeedo?

Sus secuaces aullaron.

—Eh, eh, vale ya, A. —dijo Pru, paseando la vista de los Tres Mosqueteros a Greg y viceversa—. Greg, colega, déjalo estar.

—¡Y una mierda! —El calor le ascendía por la garganta y, antes de que pudiera pararse a pensar, se estaba deshaciendo de la parka—. No te metas, Pru.

—Greg, hazle caso. No lo hagas. —Kincaid se puso en pie como pudo. Seguía aferrándose la mejilla con la mano; la gasa se estaba volviendo carmesí y empezaba a gotear—. Estoy bien. Cálmate.

—¡No te metas, Doc! —rugió Greg, mientras pensaba: «No quiero calmarme. Llevo meses sin estar calmado. ¿Por qué empezar ahora?». El corazón le latía tan fuerte que lo sentía retumbar hasta en los dientes. El cerebro le sangraba, pues la migraña se lo apuñalaba como si fueran cuchillos. Se suponía que nadie podía subírsele a la chepa, ¡nadie! Estaba al mando: Peter estaba muerto y Chris había huido; se había ido y había dejado que él apechugara con las consecuencias; Chris, valiente cabronazo, ¿qué amigo hacía eso? Y Aidan estaba allí, sonriendo de oreja a oreja, y lo más seguro es que tuviera un pincho o, simplemente, un buen cuchillo afilado, o que lo tuviera alguno de su cuadrilla, y se lo clavarían en las tripas o en el corazón y dirían que había sido en defensa propia y se librarían, se irían de rositas, porque los Salvados eran Salvados y especiales y eludían los castigos; y allí estaba Mick Jagger, gimiendo «*Please, Doctor, I'm damaged*»—. ¡Vosotros, atrás! —Un rubor de rabia caliente y rojiza se le extendió por el pecho—. ¡Atrás, atrás!

—¡No, Greg! —gritaron Kincaid y Pru al unísono, aunque, de todos ellos, quizá fuera el pobre Dale Privet quien le salvó la vida.

—Dios mío —dijo Dale con un deje de asombro en su voz de viejo jadeante—, ¿qué os pasa? ¿Qué os estáis haciendo, chicos?

Alex no tenía la menor idea de lo que podía hacer para salvarse. Caerse por la ladera de una montaña común y corriente era pan comido: sólo tenía que hacerse un ovillo y rodar, hincarse en la nieve, protegerse la cabeza y hacer la maniobra de autoparada. Ah, y no entrar en pánico.

Pero su padre nunca le había enseñado qué diantres hacer en una avalancha.

Estaba inmersa en la nieve. Era como si fuera transportada por la cresta de una enorme ola, sólo que, en vez de cogerla como un surfista, la nieve la había cogido a ella y se la había tragado entera en aquel torbellino desquiciado y mareante. Rodaba, daba volteretas y tumbos y se estampaba de espaldas. La nieve era una bota que le pisaba entre los omóplatos y apretaba, inexorable e implacable como la gravedad. Ya no sabía si era de día o de noche o qué era arriba y qué abajo. Sólo seguía intentando hincar los pies y las manos para detenerse del mismo modo que lo habría hecho en una caída. Pero la nieve seguía amontonándose sobre su cabeza, elevándose y luego rizándose y rompiéndose. Se le metía por la nariz y por la boca y escupía y tosía para expulsarla, y se limpiaba la cara con los brazos en un intento desesperado por despejársela y dejar un hueco por donde tomar aire.

«La nieve es como el agua. —La nieve seguía descendiendo por la loma con gran estruendo e intuyó que debía de estar yendo a toda pastilla. Continuó nadando, luchando por impulsarse hacia lo que creía que era arriba, apartando la nieve, buscando espacio... para tomar aire—. Si pudiera salir a la superficie...».

Algo le golpeó con fuerza la cadera izquierda, tal vez un árbol o una roca. Una oleada de dolor ardiente le recorrió la pelvis y abrió la boca para pegar un grito, pero un puñado de nieve se le metió de lleno y se abrió paso por su garganta... De pronto se estaba ahogando, revolviéndose, no podía respirar. ¡Otro bombazo! ¡En plenos omóplatos! La nieve que tenía alojada en la garganta salió despedida hasta su lengua y pudo escupirla y arañar con las manos el espacio blanco que le taponaba la nariz y la boca, dando una desesperada boqueada y luego otra...

Estaba perdiendo velocidad. El arrastre de la nieve era menor, ya no era tan estruendoso. «Estamos llegando al final. —Siguió limpiándose la cara, aspirando todo el aire que podía—. La caída no puede ser tan alta. Tiene que parar...».

De súbito, la nieve dejó de moverse. Parecía que alguien hubiese apagado el interruptor, cortado la corriente. Estaba tan atontada que sólo pudo quedarse allí tumbada durante un momento. El estruendo se había convertido en un silencio profundo y sepulcral. Todo estaba oscuro. Sabía que tenía los ojos abiertos, pero no había nada que ver. Nada en absoluto.

«Estoy sepultada. —El pánico le estalló en el pecho—. Tengo que desenterrarme, buscar aire o me ahogaré, debo... —Tenía el brazo izquierdo doblado, cerca de la cara. Y el derecho se le había quedado por encima de la cabeza y empezaba a dolerle.

Necesitaba ambas manos para cavar una salida, y algo rígido: el cuchillo de Leopardo o incluso la culata de la Glock, salvo que... no sentía ningún bulto de plástico en la espalda—. He perdido la Glock; se me habrá caído». Pero el cuchillo lo llevaba atado a una pierna y debía de seguir allí. Resultaba difícil saberlo a ciencia cierta con toda aquella nieve, pero si podía llegar hasta él... Sintió que el bíceps se le contraía.

Pero el brazo no se movió. Durante un terrible momento de desesperación, pensó: «Me he roto la espalda. Estoy paralizada, eso es lo que pasa». Envió una orden silenciosa a los dedos de los pies y los sintió dentro de las botas. Al cabo de otros tres segundos, sin embargo, descubrió que le resultaba imposible zarandear las piernas, por mucha fuerza que hiciese. Notó que los dedos de la mano izquierda le acariciaban la mejilla, pero también le era imposible sacudir el brazo.

Entonces se percató de lo que le pasaba. No estaba paralizada. Podía moverse, pero sólo un poco a causa de toda aquella nieve comprimida alrededor de su cuerpo y amoldada a él como si fuera hormigón. La nieve la tenía prisionera y no pensaba dejarla escapar.

Estaba enterrada viva.

12

—¡Cállate! —Rápido como una serpiente, antes de que la idea pasara de un destello a una certeza, Greg le asestó a Dale un puñetazo en la mandíbula. Fue un golpe duro y se oyó un crujido como cuando estrujas una nuez. El puñetazo le arrancó a Dale un grito en el mismo instante en que explotaba en la mano de Greg una quemazón que se le propagó hasta el codo—. ¡Que te calles, joder! —gritó.

—¡Ese es mi chico! —se jactó Aidan mientras Ludan y Sam lo aprobaban.

Pru se limitó a gemir:

—Greg, tío, ¿qué estás haciendo?

Kincaid, su amigo, un tipo agradable, alguien que le caía realmente bien a Greg, extendió las manos. Estaban llenas de sangre.

—Greg —dijo con aquel único ojo tan brillante que dolía mirarlo—, déjalo, hijo. Tú no eres así. ¿No ves lo que está pasando? Peter y Chris nunca...

—¡PERO ELLOS! ¡NO! ¡ESTÁN! ¡AQUÍ! —rugió Greg. Sintió que los tendones del cuello se le tensaban. Un segundo más y el cráneo le estallaría como una granada—. ¡Se han ido y ahora estoy solo, y tú eres un puto fantasma, no eres nada!

Pero al mismo tiempo pensó en su madre y en su padre: en lo avergonzados que se sentirían. Su madre nunca decía palabrotas y la única vez que a su padre se le escapó una se había machacado el pulgar con un martillo, de modo que era comprensible. Ni le levantaron jamás la mano a él o al estúpido de su hermano mayor, nunca.

«Sí, sí, pero vosotros tampoco estáis aquí. Las cosas ya no son tan sencillas, así que dadme un respiro».

—Y tú —le espetó a Dale Privet— eres el menos indicado para decir nada. Eres un ladrón. Has venido a robar. No eres mejor que nosotros.

—Pero es que no lo entendéis. Tenía mucha hambre —susurró Dale con lágrimas que ya le rodaban por las sienes. La marca púrpura del puño de Greg estaba impresa en la mejilla del viejo, que además presentaba una mancha de sangre fresca en la barbilla. El resto de su cara estaba blanca como la leche—. No sabéis cómo está la cosa ahora que no entra nada. Peter y vuestros chicos solían traer comida, pero ya no tenemos nada: ni ciervos ni tampoco mapaches... Toda la caza ha huido o está muerta. Ahí fuera no queda nada y, aunque quedara, no tengo municiones. ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Comer cortezas de árbol? ¿Comer tierra? Y mi nieta es sólo un bebé, ella... —Dale cerró la boca de repente.

—¿Nieta? —A Greg le costaba respirar y, *Dios*, la cabeza le iba a reventar por el golpeteo de aquella migraña, una palpitación líquida que le presionaba detrás de los ojos y que amenazaba con salirle goteando por las orejas. Pero el corazón... lo sintió contraerse y volverse duro como una piedra—. Dijiste que estabas solo.

—Yo... —El pavor hizo que Dale abriera tanto los ojos que los iris quedaron

reducidos a dos cabezas de alfiler—. Por favor. Ellos no han hecho nada. Fui yo. Vosotros tenéis el poder de salvarlos. Haced lo que queráis conmigo, pero...

En ese momento, la radio que Greg llevaba enganchada en la cadera emitió una serie de *clics* rápidos: *break-break-break*.

—Vaya, mira eso, Dale —dijo Greg, sin la más mínima nota de humor en la voz—. Salvado por la puta campana.

Greg se alejó y contestó marcando un doble *clic* rápido. La radio, una de las doce reliquias de la Segunda Guerra Mundial que Rule había sableado y luego repartido entre los miembros clave del personal, siempre se mantenía en la misma frecuencia. Para ahorrar pilas y aumentar la distancia de transmisión, nadie utilizaba otra cosa que no fueran *clics* codificados y morse. Greg escuchó la réplica, respondió y volvió a colocarse la radio en la cadera.

—Vamos —le dijo a Pru—. El puesto de observación dice que pasa algo.

—Eso es lo que os estoy diciendo. —Kincaid terminó de darse toquécitos en la mejilla con una gasa. La sangre ya se le estaba secando en forma de babero herrumbroso en la parka. Los obsequió a todos con una mirada de su único ojo—. Lo sentí, y esta no es tierra de terremotos. Es el comienzo de algo más, algo... malo.

—Ajá —bufó Aidan—. Lo próximo será que suelte mierdas de esas de la Biblia como Jess.

—Déjalo en paz, A. —Aunque Greg tenía que admitir que lo que estaba ocurriendo con Jess era raro de cojones. Kincaid la mantenía apartada de los demás, le daba extrañas pócimas e incluso dormía en su habitación en el asilo. Decían los rumores que estaba como una regadera, que soltaba chorradas la mitad del tiempo o que se le había ido completamente la pinza y estaba del todo gagá. Greg sentía tanta curiosidad que, cuando llevaba a un prisionero al asilo, esperaba hasta que Kincaid estuviera ocupado y se colaba en su habitación para echar un vistazo. Salvo por una cama revuelta y una mesita de noche llena de libros, la habitación no tenía nada de especial. Menos por Jess, claro.

«Ni siquiera parece real. Es como de plástico». Parecía que hubiesen dispuesto su cuerpo para una exposición apuntalándole el costado izquierdo con una almohada calzada en la espalda para evitar que rodara y metiéndole otra bajo el brazo derecho. Su melena de pelo gris acero estaba recogida en una trenza larga y pulcra que dejaba al descubierto una piel tan blanca como la venda que le cubría la mitad de la frente. Tenía la cara torcida y una hondonada encima de la ceja izquierda por donde la culata del rifle le había cascado el hueso.

Pero se dio cuenta de que sus ojos no paraban de moverse bajo los párpados cerrados. «¿Estará soñando?». Eso no se lo esperaba. El efecto resultaba extraño y bastante escalofriante, dado que el resto de su cuerpo se hallaba inquietantemente lacio. Entonces, de improviso, sus labios se fruncieron al tomar aire con una inhalación entrecortada y exhaló: «Déjaloschicoestánciegos...».

Los vellos del cogote se le erizaron. ¿Chico? ¿Estaba hablando de él? ¿Con él?

«Eso no puede ser, es una locura». Las palabras no eran más que aire. No tenían ningún sentido. Resultaban tan espeluznantes que dio media vuelta, puso pies en polvorosa, y mucho habrían tenido que pagarle para que volviera.

Ahora Greg, ignorando el balbuceo agraviado de Aidan, se giró hacia Sam y Lucian.

—Después de que Kincaid le haga las curas, quiero que metáis a Dale en una celda, ¿entendido? No más palizas por ahora. Dadle una oportunidad para que reflexione.

—Claro, lo que tú digas, *jefe* —dijo Sam, cuyo tono destilaba sarcasmo.

—Sí, *jefe*. ¿Quieres que usemos las cadenas y lo colguemos por los brazos? —preguntó Lucian—. Eso acelerará las cosas.

Kincaid meneó la cabeza.

—Ese pobre hombre está tan hecho polvo que no soportaría su propio peso. Greg, si dejas que esos chicos lo cuelguen, te garantizo que por la mañana se habrá asfixiado.

—¿Ah, sí? —respondió Greg—. Mira cuánto me importa.

13

Nada ni nadie podía haber preparado a Alex para aquello.

Sintió que enloquecía. «¡Ayuda, ayuda!». Escupiendo y jadeando, intentó girar la cabeza, pero sólo pudo moverla unos pocos centímetros a derecha e izquierda. El peso de la nieve era aplastante, no cedía, y ella berreaba incoherentemente, un grito que amenazaba con prolongarse hasta el fin de los días...

«¡Para, para, para! —Luchó por vencer el miedo—. No te muevas, deja de gritar. Te quedarás sin aire y sólo conseguirás matarte más rápido».

Pero, entonces, ¿qué? Estaba sola. No podía llegar hasta el silbato. «De todas formas, nadie lo oiría. —El corazón le martilleaba y las lágrimas le corrían por las mejillas—. Voy a morir aquí». Coger aire le estaba costando horrores, era como sorber los últimos posos de limonada por una pajita obstruida. Los pulmones empezaban a dolerle y ya estaba resollando. Tres segundos más tarde, se percató de que se le habían cerrado los párpados sin darse cuenta.

«¡No, no! —Los abrió en otro ataque de pánico—. Todavía no estoy preparada para morir. Todavía no...». Pero los párpados volvieron a cerrársele y también la mente. Abajo, muy abajo, estaba tan oscuro...

«... todavía... no...».

—¿Listos?

Chico. Una voz. No la suya. ¿De quién? Chris no lo sabía. Sentía como sí su mente se balanceara por un saliente, como si el menor golpecito o paso en falso lo inclinara y lo lanzara por el borde del precipicio, arrojándolo al olvido y esta vez, quizá, para siempre.

—Tirad —dijo el chico.

Un segundo después, fue como si un soplete le explotara en la espalda y se abriera camino desde la pelvis hasta el pecho. El dolor fue inmenso, como una bomba atómica. Antes de ese momento, no se había percatado de que se había desmayado, pero ahora estaba de vuelta, una vuelta dura y repentina, rodeada de una agitada marea roja de agonía.

—Aaahhh —gimió.

—¿Ha sido él? —El muchacho pareció sorprenderse.

—¡Sí, espera! —Una voz femenina, infantil y muy cerca, casi a la altura de su oreja—. ¡Espera, para! ¡Creo que está despierto! ¿Hola? ¿Estás ahí?

«Aquí... sí...». Perdió el hilo. ¿Había hablado? A lo mejor se había desmayado. No lo sabía.

—Lo más seguro es que haya sido un acto reflejo. —De nuevo el chico—. Eli, vamos a intentar...

—Espera. —Una segunda chica, mayor, con voz más profunda, que insistía con amabilidad—. ¿Tiene los ojos abiertos? ¿Se han movido?

El chico:

—¿Y qué importa eso?

La chica mayor:

—Si está inconsciente...

—No, todavía los tiene cerrados. —La niña, de nuevo, y ahora se dio cuenta de que se hallaba muy cerca. Sentía el cálido susurro de su aliento—. Pero cuando habéis movido la puerta, ha hecho una mueca. A lo mejor le estamos haciendo más daño.

«Puerta... qué... dónde...». Era incapaz de seguir un razonamiento. Iba y venía, y su conciencia se asemejaba al balanceo de un globo perdido en las alturas, mucho más allá de las luces de un lejano parque de atracciones. Creía estar bocabajo. ¿Qué era lo último que recordaba?

—No sé si tenemos otra opción. A menos que se os ocurra una idea mejor para sacarlo de ahí. —Como no hubo respuesta, el chico dijo—: Vale, entonces vamos a hacerlo. ¿Preparada ahí abajo?

—¡Un segundo! —gritó la niña. Su voz se apagó—. Vete, bonita. Venga.

Chris sintió movimiento; oyó que algo se arrastraba por la nieve, un susurro y un

extraño resoplido. «¿Un perro?». Un segundo después, el peso que tenía en la espalda se desplazó. La cintura le dio un tirón por otra oleada de dolor y él mismo oyó el «aaah» que salió de su boca.

—Lo siento —le susurró—. Lo siento, lo siento, pero tengo que hacerlo, lo siento mucho...

—¿Lista? —gritó el chico.

—Sí. Se ha vuelto a quejar. —Ahora sonaba temblorosa.

—No te asustes, cielo —la tranquilizó la chica mayor—. Lo más seguro es que esté desmayado.

«No... aquí... estoy...».

—Vale. —Pausa—. Tengo los pies arriba.

—Venga, a la de tres —dijo el chico—. Tú empujas y yo tiro.

Aquello atrajo más su atención que cualquier otra cosa. «No, espera... Daño, no me hagáis más daño». Chris hizo acopio de todas sus fuerzas y las utilizó para el simple acto de abrir los ojos, pero una extraña presión le rodeaba la frente y se los oprimía y, sencillamente, no podía.

Un segundo después, se produjo otra intensa sacudida. «No, no». Un estremecimiento rechinante meció sus caderas y Chris gimió. «Puerta». Eso tenía que ser. «Están intentando levantar...». Su mente saltó y volvió a intentar salvar aquel precipicio que se suponía que era su consciencia.

—Nnnno...

—¡Para, para! —La voz infantil, que se alzó un poco—. ¡Le estamos haciendo daño!

—No podemos evitarlo. —El chaval de nuevo, no enfadado, aunque sí impaciente y descontento, casi molesto: el tono de alguien que preferiría estar en cualquier otro sitio—. Va a dolerle hagamos lo que hagamos...

—Espera, vamos a pensar —propuso la chica—. Si le damos unos segundos para que se despierte, a lo mejor nos ayuda a ayudarle *a él*.

—¿Y cómo va a hacer eso con la espalda rota? —inquirió el chico.

«Rota». La palabra fue una cuchilla que rebanó su dolor. «¿Rota?».

—No puedo valorarlo hasta que esté consciente. Aunque no pueda mover las piernas, podría apoyarse con los brazos.

—No sé —respondió él—. Ya le has visto la mano.

«Mano». ¿De qué estaban hablando? Chris no sentía nada. Dios, a lo mejor eso significaba que tenía la mano...

—Quizá podamos vendársela, no sé. Pero si él es capaz de ayudarnos, sólo tendremos que deslizar algo sólido debajo, sacarlo de la nieve...

«Nieve». En cuanto la chica lo dijo, sintió la humedad en la mejilla derecha y bajo el pecho, donde su calor corporal había derretido la nieve. «Estoy encima de la nieve». No, aquello no era del todo cierto. Estaba *en medio*. Eso tenía que ser. Estaba enterrado. Con todo, no se estaba congelando. El aire era templado y despedía un olor

extraño y húmedo, no a nieve derretida ni a agua corriente, sino a algo parecido a un guardabarros oxidado.

—Hannah tiene razón. —No era el chico mayor, sino un crío cercano a la edad de la más joven; sería al que habían llamado Eli—. Seguro que me puedo meter ahí abajo con el cortacadenas. Después, lo único que tengo que hacer es cortar los pinchos para que podamos quitarle la puerta de encima. Posiblemente no le dolería tanto. Hasta puede que fuera más rápido.

«¿Cortacadenas? ¿Pinchos?».

—Sería mejor que arriesgarnos a provocarle desgarros, Jayden —dijo Hannah—. Ya está sangrando mucho.

«Sangre». Lo que olía, aquel hedor a óxido mojado sobre el que estaba echado era su propia sangre. «Doler. Sangrar... Qué...». Pero no podía tener la espalda rota, no podía, no...

—Creía que habías dicho que se estaba desangrando —replicó Jayden.

—Dije que tal vez, y no tiene sentido que lo empeoremos. Cuanto más lo pienso, más me preocupa que un pincho le esté comprimiendo una arteria, porque si lo sacamos...

«Oh, Dios mío». La chica, Hannah, seguía hablando, pero su voz se convirtió en un rumor lejano en cuanto el recuerdo aterrizó en su mente como si la presa que lo contenía hubiese reventado: Nathan, el frágil chasquido de su cuello cuando aquel gigantesco tronco lo tiró del caballo en su movimiento pendular. Entonces él mismo había echado a correr —estúpido, un error— y había oído un estruendo monstruoso de algo que chocaba con los árboles, pero no desde el lateral. Desde arriba. Algo oscuro, enorme, se le había precipitado a la cara. Durante un instante, moverse le resultó imposible, no sólo por la sorpresa, sino porque sus pies... «No, raquetas, estaban atascadas, clavadas en la nieve». Había logrado distinguir un destello de cristal verde botella, unos pinchos de hierro, y entonces lo comprendió: aquello era una trampa para tigres hecha con una enorme puerta de granero que caía a plomo desde los árboles justo en su dirección.

«Me tiré, traté de quitarme de en medio». Pero no había sido lo bastante rápido. Recordó que el peso lo aplastó, que algo le rasgó las piernas, que la carne se le desgarró. Recordó el indescriptible dolor de aquellos pinchos, el repentino palpitar de la sangre. «No puedo dejar que muevan la puerta». Veía que los pinchos podían tanto quitarle como salvarle la vida si los retiraban de golpe como tapones de corcho, dejando que esta se derramara en forma de ríos rojos y calientes sobre la nieve.

«Vamos. —Chris puso todo el empeño del mundo y sintió que los pequeños músculos se tensaban. La presión que le oprimía los párpados era enorme—. O en realidad sí que estoy tan débil y, de ser así, moriré».

—¡Eh! —gritó la niña—. Eh, chicos, está abriendo los ojos, está...

—Mmm. —Los párpados fueron retrocediendo por grados: un esfuerzo sobrehumano que le perló de sudor el labio superior y el cuello. Pero era incapaz de

abrir los ojos del todo—. Mmmmm...

—Oh, vaya —dijo la niña, y entonces Chris sintió que los dedos de esta tiraban, aflojando al instante la presión al subirle el gorro de lana hasta la frente—. No me extraña. ¿Mejor así?

«Sí». Los párpados al fin se despegaron y allí estaba ella, a menos de quince centímetros de su cara. No veía gran cosa. El esfuerzo no sólo lo había agotado, sino que la luz era tenue y sus ojos se negaban a enfocar.

—Mmm —volvió a decir.

—¡Eh, está despierto! ¡Tiene los ojos abiertos! —La niña sonrió—. Hola.

—Mmmm —gruñó, y luego se pasó la lengua hinchada por los labios, secos y entumecidos.

—¿Tienes sed? ¿Quieres agua?

—Mmmm. —Le pareció que sus ojos eran celestes y que tendría unos ocho años, tal vez nueve.

¿Cómo lo había encontrado? Nathan estaba muerto. Así que ¿quién? «Alguien más... —Entonces le vino el nombre, vio su cara flotando como una nube vaporosa ante sus ojos—: Lena. —Iban camino de Oren, habían decidido tomar la ruta larga porque...—. Rule, nos persiguen, Weller...».

—¡Eh, tiene sed! —gritó la niña. Más allá de ella, divisó un ancho embudo excavado en la nieve por donde esta debía de haberse colado—. ¡Quiere beber!

—Sal de ahí, cielo —dijo Hannah—. Deja que le eche un vistazo.

—Vale. —Y, dirigiéndose a Chris, añadió—: No te preocupes. Queda mucho tiempo para que se haga de noche. Te sacaremos. Te encontramos nosotros, Eli y yo. Extendí mi manta de emergencia para hacerte una tienda y luego mi perra y yo nos metimos debajo para mantenerte calentito hasta que Eli volvió con ayuda. Pero ahora todo va a salir bien. Te tenemos. ¿Cómo te llamas?

—Ccc... —Su garganta reseca emitió un chasquido—. Ccccc. Chriss. —La palabra sonó como un globo al que se le sale el aire—. Chriss...

—¿Chris? —repitió ella, y su rostro se iluminó cuando él consiguió asentir.

Unas lágrimas repentinas le agujearon los ojos porque, oh, Dios, oír su nombre nunca le había parecido tan maravilloso.

—Bueno, hola —respondió la niña—. Yo me llamo Ellie.

«¿Ellie? —Aquel cálido brote de alivio de repente se le secó en las tripas. Se acordó de la discusión, de Alex suplicándole que fuera a buscar a la cría. No podía haber muchas Ellies en aquella zona—. Es de la misma edad. Tiene que ser ella».

—Chris, ¿estás bien? —Ellie arrugó el entrecejo con preocupación—. ¿Te encuentras mal? ¿Te duele más?

—Yo... —Su lengua se resistía. Con nuevo pavor, pensó: «No puedo decírselo. No debo». Podían dejarlo allí a su suerte. Incluso matarlo—. S-sí... m-me du-duele —farfulló, y no mentía.

—¿Ellie? —Era Hannah—. ¿Está...?

—Creo que será mejor que vengas. No tiene buena pinta. —Ellie se apartó a un lado y retiró de un golpe la acartonada esquina de la manta de emergencia. Un rayo de luz iluminó la oscuridad y Chris pudo ver nítidamente cómo la puerta de granero lo había enterrado unos buenos palmos en la nieve compacta antes de quedarse encajada. También tenía una mejor perspectiva de la sangre.

«No. —Un nuevo espasmo de terror le retorció el pecho y, cuando exhaló, su aliento dibujó pequeñas ondas rojas—. Es demasiado. He perdido demasiada...».

Más allá de los límites de su cárcel de nieve, estacas y sangre, oyó el bufido de bienvenida de un perro y que Ellie decía: «¿Qué?». Pausa.

Un murmullo de la otra chica. «Sí —dijo Ellie—, hay mucha, y creo que sigue saliendo. No se está desparramando, pero...». Evidentemente, alguien allá arriba comprendía que no debía de ser muy agradable para él escuchar aquello porque habían vuelto a colocar la manta en su sitio, taponando la entrada de luz.

«Están hablando de la sangre. —Ahogó un grito—. No se está extendiendo porque se funde en la nieve que tengo debajo».

Al cabo de un momento, oyó un susurro, vio que la oscuridad se retiraba y aparecía una mano enguantada seguida de un brazo, un hombro y, por fin, una chica que se dejó caer de espaldas por la rampa.

—Hola. —Se detuvo cerca del charco de sangre en el que estaba tirado, se apartó del hombro una gruesa trenza del color del trigo sarraceno y se puso de lado para quedar frente a él—. Soy Han... —Enmudeció de repente y una expresión de pasmo se apoderó de su rostro—. Oh, Dios mío. —Su voz sonó débil y estupefacta. Se llevó una mano enguantada a la boca como si quisiera detener de algún modo lo que venía a continuación—. ¿Simon?

16

—¿Qué? —Su propia voz sonaba distante, como envuelta en una neblina de dolor—. ¿Quién?

—Yo... —empezó a decir, y entonces Chris vio cómo sus ojos, que eran del color de la ceniza clara, se posaban en su garganta. Las cejas se le fruncieron—. ¿Cómo has dicho que te llamas?

—C-Chris. —La garganta, seca, se le contrajo—. Prentiss.

—Oh, ya veo. —Lo volvió a mirar de cerca y pareció recuperarse. Se quitó los guantes y le puso dos dedos en el cuello, en el ángulo de la mandíbula—. Lo siento. Me llamo Hannah. Estoy aquí para ayudarte. Deja que te tome el pulso.

—¿M-muy...? —La garganta emitía un chasquido cuando tragaba—. ¿Muy mal...?

—Shh. —Sus labios se movían al contar en silencio los segundos en su reloj de muñeca—. ¿Puedes respirar bien?

—D-duele. Cuesta...

—¿Respirar? ¿Cómo si no pudieras inhalar suficiente aire? —Su mirada gris le escudriñó la cara—. ¿Qué me dices del dolor?

—Como cu-cu-cuchillos. —Hizo una mueca al volver a inhalar—. Ca... cada vez...

—¿Te cuesta más respirar? —Como él movió la cabeza a modo de asentimiento gradual, ella continuó—: ¿Te duele más en un costado?

—S-sí. —Cerró los ojos un momento para recuperar la compostura—. ¿Muy mal?

—Mucho. —Los dedos de Hannah recorrieron el abultamiento de su nuez y entonces sus ojos grises se empañaron—. ¿Dónde más te duele?

—Est-estómago. —Se notaba la lengua tan hinchada que temía ahogarse—. Es-es-palda.

—La espalda, como suponía. Esta puerta pesa mucho. ¿Puedes mover los dedos de los pies?

No se le había ocurrido comprobarlo. ¿Lo había hecho antes de desmayarse? Se concentró y envió la orden a sus pies. Tras unos angustiosos segundos, sintió el fruncido de la lana, pero la sensación era muy distante, como si la señal se transmitiera a través de un cable muy largo y lento.

—Sí.

—Perfecto —dijo, aunque a Chris le pareció que su expresión no se correspondía en absoluto con aquella palabra—. Escucha, voy a deslizar la mano por debajo y a presionarte un poco el estómago. Intentaré hacerlo con la mayor suavidad posible, pero tengo que hacer algunas comprobaciones, ¿de acuerdo?

Chris se tensó cuando los dedos de Hannah se infiltraron bajo su parka empapada

y empezaron a abrirse camino a lo largo de su costado derecho. Cuando oprimían, él hacía un gesto de sufrimiento.

—¿Eso te duele? —preguntó, sin apartar la vista en ningún momento de su cara—. ¿Y esto? —Apretó de pronto y luego aflojó.

—¡Arg! —Unas intensas náuseas le subieron por la garganta y sintió que unas lágrimas repentinas le resbalaban por las mejillas—. N-no... no...

—De acuerdo, de acuerdo. —Le tocó la mejilla con la mano—. Intenta relajarte.

—Po... —Estaba temblando y eso sólo hizo que el dolor empeorase. Era mejor no moverse—. P-por favor, sá-sácame de aquí, s-sácame...

—Lo haremos —le aseguró. Chris no estaba seguro de si se debía al pánico, pero le pareció que la sonrisa de Hannah no se correspondía con sus ojos—. Voy a traerte un poco de agua, ¿te parece? ¿Tienes sed?

—S-sí, pero n-no te vayas... no m-me dejes aquí. —Escuchó lo asustado que sonaba, pero no le importó. El miedo y una súbita sensación de fatalidad lo envolvieron en un manto denso y sofocante—. P-por favor.

—Por supuesto que no. Trata de que no te entre el pánico, Chris. Déjame... —Se giró, rodó, levantó una esquina de la manta de emergencia y gritó—: ¡Necesito mi botella de agua, por favor!

—¿Cuál? —Era el chico mayor, Jayden.

—La de la alforja de la izquierda.

Una pausa.

—Vale —contestó Jayden, en el mismo instante en que Ellie decía:

—¿Qué? Espera...

Hannah la cortó.

—Eli, creo que Ellie y tú deberíais aseguraros de que está todo despejado.

—Despejado —empezó a decir Ellie.

—Vale —dijo el niño, Eli—. Vamos, Ellie.

—No, no —protestó Ellie. Su tono era tajante y, a través del filtro del miedo, Chris captó enfado, casi rayano en el espanto—. Sabes que es... —Fuera lo que fuese lo que iba a decir, se perdió en el crujido de la nieve cuando alguien, seguramente Eli, se la llevó de allí.

«Molesta. ¿Por qué?». Chris observó cómo Hannah cogía la botella Nalgene que le pasaban, sacaba un tubo largo para beber y le acercaba la boquilla a los labios.

—Toma —le dijo.

Tanto el olor del agua, cálido y con cierto toque dulce y terroso, como el grito de su necesidad eran tan abrumadores que el miedo y la aprensión se desvanecieron. Con todo, se encontraba tan sumamente débil que, cuando chupó de la boquilla, sólo un fino chorrito se derramó sobre su lengua reseca antes de escurrírsele por la comisura de la boca.

—Oh. —Hannah hizo un ruidito compasivo—. Espera un segundo. —Se acercó más y se desenrolló la bufanda antes de sujetarle la mejilla con la mano—. Vamos a

subirte un poco —dijo mientras le aguantaba la cabeza y le metía la bufanda hecha una bola a modo de almohada improvisada. Estaba tan cerca que Chris podía olerle la piel, un aroma a leche y a gachas de avena calientes. Le sostuvo la cabeza en la sangradura del brazo y volvió a ofrecerle la boquilla—. Prueba ahora.

Chris sorbió, y las primeras y valiosas gotas se le deslizaron por la lengua antes de seguir su curso por su torturada garganta. La dulzura del agua se contrarrestaba con un aroma a levadura que le recordó al pan recién hecho. Dejó escapar un profundo gemido.

—Tranquilo —oyó que le decía, y se dio cuenta de que había cerrado los ojos. El agua estaba tan buena, tan buena...—. No hay prisa —lo frenó—. No voy a abandonarte. Ellos no harán nada más hasta que yo lo diga.

Sintió que su cuerpo se relajaba contra el suyo y, durante unos maravillosos segundos, no hizo otra cosa que beber. A medida que el agua trazaba un dedo cálido por el centro de su pecho hasta el estómago, su miedo se fue disipando. Olvidó sentirse avergonzado por el hecho de que una chica extraña le estuviera acunando como a un bebé. Con cada trago, sentía que su corazón, que antes latía acelerado por el miedo y el dolor, empezaba a apaciguarse.

Después de otro minuto, Hannah le tocó la mejilla.

—Suficiente por ahora —le dijo. Chris abrió los ojos y se encontró con los suyos grises clavados en su rostro. Tenía unos pómulos muy altos, pero la cara cuadrada, la boca grande y la nariz tirando a generosa—. No quiero que la vomites. Vamos a esperar un poco, a ver qué tal.

—Gracias. —La oxidación de su voz había desaparecido. Se pasó una lengua perezosa por los labios—. Dulce.

—Es por la miel. —Su tono de voz era muy calmado, pero, no sabía por qué, le resultaba familiar, como la melodía de una canción favorita que recordara sólo a medias—. Tenemos nuestras propias colmenas. Déjame que... —Se echó hacia atrás, retirando el brazo con cuidado—. Chris, ¿qué estabas haciendo por aquí? ¿De dónde eres?

—Tratando... —Se sentía mejor, casi en paz—. Tratando de... de llegar a Oren. E-encontrar... —Volvió a humedecerse los labios—. Asentamiento.

—Un asentamiento en Oren. —Su tono no revelaba nada—. ¿Por qué?

—Mmmm. —Una sensación de somnolencia extraña pero agradable lo invadió. Sentía que sus músculos empezaban a relajarse—. V-venía de R-Rule...

—Rule. —La palabra sonó plana y dura—. ¿Por qué? ¿Y por qué venir por este camino? No es el más rápido, ni siquiera el más recto.

—Hu-huía.

—¿Estabas huyendo? —Como Chris asintió, ella continuó—: ¿Te perseguían?

—N-no creo. En camino... mucho tiempo.

—Ya veo. —Le ofreció de nuevo la boquilla—. Bebe.

El agua, que seguía siendo maravillosamente húmeda, tenía esta vez un sabor

diferente. Justo bajo la miel y aquel toque a avena, detectó algo extraño, un regusto salobre.

—¿Has estado antes en Oren? —preguntó.

—Mmm. —Le costaba respirar y necesitaba medir sus palabras para conservar el aire. Volvía a sentir el pecho pesado—. M-me lle-llevaba niños.

—Sí, todo el mundo sabe que Rule hace eso.

—N-no lo que piensas —repuso—. Niños enfermos.

Se produjo una pausa.

—¿Ese eras tú? ¿Tú eres ese chico? —Chris detectó el tono de sorpresa en su voz. Otra pausa—. Dime cómo los encontrabas.

¿Qué era aquello? ¿Un interrogatorio?

—Los... dibujos, en los graneros. —Los labios le ardían como si hubiera comido demasiados jalapeños—. Así... así es como... —Rebuscó la idea, pero se le fue.

—Sí, eso es —dijo, como si confirmara algo para sí misma—. ¿Qué estás haciendo aquí, Chris? Nunca habías venido a esta zona.

—Huir. Vine a bus-buscar... —¿A quién? Tal vez fuera la luz, pero la cara de Hannah se estaba desdibujando. «Cansado». Qué extraño era sentir que el tiempo se desenrollaba como un muelle al final de su vida útil. Los latidos de su corazón iban ralentizándose. Los párpados seguían queriendo cerrarse. «Quiero dormir»—. A Hunter.

Las comisuras de la boca de Hannah se tensaron.

—¿Por qué quieres ver a Isaac?

«Isaac».

—¿Tú... tú lo conoces?

—¿Por qué quieres verlo? —le repitió.

—N-necesito... —Sus pensamientos comenzaban a emborronarse. No recordaba qué se suponía que iba a hacer allí. Volvía a tener frío y la agradable sensación del pecho empezaba a disiparse a pesar de que el temblor que antes se había apoderado de él había desaparecido casi por completo—. Lo necesitaba para...

—¿Que necesitabas a Isaac para qué? —Le dio unos toquecitos en la mejilla—. ¿Chris?

Él apenas notaba sus dedos. Tenía la sensación de que sus ojos grises lo estaban observando muy de cerca, pero su propia mirada vacilaba, su conexión con la realidad comenzaba a fallar. Su cerebro volvía a divagar y el cordel que ataba el diminuto globo cabeceante de su mente al aquí y al ahora se soltaba. Ya era incapaz de pensar; no recordaba nada. En el pecho notaba una oscuridad, un mal presagio, que al principio era un puño y que ahora se había transformado en una palma lenta e insidiosa de dedos sinuosos que se desplegaron abriéndose paso como gusanos por sus pulmones y seguían el curso de su sangre: una mano fría y tenebrosa que le llegaba al cerebro, envolvía su mente y asfixiaba sus pensamientos, quién era y dónde estaba.

«Ellie. —Una diminuta chispa titiló en su mente. Ellie se había molestado y luego la habían apartado de allí—. Cuando Hannah pidió la botella de...».

Y entonces lo comprendió.

No lo estaban salvando.

Lo estaban matando.

—¿Mmm? —Chris no sabía si quería decir *qué* o *por qué*, y en realidad no importaba. Los ojos, resbaladizos como rodamientos bien engrasados, se le perdían en las cuencas. Tenía que aguantar... «Oscuro, todo oscuro, también mi pecho... Mal...»—. Han... uh... —masculló. ¿Lo había dejado solo? ¿Se había ido? ¿Por eso estaba tan oscuro? «¿Qué...?».

Pero lo que quiera que fuese a decir se deshizo en su lengua al darse cuenta de que todo estaba negro porque se había quedado completamente ciego.

«No veo... —Vagaba a la deriva, el mundo se disolvía, su mente, aquel globo flotante, se elevaba en el aire—. No puedo respirar, no puedo...».

—Hannah. —El pánico le dio fuerzas inusitadas—. Hannah, c-ciego...

—Lo sé, lo siento. —Su voz era transparente y frágil como una pompa de jabón —: Déjalo, Chris. Deja de luchar. Ríndete.

—N-no. —El frío era una bota en su espalda, un puño en su pecho, una mano que le vendaba los ojos. «No puedo ver, no puedo moverme, no puedo...»—. Por... Por qué...

—Shh —le ordenó ella—. Lo siento, Chris, pero no podemos hacer nada por ti. Tus heridas son demasiado graves. Así es mejor, Chris. Confía en mí. Si dejas de luchar, todo será más fácil.

Pero ¿y si quería luchar? «No quiero morir, no estoy preparado, no estoy...».

—¡Noooo! —gimió—. No...

—Shhh —le ordenó de nuevo, aunque ahora su voz no era más que una hebra, un cuarto menguante de sonido—. No te esfuerces, Chris. Acéptalo y ríndete. Yo me quedaré contigo hasta el final. No estarás solo.

«No. —Pero no sabía cómo pararlo. Su mente deambulaba, cada vez más alto, los márgenes de su mundo se cerraban como un nenúfar—. No... No te rindas, Chris... No... te...».

Despertó en plena agonía.

Jadeando; no, jadeando no; en medio de un estertor con el que trataba de coger aire, emitiendo un *auk-auk* entrecortado y sintiendo que un puño invisible le aplastaba la garganta. Emergió de la oscura nada y salió a la negrura en que se había convertido. El dolor de sus pulmones era horrible, peor que una quemadura; cada respiración se asemejaba a tragar cristales rotos. El cerebro le palpitaba tan fuerte que el corazón parecía haberle repechado hasta el cráneo. O tal vez fuera el monstruo, que intentaba salir dándole puñetazos al hueso.

Justo por encima del ojo izquierdo distinguía un resplandor tenue y sulfúreo. «¿Luz blanca?». ¿Era esto lo que se suponía que ocurría? Primero la luz cuando el cerebro, por falta de oxígeno, pasaba a mejor vida; luego, el túnel y al final...

No, no era un destello; más bien, pequeños puntitos. Tampoco eran grietas en la nieve. Se esforzó por concentrarse en la luz y lo comprendió: el reloj de Mickey Mouse de Ellie. No se lo había quitado desde la víspera de aquella terrible mañana en que Harían disparó a Tom y se llevó a Ellie. Mickey decía que eran —obligó a su vista a permanecer firme— las siete y cinco.

«Ha amanecido. Llevo aquí...». No era capaz de hacer cálculos. El resplandor del reloj de Ellie se estaba apagando, las luces parpadeaban y se desvanecían, aunque su mente se removiera y pareciera hincharse más allá de los límites de su cráneo. Por un breve instante pensó que estaba de pie arriba, sobre la nieve, pues su mirada contemplaba árboles partidos, rocas reducidas a fragmentos y... ¿un bastón de esquí? No estaba segura, no tenía tiempo de analizarlo. La visión se atenuó y lo que quedó fue algo cegador y demasiado blanco, como el ojo de una luna llena antes de que el mundo muriese.

Aquel debía de ser ese último túnel. Allí estaba la luz. Allí era donde tenía que ir, porque Tom había estado allí, inalcanzable en las alturas; ojalá ella pudiera flotar lejos, rápido... «Tom..., espera... Espérame...».

De improviso, la mente le dio un fuerte vuelco cargado de pánico; fue una vibración, el repentino repliegue y retorcimiento de un monstruo que sentía que Alex estaba realmente en las últimas, que aquello era todo, el final de la línea... Y estaba luchando con todas sus fuerzas por salir de allí.

A pesar de todo, Alex quería reírse. Y lo habría hecho, de haber tenido oxígeno. El monstruo se había transformado en otra cosa, como Kincaid se esperaba, pero seguía atrapado en el interior de su cabeza y ella estaba enterrada viva.

«Te tengo... Te t-tengo... —Sus pensamientos farfullaban—. Duele, esto duele. —Le costaba concentrarse. Las palabras se le escurrían entre los dedos, se le caían de la mente. Todo la abandonaba, salvo el dolor—. Duele. No hay aire. El pecho... duele, duele. Oscuro. No... hay... aire... n-no, no puedo abandonar».

Trató con todas sus fuerzas de aspirar una vez más.
«No puedo... a-aban...».

En el exterior de la casa de tortura, los caballos estaban inquietos, relinchaban y sacudían la cabeza. *Daisy*, la golden retriever de Greg, caminaba a la par de su dueño y se debatía entre nerviosos resuellos y sonoros gimoteos.

—Tío, ¿has visto eso? —preguntó Pru en voz baja.

—Sí, todos los animales están acojonados. —Greg levantó la vista hacia el chico de más edad—. Tú también lo has notado. Sé que lo has hecho.

—¿Notar el qué? —Al verse privado de diversión, Aidan se había pegado a Greg y a Pru. ¿Una alerta por radio? Excelente. Había que dirigirse al problema, porque uno nunca sabía cuándo iba a volver a disfrutar de un pequeño alboroto—. No he notado nada.

—Bueno, pues yo sí. La tierra ha temblado, justo como ha dicho Kincaid. Como un... un... retumbo, una vibración, ¿sabes? Como cuando pasa un tráiler o cae un rayo muy cerca... —Pru levantó la nariz y olfateó.

—¿Qué haces? —le espetó Aidan.

—Buscar un rastro de ozono —explicó Pru—. Ya sabes, el aire huele así después de un relámpago.

—¿Qué dices! —se burló Aidan—. ¿La electricidad de un relámpago? ¿Cómo va a oler eso?

—Sí que huele —intervino Greg—. Como el tubo de escape de un coche en verano.

—Ozono —repitió Pru, y meneó la cabeza—. Pero no percibo nada, sólo la nieve.

—Pues yo sí que no huelo un carajo por culpa de este maldito frío —protestó Aidan—. Hace cinco minutos que se me ha congelado la nariz. Os estáis comportando como unos maricones, dejando que Kincaid os acojone.

—¿Ah, sí? —Pru señaló a la izquierda de la corredera del establo—. Mira la nieve, A.

Greg se percató en el acto de lo que Pru quería decir: había nevado la noche anterior, pero, en lugar de una nueva capa de hielo sobre la dura nieve compacta que se amontonaba en la rampa de entrada, había discretos montículos, como montañas en miniatura de azúcar glas tamizada. Sacó la linterna y escrutó el tejado. El establo no tenía canalones, así que toda la nieve que se había fundido brillaba en forma de puntiagudos carámbanos, tan afilados como colmillos ensangrentados. Algunos, sin embargo, se habían desprendido y sobresalían de la nieve compacta como estiletes plateados.

—¿Y...? —Aidan se subió la capucha de la parka, se metió las manos enguantadas en los bolsillos y encorvó los hombros ante una repentina ráfaga de viento—. La nieve se ha desprendido —musitó, con una voz tan amortiguada y lejana que a Greg le recordó al segundo curso de la escuela y a aquel juego del teléfono con

latas.

—¿Sí? No me jodas, Sherlock —dijo Pru—. Pero ¿por qué habría de desprenderse? No ha hecho suficiente calor para que se derrita y la nieve no es blanda. Esos carámbanos se han roto limpiamente.

—Los chuzos han temblado tanto que se han venido abajo. —Greg barrió el tejado con el haz de luz y vio tejas desnudas por donde la nieve se había precipitado haciendo carambolas—. Como en una avalancha.

—Venga ya. —Pero la voz de Aidan denotaba ahora un atisbo de incertidumbre—. ¿Qué ha podido provocar eso? ¿Un terremoto? Qué rayada. Esto es Michigan. Esas mierdas nunca ocurren aquí.

—Hasta ahora —apuntó Greg.

DONDE SE ENCUENTRAN LOS CADÁVERES

20

Esta vez era otro pie, el izquierdo, y de un tío. Aquellos mechones de pelo que sobresalían de los dedos lo decían todo. El dueño era un cerdo. Caso terminal de callos, dos enormes juanetes, durezas tan bastas que podían servir de lija y un dedo podrido. Como se trataba de una persona mayor —todos eran mayores—, la piel estaba moteada, fina como el papel y plagada de venas azules y agusanadas. Las uñas, rotas, eran tan largas que se habían curvado formando garras amarillentas. A Peter le costaba imaginar cómo aquel vejestorio había sido capaz de caminar siquiera.

—Tienes que matar a los guardias —afirmó Simon con un bufido.

—Lo sé —asintió Peter por encima del *bong-bong-bong*. Las malditas campanas habían empezado ocho días atrás, justo después de que estallara la mina de Rule, y no habían parado desde entonces. Ahora estaba sentado con las piernas cruzadas, tal y como su madre lo trajo al mundo, en el hormigón helado de su celda de la esquina, tratando con todas sus fuerzas de no mirar a Simon. ¿Para qué? Aquel maldito mocoso...

—alucinación—

era rápido. Y lo que Peter no quería de ninguna de las maneras era detenerse en los demás, que lo observaban desde las nueve celdas restantes: Cambiados de ojos chispeantes que pegaban la cara a los barrotes como los monos de un zoo. Lo único que no hacían era chillar. Debía de haber al menos sesenta niños, aunque, conociendo a Finn, lo más seguro es que hubiese muchos más encerrados en otras jaulas por el campamento.

¿Y qué era lo que le fastidiaba? Bueno, aparte de la presencia de Simon y del *bong-bong-bong* de las campanas y de que estaba desnudo y cociéndose en su propia mierda. Que a algunos de aquellos Cambiados podía ponerles nombre. Conocía a algunos de aquellos niños y eso le daba grima, mucha. Por ejemplo, aquel grandote cejijunto como un neandertal de la jaula que quedaba justo enfrente. Lee Travers: Forest Road, tercera casa a la derecha. Su inquieta abuela se pasaba todo el día haciendo surcos con su azadón Warren, afilado como el demonio, tanto si aquel jardín necesitaba que lo cavaran como si no.

¿Y aquella morenita tan guapa con ojos de cordero de la celda de su izquierda? ¿Aquella chica que le hacía sentir hambriento de maneras que no podía disimular sin ropa? Estaba bastante seguro de que se trataba de Kate Landry: dieciséis años, amante de los gatos y, oh, Dios, qué labios, qué tetas. Peter tenía *flashes* de los dos, desnudos, revolcándose en la nieve...

«Basta. —Se le había acelerado la respiración y la boca se le había secado de deseo—. Contrólate. Piensa. ¿Por qué Finn está agenciándose a estos chicos en particular? ¿Y a sus amigos?».

—Pues en vez de pensar en sexo, deberías estar ideando una manera de salir de

aquí —le dijo Simon.

—Eso ya lo sé, Simon —murmuró Peter, apartando los ojos de la apetecible Kate, de aquellos labios y aquellas tetas. A ratos, otra idea flotaba en su cerebro, algo sacado de *El origen del planeta de los simios*: matar a los guardias, abrir las jaulas y que salieran de allí en tropel para conquistar el mundo. O de *El mago de Oz*: «¡Volad, volad, volad!». Pero primero: sexo. Barra libre de sexo: en la nieve, en el suelo, en todas partes; agarrar a Kate, arquearle la espalda y darle lo suyo, darle, darle...

—Ten cuidado con lo que deseas —le advirtió Simon—. Tendrás suerte si no te la arranca de un bocado para tomarse un tentempié.

—Por Dios, Simon, cierra el pico. —Joder, no podía tener ni una buena fantasía en paz.

—Oblígame. Con la de cosas importantes que tienes por las que preocuparte, como de mí y de Penny, de la mina, por no mencionar a Finn y por qué está reuniendo a Cambiados, a niños de Rule, y lo único en lo que se te ocurre pensar es en enrollarte con una chica. ¡Te necesitamos!

—Sí, lo sé. Basta, Simon, por favor. —Gruñó y rodó hasta quedar bocabajo, lejos de los ojos de Kate, del hambre de la chica, de sus propios pensamientos. Simon era un clavo en su oreja derecha. Como esas agujas que utilizaban con las ranas allá en... Dios... Biología del instituto.

«Y mira quién es la rana ahora».

Increíble pero cierto.

Hacía ocho días que la mina de Rule había explotado y, cuando Peter no estaba gritando o desvariando como un loco por culpa de las campanas, aquellas malditas campanas de su cabeza, aquel *bong-bong-BONG...*, cuando no estaba haciendo eso, o bien estaba despierto y tenía pesadillas espantosas que se le enganchaban cual erizos —agua, un oscuro lecho de posidonias, el barco y ojos de piedra—, o bien estaba despierto y no soñaba, pero pensaba mucho y los pensamientos bullían en la olla a presión de su cráneo: «Sal de aquí, Peter, sal, sal, ¡tienes que salir!». Si no encontraba una forma de salir, la cabeza le iba a explotar. No iba a quedar más que una cavidad roja y chorreante.

Porque allí dentro había algo.

Sí, algo real. Dentro de su cráneo. Una especie de... hormiguelo tras los globos oculares, un pulular por la materia rosa y blanda de su cerebro. Tal vez se le hubiera colado por un oído o le hubiera subido por la nariz, no estaba seguro. Pero lo sentía, de eso sí que estaba seguro. Y el muy cabrón estaba creciendo.

Había intentado librarse de él. Una vez utilizó su camiseta. Sólo recordaba fragmentos: el lento estrangulamiento con su propio peso; el dolor agudo; el momento brutal y frenético en que todo se puso negro cuando se quedó sin aire y los pulmones se colapsaron; un nudo tan tenso que el lazo le serró la piel como una fina

cuerda de piano. Otros diez o quince segundos y se habría cortado las carótidas.

Así que le quitaron la ropa. Ahora se revolcaba en su propia mierda totalmente desnudo, porque también se habían llevado el cubo. Había sido culpa suya, pero aprovechar la oportunidad había merecido la pena. La satisfacción primaria y animal de empapar a Lang —aquel traidor— con orín nauseabundo y excrementos... Oh, Dios, qué bien se había quedado.

Sin embargo, aquellas campanas lo estaban matando. Eran atronadoras. Cuando fue capaz de recapacitar sobre el tema, sospechó del agua. Buen sistema de entrega. Cuando aquellos primeros tañidos mudos empezaron, Peter trató de racionarse. Sólo un traguito de vez en cuando, hasta que la lengua se le puso tan pastosa que se le pegaba al paladar y respirar le costaba horrores. Al final no le quedó más remedio que beber y entonces las campanas se volvieron locas. Cuando le gritaba a Finn: «DIOS, ¿PUEDES APAGAR ESAS PUTAS COSAS?», sólo conseguía un galimatías críptico: «Muchacho, ¿no encuentras fascinante que la gente que más menciona a Dios es la que menos cree en él?».

En momentos más tranquilos y racionales, Peter comprendía lo tentador que era ver a Finn como un viejo veterano chiflado convertido en líder de una milicia: un hijo de puta sádico y de una inteligencia escalofriante que tenía Rule entre ceja y ceja; un tipo que había organizado una emboscada hacía siete semanas con el mero propósito de empezar a descargar sus frustraciones en Peter. Si esa fuera la única verdad, sería mucho más fácil rechazar sus conclusiones, sus métodos y sus experimentos.

Pero Peter había ido a la universidad. No se había licenciado por... cosas, unas cosas que tenían que ver con ojos de piedra y agua naranja. Y con Penny. Y con Simon. Y con aquel puto barco. No solía hablar de nada de eso, ni de la universidad ni del accidente. Ni siquiera Chris lo sabía... ¿Para qué? Pero Peter había estudiado la recuperación y la evolución genéticas y las especies en peligro de extinción. Una vez, también él había albergado grandes ideas y sueños. Iba a salvar el mundo. De modo que, en ocasiones, comprendía cuáles eran las verdaderas motivaciones de Finn. Había una lógica aplastante en su locura que un verdadero darwiniano encontraría muy atractiva.

Aunque luego volvía a la carga el *bong-bong-BONG*.

Peter no estaba precisamente cuerdo.

—¿Cuándo? —lo fastidió Simon—. Te pasas todo el día ahí sentado.

Esa era la pura verdad.

—Es un poco más complicado de lo que crees —le contestó Peter, que seguía intentando mantener la calma y la compostura—. Déjalo estar un ratito, Simon, ¿vale?

—¿A quién coño le habla? —Era el guardia nuevo, un viejo de mofletes caídos, cara de perro sabueso y orejas de soplillo vestido con el típico uniforme verde oliva,

arma de mano en la cadera derecha, bastón extensible en bandolera y funda deslizante para defensa de apertura lateral a la izquierda. Orejas de Soplillo y el otro guardia de servicio se encontraban detrás de un sencillo escritorio de madera situado ante una profunda chimenea en la que crepitaba un fuego, justo en el otro extremo de la prisión.

Una voz que Peter reconoció dijo:

—Me pone de los nervios. —El segundo guardia, Lang («Traidor —farfulló Simon—, arráncale la garganta, sácale los ojos y cómetelos como si fueran uvas»), dio un enorme bostezo y se desperezó—. Siempre está así.

Los guardias estarían a unos quince o veinte metros de distancia y, aun así, Peter los oía con total claridad pese a las campanas. Se había vuelto como un murciélago captando sonidos: el *ssss* que producía el agua de un tronco fresco al sisear y evaporarse, el *CRI-cri* que hacía el cinturón de piel de Lang cuando este caminaba e incluso el crujido de botas en la nieve fuera de la prisión. A veces, creía oír otras voces extremadamente diminutas dentro de su cabeza. No distinguía nada en concreto; se trataba más bien de un barullo similar a cuando estás en una estación de tren abarrotada con un techo muy alto.

—Santo Dios, pues el modo en que habla consigo mismo pone los pelos de punta —observó Orejas de Soplillo.

«De punta. BUAJAJAJAJÁ». No tenían ni puta idea. El *bong-bong-BONG* sí que te ponía los pelos de punta. No dormir, nada en absoluto, sí que te ponía los pelos de punta. La pesadilla recurrente que veías cuando estabas despierto —la sangre naranja en el agua turbia, el barco y aquellos ojos que parecían horadados en la piedra—, eso sí que te ponía los pelos de punta. Que algo estuviera desarrollando alas rojas y eléctricas en tu cerebro sí que te ponía los pelos de punta.

Peter observó cómo Lang se pasaba una mano por un casco gris y aceitoso de pelo ralo y se rascaba.

—El jefe dice que tiene alucinaciones —dijo Lang mientras le nevaba caspa sobre los hombros—. Se supone que desaparecerán. Si levanta mucho la voz, le das un par de trancazos. Eso le cerrará la boca.

—Yo no soy ninguna alucinación —susurró Simon. La voz siempre le llegaba a Peter desde el ángulo muerto que quedaba a su derecha. A veces se giraba como un rayo con la esperanza de pillarlo, pero Simon se desvanecía como una chispa caprichosa.

—Eso ya lo sé —replicó Peter, aunque una parte muy pequeña y aún cuerda de su mente también susurraba: «Sí, claaaaro».

—Por cierto, ¿dónde está el jefe? —preguntó Orejas de Soplillo—. Lleva fuera más de una semana.

—Sabes que soy real —continuó Simon.

—Shhh —susurró Peter—. Simon, por favor, cállate. Necesito...

—Lo último que sé es que el jefe había capturado a un puñado de Chuckies.

Quiere ver cómo se comportan —añadió Lang—. Dijo que aprendían antes cuando salían en grupo, sobre todo cuando van bien puestos.

—Oh-oh —dijo Simon.

Aquello llamó la atención de Peter. «¿Bien puestos? ¿De qué?». Lang y Orejas de Soplillo no estaban hablando sólo de sus compañeros de la prisión. ¿De quién, entonces? ¿Finn tenía Cambiados distintos? ¿Distintos en qué sentido? Pensó en las campanas. Pensó en lo bien que oía las cosas y en el constante telón de gasa del sueño recurrente. Pensó en el pulular dentro de su cabeza. «Y en Simon; oigo a alguien que sé que no puede estar aquí, de modo que ¿y si...?».

—Dios, ellos y nosotros juntos... Se me pone la piel de gallina. ¿Y qué les pasa en los ojos con esa cosa? Como lo que le está ocurriendo a él. —Orejas de Soplillo señaló la celda de Peter con el pulgar—. Me acojona. Parece sacado de una película de terror.

«Espera. ¿Qué pasa conmigo? —Se recorrió el hueso de las cuencas con los dedos y luego se los pasó por las suaves protuberancias de sus párpados cerrados. Tenía los ojos tan rasposos que igual estaban supurando sangre—. Ojos, ojos en la oscuridad, agujeros horadados en la piedra. Pero yo tengo ojos de verdad. A menos que también esté cambiando y me esté convirtiendo en otra cosa. A menos que Finn esté...».

—Sí, pero con el tiempo te alegrarás. Así habrá muchos más. Antes que comerme yo una bala, que se la coma un Chucky —sentenció Lang.

—Tal vez. —Orejas de Soplillo sonó vacilante—. Pero una cosa te digo: al primero que me mire atravesado, le vuelo la puta tapa de los sesos. ¿Y qué pasa con estos Chuckies de aquí y de las otras zonas de retención? ¿Tienes idea de lo que el jefe pretende hacer con ellos?

—Bueno, a algunos se los lleva —prosiguió Lang—. A los que cree que son más listos, supongo. Pero no tengo ni pajolera idea de lo que vamos a hacer con los demás.

«Finn tiene más Cambiados, y no sólo aquí. Los ha dividido en grupos: los que deja en paz y a los que... ¿droga? —A Peter se le encendió la bombilla. ¡Qué estúpido había sido al creer a Finn cuando el muy cabrón le aseguró que sólo podía encargarse de diez Cambiados a la vez! Habían pasado casi cinco meses desde que las cosas se fueron al carajo. La milicia de Finn llevaba en activo desde mucho antes. Finn estaba listo para cuando las cosas se desmoronasen—. Así que está trabajando con los Cambiados, *en* ellos, más bien, no sólo amaestrando a un par como mascotas. Selecciona a los más listos, a los más rápidos, a los mejores».

Sin embargo, lo que Finn iba a hacer con los demás, con los que había allí con él, no podía ni imaginarlo. No eran comida —bueno, al menos no para los Cambiados, que mataban pero nunca se alimentaban los unos de los otros. Entonces, ¿qué iba a hacer con todos aquellos crios, la mayor parte procedente de Rule?

Otro pensamiento: «Me tiene a mí. Lo sabe todo sobre mí». ¿Sabía también lo de

Simon? ¿Lo de Penny? ¿Y si Finn también los estaba buscando?

«Relájate, no los encontrará. Nadie sabe dónde...».

—No sé yo —intervino Simon—. Finn te atrapó. ¿Qué te hace pensar que no lo va a descubrir? Tienes que hacer algo, Peter.

—He hecho lo que he podido. Te he mantenido vivo. —Peter sentía como si le hubieran metido el cerebro hiperestresado en una batidora—. Lo he perdido todo por ti.

—No —respondió Simon..., y vaya si sonó como Finn—. Tú te condenaste cuando decidiste que la Zona era una buena idea. Te condenaste en el mismo instante en que le mentiste a la policía, en que no le contaste la verdad sobre el accidente, el barco y Penny.

—¿No te parece que ya lo sé? —Un grito le bulló en el pecho.

«No, no, no, no grites. —Se mordió el interior de la mejilla, ya hecha polvo. El dolor era intenso, pero no suficiente, no, señor—. Gritar no sirve de nada. Si gritas, te hacen daño, Lang te patear, te pega. Pero no van a matarte, así que esto no terminará hasta que tú...».

—Pues entonces haz algo, Peter —insistió Simon—. Detén a Finn. Mueve ficha. Haz algo.

—¡Cállate! —masculló Peter, y dio una patada al aire con la pierna izquierda—. ¡Cállate, Simon, cállate ya!

—¡Eh, eh! —exclamó Lang.

—Por favor, Dios. —Peter se enderezó a duras penas gimoteando, rodeó con los dedos los barrotes de hierro que quedaban junto a la pared y aguantó, asiendo el metal con toda la fuerza de sus puños a la espera de otra ola de dolor—. No, no, no, Peter, no grites, Peter, no grites.

Aquella no era la primera vez que Peter se preguntaba durante cuánto tiempo y con qué fuerza tendría que golpearse la cabeza para fracturársela y que el cerebro se le escapara como una yema de huevo líquida. O podía dejarse ir cerca de los barrotes, donde los Cambiados esperaban, meter las manos y atraer a Kate, dejar que le clavase los dientes en la garganta, que le diera el primer bocado. Todo habría terminado antes de que los guardias se la quitasen de encima a ella y a sus compañeros de celda a palos. Pero era un cobarde; era incapaz de dejarse morir. No estaba listo y tenía que pensar en Penny y en Simon. En Chris.

Contar; debería contar. Contar era bueno. «Diez celdas, hay diez... —Su mirada enloquecida iba de una a otra—. Cinco a un lado, una, dos, tres, cuatro, cinco...».

—Este cerdito fue al mercado, este otro cerdito se quedó en casa, este cerdito se comió un asado... Ayuda, ayuda, ayud... *Bong, bong, bong...*

—Está bien, esto ya pasa de castaño oscuro —dijo Orejas de Soplillo.

—No, no, no, nononono —coreó Peter, apretándose las sienes con los nudillos, sacudiendo la cabeza adelante y atrás—. Ocho... ocho, ocho, ocho, ocho días de las campanas, pero diez celdas, diez, diez, diez, diez cerditos, *wii, wii, wii...* —Oyó que

su voz se elevaba hasta convertirse en un formidable falsete—. *Wii, wii, wii, wiiiiii...* ¡No, basta! ¡Basta, basta! —No fue consciente de que estaba puntualizando la palabra con un puñetazo en su mandíbula hasta que los nudillos le dolieron a rabiar.

—¿No deberíamos hacer algo? —preguntó Orejas de Soplillo.

—Cuando empiece a intentar sacarse los ojos o lo que sea —fue la respuesta de Lang.

—¿Lo ha hecho alguna vez?

—Sólo una.

—Basta —resolló Peter, aunque ya no estaba seguro de a quién le hablaba. Tenía que dejar aquello, controlarse. Volvió a darse otro puñetazo, y otro, y otro, más fuerte, ¡más fuerte! Esta vez, la parte interior de la mejilla se desgarró contra los dientes. La boca se le inundó de un regusto a metal y a agua cenagosa («el barco, en la más profunda oscuridad»), un sabor que ahora conocía muy bien. «Pero este soy yo, eso está bien. Esta es mi sangre». Se la tragó. «No nadie que me tuviera que comer». No. —Se enderezó de repente, como si le hubiera saltado un resorte escondido en la cintura—. Tampoco voy a pensar en eso. Voy a pensar en otra cosa. Voy a pensar, pensar, pensar. —Empezó a dar vueltas por los límites de su celda, a pasar por delante de los Cambiados, aunque bien lejos de sus ansiosas manos y de Kate, Kate, Kate, una vez, y otra, y otra. «Cuenta, haz algo, haz lo que sea, pero contrólate»—. Contrólate, contrólate, soy Peter, estoy en una celda, estoy en un campamento...

—Eres Peter, estás en una celda, estás en un campamento. —Simon era un eco, un fantasma del cementerio donde Peter tenía enterrados sus recuerdos—. Estás en una celda, esto es el infierno, y yo soy Simon, y había diez cerditos que hacían *wii, wii, wii...*

—No te escucho.

—Me estás hablando.

—¡No te oigo! —gritó Peter, por encima del *bong-bong-BONG*—. ¡Dios, por favor, déjame salir de aquí! —Le dolía tanto la cabeza que parecía que alguien se la hubiera abierto con un ladrillo. «Por favor, Dios, por favor. ¿Por qué no dejas que me muera?».

—Porque no te ha llegado la hora —replicó Simon.

—Pero es que no lo soporto más. —Se pasó la lengua por el labio superior, deslizándola sobre una franja repugnante y ahora muy familiar de cobre seco y sal rancia—. Simon, por favor...

—¿Simon? —dijo Orejas de Soplillo.

—El nieto del reverendo —contestó Lang, aburrido—. Un chaval al que estaba muy unido.

—¿El nieto? Yo creía que Chris Prentiss era el nieto de Yeager.

—Él también, lo cual resulta raro, porque el viejo sólo tenía un chiquillo.

—¿Y eso cómo puede ser? —le preguntó Orejas de Soplillo.

—Ni puñetera idea.

—Todavía no te está permitido morir, Peter —dijo Simon—. Penny y yo te necesitamos.

—¿No crees que ya lo sé? —Furibundo, se giró para tratar de atraparlo, pero sólo agarró aire, pues Simon se había desplazado, siempre fuera de su alcance—. Tú me necesitas, Penny me necesita. Pero ahora mismo no puedo ayudaros. ¿Es que no lo ves? ¡Ni siquiera puedo ayudarme a mí mismo!

—¿Quién es Penny? —preguntó Orejas de Soplillo.

—Su hermana. Los de Rule dicen que era una preciosidad. Estaba —Lang ahuecó las manos para simular dos pechos— buenorra.

—¡Cállate! —Peter giró la cabeza tan rápido que un hilo de saliva ensangrentada salió volando. Pero, en su corazón, también se alegraba porque aquello le daba la oportunidad de odiar a alguien además de a sí mismo—. ¡Ni se te ocurra mencionar a mi hermana! ¡No pienses ni en su nombre!

—Ya se había ido cuando yo llegué aquí. Dicen que se volvió salvaje —continuó diciendo Lang como si Peter no estuviera allí... y eso era cierto en muchos sentidos. Lang se pasó la anguila rosada que tenía por lengua sobre unos dientes manchados de negro debido a la putrefacción y la nicotina—. Una pena. Sería una auténtica gozada enseñarles a todas esas chicas lo que un hombre puede...

—¡Cállate! —Peter se aferró a los barrotes con ambas manos y los zarandó como si fuera un chimpancé—. ¡Cállate, Lang! ¡Como no te calles, te voy a matar! ¡Cállate, cállate!

—¿Ah, sí? —Lang arrastró la silla hacia atrás y echó mano de la funda. Con un latigazo de muñeca, sesenta y cinco centímetros de acero negro cromado aparecieron de la nada. Lang avanzó la mitad de la distancia que lo separaba de la celda de Peter, golpeando los barrotes de hierro con agudos *bang-bang-bang* metálicos que, de algún modo, se sincronizaban con los *bong-bong-bong*. En las otras celdas, los Cambiados retrocedieron y se encogieron—. ¿Te estás haciendo el duro, muchacho? ¿Vas a matarme? Me gustaría ver cómo lo intentas.

«¡Sí! ¡Adelante, párteme la cabeza, hazme papilla el cerebro, mátame, mátame!».

—¡Venga, venga! —aulló Peter—. ¡Vamos, capullo, vamos! Ahí fuera eres muy gallito y hablas de enseñarles a las chicas lo machote que eres, así que ¡venga!

Las mejillas de Lang se tiñeron de escarlata.

—No me tientes...

—¡Lang! —Orejas de Soplillo se puso en pie—. No creo que sea buena idea...

—¡Cállate! —Lang avanzó y aporreó el hierro con un violento *BAP*—. Niñato de mierda...

—Peter. —Era Simon... y no lo era. Aquella voz, calmada y bajita, en cambio, era poderosa, una patada en las tripas que lo dejó sin aliento—. Peter, no.

Fue así como Peter sintió que las fuerzas le abandonaban, que se quedaba débil, lacio. Miró a su derecha, donde Simon siempre merodeaba fuera de su vista, y resolló

cuando el aire se escindió de repente... y apareció Chris, envuelto en un halo brillante.

—Peter. —La cara de Chris era un resplandor blanco—. Basta. Así no puedes enfrentarte a ellos.

—Chris. —Peter suspiró. Sus rodillas hicieron amago de ceder. Aquella visión lo hizo tambalearse hacia atrás con tanta fuerza que, si no hubiera estado agarrado a los barrotes, se habría desplomado en el mugriento hormigón. Chris no podía estar allí; lo sabía. El hecho de que Chris estuviera... «¿Y si está muerto? No, por favor, Dios». Se le hizo un nudo en la garganta. La vista se le nubló y apretó fuerte los ojos—. Chris, no puedes estar aquí. No puedo estar viéndote. No te estoy viendo.

—¿Y? —ladró Lang. Cuando volvió a golpear los barrotes, el sonido fue mucho más débil y a Peter no le dolieron tanto los oídos. ¿Por qué ocurría aquello?—. ¡Mírame cuando te hablo!

—Abre los ojos, Peter —dijo Chris—. Mírame. Déjame ayudarte.

—No. —Estaba temblando y tenía frío, mucho frío—. Si lo hago..., si puedo verte, significa que estás muerto o has cambiado y...

—Mírame —repitió Chris—. Escúchame.

No pudo evitarlo. Abrió los párpados sin querer y dio un grito. La cara de Chris era blanca como la leche y sus ojos no eran negros, sino de un violeta deslumbrante y cegador. No debería mirar. Debería taparse los ojos. Si seguía así, se quedaría ciego. Pero también tenía miedo de desviar la mirada, de buscar a Simon, a la Kate de ojos de cordero, a Lang o incluso a Finn, por si la visión lo destruía por completo. La oscuridad poseía su propia luz horrible.

—Te veo. —Era una alucinación, una visión que una mente febril había conjurado porque no tenía nada más, ya no le quedaban esperanzas. «Nunca me despertaré de esto, porque nunca duermo»—. Chris... Dios... ayúdame.

—Yo sí que te voy a ayudar. —Lang volvió a golpear los barrotes.

—Lo haré. —La voz de Chris, siempre calmada, era un paño frío en una frente ardiente, agua en el desierto—. Pero tienes que escucharme. Tienes que confiar en mí y hacer lo que te diga.

Chris era tan real como Simon. Se trataba de alucinaciones: síntomas del pasado y de las decisiones que había tomado y los ojos horadados en la piedra y las aguas negras tan profundas y calmas como una tumba. Era una consciencia dividida contra sí misma. Aun así, la suya era la voz de la cordura, una pequeña parcela en su mente, no más ancha que una moneda de diez centavos, que intentaba disuadirlo y ayudarlo a sobrevivir... «Escucha esta voz, escúchala bien».

—¿Qué? —preguntó Peter—. ¿Qué quieres que haga?

—Aléjate de los barrotes, Peter —le aconsejó Chris—. No permitas que te vuelvan a hacer daño. Ya no eres tan fuerte.

—Ya no soy tan *nada*. —Un lento hilillo caliente le corrió por las mejillas—. No soy fuerte. Simon tiene razón. No soy nada.

—Vaya, parece que vas aprendiendo —dijo Lang.

—Puedes volver a ser fuerte —le aseguró Chris—. Ya verás. Pero debes tener la fuerza suficiente como para olvidar esta pelea por ahora.

—Pero caeré.

—Sólo hasta el suelo —dijo Chris—. Confía en mí, Peter.

—Oooooohhh —gimió Peter. Retrocedió torpemente cuatro pasos antes de que sus articulaciones se agarrotasen del todo y cayó de rodillas.

—¿Ves? —Lang desarmó su bastón—. No puedes dejar que esta mierda se te suba a la chepa.

«Para mierda la que tengo yo encima». Peter agachó la cabeza, se restregó con fuerza los ojos como un niño cansado y empezó a sollozar: la pena y la culpa reprimidas eran un sonido terrible que, sin embargo, parecían apaciguar de algún modo el tañido de aquellas malditas campanas, aunque sólo fuera un poco. O tal vez Lang tuviera razón y, fuera lo que fuera lo que Finn había hecho, iba a transformarse en algo mucho peor, si es que eso era posible. Peter así lo creía y tenía miedo. A lo mejor el hecho de no poder dormir era una ventaja, porque ¿qué encontraría al despertar? «Lo siento, Chris, lo siento mucho, lo sien...».

—Está bien —lo calmó Chris, como consolando a un chiquillo que se hubiera arañado una rodilla—. Shhh, está bien. Has hecho lo que has podido. No puedes rendirte.

—Pero lo que he hecho... —Se tapó la cara con las manos. «Dios, nunca me perdonarás».

—Primero debes perdonarte a ti mismo —dijo Chris y, alucinación o no, eso era precisamente lo que Peter necesitaba escuchar. De hecho, mucho más tarde, se preguntó quién había contestado.

—Ayúdame —susurró.

—Ayúdate a ti mismo. —Era la voz de Chris y no lo era. Era un poco la de Simon y no lo era. Era pequeña, la calma en el centro de la tormenta, el ojo de un huracán donde el aire permanece inmóvil, una burbuja fuera del tiempo—. Contrólate. Encuentra un sitio donde esconderte.

—¿Un sitio donde esconderme?

—Sí, un lugar especial que sólo tú conozcas. Pon allí a Peter y yo te volveré a encontrar. Espera el momento adecuado. —Una pausa—. Ahora, come, Peter. Perdónate y vive.

—Vale. —La palabra estaba salada y su voz sonaba lejana. Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano y se arrastró a cuatro patas por la orina y las heces reseca hasta llegar al pie, que yacía volcado como un zapato olvidado.

—Vamos —lo apremió la vocecilla—. Haz lo que tienes que hacer.

—Vale —repitió Peter. El muñón que remataba el tobillo estaba bordeado de coágulos, jirones de músculo fresco y tendón gris raído. Hincó los dientes delanteros en un colgajo de piel y probó a tirar con sumo cuidado. Al principio, se le resistió un

poco. Utilizó las manos para ayudarse y desgarró carne del pie como de una costilla a la barbacoa. La piel cedió emitiendo un suave *riiipp*, un sonido que le recordó a cuando su madre hacía trapos para el polvo con sus viejos calzoncillos de algodón... y entonces empezó a masticar.

Sabía a rayos, como a hígado que ya se hubiera podrido. Aquel era el sabor de su propia vida.

—La madre del cordero, eso sí que es repugnante de cojones —dijo Orejas de Soplillo.

21

—Tengo algo que decirte, cariño. Sobre esa llamada de teléfono... —Su padre retrae despacio el sedal y el carrete hace *clic-clic-clic* cuando sacude la cuerda arriba y abajo, arriba y abajo. A las percas les encantan los anzuelos que saltan—. La de anoche...

—Sí. —En realidad, Ellie no está escuchando. Una ligera brisa, todavía gélida a principios de junio, susurra por entre los vellos de sus brazos. El agua es tan cristalina que el cielo parece estar atrapado bajo su superficie. Debería concentrarse en la boya, pero se ha fijado en un somorgujo macho que sobrevuela la orilla contraria. Cuando el ave ladea la cabeza, Ellie atisba el rojo destello de sus ojos. El somorgujo levanta el cuello y emite un gemido, un chillido espeluznante (el típico sonido de las Boundary Waters de Minnesota y de ir de pesca con su padre) que siempre le provoca escalofríos.

—¿Tienes frío? —Él le pasa el brazo por los hombros—. ¿Quieres mi sudadera?

—No. —Se acurruca. Su padre huele a jabón Dove y a arena quemada, porque Iraq no se desprende de la piel así como así. Al regreso de su primer despliegue militar, se había metido en la ducha del abuelo Jack con toda la ropa y el equipo puestos, mientras ella se encaramaba a la bañera y el abuelo se apoyaba en el marco de la puerta muy serio. «Lo lavé todo antes de marcharme —dijo su padre, poniendo el agua a la máxima presión—, pero mirad esto. —El agua salía clara y se iba turbia y grisácea, lo que la sorprendió sobremanera, porque el abuelo Jack había escrito una historia sobre las tropas en el periódico y su padre había enviado un vídeo de una tormenta de arena y, en aquellos momentos, Iraq era de un rarísimo color naranja fluorescente, no de un gris ceniciento—. Te das una ducha y, a los dos minutos, vuelves a estar sucio —explicó—. La porquería nunca sale. (El abuelo Jack estuvo muy cabreado durante los días siguientes: “Toda esa maldita arena está atascando mis desagües”, pero ella lo pilló recogiendo montoncitos y guardándolos con cuidado en un pequeño tarro a modo de recuerdo)»—. Sólo estoy viendo los somorgujos —añade. Prefiere no hablar. Ese es su momento preferido: antes de que el pez pique. Una vez que muerde el anzuelo, es como si algo se rompiera, porque lo que ocurre a continuación es una cuestión de vida y muerte: la vida del pez se acaba, sin más, sólo porque ella ha decidido lanzar ese anzuelo con un gusano de la cera esa mañana concreta cuando una perca pasaba por allí y dijo: «¡Anda! ¿Qué será eso tan interesante?».

—Ah. —Su padre se interrumpe—. Volviendo a esa llamada de teléfono...

—¿Sí? —De repente, la mamá somorgujo emerge de la maleza de la orilla con dos bolitas de plumas marrones y negras. Ellie se emociona. La mañana está tan tranquila y el susurro del viento es tan suave que acierta a oír el piar de los pollitos y el suave ulular de la madre—. ¡Mira! —exclama en voz baja—. ¡Bebés!

—Sí... —Él le aprieta el brazo—. Cielo, tengo que decirte algo importante.

—Ah. —Sus ojos no se despegan de los pollitos. El padre se escurre sigilosamente cuando la madre se desliza en el agua seguida por las crías, ¡plop-plop!
—. ¿Qué?

—Tengo que volver a marcharme.

Durante un segundo, las palabras no calan. Al otro lado del lago, la familia de somorgujos esquivo los nenúfares. En algún lugar cercano, Ellie escucha el *plash* de un pez que irrumpe en la superficie para atrapar un bicho. Pero en su interior todo se ha muerto y se ha vuelto grisáceo como la arena iraquí.

—¿Qué? —Da un repullo, como si fuera el gusano de la cera del cebo. Las aves adultas también levantan la cabeza, como si estuvieran igual de estupefactas por la noticia—. ¡Pero si acabas de volver!

—Hace seis meses —replica él, con los ojos fijos en el agua y moviendo el cebo como si le fuera la vida en ello. Sigue llevando el pelo rapado y un rojo rubor se extiende por la pálida piel de detrás de sus orejas y por la base del cuello—. Se suponía que iba a ser un año, pero me necesitan. Uno de los otros adiestradores y su perro han... están fuera de servicio. —Por el modo en que lo dice, Ellie sabe que quiere decir «muerto», pero ese es un tema tabú, su padre dice que da «yuyu». «Muerto en combate» da mal fario; decir «muerto» es como pasar por debajo de una escalera. Los perros y los hombres no mueren, están «fuera de servicio»—. *Mina* está con otro adiestrador, pero tiene que rotar y yo la conozco bien, así que...

«Habla como si fuera una persona. Yo sí que soy una persona. —Eso es lo que le gustaría decirle—. No es más que una perra tonta». Parece como si su padre y el abuelo Jack hubieran decidido que ella es igual que *Mina*: Ellie debe rotar, hay que cambiarla de adiestrador.

—¿Cuándo? —Tampoco es eso lo que quiere decir, pero oponerse no servirá de nada. Deja de observar a su padre y baja la vista al agua—. No importa. Qué más da.

—Dentro de dos semanas. —Su reflejo le devuelve la mirada—. Todavía debo resolver algunas cosas, pero podemos... —Su voz se va apagando. Ellie no atina a adivinar qué pensaba añadir para arreglar la situación.

No responde «vale», ni «te odio» ni «cada vez que te vas es como si murieras y yo también tengo miedo a morir». Además, una de esas cosas es una mentirijilla. Ya ha perdido el interés en los somorgujos. En su lugar, estudia a la niñita del agua, atrapada junto al reflejo de su padre, que dice...

—¿... tiempo más?

—¿Eh? —Ellie pestañeó para escapar del recuerdo de aquella mañana de junio y regresar al momento presente, a aquella tarde de marzo con el cielo blanco y colmado de nubes altas. Cuando levantó la vista del agujero negro azulado por el que pescaba en el hielo, tuvo que hacer visera con la mano para no deslumbrarse—. ¿Qué has

dicho?

—He dicho: «¿Cuánto tiempo más?». —Las largas pestañas de Eli estaban cubiertas de escarcha. Tenía copos de hielo pegados a la bufanda y colgando de un deshilachado gorrito de lana como adornos navideños. Sus mejillas se habían teñido de un rojo grosella. Con el rifle sujeto contra el pecho, el chico pateó el suelo presa de un escalofrío exagerado—. Me estoy helando. ¿Cómo puedes hacer eso? —Señaló con la barbilla la caña en la mano derecha de Ellie, que no llevaba guante—. A mí se me caerían los dedos.

—Eso es porque no te mueves —respondió ella volviendo a concentrarse en la caña y agitándola arriba y abajo, arriba y abajo, haciendo saltar el anzuelo. Lo cierto era que la mano se le estaba congelando y las uñas habían adquirido un matiz azulado. Las pocas veces que el abuelo Jack y ella habían pescado en el hielo, el abuelo siempre encendía un fuego en la orilla para que pudieran calentarse con un chocolate humeante, salchichas asadas y perritos calientes renegridos. Se le hizo la boca agua con sólo pensarlo. Mataría por un perrito caliente. Con salsa y mostaza. Y cebollas a la parrilla.

—¿Estás bien? —Eli frunció sus delicadas cejas color miel.

—Sí. —Se esforzó por sofocar un suspiro mientras le venía a la cabeza algo que su abuelo había dicho una vez: «Si los deseos fueran peces...». En los tiempos que corrían, no había buenos deseos. Simplemente acababas deprimido o llorando o ambas cosas, pero a ella le daría un síncope si se pusiera a berrear delante de Eli. Era mono y, a pesar de que tenía doce años, andaban siempre juntos. (Jayden los llamaba «Las Es Letales», cosa que Ellie no pillaba). Sin embargo, Eli también podía ser un poco bobo y a Ellie le daba la impresión de que a veces tenía que protegerlo. Giró la cabeza hacia dos agujeros cercanos por donde había bajado dos portapeces—. ¿Te importaría recogerlos? Tengo que desmontar los avisadores de picada y son como quince...

—¿Yo? —A Eli no le gustaba demasiado la baba de los peces y Ellie había tenido una buena tarde: catorce robaletas negras de unos veinticinco centímetros cada una—. Bueno —murmuró, volviéndose hacia la orilla, donde sus pacientes caballos los esperaban bajo las ramas encorvadas de una alta cicuta. En las inmediaciones, una bandada de cuervos daba saltitos sobre la nieve, buscando probablemente una pila humeante de entrañas de peces, mientras una gaviota solitaria de aspecto severo se posaba en un saliente de roca helada—. Supongo que puedo esperar. Necesitarás ayuda con la barrena.

«Vale, entonces yo llevo todos los peces y los aparejos». Por otro lado, sabía que Eli quería evitar a toda costa guardar el equipo. O más bien evitar aquel lugar cercano donde almacenaban los aparejos. Hasta los caballos odiaban aquella parte del bosque. Tampoco es que a ella la volviera loca, pero ya no era ninguna cría.

—Bien —dijo Ellie, que soltó la caña y buscó con fingida casualidad en un bolsillo interior de la parka, del que sacó una pequeña fiambarrera de plástico. Le quitó

la tapa. En un lecho de serrín, que su cuerpo había mantenido caliente, había gruesos gusanos blancos del tamaño de la punta de su meñique. Separó uno con cuidado del resto de la masa serpenteante—. Va-leeeee —dijo, ensartándolo en el anzuelo. Era un desperdicio, pues ya había ensartado uno previamente, pero Eli necesitaba un poquito de motivación—. Si quieres esperaaar y ayudarme con la barrenaaaaa...

—¡Dios! —Los labios de Eli, brillantes como cerezas y casi demasiado delicados para pertenecer a un chico, se torcieron en una mueca—. Odio que hagas eso.

—Nam, ñam. —Ellie sacó otro gusano de la cera y se lo llevó a los labios—. ¡Qué ricoooo!

—Puaj. —Eli hizo un mohín, pero se le escapó una sonrisa. «Pícara», habría dicho el abuelo Jack—. Vale, tú ganas. Anda, para. —De uno de los agujeros del hielo subió uno de los portapeces y las ocho robaletas con manchas negras que había enganchadas por las branquias—. Puaj —volvió a decir, sujetando al pez aleteante con el brazo extendido mientras *Roc*, un chucho gris, daba saltos con *Mina* pegada a sus talones—. Los guantes siempre me huelen a pescado —se quejó Eli, mientras los perros brincaban excitados en círculos—. *Roc* siempre huele a pescado. Hasta la silla de montar huele a sardinas.

Ellie refunfuñó algo sobre «pedos que matan», aunque ella también estaba harta de percas y mojarras ahumadas. Se moría por un perrito caliente...

—Al menos todo el mundo come.

—Y tú también hueles siempre a pescado. —Eli sacó el segundo portapeces—. ¿Cuánto tiempo más vas a quedarte? Para saber si debo preocuparme por que te hayan comido.

—Ja, ja. Otra hora u hora y media. —Lo dijo por decir, pues, desde que Alex se llevó el reloj de Mickey Mouse, Ellie no tenía la menor idea de la hora que era—. No demasiado. Pero todavía hay mucha luz.

—¿Estás segura de lo de los aparejos?

—Claro que sí, a mí todo me parece bien —murmuró, pero llamó a *Mina* y se despidió de él alegremente con la mano. Los cuervos se agitaron cuando Eli se acercó a la orilla; no obstante, cuando el chico fue a por su caballo sin detenerse, se elevaron en una nube negra para regañarle por el camino.

Sólo dos avisadores tenían algo: dos peces de dieciocho centímetros que ella soltó. Con *Mina* trotando a su lado, cogió el asa de un viejo cubo de pintura de plástico que había usado para transportar los aparejos y se dirigió a los agujeros que había perforado aquella mañana hacía ya tantísimo tiempo.

Aquel lago, que era muy profundo, lo alimentaba un manantial ubicado en alguna parte de la orilla occidental. Eso significaba que el agua cercana a la fuente era mucho más cálida y el lago nunca se congelaba del todo. En su lugar, la capa de hielo se iba consumiendo en un ribete ondulado medio derretido del que siempre procuraba

mantenerse a una distancia prudencial. Cuando se acercaba al avisador más lejano, vio la banderita naranja levantada y experimentó una oleada de euforia.

—¡Bien! —le dijo a la perra—. Ha picado uno. —Recorrió el último trecho, se arrodilló y se puso a desenganchar el sedal. En cuanto apreció lo poco que pesaba, se quedó planchada—. ¡Pues vaya! —Algo había mordido el cebo y se había escapado. Pero entonces notó cómo el sedal se curvaba y se dio cuenta de que le faltaba el plomo del extremo. El sedal goteante se había partido en dos. Había usado uno de monofilamento a propósito: daba mucho más de sí y amortiguaba el anzuelo para que no rasgara la boca del pez—. Pues sí que era fuerte ese bicho... —Y grande. A las percas les gustaban las aguas profundas. Y a los lucios. Eran peces muy carnosos—. Tal vez debería usar un sedal trenzado —le dijo a *Mina*, que se limitó a lamer el agua de sus dedos—. Y hacer los agujeros más grandes si vamos a ir a por los peces gordos...

Se sacó la navaja, una Leek de acero inoxidable, de un bolsillo de los pantalones y desplegó la hoja con un diestro movimiento del pulgar. En un pequeñísimo y oscuro armario de su mente, deseó poder enseñarles a Tom y a Alex la de cosas que había aprendido a hacer. Pero aquello no era nada nuevo.

«Tienes que parar. —Utilizó la punta afilada de la navaja para sacar el nudo de sedal destrozado y echó el avisador de picada en el cubo de pintura. Durante toda la semana anterior, desde lo de Chris, no había dejado de pensar en Tom y en Alex, mucho más de lo que le convenía—. Esta es tu casa ahora, así que acéptalo». Debía ocupar sus pensamientos con cosas que todavía tuvieran arreglo; por ejemplo, cómo capturar más piezas grandes, esas que pasaban apaciblemente el invierno navegando en las profundidades bajo aquella capa de hielo cada vez más fina y quebradiza. Sin embargo, abrir más agujeros significaba pasar más tiempo despejándolos con el hacha. Volvió con cuidado a la orilla y le dio vueltas al problema. El abuelo Jack tapaba los agujeros con las alfombrillas de goma de su vieja camioneta. Pero ¿dónde iba a encontrar un coche? Isaac, Hannah y buena parte de los otros niños habían sido amish y eran algo así como expertos en Dios. Todos los sitios donde se quedaban eran amish y los amish no utilizaban coches. ¿Tal vez una alfombra normal o un trozo de manta?

—Debería preguntarle a Jayden —le dijo a *Mina*—. Él es como Tom. Ya sabes..., un manitas. Uf, todavía me acuerdo de ese viejo camión que Tom y yo...

«Para». Frenando aquel recuerdo, se limpió con el pulgar una lágrima rápida y punzante. Tenía que cortar aquello de raíz, aquel bucle que la arrastraba irremediadamente hacia Tom y Alex, hacia su padre y el abuelo Jack, una y otra vez. Se llevó la mano al cuello y palpó el cordón de cuero del que colgaba un pequeño dije de madera. Hannah le había dicho que el amuleto, una extraña cosa mágica amish o alemana, la protegería de los pensamientos malos o tristes. «Ja». No era más que un signo de la paz vuelto del revés. Una tontería. Como si hubiera hecho algo con todos aquellos recuerdos que seguían escabullándose del oscuro armario de su mente. Los

de Tom la conducían a Alex y viceversa. Y todos acababan de la misma manera: Tom con la cara transida de dolor mientras la nieve se teñía de un violento rojo rosáceo bajo su pierna; y Alex con las manos manchadas de sangre gritando: «¡Cabrones, cabrones!».

¿Amuletos de la suerte? «Ja». Sus dedos se apartaron de la cinta de cuero. Era gafe. Por su culpa le habían disparado a Tom. «Tom dijo que sólo intentaba cuidar de su gente y Alex me salvó de la montaña y ahora, por mi culpa, seguro que los dos están...».

—Nooo. —Sofocó el gemido con una mano ahuecada. Otra rápida lágrima corrió por su mejilla. Ojalá hubiera conservado el silbato de Alex. No tenía que haberse desprendido de él. Un silbato era algo que podías utilizar, no un estúpido trozo de madera con un estúpido chirimbolo alemán. Además, el silbato era de Alex. «Igual que la carta de su madre. —Se colocó una mano en el corazón y notó el crujido del sobre en la bolsita de plástico, bien doblado en un bolsillo interior. No había sido capaz de impedir que Harían robara a los padres de Alex—. Pero tengo la carta de tu madre, Alex. La rescaté para ti».

Quizá Tom y Alex todavía pudieran salvarla a ella. No es que Hannah, Jayden o Eli fueran tan terribles, pero Ellie no podía quitarse de la cabeza la idea de que nada iría bien del todo hasta que volvieran a estar todos juntos. Lo cual la había llevado al silbato. Le había prestado a Tobe el silbato de Alex en parte por impulso y en parte por estrategia. Tobe estaba enfermo y le daba pánico que se olvidaran de él y lo dejaran atrás, y Ellie esperaba que el silbato —Alex, en realidad— lo animara y le diera fuerzas igual que a ella le había hecho sentirse bien y triste a la vez. «Ya me lo devolverás cuando te pongas bien», le había dicho.

Pero en la recámara de su mente, un lugar que no visitaba a menudo porque le dolía demasiado, había atesorado otra idea. La noche antes de que aparecieran Harían, Marjorie y Brett, Tom y Alex habían hablado de Rule. Recordaba el crujido de los mapas y la voz de Tom. Ella había intentado seguir a Harían hasta allí, pero se había perdido. Tuvo suerte de que Jayden la encontrara. Así que, tal vez, cuando el chico de Rule llegara y se llevara a Tobe para curarlo, alguien encontraría el silbato y se lo enseñaría a Alex. (No sabía por qué habría de hacerlo. Era una estupidez. Pero era algo, como un mensaje en una botella). Entonces Alex sabría dónde encontrarla y se lo diría a Tom —porque, claro, Alex lo habría salvado— y ambos vendrían a por ella... en un santiamén.

Si es que Tom estaba bien. Si es que aún seguía con vida. Si es que no le había pasado lo mismo que al pobre Chris, el chico de Rule que sólo había intentado ayudar.

Hasta que Hannah llegó e hizo lo que hizo y ya no hubo vuelta atrás.

Del cielo llegaron unos graznidos más fuertes y lúgubres cuando tres cuervos

cambiaron de dirección: de izquierda a derecha, de oeste a este, seguidos de seis más. Aunque más alto, captó también el planeo típico de algunas gaviotas. Extrañada, lanzó un vistazo a su espalda, hacia la orilla: la gaviota seguía en el mismo sitio, pero los cuervos se habían esfumado. En la espesura de los árboles, algo brilló —un destello verde claro— y un cedro se bamboleó con un temblor repentino desplegando una fina cortina de nieve.

—Uy, qué raro —murmuró Ellie. A los cuervos les encantaban las entrañas de los peces o cualquier cosa muerta o moribunda. (Bueno, salvo los comequentes). Jayden le había dicho también: «Si quieres saber adónde ha ido a parar el ciervo al que acabas de darle, no sigas la sangre: busca los cuervos».

«Pero ya se han ido todos». Posó la mirada en unas ramas bajas y en los verdes árboles cargados de nieve. En aquella nubecilla de nieve fina. Donde antes había un montón de pájaros, ahora sólo quedaba una gaviota solitaria. Qué extraño.

Se cargó la barrena en el hombro izquierdo y un rifle del .22 en el derecho, volvió a coger el cubo de pintura y repitió su lento paseo hasta la orilla. El rifle, un Savage, era lo que Jayden llamaba una «escopeta de feria», lo que venía a significar que sólo servía para añadir peso, pero la hacía sentirse mejor. Aunque la barrena no pesaba catorce kilos como la del abuelo Jack, era larga y difícil de manejar: en esencia, una especie de arpón con dos hojas de acero inoxidable increíblemente afiladas.

Más adelante descubrió a *Mina* abalanzándose en dirección a aquella única gaviota. El ave levantó el vuelo soltando un chillido de alarma, planeó en círculos y dejó caer un largo chorretón. *Mina* derrapó en el último segundo, pero no fue lo bastante rápida. El chorreón de porquería verdiblanca le salpicó en el hocico y, al instante, la gaviota se elevó más y más alto, soltando una especie de risotada: «¡Buajajajajá!».

—Te lo tienes merecido —la reprendió mientras *Mina* resoplaba y se restregaba en la nieve. Al adentrarse en el bosque, vio que la gaviota había vuelto a posarse en la roca y habría jurado que seguía riendo.

Aquella granja era enorme; en algún momento debió de haber sido dos granjas, o incluso tres, con tropecientos acres y montones de cobertizos. Eli se había ido hacia la izquierda, siguiendo el camino arbolado de vuelta a la casa. Y Ellie se marchó hacia la derecha en su caballo, una yegua castaña, lenta y deslustrada llamada *Bella*, y bajó por un camino serpenteante surcado de robles y altos alerces. Más adelante, en un claro con forma de medialuna, el sendero se bifurcaba a derecha e izquierda. Al divisar el cruce, *Bella* entró en pánico y se puso a cabriolar y a sacudir la cabeza produciendo un traqueteo de cuero y metal.

—Vale, vale, grandullona.

Desmontó y enrolló las riendas en el tronco de un robusto roble. A ninguno de los caballos le gustaba aquella parte del bosque. Nada bueno les esperaba al final del

sendero a mano derecha.

—¡Qué tontos! —murmuró en tono sombrío. Trotando a su lado, *Mina* le devolvió la mirada y Ellie le dijo—: Seguro que, si hubiéramos sido tú y yo, no se habrían rendido tan rápido.

Sí, pero, cuando Jayden y Hannah las encontraron a ella y *Mina*, no estaban malheridas como Chris. «Herido de muerte», había dicho Hannah, que era una forma educada de decir: «Tan malherido que no puedo hacer nada». Aunque tal vez hubiera habido alguna oportunidad. Puede que Chris fuese realmente fuerte o que Hannah se equivocara. No era justo que no lo hubieran intentado. Tom y Alex siempre lo intentaban. Ellos habrían luchado.

—Ya sabes, Ellie, que no te hace ningún bien pensar así. Sólo conseguirás sentir pena de ti misma y eso. —Soltó un suspiro exasperado. ¿Por qué se acordaba tanto aquella tarde de Tom y Alex y de su padre y el abuelo Jack? No podía deberse a la pesca. Se pasaba el día pescando—. Sí, pero me paso el día echándolos de menos —sentenció, furiosa por que la nariz empezara a picarle de nuevo. No tardaría mucho en ponerse a berrear como una niña pequeña. «Céntrate en lo positivo», solía decirle el abuelo Jack... y Hannah, Jayden e Isaac eran buenos—. Pero no son Alex. —Se decantó por el sendero izquierdo—. No son T...

A su lado, *Mina* se puso alerta con un bufido leve pero inconfundible.

«Oh-oh». Sorprendida a mitad del paso, con una bota todavía en la nieve, Ellie se quedó completamente quieta. El corazón le aleteó en el pecho. *Mina* no miraba a la izquierda, sino hacia el sendero de la derecha. No gruñía, lo cual era buena señal, pero tenía las orejas levantadas y el cuerpo rígido. Aquello no era bueno. Ni malo. Gruñir era malo porque significaba que había descubierto la presencia de algún adulto desconocido, al que no necesitaba para nada, o de algún comegente, al que necesitaba todavía menos. «De todas formas, esta no es la hora en que suelen aparecer...». Pero algo asustaba a la perra. ¿El qué?

Del cielo llegó otro sonido estridente y fue entonces cuando finalmente oyó lo que *Mina* había captado. ¡Pues vaya! Probablemente *Bella* se había asustado antes porque era capaz de oír mucho más que ella. Pero ahora Ellie también lo oía: un sonido parecido a... ¿voces? Y muchas, como el patio de una escuela a la hora del recreo, procedentes de algún sitio al que se accedía bajando por aquel sendero derecho. Percibió que *Mina* se quedaba escuchando. La perra seguía alerta, pero ya no gruñía. Entonces, ¿no había peligro? Era probable que no fuesen adultos, ni siquiera gente. No gente viva, en cualquier caso.

De pronto, cayó en la cuenta:

—¡Anda! —exclamó, y a punto estuvo de decir «¡ouh!» y de golpearse la frente como Homer Simpson. Los pájaros. Los cuervos. Por eso había tantos. Los cuervos eran aves carroñeras, se sentían atraídas por la muerte. Era lo que Jayden había dicho: si querías saber dónde estaba aquel pobre ciervo herido, tenías que buscar los cuervos. Todo encajaba.

«Vale, pero ¿quiero ir ahí?». Porque era una alternativa, ¿no? Alguien tenía que ir a comprobarlo. Le llevaría toda una hora descargar el equipo, volver al caballo e ir caminando hasta la casa. Ahora estaba allí. Alguien tenía que salvar de la desgracia a aquel pobre ciervo; así maduraría de una vez por todas. Tom lo hubiera hecho y Alex también.

Tras cuadrar con cuidado la barrena a lo ancho de la boca del cubo, se descolgó el rifle y accionó el cerrojo. Al oírlo, *Mina* meneó la cola en señal de aprobación.

—Bueno, más vale prevenir... Así que vamos. —Ellie le dio una palmadita a la perra—. Hagámoslo rápido.

El camino no era tan terrible, aunque tampoco es que fuera su lugar favorito. Al cabo de diez minutos, el vocerío aumentó y se consolidó en forma de graznidos y chillidos distinguibles. El estruendo era enorme, como cuando el abuelo Jack murió y a ella pareció explotarle la cabeza en aquella montaña del Waucamaw. Esta vez, sin embargo, el cielo no se había puesto negro, sino que los brillantes cuervos revoloteaban y se agitaban en los árboles.

«¡Anda! Algo les ha llamado la atención». Sintió un escalofrío por la espalda. Tenía el presentimiento de que allí había algo más que cuervos esperando que algo muriera, pero ¿qué podía ser? Bajó la mirada a la nieve. La última vez que Jayden, Hannah, Eli y ella pasaron por ese camino fue una semana antes. Mientras tanto, había nevado y, según observó, la nieve había tapado sus huellas.

Pero también observó que había huellas recientes. Huellas de personas.

«¡Jopé! —Un grupo de ellas eran pequeñas. De hecho, no mucho más grandes que las tuyas—. ¿Un niño? —Sus manos se tensaron alrededor del rifle—. ¿Un niño? ¿Un niño herido?».

Aunque podía ser el tipo de niño que no le apetecía nada conocer... «No, no puede ser un comegente. *Mina* lo sabría; siempre lo sabe». Miró a la perra para asegurarse, pero, aunque esta seguía alerta, mantenía el ritmo. Sin mostrarse alarmada, continuaba diciéndole de alguna manera que algo no iba bien: había fijado su atención en el frente y, cuando Ellie miró hacia allí, se oyó a sí misma ahogar un profundo grito.

El claro era pequeño y estaba dominado por un edificio de caliza gris con un tejado de pizarra. Había dos ventanas, una a cada lado de una puerta corredera de madera doble, y una rampa descendía formando una amplia lengua.

Los símbolos para ahuyentar el mal agüero que había pintados en la piedra eran un tanto extraños: justo debajo de los aleros había estrellas blancas de cinco puntas que discurrían alrededor de todo el edificio y que Hannah decía que se suponía que representaban el cielo. Por encima de la doble corredera había un único arco elevado

pintado de negro y relleno de púrpura. Dentro del arco había tres triángulos azules equidistantes. Se suponía que el arco era una puerta falsa (una puerta del Diablo, decía Hannah), diseñada para engañar a Satán y que este se diese un buen coscorrón.

Había otros símbolos: medios arcos pintados, con el mismo diseño, encima y debajo de cada ventana para que, si una bruja intentaba entrar, se tropezara con lo que Isaac llamaba «un pie de bruja».

Con todos aquellos símbolos, a simple vista uno habría pensado que se trataba de un granero. Pero no tenía sentido, pues aquel edificio era enteramente de piedra y estaba muy retirado, apartado en el bosque y muy alejado de campos y pastos. Ni Jayden ni Hannah tenían la menor idea de su propósito original. La primera vez que lo vieron, la estructura estaba totalmente vacía.

A Ellie, sin embargo, aquellas ventanas siempre le parecían cuencas vacías de un extraño color púrpura con párpados azules. Si dejaba que sus ojos se desenfocaran un momento, podía ver la calavera.

Lo cual era del todo apropiado, considerando lo que había dentro.

Parecía que algo hubiese alargado la mano y agarrado a aquellos cuervos, porque había cientos: pájaros alineados en el tejado de pizarra, enganchados a las tablillas, agarrados a los aleros. Una bandada de cuervos que revoloteaban sobre la nieve o subían por la rampa pavoneándose como soldados. Cubrían el edificio con una densa masa de ojos brillantes, plumas relucientes y picos negros.

Los cuervos sabían dónde moraba la muerte, claro estaba.

Porque aquel edificio gris, aquella calavera, era donde se encontraban los cadáveres.

22

Ocho días después de que la mina se derrumbara, a primeros de marzo, los cuervos llegaron en grandes bandadas negras. Tom sabía lo que aquello significaba. Cuando merodeas por una zona en guerra, te enteras. ¿Que quieres saber dónde se encuentran los cadáveres? Pues alza la vista.

Un hecho probado: cuanto más frío hace, más tiempo tardan las cosas en descomponerse. Aunque también es cierto que los niveles más profundos de una mina son muy cálidos, tanto que resulta imposible trabajar sin ventilación. Obviamente, la vieja mina de Rule estaba lo bastante caldeada como para que la gente empezara a descomponerse, a llenarse de gas y a ascender hasta la superficie de aquel nuevo lago como globos de piel humana.

La pregunta era cuándo ir. Cindi acudía todas las mañanas, de modo que eso estaba descartado. Las tardes eran más seguras, pero había que tener en cuenta los puestos de vigilancia. No quería que nadie, sobre todo Cindi o Luke, se oliera lo que pretendía hacer. Intentarían detenerlo o insistirían en acompañarlo y, para aquello, necesitaba estar solo. Eso dejaba la última hora de la tarde. Si ajustaba el tiempo, podía recorrer aquella distancia esquiando bastante rápido, bordeando el sendero que lo pondría en el punto de mira de los puestos de vigilancia, y seguiría disponiendo de luz, aunque sería ya noche cerrada cuando volviera.

«Cuando». ¿No era más cuestión de *si* volvía? ¿Algún día? ¿O nunca? Porque, en algunos sentidos, Tom ya se había ido, estaba acabado, consumido. Además, tampoco había estado así antes... ni después de Afganistán ni después de Jim. Ni después de que le disparasen y Harían se llevara a Ellie. Ni después de Jed y Grace, cuando había pensado: «Sí, cárgate a todo enemigo; sin problema». A pesar de lo que le había dicho a Luke, elegir la vida sin esperanzas de volver a ver a Alex no era más que vivir por vivir. Poner un pie delante del otro hasta que ya no pudiera caminar más.

En cualquier caso, una cosa estaba más clara que el agua: lo lógico era que ella estuviese allí, en aquel lago, con todos los demás muertos.

Y por nada del mundo iba a permitir que los cuervos se hicieran con ella.

Ya antes había emprendido la Larga Marcha. En Afganistán, el traje antibombas siempre era el último recurso, cuando los robots no servían o, como en su caso, cuando había que tomar decisiones en callejones sin salida. De modo que se había encaminado solo hacia la muerte muchas veces. Sin embargo, en esta ocasión era incluso peor: era la caminata más larga y solitaria de su vida.

El lago era un escenario absurdo: un coágulo de cuerpos parcialmente descompuestos atrapados en el hielo y cubiertos por una manta negra de cuervos. Al parecer, los Chuckies se habían afanado por tener el almacén repleto para los días de

lluvia. O tal vez se debiera a que había habido muchos pequeños Chuckies hambrientos en aquella cadena alimentaria y era más fácil bajar un momento al corral cada vez que necesitabas gorronear un poco de manduca. También había muchos Chuckies muertos, que se distinguían fácilmente de los demás cadáveres. No sólo eran todos jóvenes, sino que nada, ni siquiera un cuervo, los tocaba.

Peinó el lago con los prismáticos, escrutando minuciosamente las caras una por una. Los pájaros no le prestaban la menor atención y se dedicaban a punzar cuencas vacías, taladrar huesos o saltar de un cadáver espantosamente hinchado a otro, como si jugaran a una complicada rayuela. Un cuervo aterrizó en la panza congelada y abotagada de un hombre antes de abrirse camino hasta una percha más segura que le ofrecía la protuberante nariz del viejo. El pájaro picoteó y arrancó un colgajo de mejilla. La carne, congelada y verdosa, hizo un sonido al desgarrarse que a Tom le recordó a cuando arrugas un papel de celofán.

Tom observó cómo el cuervo se metía la carne en el buche y se la tragaba. De haber sido Alex, se habría ido hacia él tan rápido con el Bravo de Jed que aquel cuervo se habría convertido en una puta nube de plumas y en una llovizna roja; lo habría mandado al infierno antes de saber que estaba muerto. «O a lo mejor sólo lo hería. Y luego lo cogía y le arrancaba la cabeza». Eso también se lo imaginaba. La película se desarrollaba en su mente con todo lujo de detalles, como si fuera un *flashback*: el pájaro forcejeaba mientras Tom lo apretaba cada vez más hasta que sentía la débil coz de su corazón contra sus palmas y el crujido de los huesos...

Sólo entonces, la película daba un salto en su mente: en lugar de un cuervo, Tom sujetaba por el cuello a un chico y este se revolvió y bregaba, pero Tom estaba a horcajadas sobre él, lo estrangulaba, observaba cómo su cara se tornaba púrpura y lo mataba, mataba a Chris Prentiss por lo que había hecho. Aquella visión era tan real que sentía los frenéticos arañazos de las uñas de Chris en sus manos.

«No puedes escapar, Chris; no voy a dejar que lo hagas. Soy fuerte y te mataré, te machacaré, te haré pagar por lo que le hiciste...».

Un profundo gemido se abrió paso desde su pecho. Dios, matar a Chris le haría sentir bien, le haría sentir muy bien y quería hacerlo, oh, sí. Aquella necesidad de matar era la zarpa de algo nuevo, algo que rasguñaba la jaula de sus costillas, rabiando por nacer.

«Pero no puedo liberarte. —Desenredar su mente de la visión hizo que el sudor le perlara el labio superior—. Tengo que esperar. —Tom se presionó el pecho con una mano temblorosa y sintió las dos chapas que le colgaban del cuello pendientes de una cadena con cuentas. Una era la de Vietnam de Jed; la otra había pertenecido a su hijo, Michael, que había muerto en Iraq. Tom agarró aquellas chapas del mismo modo que su abuela solía aferrar un rosario—. Tengo que detener esto. No puedo permitir que me supere».

La lengua le dolía por donde se había clavado los dientes. Escupió un goterón de sangre, que observó derretirse en la nieve, estarcida con estrellas irregulares hechas

por los pájaros. La verdad es que había muchos animales por allí. Sus ojos vagaron hasta unas huellas alargadas de cinco dedos que tenían pinta de ser de mapache y hasta una única depresión profunda horadada en la nieve. Lobos, seguramente. Eran bastante pesados y muchas manadas iban en fila india. «Cuervos, lobos y mapaches rebuscando comida». Sintió el herrumbroso regusto de su propia sangre y volvió a escupir. Muchos animales. Su mirada se deslizó sobre un grupo más pequeño de huellas que parecían de perro. «Los zorros también han estado ocupados». Y no era de extrañar. Con todos aquellos cadáveres, el lago era prácticamente un...

—Un bufé —susurró, y en ese instante sus pensamientos trastabillaron y se detuvieron, porque enseguida se dio cuenta de qué tipo de huellas faltaban.

«Un segundo». Volar la mina era como patalear encima de un hormiguero. Aunque habían muerto un buen puñado de Chuckies, el resto se había dispersado, supuestamente en dirección norte, hacia Rule. Desde entonces, no se había registrado actividad en la mina. Pero él había estado en zona de guerra. Los supervivientes siempre regresaban para salvar lo que pudieran. Pero las suyas eran las únicas huellas humanas en los alrededores del lago..., lo cual no tenía sentido. Había toda aquella comida gratis y nada que impidiera que nuevos Chuckies se acercaran o que los antiguos volvieran a concentrarse allí. Salvo que ninguno lo había hecho.

«Entonces, ¿dónde demonios están?».

Se subió a un peñasco de superficie plana y peinó la orilla de derecha a izquierda. No había rastro alguno de pisadas humanas visibles. Desvió la vista directamente hacia el oeste. El sol estaba ya a medio camino en el horizonte y su fina luz empezaba a adquirir el color de un coágulo de sangre fresca. Tom posó primero los ojos en la llanura sembrada de cascotes antes de dirigirlos a los árboles destrozados. La noche en que la mina explotó, los Chuckies habían venido de aquella dirección. En su mente, reprodujo lo que había visto cuando la mina cedió bajo sus pies: aquellos chicos, negros como hormigas, avanzando a trompicones por los montículos de nieve. Cinco iban a pie, pero dos se servían de esquís. Al final, los Chuckies habían abierto fuego y alejado a Luke, a Weller y a él mismo de la colina. Pero lo que Tom no se había parado a pensar demasiado era *por qué* aquellos chicos se habían dirigido hacia allí. ¿Por qué correr hacia un desastre? Y lo que le intrigaba aún más: ¿qué había allí arriba que no hubiera en ningún otro sitio?

—¿Alex? —Eso era; notó un hormiguelo, sintió la emoción correr por sus venas—. Claro. No estabais interesados en nosotros. Veníais a por Alex. —Eso tenía que ser. Cientos de manjares entre los que elegir, pero venían a por Alex y a por nadie más. Pero ¿cómo lo sabían? El silbato fue su primera pista, aunque lo oyó después de ver a los Chuckies, así que sólo podía ser...—. ¿El olor? —La palabra salió envuelta en una vaharada—. ¿La olisteis? Dios. —Oteó la llanura, recorrió las ondulaciones de la nieve e hizo un barrido de izquierda a derecha, siguiendo la disposición natural de la tierra y aquel montón de cascotes—. Llevabais esquís. Subisteis la colina. Veníais justo a por ella; no os desviasteis, no vacilasteis. Si lo conseguisteis, si llegasteis a

tiempo, si estabais preparados porque sabíais dónde se encontraba... —Estaba temblando y sus pensamientos caían como esas bolas numeradas que se utilizan en los sorteos de la lotería—. Bajasteis, la rescatasteis y luego os largasteis lo más rápido posible. Sólo tuvisteis que apuntar con los esquís, colocaros en la línea de la pendiente y dejaros caer a toda velocidad...

Las palabras se evaporaron en su lengua cuando sus ojos se detuvieron en algo larguirucho que sobresalía de una pequeña montaña de detritos. ¿Lina rama? No. Demasiado recta. ¿Qué era?

—Oh, Dios, oh, Dios, oh, por favor, por favor —repitió mientras ajustaba lentamente el enfoque—. Por favor, por favor, por —Algo inarticulado, jadeante, ni siquiera un grito, salió de su boca. El corazón le dio un vuelco tan repentino que lo sintió hasta en los dientes—. Dios —dijo con voz entrecortada—. Oh, Dios.

Porque allí, fijados en la mira de los prismáticos, estaban el mango negro y la muñequera de un bastón de esquí.

23

Cuando alguien moría en invierno, había tres opciones: se podía enterrar el cuerpo, quemarlo o almacenarlo. Enterrarlo era la mejor alternativa; era algo religioso para Hannah e Isaac. A Ellie, en cambio, le daba un poco igual. No obstante, sin una excavadora no habría manera de ahondar lo suficiente en la nieve para cavar una tumba en condiciones hasta primavera. Una tumba superficial era una invitación para los carroñeros y —nadie lo decía, pero todos lo pensaban— para los comequentes, si estos estaban muy desesperados o si eran como cuervos y se lo comían todo.

La cremación no era una posibilidad. Isaac simplemente no la permitía. Por cosa de la religión, otra vez, o quizá por ese rollo suyo y de Hannah de la magia y los maleficios... Ellie no lo sabía. Los únicos cadáveres que quemaban eran los de los comequentes. Pero no habían achicharrado a ninguno desde antes de Navidad porque hacía demasiado frío y Jayden creía que todos se habían ido al sur, donde habría mejores restos.

Quedaba la última opción: almacenar los cuerpos en un lugar donde, con el frío glacial de la península superior, no se corrompieran. No habría descomposición, ni olores ni carroñeros.

Sólo que ahora, en la casa de la muerte, había cuervos.

«Pues no lo entiendo. —Estupefacta, Ellie trazó un cauto círculo con la mirada, deslizándola desde las hileras de cuervos del tejado de la casa a las copas de los árboles sobre su cabeza. La mayoría de los árboles eran de hoja caduca y sus ramas desnudas se entrelazaban como dedos esqueléticos. Algunas de esas ramas se habían combado por el peso de los pájaros—. ¿De dónde han venido? ¿Y por qué?». El sonido que emitían los cuervos era casi mecánico, como miles de tijeras abriéndose y cerrándose. Sin embargo, no parecían peligrosos. *Mina* habría gruñido o ladrado o algo. Pero la perra no estaba preocupada. Sólo sentía... curiosidad.

—Bueno, pues yo no —le espetó. Aquello era espeluznante—. Deberíamos volver. Deberíamos contarle a Jayden que... —¿Qué? ¿Que había todos esos cuervos en la casa de la muerte y que no había echado un vistazo por estar asustada?

«Alex no se rajaría. —Apretó con fuerza el rifle—. Tom iría».

—De acuerdo, vamos, *Mina*. Podemos hacerlo. —Con el corazón aporreándole el pecho, bajó por el sendero seguida de *Mina*. Más adelante, los pájaros se arremolinaban, arremetiéndolo contra el edificio y retirándose como el flujo y el reflujo de las olas en un bravío mar ennegrecido. Cuando llegó al punto en que se acababa la nieve y empezaban los pájaros, se detuvo y adelantó un pie unos pocos centímetros. Los cuervos se apartaron revoloteando. Dio otro paso resbaladizo y luego otro a medida que los pájaros le iban abriendo camino para luego cerrárselo inmediatamente

en cuanto avanzaban. El efecto era sobrecogedor, como patinar sobre un lago de mercurio negro.

Se detuvo ante las puertas correderas. No estaban cerradas con llave. Isaac y Hannah solían decir que los símbolos contra el mal agüero ya eran suficiente protección. Sin embargo, para entrar necesitaría usar ambas manos y ni por asomo pensaba soltar el rifle.

—No dejes que ocurra nada malo, bonita —le dijo a *Mina*. Se enganchó al hombro la correa del Savage, agarró con las dos manos el tirador de hierro forjado y tiró con fuerza. La puerta soltó un chirrido reticente cuando sus ruedecillas de hierro rozaron contra el metal; la casa de la muerte exhaló una bocanada de aire helado que olía a arpillera y a brea de pino. Ellie arrugó la nariz por el fuerte olor a resina y alzó la vista para observar los cuervos. Ellos la correspondieron ladeando la cabeza y volviendo hacia ella las negras perlas de sus ojos como para verla mejor. Nerviosa por la intensidad de su mirada, Ellie desvió la vista y pasó de la rampa al interior del edificio, sin caer en la cuenta a tiempo de que a los pájaros les bastaba con entrar en tropel tras ella. Pero no lo hicieron. Repiquetearon, crascitaron, susurraron y se apiñaron en la parte superior del umbral. Ni uno solo desplegó las alas ni levantó el vuelo para seguirla. Aun así, Ellie cerró la corredera para sentirse a salvo.

Aguardó un momento mientras sus ojos se acostumbraban a la súbita penumbra. El interior era enorme, casi una caverna, con unas paredes de piedra que se elevaban hasta un techo de vigas vistas de la misma madera oscura de la corredera. En el centro, justo delante de ella, había algunos palés de madera, tres a lo ancho y tres a lo alto, del tipo que los granjeros solían utilizar para almacenar el heno.

Sólo que ahora almacenaban cadáveres.

Ellie conocía la rutina. Después de lavar el cuerpo y de ungirlo con aceite especiado, se envolvía en una sábana blanca. Hannah siempre le colocaba en el pecho una bolsita con un hechizo antes de meterlo en un saco de arpillera en el que pintaban una estrella púrpura de cinco puntas. Luego lo colocaban de manera que la cabeza, apoyada en una pequeña almohada, mirara al este. La dirección era importante..., algo del cielo y la resurrección, pero Ellie había desconectado. Su padre había muerto muuuy al este de allí y había regresado a casa en el equivalente a una caja de zapatos diminuta. No lo veía volviendo a la vida ni franqueando la puerta. Vale, era un comentario sarcástico. Al menos, por ahora.

Tras el alboroto de fuera, el silencio que reinaba en la casa de la muerte era tan grande que Ellie se oyó a sí misma tragar saliva. De momento, no había nada raro. Bueno, sin contar los cadáveres, claro. A dos de los niños muertos los habían destrozado los comequentes. Pero a otros cinco los habían envenenado porque habían empezado a cambiar. El penúltimo cuerpo pertenecía al anciano que iba con Chris, el que se había partido el cuello con la maza oscilante.

—Y ahora ¿qué? —susurró, ya que no le parecía correcto elevar la voz. Al oírla, *Mina*, inquieta, cambió de postura y dio unos cuantos pasos vacilantes hacia los palés. Sus uñas repiqueteaban en la piedra. Ellie estuvo a punto de llamarla, pero se lo pensó mejor: «Espera a ver qué hace».

Suponía que la perra olisquearía cada saco, pero no lo hizo. En lugar de eso, se dirigió al pie del último palé —y al cuerpo que yacía allí solitario— antes de girarse para mirar a Ellie. «Bueno, ¿vienes o qué?», parecían preguntar sus ojos color ámbar.

Ellie no fue consciente de que se estaba moviendo, o ni siquiera pensó en ello, hasta que sintió la piedra helada bajo su cuerpo al arrodillarse junto a *Mina*. Más que mirar el cadáver, la perra lo estaba... escudriñando cuidadosamente. «¿Qué estás buscando?». Ellie dejó que sus ojos se posaran en el bulto de la cabeza y recorrieran el cuerpo hasta plantarse en la protuberancia de los pies y de los dedos. No había nada que ver. Sus ojos retrocedieron a la ligera turgencia de la estrella púrpura sobre el pecho del cadáver. No tenía ni idea de lo que significaba aquel símbolo contra el mal agüero ni de lo que Hannah ponía en aquellas bolsitas de hechizos...

Al cabo de un segundo, sin embargo, se quedó completamente en blanco: por fin había detectado algo importante, algo que no debía... que no podía ser.

La estrella del pecho... se movía.

Tom no guardaba un verdadero recuerdo de haberse movido. Pero debió de hacerlo, y muy rápido, cambiando los esquís por raquetas y bajando a zancadas para atravesar la nieve, sortear rocas y rodear árboles destrozados, porque se produjo un salto en el tiempo, un extraño traspié como cuando se engancha un DVD dañado, y de pronto se vio de rodillas, a la altura del bastón de esquí. Su mochila y el Bravo de Jed descansaban ahora en la nieve y él retiraba restos helados con su cuchillo KA-BAR. Su respiración era una sucesión de jadeos sollozantes mientras acuchillaba, dejando al descubierto con su machete un palo plateado de fibra de vidrio salpicado de un diseño de alegres copos de nieve. Cuando hubo apartado suficiente nieve, se metió el cuchillo en la funda de la pierna, agarró el mango de plástico con ambas manos y dio un tirón. El bastón salió de cuajo. La roseta había desaparecido, pero la punta dura de metal seguía intacta. Por su longitud, le pareció que lo habría usado un niño o una chica alta.

«Tiene que pertenecer a alguno de ellos». El sudor le empapaba las mejillas y le caía por el pecho. Miró por encima del hombro y vio el abultamiento de tierra a sus espaldas. Tanto él como el bastón se encontraban en la falda de la ladera. Eso significaba una de las tres cosas siguientes: en el peor caso posible, el bastón había sido arrastrado hasta allí y su dueño se había quedado arriba; en el mejor caso, el dueño había conseguido ponerse los esquís y había escapado de la avalancha, pero había perdido el bastón en algún punto del camino.

«Y está la opción intermedia. —Barrió la llanura con los ojos en busca del resalte delator de un esquí roto o incluso de otro bastón—. Va bajando a toda velocidad en sus esquís, surfeando por encima de la nieve, pero entonces la avalancha lo tira...».

Aquel pensamiento se detuvo en seco cuando su cerebro registró algo que sobresalía de la nieve a unos dos metros a su derecha: una pequeña protuberancia marrón, fácil de pasar por alto porque se parecía mucho a un guijarro.

Salvo que no lo era. El sol estaba ya tan bajo que la luz que se reflejaba en la nieve resplandeciente era rojiza, del color de la sangre reciente. Sabía exactamente qué era aquel bulto marrón.

«Una bota. —A Tom se le cortó la respiración—. Es la punta de una bota, es una bota, es...».

—¡No, no! ¡Alex, Alex! —Se quitó los guantes de un tirón, metió los dedos por una fina capa de hielo resquebrajado, aunque su mente gritaba que no podía ser ella, que era una locura. Pero allí estaba el bastón, y ahora aparecía una bota, y ellos habían venido a por ella, por lo que podía ser ella, podría serlo, y tenía que sacarla, sacarla, sacarla, ¡sacarla! Se puso a rasguñar la nieve presa de un auténtico frenesí. Unos instantes después, aparecieron los cordones y luego el fino borde de un calcetín de lana azul. La base del talón estaba sólidamente anclada en la profunda hendidura

formada por dos grandes rocas y se adivinaba que había quedado colocada en ángulo, con la cabeza más baja que las botas.

A menos que no fuese Alex. ¿No era aquella bota demasiado grande? Y el tobillo... «Grueso, demasiado grande, pero a lo mejor es por el calcetín y el ángulo y...».

—No, eres tú, eres tú, tienes que ser tú, lo sé. Oh, Dios, Alex, Alex —dijo, metiendo las manos en la nieve hasta los codos. Sus dedos aferraron algo duro, como un leño. Una pierna, y era la derecha; lo intuía por la bota. Allí había un cadáver, y era Alex; estaba allí abajo; lo sabía.

A menos... Una oleada de horror le azotó el pecho. A menos que aquella pierna fuera lo único que encontrase. Algo tan poderoso como para abrir un cráter en una colina y producir una monstruosa avalancha de nieve, roca y árboles no tendría ningún problema en destrozar a una persona, partirle los huesos con la misma facilidad que se rompe una ramita quebradiza y esparcir una pierna por aquí y un brazo por allá.

Se puso a horcajadas donde creía que estaba el cuerpo y empezó a horadar la nieve con los puños a modo de martillos neumáticos. No se molestó en utilizar el KA-BAR. ¿Y si la hería o la cortaba? La nieve se rompía en terrones, compactada no sólo por la presión ejercida por el ímpetu de la avalancha, sino por su propio peso. También había rocas, que Tom sacó de un tirón y amontonó a un lado. No podía parar, no lo haría, pero, ay, quería parar. Debía hacerlo.

«Tengo que saberlo, no quiero saberlo... No puede ser ella, porque, si lo es, no me quedará nada».

Pero tenía que verlo, tenía que saberlo. Cavó, sacando bloques de nieve y desenterrando aquella tumba tallada en hielo y roca. La curva de sus caderas, o una mera insinuación, apareció, y luego el contorno de un torso revestido de un globo congelado: una parka verde musgo, hinchada por la nieve y subida por los costados. A esto le dio una mera pasada y siguió. Más tarde, sí, más tarde, la liberaría por completo, pero ahora tenía que verla, encontrarle la cara, la cara, la cara... Se abrió paso con los brazos por la nieve, aplastando, rompiendo y arañando hasta las protuberancias de sus hombros y luego el cuello, gritando como un loco:

—¿Alex, Alex, Alex, Alex, Alex?

Por fin —le pareció una eternidad; pasó en un minuto— sólo los separaba un fino velo de nieve y hielo. Y entonces fue cuando Tom se detuvo.

«No quiero verlo». Un estremecimiento fuerte y profundo le recorrió los huesos. Los diminutos pinchazos rojos de sus manos desgarradas salpicaban la nieve como azúcar en polvo. Había visto colegas así, envueltos en metros de vendas, convertidos en auténticas momias anónimas. Tratar de encontrarles la cara siempre era lo peor. A veces, localizar la sangre ayudaba: solía haber enormes parches de color óxido en la gasa allí donde se suponía que faltaba algo. Pero el peor momento, con diferencia, llegaba cuando lo que mirabas era un vacío: ni protuberancia de una nariz, ni franja

ancha de una frente, ni siquiera hondonadas donde debían encontrarse los ojos. Cuando no había nada que mirar.

Aquello era igual, como si Tom estuviera suspendido sobre un féretro forrado de satén, mirando un cadáver tan vejado, tan sumamente destrozado, que el director de la funeraria le había tapado la cara con una gasa de lino en un último acto de amabilidad, de misericordia.

«Por favor, Dios, no puede ser ella. Necesito que lo sea, pero no seré capaz de seguir en pie si lo es».

—Oh, Alex —dijo, y utilizó el canto de la mano, con la mayor delicadeza que pudo, para apartarle aquel último sudario de hielo de la cara.

Tras cinco segundos de estupefacción, Tom empezó a gritar.

—¡Aaah! —Ellie gritó y abrió los brazos como el Coyote cuando se da cuenta de que va a caerse por un precipicio. El Savage repiqueteó contra el suelo. *Mina* soltó un pequeño ladrido cuando Ellie se cayó y retrocedió frenéticamente como un cangrejo. Sintió que la boca se le descolgaba, que los ojos casi se le salían de las órbitas y que el próximo grito le subía desde el estómago.

Tenía que salir de allí a toda costa. Los cuervos, aquella habitación espeluznante llena de gente muerta, un saco que se movía... Probablemente sólo sería un ratón o una rata que se estaban comiendo los ojos o la lengua del cadáver...

«Pero no hay caca de ratón —dijo una vocecita en alguna parte razonable de su mente—. No hay agujeros en la arpillera».

—Porque será un a-agujerito muy pequeño... —objetó ella.

«Hace frío —respondió la voz con paciencia—. Los cuerpos están congelados, ¿recuerdas? No pueden pudrirse. No huelen».

—Vale, pero entonces, ¿por qué hay tantos cuervos? —¡Qué estupidez! Estaba discutiendo consigo misma. Pero escuchar su propia voz la hacía sentir mejor, como si más o menos controlara la situación—. Porque no deben de estar congelados, ¿no es eso?

«Podría ser. A menos que los cuervos signifiquen también otra cosa», sugirió la voz.

—¿Qué? —Ellie frunció el ceño. ¿Cómo podían los cuervos ser algo más de lo que eran? Estuvo a punto de preguntarle a la voz de qué diantres estaba hablando cuando pensó: «Tontaina, estás manteniendo una conversación contigo misma, así que, a ver, ¿qué quieres decir?». No tenía la menor idea y la voz no iba a revelarle nada. Desde su posición junto al palé, *Mina* la observaba con expresión de perplejidad, como preguntándose a qué venía tanto alboroto.

«La estrella se ha movido, ¿no? —¿Podía estar equivocada? Apretó los ojos con tanta fuerza que vio destellos en la oscuridad—. A lo mejor ha sido una nube o algo». El caso era que no había ningún cielo azul y ninguna posibilidad de que una nube..., en fin, qué más daba.

«Oh, venga, campeona. —Volvió a abrir los ojos y meneó enfadada la cabeza—. Has atravesado los cuervos, has abierto la estúpida puerta, así que tampoco pasa nada si te comportas como una niña pequeña».

Recuperó el rifle con manos temblorosas y se aferró a él con fuerza para ahogar el miedo. Las piernas le flaqueaban como fideos pasados, de modo que se incorporó y se acercó al palé a gatas, repitiendo una y otra vez, como si fuera una plegaria: «Tom lo haría; Alex lo haría; Tom lo haría; Alex lo...». No despegó la mirada del suelo en todo el trayecto ni se atrevió a desviarla al cuerpo, aquel saco de arpillera... Todavía no. En vez de eso, dejó que su cabeza se topara con el lomo de *Mina*, igual que las

veces en que la perra le acariciaba la mano con el hocico cuando quería una palmadita. *Mina* le resopló en el cuello y le dio un cálido y tranquilizador lametón en la mejilla, como diciéndole: «Eh, todo va bien, Ellie; todos tenemos derecho a asustarnos de vez en cuando».

—Sí. —Enterró la cara en el lomo de la perra y le pasó los brazos por el cuello. Luego resopló y volvió la vista al palé. La estrella púrpura estaba quieta. También el saco de arpillera. No venía el Coco. Sólo había una persona muerta y congelada como un polo.

La vocecita de su cabeza regresó de improvviso: «Sí, pero ¿qué pasa con los pájaros? Y *Mina*...».

—Ay, cállate. —Había sido una sombra. Su imaginación. Durante un segundo, experimentó un absurdo desencanto, como si el pánico hubiera sido una emoción superflua, algo de lo que tenías que deshacerte para llegar a los verdaderos sentimientos. Como cuando el abuelo Jack te llevaba a casa sin decirte nada de tu padre, a quien suponías en Iraq, de donde no debía regresar hasta dentro de dos meses, abrías la puerta y te lo encontrabas allí mismo y el abuelo gritaba: «¡Sorpresa!». Pero tú estabas tan pasmada que tenías que alargar la mano para tocarle la mejilla...—. Para asegurarte de que no estabas soñando. Para asegurarte de que era real. —Su voz se había vuelto pastosa. Estaba llorando otra vez. Qué tonta era. «¿Por qué no puede ocurrir algo bueno, para variar?». Aún sollozando y sin comprender por qué, posó la mano en la estrella y en el pequeño bulto de la bolsa del hechizo justo debajo. El cuerpo estaba quieto, pero...

«No. —Pestañeó y las lágrimas se le secaron de súbito. Retiró la mano y le dio la vuelta para inspeccionar la palma como una adivina que estudiara la línea de la vida—. No, no puede ser verdad».

«Bueno —dijo la vocecita—, podrías comprobar alguno de los otros para comparar, ¿no?».

—Qué tonta soy. —Pero la rodilla derecha le crujió en mitad del silencio cuando se levantó y se colocó junto a otro de los cuerpos, en la fila de arriba: Travis, muerto (bueno, «liberado de su sufrimiento», como a Hannah le gustaba decir) hacía tan sólo un mes. Pasó la mano por la protuberancia del saco y la bolsita del hechizo. La estrella púrpura estaba surcada de pequeñas fisuras, como un riachuelo seco. Travis estaba quieto, pero también muy muy frío. Frío como la piedra, como la nieve. Como el hielo. Y también Rudy, el cuerpo contiguo, y la señora Rehymeyer, dos filas más arriba.

«Todos están congelados. —Volvió al último cuerpo, el más reciente, y posó la mano sobre la estrella—. Son cubitos de hielo. Pero este está...».

—¡Caliente! —Algo le atravesó el pecho—. ¡Tú estás caliente!

No es que estuviera ardiendo ni febril, ni siquiera tenía una temperatura normal como la de ella, pero la diferencia entre aquel cuerpo y los demás...

«Esto es real. —Miró cómo sus dedos caminaban por las colinas y montañas que

formaban las costillas, leyendo el pecho como una persona ciega. Más abajo, justo debajo de la última costilla, localizó el trocito de madera sanadora (un trozo de madera de fresno preparado de una extraña y mágica manera amish) que Hannah había colocado en el desgarramiento por donde se le había clavado aquella estaca—. Lo estoy sintiendo de verdad».

Su mano regresó a la estrella. Ahora que se había obligado a quedarse, a concentrarse, detectó un leve pero claro aleteo, como el rápido movimiento de un carpín en una pecera demasiado grande. Hannah decía que, cuando tomabas el pulso, tenías que tener cuidado de no confundir los latidos de tu corazón con los de la otra persona. Así que Ellie apretó un poco más la mano contra el cuerpo del chico... y apreció de nuevo aquel aleteo, ahora más fuerte, como si la bolsita del hechizo fuera un corazón luchando por llenarse de sangre.

—¡Oh! —Ahogó un grito, se apartó bruscamente y vio que se estaba... que la estrella se estaba...—. Moviéndose —susurró—. Te estás moviendo. —Lo dijo como si tal cosa, pero no había lugar a dudas. El símbolo contra el mal agüero palpitaba y ondeaba: no con el típico movimiento de arriba y abajo o el «inspira, expira» de una respiración pausada, sino con el lento vaivén de una ola, como si algo serpenteara debajo de él. «Un animal». Sintió que su mente intentaba aferrarse a esa idea. Un ratón o incluso una serpiente. Y no, que no le vinieran con el cuento de que las serpientes no salían cuando helaba. Allí tenía que haber un animal escondido. Era la única explicación plausible.

«Pero el cuerpo está caliente, Ellie —insistió la vocecita—. No está congelado ni frío como el hielo, está...».

Pero Ellie perdió el rastro de lo que la voz dijo a continuación.

Porque de aquella mortaja de arpillera le llegó un leve gemido.

No era Alex.

Un chico contemplaba a Tom desde el suelo. Lo atravesaba con la mirada, que continuaba hasta la cuenca roja de aquel cielo moribundo. Si las miradas tuvieran sonido, el de ese muchacho sería el del silencio. Sus ojos estaban vacíos y su color era tan mate y turbio como piedras en agua profunda, y estaban igual de quietos. Su cara, casi desprovista de color, se hallaba congelada como una máscara mortuoria con un grito exangüe. O a lo mejor se había atragantado hasta morir con aquella bola de nieve, que le atoraba la boca como una manzana a un cerdo asado, o se había asfixiado porque se le había metido por la nariz.

—Nooooo —se quejó Tom. Una extraña parálisis lo sacudió hasta el hueso. En un momento más cuerdo, se habría alegrado de que no fuese Alex. Cada segundo que no la encontraba sepultada en hielo, destrozada bajo la nieve o hecha trizas entre las rocas era un momento más en que podía seguir viva. Aquellos Chuckies habían tenido tiempo. Habían llegado hasta ella, se la habían robado, se la habían llevado subrepticamente. Pero él se veía una y otra vez en la colina con la sensación de que la tierra aumentaba de tamaño, de que se elevaba y se rompía... Y allí estaba, boqueando, temblando, mirando con ojos llorosos a ese chico muerto mientras aquel fulgor en el pecho explotaba en un grito—: Dios, ¿por qué? ¿Qué estás haciendo, qué estás haciendo, qué estás haciendo?

Empezó a verlo todo púrpura. No recordaba haber cogido la piedra, que más tarde descubrió que estaba dentada y era larga como la cabeza de un hacha, perfecta para la tarea. Pero el tiempo se detuvo, trompicó...

Y cuando volvió en sí, lo hizo a sonidos, descarnados, nítidos y vitreos: la carne congelada del chico se rompía, la cara y el cráneo se partían y se hacían añicos. O tal vez no fuera más que su mente, que finalmente había estallado: la sustancia negra de su interior lo había abierto en canal y venía al mundo envuelta en un bramido de agonía y pena.

—¡No, Dios, no, no, no! —De rodillas, cogió impulso, precipitó los brazos, el hacha de piedra surcó el aire produciendo un silbido y él machacó, golpeó, golpeó y destrozó—: ¡Que te jodan, que te jodan, que te jodan!

¿Por qué paró? No tenía ni puñetera idea, pero aquel estallido de energía frenética enseguida quedó en nada; todos sus músculos temblaron y se debilitaron y le fallaron las fuerzas. La piedra resbaló de sus dedos y Tom cayó de espaldas con los pulmones a pleno rendimiento; el sudor le caía por la cara y el cuello y le empapaba el pecho. Dios, estaba ardiendo. Se palpó la parka y consiguió descorrer la cremallera y liberarse de aquel abrazo estrangulador.

Por supuesto que no era Alex. «Sabías que era la bota de un chico; mira el tobillo, mira el tamaño que tiene, pedazo de idiota... ¿Cómo has pasado eso por alto?».

—Porque —dijo medio ahogándose, inhalando aire congelado que le rajaba los pulmones— quieres que sea ella, Tom; no quieres que sea ella, pero sí quieres, lo necesitas, la necesitas, y oh, Dios, oh, Dios...

Sus ojos encolerizados recorrieron el resto; ahora veía que las caderas eran demasiado estrechas. «Y las manos, ¡mírale las manos, las manos!». Echó una ojeada a aquellos grandes nudillos. Ceñida a la cadera derecha, justo debajo de donde la parka se le había subido, había una funda con un cañón que reconocería en cualquier sitio: Desert Eagle .50AE, un arma enorme para un Chucky con manos grandes.

—Me estoy volviendo loco. —Se dio la vuelta gimiendo para quedar bocabajo y se agarró a la nieve: el blanco se tornaba rosa mientras Tom se apartaba a rastras del desaguizado que había hecho con la cabeza del chaval. Cuando ya no pudo más, se detuvo y se desplomó. La cabeza le iba a estallar; la presión en el interior del cráneo estaba llegando a su límite. Entonces se llevó los dedos ensangrentados y heridos a las sienes y apretó. Bajo el vientre, sentía que la tierra se abría, recibéndolo como una tumba; la nieve se derretía, convirtiéndose en agua, robándole el calor. Por encima, el viento caprichoso soplaba desde el lago y le lamía el sudor del cuello, de la espalda, y le arrancaba la humedad del pelo y del cuero cabelludo, haciéndolo estremecer. Respiraba entre sollozos y el sabor de la nieve en la lengua era amargo, como plomizo.

«Quédate aquí y abandónate. Quédate el tiempo suficiente para caer dormido, desmayarte y morir congelado. O pégate un puto tiro, so cobarde. Un disparo y habrás terminado con todo esto. —Pero no con el Bravo; no estaría bien utilizar el rifle de Jed para eso. El Chucky muerto tenía una Eagle..., un verdadero monstruo. Sí, pero el arma había estado enterrada en la nieve—. Lo más seguro es que el mecanismo esté congelado. Con la suerte que tengo, me explotará en la mano».

Entonces, la Eagle tampoco... y no en ese sitio. Al final, alguien del campamento lo echaría en falta y vendría a buscarlo, más pronto que tarde. Seguramente Cindi, y se traería a Luke. A pesar de los cuervos y otros carroñeros, llevaría tiempo reducirlo a huesos. No podía hacerle eso a un niño. No estaría bien. Soltó un quejido y levantó el cuello mientras el viento le suspiraba en la mejilla derecha al pasar. Estaba medio girado y ahora miraba al noroeste: el Chucky muerto quedaba a las dos en punto y los árboles destrozados a las nueve. Unos rayos de luz, de un brillo cegador, le saltaron las lágrimas y levantó una mano con un gesto de dolor. «Ni siquiera sé qué se siente al vivir como...».

Parpadeó.

Tal vez fuera el ángulo y el hecho de que estaba en horizontal sobre la nieve y en otra dirección. O tal vez se había obcecado tanto con aquel bastón de esquí y luego con la bota que sólo había visto lo que quería ver en lugar de lo que había estado delante de sus narices todo aquel tiempo.

Otra arma.

«No. —No podía creerlo—. No puede ser. Es una alucinación. Estoy viendo

cosas». Se restregó los ojos llorosos con el brazo. Aquel campo nevado estaba increíblemente revuelto, sembrado de piedras y hoyos. Cuando se detuvo a procesar aquello, se dio cuenta de que la nieve también estaba apilada de forma muy extraña en algunos puntos, como si alguien hubiera cavado en ella. Como si alguien hubiera estado buscando algo.

Pero la forma permanecía, reluciente e inequívoca. Su vista se había fijado en un arma con el cañón clavado en la nieve.

Aquello era ya toda una sorpresa. No obstante, el sobresalto mayúsculo llegó después de acercarse a trompicones y tropezar con rocas y restos ocultos que intentaban derribarlo una y otra vez. Quedaba al descubierto lo suficiente para identificar la marca mucho antes de que Tom se dejara caer de rodillas y analizara las palabras *Austria* y *19* grabadas en el cañón.

Era una Glock.

Ellie no se paró a pensar. Cuando cayó en ello más tarde, ni siquiera recordó cómo había ido a parar la navaja a su mano, pero el caso es que no tardó ni un segundo en oír el chasquido de la hoja de acero de la Leek al ponerse recta. Agarró la arpillera y empezó a rasgar la tela tirante con la punta de la navaja tan rápido como pudo. «Cuidado, cuidado». Hizo un agujero lo bastante grande para que le cupieran las manos y apartó la navaja, cogió la tela con los dedos por ambos lados y tiró. La arpillera se rasgó en dos con un fuerte crujido.

Le sobrevino una bocanada de aire especiado. Asentado en el pecho, el rojo saquito del hechizo, del tamaño de un puño, temblaba como un corazón que tratara de recordar cómo latir. El cuerpo estaba completamente envuelto en aquella sábana blanca..., salvo que ya no estaba blanca en absoluto: diminutas arañas rojas se desplegaban por la tela que envolvía los muslos y el pecho, aquel costado derecho.

«Sangre fresca. Está sangrando... —Se quedó boquiabierta, embelesada, su horror dejó paso a la estupefacción—. ¿Cómo puede estar sangrando?».

Y entonces el pecho... se elevó.

—¡Ah! —pegó un tímido gritito. El cuerpo empezaba a sacudirse, intentando librarse de la sábana como una mariposa demasiado débil para desprenderse de su capullo. «¡Tengo que ayudar! ¡Tengo que hacer algo!».

Pero ¡un momento! Esa cosa... él estaba vivo o volviendo a la vida... y eso era una locura. No había visto ninguna de las pelis de *La momia*, pero ¿no era así como ocurrían las cosas malas? Alguien estúpido entraba por casualidad en una cueva o tumba o algo así, se encontraba un ataúd y pensaba: «¡Anda! Abramos este juguetito y veamos qué hay dentro».

—Y entonces ese alguien estúpido muere —susurró—. O la momia se come su lengua o le arranca los ojos o algo parecido. Durante una centésima de segundo, pensó: «¡Corre, corre! ¡Vete de aquí!».

Pensó en marcharse, en cerrar la corredera y en dejar atrás la casa de la muerte, en taparse los oídos («la-la-la-la, habla chucho que no te escucho») y fingir que no había visto nada. Nadie se enteraría nunca. Claro que, cuando volvieran con el deshielo en primavera a enterrar los cadáveres, se darían cuenta de que la arpillera estaba rajada y descubrirían la sangre. Pero ella no tenía por qué dar la cara. He ahí la cuestión: ¿cómo sabía ella que aquello no era lo que les ocurría a algunos niños cuando se convertían en comequentes? Ni todo el mundo había terminado de cambiar ni cambiaba de la misma manera. ¿Y si...? ¿Y si durante el segundo en que abría la sábana aquella persona, que ya no sería una persona, por supuesto, la agarraba y...?

A su lado, *Mina* le puso una pata en el hombro y gimoteó nerviosa.

«Escucha a *Mina* —le dijo la vocecita desde el fondo del armario de su mente—. Si algo fuera mal, ella lo sabría. Venga, tienes que hacer algo, Ellie, y tienes que

hacerlo rápido o el chico morirá».

—Pero si ya está muerto... —alegó, aunque muy débilmente, como cuando das una respuesta en clase sin mucho convencimiento. «A menos que no lo esté. Podría haber sido un error. Hannah no lo sabe todo. —Eso la tranquilizó lo suficiente para que sus pensamientos no se descontrolaran como unas botas sobre hielo resbaladizo—. *Mina* sabe que todo va bien. Quiere que ayude. *Mina* siempre lleva razón».

¡Qué narices! Aplacando su corazón, palpó con las manos la protuberancia de la cabeza. De todos los lugares por donde podía cortar, aquel era probablemente por donde menos daño le haría. «¿Daño? —Levantó un poco de sábana, hincó la navaja y trazó una raja horizontal—. ¡Si está muerto! ¡O al menos lo estaba!».

Ahora lo oía sin dificultad: un bajo gemido amortiguado y persistente. A través de la rendija que acababa de abrir, Ellie distinguió una mata de pelo negro y la ancha planicie de una frente. Deslizó los dedos y tiró fuerte de la sábana de algodón, gruñendo cuando la tela se resistió al principio; luego cedió. Apareció una cara. El chico tenía la piel blanquísima, casi como la de una larva. Unas manchas entre grises y azuladas subrayaban las cuencas de sus ojos, que seguían cerrados. Sus labios se habían puesto azules como gusanos muertos después de una tormenta, tenía la boca abierta y respiraba pesadamente, subiendo y bajando el pecho contra la sábana y tensando los tendones del cuello.

—¡Chris! ¡Chris! —Volvía a llorar mientras rasgaba la sábana sin dejar de gritar su nombre. Estaba desnudo, sin nada de ropa (un hecho que su mente sólo registró de refilón, como cuando pasas en coche junto a algo a toda velocidad). Su pecho se esforzaba en tragar aire desesperadamente y Ellie veía cómo la piel se hinchaba entre costilla y costilla.

Pero lo que de verdad le llamó la atención y le hizo pegar un repullo fue la sangre: se había formado un despliegue de rosas escarlatas en el lugar en que Hannah había colocado el trocito de madera después de bendecirlo.

«Eso no puede funcionar. —Vio que las heridas ya no eran irregulares ni estaban en carne viva, sino que se había medio formado una cicatriz—. No es más que un amuleto. Es sólo madera».

Chris temblaba de pies a cabeza como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Ellie le deslió la sábana de las caderas y de las piernas espasmódicas. El cuerpo del chico estaba surcado de heridas: cortes grandes y arañazos más pequeños, un tajo en cada palma, perforaciones en los muslos... El golpe mortal, el verdadero desgarramiento monstruoso que lo había sentenciado, lo había atravesado de parte a parte y le había despedazado primero el diafragma, que Hannah decía que te ayudaba a respirar, y luego el hígado, que no era más que un gran saco de sangre que se rasgaba fácilmente en cuanto te rompías una costilla. O que, en el caso de Chris, había quedado destrozado por el peso de la puerta y por aquella estaca de hierro. No había habido manera de parar la hemorragia y Chris sólo había durado tanto porque era joven y fuerte.

«Pero hay sangre... —Aquella fea herida brillaba como el ojo rojo de un somorgujo en pleno verano... y, sin embargo, también se veía el borde de una piel rosa como el culito de un bebé—. Esto es cosa de vudú; la magia no existe, no existe».

—¡Chris! —Ellie le sujetó la cara y se percató de que, cuanto más aire inhalaba el chico, más cálida se volvía su piel y más color adquirirían sus agitadas mejillas—. Chris, ¿me oyes? ¿Estás...?

Los ojos de él se abrieron de repente, al tiempo que sus manos se desplegaron, esparciendo una ligera lluvia de sangre fresca, y le agarraban los hombros. Ocurrió tan rápido que apenas le dio tiempo a esbozar un grito cuando él habló:

—Ayuda. —La palabra salió en una angustiada boqueada. Aquellos ojos, con las pupilas negrísimas y dilatadas, la taladraron, y para Ellie fue como mirar al interior de un abismo vacío y lleno a la vez—. P-por favor —jadeó de nuevo—. A-ayúdame.

Puede que a Tom no se le regara bien el cerebro en aquel momento, pero sabía que la pistola no pertenecía a Alex. No tenía seguro, eso para empezar, y la suya era una Glock 22, la reglamentaria de la policía, con un cargador de quince balas. Además, habían retenido a Alex como prisionera. Los Chuckies no le habrían permitido conservar el arma de su padre de ninguna manera.

Aquella era más pequeña, una Glock 19, pero con un cargador ampliado. Calculó diecinueve balas a ojo de buen cubero. Sin embargo, no había forma de comprobarlo ni de deslizar la corredera para sacar la de la recámara. Una fina película de hielo recubría el arma, como el azúcar glas petrificado de una rosquilla manida.

«Se mojó». Sus propias manos magulladas estaban agarrotadas por el frío y todo su cuerpo había empezado a temblar. Hizo un gesto de dolor al meterse la mano derecha bajo el brazo izquierdo para calentárselo mientras se alejaba tambaleándose del Chucky muerto. Apoyó el trasero contra unos peñascos y se arrebujó en la parka, pero sus manos descarnadas temblaban tanto que no podía subirse la cremallera y finalmente se dio por vencido. Primero tenía que calentárselas. Se buscó a tientas los guantes y estudió el promontorio en dirección este. No cabía duda: aquella Glock estaba en la línea de caída y había llegado hasta allí arrastrada o su dueño la había perdido cuando la avalancha se precipitó colina abajo. Entonces..., ¿habría pertenecido a un Chucky? Tenía sentido. Había contado a siete que subían la colina a duras penas y ya había encontrado a uno. Los Chuckies acababan de asomar por la ladera cuando Luke y Weller lo obligaron a marcharse, de modo que, tanto si estaban preparados como si no, a menos que fueran auténticos monos o rangers del Ejército entrenados como Weller y supieran cómo manejarse con cuerdas y rocas, llegar hasta Alex les habría llevado un tiempo valiosísimo del que tal vez no dispusieran. Con lo cual, ¿no era mucho más probable que ninguno hubiese sobrevivido y otro cadáver esperara sepultado bajo sus pies? Por supuesto. Había encontrado un bastón de esquí. Aquel chico muerto tenía una Eagle y ahora había encontrado una Glock. Seguramente hubiese rifles bajo la nieve, además de esquís y todo tipo de cosas. Sólo el tiempo y el deshielo de la primavera lo desvelarían, a menos que volviera con una pala y excavase la llanura entera. Un esfuerzo inútil. Lo sabía. Eso no significaba que no fuera a hacerlo, pero...

«El hielo. —Tom pasó un pulgar por la empuñadura de la Glock y sintió el suave deslizamiento de su guante. Se fijó en una diminuta lágrima congelada que pendía de la punta del gatillo—. El hielo no cuadra».

Se acuclilló sobre el Chucky y sacó la Eagle de la funda de la cadera con mil esfuerzos. Como había imaginado, la enorme arma estaba bien bloqueada; no podía ni correr el seguro.

—Pero no está cubierta de hielo —murmuró, sopesando la Eagle, muy pesada, en

la mano izquierda. De modo que lo más probable era que la escopeta no se mojara—. ¿Qué demonios significa eso?

Antes de la avalancha, el agua estaba bajo tierra, en la mina, y su nivel subía. Ahora había mucho hielo, no sólo una película sobre el nuevo lago en sí, sino también en las aristas de las rocas a lo largo de la orilla. Pero el único hielo allí abajo era una capa quebradiza y lo que esperarías normalmente de la nieve expuesta al sol y al viento.

Dejó la Eagle sobre el estómago del chico muerto, pero, con la Glock aún empuñada, se apoyó en los muslos para ponerse en pie. El hecho de que la Eagle no estuviera recubierta de hielo implicaba que no se había mojado, pero no explicaba cómo se había mojado la Glock. «A menos que Alex manejara un arma. —Aquella idea fue como un destello dorado y una locura, por qué no decirlo, otro disparate en una larga tarde de locos, pero no podía evitarlo—. Eso lo aclararía, porque significaría...».

—Oh, Dios. —Sintió que el nudo que tenía en el pecho se deshacía. Los ojos parecieron querer salirse de las órbitas. «Mantón la calma. No saques conclusiones precipitadas». Pero podría haber sido suya, ¿no? Alex había estado en aquel túnel, tratando de salir a la superficie. Si alguien podía hacerse con una pistola, esa era ella. ¿Y si... y si...?

—Alex. —Tom cerró los ojos, cerró las manos y apretó la pistola contra el fuerte latido de su corazón—. Alex, oh, Dios, ¿lo conseguiste? ¿Pudiste salir? —«¿O te atraparon? ¿Fue así como perdiste el arma?». Odiaba aquella idea porque, en ese caso, lo más probable es que ella estuviera allí, ahora, bajo la nieve, esperando a que la encontrara.

Las únicas respuestas que obtuvo se reducían prácticamente a ninguna: sólo aquel viento, aderezado de putrefacción, que suspiraba desde el lago.

Y entonces oyó un insignificante chirrido de piedra a su espalda. Sólo un *tic* a su izquierda. Como... a las ocho en punto. Un diminuto *toc* al chocar piedra con piedra, un sonido que no encajaba, pero que oía pese a las palpitations y el bombeo de su sangre desbocada porque, después de todo, seguía siendo un soldado. Así que no le cupo duda.

Algo se le acercaba por la nieve, y rápido.

Tenía que sacarlo de allí, y rápido. Pero ¿cómo? Ellie se metió las manos desnudas bajo las axilas e hizo una mueca. Ahora que se le había pasado el shock inicial, empezaba a sentir el frío. Se había desprendido del abrigo y se lo había puesto en el pecho a Chris. Luego les había quitado la arpillera a los otros cadáveres y había apilado los sacos encima del chico para calentarlo, de modo que ahora Chris reposaba tranquilo encima del palé bajo aquella manta improvisada. Había vuelto a cerrar los ojos, pero seguía jadeando y exhalando trémulas nubecillas grises de vaho.

Ellie sólo tenía dos posibilidades: abandonar a Chris allí e ir a buscar ayuda o llevarlo ella misma. La primera opción era la más fácil: dejar que *Mina* cuidase de él, volver a donde la esperaba *Bella* y galopar hasta la casa. Tardaría una hora o menos si le daba caña a la pobre yegua.

Pero, aparte del problema del tiempo, estaba también su reticencia a perderlo de vista. Miró nerviosa las ventanas. Por el tono grisáceo del cielo, suponía que estaba cayendo la tarde. Con suerte, llegaría antes del ocaso, pero tendrían que regresar de noche, si bien era cierto que no habían avistado a ningún comegente durante semanas tan al norte. Chris y el anciano con el que iba, al que había machacado la maza, se habían topado con trampas que llevaban inactivas dos meses largos.

«Tengo que llevármelo. —Ellie se mordió el interior de la mejilla. Se dio cuenta de que sus ojos estaban fijos en el pecho de Chris, apreciando cada ardua respiración y conteniendo el aliento hasta que la arpillera volvía a elevarse. Sabía que cada exhalación podía ser la última, como en las películas. Un dramático resuello final y adiós muy buenas—. Tengo que montarlo en la yegua como sea». Pero Chris pesaba demasiado. Los ojos de Ellie vagaron por las profundas sombras de las vigas desnudas. Aunque encontrara una cuerda, se la atara a Chris por el pecho o algo así y averiguara cómo colgarla de una viga, no era lo bastante fuerte ni para alzarlo cinco centímetros. ¿Y si lo arrastraba? Eso podría funcionar. Sólo tenía que sacarlo de los palés, vigilar que no se golpeará la cabeza contra la piedra y arrastrarlo como a un crío en un trineo colina arriba. Chris pesaría bastante más, por supuesto, pero sólo serían unos ocho o nueve metros y ella ahora estaba mucho más fuerte que en octubre, cuando empezaron las desgracias. Ahora montaba a caballo, caminaba kilómetros, cargaba con barrenas y aparejos de pesca y manejaba el *Savage* sin demasiada dificultad. Sí, era capaz de hacerlo, pero subirlo a la yegua era otro cantar.

¿Y qué pasaba con los pájaros? «¿Lo dejarán salir?». Ladeó la cabeza, aguzó el oído y captó su parloteo metálico. Seguían allí. No la habían molestado, pero a lo mejor la cosa cambiaba. Puede que los pájaros fueran —no lo sabía— una señal o algo similar, como cuando Alex dijo una vez que se podía predecir una tormenta porque los animales se quedaban totalmente callados.

—No puedo hacer nada —le dijo a *Mina*, que se apoyó en su pierna. Sus dedos

helados se enterraron en el pelaje de detrás de las orejas de la perra—. Tengo que mantenerlo caliente y sacarlo de aquí.

¿Y si se quedaba? Los demás irían a buscarla, y no tardarían mucho. Sabrían adónde dirigirse. *Bella* estaba atada en el cruce, de modo que podía quedarse y mantener caliente a Chris. Sin embargo, podía transcurrir mucho tiempo. Nadie se preocuparía en la próxima hora, tal vez incluso en la próxima hora y media. Casi oía a Eli diciendo: «Oh, ya sabéis que, cuando Ellie se pone a pescar, le pueden dar las mil».

Bajo la arpillera, Chris dejó escapar otro largo gemido. Ellie no tardó en cruzar la estancia para plantarse de rodillas a su lado y escudriñarle el rostro. Por entre las medialunas de sus párpados, vio que los ojos del chico oscilaban. Estaba soñando y no precisamente con algo agradable. Profundas y oscuras arrugas de miedo y dolor surcaban su nariz y su frente. Tal vez fuera una pesadilla. O quizá soñara que estaba muerto, lo que tampoco era mucho mejor.

Se puso de pie y le dio una palmadita al palé.

—*Mina*, ven. —La perra acudió de un brinco, con cuidado de no pisar a Chris, y le lanzó una mirada expectante, pero Ellie sacudió la cabeza, le colocó una mano en el cuello y la acercó a Chris todo lo que pudo—. Tú sola —la animó, manteniendo la presión un momento para que comprendiera sus intenciones—. Abajo, bonita, abajo. Necesito que lo mantengas caliente. —«Y lo protejas hasta que yo vuelva». *Mina* no era tan grande como un pastor alemán, pero que se tumbara sobre Chris le aportaría calor corporal—. ¡Quieta! —le ordenó, y levantó una mano como un guardia de tráfico. *Mina* gimoteó y estiró el cuello para topar los dedos de su dueña con el hocico—. Yo también te quiero, bonita —le contestó, y le plantó un beso enorme entre las orejas. A continuación se volvió para marcharse, pero vaciló. Se quitó el cordón de cuero y acarició con el dedo las líneas de aquel signo de la paz invertido. «Para que te proteja», había dicho Hannah. Ellie volvió a arrodillarse y le pasó a Chris el cordón por la cabeza. Como era un chico, casi un hombre, y tenía el cuello más grande, el cordón le quedaba más ceñido y el amuleto sólo le llegaba al palpitante hueco de la garganta.

Y entonces —sin saber por qué—, lo besó. Apenas un roce de los labios en la frente, como solía hacer su padre: «Te quiero, pequeña».

—Para que te traiga buena suerte —le deseó.

Pura potra, eso es lo que fue. Con el *tic* de aquella piedra, el entrenamiento de Tom se activó y su reacción fue tan instintiva como respirar: un leve cambio del peso del cuerpo y un giro mientras levantaba la mano izquierda como un látigo y dirigía la Glock a una barbilla, a una mejilla.

Falló. Maldita sea, ni siquiera veía qué intentaba golpear. El Chucky se había colocado en línea recta con el sol poniente y se le echaba encima por el ángulo muerto. Lo único que Tom distinguió cuando el Chucky intuyó su jugada y se agachó para evitar el puñetazo fue un borrón blanco grisáceo y dos monedas oscuras por ojos. Tom se tambaleó al girar, el impulso lo desestabilizó y la Glock surcó el aire. Un segundo después, el Chucky, agachado, lo embestía por la espalda, lo envolvía y lo empujaba para que cayera de cabeza.

—¡Arg! —Tom sintió que el aire le salía disparado por la garganta. Estiró los brazos para amortiguar la caída y pensó: «Rueda; planta los puños y rueda, ¡quédate de costado!». Si caía de bruces, todo habría acabado, y rápido. Veía su fin: el Chucky a horcajadas sobre su espalda, restregándole la cara en la nieve sofocante, manteniéndolo así hasta que se asfixiara. O a lo mejor simplemente planeaba dejar que cayera de culo, noquearlo de un buen puñetazo y hacer que Tom pasara sus últimos treinta segundos en la Tierra rodeándose con las manos el desgarror chorreante de la garganta mientras la sangre salía caliente y húmeda a borbotones y él se limitaba a observarlo y a esperar a que se desangrara. «Rueda, rueda, rué...».

Lo intentó; lo intentó de veras, pero ocurrieron dos cosas en rápida sucesión, como un puñetazo doble. La primera fue el impacto de su bota derecha en una piedra oculta, por lo que trastabilló y la pierna derecha se le dobló a la altura de la rodilla. El Chucky lo tenía agarrado tan bajo, por la cintura, que el pequeño tropezón debería haber bastado para plantar los pies y derribarle con el impulso. Pero Tom intentaba rodar y, aunque este Chucky era bueno —muy bueno; sabía cómo anticiparse, cómo pelear—, Tom seguía sosteniendo la Glock en la mano izquierda.

La pistola, la pistola de Alex, le salvó la vida, no porque pudiera disparar o utilizarla como porra, sino porque tenía la mano bien cerrada y un puño rígido tiene más fuerza que una mano abierta y vacía.

De modo que el brazo izquierdo de Tom arponeó la nieve. Con el puño en alto, su codo no tocó suelo y su muñeca no se rompió. Le dolió a rabiar; unos calambres eléctricos de dolor le llegaron al hueso. Tom gruñó y colocó los brazos rectos, tiesos como palos. Durante una milésima de segundo, sostuvo al Chucky y a sí mismo con los brazos temblorosos y el pecho jadeante a treinta centímetros de la nieve.

Ese momento pasó volando y Tom trató de recomponerse, pensando: «Me queda una oportunidad».

Se llevó la rodilla izquierda doblada hasta el pecho y se retorció, giró la cadera y

dio una patada tan fuerte y rápido como pudo, poniendo toda su fuerza en una única y violenta coz. Sintió el instante en que su bota entró en contacto con la cadera del Chucky y, por lo que cedió, comprendió que le había dado en el muslo izquierdo, bastante más arriba de la rodilla.

Fue un golpe de suerte perfecto e increíble. El Chucky aulló y se desplomó a su izquierda. Tom cambió el peso de su cuerpo y se desvió rápidamente hacia la derecha, impulsándose con la pierna más fuerte, la izquierda, y tratando de zafarse de la succión de la nieve profunda al girarse.

Y seguía teniendo la Glock. En otro momento y lugar, la habría tirado. La pistola era inútil a no ser que la utilizara como porra, mientras que los dedos podían agarrar, arañar y sacar ojos. Pero si se la arrebataban —pongamos que el Chucky la cogiese— y hacían la presión suficiente en aquel gatillo congelado, el arma podría disparar. No podía arriesgarse. Por otro lado, si la tiraba, el Chucky iría a por ella. En cierto sentido, dejar que lo intentase sería inteligente, una forma de desviar su atención y, así, tener tiempo de atacarlo con su KA-BAR. Después de todo, un cuchillo no se quedaba sin balas.

Pero no podía hacerlo, no podía desprenderse de la Glock. Aquella pistola le acababa de salvar la vida. Era un presagio, una señal, como si Alex estuviera luchando a su lado. Podía sentirla en el regusto de adrenalina que le impregnaba la lengua, en la sangre que tronaba por sus venas. De modo que se aferró a aquella pistola —y a ella— mientras sacaba el cuchillo de su funda.

«Está bien, vamos allá». Tom bombardeó con la mirada la llanura atestada de restos. Durante un momento de desorientación, creyó que el Chucky se había ido. Era una posibilidad. Un golpe en el peroneo, uno que pillara el nervio por encima de la rodilla, podía dejar al enemigo incapacitado de medio minuto a cinco. A lo mejor había comprendido que no tenía ninguna oportunidad, o se asustaba fácilmente. Pero si había ido a por ayuda, si traía amigos... o peor, si los colegas de aquel Chucky estaban ya allí..., podía rebanarse él mismo la garganta y evitarles la molestia. Probablemente podría ocuparse de dos o tres, pero sin un arma decente...

«Espera, el Bravo. —El rifle estaba a su espalda, junto a su mochila y aquel bastón de esquí, y la verdad es que no quería arriesgarse a echar una ojeada. Además, no creía que el Chucky se moviera tan rápido—. ¿Dónde se ha metido? —Frenético y presa de un pánico que empezaba a subirle por la columna vertebral, desvió la mirada hacia el oeste, hacia los árboles. Todavía faltaba más de una hora para que oscureciera del todo y quedaba bastante luz rubí, pero unas sombras alargadas azuleaban ya la nieve. No obstante..., estaba seguro de que, en la linde de aquellos árboles en voladizo, algo se había movido—. ¿Hay alguien más allí?».

A su derecha se produjo un sonido quedo y luego un pequeño chirrido: el de la nieve congelada y aplastada por la presión. Cuando se giró, se dio cuenta de la suerte que tenía de seguir con vida.

El Chucky había permanecido allí, en la nieve, recuperándose, reponiéndose en

silencio, todo aquel tiempo, y ahora rasguñaba el suelo para ponerse en pie, pero a Tom, presa del miedo y la desorientación, le pareció que la propia nieve había cobrado forma humana. El uniforme blanco de camuflaje del Chucky era el mejor que había visto jamás. Incluso las botas estaban enfundadas en blanco. Sin embargo, en algún momento, el Chucky había perdido su pasamontañas, así que, además de las oscuras monedas de sus ojos —que eran extraños—, vio que sus labios se retraían al gruñir y que aparecía la serpiente marrón de una trenza.

Porque era una chica: de la misma edad que Alex, más o menos, pero mucho más alta y musculosa. Y, aunque pesara más que ella, ya no contaba con la ventaja de su altura y la chica era rápida, una buena luchadora.

Y sí, él tenía un chuchillo.

Pero la Chucky tenía dos.

Bueno, los cuervos no fueron a por ella. Al contrario, le despejaron el camino igual que antes. Una vez que hubo bajado la rampa, vadeó entre ellos y volvió a subirla hasta llegar al punto en que se unía con la fachada principal de la casa de la muerte y las correderas. No sabía nada de geometría, pero el punto donde la rampa casaba con la entrada era más alto que ella. En su último reconocimiento médico, el pediatra le había dicho que tenía una estatura normal: «Un metro y veintidós centímetros, mucho espacio para crecer dentro de tus zapatos»; significara lo que significase aquello. Pero creyó que lo que tenía en mente podía funcionar.

Regresó corriendo hasta donde estaba la yegua en cinco minutos en lugar de en quince, aunque le entró flato. A pesar del ejercicio, seguía estando congelada y, en cuanto el sudor de entre los omóplatos y de la cara empezó a expandirse, comenzó a tiritar.

—Va-a-le —le dijo a la yegua. Sus dedos temblaban conforme se enrollaba las riendas. Tenía la cara tan helada que los labios se le habían entumecido—. Ve-venga, bonita. —Pero *Bella* no le hacía caso. Soltó un enorme resoplido y se apuntaló con fuerza en el suelo—. Por favor... —gimió Ellie. La cogió por el freno e intentó tirar de ella. El animal retrajo los labios, dejando al descubierto sus dientecillos amarillentos, y se retorció tratando de pegarle un bocado mientras se giraba y se preparaba para soltar una coz. Ellie ahogó un grito. Retiró la mano justo a tiempo de que los dientes de la yegua mordieran el aire y apartó la cabeza para esquivar la patada del animal, que impactó en el cubo de pintura con un sólido *chunc*. El cubo voló por los aires en dirección a los árboles, dejando una estela de avisadores de picada. La barrena, más pesada, dibujó una circunferencia completa, como la típica ruleta de un juego de mesa.

—Tranquila, tranquila —intentó apaciguarla. Armándose de valor, dio un paso al frente, agarró la barrena y la atrajo hacia sí antes de que *Bella* levantara una pata—. Cálmate. Lo siento, ¿vale?

La cosa pintaba mal. Sin *Bella* sólo tenía dos opciones: esperar o echarse a andar, y ambas eran malas. «Estamos perdiendo el tiempo». Estaba que echaba chispas y la piel le picaba de impaciencia, tanto que quería arrancársela, pero se obligó a esperar mientras *Bella* zapateaba y bufaba. Tenía que buscar una solución. Se mordió la mejilla. ¿Cómo se tranquilizaba a un caballo? «Las riendas son los frenos. Cuando está desbocado, lo frenas tirándole de la cabeza. —Pero para eso tenía que hallarse encima del caballo y, además, la yegua no estaba desbocada. Su problema era que la muy tonta no quería ir a ningún sitio—. De todas formas, debe de haber alguna manera de sujetarle la cabeza. —Repasó lo que sabía sobre caballos asustados. Bastante poco. Pero había un libro... ¿*Flicka*? No, *Belleza Negra*. El incendio—. James le tapa los ojos a *Belleza Negra* con una bufanda».

Se llevó la mano al cuello. Chris tenía su abrigo, pero ella se había quedado con el forro polar y la bufanda de lana. Se la desanudó con cuidado y se la metió en un bolsillo del forro.

—Vale, bonita —empezó de nuevo, moviéndose mucho más despacio de lo que pretendía. La yegua estaba temblando; veía cómo se le crispaba la piel. Cuando su mano volvió a encontrar la brida de *Bella*, Ellie refrenó el impulso de tirar o de hacer cualquier otra cosa salvo acariciar el cuello del animal—. Tranquila —repitió cuando la yegua dio una sacudida y resopló. Continuó acariciándola y diciéndole—: Muy bien, bonita, todo va bien. —Cuando por fin dejó de patear y su respiración se acompasó, Ellie sacó la bufanda, pensó fugazmente: «Ya verás, esto sólo funciona en los libros», estiró los brazos y le tapó los ojos.

Para su asombro, la yegua no protestó ni se movió. Ellie vio cómo la tensión se iba aflojando y desaparecía de su potente lomo. Siguió murmurando tonterías y le ató la bufanda flojito tras la quijada.

—Muy bien, vámonos —le indicó, cogiendo con mucho cuidado las riendas y preparándose para la sacudida que *Bella* probablemente daría. Y sí, se sacudió, pero sólo una vez.

Lo cual, pensó Ellie, era sin duda un buen augurio.

Al cabo de cinco minutos, el repiqueteo y castañeteo de los cuervos fue aumentando a través de los árboles. *Bella* levantó las orejas, que buscaron la procedencia de aquel sonido como antenas de radar a la caza de una señal alienígena.

«No te desboques, por favor, no te espantes». Ellie contuvo el aliento, pero entonces se le ocurrió que tal vez, si ella no se asustaba, la yegua tampoco lo haría. Los cuervos arremolinados se apartaron como habían hecho antes, como olas retrocediendo en la playa. Ellie guió al caballo hasta el punto en que la rampa se encontraba con la corredera y sintió una oleada de euforia. La silla quedaba justo al nivel del punto más alto de la rampa.

«Esto va a funcionar. —Lanzó las riendas por encima de la cabeza de la yegua para que se engancharan en el cuerno de la silla y subió corriendo la rampa. La corredera chirrió y eso hizo que *Bella* girara la cabeza, pero Ellie ya se había colado dentro, donde *Mina* la esperaba pacientemente meneando la cola—. Tiene que hacerlo».

Se demoró unos segundos en colocar la oreja en el pecho de Chris. Su corazón bombeaba a un ritmo monótono: *bum...* pausa... *bum...* pausa... Madre mía, ¡qué lento! Ojalá supiera si aquello era una buena o una mala señal. No obstante, decidió que era preferible a que se disparara. El chico seguía moviendo mucho los ojos, pero su respiración era más pausada, ya no daba boqueadas y su piel había adquirido cierto matiz rosado.

«Arrástralo». Eso era lo que había decidido. Cogió las almohadas de los otros

cadáveres, observó a Chris, calculando la distancia a la que caería, y colocó las almohadas en el punto de aterrizaje. Luego extrajo dos sacos de arpillera y los desplegó sobre las almohadas, trepó de nuevo adonde estaba Chris, se apuntaló de rodillas en el suelo, colocó las manos bajo los brazos del chico y lo levantó, echándose contra el regazo. Los brazos de Chris pesaban, pero estaban flácidos, al igual que sus débiles manos, que le pendían, y sus dedos, que parecían las patas de una araña muerta. El chico ladeó la cabeza y esta se le quedó colgando, y Ellie le vio el pulso, lento y constante, en el cuello. Las ojeras ya no eran tan grises, sino más bien azuladas.

—Muy bien —murmuró. Se dirigió hacia el borde a trompicones, tirando de él unos poquísimos centímetros cada vez, tanteando con los pies el momento en que su bota llegaba al final del palé y tocaba el aire. Chris pesaba muchísimo más de lo que se esperaba y ella estaba jadeando y sudando a mares. Infundiéndole ánimo con la cola, *Mina* observaba cómo el trasero de Ellie se acercaba al borde con otro tirón gigantesco.

El pie derecho pisó aire. Ahogó un grito y notó que se inclinaba cuando todo el peso de Chris se le vino encima; la rodilla izquierda, que seguía doblada para sostenerlo, le pegó un latigazo cuando cayó de lado fuera del palé. Aterrizó a plomo en las almohadas, de espaldas y en una pose extraña, como una bailarina que se abriera fatal de piernas. El impacto hizo que expulsara todo el aire de los pulmones y sintió un agudo dolor en la ingle. Chris pesaba demasiado sobre su pecho y se había quedado como una alcayata: estaba casi por completo fuera del palé, con las piernas flácidas dobladas por las rodillas. Ellie se escurrió por debajo, plantó los pies en el suelo e intentó levantarse. La rodilla izquierda se le resintió, pero podía apañárselas; eso era lo único que importaba.

«Vale, deprisa, deprisa». Tiró de las piernas de Chris y las colocó también sobre el trineo de arpillera, lo acurrucó con su abrigo y con los sacos restantes, se dirigió a la cabecera, sacó un poco de arpillera y tiró de ella como si le fuese la vida en ello. Chris se movió, no demasiado, pero la arpillera emitió un chirrido al resbalar por la piedra y de pronto su cabeza estaba quince centímetros más cerca de la corredera de lo que lo había estado apenas un segundo antes. Ellie resollaba y gruñía, y sus botas aporreaban el suelo al compás de los pasos de *Mina*, hasta que por fin llegaron a la corredera, que esta vez había dejado abierta adrede. Los cuervos se arracimaban en el umbral, pero retrocedieron en un remolino negro cuando deslizó la arpillera en la nieve. A partir de ahí, todo fue más fácil. Cuando arrastraba a Chris a la izquierda, hacia *Bella*, echó un vistazo a la silla. «Vale, deslízalo tanto como puedas, luego haz que ruede sobre la panza y empújalo para colocarle el pecho en la silla...».

Como si alguien le hubiera dado a un interruptor, los cuervos se quedaron completamente quietos y en silencio. Una parada en seco, como si una canción se interrumpiera de repente. «¿Qué? —Durante un segundo, Ellie creyó que le había pasado algo en los oídos, pero enseguida oyó los resuellos de *Mina*, su propia

respiración entrecortada y el martilleo de su corazón—. Oh-oh». Se le erizaron los finos vellos de la nuca. Seguía acuclillada, pero soltó la arpillera y se puso recta. Bajo sus botas, la nieve esbozaba diminutos chirridos de alarma. En su capullo de arpillera, Chris dejó escapar un débil gemido.

Todos a una, los cuervos se elevaron en una enorme y silente tormenta, explotando desde la nieve y la casa de la muerte para salir despedida en un torbellino. Se parecía tanto al día en que todo se había ido al garete que Ellie se cubrió la cabeza con las manos y gritó:

—¡No, otra vez no!

No pudo evitarlo. Pero no se produjo ninguna detonación dolorosa en su cabeza. «Así que no es eso. —Abrió los ojos como platos y echó la cabeza hacia atrás, contemplando cómo los pájaros se marchaban dando vueltas sigilosamente—. Entonces, ¿qué? ¿Qué ha podido...?».

Junto a ella, *Mina* empezó a gruñir en lo más profundo del pecho, un gruñido que fue cobrando fuerza.

«Oh... —Su mente no pudo emitir el *no*. El corazón le golpeó las costillas. Ellie apartó los ojos del cielo y de aquellos pájaros silenciosos y los posó en la nieve y en el bosque—. ¡Jopé! Creo que tenemos un problema...».

Porque allí, en el claro y en la boca del camino que habría de conducirlos a Chris y a ella de la casa de la muerte a un lugar seguro, había una chica.

Aquellos cuchillos eran un verdadero problema. La Glock de su mano no disparaba. Tampoco la Eagle. El Bravo estaba fuera de su alcance. Tom pensó en aquel destello plateado de los árboles y se preguntó cuántos Chuckies más habría allí, puñal en ristre, y a qué estarían esperando, a menos que fuera así sencillamente como hacían las cosas. Mandaban a un atacante, y luego a otro, para agotarlo antes de abalanzarse sobre él y rematarlo, como lobos.

Por primera vez se le ocurrió preguntarse cuánto tiempo había esperado aquella chica, cuánto tiempo llevaba observándolo. Había estado en la nieve, expuesto, durante... ¿cuánto? ¿Media hora? Eso por lo menos... y durante buena parte de ese tiempo no había prestado la menor atención, pues había estado completamente abstraído con las visiones y los *flashbacks* y el frenético arrebató de algo que rayaba tanto con la locura que habría sido más inteligente y fácil capturarlo entonces.

«Pero quiere luchar». Ahora la Chucky estaba de pie y, Dios, se recuperaba rápido. El miedo le congeló la garganta. No sólo quería matarlo. Tenía cuchillos y se le echaba encima abriéndose paso por la nieve. Ya debería estar muerto. Si se paraba a pensarlo, seguro que sabía manejar un rifle o una pistola igual de bien. Pero aquella chica buscaba la agresión, la diversión de matar. La sangre.

«Y le pasa algo, tiene algo diferente. —Dado que era una Chucky, aquello era un eufemismo—. Son sus ojos, les pasa algo; el color... demasiado oscuro». Pero se encontraba tan lejos que no estaba seguro, y mejor así, gracias.

«Olvida su cara. Concéntrate: no pierdas de vista los cuchillos». Tom la observó cuando empezó a rodearlo, muy despacio, moviéndose con cuidado de izquierda a derecha... y apenas se hundía. Tom se giró arrastrando los pies sin apartar los ojos de ella, sintiendo el desplazamiento de piedras irregulares bajo sus botas, consciente a su pesar de que ella estaba compensando su mayor alcance obligando a la mano que sostenía el cuchillo a alejarse y a que se desviara. Tom desconocía qué tipo de cuchillos tenía ella, pero eran la leche: acero plateado, largos y finos, con un solo filo y la leve sugerencia de una curvatura. Eran auténticos cuchillos de lucha, hechos para cortar y rebanar. Ya habían entrado en acción y cortaban el aire al moverse adelante y atrás, deslumbrando con el sol del atardecer, y a Tom le costaba seguirles la pista a los dos. A medida que se quedara sin luz, aquello empeoraría, suponiendo que durase tanto. Pensó que la cosa terminaría pronto. La Chucky no necesitaba asestarle una estocada mortal. Lo único que tenía que hacer era darle un par de cortes y luego retirarse y esperar a que se debilitase o se desangrase hasta morir.

Todo soldado estaba entrenado en combates cuerpo a cuerpo y sabía cómo pelear y matar, y parte del entrenamiento básico era el curso de rifle-bayoneta. La realidad era mucho más simple: el tipo que sobrevivía era el que evitaba a un atacante hasta que sus colegas llegaran con armas. A diferencia de los tíos de las Fuerzas Especiales

y los de las Operaciones Encubiertas, que eran expertos en el combate cuerpo a cuerpo, Tom sólo conocía los rudimentos de lo que había que hacer con un cuchillo: «Cubrir la cintura, defender la cara y el cuello, proteger con la mano y el antebrazo izquierdos, apuñalar fuerte y rápido y utilizar tu propio peso». Si llegara a colocarse cerca y detrás de sus cuchillos, podría rajarle la cara. Mejor aún, cortarle la frente para hacer que la sangre le cayera en los ojos y la cegara. Pero sabía que no era tan bueno para hacer nada parecido. Si se abalanzaba sobre ella, lo más probable es que terminara ensartado y le hiciera el trabajo.

Con todo, una cosa era segura: ahora no tenía ningún motivo para aferrarse a la Glock. Necesitaba las manos libres. Pero, en lugar de tirar la pistola en la nieve —lo inteligente—, Tom hizo algo rematadamente estúpido: arqueó el cuerpo apuntando con el cuchillo a la cabeza de la chica y se llevó la mano izquierda atrás por debajo de la parka para meterse la pistola por el cinturón...

Y eso fue lo que bastó, aquel pequeño gesto. No estaba concentrado y ella lo sabía. Tom vio que un borrón blanco se le echaba encima por lo bajo, que avanzaba. Reaccionó con torpeza, dando un traspié desmañado al intentar retroceder rápido. La chica alzó la mano derecha, la que le quedaba más cerca. Tom, reprimiendo un grito, consiguió apartar el brazo izquierdo a tiempo para esquivar la puñalada. Interpretó la inclinación de su codo demasiado tarde y se dio cuenta de que era un amago.

De repente, allí la tenía, retorciéndose por debajo de su brazo derecho y agachándose bajo su cuchillo. El de la chica titiló y su lengua plateada rebanó de lado a lado: un-dos-tres, *zip-~~zip~~-zip*. Tom era incapaz de seguirlo, ni siquiera veía el cuchillo, pero en la tercera pasada sintió un lametón frío cuando la ropa se le desgarró, y luego una quemazón serpenteante, una línea de fuego que le cruzaba el vientre al descubierto. Reprimió un grito, se arqueó y se apartó para quedar fuera de su alcance, pero ella ya se estaba retirando, dando marcha atrás. El sol poniente le bañaba la piel de un rojo tan vivo como la sangre que manaba del tajo que le atravesaba el estómago. Tom sentía que le rezumaba una llovizna cálida y densa.

«Podría haberme matado. —Un sudor frío le bañó la cara cuando la chica empezó a rodearlo de nuevo con un movimiento grácil, mientras los cuchillos esbozaban su lento movimiento hipnótico hacia delante y hacia atrás—. Me tenía contra las cuerdas. —Un único empujón, un giro y podría haber contemplado cómo se desangraba—. Está jugando. Quiere que esto vaya lento. —Tom gruñó y se llevó el antebrazo izquierdo al vientre. Un lento hilo de sangre empezaba a culebrearle por los muslos y a gotear en la nieve. Aquello no iba a matarlo, pero si recibía más cortes o ella decidía dar un tajo un poco más profundo, abrirlo en canal para que se le salieran las tripas, no conseguiría mantenerse en pie—. Tengo que hacer algo...».

La Chucky se volvió a poner en marcha, ligera a pesar de la nieve, y se acercó rápido, amenazando con la derecha. Tom, por puro instinto, intentó contraatacar con su propio cuchillo, lo que significaba que tenía que girarse hacia la izquierda. Mientras ella lanzaba la estocada en un amago perfectamente calculado, Tom se daba

cuenta demasiado tarde no sólo de que su costado derecho estaba expuesto, sino de que había apartado los ojos del cuchillo de su mano izquierda. «¡Mierda!». Trató de enmendarlo, de darse la vuelta, ¡pero es que era muy rápida! Le hizo un corte del revés desde la cadera derecha hasta el pecho.

Esta vez, un grito de dolor escapó de su boca. Se dobló tratando de protegerse el torso —estúpido, estúpido, estúpido; aquello le hizo colocar la cara en la zona de impacto— y allí estaba ella, con el cuchillo en ristre dirigido a su cara.

Lo que pasó a continuación fue puro reflejo. Tom se revolvió, levantó el brazo izquierdo como un látigo para defenderse... y menos mal que seguía conservando aquella Glock.

La chica la vio venir y trató de evitar el impacto, pero lo hizo una fracción de segundo tarde. La dura culata le golpeó en la nariz. Fue tan rápido que Tom no se percató de que le había dado hasta que se le fue la cabeza hacia atrás. Un manchurrón rojo intenso le embadurnó la barbilla y le cayó por el pecho, y fue entonces cuando empezó a bracear, sin equilibrio, sacudiendo la cabeza como un perro herido y salpicando viscosos hilos de sangre.

«¡Vamos, vamos, adelante, adelante!». Estaba a menos de seis metros de distancia cuando la embistió, porque pensó: «¡Total!». Tenía ventaja y ella iba a matarlo si él seguía dejándole llevar la voz cantante. De modo que tenía que atacar; tenía que agarrar el toro por los cuernos; tenía que dejar a un lado el miedo y hacerse con la situación.

Vociferó y acertó distancias con tres grandes zancadas. La chica, que gruñía y arrugaba la cara de furia, se impulsó para defenderse con la izquierda y apuñalar con la derecha, pero Tom tenía más alcance y, por una vez, hizo exactamente el movimiento correcto en el momento justo.

Se dejó caer con la rodilla izquierda, levantó el brazo izquierdo y esquivó el cuchillo de la Chucky para luego asestarle un golpe con todas sus fuerzas en el vientre con su KA-BAR. Sintió que la hoja del cuchillo atravesaba plumón denso y ropa. Durante un terrible segundo, creyó que la chica llevaba demasiadas capas o incluso un chaleco antibalas. Pero entonces la notó saltar, la oyó gritar y sintió que el cuchillo cedía al atravesar carne y músculo. Tom dejó caer el codo derecho y lo retorció, desgarrando tanto ropa como algo mucho más denso y húmedo. La Chucky, que seguía chillando, se arqueó hacia atrás para intentar huir. El cuchillo rebotó en la mano de Tom cuando el filo dentado enganchó tela y, más probablemente, tripas. De modo que ahora tenía dos opciones, y sólo dos: seguir con ella y aprovechar la ventaja, tumbarla de espaldas en la nieve, estrangularla, asfixiarla hasta la muerte, golpearle la cabeza con la Glock e incluso hacerse con uno de sus cuchillos.

O dejar la Glock e ir a coger el Bravo.

Tiró la Glock a un lado. No siguió con la mirada el arco que describió. Ya tendría tiempo de buscarla luego si seguía con vida. Agarró a la Chucky de la parka, se la acercó tanto como un enamorado, cogió impulso y le clavó el cuchillo tan rápido

como pudo y tan profundo como dio de sí.

Ella volvió a chillar. Sus propios cuchillos destellaban y Tom tuvo que agacharse y desviar la cabeza y el cuello. Uno de los cuchillos falló; el segundo, no. Primero le desgarró la parka y luego la carne de su antebrazo izquierdo, que se abrió con un alarido rojo y feroz. Rugiendo de dolor, se incorporó sin dejar de sujetarla, con el KA-BAR clavado tan profundo que la chica parecía un trozo de ternera ensartado en una brocheta. Tom olía la sangre de ambos mezclada, su nauseabundo hedor a hierro. Tenía el estómago resbaladizo; su pecho y el brazo izquierdo goteaban. Antes de que la Chucky pudiera asestar otro navajazo, le dio un poderoso empujón. La chica salió despedida unos tres metros para caer como un fardo de miembros sin vida. Los cuchillos se le cayeron de las manos y emitieron un oscuro fulgor en contraste con la nieve que empezaba a teñirse de rosa y que luego se tornó de un rojo brillante cuando un charco de sangre le inundó la cuenca del vientre y se derramó por los costados.

Para cualquier persona o cosa, aquello habría supuesto el final. Lo de que el malo se sacaba el cuchillo del estómago y lo utilizaba contra ti sólo pasaba en las películas. En la vida real, ese truco nunca salía bien, y no sólo porque doliera a rabiar. De hecho, sacarse un cuchillo o cualquier otra arma punzante era un modo excelente de acelerar la muerte. Un cuchillo podía seccionar una arteria, pero también actuar como un tapón. Si lo sacabas, la sangre no paraba de manar. Cuando el cuchillo era dentado, como su KA-BAR, era peor aún: los dientes se enganchaban... Y ahí estaba la gracia. Así que, además de desangrarte a lo bestia, lo cual resultaba especialmente agónico cuando se trataba de heridas abdominales, te arriesgabas a sacar una ristra de tripas. El médico de su pelotón le dijo una vez que se imaginara que alguien te mondara la cara desde el cráneo y luego lo multiplicara por mil millones. Sacarte los ojos era menos doloroso que arrancarte tus propios intestinos. Era preferible morir.

Pero esta... ¿cosa? No parecía sentir ningún dolor, o, al menos, no durante mucho tiempo. Sólo había que ver lo rápido que se había recuperado de la patada. Tom, boquiabierto, observó cómo la Chucky agarraba la empuñadura del KA-BAR con ambas manos. Incluso aquel diminuto toque de la hoja tenía que doler; Tom lo veía en la dilatación de las aletas de la nariz empapadas de sangre de la chica, en su mueca forzada, en la tensión del cuello, en el arco de su espalda.

«Dios santo. —¿Qué era aquello? No podía ser un Chucky asilvestrado, a menos que existiese una diferencia con los Chuckies nuevos, entre los que acababan de cambiar y los que ya lo habían hecho. Los asilvestrados no estaban organizados; estaban locos, no sabían planificar. Ni siquiera Jim, su amigo, había sido otra cosa que un animal rabioso. Así que aquella chica era algo nuevo y diferente: casi inmune al dolor, temeraria. Lista. Una máquina de matar—. Y yo ya he visto esto antes... Pero ¿dónde?».

Entonces, la Chucky tiró...

Y, para horror de Tom, el KA-BAR se movió.

Ellie no podía moverse. Le flaqueaba todo el cuerpo y las rodillas empezaron a temblarle. Al tragar, oyó un nítido *clic* en su garganta. «El rifle, ¿dónde está? —No se atrevió a apartar los ojos de la chica para localizarlo, pero no recordaba habérselo llevado cuando había ido en busca de *Bella*—. Entonces me lo debo de haber dejado en la casa de la muerte».

La chica se limitaba a mirar, lo cual era bueno, pues le daba un respiro. «A menos que haya otros y me estén rodeando». El gruñido de *Mina* se había intensificado y Ellie se arriesgó a bajar un momento la vista para echar una ojeada furtiva. La atención de la perra estaba fija en la chica, así que o bien sólo estaba aquella comegente, o bien los demás se encontraban demasiado lejos para que *Mina* llegara a verlos u olerlos. También se percató de que *Bella* resoplaba por la nariz y sacudía bruscamente la cabeza cuando advirtió la presencia de la chica. «No, no, no, por favor, no te desboques, yegua tonta; espera un poco, anda...».

Parecía evidente que la chica esperaba algo. Ellie estaba segura, aunque no sabía por qué. Su mirada se posó en la sucia maraña de pelo congelado de la chica, que sobresalía de un gorrito de lana que alguna vez debía de haber sido de color crema y que ahora se había vuelto de un gris inmundo. Ellie no logró identificar el color de la parka mugrienta, pero la comegente llevaba colgando del cuello una mustia bufanda verde lima enroscada como una serpiente.

Esa bufanda... Ellie recordó aquel momento del lago cuando todos los cuervos se habían marchado de repente. «La nieve, el cedro oscilante y el destello verde lima que yo tomé por un simple pino... —¿La chica había estado allí? ¿Vigilándola y siguiéndola, manteniéndose en contra del viento para que *Mina* no pudiera olerla?—. ¡Qué inteligente!». Pero ¿por qué salía en ese preciso momento? ¿Por qué no esperaba un poco más?

«Tal vez porque sabe que no tendrá otra oportunidad. —La angosta cara de la chica era toda ángulos y sombras; tenía dos valles por mejillas y los ojos hundidos en las cuencas—. Está muerta de hambre, tanto que no puede esperar ni un segundo más».

Pero la chica no estaba actuando como debía. Los comegentes te abordaban con pistolas y cuchillos, con dientes y manos. Con sus garras. Hacían de todo: tendían emboscadas o salían del bosque furiosos. O se descubrían una vez que te tenían rodeado —eso era lo que les había ocurrido a Eli y a su hermana—, pero esta chica estaba sola y se limitaba a observar.

En la nieve, junto a sus pies, Chris gimió.

«Tengo que salir de aquí. ¿A qué estoy esperando? —Jadeaba y parte de su cerebro se había sumido en un grito mareante—: ¡Corre, corre, corre a la casa de la muerte y cierra la puerta para que no pueda entrar! —Era una posibilidad: agarrar a

Mina (aunque ¿qué iba a hacer con *Bella*? ¿Estaría bien?), encerrarse dentro, recuperar la escopeta y esperar, esperar, esperar, como un conejito en su madriguera, a que Eli y Jayden la encontraran. Pero Chris... ¿Cómo iba a dejar a Chris?—. Lo matará, se lo comerá y...».

«No puedes permitirlo. —Era la vocecita otra vez—. Piensa, Ellie, piensa, piensa, piensa. Sólo está observando. No se mueve».

—Porque está esperando a los demás. —Su voz era apenas un suspiro contenido en el ascenso de una montaña rusa hacia la histeria. Una vez que alcanzara la parte más alta, ya no habría vuelta atrás: caería a toda velocidad y se desataría el pánico. Al otro lado del claro, la chica levantó la cabeza al escuchar su voz y la ladeó un poco como hacía *Mina* cuando se quedaba perpleja—. Sabe que no puede pasar sola por donde está *Mina*.

«Deja de resollar. Fíjate en lo que has dicho. Si es verdad, todavía tienes tiempo».

—¿Y si no lo es?

«*Mina* te protegerá. —La vocecita era muy paciente, como el abuelo Jack cuando decía: “Sí, la vida no es justa, pero ser odioso no sirve de nada”—. Tiene dientes, ¿no?».

—¿Bromeas? —chilló, y pensó: «¿Estoy tonta o qué?». Sin embargo, la vocecita tenía razón. ¿Debía ir a por el rifle?

«No dejes a Chris». No estaba segura de quién era, si la vocecita o ella, pero sabía que llevaba razón. Sólo tenía que mantener la calma y la cabeza en su sitio, como Alex y Tom. Hubo de reunir todo su autocontrol para darle la espalda, pero no podía hacer rodar a Chris sobre su abdomen, subirlo a la silla y vigilar a la chica al mismo tiempo.

—No dejes que venga a por mí, *Mina* —dijo con aquella vocecilla asustada.

Se inclinó, apoyó las manos en el costado de Chris y empujó, pero el movimiento fue irrisorio, pues sus fuerzas parecían haber huido junto con su voz. Chris era grande y ella era una enana. «Venga, no seas cría». Pero tuvo que intentarlo dos veces más antes de que él rodara sobre la panza. Los sacos de arpillera se desplazaron y dejaron al descubierto sus muslos blancos y parte del trasero.

—Vaaa-leeeee —canturreó, pensando que nunca había visto tanta piel masculina. Recolocó los sacos lo mejor que pudo—. Ay, Alex, ay, Alex, ay, Tom... —Apuntaló bien los pies, agarró la arpillera y arrastró a Chris hasta el borde de la rampa, tan cerca que las manos del chico quedaron colgando. Luego bajó de un salto, preparándose para el *chuc-chuc-chuc* de la nieve cuando la chica corriera a por ella, y se subió a la yegua. Enganchó el pie izquierdo en el estribo, pero dejó el talón derecho clavado en la rampa. La yegua gruñó e intentó apartarse—. No, no, no, venga. —Ellie tiró de la rienda derecha para que *Bella* girase la cabeza. Después se estiró, agarró a Chris por encima de los codos y lo atrajo hacia sí—. Ayúdame, papá —suplicó al ver que la cabeza de Chris caía fuera de la silla—. Ay, papaíto, papaíto, papaíto... —Continuó dando tirones, tratando de enderezar al caballo con el pie

mientras acomodaba a Chris, atrayéndolo torpemente por los costados hasta que el chico al fin se dobló por la cintura para amoldarse a la cruz y al lomo de *Bella* como si fuera una manta demasiado larga.

Así estaría bien. Durante un brevísimo instante, contempló la posibilidad de ir a buscar el Savage, que seguía dentro de la casa de la muerte, y se preguntó si debía cerrar la corredera. Hannah se enfadaría mucho si aquella chica y sus amigos entraban a picar algo. «¡Qué narices! Tengo que sacar a Chris de aquí». Respiró hondo y convenció a *Bella* para que torciese. El cuerpo de Chris se desplazó, pero no se resbaló. La chica continuaba exactamente en el mismo sitio: ni más cerca ni más lejos.

—*Mina*, prepárate, bonita. —Ellie le desató la bufanda a *Bella* con dedos temblorosos, pero no se la quitó; sostuvo las riendas con la mano izquierda, se estiró por encima de Chris, plantando los codos en el costado izquierdo del muchacho para sujetarle el cuerpo y evitar que se desplazara, y dio un rápido golpe de muñeca para soltar la bufanda—. ¡*Mina*! —En ese mismo instante, le propinó a la yegua, que ya empezaba a encabritarse, una patadita contundente para que se pusiera en marcha—. ¡*Mina*, vamos! ¡Vale!

Sin dejar de gruñir, la perra descendió por la rampa a toda velocidad, al tiempo que *Bella* bajaba las patas delanteras haciendo retemblar todo el lomo y salía disparada. Ellie expulsó todo el aire de golpe por la boca y aterrizó en la silla dando un fuerte culazo. El cuerpo de Chris rebotó y empezó a resbalar. «¡No, no, no! —Hincó los codos con fuerza hasta sentir las costillas del chico—. ¡Aguanta, aguanta, aguanta!

Más adelante vio que la muchacha torcía el gesto y que el velo de hambre de su rostro se tornaba en asombro y luego en temor. Se apartó como un remolino de pelo sucio y bufanda verde lima cuando *Bella* pasó zumbando por su lado y por fin se alejaron, *Bella* aporreando la nieve y *Mina* a la zaga, y los árboles emborronándose a medida que se perdían por el camino.

Ellie estiró el cuello para mirar atrás una sola vez. La comegente no corría tras ellos ni había reunido a sus compinches para atacarlos. Tan sólo se había quedado allí. Y a Ellie no le pareció peligrosa en absoluto. Lo único que veía era a una chica solitaria, desesperada y harapienta con una bufanda verde y, por un instante, se planteó que quizá hubiera algo diferente en ella. Pero entonces *Bella* dobló a la derecha y la joven desapareció.

«A salvo, estamos a salvo. —Entonces lo supo y fue como si el sol irrumpiera de golpe a través de las nubes—. ¡Lo he conseguido! ¡*Mina*, *Bella* y yo lo hemos conseguido!». Y todo lo habían hecho solas, sin Eli, sin Jayden y sin nadie: sólo ella, *Mina* y la yegua. ¡Cómo le gustaría contárselo a su padre y al abuelo Jack! ¡Y a Alex y a Tom! Tenía tantas ganas de hacerlo que saboreaba la historia en su boca, cada palabra, cada sílaba.

«Os echo de menos, chicos». Le escocían los ojos y, un segundo después, sintió

que le brotaba una lágrima. O tal vez fuera sólo el azote de aquel viento gélido. Fuera lo que fuese, por una vez estaba bien. Podía permitirse llorar.

«¡Sí! —exclamó la vocecita—. ¡Pero no te caigas!».

—Oh, cállate. —Con risa trémula y salpicada de llanto, estrechó a Chris entre sus brazos—. Aguanta, Chris. Todo saldrá bien. Te tengo. —Y entonces se puso a canturrear mientras el corazón le daba brincos con cada arremetida de los cascos de *Bella*—: Te tengo, Chris, te tengo, te tengo.

«Va a por mí. —El horror de Tom se materializó en forma de certeza nefasta cuando la chica dio un tirón y su cuchillo, manchado con la sangre de la Chucky, fue apareciendo centímetro a centímetro—. Lo tendrá fuera dentro de cinco segundos».

Tenía que llegar al Bravo, el arma que le quedaba, la única que funcionaba. Si la Chucky volvía a acercarse, no creía que pudiera detenerla. De modo que se impulsó con el pie derecho, dio media vuelta y se abrió camino con un torpe tambaleo por la nieve y los cascotes. Su mochila parecía estar a kilómetros de distancia, el Bravo a otro kilómetro más allá, retrocediendo como por un efecto de cine. Creía estar avanzando rápido, pero su visión empezaba a nublarse a cada paso y su cabeza, a hincharse. Perdía demasiada sangre. Tenía el pecho manchado y húmedo. Por los muslos le resbalaba sangre fría. «Sigue moviéndote, no te desmayes, no pierdas el conocimiento».

Delante de él, los bultos que marcaban el pie de la tumba del Chucky se acercaban, abarcando su vista. Se tambaleó de camino a las rocas y estuvo a punto de caer, pero se apuntaló con la mano derecha. Mientras se bamboleaba, veía su mochila y, por detrás, el Bravo. Cuando dejó atrás a trompicones la zanja abierta, su bota tropezó con la roca-hacha que había utilizado para machacar a aquel Chucky congelado hasta dejarlo hecho papilla y trastabilló. En ese momento, totalmente desestabilizado, dio media vuelta en un intento por mantenerse en pie. Pero no lo consiguió, no pudo, y supo que se iba al suelo.

Y allí estaba ella, avanzando en su dirección, aumentando sobre la nieve, arremetiendo contra él para hacerle un placaje. El golpe fue como si le hubiera dado un mazazo en el esternón, una explosión brutal que le llegó hasta la columna. Tom se quedó sin aliento. Era consciente de que estaba cayendo hacia atrás, noqueado, con los pulmones en llamas y el cerebro víctima de una sacudida eléctrica. En la niebla gris en que se había convertido su vista, distinguió cómo la chica se cernía sobre él; sintió que su sangre le goteaba en las mejillas y que le aprisionaba fuertemente los hombros con las rodillas. El estropicio que había hecho con el Chucky muerto le quedaba a la izquierda y vio que la cabeza de ella giraba rápidamente en esa dirección cuando la Eagle destelló con el sol poniente.

Durante un segundo de infarto, quiso gritar: «¡Coge la Eagle, cógela, cógela, méteme un tiro, hazlo!». Era un pensamiento suicida, una locura, pero la tenía a horcajadas sobre él y estaba desesperado, sin opciones. La Eagle no funcionaría; le explotaría en las manos. No la mataría —eso también pasaba sólo en las películas—, pero, si lo intentaba y el arma estallaba en un sinfín de metralla y balas, a lo mejor le daba algo más de tiempo. Porque ya no le quedaba nada más: ni aire ni munición, muy pocas fuerzas y ninguna alternativa.

Por desgracia, las armas de fuego no iban con el estilo de la Chucky ni con el

final que tenía en mente para él. Gruñendo, lo agarró por debajo de la barbilla con la mano izquierda. A Tom se le tensaron instintivamente los músculos del cuello en un esfuerzo por librarse de la presión implacable. Trató de revolverse para quitársela de encima, pero, a pesar de las piedras, la nieve profunda no le ofrecía ningún punto de apoyo. Se había hundido tanto que las caderas y las piernas le quedaban más altas. Luchaba por su vida desde el equivalente a una bañera. Si levantas a alguien por los tobillos, es imposible que mantenga la cabeza fuera del agua. Si lo sujetas el tiempo suficiente, se ahoga. Así que la chica tenía una opción: empujarlo aún más en la nieve y esperar a que se asfixiara, o arrancarle la garganta. Tom no podía resistirse eternamente y la tenía encima, con el centro de gravedad directamente sobre su pecho, y si se dejara hacer...

«Si me dejo hacer». No fue exactamente una idea, sino un último impulso. De repente, dejó de forcejear y sus hombros se relajaron y el cuello se le estiró. Entonces sintió que las rodillas de la Chucky vacilaban y que ella empezaba a resbalar, que el centro de gravedad cambiaba. Al perder el equilibrio, la Chucky se inclinó hacia delante.

—¡¡AAHH!! —chilló Tom, sin ser consciente siquiera de que el grito estuviera en su boca hasta que lo estuvo, y un segundo después se incorporaba y enganchaba la parka de la Chucky con la mano derecha, de pronto liberada. Dio un tirón tan rápido y fuerte como pudo. Al mismo tiempo, levantó la cabeza como un rayo. Se produjo un fuerte *crac* cuando el duro hueso de su frente se estampó contra el delicado borde que quedaba justo encima del ojo izquierdo de la Chucky. Tom supo que el golpe había sido bueno en el instante en que sintió la cuenca de su ojo, en el segundo en que el cuerpo entero de la chica se agarrotó por el impacto.

La Chucky no se lamentó ni gritó. No tuvo tiempo, ni aliento, para hacerlo. Aturdida, se lanzó hacia la derecha y Tom con ella, utilizando el peso de la chica como punto de apoyo. Incluso entonces —ensangrentada, con una herida en el vientre, ciega de un ojo y, probablemente, con un dolor atroz—, intuyó lo que pretendía hacer. Levantó las manos como pudo, puso los dedos en forma de garra y los movió frenéticamente tratando de enganchar algo: la parka de Tom, un brazo, lo que fuera. No obstante, para alivio de Tom, no tenía cuchillo y ahora era él quien tenía la sartén por el mango.

Quedaron bocabajo, el pecho de Tom sobre la espalda de la Chucky. En una novela, él le habría roto el cuello. Un tirón rápido, un crujido y listo. Pero ese tipo de movimiento, lo que salía en la tele o en las películas, era una chorrada... Un cuento chino. El cuello es mucho más fuerte de lo que pensamos.

En vez de eso, se lo rodeó con el brazo derecho por debajo de la barbilla. Apoyó la mano izquierda en la nuca de la Chucky, se agarró el brazo izquierdo con la mano derecha, lo mejor para esperar que la sangre asfixiara...

Y sintió que algo no iba bien.

En una llave de estrangulamiento número cuatro clásica, bastan de ocho a diez segundos de presión en las carótidas —trece como máximo— para dejar inconsciente a un oponente, incluso a un tío fornido como un armario empotrado y con cuello de toro.

A menos que el tío en cuestión sea tan listo como para protegerse el cuello de algún modo.

Y ese, al parecer, era el caso de aquella Chucky, porque lo que le rodeaba el cuello era un collar de piel con una arandela metálica. «Dios, ¿un collar de perro?». Tom intentó a toda costa cambiar la estrategia, desplazando el brazo más arriba para asirla directamente bajo las orejas, pero estaban revolcándose en la nieve y ya empezaba a cansarse y a aflojar la llave. Hasta que el brazo se le resbaló.

La reacción de la Chucky fue instantánea. Corcoveó y levantó el brazo izquierdo hacia atrás apuntando a los ojos de Tom con los dedos. Este ladeó la cabeza hacia la derecha, un acto reflejo que supo, demasiado tarde, que era un error y exactamente lo que ella esperaba. La chica amatilló el codo derecho, cogió impulso, rápido, y se lo clavó a Tom en las costillas. El dolor le nubló la vista y le provocó náuseas. Sintió vagamente que la Chucky se daba la vuelta y supo que ya no tenía la sartén por el mango. «¡Levántate, sal de ahí abajo, ve a por el Bravo!». Ir a por el arma era otro error, porque suponía darle la espalda, pero no le quedaba otra opción: su oponente era fuerte y no podía aguantar eternamente. El mero hecho de haber pensado en llevar puesto algo para protegerse el cuello era otro nivel de locura y Tom no podía esperar a ver si se desangraba hasta morir, porque una herida en las tripas lleva su tiempo, más del que él disponía. De modo que la apartó hacia la izquierda, se liberó y rodó hacia la derecha hasta quedar a cuatro patas.

Eso fue lo más lejos que llegó. La Chucky le dio una patada alta en la zona lumbar. Una oleada roja de agonía le recorrió la espalda y dejó escapar un estruendoso «¡ARG!». Lo siguiente que supo fue que estaba bocabajo, retorciéndose de dolor, tosiendo contra la nieve, tratando de arrastrarse para huir. Cada uno de sus nervios chisporroteaba; los músculos le crepitaban. Se sentía tan blandengue como una medusa debido al golpe en la espina dorsal. Parpadeó para desprenderse de las repentinas lágrimas de dolor y divisó su mochila y, al lado, el Bravo, ¡pero quedaba muy lejos! Entonces avistó algo más, mucho más cerca, a menos de treinta centímetros de su nariz...

Se oyó un crujido en la nieve, un chasquido de piedras. El sol le quedaba a la espalda y vio que la sombra de la chica, negra como la tinta, se filtraba por la nieve y le calaba la carne a medida que se acercaba.

Tom pegó un grito furibundo, se lanzó, agarró el bastón de esquí a sólo un paso y se revolvió para quedar bocarriba mientras este surcaba el aire silbando; y ella ya no era una sombra negra, sino un misil blanco y rojo que arremetía...

Justo a tiempo, Tom plegó los brazos. La chica intuyó lo que pretendía y trató de girarse en el aire, pero no era un gato, sólo una Chucky muy lista y con los cables

cruzados, y falló.

Se desplomó dando un chillido, mientras la punta de metal del bastón la atravesaba justo por debajo del esternón. Se había lanzado con tanta fuerza que los brazos de Tom estuvieron a punto de ceder. El palo de fibra de vidrio no se partió en dos de milagro y resistió al tiempo que la chica extendía brazos y piernas en forma de estrella extraña.

«¡Sí!». Aún suspendida, le dio un empujón, derribándola a un lado, aunque no pensaba soltarla. Aquella era un arma que no estaba dispuesto a perder. No tenía ni idea de cómo logró ponerse en pie, pero a continuación estaba acucillado, con los muslos plegados, y ella seguía ensartada, con los pies en el suelo y las manos alrededor del bastón, como si ambos hubieran decidido jugar a un extraño tira y afloja. Se quedaron así durante un segundo que pareció una eternidad.

En ese momento, Tom se dio cuenta al fin de lo que no le cuadraba, de lo extraños que eran sus ojos; no sólo destilaban una insaciable sed de sangre, sino que no paraban de moverse y tenían las pupilas tan dilatadas que el iris quedaba reducido a un fino anillo oscuro.

Y el blanco no se veía. En absoluto. No es que lo tuviera inyectado en sangre, sino que era carmesí, como si le hubieran sacado los ojos y le hubieran dejado las cuencas ensangrentadas.

«Dios. —Aquella visión lo dejó helado—. ¿De dónde has salido tú? ¿Qué eres?».

Como ofreciéndole una respuesta, los labios de la chica se retrajeron en una sonrisa naranja.

—Por Dios —dijo—. Muérete ya.

Tom la levantó con todas sus fuerzas y la lanzó a la nieve del mismo modo que un pescador lanzaría un pez arponeado a la arena. Después dejó caer todo su peso con un único empujón mortal.

Listo.

Casi.

Exhausto, consciente de que la adrenalina que le había aportado energía durante el tiempo necesario ahora se le iba con la sangre, sentía que las articulaciones empezaban a fallarle. Tembloroso, retrocedió tambaleándose hasta que notó el bulto de una piedra en su espalda. Un insidioso escalofrío se apoderó de todo su cuerpo mientras la fatiga y la pérdida de sangre le restaban fuerzas. Apoyó las manos en los muslos, hizo un esfuerzo por mantenerse erguido y cogió aire, tratando de apartar las telarañas de su mente y esperando a que esta se recuperara.

«Necesito salir de aquí, volver al campamento. —No tenía botiquín y pronto anochecería. Con su sangre perfumando el aire, ¿quién sabía cuánto tardarían en aparecer más Chuckies?—. Debo deshacerme del máximo de cosas posible y coger las tuyas. Ese traje de camuflaje está impregnado de su sangre, de modo que a lo

mejor no me huelen, pero he de tener cuidado: no puedo atraer a los Chuckies al campamento; debo proteger a los niños».

Todo aquello era muy extraño. Había una tonelada de cadáveres en el lago, comida en abundancia, pero ni un solo Chucky sirviéndose de nadie como aperitivo. En el campamento —una granja abandonada, al descubierto, llena de pastizales— había montones de niños sabrosos y ningún Chucky tampoco, como si se hallase en una cúpula, bajo un campo de fuerza invisible. Algo que siempre le había hecho pensar.

Se quedó observando a la chica. Había visto muchos cadáveres. Allí estaba, muerta, algo que resultaba obvio con sólo mirar, porque la muerte roba algo, sobre todo de los ojos. Algo se evapora. Los ojos de los muertos son las ventanas vacías de una casa desierta. Pero también estaba el canguelo del campo de batalla, aquellos escasos instantes en que una araña peliaguda te recorría la nuca, en que el pavor se abría paso hasta tu garganta y te la colmaba de miedo. Esos momentos en que aún creías que el muerto iba a levantarse.

Aquella Chucky era así. Incluso muerta, su mirada de color bermellón, todavía frenética y demencial, seguía acompañándote después de una pesadilla.

«Ya he visto a más como tú. Pero ¿dónde? ¿Qué eres? —Un violento estremecimiento le hizo boquear. Se agarró los brazos y se abrazó fuerte, ahora con verdadero miedo—. ¿De dónde has salido?».

Y otra pregunta que le vino a la mente en forma de tic involuntario: «¿Quién te ha hecho así?».

—Estás perdiendo la chaveta, Tom. —Su voz sonó extraña, pero lo tranquilizó. Necesitaba oírse—. Es una locura. ¿Quién podría hacer que los Chuckies fueran peor de lo que son? ¿Por qué haría alguien eso? —Aquello le hizo soltar una carcajada, un carraspeo áspero y profundo, como el graznido lejano de aquellos cuervos—. Dios, escúchate. Estabas en el Ejército. ¿Quién no quiere una máquina de matar mejorada, un soldado que no se detenga ante nada?

«¿Y quién —se preguntó— no la entrenaría?».

«El bosque. Aquella sombra negra, aquel destello». Se sacó los prismáticos de la parka, dando gracias por no habérselos colgado del cuello. Una buena forma de terminar estrangulado.

—No tienes tiempo para esto —dijo, inspeccionando los árboles—. Te quedan diez segundos, Tom, y luego tienes que...

Pero no le llevó diez segundos, ni siquiera siete.

Sólo necesitó tres.

La cosa pintaba fatal. Cindi sabía que Tom no tramaba nada bueno. Un «pálpito», como habría dicho su madre: una inquietante sensación de que el chico pensaba hacer alguna tontería.

Desde aquel segundo día después de la mina, Cindi iba a verlo todas las mañanas a primera hora antes de dirigirse a su puesto de vigilancia (que si ya antes era un aburrimiento, ahora era muchísimo peor: no había nada que ver, salvo una colina horadada y el enorme ojo blanquiazul del lago durante una eternidad hasta que los cuervos aparecieron, y además..., en fin..., tenía doce años, pero no era estúpida). A veces Luke iba con ella, pero él tenía catorce (era el mayor después de Tom) y no disponía de mucho tiempo. Así que normalmente iba sola y llevaba comida porque Tom se alimentaba para mantenerse en pie. Tenía los ojos tan hundidos que era como contemplar dos cuevas profundas y oscuras. Podías perderte en ellas. Cindi nunca lo agobiaba y no hablaban demasiado, pero no estaba segura de que aquello importara. «Simplemente quédate con él —le habría dicho su madre—. Recuérdale que estás ahí, esperando a que regrese».

Al cuarto día, cansada de «darle a Tom espacio» —la frase estrella con la que Mellie zanjaba todo el problema—, la propia Mellie decidió: «Eh, ¿te importa si te acompaño?». ¿Y qué podía decir Cindi, «no, piérdete, vieja»? Así que, si ya antes hacía frío en el campanario, la temperatura descendió de golpe a muchos grados bajo cero cuando los ojos de Tom vieron a Mellie saliendo por la trampilla. Todo lo humano que había en él se secó de pronto hasta que su cara se convirtió en una mera cáscara.

A favor de Mellie habría que decir que lo intentó. Fue amable; probó con un «puedes contármelo»; se aventuró incluso con un duro «¡arriba ese ánimo, soldado!» (aunque eso sólo le daba resultado a Weller). Ya desesperada, gastó su último cartucho con un quejumbroso «te necesitamos».

A lo que Tom respondió con apenas cinco sílabas, puras esquirlas de hielo: «Déjame en paz».

Veinte minutos más tarde, Mellie se iba por donde había venido. Pero cuando Tom miró a Cindi, la joven supo que, por primera vez desde hacía muchos días, el velo había desaparecido y el chico la veía de verdad, la reconocía.

—No ha sido idea mía —se excusó—. Se ha invitado sola.

—Ya lo sé. —Tom hizo una pausa—. No tienes que irte, Cindi. Me gustaría que te quedaras.

—Claro. —Se le hizo un nudo en la garganta. Él no había sonreído, no había ningún coro de ángeles ni nada parecido. Sólo estaban Tom y su monstruo, aquel puño negro que le sujetaba el corazón y que Cindi a veces temía que se lo estrujara por completo. Pero oírlo decir que le gustaría que se quedara era un comienzo, algo

por donde empezar.

Y ahora, sin embargo, esto...

—¿Y estáis absolutamente seguros de que no mencionó nada de ir a la mina? — Mellie fulminó con la mirada a Cindi y a Luke, que estaba sentado a su lado a una tosca mesa de cocina. Habían acampado en una granja que, al parecer, llevaba mucho tiempo abandonada y que consistía en una variopinta colección de edificios: una vieja casa de labranza de dos plantas, una pocilga, una vaqueriza, un silo y varios cobertizos ruinosos delimitados por amplios pastos y lejanos montículos donde habían montado puestos de vigilancia. Sólo Weller y Mellie dormían en la casa, junto con alguien que estuviera herido o enfermo. Y ese ahora —cosa mala, malísima— era Tom, al que habían instalado en la recámara del dormitorio de Weller de la primera planta—. ¿No avisó de alguna manera?

—No —mintió Cindi, botando compulsivamente la pierna derecha y haciendo temblar la mesa, un hábito pésimo que solía sacar a su madre de quicio: «Cindi, estás poniendo nervioso al café». Teniendo en cuenta que su madre era psiquiatra infantil, no era poca cosa—. ¿Se va a recuperar?

—Estoy segura... Y por favor... —Mellie le puso una mano en la muñeca. La otra atesoraba una taza humeante—. El café se ha convertido en un bien preciado y no quiero desperdiciar ni una gota.

—Lo siento. —Cindi se metió las manos entre los muslos—. Había un montón de sangre. Estaba hecho polvo.

—No toda la sangre era de Tom. Probablemente parece peor de lo que es.

—Bueno, eso espero. —Luke estaba tan pálido que sus ojos parecían dos manchas azules pintadas con los dedos—. Porque, si llega a ser peor, estaría muerto. ¿Ha dicho a cuántos vio? ¿Vamos a ir tras ellos? O tal vez deberíamos... ¿marcharnos?

—No nos precipitemos, ¿vale? —Mellie era buenísima eludiendo preguntas—. Creo que lo mejor que podemos hacer ahora para ayudar a Tom es... —Miró a su alrededor ante el sonido de unos fuertes pasos—. ¿Qué tal?

—La cosa marcha bien —respondió Weller, aunque su tono era brusco y denotaba preocupación. Entre lo gruñón que era y la incipiente barba grisácea que le cubría las mejillas, parecía un auténtico malote, como un viejo oso con dolor de muelas. Cindi pensaba que se volvería mucho más agradable cuando la mina desapareciera, pero, cuanto más tiempo pasaba Tom en el campanario, peor se ponía. Por otra parte, considerando la venda herrumbrosa que Weller llevaba en el lado izquierdo del cuello y el hombro..., en fin, ella también sería una cascarrabias si algún Chucky le pegara un bocado.

—¿Cómo de bien...? —empezó Mellie.

—Ya veremos. —Weller se dirigió a una encimera donde siseaba un farol

Coleman y buscó una caja de cartón—. Anda, niños, volved a la cama. Lo mejor que podemos hacer por Tom es dejarle descansar.

Por la cara que puso, Cindi creyó que Luke iba a protestar, pero el chico se limitó a asentir y a arrastrar la silla hacia atrás.

—Dile que hemos estado aquí, ¿vale? —le pidió a Weller.

—¿Podemos venir mañana por la mañana? —preguntó Cindi.

—Mañana será otro día —contestó Mellie, y le dio una palmadita en el brazo como si animara a un cachorrito a que hiciera pipí—. ¿De acuerdo?

—¿A ti te parece bien? —Cindi miró a Luke, pero su expresión estaba sumida en la oscuridad. Volvió a concentrarse en el cono amarillo de la linterna mientras ambos caminaban por la nieve crujiente. Aún quedaban horas para que la luna se alzara en el cielo, y era mejor así: cada vez que la miraba, no podía evitar imaginar que un cíclope la apuntaba con su enorme ojo verde y saltón y que el cielo nocturno era un párpado que tardaba un mes entero en abrirse y cerrarse lentamente.

—No —dijo Luke—. Pero no sé qué me asusta más: que haya Chuckies cerca y no nos hayan encontrado todavía o que casi hayan matado a Tom.

—Y el hecho de que nos quedemos de brazos cruzados...

—Aparte de colocar a un par de crios más en los puestos de vigilancia, aunque apenas sepan manejar un rifle, ¿no? Sí, es como...

Cindi aguardó un momento y luego remató la frase:

—Como si a Mellie no le preocupara demasiado.

—Exacto. —Pausa—. A lo mejor no quiere asustarnos. Mi padre también era así. Siempre tenía miedo de que nos cagáramos vivos, así que nos decía que todo estaba bien o se inventaba algo para distraernos como si fuéramos estúpidos.

—¿Eso es lo único que te raya?

—No —respondió Luke, y suspiró—. No quieren decirlo, pero Tom ha tenido mucha suerte. Debería estar muerto, en serio.

Cindi sintió una oleada de pánico.

—Pero no lo está. Logró volver.

—Créeme, Cindi, yo me alegro tanto como tú. No creo que lo soportara si... Pero ¿qué pasaría si mataran a Tom? Nos quedaríamos solos tú, Chad y yo con otros treinta niños, todos más pequeños...

—Weller seguiría con nosotros. Y Mellie. —No es que le emocionara la idea, pero mejor esos dos que nada.

—Venga ya: Weller se unió a nosotros cuando lo hizo Tom y, antes de que la mina se fuera al garete, Mellie solía desaparecer.

—Para ir a por otros niños. Nunca estaba fuera mucho tiempo.

—El suficiente. —Se detuvo en seco para mirarla—. Puede que tú no te preguntaras qué pasaría si nunca regresaba, pero yo sí. Me preocupaba día y noche.

No dejaba de preguntarme qué comeríamos, adónde iríamos... ¿Y esto de Rule? Es una locura pensar que vamos a ir allí a enfrentarnos a ellos. Quiero decir... Piénsalo. Somos Tom, Weller, Mellie y yo, y otros dos o tres chicos que más o menos saben disparar, pero nada más. Tom nunca lo admitió abiertamente, pero te digo que pensaba que enfrentarnos a Rule era una mala idea. La única razón por la que nos ayudó fue por ella, por Alex.

—No hace falta que me lo digas. —Se mordió el labio inferior a tiempo de reprimir un sollozo y se frotó enfadada los ojos llorosos con el puño. Sólo los bebés lloraban—. ¿Estás diciendo que ahora no nos ayudaría?

—No. Si vuelve para quedarse, lo hará. Pondrá freno a chicos como Jasper. ¿Viste lo que hizo con ese cubo el otro día? Sí, ya sé que hay manuales y ese viejo libro de química que desempolvamos (que casi ni yo mismo entiendo), pero en realidad no hemos leído nada que diga que la termita puede hacer que el plástico se prenda fuego.

—¿La termita? —Jasper era un muchachito de diez años torpón y nervioso y un auténtico pirómano que sentía fijación por las bombas de mano caseras, las cargas hidráulicas y cualquier otra cosa susceptible de provocar una explosión.

—Sería largo de explicar... —Luke soltó una bocanada de vaho blanco—. El caso es que Mellie está animando a Jasper a que siga adelante y tiene a otros chicos experimentando con napalm y cócteles molotov.

—Pero ¿no está bien que sepamos hacer todo eso? Para protegernos, digo...

—¿Tú crees? ¿No te parece un poco disparatado hacer que nos volem la cabeza? Todo ese rollo que tanto obsesiona a Mellie... es peligroso. Por eso Tom nunca deja que le veamos trabajar y mucho menos nos enseña cómo se hace. A Mellie, en cambio, parece que no le importa.

—Pero... —Cindi se humedeció los labios—. Ella es adulta.

—¿Y qué? ¿Te acuerdas de lo que dijo Tom sobre eso del monstruo interior y de matar para sentirse bien? Pues yo he visto a Weller ponerlo en práctica: matar a un Chucky a cámara lenta, ahogarlo en la nieve y sonreír. Me puso los pelos de punta. No fue sólo matar: lo que Weller hizo fue un asesinato en toda regla. Y ahora Mellie habla de termita, lanzallamas, minas Claymore... Pero ¿eso cómo nos ayuda? Volamos por los aires a un montón de personas, rescatamos a esos otros niños... y, entonces, ¿qué?

—Bueno... —empezó Cindi, pero se interrumpió—. No lo sé. Nunca me he parado a pensarlo.

—Exacto. Los adultos piensan por nosotros, pero ¿y si queremos algo diferente?

—¿Qué estás insinuando?

—Me pregunto —dijo Luke— si los Chuckies y Rule son nuestros únicos enemigos.

—¿Y bien? —Mellie frunció el ceño—. ¿Está tan mal como parece?

—Peor. —Weller alcanzó dos tazas esmaltadas e hizo un gesto de dolor al sentir el repentino pinchazo en el hombro derecho. El muy puñetero se agarrotaba si no se acordaba de darle movimiento a la articulación.

—Creí que dijiste que podías curarle los cortes.

—Oh, sí. —Weller no era médico ni mucho menos, pero cualquier soldado, incluso una vieja gloria cascada como él, sabía de medicina de guerra—. Tom es fuerte y joven. Debería sanar. Ha tenido suerte de que no fueran mordiscos.

—Tiene suerte de estar vivo. —Mellie no era una mujer alta ni especialmente corpulenta, pero sí sólida como un ladrillo y guerrera, y mostraba una especial predilección por las armas grandes como aquella Magnum cromada del .44 que portaba bien alta en la cadera izquierda—. ¿En qué demonios estaba pensando? ¿Es que intentaba que lo matasen?

—No creo que entienda a qué se enfrentaba, Mellie. —Una mirada a Tom en aquel mono de camuflaje blanco empapado de sangre, un vistazo bien largo a aquellos horribles tajos, y su primer impulso había sido meterle al chico algo de sentido común en la cabeza—. Sólo tenemos que darle un poco de tiempo y espacio para que supere esto.

—¿Espacio? Se ha pasado en esa torre más de una semana.

—Dale un poco de cancha al chico, Mellie, ¿de acuerdo? —Weller sacudió un sobrecito antes de abrirlo y verter el contenido en una taza—. Sé lo que me hago.

—¿Ah, sí? —A la luz mate del Coleman, sus ojos grises parecían piedras y sus labios, amoratados—. Porque empiezo a dudarlo, Weller. Nadie es indispensable, ni siquiera Tom.

—Por el amor de Dios, espero que estés escuchándote a ti misma. —Exasperado, se giró y apoyó el trasero en la encimera de la cocina—. En realidad, Tom es el único indispensable en este campamento. Piensa en Luke y en Cindi, en lo que están dispuestos a hacer por él. Te garantizo que ni un solo crío recibiría una bala por ti o por mí.

—Tom sólo es útil mientras siga siendo una herramienta, Weller, no una carga. Lo último que necesitamos es que se le meta en la cabeza que esa chica sigue viva y que su misión es encontrarla.

Weller tuvo que hacer un esfuerzo para impedir que la desazón se le reflejara en la cara. Aquello era precisamente lo que Tom pensaba y quería: «Había un bastón de esquí, Weller. Había una Glock. Dime, ¿cómo voy a ignorar eso? Si esos Chuckies la sacaron, si existe la más mínima posibilidad de que siga viva...».

—¿Por qué no te centras en el hecho de que ha salido de esa maldita torre y ha vuelto? —Aunque aquello, pensó Weller, era más cuestión de suerte que de otra cosa.

Si esa Chucky no hubiera aparecido en escena, no estaba seguro de que Tom hubiera vuelto jamás. Se imaginaba al chico emprendiendo la huida, buscando algún indicio del paradero de Alex, lo cual, pensaba, no era tan descabellado como parecía. Lo que Tom mencionó acerca de aquel completo desastre en la colina la noche en que volaron la mina y el modo en que aquellos Chuckies se les habían acercado... tenía mucho sentido, maldita sea—. Ahora mismo quiere hablar, así que le escucharé.

—Sí, y seguro que eres muy comprensivo. —Súbitamente entrecerró los ojos—. ¿Le has prometido que lo ayudarás a buscarla?

Fue un poco desconcertante que llegara a aquella conclusión con tanta facilidad.

—No exactamente.

—Oh, por el amor de... —resopló Mellie—. ¿Qué le has dicho?

—Que cuando terminemos con Rule, si existe algún indicio, una dirección o algo..., le ayudaré.

A ella se le desencajó la boca.

—Está muerta, Weller. Está basando todo esto en un bastón de esquí y en una pistola que ni siquiera es suya.

—Mira, Mellie, no está tan chalado como para no darse cuenta de que es una locura, una posibilidad remota como poco, pero tú no estuviste en aquella colina. Tú no llevas su carga. Lo último que necesita es que se lo restreguemos en la cara o que metas las narices, que lo sermonees...

—Haré lo que estime oportuno...

—Cierra el pico, haz el favor —protestó Weller—. Mira, Mellie, necesito que escuches bien lo que te voy a decir: Tom es un soldado. Es listo, es fuerte; es más valiente y más leal que casi nadie que haya conocido jamás...

—Y está loco para ir hasta allí solo...

—Porque su corazón aún no está roto —dijo crispado—. Por el amor de Dios, Mellie, piénsalo un puto segundo. Tom no come, apenas duerme. Está de luto. Y ahora ha encontrado esa Glock y se ha aferrado a ese pequeño clavo ardiendo, pero es frágil, como su alma, y no voy a ser yo quien se la rompa. Sé que al final lo dejará pasar. Creo que él también es consciente. Pero la gente deja correr las cosas a su manera y a su ritmo. Él todavía no está listo, pero lo estará. Esta pelea ha servido de algo, a fin de cuentas.

—¿Por qué dices eso?

—Porque no hay nada como vérselas con la muerte para que vuelvas a valorar el mérito de estar vivo —sentenció Weller, aunque no sonrió—. A ese chico le ha faltado poco para ver su cabeza servida en bandeja y eso lo ha asustado. Ahora está hablando y eso es bueno... Pero puede ser un arma de doble filo. Si lo agobiamos, volverá a encerrarse en sí mismo. Así es como funciona Tom: sobrelleva las cosas solo.

—Como lo de ir al lago por su cuenta.

—Sí, sí. —Lo estaba irritando—. ¿Podemos dejar esto ya? Y reconócele el mérito

al chico: otros esconderían la cabeza como un avestruz y no volverían a salir después de semejante pelea.

—Virgen santa. —Mellie entornó aún más los ojos—. Lo admiras. ¿Qué es para ti, el chico que siempre quisiste ser, pero nunca fuiste? ¿O algo más? No me digas que te importa. Por el amor de Dios... Es una herramienta, Weller.

—Todo el mundo sabe que debes cuidar tus herramientas si quieres que funcionen.

—No me vengas con tus chorradas de vaquero campechano. —Soltó un gruñido arisco—. ¿Y cuándo se ha producido esa repentina conversión?

«En la colina. Cuando la oí llamarlo y a él contestar y a punto estuvo de matarse para llegar hasta ella. Entonces me di cuenta de lo que había hecho y de que nada, ni siquiera la venganza, merece esto». Si alguna vez alguien necesitó librarse del pasado... Pero dudaba que fuera prudente compartir nada de aquello con Mellie, que profesaba sus propias lealtades y ninguna de ellas hacia él. Weller le dio la espalda y rasgó un segundo sobrecito de café soluble. El fuerte aroma le embriagó como siempre: le resultaba tan agradable y placentero que dolía pensar que llegaría el día en que aquel simple placer también se desvanecería. Nadie importaría granos de café ni fabricaría preparados solubles durante años, tal vez décadas.

—Sólo digo que comprendo por lo que está pasando. También creo que nos interesa, y mucho, averiguar qué le preocupa tanto de esa Chucky. No estoy completamente convencido de que nos lo haya contado todo.

—¿Ah, no? —Weller prácticamente oyó cómo arqueaba las cejas—. ¿Qué crees que nos oculta?

—No creo que sea de manera consciente —dijo, volcando el sobre de café para que los gránulos salieran en lenta cascada—. Sólo es una corazonada. Creo que sabe algo, pero no da con el quid del asunto. ¿Entiendes a lo que me refiero? Como cuando ves a alguien en medio de una multitud y jurarías que lo conoces, pero no recuerdas su nombre o ni siquiera de qué te suena. En fin, es lo que supongo. Siéntate con él un rato, no lo agobies, deja que se calme... Sea lo que sea lo que le preocupa, saldrá tarde o temprano. —«Con un poco de ayuda, claro». Pero Mellie no tenía por qué saber eso—. Lo mejor para él ahora es descansar; luego que vuelva ahí fuera con los niños. Ellos lo anclarán aquí más que cualquier otra cosa.

—Ajá. —Pausa—. Me pregunto lo bien que os llevaréis Tom y tú una vez que lleguemos a Rule.

El corazón le dio un vuelco. «Tranquilo. No permitas que te provoque». Trató de relajar la mueca de enfado de su mandíbula.

—Sí, aunque, de todos modos, ¿a qué viene eso ahora? ¿Cuánto tiempo vamos a seguir aquí?

—¿Tienes algún problema con eso?

Weller meneó el café viendo cómo el líquido se aceleraba y se oscurecía.

—Sólo preguntaba.

Otra pausa.

—Se supone que debemos esperar.

La miró.

—¿A qué?

Mellie le brindó una sonrisa gélida.

—Bueno, veamos: tú estás un poco magullado, Tom está hecho un desastre y sólo unos pocos de estos niños pueden luchar. Estoy de acuerdo en que, ahora que Tom ha vuelto, debería emplear bien su tiempo. En lugar de ir por ahí buscando a una chica *muerta*, unas cuantas bombas y algún que otro lanzallamas estarían bien.

—Pero esa no es la razón por la que estamos esperando —concluyó Weller—. Él ya tiene todo el arsenal que necesita. Así es como conseguimos el C4, de modo que ¿a qué viene la demora?

—¿Y a ti qué te importa? Sinceramente, creía que te sentirías aliviado. Cada segundo que nos retrasamos es un segundo más en que Tom no sabe lo mucho que le has mentado.

Muy a su pesar, Weller sintió una punzada de miedo.

—No recuerdo que tú fueras muy sincera tampoco.

—Cierto, pero como ahora Tom y tú os habéis convertido de repente en uña y carne... ¿Has pensado alguna vez que sería mejor si Tom no lo consiguiera?

Weller la fulminó con la mirada.

—Ni te atrevas a pensarlo.

—Alguien debe hacerlo. —Mellie extendió las manos, que eran romas y curtidas, como toda ella—. Una vez que Tom descubra la verdad, no me extrañaría que decidiese arrojarte a los Chuckies o matarte muy muy lentamente.

—¿Por qué no dejas que sea yo quien se preocupe de eso?

—Claro. Es tu decisión... hasta que no lo sea. Como lo de cuándo debemos marcharnos. —Levantó un hombro y lo dejó caer—. Yo hago lo que me dicen. Él quiere que esperemos.

¿Esperar a qué? Esa era la cuestión. Para ser sinceros, la idea de volver a Rule no era nada tentadora, porque Mellie tenía razón: Weller había contado muchas mentiras a mucha gente. Creía que hacer desaparecer a Peter, que en realidad era el culpable, y luego destruir la mina y matar a todos los queridísimos Chuckies de Rule aplacaría aquel dolor que tenía tan arraigado y que se negaba a abandonarlo. O haría que por fin la carita de la dulce Mandy muerta se desvaneciera. Sin embargo, había hecho algo mucho peor, no sólo mintiendo, sino entregando a Kincaid, a un amigo, para que el mequetrefe de Aidan hiciera su diabólico trabajo mientras Kincaid gritaba y gritaba, sacrificándose para ganar tiempo y que Chris escapara. ¿Y para qué? Si el frío no se había cebado con Chris, lo habrían hecho los Chuckies. Y con Nathan, también, y con la chica, Lena.

«Y ahora Tom se está autodestruyendo delante de mis narices, y eso también es culpa mía».

—Bueno. —Weller apartó la vista de sus pensamientos y se encontró con la mirada fija y gris de Mellie—. ¿Puedes controlarlo? —le preguntó.

—Claro que sí —le contestó, sin la menor certeza y sin que le gustase aquella mentira. Metió la mano en la caja para rebuscar azúcar—. Lo último que necesitamos es un mártir.

Como estaba de espaldas, se perdió la expresión de Mellie.

Se arrepentiría de aquello.

—Mira, a menos que tengas una idea mejor, con encerrarlo bastará. Quiero decir que no es un fantasma ni un zombi ni el mismísimo Lázaro. —Jayden se pasó una mano por su pelambarrera castaña clara—. Los perros le han dado el visto bueno, así que sabemos que no está cambiando. Puedes respirar tranquila, Hannah: que esté vivo no es más milagroso que los superpoderes de Ellie.

—Arrastró a un chico que pesa el doble que ella. —Hannah le dio un sorbito a su té anisado, saboreando la bebida humeante con la lengua y disfrutando del ligero aroma a regaliz dulce. El hecho de que la bebida siguiera caliente casi media hora después de hervirla era una maravilla. Aquella habitación del segundo piso, equipada con su propia cocina de leña, era cálida y espaciosa y contaba con una sala de estar. También era la única estancia que podía cerrarse con llave desde el exterior, algo inusual en una casa amish. A veces Hannah se preguntaba si los anteriores propietarios se habrían visto obligados a mantener a algún pariente lunático bajo llave, como el señor Rochester a Bertha en *Jane Eyre*.

«Ahora tenemos que impedir que Ellie pase la noche en el vestíbulo». La cría se había negado a perder a Chris de vista y se había empeñado en trasladarse a la habitación de los enfermos. Gracias a Dios, Eli había intervenido: «Ellie, no es una mascota».

—Ya conoces la casa de la muerte —continuó—. Es imposible que llevara a Chris hasta la rampa y mucho más que lo montara en la silla. No tiene tanta fuerza.

—Lo cual no lo convierte en un milagro. En una emergencia, el subidón de adrenalina hace que fluya más sangre a los músculos y que estos se carguen de fuerza. Sabes tanto de ciencias como yo.

—Vale, pero la ciencia no lo explica todo. ¿Y qué hay de los cuervos? Cuervos, gorriones y psicopompos. —Había bajado algunos libros de su colección y había rescatado uno de texto de un seminario de segundo: *Enciclopedia del mito, la magia y el misticismo*—. Guías para ayudar al alma a alcanzar la otra vida.

—Y para traer el alma a un recién nacido. —Jayden se encogió de hombros—. He leído la misma entrada. Los ángeles desempeñaban una función similar. ¿Estás diciendo que los cuervos trajeron de vuelta el alma de este chico?

«O acudieron para llevársela». Hannah hundió la mirada en la taza.

—No sé lo que quiero decir. Sólo que hay demasiadas preguntas para las que no tengo respuesta.

—Lo cual, repito, no convierte nada de esto en un milagro. —Jayden la miró con recelo—. Sé que Isaac y tú hacéis los símbolos y los amuletos, pero no creéis de verdad en todo ese rollo, ¿no? Fuisteis a la universidad...

Ah, si ella le contara... La magia powwow amish o brauche y la magia popular no eran nada comparadas con los extraños rituales que había visto realizar en la

escuela a algunos chicos que se decían practicantes de la Wicca.

—Pero toda la magia empática tiene una base real. El cerebro está conectado de alguna manera para buscar lo místico, así que...

—Sí, pero que estemos conectados para que queramos creer no hace que todo eso sea verdad.

Hannah podía argumentar fácilmente que tenía que haber cierta ventaja evolutiva para creer o para vivir experiencias extracorporales. Jayden entendía el lenguaje científico. Dejaba hacer a Isaac y a Hannah con lo de los símbolos contra el mal agüero, las bolsitas de hechizos y los amuletos porque no veía mal en ello. Además, ella era la botánica y la aprendiz de Isaac y disponía de suficientes conocimientos sobre fisiología y biología como para saber qué remedios populares podían ser realmente útiles.

—Vale, está bien. No es magia —claudicó—. ¿Tienes alguna teoría?

—Tengo varias. Creo que él —Jayden señaló con la cabeza la cama y al chico bajo aquella montaña de edredones— está vivo de chiripa, de pura potra. Hay una explicación lógica sobre por qué sobrevivió. No la conocemos, pero eso no significa que la ciencia no esté detrás de ella. Es como decir que el trueno es el martillo de Thor. El verdadero problema es qué hacer cuando se despierte.

—Si lo hace. —Aunque Chris había recuperado algo de color en la última hora y sus uñas y encías se habían vuelto más rosadas, no mostraba signos de que fuera a despertar. Si es que en realidad estaba dormido. No lo sabía a ciencia cierta. En mitad del silencio, su respiración entrecortada sonaba fuerte pero normal, como si estuviera soñando. Quizá los roncos estertores de los que Ellie había dado cuenta ni siquiera pudieran considerarse una forma de respiración, al menos no en el sentido técnico de aspirar aire. Los únicos que jadeaban de esa manera eran los que estaban al borde de la muerte o de salir de un coma profundo.

«Salvo que yo ya he visto eso: escuché que este chico moría y ahora... ¿ha vuelto a la vida?».

—¿Si lo hace? —Jayden frunció el ceño—. Creí que habías dicho que está soñando.

—Y eso creo, pero lleva así horas. Ellie dijo que en la morgue estaba en fase REM. —Después de examinarlo, parecía evidente que Chris no se encontraba en coma ni en ningún otro estado de inconsciencia descrito en los libros de los que disponía. A todos los efectos, Chris estaba sumido en un sueño profundo, un estado del que no podía despertarse. Dios sabía que lo había intentado: le había apuntado a los ojos con su linterna de bolsillo, le había pinchado con una aguja, había gritado, le había echado un chorrillo de agua helada en los oídos... Y nada—. Pero la fase REM no puede durar tanto.

—Pero dijiste que había gente que sufre episodios de REM todo el tiempo.

—Los que tienen narcolepsia, sí. Es lo más parecido. —Colocó una mano en la cubierta del primero de los libros de la pila: *Libro de texto estándar de Neurología*

Clínica, 10ª edición. La solidez de las letras en relieve contra su palma le produjo una sensación tranquilizadora—. No es una enfermedad ni una patología del sueño. Es un trastorno, como la diabetes, en el que la gente no puede reprimir las ganas de dormir.

—Pero dijiste que los narcolépticos tienen alucinaciones vividas.

—Sí, alucinaciones hipnagógicas. No se trata de auténticos sueños. —Hizo el gesto de las comillas—. Se dan en ese estrecho umbral que separa la vigilia del sueño.

—¿Y cómo sabes que no está Hipando en colores? ¿No era para eso la seta? —Jayden señaló con el dedo un diario de piel cosido a mano—. No tanto para matarte como para llevarte a la luna.

—Según la receta original. La enciclopedia dice que los ojibwa se bebían la decocción para ayudar a que el alma encontrase el camino hacia la Tierra de los Espíritus.

—Por medio de visiones, ¿no? O sueños extraños. Vamos, que se les iba la olla por completo.

—Sí, en bajas dosis. Y en dosis altas te mata —explicó Hannah, un poco molesta. No tenía ni idea de qué hacía una fórmula que empleaba hongos alucinógenos en un viejo diario escrito a mano de hechizos brauche y encantamientos powwow. Tampoco Isaac. Ambos suponían que los pobladores amish originales habían adoptado las costumbres locales. Pero ¿por qué aquella decocción de aquel hongo en particular? Mientras que las viejas prácticas implicaban por norma una buena cantidad de magia popular y brujería blanca (y la mayoría de los practicantes eran alemanes de Pensilvania), los amish no buscaban experiencias extáticas. Si volviera a Houghton, podría consultar la biblioteca universitaria, la base de datos del departamento de ciencias, y tal vez encontrar algo al respecto, pero... Desterró la idea, enfadada. No iba a conseguir nada con desearlo—. Todo eso ya lo sé, Jayden, pero la cuestión más urgente ahora es: ¿por qué no está muerto Chris? —«¿Y qué lo ha traído de vuelta?».

—Eso es fácil: la dosis depende del peso y tuviste que calcularla a ojo. Como estaba muy débil, se apagó enseguida y creíste haberle dado ya suficiente.

Ella ya había pensado en esa posibilidad.

—Vale, eso lo acepto, pero piénsalo bien, Jayden: hace muchísimo frío, ¿por qué no se han congelado sus tejidos? O digamos que, por algún tipo de milagro, su temperatura corporal no descendió demasiado... ¿Y las manos, los dedos y las orejas? No presenta signos de congelación. Sus heridas están medio curadas. ¿Cómo es posible? —No se molestó en mencionar que un hígado gravemente lacerado debería ser una sentencia de muerte por sí solo. Por aquello y por el pulmón destrozado había tomado la decisión de envenenarlo, de dejarlo que se sumiera poco a poco en el sueño como un último gesto de caridad.

«Parece como si te hubieras equivocado también en eso. —Lo que la llevó a hacerse inquietantes preguntas acerca de los demás chicos a los que había administrado veneno—. Aunque no tuviste elección. Estaban cambiando, los perros

te lo dijeron. Una vez que ocurre, ya no hay vuelta atrás». Al menos, hasta donde ellos sabían. Pero, dado el limitado menú de los comequentes, ¿cómo ibas a mantener a alguien así con vida el tiempo suficiente para averiguarlo?

—¿No dice en la enciclopedia que la vieja receta védica utilizaba miel y se suponía que te hacía inmortal? —Cuando Hannah lo miró extrañada, Jayden se encogió de hombros—. Mira, acéptalo. Yo doy por hecho que hay una explicación científica, pero nunca conseguiremos explicarlo sin un análisis químico detallado y un par de docenas de experimentos.

—¿Así que me tengo que creer que ha resucitado? —No pudo evitarlo. Aferrarse a la ciencia era, bien mirado, como aferrarse a otro dios.

—Ajá. Pongamos por hipótesis que, por la razón que sea, su índice metabólico se ralentizó. Hay precedentes en la naturaleza. Muchas especies de peces, insectos y moscas pueden vivir perfectamente en un entorno gélido. Fabrican glicerol a partir de la grasa, lo que reduce el punto de congelación de la sangre. Y, antes de que me digas que Chris no es ni una mosca ni un pez, te recordaré que el cuerpo humano también fabrica glicerol como un derivado del metabolismo de la grasa. Por tanto, ¿y si esa seta en particular también estimula la producción de glicerol? En ese caso, lo habría protegido. Su cuerpo se enfriaría, pero sus órganos y su cerebro no la palmarían. —Señaló el libro de Neurología—: Aquí dice que envuelven a pacientes en coma en mantas refrescantes y usan medicamentos para bajar la temperatura del cuerpo.

—Para proteger el cerebro —confirmó Hannah—. Lo sé. Pero no es nada concluyente.

—Ya, pero es mil veces más fácil de aceptar que un milagro. Además, hay algo que no estamos teniendo en cuenta: quizá sea... ya sabes, diferente. —Jayden se dio una palmadita en la sien—. Tal vez algo en su cerebro lo protegió del veneno y lo convirtió en otra cosa. Es decir..., fíjate en nosotros. Deberíamos ser comequentes y no lo somos. Llámalo milagro si quieres, pero me apuesto lo que sea a que, si hubiera científicos, acabarían descubriendo por qué seguimos bien.

—Si es que nos quedamos así. Algunos de los más pequeños, como Eli, Ellie y Connor, puede que todavía cambien. Todos podríamos hacerlo.

—Sí, vale, no me entusiasma la idea de despertarme una mañana con unas ansias incontrolables de zamparme una hamburguesa humana, pero no puedo vivir cada día esperando que ocurra lo inevitable. ¿Sabes lo que creo que te pasa? —Jayden alargó el brazo por encima de la mesa e hizo ademán de acariciarle el dorso de la mano—. Estás asustada porque crees que has cometido un error.

—Porque está claro que me equivoqué y no me gusta cometer errores. Cometes un error y la gente muere. —Fijó la vista en los dedos de él, largos, curtidos y llenos de callos por las largas horas que pasaba blandiendo el hacha y sujetando las riendas de los caballos—. Y a Chris no le di ninguna oportunidad.

—No se habría tomado la droga. Ya lo sabes —replicó el chico con gentileza—. Además, ¿cómo sabes que no lo salvamos? ¿Y si esa decocción era justo lo que

necesitaba? Piénsalo. Esto podría ser algo realmente grande. —Su mano se cerró sobre las de ella—. Podría ayudarnos en el futuro.

Debía tener cuidado. Formaban un buen equipo, pero que Jayden quisiera algo más no era razón para darle alas, sobre todo ahora que había aparecido ese extraño joven cuya cara le traía un sinfín de recuerdos, la mayoría de ellos malos.

—Si es que llegamos a entenderlo. No podré volver a realizar el experimento hasta que... —«Hasta que a uno de nosotros lo hieran de gravedad y muera de todas formas». Tras una pausa, retiró la mano con disimulo para coger la taza—. ¿Y qué me dices de la chica? La que Ellie vio.

—No tengo ni idea —reconoció Jayden, con un tono súbitamente tan pétreo como su expresión—. Mañana cogeré a Connor e iremos a por Isaac para que le eche un vistazo a este muchacho. Mientras esté aquí, puedo hacer algunas averiguaciones, ver si alguien ha cambiado y se ha escapado antes de que lo..., ejem..., solucionaran. Me alegro de que esa chica estuviera sola. No estoy seguro de que Ellie hubiera podido escapar de más de uno.

—Pero ¿qué estaba haciendo allí? Hemos sido muy cuidadosos, estamos en mitad de la nada, el invierno durará aún un par de meses... No hay razón para que ningún Cambiado viniera vagando hasta donde no los ha habido antes. Y encima había salido de día. Jayden, ¿y si se están adaptando o cambiando de nuevo? —Dios sabía que ya tenían bastantes problemas como para tener que preocuparse además de los comequentes.

—No lo sé, Hannah. Si lo están haciendo, poco remedio podemos poner por nuestra parte. Dejémoslo en otro misterio sobrenatural superchungo, ¿vale? —Se retiró de la mesa y le dedicó una tensa sonrisa—. O como un milagro de Dios, ¿qué te parece?

—No... —Escudó la mirada en los libros—. No te pongas antipático conmigo.

—¿Antipático? Oh, Hannah. —Hubo un breve silencio y luego, el ruido de sus pisadas en dirección a la puerta—. Ojalá pudiera, así todo sería muchísimo más fácil.

Dos horas con aquello y seguía con la misma cháchara, contando historias de después de Vietnam:

—... a abrirme la pierna con una sierra y pensé: «Yo no entro en la sala de urgencias ni loco». Así que me acerqué a mi vecina, una médica, y le enseñé...

—A-alguien... alguien los hi-hizo.

Olvidada la historia, Weller se enderezó. «Bueno, vamos al lío». Había acomodado a Tom en su camastro y ahora se percataba de que el chico tenía los ojos vidriosos y un tanto desenfocados. Dejó su taza en el suelo, deslizó un dedo hasta una de las muñecas de Tom y sintió su pulso, lento y regular. Tom era un tipo duro, pero ni siquiera él podía con dos Alprazolam, cuyo sabor a aluminio habían disimulado el café fuerte y el azúcar. «Mejor vivir gracias a la química». Una idea desalentadora, pero que venía completamente al caso.

—Alguien los hizo. —Como no obtuvo respuesta, Weller zarandó ligeramente al muchacho—. ¿Tom?

—Mmm. —Tom se despertó y tragó saliva—. Bueno. Más bien... —Se había apoyado la taza en el pecho, pero, cuando intentó beber, por poco resbaló de sus dedos flácidos.

—Eh, deja que coja eso. —Weller le retiró amablemente la taza y la colocó junto a la suya—. Cuéntame lo que viste.

—Esos son diferentes.

«Esos».

—¿Más de uno?

—Ajá. —Tom afirmó con un asentimiento letárgico—. Chico, en los... los árboles.

—Un chico. ¿Esperando?

—No. —Tom ladeó la cabeza de izquierda a derecha—. Observando. —Se humedeció los labios—. Debería haber venido... venido a por mí. Estaba en las últimas. Herido. Entonces tenía el Bravo, podría haberlo abatido, pero si hubiera habido más..., no sé si lo habría conseguido. Sólo que él... no hizo nada. Estaba... aprendiendo. No, no. Estudiando. Puede que incluso... conectado de algún modo.

—¿Conectado? —Aquello le llamó la atención. «Dios santo, no me digas que al final ha descubierto el modo de hacerlo»—. ¿Cómo lo sabes, Tom? ¿Qué quieres decir con «conectado»? ¿A la chica?

—Sí. Eeee... un presentimiento. Creo que había más.

—¿Más Chuckies? ¿Escondidos entre los árboles?

Tom volvió a asentir. Tenía la piel más pálida que las vendas.

—Pero creí... ver a hombres también.

Weller sintió que su lengua escupía la palabra:

—¿Qué?

—Hombres. Viejos. Al menos dos, tal vez tres. Estaban...

—Observando. —Weller terminó la frase por él. El estómago se le heló—. ¿Estarían evaluando?

—O trabajando juntos. Eso creo. —Tom sacó el brazo derecho de debajo de una gruesa manta y lo sostuvo, vacilante, delante de la cara antes de girarlo para que Weller viera los cortes y rasguños entrecruzados—. No tiene sentido. Aquella chica podría haberme atacado antes. No estaba... —Puso los ojos en blanco, los desvió y luego los fue virando poco a poco hasta centrarlos. Sus palabras se volvieron pastosas—. *Noesaba*... no estaba prestando atención. A-apareció después...

—Después de que te hirieras las manos. Cuando el viento cambió y ella captó tu olor. —Lo cual ponía de manifiesto algo que Tom no había dicho: que la chica, el chico, aquellos otros Chuckies y hombres probablemente procedieran de algún lugar relativamente cercano... Joder.

—Sus... sus ojos. Aumentados. —Tom se pasó lentamente una mano por la boca—. Drogada.

Aunque se había armado de valor para aquello, esa palabra lo dejó desconcertado.

—Drogada. ¿Crees que le habían dado algo?

Tom movió la cabeza para asentir lenta y deliberadamente.

—Cuando te encuentras fuera del p-perímetro de seguridad..., n-no duermes. No puedes.

—Porque te dan pastillas. —Sabía exactamente hacia dónde conducía ahora la conversación. El clásico mito de Vietnam era que todos los soldados norteamericanos eran yonquis desquiciados. Un auténtico bulo. Oh, él había conocido a unos cuantos fumetas, drogatas, chicos que se metían caballo o buenas bombas, que eran porros mezclados con heroína. Pero tampoco era que el Ejército pusiera muchas trabas. El padre de Weller, piloto, sirvió durante la Segunda Guerra Mundial, cuando las Fuerzas Aéreas estaban encantadísimas de repartir sus queridas anfetanas: el *speed* de toda la vida, que Weller también utilizó en cantidad en su día. A veces se los comía como Lacasitos. No había otra forma de permanecer despiertos y alerta. También podía joderte a más no poder, pues la resaca posterior era tan mala que creías que no ibas a lograr salir de aquel agujero.

Además, había habido otras pastillas, unas que surtían mucho más efecto: no sólo te mantenían espabilado, sino que quitaban el sueño de raíz. Weller conocía a un puñado de tipos que se habían presentado voluntarios como conejillos de Indias porque, maldita sea, él había experimentado con ellos. Para aquellos soldados, cualquier cosa era mejor que jugársela, cuando la esperanza de vida de un soldado ametrallador en una zona de aterrizaje caliente era de unos ocho segundos.

—O las buscas. Yo nunca... Me daba demasiado miedo que me descolocaran como el Ejército... —Tom se detuvo.

«Eso es. Aquí está la clave».

—¿Qué pasa con el Ejército, Tom? ¿Qué hicieron? —Como Tom permanecía en silencio, Weller insistió—: En Vietnam tenían voluntarios. Hacían experimentos. No sólo con el LSD, el gas sarín o el benceno. Hablo de utilizar drogas para convertirte en una máquina de matar...

—Creo que pueden haberlo intentado —susurró Tom. Le sobrevino de repente, como si supiera que se estaba hundiendo y que necesitaba sacarse aquello de dentro—. Porque tienes que permanecer alerta, no puedes dormirte. Vives del *speed* y del miedo, o del miedo a secas.

—O estás muerto.

—O soñando —apuntó Tom—, que es igual de malo. Los sueños... toman el control, como los fogonazos, hasta que es como si estuvieras en una botella, sin salida, y los sueños y la realidad... se mezclan. Y los loqueros... tienen montones de pastillas. —Dejó escapar una risotada similar a un graznido, pero fue jadeante y débil—. Lo llaman «control de daños». Mantienen a los tipos más hechos polvo cerca de las líneas enemigas, dejan que descansen y que les den un papeo decente, pero también les suministran todo tipo de pastillas. Así que tomas lo que los loqueros del Ejército distribuyen y también otras mierdas.

—¿Mercado negro?

—Algo de eso hay, sí. Pero si tomas demasiado o del malo...

—Te vuelves loco.

—Peor. —Las manchas bajo los ojos torturados de Tom estaban tan amoratadas que parecían cardenales—. Nadie puede detenerte. Entras en esa... esa vorágine. Y esa chica..., sus ojos... Ojos sanguinolentos...

—¿Qué? —dijo Weller bruscamente—. Te refieres a inyectados en sangre, ¿no? Como con una resaca de las malas.

—No. —Tom bamboleó la cabeza y su voz menguó como agua que se fuera por un sumidero—. No, no, no... No tenían blanco. Sólo rojo y negro.

«Oh, maldito cabrón, esta vez lo has conseguido».

—Yo he visto eso —dijo Weller—. En Vietnam los llamábamos chiflados.

—¿Sí? —Los labios de Tom se estrecharon en una débil sonrisa. Sus párpados se cerraron—. Nosotros no.

—¿No? —Weller esperó, notando cómo se acompañaba la respiración del chico—. ¿Tom?

Él no respondió. Las profundas líneas de agotamiento y pena seguían allí, pero sus músculos se habían relajado al dormirse. Eso estaba bien. Ahora Weller tenía información más que suficiente y sabía que todos estaban en peligro. Si los Chuckies podían ser manipulados, si aquello era posible, sabía exactamente quién estaba lo bastante loco y era lo bastante listo para hacerlo. El mundo se había ido al garete hacía casi cinco meses; mucho tiempo, sobre todo si estabas bien provisto, te gustaba planificar y experimentar y eras alguien con una mente preparada. Dios sabía que había alimentado su sed de venganza durante mucho tiempo.

«¿Y qué demonios voy a hacer ahora?». Weller se pasó una mano por la frente y no se sorprendió en absoluto de que la palma acabara empapada en sudor. Todo aquel asunto estaba completamente fuera de control. Se había convertido en algo que no reconocía. Debería haberse quitado de en medio en cuanto la mina se derrumbó, haber recogido sus cosas y haberse marchado. Por el amor de Dios, ¿acaso no había vengado ya a Mandy? Peter estaba muerto y a Rule no le quedaba mucho con sus queridos Chuckies de vuelta a casa en aquellos momentos. ¿Es que aquello no era ya suficiente para él? Porque estaba la venganza y luego estaba... El Fin de los Tiempos. El Apocalipsis. «Y yo ni siquiera creo en esa mierda».

¿Debía enfrentarse a aquello? ¿Intentar hacer algo? ¿Acaso tenía alguna obligación? Claro, podía aprovechar la oportunidad y contarle a Tom, de soldado a soldado, lo que sabía. Pero Mellie estaba en lo cierto: Tom se encontraba al límite, llevaba así bastante tiempo y no había forma de predecir cómo reaccionaría. Que lo mataran a uno tratando de sincerarse no ayudaría a nadie, y ni siquiera estaba seguro, exactamente, del panorama global o de qué se estaba cociendo. Lo único que tenía eran fragmentos y piezas, suposiciones y sospechas. Así que ¿era mejor huir ahora, mientras todavía tuviera una oportunidad? ¿Rehacer su vida el tiempo que le quedara en algún sitio donde no lo conocieran?

«Pero están esos niños, con toda la vida por delante. Está Tom, soportando una pena que no debería haber tenido que soportar. Los metimos en esto». Además, no cabía duda de que Mellie veía a aquellos niños como algo prescindible. Pero Weller era incapaz de decidir qué hacer, qué era lo más seguro y lo menos malo...

Tom dio un repentino suspiro como si hubiera encontrado algo en la oscuridad de su mente y lo hubiera sacado a la luz. Cuando Weller se giró a mirarlo, volvía a tener los ojos abiertos, pero tan claros como las profundidades azules, heladas y cristalinas del lago Superior.

—¿Qué? —preguntó Weller.

—Zombis —respondió Tom con claridad—. Los llamábamos zombis.

PUNTO CRÍTICO

Diez días después de la avalancha, en la primera semana de marzo, Alex salió tambaleándose de las ruinas de una cabaña situada junto a un anodino cortafuegos en algún lugar al oeste de la mina y al suroeste de Rule. O al menos ella creía que era el suroeste. Tras varios días de camino, tenía muchas cosas de las que preocuparse, como encontrar comida antes de convertirse ella misma en un buen bocado.

Tenía sangre fresca en la boca y un enorme chichón en la nuca. No necesitaba un espejo para ver la inflamación bajo la mejilla izquierda donde Acné le había golpeado no hacía tanto tiempo. Dios, el puño del chico había impactado en su carne como un martinete.

Se dirigía al cobertizo —y a aquel extraño montículo que había visto antes—, pero, a medio camino de allí, se cayó o tropezó, no estaba segura. Probablemente sus botas se enredaran al lidiar con la nieve. Al golpearse, dejó que su cuerpo se hundiera todo lo posible para que el frío acometiera la tarea de quemarle la piel y abrirse paso hasta su cerebro. Y así, tal vez, reducir el monstruo a cenizas.

«Dios, por favor. Por favor, ayúdame. —Tenía que luchar—. No puedo ceder. No puedo rendirme. Tengo que seguir siendo yo, no importa lo que Lobezno quiera o piense».

Empezó a nadar, a arrastrarse a gatas, a escarbar un caminito de caracol en la nieve, en dirección a aquel cobertizo ruinoso junto a la alambrada comida de óxido, tragando aire por una tráquea que le rajaba como una cuchilla. Si Acné le hubiera apretado la garganta cinco segundos más, le habría roto el cuello.

Por fin se encontraba de rodillas ante el montículo. Este, moteado de nieve, era de casi un metro de altura y se erigía en el lado sur del cobertizo, donde había más luz y calor. Alex se lo quedó mirando durante unos diez segundos largos, tal vez treinta. Un aroma margoso emergía de la tierra rica y oscura, un olor parecido al de la cerveza sin gas.

Entonces su vista se clavó en algo pequeño y negro que correteaba por uno de los parches blancos.

«No lo pienses, Alex. —Divisó otra cosa diminuta que se escabullía a toda prisa—. Lucha, tienes que luchar. Simplemente hazlo».

Porque la cosa pintaba mal. Muy muy mal.

Diez días antes:

Sus recuerdos de lo que había ocurrido después de la avalancha eran vagos, una amalgama irregular y caótica tan incomprensible como un vídeo de YouTube mal editado. Lo primero que le venía a la mente era un bamboleo rítmico, como el cabeceo de un barquito en mitad de un gran oleaje. Tenía el pecho ardiendo, el

maltrecho revestimiento de los pulmones al rojo vivo, aunque su cuerpo se estremeciera de frío. En su mayoría, todo era un remolino neblinoso que la envolvía conforme oscilaba adelante y atrás, adelante y atrás... hasta que volvía a irse a la deriva y se hundía en las oscuras aguas de la inconsciencia. Probablemente hiciera aquello un par de veces, como un periscopio que asciende para echar un vistazo.

Por fin, al volver en sí, fue consciente de que una mano le sujetaba la nuca. Se estaba cayendo y aterrizaba en... ¿una cama?, ¿un barco? La cabeza le daba vueltas, pero también se inflaba como un globo, expandiéndose a medida que el monstruo aumentaba de tamaño y se estiraba como si le hubieran crecido brazos, manos y dedos y buscara algo —a alguien— a quien agarrar. Estaba muy relajada, casi en paz, cosa extraña teniendo en cuenta el frío y la firme presión que le oprimía el pecho como el tacón de una bota robusta.

Entonces algo le rozó la mejilla derecha. El dorso de una mano... y ¿unos dedos? Ladeó torpemente la cabeza hacia el lugar de donde provenía un aroma a niebla negra y a algo dulce y crujiente... ¿Chris? Oh, no, espera, el olor era profundo, intenso y ahumado. «Tom». Primero fue un pensamiento y luego un suspiro, porque saboreó su nombre en un susurro dentro del sueño:

—Tom. ¿Tom?

Al cabo de un momento, volvía a caer todavía más, se hundía y se alejaba aún más de sí misma, arrastrándolo a él con ella, saboreando su calor, los labios apremiantes del chico en su boca, el susurro de su aliento en su lengua. El deseo era una rosa caliente abierta en su pecho. Un extraño calor líquido le subió por los muslos y sintió que su espalda se arqueaba y que el corazón empezaba a bombearle cada vez más fuerte. Notó el peso de él sobre su cuerpo y le echó los brazos al cuello mientras Tom le acariciaba el pelo y la cara, y gimió «sí, sí, sí, sí» cuando los dedos del chico le recorrieron la sensible piel de la garganta y la clavícula, antes de deslizarse un poco más...

Sintió un extraño tirón.

Tom estaba... ¿bajándose la cremallera? Sí, aquello estaba pasando, y le gustaba; lo deseaba tanto como lo deseaba a él: estaba muy caliente, ardiendo... y, sin embargo, extrañamente fría. ¿Por qué?

De pronto, todas esas cosas —las sensaciones, sus pensamientos— se escurrieron y cambiaron como el lento fundido de una película. Ahora había otras manos y un cuerpo diferente encima de ella. El aroma a humo de leña y almizcle se tornó en sombras y manzanas dulces cuando —«Chris, es Chris»— la boca del chico se posó sobre la suya. El momento fue electrizante, igual que aquella mañana en Rule hacía varios meses en que Chris y ella se besaron en el trineo: niebla y oscuridad y una oleada de deseo cuando sus manos y sus cuerpos se entrelazaron.

Sin embargo, seguía faltando algo. Sabía que había un impedimento, notaba que su mente tropezaba con algún detalle que no encajaba, hasta que por fin lo hizo: era el olor... El aroma a niebla y manzanas se había convertido en algo fétido y

nauseabundo. La boca se le inundó de pus. «¡Espera!». Al sentir que se ahogaba, retrocedió y empezó a tragar con dificultad; la mugre se le colaba por la tráquea y no podía respirar, no podía respirar, no podía...

—Arg. —Jadeando, regresó de nuevo en sí. La conciencia le flaqueó ligeramente al intentar escapar de aquel sueño, y por fin despertó.

Lobezno estaba allí, recortado contra el imponente cielo azul. No estaba encima de ella. Sus manos no le acariciaban las mejillas ni el ángulo de la mandíbula y su boca *no* había buscado la suya. Pero ella *sí* que se encontraba tumbada de espaldas, no en la nieve, sino en un saco de dormir, y los dedos de Lobezno *sí* que intentaban soltar un trocito de parka que se había quedado enganchado en la cremallera, y Lobezno *sí* que intentaba desnudarla.

—¡No! —Dio un sobresalto y trató de defenderse, pero los brazos le pesaban como el plomo y sus músculos estaban rígidos y se negaban a colaborar. Era como cuando Leopardo había ido a por ella en la mina... «¡Espera! ¡El cuchillo! Tengo el cuchillo de Leopardo... ¡Levántate, levántate!». Se incorporó de súbito. Pillado con la guardia baja, Lobezno cayó hacia atrás en la nieve, peligrosamente cerca de un pequeño fuego chisporroteante. Con el corazón a mil por hora, Alex se palpó la pierna derecha con dedos torpes en busca del cuchillo.

Entonces alguien le puso una mano en el hombro derecho y la tiró hacia atrás. Alex se revolvió y levantó ambas manos antes de que Acné —el chico que había sido Ben Stiemke— la agarrara por las muñecas. Él la sujetó con fuerza y dejó caer su peso encima de ella con un pesado *zum* que le hizo expulsar todo el aire de los pulmones. Si hubiera podido pensar, se habría dado la vuelta para pegarle un bocado o habría doblado las rodillas, pero tenía tanto pánico que, en lugar de eso, se echó hacia atrás, estiró el cuello y entrechocó los dientes. Él retiró la cara un poco, lo suficiente, y, al sentir que aflojaba la presión en su pecho, Alex aprovechó para analizar el arco que dibujaba la espalda del chico: Acné se había desequilibrado. No gozaría de una oportunidad semejante, así que le clavó la rodilla en la ingle con un chillido.

Acné dejó escapar un malogrado *gah*. Fue como si Alex hubiera accionado el freno de emergencia. Los ojos del chico se volvieron redondos como faros y toda la sangre se le subió a la cara. A Alex incluso le pareció que había dejado de respirar. Entonces se desplomó hacia un lado con las manos en la entrepierna y la boca abierta y descolgada, y emitió un extraño *aaauuu* amortiguado.

En cuanto notó libres las piernas, le propinó un empujón para derribarlo del todo y se escurrió del saco como un cangrejo. Tenía el cuerpo electrizado, como si todos los disyuntores hubieran sido reiniciados y hubiese recuperado todas las conexiones. Oyó tenuemente el sonido de los cerrojos al accionarse, el chirrido metálico, y supo que los demás —dondequiera que estuviesen; estaba tan cegada por el miedo que hasta le había perdido la pista a Lobezno— habían sacado sus armas. Le daba igual. Se puso en pie gritando con el cuchillo de Leopardo en la mano y, a través de sus

lágrimas de terror, les espetó:

—¡Fuera de aquí! ¡Fuera! ¡Fuera!

Sin contar a Acné, que yacía tumbado en la nieve gimiendo y babeando, y a Lobezno, había otros tres: Marley, el chico larguirucho con rastas, al que recordaba, y otros dos chicos más jóvenes, tal vez de segundo de instituto, que sin duda eran hermanos, pues tenían la misma nariz chata y los mismos ojillos de cerdo. El pelo de ambos era castaño oscuro o negro y los dos la apuntaban con fusiles de combate adaptables Bushmaster. El chico más alto era del tipo nervioso: rezumaba inquietud por todos los poros. En contraste, su hermano era más robusto, más bajito y más tranquilo. Y Alex pensó: «Epi y Blas».

Lobezno se había puesto en pie. Su expresión, la de Chris en otra vida, era tensa y decidida, pero no ostentaba el gesto depredador que solía exhibir justo antes de concentrarse en su próximo Happy Meal. Un segundo después, ella también percibió aquella reveladora vaharada a resina chisporroteante, a savia de pino chamuscada. El aire se cargó de repente como un abrigo muy pesado cuando los Cambiados pusieron en práctica su extraña e indescifrable manera de comunicarse. El monstruo, asentado en su cerebro, se movió y olisqueó como si quisiera participar en la conversación. O sólo meterla de nuevo en la cabeza de Lobezno, como había ocurrido en el túnel durante el derrumbamiento de la mina.

«Oh, no, no. —Apenas podía arrastrar las palabras, como si una arañita trajinara afanosamente sobre su lengua. ¿Lobezno la había besado?—. No, ha sido un sueño. —O a lo mejor eso era lo que él quería: que estuvieran juntos. Experimentó una nueva oleada de histeria conforme empezaba a perder el control—. No ha ocurrido. Tú no lo deseas, tú no. Ha sido el monstruo, ha sido el monstruo». ¿Querría juntarse con los de su especie, como cuando antes se había visto a la deriva ahogándose bajo la nieve? Recordaba aquel extraño momento en que su mente había vibrado con fuerza y se había separado de ella, cuando había visto un campo de nieve, árboles partidos y rocas destrozadas...

«Y un bastón de esquí. Dios, aquello no era una luz brillante al final del túnel. Volví a meterme en la cabeza de Lobezno. Me estaba buscando después de la avalancha, intentando averiguar dónde estaba enterrada».

Aquella era la única explicación posible sobre por qué estaba viva. Cuando por fin había llegado ese momento final en que se había desmayado y se encontraba a tan sólo unos minutos de la muerte, el monstruo se había soltado de la cuerda y había desplegado sus negros tentáculos. Porque los iguales se atraen.

—¿Qué quieres de mí? —La voz le tembló. El cuchillo de Leopardo también vaciló y tuvo que sujetarlo con ambas manos. Estaba encorvada y muerta de frío, tiritando descontroladamente. Su pelo era una cascada de mechones congelados, aunque su parka estaba... seca. ¿Cómo era posible? Su ropa seguía estando húmeda. «Espera, espera un momento. —Contuvo el aliento—. ¡Si tenía la parka empapada! ¿Cómo es posible que...?».

Se miró el brazo derecho y se dio cuenta enseguida de por qué aquella parka estaba seca: era de color gris plomo y, además, le colgaban los puños, le quedaba ancha por el pecho y era evidente que estaba hecha para alguien mucho más grande y musculoso que ella. De hecho, le recordaba al jersey de cuello vuelto de Tom, el que le había dado en el Waucamaw tras llevarla de vuelta al campamento sangrando, inconsciente y calada hasta los huesos y de quitarle la ropa mojada para que entrara en calor.

Su mirada se clavó en Lobežno, que apestaba a sudor, tripas de mapache y hierro mojado. Tenía la mitad de la cara cubierta de sangre. La roca; se acordaba de que le había golpeado. Ahora que estaba lo bastante impactada para darse cuenta, vio que sólo llevaba un voluminoso jersey de lana sobre el que se había anudado una piel de lobo. Por las vetas amarillas de la piel, supo que aquella capucha era nueva y reemplazaba la que Leopardo había robado cuando Araña se quedó a cargo de la cuadrilla.

Entonces lo entendió: Lobežno se había desprendido de su parka por ella. Su mugriento abrigo blanco, todavía húmedo, estaba extendido sobre las rocas, cerca del fuego.

Sólo más tarde se daría cuenta del enorme riesgo que Lobežno estaba corriendo. El día en que había despertado era claro. A juzgar por las puñaladas de luz que se colaban a través de los árboles, debía de ser ya bien entrada la mañana, quizá cerca del mediodía, y los Cambiados seguían despiertos, seguían avanzando. Ese hecho por sí solo —que la cuadrilla de Lobežno pasara una noche en vela a su manera— tendría que haberle dado una pista de lo desesperados que debían de estar y de lo peligrosa que era la situación. La mina había desaparecido. Un montón de Cambiados y prisioneros habían muerto. Cualquier Cambiado que hubiera huido o que se encontrara en algún lugar de los alrededores estaría hambriento... y ella era carne fresca. Si la olían, sin duda tocarían la campanilla de la cena. Una vez que Lobežno y sus secuaces la hubieron sacado de aquella tumba de hielo, tuvieron que poner pies en polvorosa por miedo a que se les echaran encima.

Pero entonces Lobežno había decidido parar y encender un fuego. Le había quitado la parka empapada y le había dado la suya para que no muriera por congelación. Era exactamente lo que Tom había hecho, lo que Chris habría hecho en la misma situación. Lobežno hacía lo que podía para mantenerla con vida, para que conservara el calor.

—¿Por qué? —le preguntó—. ¿Qué quieres de mí, Lobežno? ¿Qué es lo que quieres?

Obtuvo una respuesta parcial cuando los Cambiados se dispusieron a levantar el campamento y Lobežno le trajo un botiquín de combate de lona verde.

No era la primera vez que se topaba con uno de esos. Su padre llevaba uno igual

en el maletero del coche patrulla porque, por definición, todos los policías debían prestar los primeros auxilios. Sin embargo, el suyo no estaba tan bien provisto como aquel: sólo contaba con lo imprescindible para mantener con vida a una persona que hubiera sufrido un choque violento antes de que llegaran los técnicos de emergencias.

Este botiquín, en cambio, era muy diferente, pues tenía infinidad de bolsillos y solapas y estaba muy bien surtido: vendas, gasas, pastillas de glucosa, jeringuillas, tijeras y varias docenas de cajas de antibióticos; incluso disponía de aquellas gasas especiales QuilClot que los médicos de combate utilizaban para restañar las peores hemorragias. Kincaid habría dado cualquier cosa por una de esas.

También sabía lo que aquel botiquín significaba y empezaba a forjarse una vaga idea de por qué Lobezno se había tomado tantas molestias para rescatarla. Lobezno sabía que tenía nociones básicas de enfermería. Después de todo, le había arrancado parte del hombro y había visto cómo ella misma se vendaba la herida. Tal vez fuera cierto que ahora se sentía muy unido a ella, que hasta la quisiera..., pero no cabía duda de que, para él, ella era una prisionera muy valiosa: una enfermera de campaña con unas habilidades que podían resultarle realmente útiles.

Los inviernos eran largos en la península superior; aún quedaba al menos mes y medio para la primavera. Los días eran tan gélidos que, cada vez que Lobezno y su cuadrilla no salían de caza, se arrebujaban en sus sacos y en toda la ropa que tuvieran. Alex dormía con las botas entre las rodillas y una bolsa de agua caliente en la barriga para evitar congelarse.

Cada vez con más frecuencia, Lobezno y su gente cazaban también de día porque era entonces cuando las escasas presas salían de su escondite y se desplazaban por allí. (O puede que los Cambiados estuvieran cambiando de otras maneras. Si se hacían con el control del día..., mal asunto). Tan lejos de Rule no había paradas en el equivalente de ningún McAuto ni camino de caza o carretera regular alguna que pudieran seguir. Lo cual significaba que no había rebaño a quien llevar de una casa de la risa a otra. Se acabó el mover el esqueleto, relajarse, echar un polvo o emborracharse un sábado por la noche.

Aquello también se traducía en la imposibilidad de contar con reabastecimiento previsible para ella. A veces comía cuando los demás lo hacían, según si la persona que cazaban llevaba mochila o no. Si aquella pobre alma la llevaba, podía rapiñar algo de cecina, una barrita de cereales o sardinas. En una ocasión incluso se zampó un diminuto paquete de galletitas para gatos que prometían mantener la salud de las encías y eliminar el molesto sarro: «¡Crujientes por fuera! ¡Tiernas por dentro!». Cualquier cosa servía.

La mayoría de las veces, sin embargo, no conseguía nada de nada porque Lobezno venía con las manos vacías y tenía que contentarse con escaramujos deshidratados y pedregosos, espadañas mustias y champiñones ostra resecos. Nada

que ver con aquellas disparatadas novelas populares en las que la heroína se planteaba si un pedacito de pino fresco la sacaría de apuros. Ja. JA. Habría sido más fácil beber trementina. Podía hervir aquella porquería, pero no estaba preparada para lo que le ocurría al agua, que se tornaba de un fuerte rojo sangre. Ay, qué casualidad. Por otra parte, como los escaramujos y el pino tenían toneladas de vitamina C, no moriría de escorbuto.

Bien. Hurra.

Algo los estaba siguiendo desde hacía una semana. Un animal, aunque no estaba segura de cuál podía ser. El olor le resultaba familiar y, con todo, indescriptible; le recordaba a *Fantasma*, su braco de Weimar, y a la carretera de Rule, donde había visto a los lobos y aquel macho alfa de ojos amarillos. Fuera lo que fuese aquello, estaba segura de que no era un lobo, ni por asomo. Aún no lo había atisbado, pero se mantenía ojo avizor y con la nariz alerta. Cualquier animal lo suficientemente hambriento y desesperado buscaría la ocasión de derribar a una persona. ¿O quizá sólo le interesaban las sobras? De ser así, iba a quedarse con las ganas: la cuadrilla de Lobežno partía los huesos para chupar el sabroso tuétano. Además, si aquel supuesto animal captaba el tufo de la capucha de Lobežno, saldría pitando por las colinas sin pararse a coger aliento.

Y eso también era extraño. Porque, aunque Lobežno tenía aquella piel de lobo, ni él ni los demás parecían percatarse de la presencia de aquel animal. A lo mejor estaban demasiado famélicos para hacerlo.

Aun así, eso le helaba la sangre. Otra cosa más de la que preocuparse.

No sabía adónde iban ni por qué. Pero Lobežno escondía algo: algo en su olor, un olor que decía «familia», que rezumaba «seguridad» con su dulce aroma a lilas y madreSelva; un olor que era el de su padre, apareciéndosele desde el desván encantado de su mente y gritándole: «¡Salta, princesa!».

Y ella lo sabía. Se dirigieran adonde se dirigiesen, Lobežno ya había estado allí: escondiéndose, curándose, esperando la hora. Aguardando el momento propicio para regresar e ir a por ella.

Se suponía que tenía que sentirse agradecida por no formar parte del menú de los Cambiados y por que Lobežno la dejara abastecerse. Dado lo bien que les iba (genial, vamos), su nueva cuadrilla podría haberse amotinado, haberlo matado y luego haberla devorado a ella. El hecho de que los otros chicos permanecieran junto a Lobežno era toda una incógnita, aunque, en tiempos difíciles, la gente desesperada siempre se pega a algún líder que al menos le ofrezca esperanza. Por los escasos restos que encontraban, dudaba que a otros Cambiados les estuviera yendo mejor. Tom dijo una vez que Napoleón entendía que un ejército marchaba con el estómago y que los

mejores líderes eran aquellos que no sólo se metían en las trincheras con sus hombres, sino que primero cuidaban de ellos.

Lobezno parecía comprenderlo a la perfección. Siempre que su cuadrilla apresaba alguna «pieza» buena y jugosa, él se retiraba y se aseguraba de que los demás comieran primero antes de servirse las sobras, si las había. Así que debía de ser consciente de la precariedad de la situación.

Eso probablemente explicaba por qué, cuando dormían, se interponía entre ella y los demás y se pegaba a su espalda: una proximidad que le hacía un nudo en la garganta, le aceleraba el pulso y le ponía los pelos como escarpas.

Ahora, diez días después de comportarse como una Lázaro en toda regla, se le había agotado la suerte. Y sólo podía culparse a sí misma. Hervía porquería de pino blanco, soñaba con comida y quería asesinar a alguien... Así que no las tenía todas consigo.

El lugar donde se alojaban era deplorable: una triste chabola de dos habitaciones compuesta por una pila de tablones y un par de ventanas rotas. Las paredes estaban tan combadas que la nieve se había colado por las ranuras y se había amontonado dentro. Por el olor a aluminio que flotaba en el aire y por aquella montañita de latas estrujadas en una esquina, sospechaba que el propietario original debía de haber ido allí para cambiar de aires. Unos tiritos, una buena borrachera... ¿No era el plan perfecto?

A juzgar por la luz ascendente que refractaba en una ventana intacta de la pared oeste, era ya bien entrada la tarde. Por costumbre, Alex miró automáticamente el reloj de Mickey Mouse de Ellie que seguía en su muñeca: las 7:13. Por supuesto, no estaba en hora. Para Mickey eran siempre las siete y trece, el momento en que al fin se había dado por vencido después de toda aquella agua. Un minuto más o así bajo la nieve y ella también lo habría hecho.

Bueno, suponiendo que fueran... ¿las cinco?, Lobezno y los demás pronto estarían de vuelta. Estupendo.

«Dios, espero que traiga algo». Un pensamiento horrible, pero ponerse triste tampoco ayudaría a quienquiera que Lobezno cazase. Introdujo con cuidado el cuchillo de Leopardo en un cacillo abollado asentado sobre carbones en la hornilla de la cabaña y removi6 la cocción de corteza de pino del color de la sangre. No podía alimentarse de aquella porquería. Era comida de pobres, como las bellotas. Claro que, como se moría de hambre, aquello era mejor que nada. ¿No había leído en alguna parte que se podía freír la corteza con aceite de oliva y añadirle una pizca de sal? Sí, el equivalente rústico de las patatas fritas. Al pensar en el aroma de la patata crujiente, de la grasa y de la sal, se le hizo la boca agua.

«Venga, corta el rollo». Eso era lo malo del hambre: que sólo podías pensar en comida. Tenía que controlarse. Conocía de sobra la sensación, sabía que se adentraba en terreno peligroso conforme cedía paso, día tras día, a la desesperanza. Cada vez

que lograba ponerse de pie, se mareaba. Sentía una intermitente quemazón en la boca del estómago. A veces pensaba que el monstruo había emigrado y se abría camino a bocados hacia sus tripas.

«Estamos todos muertos de hambre». Removió la infusión de pino muy despacio, plenamente consciente de la mirada fija y brillante de Acné, de la niebla pura y apremiante de su hambre y de la cercanía de la Mossberg con la que la apuntaba. Lo último que necesitaba era que Acné malinterpretara un movimiento repentino y le desparramara los sesos sobre aquel asqueroso trozo de corteza cocida. Con lo famélico que estaba, aún se encontraba a tiempo de hacerlo y de rogarle a Lobezno que lo perdonase después: «Sí, jefe, lo sé, mala decisión». El hambre de Acné tenía su propio tufo: el hedor gaseoso de la fruta fermentada. «Me pregunto si yo huelo igual. —No se había parado mucho a pensarlo. Probablemente, para Acné y los demás, olierá a filete crudo—. Al estilo suroeste, jugosito y poco hecho para que la grasa se funda cuando le des un bocado...».

—Oh, Dios, ¡qué no daría yo por un filete! —exclamó. (A su izquierda, la única respuesta de Acné fue una nueva vaharada de podredumbre e inanición. Nada sorprendente). Ojalá él no hubiera tenido tanta prisa por volver a la casa. Había visto la alambrada exterior y había pensado: «¿Un jardín?». Aquellas latas estrujadas indicaban lo contrario, pero valía la pena echar un vistazo. Puf, mataría por una papa arrugada o por una zanahoria agostada.

Cerca del jardín, contra un cobertizo, había un extraño montículo que olía a panadería. ¿Una pila de desperdicios? Podía ser. Algo que no se había descompuesto todavía, sobre todo con el frío: pieles de melón carcomidas, corazones de manzana correosos. Mazorcas de maíz a medio comer. Las cáscaras de plátano tenían potasio. No le haría ascos a nada. Lo herviría, se lo tragaría rápido y no se lo pensaría mucho. ¿Y aquel cobertizo cochambroso? La gente se dejaba de todo en cajones o en mochilas o colgando de ganchos y vigas o guardado en la guantera. Barritas de cereales petrificadas. Caramelos. Barritas energéticas. Cajitas de pasas y bolsitas de frutos secos. Se ponía a salivar con sólo imaginarse lo que podía encontrar.

«Tal vez haya otras cosas que pueda utilizar». Los cobertizos eran el sitio ideal para almacenar armas. Cualquiera serviría; no era quisquillosa. Clavos, un martillo viejo, cuerda, cables eléctricos, hojas de serrucho... Una escopeta ya sería la caña, pero se conformaba con unos cartuchos. Podía romperlos para extraer la pólvora, para fabricar lanzaarpones. Lo que fuera.

Pero debía tener cuidado. Esta vez gozaba de mayor libertad. Lobezno permitía que se aprovisionara y que conservara el cuchillo de Leopardo. Por nada del mundo se arriesgaría a perderlo. El cuchillo y un encendedor de pedernal eran sus únicas herramientas de supervivencia. Sin ellos, estaría muerta y bien muerta cuando se las arreglara para pirárselas de allí, si es que lograba hacerlo.

«¿Cuándo me las arregle? ¿Si logro hacerlo? Ay, tú sueñas, bonita». Sinceramente, había días que hasta perdía la paciencia consigo misma. Era como

estar viendo *Titanic*: «Húndete ya». Siempre estaba bajo vigilancia. ¿Y dónde escondería exactamente todas esas armas maravillosas? Como la pillaran, ya podía despedirse de sus pequeñas incursiones de abastecimiento y morirse de hambre. Aunque Lobežno la protegiera, no creía que se tomara demasiado bien que le atizara con una palanca. Si es que podía, porque ya disponía de un cuchillo. Que Lobežno le dejara conservarlo desde el primer día era un auténtico milagro. Pero ¿acaso se había convertido en la Princesa Prometida y se había escabullido de noche para rebanar un par de gargantas? ¿O para abordar a Lobežno en mitad de sus dulces y felices sueños de lobo y arrancarle el corazón?

No, tenía que ser realista: eso sólo ocurría en los mismos libros en los que la heroína engullía pino blanco crudo. Esto era la vida real.

Y, sin embargo, tenía un objetivo. Tenía una oportunidad. Sabía exactamente dónde estaban las carótidas y lo profundo que debía clavar el cuchillo. Si lo hacía rápido, podía conseguirlo. Después de todo, sólo eran cinco contra uno. ¿A qué esperaba?

«Bueno, joder, no lo sé. Céntrate en lo que puedes hacer, ¿vale? Como ese jardín; deberías echarle un vistazo. —Suspiró y envainó el cuchillo—. Si se me presenta la ocasión...».

Acné explotó. De improviso, sin alerta roja por parte del monstruo, sin cambios en su olor —en realidad, ¿cuánta hambre más podía soportar aquel chico?—, y lo hizo de prisa, en absoluto silencio, lanzándose como un misil que a Alex sólo le dio tiempo a atisbar por el rabillo del ojo. Ahogó un grito y subió el brazo para intentar evitar que el puño de Acné se estrellara contra su cara.

El impacto la dejó ciega y sintió una blanca y aturdidora detonación en la mejilla izquierda, justo debajo del ojo. Quiso chillar, pero la mano del chico le aprisionó la garganta y le inmovilizó la mandíbula. La levantó en el aire y comenzó a cruzar la cabaña tambaleándose.

—¡Ac...! ¡B-B-Ben! —resolló trastabillando y perdiendo el equilibrio, en un intento por agarrarle las manos—. ¡Ben, n-no! ¡Pa-para, para!

Pero Acné, el chico llamado Ben Stiemke, estaba hecho un basilisco y sólo quería carne. La condujo al otro extremo de la habitación y la estampó contra la pared. Se golpeó tan fuerte la cabeza que, por un momento, perdió por completo la visión, como cuando se produce un corte con salto en una película. Las mandíbulas le chasquearon y sintió una roja erupción de dolor cuando los dientes le rajaron la lengua. La garganta se le inundó de sangre y le entraron arcadas. De pronto, notó que el chico movía la mano y supo al instante lo que se disponía a hacer.

El pánico le rebanó el cerebro. Si intentaba matarla por estrangulamiento, aún le quedaba una oportunidad: un rodillazo en la ingle, un puñetazo o tal vez sacarle los ojos con los dedos. Pero como le apretara las carótidas y le cortara el riego, tardaría apenas unos segundos en desmayarse y unos minutos en morir, y con muchos menos aspavientos.

Entonces pensó: «El cuchillo». Lo había envainado. Dejó caer el hombro derecho, se retorció y estiró los dedos al máximo. Fue un movimiento desesperado y abocado al fracaso desde el principio porque, incluso en mitad de aquel frenesí, Acné le leyó las intenciones. Rápido como una víbora, sacó el cuchillo de la funda, giró la hoja y apuntó al ojo izquierdo de Alex.

La sangre se le derritió y dejó de luchar. Ya sabía cómo acabaría aquello. Un fugaz fogonazo de frío acero y estaría tuerta y berreando, con la cuenca chorreando sangre y humor vítreo.

Se quedaron allí congelados un momento, un trémulo instante fuera del tiempo, hasta que Acné inspiró profundamente para tomar aliento y ella pensó: «¡No!».

Acné retrajo los labios para gruñir y dio un paso al frente. El cuchillo le pasó zumbando por la cara e impactó contra la pared. Por el hedor verde y hepático que despedía la piel del chico, Alex supo que, por mucho que Acné quisiera cercenarle la garganta y darse un atracón de carne a su costa —y sentir su calor y su sangre en la boca—, antes quería hacerla sufrir. La tenía en su poder y pensaba disfrutar de la situación. Disfrutar de ella.

Alex se revolvió. Apretó la espalda contra la madera y empezó a patalear buscando la ingle de Acné. Pero la cosa no fue como días atrás en la nieve: ahora la sujetaba a tanta distancia que no tenía ninguna posibilidad y, además, él se arqueaba para esquivar las patadas. Con todo, pudo sacar algo de provecho, unos pocos segundos más, porque el chico tuvo que mover la mano para aguantar la embestida. En cuanto aflojó la presión, Alex se las arregló para tomar un único aliento y experimentó la terrible sensación de sorber aire por una pajita que se iba obstruyendo rápidamente, hasta que, de pronto, no era suficiente. No disponía de nada con lo que luchar y empezaba a perder el conocimiento; la vista primero se le emborronó y luego empezó a desintegrarse.

Desde las oscuras profundidades, el monstruo volvió a la vida como una araña que correteara por la cavidad de su cráneo. De golpe, se sintió transportada a aquel remolino negro tras los ojos de Acné y se vio mirando su propia cara, que iba adoptando el color de una berenjena, y los ojos, que se le estaban poniendo en blanco. Toda su vida le pasó por delante en una amalgama de imágenes: Acné la estrangulaba, pero sólo hasta el punto de hacerla desmayarse; luego la dejaba despertar, la tiraba al suelo y la dejaba despertar de nuevo para repetir la jugada... tres veces, quizá cuatro..., con el típico sadismo de un niño que le arranca las alas a una mosca antes de pegarle un pisotón. Esperaría a que volviera en sí, a que recuperara la conciencia para que notara el instante en que le clavaba los dientes en la garganta y se la desgarraba y cómo la sangre manaba a borbotones y le bañaba las mejillas de un rojo escarlata y punzante.

Desde... alguna parte... llegó un fuerte estallido que, de no ser porque tenía los oídos taponados, habría sonado más fuerte y más alto aún. Al cabo de un instante, Acné dejó escapar un súbito y tremendo *arg* y la presión de su cuello desapareció.

¿Por qué? No lo sabía. Algo le arañó la espalda. «Madera, la pared... Me caigo...». Aterrizó en el suelo como un saco de ropa mojada. Durante unos segundos, sólo pudo concentrarse en tragar aire por la garganta, tan maltrecha como el tallo aplastado de un tulipán.

A pesar de sus ojos borrosos, los vio: a Lobezno y a Acné cara a cara al otro lado de la habitación. El aire de la choza se había avivado y chisporroteaba con el calor, el agrio resquemor del asesinato y el frío acero de la rabia de Lobezno. A Acné le sangraba la nariz y sacudía la cabeza como un toro. Lobezno se encorvó entrecerrando los ojos y empezó a moverse en círculo. Acné intentó seguirlo, pero o bien estaba todavía demasiado aturdido por el primer puñetazo que le había dado Lobezno, o bien simplemente no tenía fuerzas por la falta de comida y se tambaleaba. Lobezno esperó su oportunidad, se inclinó hacia delante y cargó contra él. Confundido, Acné retrocedió e hizo ademán de apartarse, pero no le dio tiempo y Lobezno lo cogió por la cintura y lo sacudió con fuerza. Luego lo volcó, haciendo volar sus piernas, y lo estampó contra el suelo. La cabeza de Acné rebotó en la madera con un potente *crac* y todos sus miembros se pusieron flácidos; fue como si todas las conexiones entre cerebro y cuerpo se apagarán cuando Lobezno cayó sobre él como una losa. Bajó el puño como un martillo una vez, y luego otra...

Un inmenso bramido sacudió la cabaña. Desde donde estaba tirada, Alex vio a Marley, con sus largas rastas aún congeladas, apartando la Mossberg del techo para apuntar a los dos muchachos. Lobezno y Acné se quedaron petrificados en una escena casi cómica: Lobezno a horcajadas sobre el pecho de Acné con el puño ensangrentado listo para asestar el siguiente golpe y Acné con los ojos hinchados y amoratados en una máscara de sangre. Junto con todas aquellas marcas de granos, era como si a este último le hubieran mordido la piel desde el interior. Su pecho era un amplio babero rojo y, con cada respiración, la sangre le burbujeaba por su nariz destrozada.

A la izquierda de Marley estaban los hermanos Epi y Blas. Por el olor que despedía aquella bolsa de lona verde que Blas llevaba al hombro, supo que la mujer era apenas un pajarillo envuelto en un buqué afrutado de privación y que tenía muy poca carne. Visto así, tal vez Lobezno y su cuadrilla incluso le hubieran hecho un favor, como cuando los sheriffs matan a los ciervos que están demasiado débiles para darse cuenta de que han ido a parar a la carretera en mitad del duro invierno. Es decir, si uno realmente podía ver las cosas desde el punto de vista de los Cambiados...

Le asustó un poco comprobar que ella era capaz de hacerlo.

Lobezno no mató a Acné, ni tampoco ninguno de sus secuaces. Lo que hicieron fue darle la patada. Acurrucada en una esquina con la garganta dolorida y la mejilla palpitándole, Alex observó impertérrita cómo Acné, moviéndose como a cámara lenta y con frialdad, enrollaba su saco de dormir ante la atenta mirada de Lobezno y

la Mossberg de Marley.

«No te fijes en mí. —Encogió las rodillas un poco más—. No me veas. No estoy aquí. —Imposible. Durante todo ese rato, pensó en el monstruo: aquel salto a los ojos de Acné, la repentina aparición de Lobežno. Cabía la posibilidad de que Lobežno se encontrara cerca de todas formas y abriera la puerta de golpe justo a tiempo—. Pero parece como si el monstruo tuviera algo que ver con esto, igual que cuando estaba bajo la nieve». En esta ocasión, como en la anterior, también se había encontrado al borde de la inconsciencia y el monstruo había entrado en pánico. No sería la primera vez y ¿qué demonios iba a hacer con eso? ¿Qué podía hacer?

«Tengo que pensar en algo; tengo que mantener al monstruo bajo control. —La cara le daba punzadas. Se acordó del botiquín. Tal vez hubiese algún calmante—. No, estate atenta; cuando empiezas a desmayarte es cuando el monstruo sale. —Se lamió la sangre de una lágrima que había resbalado hasta el labio inferior—. Puedo con esto. Además, debería guardar todo eso para cuando lo necesitemos».

Tardó un segundo en percatarse de lo que acababa de «oír» en sus pensamientos: «¿Necesitemos?».

«Para, Alex, te vas a volver loca». A falta de algo mejor que hacer, vio cómo Blas agarraba aquella bolsa verde, la levantaba y le daba un buen meneo. El cuerpo de la mujercilla se desparramó en una flácida apertura de miembros como si fuera un pollo lacio, blanco y desplumado. Cuando Blas puso con cuidado la bolsa en el suelo, Epi hizo rodar el cuerpo hasta el saco, extrajo un cuchillo muy usado y con un fino borde plateado de la funda de su pierna y se puso manos a la obra.

«No mires, Alex. —Luchando contra la quemazón de las lágrimas, hundió la cabeza en las rodillas. El aire se colmó del olor a hierro húmedo, carne cruda y hueso—. A la mierda con el monstruo. Tú eres Alex. Siempre serás Alex, no importa lo que...».

Notó una racha de aire fresco cuando la puerta se cerró detrás de Acné. Al cabo de un momento, oyó unos pasos vacilantes que se dirigían hacia ella. Incluso antes de que se arrodillara, antes de sentir el roce de su mano en el pelo, sabía quién era. Durante un momento, no se movió, pero no porque tuviera miedo.

No se movió porque —¡ay!— *no* le tenía miedo. En absoluto.

La rabia de Lobežno, aquella mordacidad de acero, había desaparecido. Lo único que quedaba era podredumbre y niebla, carne gaseosa y manzanas crujientes y, por un segundo, se rindió a una necesidad básica y muy simple. En aquel momento se conformaba con el afecto de un monstruo.

«Tengo tanto miedo... —Se echó a llorar en silencio, sacudiendo los hombros, enfadada consigo misma—. Para, para... Tú eres la única que puede rescatarte. Nadie más te va a salvar. —Pero, a pesar de todo, Lobežno seguía allí y ella no luchaba contra ello; ni contra él. Tal vez debería, pero estaba agotada. Sintió que le acariciaba el pelo con mucho cuidado, como si no quisiera herirla más de lo que ya lo estaba—. No me toques, no me toques». Sin embargo, quería que lo hiciera, lo necesitaba,

necesitaba algún tipo de contacto que no fuera un golpe y pensó que aquello significaba que estaba en las últimas. Dejó que los dedos de Lobezo se posaran suavemente en su mejilla sana y notó cómo le limpiaba las lágrimas con el pulgar y recorría el contorno de su mandíbula. Cuando él le levantó la barbilla, tampoco opuso ninguna resistencia.

La cara de Lobezo —la cara de Chris— estaba muy quieta. Vigilante. Intentando... comprender, supuso. El chico tenía sus ojos oscuros puestos en ella, como si intentara ver más allá de las ventanas de su mente. Su olor era difícil de descifrar, pero resultaba ligero y floral, la esencia de la «seguridad» y la «familia». Tal vez hubiera en él algunas notas de pena o compasión.

«Por favor, deja que me vaya, Lobezo. —Intentó reprimir una mueca por el amargo escozor de la sal en su garganta—. ¿No lo ves? Yo no soy como tú. No soy una de vosotros».

Su aroma no cambió ni un ápice. Quizá nada lograra cambiarlo porque él no podía o no quería comprender, pero el caso es que seguía acariciándole la mejilla con el pulgar del mismo modo que se consuela a un crío o a un gatito perdido. Justo entonces se dio cuenta de que había dejado de llorar.

«¿Qué tipo de monstruo eres tú, Lobezo?». Una pregunta que podría hacerse fácilmente a sí misma. ¿Qué era *ella* ahora? ¿Qué era aquello que vivía en su cabeza y que podía cosas como saltar a los ojos de Acné, meterse dentro de Araña o ponerse en la piel de Leopardo?

¿Y anhelar el contacto de Lobezo?

«El monstruo lo quiere. —¿Porque ella lo quería?—. No, no de esa manera. Nunca». Lo que fuera que el monstruo estuviese haciendo, tenía sus propias necesidades; debía convencerse de eso o ya podía apuñalarse a sí misma.

«Pero... ¿y si puedo utilizar al monstruo de alguna manera? —Su mente acarició la idea ligeramente, sin demorarse demasiado, como el roce de los dedos de Lobezo en su mejilla—. ¿Y si puedo controlar cómo y cuándo salta? O tal vez debería dejar que alcanzase a Lobezo, hablar con él. Dejarme ir y meterme dentro de Lobezo para verme a mí misma como me ve él en realidad.

—¿Qué? —Pegó un brinco—. ¿Qué coño estás pensando, Alex? —Su voz sonó enfadada y Lobezo debió de entenderlo, porque se estremeció y retiró la mano de su cara—. Me voy fuera. —No iba a echar a correr, no era tonta, pero necesitaba salir de aquel deprimente cuchitril que olía a Cambiados y a muerte. Tanteó la pared con las manos y se puso en pie. Por un momento, pensó que Lobezo intentaría ayudarla—. No —le espetó, apoyándose en la fría madera—. Déjame en paz, no quiero...

Las palabras se convirtieron en polvo en su boca cuando vio que Blas se le acercaba...

Con la cena.

El brazo era largo y flacucho. El derecho. No tenía mucha carne. Jirones de piel y venas fibrosas cubrían el bulto rosado del codo de la mujercilla y —¡oh, Dios!— la fina correa de acero de un reloj aún adornaba su muñeca raquítica.

Algo pareció romperse en su cabeza. Se quedó mirando el brazo, horrorizada, y, sin embargo, tenía tantísima hambre que no pudo evitar que aquel pensamiento saliera flotando a la superficie: «Si no queda otra; si es cuestión de vida o muerte...».

—¡No! —Sin poder reprimir el grito, se abrió paso a través de Lobežno y Blas, abrió de golpe la puerta de la cabaña y salió al resplandor bronceado del atardecer. El frío era impresionante, como si te cortara un cristal, pero no podía permanecer en aquella chabola ni un solo segundo más. Claro que los Cambiados se alimentaban; tenían que comer. «Pero yo puedo elegir». Tras recorrer unos seis metros, las rodillas le flaquearon —simplemente dejaron de funcionar— y se derrumbó en la nieve. Se hundió hasta que su cara, su cuello y sus manos desnudas se estremecieron de frío. Acabaría quemándose, pero era justo lo que deseaba.

«Quemarme los ojos, quemarme el cerebro con un soplete, algo. —Restregó la cabeza a un lado y a otro como un perro que intenta quitarse un mal olor del hocico—. No puedo ir por ahí. Si lo hago, sería capaz de comerme a cualquiera y a toda su familia... y liberar al monstruo por completo».

No importaba lo que Lobežno pensara ni lo que quisiera. Tenía que luchar. «No puedes rendirte, no puedes ir por ahí». Oyó que la puerta de la cabaña se abría a su espalda y sintió sus ojos, su olor. Sin embargo, se limitó a mirarla, no la siguió.

«Sigo siendo yo. —Más adelante, junto al cobertizo, divisó aquel extraño montículo—. Sigo siendo yo. Sigo siendo Alex». Se debatió con todas sus fuerzas en su dirección, lidiando con la nieve hasta que lo tuvo delante. Se arrodilló ante él, barriendo con la vista los parches de nieve... hasta que detectó una manchita oscura que se escurría por una placa de hielo. Y luego otra. Y otra. Y otra.

«Lucha».

Hincó ambos puños en el túmulo hasta la altura de las muñecas. Casi en el acto, y a pesar del frío, una marea negra emergió a la superficie y le inundó los antebrazos. Sacó una mano y se inspeccionó los dedos, llenos de tierra y de una cantidad de hormigas tan ingente que su piel era una maraña negra y bullente. Muchas portaban huevos y diminutas larvas lechosas en sus mandíbulas.

«Hazlo, Alex. Hazlo y punto. Sigue siendo tú. No dejes que te corrompan».

Antes de que su cerebro pudiera reaccionar y detenerla, se llevó dos dedos a la boca y se los chupó. Las hormigas pulularon por su lengua. Saboreó la tierra y el áspero tacto de la arenilla y apreció el fuerte sabor a levadura de la tierra fermentada. Notó el correteo arácnido de muchas patitas, el minúsculo picoteo de muchas mandíbulas agujijoneándole la carne..., pero masticó, las mató a todas, se las tragó y volvió a por más. Y luego más.

Porque sí, las cosas pintaban así de mal.

—Sarah, sé que las cosas no van bien. Ese extraño terremoto asustó a todo el mundo... —estaba terminando de decir Greg cuando Tori, con *Fantasma* a la zaga, entró afanosamente en la oficina principal de la iglesia—. ¿Va todo bien?

—Eso, ¿por qué has tardado tanto? —Pru había aparcado su trasero en una mesa en la que seguían amontonándose pilas de anuncios fotocopiados para el 2 de octubre. Dado que estaban a finales de la primera semana de marzo del año siguiente, la venta benéfica de tartas amish programada para el 8 de octubre del año anterior con el título Amistad, Pan y Tarta de Crema no tenía la menor relevancia—. Cutter y Benton estarán de vuelta en menos de veinte minutos y Greg y yo tendríamos que habernos ido. No veas lo que han dado de sí un par de latas de judías refritas.

—Lo sé, lo siento. Caleb está muy enfermo. —Tori se apartó unos rizos dorados como la miel de la frente con el dorso de la mano mientras el desgarbado brazo de Weimar de Alex se iba derecho hacia un pastor alemán negro y musculoso acurrucado a los pies de Sarah—. De verdad te lo digo, como otro crío decida papear plastilina, voy a echar las tripas.

Greg hizo una mueca.

—¿Plastilina? Eso apesta.

—No la que se hace en casa. Los críos la hacían cuando aún teníamos harina. Parece masa de pan y huele igual, aunque está bastante salada —explicó Tori mientras apoyaba en un rincón la escopeta, una Remington 870 con un dibujo floral grabado en la culata de madera de nogal—. Después tuve que despistar a Becky. Quería saber si iba a verte.

—¿Qué? ¿Y cómo se ha enterado? —soltó Greg. Ante el dardo de consternación en los ojos de Tori, quiso que se lo tragara la tierra. Cuando las chicas vivían con Jess, Greg había bebido tanto té con tal de estar cerca de Tori que podría haber flotado su propio acorazado. Tras la huida de Alex y la emboscada, el Consejo había trasladado a Tori y a Sarah a la rectoría de la iglesia. Eso debería haber facilitado un poco las cosas, sobre todo porque a la encargada de las chicas, una vieja bruja llamada Hammerbach, le había dado un patatús. Pero él siempre parecía meter la pata al hablar.

—Becky me vio abrir la puerta del coro cuando estaba barriendo el sótano. Me dijo que estaba debajo del altar jugando al escondite, pero creo que trataba de averiguar dónde está la despensa. Un par de críos intentaron entrar ayer.

—Porque se están muriendo de hambre. —Sarah, una niña de por sí diminuta, había menguado aún más. En la cadera derecha sobresalía una Sig P225 enfundada como un nudillo negro. Greg se preguntó si sabría siquiera cómo dispararla. La chica le devolvió una mirada vacía—. No se puede vivir durante mucho tiempo de gachas de avena aguadas, sirope de maíz, mantequilla de cacahuete y alguna que otra bellota.

Ya hemos perdido a siete niños. Dentro de unas semanas empezarán a caer como los viejos.

—Sin sus pastillas, esos viejos iban a palmarla de todas formas —apuntó Pru—. Y tampoco es que Kincaid pudiera hacer nada al respecto. Si cogen neumonía, adiós muy buenas. Va a ser un problemón.

—Ya es un problemón. —Sarah se enrolló un lánguido rizo en un dedo—. ¿Por qué crees que nos han trasladado a todos los Salvados al centro del pueblo? Tenemos un poco más para comer que los demás. Pero es como si tuviéramos una diana dibujada en la espalda.

—Sarah tiene razón —dijo Tori—. ¿No fue justo ayer cuando ese viejo recibió un disparo?

—Sí, del calibre .30-06 —informó Pru—. Creí que Greg iba a cagarse en los pantalones.

—Lo que pasa es que el tío estaba asustado. —Greg seguía pensando que podrían haber convencido al anciano, pero la Ruger Mini-14 de Pru puso punto final a aquella conversación. En un dormitorio encontraron lo que el anciano estaba protegiendo: una jaula con tres periquitos esqueléticos. Aquella visión le dio ganas de llorar.

—Pero la gente también está disparando y la cosa está peor desde que racionamos. Están matando caballos, disparan a los perros. —Sarah acarició las orejas del pastor alemán—. *Jet y Fantasma* siguen vivos porque vigilan a los niños y *Daisy* es tuya, Greg, pero al final vendrán a buscarlos también.

—Y luego a por la gente, seguro. —A Pru se le oscureció el rostro—. Empezarán con los más viejos, que no van a durar mucho de todas formas.

—¿Comer gente? Venga ya, sé realista —le dijo Greg—. Esto no es *El señor de las moscas*. El Consejo nunca lo permitiría.

—Oh, como si importaran tanto. —Pru puso los ojos en blanco de forma exagerada—. La única razón por la que han aguantado todo este tiempo es porque estaban bien alimentados y el pueblo se encontraba muy unido antes de que todo se fuera al infierno. Tenían a Peter, su chico milagro: demasiado mayor para cambiar, no lo bastante mayor para sobrevivir, pero Salvado a fin de cuentas... y su abuelito estaba en el Consejo. Y también estaba Chris, otro Salvado que, oh, resulta que era el nieto de Yeager. Un auténtico milagro de Dios, y todo el mundo se calmó. Peter se cargó a los Cambiados, los mató a todos. La gente estaba alimentada; se sentía a salvo. ¿Recordáis las ceremonias que celebraban los domingos, cuando Yeager nos bendecía y nos soltaba aquel rollo sobre las misiones sagradas? Ahora que Peter y Chris se han ido y no entra nada, todo se está desmoronando.

—Entonces, tenemos que salir de aquí antes de que nos muramos de hambre o de que nos intercambien por comida o algo similar —propuso Sarah—. O a lo mejor nos hacen circular a las chicas como recompensa. Por la forma en que nos miran algunos, como Cutter...

—¿Cutter? —Algo revoloteó en los ojos de Tori, pero, como no dijo nada, Greg

volvió a mirar a Sarah—. Es uno de vuestros guardias.

—Sí, y duermo *mucho mejor* sabiendo que tiene llaves. No ha hecho nada, pero se nota que trama algo. Si averiguara un modo de...

—Lo trasladaré a otro sitio.

—Acabará siendo igual con cualquiera que pongas. —La voz de Tori carecía extrañamente de tono—. Yo antes no me preocupaba. Cuando Peter y Chris estaban al mando, eran como un equipo invencible. Pero ahora... —Se giró hacia Greg y lo miró con ojos brillantes—. Greg, ya no podemos contar con los adultos. Tenemos que cuidarnos nosotros mismos, así que o asumimos el mando o nos vamos.

Greg alzó las manos.

—¿Irnos adónde? El este está descartado: muchas ciudades, mucha gente, montones de Cambiados. Esa es la razón por la que Peter y Chris no querían que patrullásemos por esa zona. El sur tampoco es una buena opción: una vez que pasemos la mina y nos acerquemos a la Montaña de Hierro, estará todo abarrotado de gente.

—Si es que queda alguien. —Tori arrugó la nariz—. De todas formas, no me gusta el sur. Ese terremoto de hace dos semanas por el derrumbe de la mina fue muy raro.

«Si es que no fue algo más que un derrumbe. —A Greg le recorrió el cuello una desagradable sensación de ansiedad—. Las vibraciones en el subsuelo fueron como las que había contado uno de los más viejos: “En una mina de carbón puede producirse una combustión espontánea. Pero la mina de Rule era primero de hierro y segundo de oro, y la roca es inerte. Para que esa mina se derrumbe hasta el punto de provocar un terremoto, necesitas explosivos potentes, y muchos”».

Lo cual planteaba dos preguntas: ¿Quién tenía acceso a explosivos potentes? Y ¿por qué hacerlo?

En voz alta, dijo:

—Eso nos deja el oeste: Wisconsin, Minnesota...

—Wyoming —añadió Pru—. Apuesto a que está bastante vacío.

—O vamos hacia el norte, tal vez incluso a Canadá.

—Oren está al norte —intervino Sarah—. Chris y Lena se dirigieron al norte.

Se hizo el silencio.

—Fueron hacia el este —respondió Greg.

—Greg, Chris sabía que el este era peligroso y había estado en Oren. Así que si sigue vivo...

—Gran suposición —puntualizó Greg.

—Sí, y también apuesto a que se alegraría mucho de vernos, teniendo en cuenta cómo ha vuelto para rescatarnos a todos —terció Pru con amargura.

—No importa adónde vayamos, estás hablando de cuarenta niños —dijo Greg—. Necesitamos carretas, comida, munición, caballos: cosas con las que no contamos.

—Si nos llevamos a todo el mundo, puede que no —insinuó Sarah.

—¿Cómo? —Pru enarcó una ceja—. ¿Quieres echar a alguien del barco?

—Sí; a Aidan, a Lucian y a Sam. —Sarah se lo quedó mirando—. No confío en ellos.

Pru se encogió de hombros.

—Me parece bien.

—Espera, no sé si es tan sencillo —dijo Greg—. No estamos eligiendo equipos para jugar una pachanga. A mí no me gusta lo que hacen, claro, pero no se me ocurre nada mejor.

—Vosotros no podríais hacerlo —interrumpió Tori—. Sólo porque Peter decidiera que la tortura estaba bien no significa que lo esté. ¿No diría un prisionero lo que fuera con tal de que dejaseis de torturarlo?

—Eh, eso no es justo —respondió Pru—. El Consejo tenía que aprobarlo también.

—Cosa que la mayor parte de nosotros no sabía hasta que Chris huyó. Así que, si la tortura estaba tan bien, ¿por qué la ocultaban? —Tori centró toda su atención en Greg—. ¿Qué pasaría si te negaras?

—No lo sé. —Greg no quería descubrirlo. Sería como decirle al director del instituto que la estaba pifiando: «Vaya, gracias por tu opinión, chaval, y ahora castigado de por vida». Sólo había que fijarse en lo pronto que Yeager decidió meter a Chris en la cárcel, y eso que era su nieto. Se puso en pie—. Debemos irnos. ¿Podemos dejar para más tarde el *quién* hasta que sepamos el *cómo* o si deberíamos hacer esto ahora? Seguimos en invierno, por el amor de Dios.

—No por mucho tiempo. Tenemos que decidirnos, y pronto. —Como Greg sólo se inclinó para abrocharse la cremallera de su parka, Sarah continuó—: Mira, si no estás con nosotros, no pasa nada, pero no nos entorpezcas.

—¿Qué? —saltó Greg—. Sarah, por si no te has dado cuenta, no soy el enemigo.

—Sólo está agobiada —la excusó Tori.

«¿Y yo no?».

—No la excuses.

—Pero ¿es que no lo ves, Greg? Todo se está viniendo abajo. —Sarah tenía los ojos bañados en lágrimas—. ¡Peter está muerto, Chris se ha ido y todo se está desmoronando!

—¿Crees que no lo sé? —La súbita llamarada de rabia le dejó un regusto ácido en la lengua—. Déjame que te diga algo sobre lo de que todo se está desmoronando: Peter era mi amigo. La única razón por la que no morí en aquella emboscada es porque fui a Oren con Chris. No hay ni un solo día en que no piense en cómo podría haber salvado a Peter. ¿Y qué me dices de Chris? Confiaba en mí. Si me lo hubiese pedido, le habría ayudado a escapar. Pero no lo hizo y ya no está. Ahora, cuando el Consejo quiere imponer una decisión, recurre a mí, y ¿sabes lo que tengo que hacer? Robar a ancianos siguiendo el rumor de que tienen un par de jerbos rondando por ahí. Así que no me digas que las cosas se están desmoronando, Sarah. —Tiró tan fuerte de

la cremallera que el metal pareció a punto de soltar chispas—. Sé muy bien de qué me hablo.

Tori alcanzó a Greg y a Pru cuando ya habían recorrido la mitad de la nave de la iglesia.

—Sólo está agobiada.

—No es la única —soltó Pru.

—No te preocupes —dijo Greg, que seguía enfadado—. No es para tanto.

—Sí que lo es. Verás, yo... —La mirada de Tori voló hasta Pru y volvió—. ¿Puedo hablar contigo un segundo?

—¿Qué? Mmm... Claro. —Greg observó a Pru, que se limitó a encoger un hombro y se dirigió al altar, torció a la izquierda y desapareció por una entrada abovedada. Greg esperó hasta que oyó las fuertes pisadas de las botas de Pru en los escalones y luego se giró hacia Tori—. ¿Y bien?

—No pretendía que pasaras un mal rato —empezó a decir, apretándole suavemente el brazo—. Me alegro de que el Consejo te escogiera a ti para ocupar el lugar de Chris y no a Pru.

—Oh. —La boca se le secó. Tori nunca lo había tocado antes. Ninguna chica lo había hecho. Qué extraño resultaba aquello: estar en una iglesia con una chica por la que estaba colado hasta las trancas... y armado—. Yo no, ah... —Reprimió un golpe de tos—. No es que me quedara otra.

Los ojos de Tori eran muy azules, pero quizá se debiera a que se hallaba más cerca que antes.

—Podrías haber dicho que no, pero no lo hiciste. Es muy fácil quejarse, igual que yo hacía con mi madre cuando no me dejaba quedarme levantada hasta tarde. —La boca de Tori esbozó una sonrisa tan triste que Greg sintió el extraño impulso de tocarle la mejilla como solía hacer su madre cuando él tenía fiebre—. Ahora que tenemos a todos estos críos, comprendo a qué se refería. Casi a diario, daría lo que fuera por que mi madre me regañara por los deberes o me quitara la Xbox. No creo que me reconociera.

—Claro que te reconocería. Estás dándolo todo.

—¿Y si no es así?

—Entonces, solúcionalo —le contestó y, antes de que Greg supiera lo que ocurría, la boca de Tori estaba pegada a la suya.

Greg se sorprendió tanto que reprimió un grito. El corazón empezó a martillearle el pecho y creyó que iba a desmayarse, ¡qué bien se sentía! No sabía lo que hacer con las manos, se le cortó la respiración y dejó de pensar. Los dos pararon a la vez para tomar aliento y él dijo:

—T-Tori...

—Shhh —le respondió ella.

Dejaron de hablar durante un rato y no pasó nada. Estaba bien.

Al menos, hubo un par de momentos en que Greg no tuvo que pensar en la horrible persona que era al tener que marcharse para matar al pobre gato viejo de una abuela.

Una hora más tarde:

—Vete a descansar —le susurró Tori a Sarah poniéndole una mano en el hombro—. Yo me quedaré con Caleb.

—No, está bien. —Sarah intentó sonreír, pero tenía los músculos congelados, una sensación que le recordó a cuando su padre había arreglado el camino de entrada y ella quiso comprobar durante cuánto tiempo podía meter la zapatilla en el cemento húmedo. Dentro de un millón de años, un arqueólogo descubriría aquella pequeña zapatilla rosa y se preguntaría dónde estaba el resto del cuerpo.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—¿Eh? —Sarah tuvo que llevarse una mano a la cara. Tenía los labios tan tiesos que parecían los de un cadáver—. Nada, sólo me estaba acordando de una cosa. —Oyó a *Jet* gimotear a sus pies. El animal, de natural calmado, se había mostrado muy inquieto desde que Greg y Pru se marcharon—. Siento lo que ha pasado antes con Greg. Ha sido muy injusto.

—Sí, lo ha sido. —Tori le puso un trapo húmedo en la frente al crío—. Tienes que dejar de autocompadecerte. Es una gilipollez. Todos echamos de menos a Peter. Yo sigo esperando que Chris aparezca por la puerta en cualquier momento.

—¿Para rescatarnos? —Le maravilló con qué facilidad rebrotaba la amargura. ¿Cuándo se había vuelto tan mezquina? Todas esas lamentaciones y esos «¡ay de mí!»... Sin dejar de gimotear, *Jet* se había puesto en pie. Le acarició las orejas para tranquilizarlo y para tranquilizarse a sí misma—. Perdona, Tori. Ese comentario sobraba. Es sólo que me cuesta encontrar un término medio en este balancín emocional.

—Tú no eres la única que lo está pasando mal. Greg se está esforzando y le duelen las cosas. ¿Crees que yo siempre estoy tan alegre y comprensiva? La mayor parte del tiempo finjo. Si no, me pasaría medio día llorando y la otra mitad soñando con comida que no puedo tener. Cumplo dieciocho dentro de dos meses. Debería estar pensando en la universidad, en volver loca a mi madre y en si pareceré un tonel con el traje del baile de fin de curso. —Tori se permitió una breve risita—. Ojalá me viera mi madre; siempre me daba la tabarra con lo del peso.

—Entonces, ¿antes también estabas fingiendo? Cuando dijiste lo de huir...

—No. Deberíamos hacerlo cuanto antes, Pru tiene razón. Se nota en el aire lo enfadado que está todo el mundo. La comida se ha acabado rápido, como el resto de las provisiones. Nos sobran las armas, pero no tenemos balas ni queda nada que cazar. Tendremos suerte si no linchan al Consejo. Las cosas se están desmadrando. —Tori hizo una pausa—. ¿Te acuerdas que dije que había abierto la puerta del coro? Pues lo que no te conté fue que... Cutter estaba esperando fuera horas antes de lo que le tocaba.

—¿Qué? —De los dos guardias nocturnos, al que más odiaba era a aquel anciano fornido y greñado que había llegado a Rule junto con Lang y Weller. Otros vejetes echaban una miradita furtiva, pero Cutter se te quedaba mirando sin reparos—. ¿Y por qué no dijiste nada?

—Porque tampoco es que hiciera nada concreto. Fingió que tenía que comprobar la puerta. ¿Sabes lo pequeñísimo que es ese rellano?

Lo sabía. Las escaleras eran estrechas y unían el coro con el presbiterio. El rellano que había entre el sótano y la iglesia era un cuadrado donde no cabían más de un par de felpudos contiguos.

—¿Y él te...? Ya sabes... —No quiso decir «te tocó».

—Bastante. Se coló dentro tan rápido que me dio un buen restregón. Su cara me pareció... peligrosa. Como si fuera mejor que no gritara ni me resistiera.

—¿Crees que te habría hecho daño?

—Sinceramente, no tenía ganas de averiguarlo. Pero entonces me acordé de las niñas pequeñas y pensé..., en fin..., mejor yo que una de ellas. Estoy enferma, ¿no?

—No estás enferma. Querías protegerlas. —Sarah cogió las manos heladas de Tori—. Pero imagino que ocurrió algo más, ¿verdad? ¿Qué?

—Me dijo que, si no quería que Pru o Greg se metieran en problemas, tenía que ser *amable*. Así que... dejé que me diera un largo y sucio sobeteo. —Sarah respiró hondo y abrió la boca para decir algo, pero Tori la paró en seco—: Ahórratelo, ¿vale? Ya me siento como si me hubiera arrastrado por una cloaca. Pero ¿te acuerdas de las judías que Pru le dio? Pues Cutter me ofreció la lata a modo de pago. Me dijo que era una especie de trueque. Que... que los pequeños tendrían más comida si yo hacía más, ya me entiendes. Y lo peor es que... —Tori agachó la mirada— que, durante un segundo, pensé: «De acuerdo».

—Pero, Tori. —A Sarah se le vino el reflujo ácido de su estómago vacío—. No estarás hablando en serio.

—No lo sé. —Se encogió de hombros—. A lo mejor sí. Los chicos están hambrientos. ¿Y si Cutter amenaza con hacerle daño a Greg? ¿O a Pru? Ninguno de nosotros está a salvo.

—Mira, no adelantemos acontecimientos, ¿vale? Todavía no ha ocurrido nada. Hablaremos con Greg y con Pru, pensaremos en algo. ¿Sabes qué? Me apetece una infusión. ¿Quieres una? —Sarah se levantó con tanto ímpetu que el corazón no pudo seguirle el ritmo y le entró un mareo que le nubló la vista durante unos instantes. Inspiró débilmente una, dos veces—. ¿Qué prefieres: manzanilla o manzanilla?

—Pues me apetece una manzanilla... —Tori esbozó una trémula sonrisa—. Mira, ya he llevado a *Daisy* y a *Fantasma* con las niñas. ¿Por qué no dejas a *Jet* con los chicos? Ese perro se vuelve loco cuando tú no estás.

«No tanto como me siento yo ahora».

—Claro. —Se giró para marcharse, con *Jet* pisándole los talones—. Todo saldrá bien, Tori.

—Me alegra que pienses eso —respondió esta.

«Dios, Cutter toqueteando a Tori...». El pensamiento la hizo estremecerse mientras recorría el pasadizo que conectaba la escuela con la iglesia. Le entraban ganas de echarle un tapón de lejía a su mente y pulsar «aclarado». Esas manos repulsivas, esa boca...

—¡Qué asco! —El aire helado le azotó la cara cuando empujó las puertas dobles que daban al vestíbulo oeste. Justo enfrente había dos tramos de escalera. Si torcías a la izquierda, tenías la opción de subir tres escalones para ir al guardarropa o de bajar doce para ir al sótano. Si elegías la escalera de la derecha, sin embargo, accedías a otra circular de piedra que conducía al campanario.

Sarah encendió la linterna y se decantó por la escalera izquierda. La iglesia no era su lugar favorito: le daba escalofríos, ya fuera de día o de noche. Construida en su totalidad con piedra caliza local de color hueso, era como un cubito de hielo insonorizado, frío como un témpano y sumido en la penumbra. Siguió alumbrándose y descendió al sótano sin ventanas, oscuro como el cielo a medianoche. La arenilla crujía como una pistola de petardos bajo sus pies y el aire gélido le rajaba la cara. El sótano estaba dominado por la profunda caverna de una habitación común que parecía todavía más negra con el frío. Tiritando, dobló a la izquierda en dirección a la cocina, una especie de garganta larga y estrecha diseñada muy modestamente. Los armarios eran de un amarillo vómito, de contrachapado antiguo, y el suelo y la encimera, de formica manchada. El fregadero, de acero inoxidable y de tamaño industrial, tenía dos grifos, aunque nunca había visto salir agua por ninguno de ellos. Toda el agua que utilizaban procedía del deshielo y siempre tenían una cacerola de aluminio con hielo disponible.

Fue al sacar a tientas una cerilla cuando lo oyó: un crujido mínimo, pero perceptible como el de la arena bajo una bota pesada. «¿Qué?». El corazón le dio un vuelco. Se quedó inmóvil, con la cerilla sin encender en la mano, y luego giró a la derecha para recorrer con la mirada la larga garganta que formaba una de las alas de la cocina hacia la despensa donde guardaban bajo llave sus exiguas raciones. Al desplazarse, volvió a captar el crujido: arenilla bajo sus pies. «Te has oído a ti misma, tonta. —Encendió el Coleman y colocó en el hornillo la cacerola con hielo—. Estás paranoica».

Sacó el manojito de llaves con manos temblorosas y se dirigió a la despensa; introdujo una llave en la cerradura, la giró y oyó el *cranc* de que la cerradura no se abría..., sino que se cerraba. «¿Eh?» Se quedó extrañada. ¿La puerta estaba abierta? No debería ser así...

Entonces se acordó de lo que Tori había dicho: «Cuando fui a barrer el sótano...». Tori había utilizado la tarea como una excusa para abrir la puerta lateral y que Greg y Pru pudieran colarse dentro. «Pero ahora hay arena... —Pensó en que el vestíbulo le

había parecido muchísimo más frío y el pulso se le aceleró un poco. Aunque la iglesia siempre estaba fría, ¿se había vuelto gélida porque la puerta lateral estaba abierta? Sin pararse a comprobarlo o sin sentir una corriente de aire era difícil saberlo—. Y el sótano está helado porque, si la puerta está abierta, el aire puede ir en dos direcciones: arriba hacia el templo...».

O abajo hacia el sótano, con ella.

«Pero, espera, espera». Tori había ido tras Greg. ¿Dijo si había vuelto a cerrar la puerta una vez que los chicos se marcharon? Sarah no había preguntado. De todas formas, tampoco se habría molestado en comprobarlo, porque Tori tenía suficiente sentido común para saber que *siempre* había que cerrar las puertas.

«Aunque la hubiera cerrado, algo podría haber entrado antes y encontrarse aquí ahora».

No, qué disparate. ¿Quién querría colarse en un sótano congelado? ¿Qué podía haber allí que no hubiera en cualquier otro sitio? Bueno..., comida. Obviamente. Y eso la hizo pensar en otra cosa que Tori había dicho: cuando abrió la puerta lateral, Cutter estaba allí.

«¡Oh, Dios! —¿Y si Tori había llegado a una conclusión errónea? Cutter tenía llaves—. Así que quizás estuviera allí para robar comida: una cucharada de mantequilla de cacahuete por aquí, unas galletitas saladas por allá... ¿Quién se iba a enterar?». Tampoco es que contaran cada habichuela.

Tal vez debería salir de allí y cerrar el sótano. Sí, pero eso significaba volver a atravesar aquella oscura y espeluznante sala comunitaria de camino a las escaleras. Desde allí, la única salida que había era la puerta lateral o el presbiterio en el siguiente rellano. Puede que fuera mejor desandar sus pasos, irse derecha a la escuela y encerrarse con las demás. Si algo les atacaba...

«Tori tiene la escopeta y yo, la pistola. —Aunque no se daba mucha maña con las armas porque no le gustaban—. Bueno, mejor no enfrentarse al Coco. Es preferible cerrar las puertas, abrir una ventana y gritar». Si alguien la oía. Era bien entrada la tarde y la gente no solía salir por ahí esos días si podía evitarlo. La falta de comida implicaba una falta considerable de energía.

Volvió a oír el sonido, esta vez más claro. Ya no era un simple crujido, sino el arrastre de una bota pesada.

Entonces lo supo: no había nada escondido en la despensa. Había algo detrás de ella, emergiendo de la negrura de aquella sala comunitaria.

Y viniendo en su dirección.

—No. —Greg metió la bota entre la puerta y el marco—. No hagas esto más difícil de lo que debe ser.

—Pero os habéis equivocado. —Por lo que Greg acertaba a distinguir a través de la ranura, un ojo de murciélago brillante enterrado en una cuenca, a Verna Landry había que mirarla dos veces para verla—. No sé quién os ha dicho...

—Bueno, podemos hablarlo —propuso, tratando de introducir notas de compasión y firmeza en su voz. «Un gato. Estoy acosando a esta pobre mujer por un gato». Tratar de decidir a cuántos tíos llevarse y si debían ser viejos-viejos de verdad o viejos a secas siempre era como echarlo a cara o cruz. Esta vez había optado por seis, cuatro Salvados: Pru, Aidan, Lucian y él mismo, y dos abueletes: un viejo chocho con voz de clarín llamado Henry y Jarvis, que era viejo a secas y conocía al marido de la señora, Chester—. Necesito que abra la puerta, señora Landry, en serio.

—Esta es mi casa. No tienes derecho a venir aquí y lanzar acusaciones. —Aquel único ojo penetrante pestañeó hacia la derecha—. Jarvis, te llevaste toda nuestra comida hace siete semanas.

—Bueno, Verna, verás, ese es el problema. —Jarvis, un abuelete pálido, tenía el tipo de cuello protuberante que Greg siempre asociaba con un pavo, aunque se trataba más bien de un zorro viejo—. Chester no hacía más que decir que tenía cagaleras por comer comida para gatos...

—Fue sólo una ración.

—Nadie le está dando a la gente comida para gatos. —Lucian se pasó la lengua serpentina por los labios. El piercing de plata despidió un destello—. Gatos, tal vez —dijo arrastrando las palabras—, pero no comida para gatos. —Tras él, Aidan rió disimuladamente y se presionó una aleta de la nariz con el pulgar, emitió un sonoro bocinazo, echó un vistazo rápido y se limpió la mano en los vaqueros.

—Eso es para los perros —continuó Greg, sin saber muy bien si lo que quería era darle una patada a Lucian en la boca o no volver a tocar nada que rondara a Aidan. Tal vez las dos cosas—. Así que ¿dónde lo consiguió Chester?

—Está bien. —La voz de Verna subió un tono—. Está bien, sí, teníamos un gato. Era de Lisa, pero se escapó cuando ella... —Verna se fue apagando, pero volvió a venirse arriba—. Seguimos teniendo la comida.

—Entonces, deberíais haberla dado la última vez que fuimos puerta por puerta. —Pru se acercó un poco más y añadió—: El Consejo dio órdenes justo después de la emboscada.

—Muy bien, cometimos un error, pero ¿encontrasteis un gato entonces? No. ¿Y por qué os ha dado por los gatos? ¿Por qué no perros y caballos?

Esa era la razón por la que Greg había dejado a *Daisy* con Tori y Sarah. Lo que les faltaba era un vecino cabreado disparando al azar.

—Por favor, señora, todo será más fácil si nos abre la puerta.

—No hasta que Chester llegue a casa. Sólo tenéis que volver cuando él...

—Hacedlo. —De repente, Greg se hartó de todo aquello. Sólo tenían que entrar, salir, dar el asunto por zanjado y volver con Tori.

—Eso ya me gusta más —dijo Aidan. Dio un rápido paso lateral para rodear a Greg, y Lucian y él asestaron unas potentes patadas a la puerta al estilo policial. La anciana los vio venir y soltó un graznido frustrado, pero no se movió con la suficiente rapidez. Se oyó un chirrido de astillas cuando la placa de la cerradura y la cadena saltaron del marco. Greg oyó un nauseabundo *crac* y un *ah* cuando la cabeza de la anciana dio primero en la madera y luego pivotó en el cuello. Tambaleándose hacia atrás, con una mano agarrada a la nariz, de la que manaba un río de sangre, empezó a emitir un chillido congestionado: «¡Mih narih, mih narih!».

—Por suerte, sigue en la cara —dijo Aidan.

—Puto A. —soltó Lucian, aunque Greg no sabía, ni le importaba, si aprobaba lo que había hecho su amigo o se limitaba a comentar su habilidad para romperle la nariz a una anciana.

—Henry, asegúrate de que no se mueve de aquí —ordenó Greg, pasando por encima de la vieja gimoteante mientras Henry renqueaba y decía en voz sorprendentemente chillona: «Mira, Verna, te lo habría dicho...».

«Tío, odio esto». Greg dejó atrás un armario bajo las escaleras a grandes zancadas, se adentró en el pasillo oscurecido por las sombras de la tarde y se dirigió a la cocina con Pru y Jarvis pegados a los talones. Sin motivo aparente, un escalofrío le recorrió el cuero cabelludo y en la nuca le empezó una rabiosa comezón. «Vaya, aquí pasa algo». Tenía la extrañísima sensación de que la casa estaba a la vez vacía y ocupada. Echó un vistazo por encima del hombro. Aidan y Lucian iban a paso tranquilo, recorriendo con la mirada las paredes repletas de fotografías y las mesas atestadas de figuritas, dispuestos a choricear lo que se les antojara en el segundo en que Greg, Pru o Jarvis no mirasen. Vio que Aidan abría el armarito bajo las escaleras, echaba un vistazo y continuaba.

Nada fuera de lugar. Frunció el ceño. «Entonces, ¿por qué estoy tan asustado? Algo va mal...».

—Bingo. Un plato de comida. —Pru señaló con la barbilla un alegre salvamantel amarillo colocado en un rincón de la cocina, detrás de una mesa y unas sillas de granja. Junto a un cuenco redondo de cerámica decorado con raspas de peces y las palabras Miau y Ñam Ñam, había otro de aluminio medio lleno de agua. El plato de la comida tenía una sola bolita de pienso—. No veo la caja de la arena.

—A lo mejor la dejaron fuera —supuso Aidan—. Puede que todavía siga ahí, a menos que el viejales haya huido.

—Eh —dijo Greg, incómodo ante Jarvis, que encajaba perfectamente en la definición de *viejales*. La verdad es que Aidan tenía que vigilar sus palabras—. Cierra el pico, ¿vale?

—¿Qué? —Aidan puso una convincente cara de confundido—. ¿Qué he dicho?

—Nada, *chaval* —dijo Jarvis, haciéndole la pelota, y luego miró a Greg—. Chester no huiría. ¿Y todo el lío que ha montado Verna? Diez a uno a que el gato sigue aquí.

—A lo mejor lo han metido en un armario o algo. —Greg divisó una alacena rinconera y tiró de la puerta. La alacena estaba completamente cerrada y negra como boca de lobo. Sacó la linterna y esparció luz naranja por el suelo de pino—. Hay una bolsa de pienso, un par de latas de...

—¿Qué? —Aidan y Lucian preguntaron al unísono cuando Greg fue apagando la voz.

—Espera. —El suelo de madera de la casa vieja no estaba muy limpio, pero allí, con tan poco tránsito, el pino estaba mucho más brillante y Greg divisó una lama que parecía arañada y con las juntas más anchas que las demás. «Como si la hubieran recolocado o encajado». Cuando presionó la lama, esta se cimbrió. «Joder». Tenía miedo de albergar alguna esperanza, pero su corazón latió un poco más rápido. «Puede que aquí haya algo, puede que sí...». Abrió la hoja de su navaja de bolsillo y metió la punta en una junta. La hoja la atravesó con total facilidad.

—¡Eh! —gritó. Cuando los demás se apelonaron en la puerta, él señaló—. Esta lama se levanta, pero no puedo hacer suficiente palanca.

—Toma. —Lucian se sacó un machete negro de acero al carbono de la funda de la cintura con el que probablemente se podía tallar un búfalo—. Prueba con este.

Greg metió la hoja unos veinte centímetros por el hueco antes de que el acero tocara algo. ¿Metal?

—Tengo algo.

—¿Seguro que no es sólo una viga? —preguntó Pru.

—No es madera. Siento una corriente. Creo que hay una cámara bajo la casa. —Cinco segundos más tarde, Greg conseguía levantar la lama, miraba y decía—: Virgen santa.

En el cono de luz anaranjada que arrojaba su linterna en aquel escondrijo, los frascos brillaban como una provisión de piedras preciosas: tarros pequeños de vidrio biselado de gelatina de fresa, de arándanos y mermelada de un naranja oscuro; tarros más grandes y frascos de conserva relucientes llenos a rebosar de zanahorias, puntas de espárragos, champiñones, patatas y otras verduras encurtidas, además de frutas.

—¡Vaya! —exclamó Lucian.

—Hay que joderse —añadió Aidan.

—Dios bendito —soltó Jarvis a modo de rezo. Se abrió paso a empujones, dejó atrás a Greg y retiró un tarro de a litro lleno hasta arriba de fruta que nadaba en sirope claro. A la luz, los melocotones tenían el aspecto de medialunas doradas—. Tienen todos esos alimentos. Tienen comida.

«Grosellas —leyó Greg en otro frasco, donde la palabra estaba escrita con letras delicadas y meticulosas junto con una fecha. Nunca había probado las grosellas, pero

sonaban muy, pero que muy bien. Las tripas le rugían y tenía tanta saliva acumulada bajo la lengua que temía empezar a babear—. Albaricoques. Cerezas». Para distraerse, contó los tarros.

—Treinta y seis. No es gran cosa, pero...

—Y una mierda que no. —Jarvis había aferrado aquel frasco de melocotones contra su pecho como el reverendo Yeager a veces hacía con la Biblia durante un sermón—. Debería haber caído en esto. Conozco a Verna desde que éramos críos, hace ya sesenta años. Su madre se ponía a hacer conservas como una loca durante todo el verano y el otoño. Registramos esto hace seis semanas: estaba limpio como una patena y me pareció muy raro. No le pegaba nada a Verna, pero habían pasado meses desde que todo se fue al traste y pensé: «Vale, se lo han comido todo». —De pronto, a Jarvis se le oscureció la cara—. Y, aun así, han seguido cogiendo raciones.

—Cabrones —soltó Aidan.

—Sí, eso no está bien; no es justo y eso —terció Lucian.

—Pero no lo entiendo. —Pru estaba examinando un tarro de huevos de un púrpura brillante encurtidos en jugo de remolacha. Greg estaba seguro de que, si alguien le hubiera propuesto a Pru hacía cinco meses comerse algo parecido, lo habría mandado a freír espárragos—. ¿Por qué parece que esa señora pasa hambre? —preguntó.

—A lo mejor esta es su reserva de emergencia —sugirió Lucian.

—O sólo han estado picoteando de vez en cuando. —Aidan sacó un tarro de coles de Bruselas encurtidas—. Tío, antes odiaba toda esta mierda, pero ahora no hay ningún problema. Tenemos que dismantelar el resto de la casa. Deberíamos hacerlo con todas las casas y marcarlas con una cruz.

—Espera, espera, no tan rápido. —Greg se estaba mareando. El imperioso deseo de romper el sello de aquel frasco de cerezas era casi abrumador—. Esto está genial, pero nosotros vinimos a por el gato. —«Pero ¿qué estoy diciendo?».

—Que le den al gato. —Lucian sacó un tarro de conservas en el que flotaban ciruelas de un rojo rubí—. Tío, podríamos...

—Ni se te ocurra. —Greg volvió a dejar las cerezas donde estaban, aunque le costó horrores—. Vamos, devolvédmelos.

—Espera. —Lucian dobló el codo, sujetando su tarro fuera del alcance de Greg—. ¿Es que nosotros no tenemos ni voz ni voto?

—No. —A Greg se le agitó el estómago. Por el mohín de frustración de la cara de Pru, no estaba seguro de que aquello no terminara en un cuatro contra uno. Quizás incluso cinco, si contaba al viejo y renqueante Henry—. Escuchad, lo entiendo, pero no podemos. No es justo para los demás.

—A la mierda si no es justo. —En la penumbra, los tatuajes de Aidan parecían bichos que le hubieran salido de las mejillas—. Colega, tengo hambre. Nadie tiene por qué enterarse.

—La vieja se enterará —sentenció Lucian con un retumbo.

—Podemos hacer una cosa al respecto —propuso Aidan.

—No —repitió Greg—. Lo único que vamos a hacer es entregar esto.

—¿Y si no lo hacemos? —lo desafió Aidan—. No puedes obligarme.

Aquellas palabras sonaron tan a niño de cinco años que Greg tuvo que morderse la lengua. «Consigue que uno de ellos te entregue un frasco».

—No nos pongamos en ese plan. Venga, tíos. —Le tendió las manos a Pru, que, según creía, cedería primero—. Dámelo.

Tras lo que pareció un segundo muy largo, Pru le entregó el tarro de mala gana.

—Aquí tienes —dijo Pru—. Toma esta puta cosa antes de que la rompa sin querer queriendo.

Greg lo colocó en su sitio y ladeó la cabeza hacia Aidan y Lucian.

—Vosotros también. Ya conocéis las reglas. Compartimos la comida. Así es como debe ser.

Aidan giró la cabeza hacia Lucian, cuyos ojos de escualo miraban a Pru y volvían, sopesando las opciones. Un momento después, Lucian se encogió de hombros y devolvió su frasco en silencio.

—Mierda. —Aidan lanzó sus coles de Bruselas como una pelota que Greg atrapó con torpeza y a punto estuvo de dejar caer—. Gilipollas. Ojalá te atragantes.

—¿Jarvis? —Con el corazón a mil por hora, Greg alzó la vista hacia el anciano—. Vamos.

—Es un tarro de melocotones. —Jarvis se relamió—. Nadie tiene por qué enterarse.

—Estoy contigo, hermano —apostilló Aidan.

—Tengo setenta y cinco putos años —prosiguió Jarvis, y entonces hizo un mohín—. El Consejo se preocupa más por vosotros. Los Salvados coméis mejor. Os los llevaréis todos.

—Eh, que te jodan, Jarvis —dijo Lucian—. Yo estoy tieso.

—Sí —intervino Pru—, a los Salvados nos va de puta madre.

—Lo único que estoy pidiendo es un asqueroso frasco de melocotones, por el amor de Dios —insistió Jarvis.

—Jarvis. —Greg tragó saliva con dificultad—. Todos tenemos hambre, pero ya conoces las reglas.

—Reglas. —Jarvis entornó los ojos—. Es muy fácil cuando las reglas te allanan el camino. Supongo que eso es lo que tiene ser los niños bonitos del Consejo.

—¡Eh! ¿A quién estás llamando niño bonito? —preguntó Aidan—. Nosotros también entregamos nuestra comida, que lo sepas.

—Sí, pero ¿por qué? —Jarvis apuntó a Greg con la mirada—. ¿Porque el Consejo os da la autoridad? Aquí los hemos apoyado durante años. Renunciamos a nuestros nietos. Permitimos que los atraparan y les disparasen sin que les dieran siquiera la oportunidad de mejorarse, de volver con nosotros... ¿Y ahora se supone que también tenemos que morir de hambre para que vosotros os salvéis? ¿Unos críos que no son

de nuestra sangre, de nuestra familia? ¡Venga ya, hombre!

—Vale, espera. —Pru levantó las manos con las palmas de frente—. Vamos a calmarnos un poco, ¿vale?

—¿Y si no quiero calmarme? —Jarvis no le quitaba la vista de encima a Greg—. ¿Y si estoy harto de acatar órdenes del Consejo? ¿De unos vándalos?

—¡Eh! —Lucian frunció tanto el ceño que las costras de la coronilla se le encogieron—. Cuidado con lo de los vándalos esos.

De repente, la alacena se volvió muy agobiante y mucho más oscura, y Greg se había dejado el rifle en la cocina. Jarvis también, pero él además llevaba una pistola en una pistolera. Greg echó un rápido vistazo a la cintura del anciano y luego deseó no haberse vendido de aquella manera.

Jarvis le vio las intenciones.

—¿Tienes miedo de que te pegue un tiro?

Antes de que Greg pudiera pensar en la respuesta correcta —¿acaso había una?—, Pru dijo:

—Dado que estoy justo detrás de ti, Jarvis, esa sería una muy mala idea.

—Tienes una Ruger, chaval. —Jarvis soltó una carcajada. La nuez le bamboleaba en el cuello de pavo—. Dispara. Si me das a mí, le das a él.

Se oyó cómo algo de metal se deslizaba por plástico y entonces Greg vio que Jarvis ponía la espalda rígida.

—Sí, pero esto no tiene balas —dijo Aidan, y debió de apretar la punta de su cuchillo más de lo necesario en el cuello de Jarvis, porque el anciano reprimió un grito—. Una vez le hice esto en Biología a una enorme rana toro.

—Me acuerdo de aquel laboratorio —dijo Lucian—. No veas cómo pataleaba el animal.

—Nadie está diseccionando ranas y nadie va a dispararle a nadie. Sólo voy a coger el cuchillo de Lucian, ¿vale? Tranquilo todo el mundo. —Lentamente, levantándose del suelo, Greg extendió la mano derecha mientras aguantaba la hoja del machete en la izquierda y rezaba para que Lucian no la agarrara tan rápido que perdiera unos cuantos dedos en el canje. Detrás veía a Pru y a su Ruger Mini-14 apoyada firmemente en las cervicales de Jarvis, y a Aidan, cuyos labios se habían retirado dibujando una sonrisa predatoria que Greg conocía demasiado bien. Lucian sólo parecía meditabundo, como si todos los engranajes en su cabeza estuvieran en funcionamiento, como si considerase todos los ángulos. Aquello daba aún más miedo.

—Esto es lo que vamos a hacer. —Greg sentía la mandíbula tan tensa que las palabras apenas lograban traspasar sus dientes—. Al gato que le den, ¿vale? Empaquetamos esto y nos vamos, juntos. Lo llevamos todo al almacén y ya no tenemos que preocuparnos más, ¿de acuerdo?

—¿Ojos que no ven, corazón que no siente? —Jarvis soltó una risotada amarga, como el chasquido que produce el hielo de mala calidad. Aquello ya no sonó ni se

pareció mucho a un *gluglugu*—. ¿Te crees que es tan fácil?

—Eh. —Aidan mostró los dientes de un gruñido—. ¿Nos estás amenazando a nosotros, los pobres vandalitos?

—Aidan, guarda el cuchillo. —Greg deslizó la mirada hasta Pru—. Tú también. —Tras un largo segundo, el codo de Pru se relajó y Greg oyó el *clic* del seguro de la Ruger—. Aidan.

—Que sí, que sí —accedió Aidan, aunque, por la forma en que Jarvis crispó la mejilla, a Greg le dio la sensación de que al final el muy cerdo le había hecho un corte.

—Vale —dijo Greg—. Necesitamos algo para llevarnos esto. Pru, id Jarvis y tú a por algunas fundas de almohada.

—¿Y cómo sabemos que no te vas a meter un tarro en el bolsillo o en las alforjas cuando nos vayamos? —preguntó Jarvis—. ¿Por qué debemos confiar en ti?

—Porque podéis. Jarvis, en serio, estamos en el mismo bando —le aseguró Greg.

—¿Ah, sí? —respondió Jarvis—. ¿Y qué bando es ese?

«Muévete. —El fino vello del cuello de Sarah se electrizó de terror—. ¡Viene algo! ¡Muévete, muévete!».

—¡No! —Ahogó un grito y huyó como un conejo asustado hacia la puerta de la despensa; las llaves se le cayeron al suelo, pero no tenía tiempo de pararse a buscarlas, ¡sólo de huir! La puerta se abrió con un enorme *pam*. Ai precipitarse dentro, sintió que unos dedos le rozaban el pelo. Soltando un tremendo aullido, giró sobre sus talones y arremetió contra la puerta para cerrarla. La linterna fluctuó en todas direcciones, dibujando amplios trazos en la oscuridad e iluminando las estanterías antes de caérsele. La luz rebotó en el suelo y el haz naranja se apagó. Completamente ciega, Sarah anduvo a tientas en la oscuridad hasta que se agarró con fuerza a algo, sintió el tacto de la madera y cerró la puerta de un sólido *clap*.

A salvo; estaba a salvo. Retrocedió jadeando y apuntaló la puerta con su cuerpo, esperando sentir el empujón. Pero no ocurrió nada. No hubo ningún *pam*. Ningún puñetazo ni patada.

«Bloquea la puerta». Sin las llaves no podía cerrar y tal vez aquella fuera su única oportunidad. Conocía la despensa lo bastante bien como para orientarse en la oscuridad: había estanterías metálicas vacías a derecha e izquierda. Las únicas que contaban con algo de comida estaban a su izquierda. Sólo tenía que coger una de la derecha y arrastrarla hasta delante de la puerta. A menos que se lo hubiera imaginado todo. Se tragó un grito, esperó y escuchó por encima del clamor de su corazón. El aire olía, muy levemente, a mantequilla de cacahuete, pero no oyó nada. ¿Los nervios le habían jugado una mala pasada? No, había notado cómo algo intentaba tirarle del pelo. A no ser que todo hubiera sido una ilusión por culpa del pánico.

«Parecía tan real... —¿Su mente la estaba engañando?—. Como estoy estresada, hambrienta, exhausta...».

La cuestión era qué hacer a continuación. Podía quedarse ahí y atrancar la puerta. Pero el Coleman estaba encendido. El hielo acabaría fundiéndose y el agua evaporándose. Aparte del desperdicio de combustible, la llama abriría un agujero en la cacerola y provocaría un incendio.

Aguzó el oído apoyando la oreja en la cerradura. De nuevo, nada. Si decidía marcharse, volver a salir ahí fuera, necesitaría luz. Lo cual significaba recoger la linterna del suelo y rezarle a Dios para que funcionase. Se puso a cuatro patas. La arenilla se le clavaba a pesar de los vaqueros. «Vale, ¿para dónde tiro?». Cuando perdió la linterna, se había girado hacia la puerta. Por el sonido del metal al estrellarse contra el suelo y rodar, supuso que podría estar delante de ella, más o menos a las diez en punto. Se movió con cuidado y barrió el frío suelo con su trémula mano derecha. Seguía esperando que algo le rozara la piel; una araña, tal vez, pero ninguna araña que se precie montaría allí su cuartel general y, además, hacía

demasiado frío. Sus dedos tocaron tierra..., una buena capa, cosa extraña, pues Tori era muy quisquillosa con la limpieza. Sin embargo, Cutter había interrumpido a Tori aquella tarde, de modo que tal vez ni siquiera le hubiese dado tiempo a barrer.

Sarah avanzó unos centímetros moviendo la mano adelante y atrás como si fuera un detector de metales durante lo que le parecieron horas, aunque probablemente no tardó más de un minuto en que sus dedos chocaran con algo frío, curvo y metálico que intentaba salir rodando. La linterna. La cogió, se puso de rodillas dejando escapar un largo suspiro de alivio y accionó el interruptor de metal con el pulgar.

Un cono de luz amarilla se desplegó contra la oscuridad para revelar metal desnudo, bloques de hormigón y...

—¡No! —La palabra saltó de su garganta en el preciso momento en que unas manos enormes emergían de la oscuridad. Una le ciñó la mandíbula y le tapó la boca. La otra la enganchó del pelo y tiró de él como de una larga cuerda. La cabeza le pegó un tirón hacia atrás y dejó al descubierto la garganta. El movimiento la hizo tambalearse y perder el equilibrio y se despatarró contra el frío suelo de tal forma que se le cortó la respiración. Se revolvió no sólo por el miedo, sino por la necesidad de oxígeno, y empezó a dar bandazos con la linterna. Notó cuando tocó hueso, el sólido *pum* que le hizo temblar la mano. De la pesada oscuridad por encima de su cabeza llegó un gruñido estrangulado, un *arg* profundo y gutural. La mano que le agarraba el pelo se soltó como un pez que intentara saltar de una red, buscó a tientas su muñeca peleona y, cuando la encontró, se la machacó. Una enorme oleada de dolor le subió hasta el codo y tuvo que aflojar la mano. La linterna volvió a caerse al suelo. Esta vez, sin embargo, no se apagó, lo que no fue necesariamente una suerte.

—¡Quieta! —gruñó Cutter. Se dejó caer sobre su pecho y le acercó tanto la cara que le escupió en las mejillas. Le levantó ambos brazos, le agarró las muñecas con una sola mano y se las sujetó contra el suelo—. ¡Estate quieta si no quieres que te parta ahora mismo ese cuellecito tuyo!

Sarah no gritaba; no tenía aliento. Sacudía la cabeza de un lado a otro y forcejeaba: los pulmones estaban a punto de reventarle y la sangre le retumbaba en las sienes. Respirar era como querer apartar una montaña con el pecho. Consiguió tomar otra bocanada de aire y su nariz se arrugó al inhalar el extraño olor que emanaba la piel de Cutter: cebollas aceitosas, sudor... y mantequilla de cacahuete.

—Qqq... —De haber podido abrir la boca, le habría pegado un mordisco—. ¡Qqq-quítate!

—¿Vas a gritar? —Cuando vio que ella negaba con la cabeza, retiró la mano—. Tú y yo vamos a tener una pequeña charla.

—No tenemos n-nada de qu-que hablar... —tartamudeó—. Estás... es-estás robando co-comida a los pe-pequeños...

Cutter achinó los ojos.

—Sólo estoy cogiendo mi parte. Lo que es mío.

—Pero si recibes tus raciones. —Ahora mismo Tori debía de estar preguntándose

por ella. Bajaría a comprobar que todo iba bien, y probablemente con uno de los perros. Aunque no lo hiciera, tenía una escopeta. Si podía conseguir que Cutter siguiera hablando... Dios, ¿dónde estaba el otro guardia, Benton? A no ser que estuviera también en el ajo...—. Todos lo hacemos.

—Sí, pero los jóvenes recibís más. Os reservan lo mejor. —La barba gris y enmarañada de Cutter era tan densa que debía de haber algo viviendo allí—. ¿Nosotros asumimos todos los riesgos y se supone que debemos dar las gracias por una taza de sopa de tomate aguada?

—Por favor, deja que me vaya. No diré nada. —Por alguna razón, sus ojos se fijaron en un pegote de mantequilla de cacahuete que le colgaba de la comisura izquierda de la boca. Con tan mala luz, la mancha parecía una caca de rata—. Puedes quedarte con mis raciones. Quédatelas.

—¡No me digas! ¿Y si quiero más? —Le susurró las palabras al oído y le echó todo su apestoso aliento caliente en el cuello. A pesar de todo, Sarah no había sentido tanto frío en su vida.

El corazón amenazaba con apagársele.

—Yo... yo no tengo nada más. Por favor, sólo... No se lo diré a nadie, lo prometo.

—¿Y a quién se lo ibas a decir? ¿Al Consejo? ¿A tu novio, ese tal Pru? ¿Y si yo contara cómo algunos críos creen que pueden comprarme con una miserable lata de judías? ¿Crees que a la gente le interesaría saber por qué esos chicos vienen a pasar el rato con estas niñitas tan guapas? Sólo hace siete semanas que Peter está en la tumba y ya has encontrado a otro que te caliente...

—No. Yo... —La lengua se le quedó atrancada en el paladar—. No es lo que piensas.

—Oh, sí, tengo mucha imaginación. Entonces..., ¿te guuuuusta Pru? —Arrastró la palabra con voz perezosa, aunque sus caderas le apretaban más y más—. ¿Te guuuuusta lo que te hace?

—No, él sólo... —Trató de contrarrestar el peso de Cutter—. Por favor, deja que me vaya, deja que...

—Te voy a decir lo que quiero. —Aquellos labios fríos, gruesos y húmedos como gusanos se arrastraron por su garganta—: Quiero que seas tan dulce conmigo como lo has sido con ese Pru.

—No. —Sarah volvió a resollar, intentando retener las lágrimas—. Por favor. Voy a gritar.

—Grita y contaré qué hacían aquí esos chicos. Y dará igual lo que traméis y lo bueno que sea Pru... Los vigilarán. Aunque, de todas formas, a ti ya no te hacen ninguna falta, ¿verdad? A ti lo que te hace falta es un hombre de verdad. Y yo puedo ser muy hooombre. —Sus caderas la embistieron de repente y el aliento del anciano se contuvo durante un momento al meterle la rodilla entre las piernas—. Puedo ser muy dulce con un bomboncito como tú.

Al instante, sintió que el cuerpo del tipo se levantaba y que su mano libre le trasteaba en la cintura y soltó un agudo gritito.

—¡No! ¡N...! —La boca de Cutter se apretó contra la suya y sintió náuseas cuando el viejo luchó por colarle la lengua entre los labios y le lamió los dientes. Se rebeló e intentó pegarle un bocado, pero Cutter le colocó la otra mano en la garganta y le tiró de la cabeza hacia atrás con tal fuerza que le fue del todo imposible.

—Te gusta jugar duro, ¿eh? —Su voz sonaba irregular y toda la sangre se le había subido a la cara—. Pues voy a darte duro; te enseñaré lo que un hombre...

Entonces resonó un fuerte *pam*, una explosión de madera contra el hormigón. Aterrorizada, creyó que era el chasquido de su propia mente al quebrarse. ¿No habían hablado de eso en clase de Salud? ¿De cómo el cerebro podía soltar amarras e irse por ahí, esconderse? Pero en ese momento notó que Cutter retrocedía sorprendido y que sus ojos se abrían como platos, y pensó: «Tori».

—¡Jesús! —empezó a decir Cutter—. ¡No...!

Algo —alguien— pasó como un rayo por encima de su cabeza y tiró de espaldas a Cutter, que seguía chillando. Lo que quiera que fuese aquella cosa arremetió con la cabeza una vez, como una serpiente que ataca a su presa. Se produjo un fuerte sonido de desgarró, como cuando se raja una tela húmeda... y Cutter empezó a revolverse y gorjear y a intentar taponar con ambas manos los chorros de sangre que le manaban de una garganta que ya no era tal. La sangre cayó en el hormigón en duros y frenéticos salpicones. El Cambiado —un chico— siguió aprisionándolo, pero sólo durante un segundo.

Lo que ocurrió a continuación casi hizo astillas la mente de Sarah.

El Cambiado plantó una mano en la frente de Cutter y le clavó la otra en forma de garra en la garganta. Sarah no veía la cara de Cutter, pero las piernas del viejo se habían puesto rígidas y sus botas brincaban como si lo hubieran electrocutado. La espalda del chico se tensó y se produjo otro fuerte desgarró. Cutter seguía inmerso en aquel baile de la muerte cuando el Cambiado hundió por fin los dientes en un flácido tubo rojo de carne humeante.

En el suelo, Sarah empezó a gritar.

Greg tiró de las riendas de su caballo a las puertas del ayuntamiento, una mole de dos plantas de piedra parduzca coronada por una torre con un reloj, y desmontó. Amarró a la yegua en una barandilla de hierro y desató una abultada funda de almohada azul marino de su montura. El contenido tintineó, cristal contra cristal, al echarse el saco improvisado en el hombro izquierdo. Les había llevado mucho tiempo registrar el resto de la casa y luego empaquetar el alijo, que Verna, con la nariz congestionada y todavía sangrante, les aseguró que era lo último que habían escondido. Chester seguía sin aparecer cuando se marcharon. Lo mismo que el gato.

Para entonces, a Greg no le importaba. Su única preocupación era alejar aquellos tarros de sus manos, de su vista, y encontrar un sitio tranquilo donde echarse y engañar el hambre. Se pasó una mano por los ojos, repentinamente llorosos, y torció el gesto por el fino dolor que le punzaba las sienes como una aguja. Otra incipiente migraña gigantesca que iba convirtiéndose poco a poco en un verdadero estruendo, el tipo de dolor de cabeza monstruoso que lo dejaba indispuesto y que le quebraba la vista con líneas temblorosas y esquirlas dentadas de luz. Kincaid le había dicho que era normal —lo llamaba no sé qué *centelleante*— y también le había dado un consejo: «Reduce el estrés, hijo, y te sentirás mejor».

Sí, claro. Lo que había pasado en casa de los Landry era de lo más tranquilizador. No importaba lo que Tori dijera —y sí, besarla era lo mejor que le había pasado en los últimos meses—, él sabía que todo era mentira. «Puede que ella crea en mí, pero yo ni de coña». El fracaso que acababa de vivir sólo demostraba que él no era ni Chris ni Peter. Tampoco era bueno fingiendo serlo, por mucho que dijera o quisiera el Consejo. Si Aidan se hubiera rebelado, o Pru se hubiera puesto de parte de Jarvis, o Jarvis hubiese disparado, ¿qué habría hecho entonces? ¿Matar a Jarvis? ¿Disparar al que le hubiese desobedecido? ¿O hacer la vista gorda y mirar hacia otro lado mientras aquellos tipos abrían los tarros y se comían las pruebas? Dios, él se habría apuntado.

«Ni siquiera puedo confiar en mí mismo. Por la mañana iré al Consejo y renunciaré. Les diré que Pru es mejor opción que yo. Es mayor y analiza mejor las cosas».

Y, en realidad, ¿qué podía hacer el Consejo? ¿Mandarlo al despacho del director? ¿Expulsarlo? Sus labios se contrajeron en una sonrisa amarga. No lo creía. Él no se estaba negando a ayudar. Había que montar patrullas, vigilar sitios y hacer de vez en cuando expediciones para buscar comida. Se ofrecería para cortar madera. Había mucho que hacer. Además, él era un Salvado, yuuuju, alguien demasiado valioso para darle la patada.

«Cualquier día cambiaré valioso por normal». Echó una ojeada a la iglesia. Su mente voló al tacto de la boca de Tori, a lo agradable y cálido que había sido. Durante aquellos pocos segundos, había vuelto a sentirse humano. «¿Y si, cuando haya

terminado aquí, vuelvo a colarme en la iglesia? Pronto anochecerá. Le tiro una bola de nieve a la ventana y...».

—¿De qué te ríes? —Era Pru, dos escalones más abajo.

—De nada. —Dios, no podía ni soñar despierto en paz. Otra astilla de luz centelleante le atravesó el ojo izquierdo. Debería ir a ver a Kincaid y pedirle una aspirina o un paracetamol, si es que quedaba alguno. O a lo mejor entre todas las lecturas de Kincaid sobre plantas y hongos, en las que se jugueteaba con decocciones e infusiones, encontraba algo para lidiar con aquel dolor de cabeza monstruoso que se negaba a abandonarlo—. Venga —dijo, girándose y apartando la vista de la iglesia—, vamos a... —Y, de repente, se quedó congelado.

Pru dejó pasar un segundo.

—¿Greg?

Él no respondió. Sintió que las cejas se le fruncían. Habría jurado que había visto una luz por el rabillo del ojo. «No, un destello». Pero seguramente era por el dolor de cabeza...

—¿Greg?

—No estoy seguro —dijo—, pero creo que he oído algo.

Por lo que Sarah veía, Cutter aún no había acabado de morir. Sus dedos aleteaban y golpeteaban como una estrella de mar moribunda. El aire de la despensa estaba saturado, casi velado por la embriagadora pestilencia a centavos húmedos. El Cambiado seguía inclinado sobre el cuerpo de Cutter con las dos manos llenas de su carne, alimentándose con tal voracidad que le recordó a un documental sobre lobos que habían visto en clase de Ciencias y en el que una manada derribaba sin problemas a un alce adulto. Una vez que el animal era abatido, los lobos le abrían el abdomen y, literalmente, se lo comían hasta provocarle la muerte.

«Está hambriento». Sarah contempló horrorizada cómo la nuez del chico se bamboleaba al tragar mientras simultáneamente se embutía otro bocado. El muchacho presentaba uno de los peores casos de acné que había visto nunca. Su cara parecía rota y magullada. Con toda aquella sangre que le manchaba la piel picada y los granos llenos de pus, parecía enfermo, como salido de *The Walking Dead*.

Tenía que marcharse de allí. Se puso en pie como pudo y se dirigió a la puerta dando tumbos para acabar estrellándose contra ella. Con el ruido, el Cambiado se giró, la miró como si fuera la primera vez que la veía y empezó a levantarse del suelo. Sarah se dio la vuelta y continuó trastabillando por el estrecho pasillo de la cocina, rebotando contra los muebles como una bola de *pinball*. No veía nada sin la linterna y se orientaba de memoria; el miedo la hacía avanzar. Cuando se abrió paso en mitad de la oscuridad, sintió un leve y repentino cambio de temperatura, un soplo de aire aún más frío procedente de la habitación común. Torció a la derecha tambaleándose, anduvo a tientas, encontró la esquina y se puso a subir las escaleras tropezando y a toda velocidad.

Sus oídos captaron un golpe abajo, a su espalda. Y unos pasos rápidos y firmes que iban hacia ella. No le quedaba mucho tiempo. Aunque estuviera muerto de hambre, el chico era más veloz. Sarah dio una fuerte boqueada y luego otra, y atisbo el ligero brillo gris verdoso del vestíbulo más arriba. Una vez que lograra salir de allí, coger el pasadizo y llegar hasta las puertas, lo encerraría para que no entrara en la escuela...

«¡Mis llaves!». Un gemido escapó de sus labios. Se había olvidado las llaves en el suelo. Aunque, de todas formas, dudaba que fuera lo bastante rápida para dejar atrás al chico. Y, en caso de que lo hiciera, podía haber más. Cutter estaba muerto. No había razón para que nadie los buscara hasta el cambio de turno de los guardias. ¿Y si alguien se daba cuenta de que la puerta lateral estaba abierta y entraba a investigar? ¿Y si ese alguien era Pru o Greg? Aquel Cambiado los atacaría en cuestión de segundos.

Por fin, salvó el último escalón y se plantó en el vestíbulo dando un traspié. Oyó los gruñidos del chico más abajo y sus tropezones cuando calculaba mal la altura de

los escalones. «No puedo conducirlo de vuelta a la escuela. —Se precipitó a la derecha, hacia la puerta del campanario, y buscó el tirador—. Por favor, que no esté cerrada. —Accionó la manija de hierro helado, apuntaló los codos y tiró con fuerza hacia sí. La puerta era de roble macizo, como las demás de la iglesia, pero se movió y se abrió con un chirrido herrumbroso. Una ráfaga de aire frío le azotó la cara y atisbo una reluciente y estrecha escalera de caracol—. El campanario debe de estar abierto arriba. Por eso hace más frío y entra luz».

Una repentina corriente de aire se formó a su espalda y le taponó los oídos. Alguien avanzaba por el pasadizo en dirección al vestíbulo, siguiendo un cono de luz naranja que proyectaba su sombra en la piedra. Durante un frenético momento, pensó que el Cambiado había cogido su linterna, pero provenía de la dirección contraria. Entonces oyó que Tori la llamaba:

—¿Sarah? ¿Adónde vas? ¿Qué pas...?

«No». Al mirar de súbito a la izquierda, vio que el chico subía furioso los últimos escalones.

—¡Tori, corre! —Sarah giró sobre sus talones y le indicó a la otra chica que retrocediera—. ¡Corre, co...!

El Cambiado surgió de la oscuridad como un demonio invocado del infierno y entró en tromba en el vestíbulo. Tori se encogió de miedo y levantó ambos brazos para protegerse. La linterna se le cayó de la mano derecha al tiempo que preparaba la escopeta, la cargaba y se acomodaba la culata en el hombro...

Y durante ese minúsculo espacio de tiempo, Sarah por fin se acordó.

«La pistola». Sudando, buscó a tientas el arma en el preciso instante en que el chico se agachaba, se ponía por debajo de la línea de tiro de Tori y corría por el vestíbulo como si le fuera la vida en ello. Tori dejó escapar un explosivo *ouch* cuando el chico la embistió y ambos cayeron al suelo. Tori seguía sujetando la escopeta con la mano derecha e intentaba apuntar con ella cuando el chico alzó el puño derecho, aún manchado con la sangre de Cutter, y se lo estampó en la mandíbula. Un grito escapó de sus labios y el rifle se le escurrió de las manos. Con un hábil movimiento, el Cambiado interceptó el arma y le clavó la boca bajo la barbilla.

—N-no. —Los labios ensangrentados de Tori se habían amoratado bajo el brillo amarillento de la linterna—. Por...

—¡Alto! —Sarah sacó la Sig y apuntó con ambas manos, pero temblaba tanto que las rodillas le flaqueaban y la pistola no dejaba de bambolearse. El Cambiado se puso rígido y entonces pensó: «¡Venga, dispárale, dispara!». Haciendo rechinar los dientes, Sarah apretó el gatillo... y no ocurrió nada. El gatillo no se movió.

—¡El seguro! —gritó Tori—. ¡Sarah, quita el...!

Demasiado tarde.

—¿Que has oído qué? —le preguntó Pru.

—No lo sé. Un... —Greg se devanó los sesos para encontrar la palabra. Un golpe seco, pero tan amortiguado que se parecía más al sonido de una caja de cartón pesada al caer en un suelo de madera—. Un porrazo. En realidad, no estoy seguro de haberlo oído. —A lo mejor las migrañas también te hacían tener alucinaciones sonoras. No recordaba que Kincaid lo hubiese mencionado.

—Yo no he oído nada. —Pru se giró para mirar a los demás, apiñados en los últimos escalones del ayuntamiento—. ¿Y vosotros?

Como respuesta, Jarvis le dedicó a Pru una brusca negación con la cabeza, mientras que Henry y Ludan permanecían inexpresivos.

—Tío, si casi no te oigo a ti —dijo Aidan desde las profundidades de su anorak—. ¿Podemos ir tirando? Se me están congelando las pelotas.

—Un segundo. —«A lo mejor es todo por el dolor de cabeza, pero...». Confundido, Greg echó un vistazo a través del creciente ocaso al edificio achaparrado de la iglesia, cuyo campanario, cual dedo huesudo, apuñalaba un cielo que empezaba a teñirse de cobalto. Desde aquella atalaya podía ver la escuela o la rectoría anexas. Se quedó contemplándolas un segundo largo y no vio nada; luego desvió la mirada al lado contrario, al extremo de la plaza, hacia la siniestra hilera de tiendas con las contraventanas cerradas y hacia una caduca combinación cristiana de cafetería y librería. Los frontales de las tiendas estaban oscuros y los escaparates negros, vacíos como cuencas. En el centro de la plaza, el champiñón nevado de un cenador octogonal, utilizado tal vez en sus días de gloria para los conciertos veraniegos de las bandas de música, permanecía acurrucado bajo un trío de robles altísimos—. Creo que también he visto algo. Un fogonazo.

—¿Qué? ¿Dónde? —Pru miró a derecha e izquierda y luego detrás, a la plaza—. Yo no veo nada.

—Yo tampoco —añadió el del anorak.

—¿Tienes otra de tus migrañas? —le preguntó Pru—. ¿No te dijo Kincaid que podía hacerte ver fogonazos de luz y esas cosas?

—Sí. —Greg se percató de que su mano había subido para pellizcarle el puente de la nariz—. Pero lo habría jurado.

Detrás, oyó el rasguño de una puerta y entonces un guardia gritó:

—¿Va todo bien por ahí?

—Cree que ha visto algo —le dijo Pru al guardia.

—También he oído algo —añadió Greg.

—¿Ah, sí? Yo no he visto nada. —El guardia estiró el cuello hacia su compañero, que meneó la cabeza, y volvió a mirarlos. Señaló los sacos—. ¿Qué tenéis?

—Un botín —dijo el del anorak—, que me gustaría mucho muchísimo dejar en

algún sitio ya, por favor.

—Claro. Venga —consintió Greg. Su dolor de cabeza parecía estar desarrollando garras y arañándole la parte trasera del ojo izquierdo—. Tienes razón. Seguro que no ha sido nada.

El disparo del rifle fue enorme, un *BUM* que Sarah oyó retumbar contra las paredes de piedra del vestíbulo. Una lengua de fuego salió como un relámpago de la boca del arma y tiñó de gris el suelo allí donde no se había vuelto púrpura por la sangre de Tori y los trozos de su cráneo y su cerebro.

Sin detenerse, el chico cargó la escopeta y se giró mientras Sarah gritaba y se abalanzaba de nuevo hacia los escalones del campanario. Ella agarró el tirador de hierro forjado con la mano izquierda, arrastró la puerta y la cerró parcialmente justo a tiempo. Otro fogonazo, otro *BUM* gigantesco. Algo le golpeó en la pantorrilla derecha y no pudo evitar tambalearse cuando más impactos atravesaron la madera e hicieron volar astillas que le agujonearon la espalda o le pasaron rozando por las mejillas. Subió corriendo la resbaladiza escalera a pesar del profundo dolor de la pantorrilla y de que tenía el pantalón y el calcetín izquierdo chorreando de sangre.

«Me han disparado. Me han disparado». Subió varios escalones a la pata coja antes de que su pierna cediera de repente y cayera de bruces en el suelo. El corazón le martilleaba no sólo de miedo, sino de dolor. Alguien habría oído todos aquellos disparos, ¿no? No lo sabía. Con aquellas paredes de piedra tan gruesas y pesadas y aquella madera... Tal vez nadie lo hubiera hecho.

Él estaba allí abajo, esperando, decidiendo. Podía sentirlo. «Tengo que hacer algo. —Todavía conservaba la Sig—. ¿Habrás alguna bala preparada?». No se acordaba ni sabía cómo comprobarlo. Cualquier sonido la delataría. El Cambiado ya había visto que llevaba un arma. Cuanto más tiempo diera por hecho que no sabía qué hacer —lo cual tampoco era una exageración—, más posibilidades tendría de escapar.

Entonces se le encendió la bombilla. «Busca el seguro. —Sus dedos recorrieron el arma. Esta vez, encontró el resorte y lo quitó con el pulgar. Se puso bocarriba haciendo una mueca, estiró la mano y cogió un viscoso puñado de sangre caliente para restregarse el cuello y las mejillas. Luego hizo lo propio en el pecho—. Debería dar el pego. Cuando me mire, pensará que me estoy muriendo».

Aún temblando, se limpió las manos en los vaqueros y se hizo un auténtico ovillo, bufando por el dolor de la pantorrilla. No era una experta en armas de fuego, pero sabía geometría. Se encontraban en un tubo estrecho, un espacio circular con angostos escalones en su mayoría triangulares que se iban estrechando en torno al pilar de piedra. Él era un chico y mucho más grande, y además tenía el arma más larga, lo que significaba que no tendría otra opción que arrimarse a la pared exterior. Pero ella estaba por encima de él y era pequeña. Se aferró a la Sig, afianzó las manos en las rodillas y apuntó al que pensó que sería el lugar más lógico.

—¡Ayuda! —Infundió todo el miedo y dolor que pudo a esa palabrita quejumbrosa. Aunque tampoco estaba exagerando—. Estoy herida. Por favor, no me hagas daño. No le diré a nadie que estás aquí, te lo prometo.

Nada. «Esto no va a funcionar». Se esforzó en escuchar por encima de los fuertes latidos de su corazón y del zumbido de sus oídos. Temblaba tanto que los dientes le castañeteaban. El sudor, denso y pringoso como la sangre que se le filtraba en la bota derecha, le caía por encima de las cejas y le quemaba los ojos.

—¡Ayuda! —Dejó escapar un largo gemido para asegurarse—. Estoy herida. Por favor, ayúdame.

Un segundo después, desde abajo le llegó el roce inconfundible de una bota sobre el suelo de piedra. Una fuerte pisada. Y luego otra.

«Está subiendo». ¿Cuántos escalones había logrado subir ella? No se acordaba.

—Ayuda. —Sus manos se ceñían con tal firmeza a la culata de la Sig que la empuñadura estriada se le clavaba en las palmas. El índice derecho se curvó sobre el gatillo—. Estoy herida.

Otra pisada. Y otra.

—Por favor. Ayúdame. —Sentía el frío pilar de piedra en el cuello y tenía la mirada tan fija en la plateada oscuridad que le lloraban los ojos—. Estoy sangrando, estoy...

Algo alargado, rígido y oscuro apareció de golpe. Notó cómo se le cortaba la respiración cuando el cañón de la escopeta de Tori —sólo la punta— se hizo visible durante unos instantes. Tenía miedo de volver a gritar porque no quería que el chico mirase en su dirección. Volvió a apreciar el sonido de su bota, aquella única pisada. La escopeta se movió. Apuntaba arriba, en diagonal, lejos de ella. No le quedaba otra opción debido a la geometría de la torre. Llevaría tiempo desplazarla hacia abajo para disparar.

Con el corazón desbocado, observó cómo el cañón cabeceaba cuando el chico daba otro paso y luego otro más. Primero se vieron sus manos («espera, espera»), luego el montículo de su frente, la protuberancia de su nariz («espera, sólo un segundo más»)... Ya sólo se encontraba tres escalones más abajo («espera, espera»), veía sus hombros, su pecho, cómo giraba la cabeza y el óvalo gris de su cara aparecía ante sus ojos («casi, casi»)... Y entonces lo oyó inhalar rápidamente en el preciso instante en que se percataba de que estaba mirando en la dirección equivocada, en el momento equivocado, y en que notó el duro impacto del cañón de la escopeta contra la piedra cuando intentó bajarla sin éxito, pues era un chico alto con un rifle demasiado largo intentando darse la vuelta en un espacio demasiado estrecho.

—¡Ahh! —El sonido fue más un resuello que un grito, pero Sarah apretó el gatillo.

Y, esta vez sí, la pistola disparó.

La migraña de Greg seguía martilleándole los dientes. Su vista se emborronaba por los bordes, pero, cuando abrió la puerta con el hombro y salió del recibidor del ayuntamiento de vuelta al frío, dio un suspiro de alivio. El ayuntamiento le traía muy malos recuerdos: imágenes de refugiados, todos ellos viejos y decrepitos, acurrucados a lo largo de las paredes y el Consejo observándolo muy serio desde su tarima elevada en aquella cueva de murciélagos que era el juzgado el primer día que buscó cobijo.

«Seguro que es por el rollo ese postraumático». Se enfundó los guantes y se puso a dar pequeños zapatazos, arrastrando los pies de derecha a izquierda mientras esperaba. Los demás seguían dentro, descargando el alijo. La cárcel del sótano, situada bajo el nivel del suelo y tras unas puertas de hierro dobles, era el lugar donde almacenaban lo que quedaba de comida y pienso, así como de combustible, fertilizante de alta calidad y municiones.

Lo que más fastidiaba era lo mucho de lo que carecían. La cárcel era amplia y profunda y estaba equipada con diez celdas para cuatro personas, cinco a cada lado. Una jaula de hierro enorme —que probablemente antes fuera una celda de detención para borrachos, por el vago y persistente olor a vómito rancio— dominaba la pared del fondo. Ahí era donde guardaban sus reservas de combustible: tanques de propano, bidones rojos de gasolina que habían extraído de coches arrumbados, fueloil y premezcla. De todos sus suministros, la situación del combustible era la menos preocupante porque ya nadie hacía ninguna soldadura, iba a dar un paseo en barco, encendía una sierra mecánica o salía de excursión al campo. Todo aquel combustible también lo ponía nervioso. Nadie se lo había preguntado, pero le preocupaba lo que podría pasar si alguien tuviera un descuido o si saltaba una chispa. ¿No podía utilizarse premezcla o fueloil y fertilizante para fabricar un explosivo ANFO?

De las celdas que quedaban, sólo tres contenían alimentos y, de esas tres, una estaba dedicada a comida para perros: preparados enlatados y sacos de diez kilos de pienso. Las estanterías de acero de las celdas restantes no estaban vacías del todo, pero tampoco es que estuvieran bien provistas. Lo que había parecido tan maravilloso en el cubículo estrecho y oscuro en que consistía el escondrijo de la alacena de los Landry apenas se notaba. Aquellos ocho frascos que había acarreado ahora se apiñaban en un triste grupito rodeado de mucho espacio vacío. Mientras el guardia colocaba los botes, Greg había contado las latas de sopa condensada de la balda de arriba..., sólo por comprobar.

«Treinta latas. —Aquella idea le hizo estremecerse. Cuarenta niños hambrientos las dejarían listas en tres minutos. Los guardias también llevaban la cuenta de cada lata y tarro, de cada saco de pienso, por lo que ¿cómo se suponía que iban a robar comida, y mucho menos cartuchos de munición, para su gran huida?—. No hay nada

que hacer. —Se masajé la sien derecha con un dedo—. Nunca encontraremos suficiente...».

Algo dio un chasquido. El sonido fue muy breve, nítido, como un petardo. Greg se tensó con un repentino hormigueo en los oídos, atento al levísimo eco que rebotó en la piedra parduzca. Aquello había sido un disparo. Se giró sobre sus talones, olvidándose del dolor de cabeza. Pero ¿de dónde procedía?

Detrás de él, la puerta rozó con el suelo al abrirse.

—Tío, me alegro de que... —Entonces Pru debió de verle la cara—. ¿Qué pasa?

—O me estoy volviendo loco o acabo de oír un disparo —le anunció Greg.

Sarah no se dio cuenta de que había gritado o incluso disparado hasta que sintió la quemazón en la garganta y el culatazo en las manos. El estruendo fue enorme, aunque el fogonazo se pareció más al chispazo de una bombilla fundida. Sin embargo, bajo aquella luz espástica y fugaz, vio al chico caer, no justo hacia abajo como si hubiera agachado la cabeza —o, mejor aún, como si no le quedara cabeza que agachar—, sino hacia atrás. ¿Simplemente se estaba cayendo? ¿O estaba muerto? No lo sabía, no oía nada. Se puso en pie trastabillando e intentó salir corriendo, pero se giró demasiado deprisa y la bota izquierda resbaló con un charquito de su propia sangre. Su centro de gravedad se desniveló, perdió el equilibrio y un grito salió de su garganta.

Sarah era tan ducha en correr con un arma como en dispararla, por lo que sujetaba la Sig justo por donde no había que hacerlo, con el dedo por dentro del guardamontes. Cuando tropezó y se dio de bruces con las escaleras, su mano chocó con el suelo y la pistola volvió a dispararse. Esta vez no pudo evitar que se le escapara y resbalara por los escalones mientras esquirlas de roca del trozo del pilar donde había impactado la bala rebotaban y le agujoneaban la cara y el cuello.

«Dios, oh, Dios, por favor, que esté muerto o herido o que se haya ido... —Como aún estuviera vivo, cogería la pistola. ¿Cuántas balas quedarían?—. No importa, con una será suficiente».

Subió a tientas por los resbaladizos escalones. Su única esperanza ahora era que el Cambiado corriese en la dirección opuesta. Tal vez nadie hubiera oído el disparo de la escopeta porque las paredes de la iglesia eran muy gruesas, pero alguien tenía que haber oído aquellos balazos por el campanario abierto. ¿Dónde cojones estaba todo el mundo?

De pronto se acabaron las escaleras y salió tambaleándose a un corto pasadizo empedrado con aberturas rectangulares a ambos lados que dejaban entrar la luz. Justo enfrente, a no más de tres metros de distancia, divisó un entramado de vigas, cuerdas y manivelas que le recordaron a un telar.

«Pero ¿dónde están las campanas?». Permaneció quieta un momento, jadeando, con el corazón a mil por hora, la pantorrilla dolorida y zumbidos en los oídos. Las campanas debían de estar arriba, en alguna parte. Avanzó dando bandazos hasta la maraña de cuerdas y comprobó que estas giraban en torno a unas clavijas y se hallaban atadas con fuertes nudos. Las cuerdas congeladas estarían rígidas y ella tenía los dedos helados y pegajosos por la sangre. Como los nudos estuviesen demasiado apretados, no podría soltarlos. Aunque con uno bastaba, ¿no? Tiró de las cuerdas, buscó los nudos con dedos temblorosos y ahogó un grito cuando la punta de su índice derecho se coló por un agujero diminuto.

«¡Sí! —Dio un tirón y notó que la cuerda cedía. Introdujo otro dedo, después un

tercero y apreció cómo el nudo se aflojaba cuando las cuerdas se separaron en sus manos—. ¡Bravo, venga!». Agarró una única cuerda y tiró hacia abajo con todas sus fuerzas, dejando caer su peso y gruñendo por el dolor de la pantorrilla hasta que oyó un hueco *¡tolón, tolón!*

«¡Venga, deprisa, por favor! —Envió aquel pensamiento con cada repique—. ¡Venga, deprisa, ayudadnos, ayuda, ayuda, ayuda!».

—¡Vamos! —Greg bajó los escalones del ayuntamiento de tres en tres, se abalanzó hacia el caballo y sacó de un tirón el Bushmaster de su funda. Ya se había girado para salir corriendo cuando las puertas del ayuntamiento se abrieron de par en par y Aidan salió en tropel, gritando por encima del tañido de la campana—: ¿Qué demonios pasa?

Greg se dirigió a toda velocidad a la iglesia, a sólo cien metros, mientras Pru le pisaba los talones. Ahora que la campana estaba sonando —ahora que sabía que algo iba mal—, oyó también a los perros: un *guau-guau-guau* rítmico, débil pero inconfundible que llegaba desde la parte trasera de la iglesia. Los perros y los niños debían de estar en la escuela; Dios, eso esperaba. Lo que significaba que Tori y Sarah estaban en el campanario.

«O a lo mejor sólo una de ellas». En lugar de subir los escalones frontales, se giró, vio que Aidan, Lucian y ahora Jarvis y dos de los guardias del ayuntamiento corrían detrás de él, y les gritó:

—¡Los niños! ¡Id a aseguráros de que los niños...!

Acto seguido, dio media vuelta, dejó atrás la entrada principal de la iglesia como una exhalación, torció a la derecha y empezó a rodear el edificio, adentrándose en las sombras de color pizarra que la noche inminente dibujaba en la nieve.

—¿La puerta lateral? —A su izquierda, oía la respiración irregular de Pru—. Creía que... Tori la cerraba con llave. ¿Dónde... coño... están Cutter y Benton?

—No lo sé. —Él también estaba seguro de que Tori había cerrado con llave cuando él se marchó. ¿Qué había en la iglesia que alguien pudiera querer? «Sobre todo, comida. No mucha, pero más fácil de conseguir que en la cárcel». De repente, sus botas patinaron sobre algo resbaladizo. Aterrizó chapoteando en un revoltijo enfangado y resbaloso que apestaba a metal salado y al hedor fétido y nauseabundo de unas tripas.

—Arg. —Pru pareció estar a punto de vomitar, al igual que Greg—. ¡Joder!

—Dios. —La voz de Greg sonó densa por el vómito agrio. Escupió. Con aquella mala iluminación, no veía si se estaba revolcando en Cutter o en Benton. Tampoco importaba mucho. Por el tamaño del charco y del desparrame de intestinos helados, la mayor parte del cuerpo —o de los cuerpos— estaba en otro sitio. Greg se arrastró hacia delante, dejando una estela sanguinolenta, y luego apoyó una rodilla mientras Pru tiraba de él para levantarlo.

—Dios. —Pru se llevó una mano a la frente como un niño que comprobase si tenía fiebre—. ¿Un Cambiado?

—Puede que más de uno. —La campana seguía tañendo. Greg sentía cómo el aire seco le drenaba la humedad de la cara y el pecho, dejando un lodo tóxico y viscoso de sangre medio solidificada y tripas rasgadas—. No importa. Voy a entrar.

—¿Estás loco? —Pru lo agarró del brazo—. Lo hecho, hecho está.

—Quédate si quieres. —Greg se zafó de Pru—. No me importa lo que hagas, pero Tori está ahí dentro, y Sarah, y voy a entrar.

—No. —Pru intentó agarrarlo de nuevo, pero falló—. Greg, sé inteligente. Ni Chris ni Peter...

—¡A la mierda la inteligencia! —dijo—. Y eso demuestra que no tienes ni idea, porque ellos sí lo habrían hecho, y yo también.

Y, diciendo esto, dio media vuelta y recorrió como una flecha los últimos treinta metros. La puerta estaba abierta, no de par en par, pero sí lo suficiente para escabullirse por ella con holgura. Aguantó la respiración al hacerlo, esperando un disparo. No se produjo ninguno y oyó cómo el aire salía de su boca al suspirar. Tan pronto como estuvo dentro, el tañido de la campana se atenuó. Justo delante y subiendo un tramo de escalones corto pero muy empinado, distinguió la entrada arqueada al templo. Se colaba la suficiente luz moribunda por la puerta para dejar entrever una pila de sillas plegables apoyadas en la pared de su derecha. Aquello no le gustaba ni un pelo, porque significaba que, si alguien estaba en el altar, esperando tal vez a que apareciera en su campo de visión, estaba vendido.

«Si es que sigue habiendo alguien aquí». Cuando las campanadas comenzaron, lo inteligente para los Cambiados habría sido salir a toda velocidad, igual que la jugada más prudente para Greg habría sido esperar, como le había aconsejado Pru. Confiaba en que los Cambiados fueran más listos que él. Sólo hacía un par de horas que había estado allí y recordaba la distribución: que las escaleras que conducían al sótano estaban a la derecha. Echó un vistazo, vio que la puerta estaba abierta y pensó: «Joder, qué mala pinta tiene esto». Sin linterna, era una locura bajar...

Oyó que algo se le acercaba arrastrando los pies a la altura del hombro izquierdo. Se tensó, se giró, se colocó el Bushmaster en su sitio y sintió un alivio inmenso.

—Creía que esto no era inteligente.

—Sí, ahora los dos somos estúpidos. Entonces... —La voz de Pru se apagó cuando vio las fauces abiertas del sótano—. Mierda. ¿La bloqueo?

La puerta abría hacia fuera, así que esa solución funcionaría.

—Yo lo hago —murmuró Greg. No quería desprenderse de su arma, pero no podía hacer aquello con una mano, de manera que dejó el Bushmaster en el suelo y separó con cuidado una silla plegable de las otras diez; el metal emitió un débil chirrido que lo hizo estremecerse. Bajó con cuidado los escalones amortiguando sus pasos y cerró la puerta mientras todos sus músculos amenazaban con convertirse en gelatina a cada crujido y chasquido, y la atrancó colocando la silla bajo el picaporte. Repitió la maniobra dos veces más, dándose toda la prisa que pudo. Tiempo total: quizás un minuto.

—Bien hecho. Haya lo que haya ahí dentro, estará atrapado como un bicho en un tarro. ¿Recuerdas la distribución? —Pru señaló la nave con la barbilla—. Los domingos intento dormir con los ojos abiertos.

—Tres escalones y estás en el presbiterio. El coro queda a la derecha, el altar a la izquierda siguiendo la pared y bajo la cruz. El púlpito está a la una en punto en el otro extremo. Si sigues recto, te encontrarás con el foso del organista. —Se detuvo a pensar—. Yo iré por la derecha, por la nave lateral. Según lo que pase a continuación, dirígete al presbiterio.

Pru asintió y Greg cogió las escaleras tan rápido como pudo. Enseguida vio la cruz a la izquierda de su campo de visión y luego los altos arcos de las vidrieras que revestían la pared más alejada del templo; oyó un repentino chasquido bajo su bota y pensó: «Mierda, en las películas se pegan a la pared, así que las escaleras no...».

En ese momento se produjo un estruendo ensordecedor, un juego de luces. A Greg se le cortó la respiración cuando en la pared por encima de su cabeza se abrió de golpe un agujero. Fue dando traspiés hacia atrás, tambaleándose, trastabilló con sus propias botas y terminó por caerse mientras otro disparo le pasaba rozando. Greg sintió zumbir la bala al surcar el aire junto a su sien izquierda.

—Mierda. —La cara de Pru salió a la vista—. ¿Estás herido?

—No. —Sentía como si alguien le hubiera metido a empellones un puñado de algodón en la oreja izquierda, pero oyó el *tic, tic, tic* de los casquillos y el fino tamborileo de la arenilla y de la pared de yeso pulverizada. Bueno, al menos sabían qué tipo de arma tenían los Cambiados. Greg echó un vistazo al agujero de la pared y vio la forma de lágrima y cómo esta se curvaba hacia arriba—. Creo que está bajo la mesa del altar.

—¿Sí? ¿Y? —Pru parecía enfadado—. ¿Cómo cojones se supone que vamos a...? Espera, Greg, ¿por qué te estás quitando las botas?

«Para darle algo más que mirar». Greg se sacó la otra bota de un tirón, se quitó el calcetín y luego se metió ambos calcetines en un bolsillo de la parka. Levantó la bota con la mano izquierda y se volvió para observarlo.

—Tiene una escopeta.

—¿Y? —Pru le dedicó una mirada de extrañeza y Greg captó el segundo en que pilló lo que pretendía hacer. Una escopeta tenía un alcance máximo de unos treinta y cinco metros. Bastante potencia, pero, si lograba alejarse lo suficiente, su rifle y el Mini-14 de su amigo serían mucho más eficaces. Pru asintió—. Vale, pero... corre.

«Ya. —Greg inspiró profundamente—. Oh, Dios, por favor, haz que esto funcione».

Dejó de pensar y se puso en marcha. Subió pitando los escalones, lanzó la bota en un ángulo extraño e inmediatamente giró hacia la derecha. La escopeta rugió en ese mismo instante, siguiendo la trayectoria de la bota. Por encima del tañido de la campana, oyó que Pru pegaba un tiro mientras él caía al suelo de piedra dándose un buen batacazo. La escopeta volvió a retumbar. Esta vez, el banco que tenía justo encima de la cabeza explotó en medio de una nube de astillas de madera. Greg se agachó, levantó una mano para protegerse la cabeza y el cuello y se escabulló lo más rápido que pudo por la nave lateral. Detrás, captó un nítido *crac, crac, crac*, los

golpes secos del Ruger cada vez más cerca a medida que Pru subía los escalones en tropel. Greg, que seguía agachado, se giró hacia la izquierda y salió corriendo a lo largo del estrecho banco pisoteando el suelo de piedra con los pies descalzos en dirección a la nave central que tenía justo delante.

En ese momento, la campana dejó de sonar. «Los demás han entrado. Están a salvo». Sintió un pinchazo en la garganta y tragó saliva. «Tori está a salvo».

Desde el altar, a su izquierda, oyó algo estridente —¿un chillido, un grito?—. Se levantó, pivotó con los muslos en tensión y se colocó el Bushmaster ya sin el estorbo del banco, pensando: «Apunta».

Pero no tuvo oportunidad de disparar.

En el repentino y vibrante silencio, Greg vio que Pru se cernía sobre el cuerpo doblado de un chico. Al recibir el impacto —en el vientre, a juzgar por el modo en que el Cambiado estaba encogido—, había intentado apartarse rodando porque, una vez que Greg atacase, debía actuar con rapidez para no acabar lleno de agujeros. Sin embargo, no había podido moverse lo bastante rápido ni apartarse lo suficiente para esquivar las balas de Pru, y Greg se dio cuenta de por qué.

Una esquirla de hueso sobresalía de un carnosos desgarrón en el muslo del chico. Ahora que Greg estaba de pie, veía el reguero de sangre en el suelo de la nave y en los escalones que conducían al altar: la alfombra estaba púrpura y empapada. «Ha venido arrastrándose todo el camino». Greg se dio la vuelta, siguió el rastro oscilante de sangre y dedujo que el chico debía de haberse roto la pierna fuera de la iglesia, tal vez en el vestíbulo o incluso en el pasadizo. Pero ¿cómo? Tenía que haberse caído desde una gran altura.

A través de las gruesas puertas dobles del santuario, oyó un parloteo creciente y quizás... ¿un grito? No estaba seguro. Hacía mucho tiempo había leído que perdías parte de tu audición si disparabas a cierta distancia y no ibas bien preparado. Si seguía así, acabaría sordo antes de los veinte. Aún le zumbaban tanto los oídos que no pudo identificar los débiles sonidos que se colaban por entre las puertas. No eran disparos, eso sí, menos mal. Se moría por franquearlas e ir en busca de Tori, pero sabía que debía tener paciencia. Nada de prisas. Las chicas estaban a salvo.

«Lo hemos conseguido». Entonces, ¿por qué no se alegraba? Se debía al Cambiado, a su gesto contraído, al modo en que se retorció. «Le está costando morir», diría Kincaid. No estaba bien alegrarse por eso. Retrocedió hasta Pru.

—¿Estás bien? —Creyó haberlo dicho muy alto.

—Sí. No puedo decir lo mismo de nuestro amiguito. —Pru apartó con el pie una escopeta de los dedos arácnidos del chico—. No sé si sería mejor matarlo o dejar que muera desangrado. —Se interrumpió—. El tío está hecho un Cristo. Por no hablar de la alfombra y del paño del altar.

Greg se fijó en unos salpicones de sangre en la madera, incluso en la pared de debajo de la cruz. Si no supiera que era imposible, habría pensado que el fantasma de Jesús estaba ahí arriba, goteando. Bajó la vista al chico. Le echó unos diecisiete o dieciocho años; tenía una melena grasienta por debajo de los hombros y la cara repleta de un sinfín de globitos amarillos de pus y cicatrices de acné. Alguien le había recolocado la nariz, y no hacía mucho tiempo. Su piel era del color del queso enmohecido y sus ojos, ya vidriosos, estaban hundidos en las cuencas y subrayados por unas ojeras que se habían tornado amarillentas. Aquel Cambiado estaba muerto de hambre, igual que ellos.

Se inclinó para recoger la escopeta... y se quedó helado. También debió de...

¿ahogar un grito? No lo sabía, pero Pru le preguntó extrañado:

—¿Qué pasa, Greg?

«No. —Puede que el corazón se le hubiera parado en algún punto del camino. Creyó que así debió de ser, porque sintió que el músculo se le detenía en el pecho y su interior se tornaba gélido, pétreo y negro. Durante un frenético instante pensó—: Así será cuando me muera». Vio su mano ondear hacia el arma; vio sus dedos, pequeños y distantes, ceñirse alrededor de la culata de nogal del rifle y recorrer los surcos y curvaturas de aquellos intrincados diseños de flores y parras como un ciego que leyera en braille.

—¡Oh, Dios! —exclamó Pru—. Greg, mírame, tío. Esto no significa nada...

Pero él ya estaba de pie, retrocediendo a tientas... Se dio la vuelta y echó a correr descalzo por encima de la sangre del Cambiado, que se le pegaba a los pies, hasta que, de pronto, las puertas dobles del templo se abrieron de par en par como dando un fuerte bramido y entró una inmensa ola de voces surcada por hombres. Las caras le parecían borrosas —meras bocas y ojos azabaches— y unas manos flotaban hacia él como la exótica vida marina de una marea creciente.

De todos ellos, sólo reconoció a tres en esos primeros segundos: a Sarah, con el pelo revuelto y la cara manchada de sangre; a Yeager, un tanto patético con aquella camisa de franela a cuadros mal abrochada, y a Kincaid, que se abría paso entre la multitud, alargaba los brazos, lo agarraba y tiraba de él para evitar que siguiera contemplando aquel espectáculo:

—No, hijo, no mires, no mires, hijo, no...

—¡Nooo! ¿Tori? ¿Tori? —bramó Greg mientras Kincaid lo abrazaba y otras manos y otros hombres lo reducían contra el frío suelo mientras él no dejaba de revolverse—. ¡No, no, no!

En el ínterin, ocurrió una cosa más: el viejo y renqueante Henry se plantó a zancadas en el altar para contemplar al Cambiado, que milagrosamente seguía vivo.

—¡Dios santo! —proclamó con una vocecilla de pito que se impuso entre aquel parloteo—. ¡Es Ben Stiemke!

—¿Qué? —Al principio, Greg no estuvo seguro de que aquella voz, tan apagada y plana, fuera suya. Seguía acurrucado en el círculo que formaban los brazos de Kincaid sobre la piedra fría y manchada de sangre y volvía a sentir que tenía ocho años, que era un crío que esperaba que los adultos lo arreglaran todo: nunca había echado tanto de menos a su padre—. ¿Stiemke? ¿Como el del Consejo?

—Joder, tienes que estar de coña —dijo Pru, que seguía apuntando al chico moribundo con el rifle—. Creí que todos los chavales de Rule estaban muertos.

—Dios —gimió Kincaid en voz baja. Tenía la cara cenicienta—. Hijos de puta, lo habéis hecho. Lo habéis hecho de verdad.

—¿Hacer el qué? —le preguntó Greg mientras Sarah se les acercaba tambaleándose entre la multitud. Tenía la pernera derecha del pantalón empapada y las lágrimas habían trazado senderos en la sangre cuajada de sus mejillas—. Doctor, ¿de qué estás hablando?

Antes de que Kincaid respondiera, Henry dijo, con su nítida voz de clarín:

—Sí, ese es Ben, no hay duda. Lo conozco desde que era un crío, sí... un retaco así. —Henry palmeó el aire alrededor de sus rodillas—. Lo reconocería en cualquier parte por ese caso grave de acné. —Miró por la nave hacia los miembros del Consejo, que se habían abierto camino entre la marabunta que abarrotaba la iglesia. Greg vio que ninguno de los miembros del Consejo llevaba toga y, aunque Yeager iba a la cabecera, sólo Ernst, ancho de pecho, muy alto y con una panza sustanciosa a pesar del racionamiento, conservaba un vestigio de autoridad. Stiemke, un hombrecillo marchito y ciego de un ojo, iba encogido junto a Ernst. Greg no estaba seguro de si Stiemke estaba conmocionado o tratando de esconderse.

—¿Señor Stiemke? —gritó Henry—. Este es su nieto, ¿no es así?

Yeager habló en nombre del acobardado Stiemke:

—Sí, es Ben. —El tono de Yeager era bastante uniforme, pero tenía la piel tan blanca que su calva era como una bola de billar. Sin su toga, Yeager se asemejaba a un vagabundo con calcetines disparejos, pantalones caídos y aquella camisa de franela de cuadros rojos. Sus ojos, normalmente tan calculadores y brillantes como los de un pájaro, ahora parecían furtivos y un poco temerosos, como los de un ratón que no sabe si correr sólo provocará que el gato salte más rápido—. Es obvio que se escapó, un hecho del que no éramos conscientes.

—¿Obvio? ¿Que se escapó? ¿Que no erais conscientes? —Jarvis, con el rifle en alto, se abrió paso entre los demás dando empujones con los hombros hasta quedar en el centro de la nave. Cualquier similitud con un pavo había desaparecido. Ahora era más bien un gavilán—. Has dirigido este lugar durante décadas, has tomado todas las decisiones. Nos has dicho a nosotros, hombres hechos y derechos, que siguiéramos órdenes de unos críos —señaló a Greg con la cabeza—, pero lo hacemos

porque somos leales y temerosos de Dios, ¿y ahora nos vienes con que no sabías que este chico se había escapado?

«Peter. —Para Greg, caer en la cuenta de aquello fue como recibir un jarro de agua fría—. Peter dijo que reunieron a todos los Cambiados y que los mataron a tiros; que ninguno escapó. —Los ojos de Greg se desviaron hacia el chico moribundo—. De modo que Peter sabía que Ben no estaba muerto».

—Donde yo vivía antes de Rule, esos niños siempre volvían —dijo una voz procedente de la multitud. Murmullos de asentimiento se propagaron por el resto de los hombres y entonces Greg vio que unas cuantas mujeres también se habían colado entre el gentío, armadas con bates de béisbol y escopetas, como una muchedumbre de pueblo salida de una vieja película de miedo en blanco y negro. Divisó a una mujer —¿Travers?— con el pelo gris enmarañado que sostenía un azadón Warren, cuya hoja se estrechaba hasta terminar en una punta mortal—. Muchos de ellos cazaban en manada. Fue una de las razones por las que nos dijisteis que aquí estaríamos más seguros, porque todos vuestros críos habían muerto.

—Así que lo primero que quiero saber es qué hace vivo ese monstruito. —Era Travers, la tempestuosa mujer del azadón, con la que ahora amenazaba a Stiemke—. ¿Qué hicisteis, matar sólo a chiquillos como mi Lee porque nosotros no somos tan importantes? ¿Salvasteis a ese monstruo porque es vuestro?

—A la mierda —murmuró alguien más—. ¿Cuántos más hay como ese? Porque si un chico se escapó...

—¡O lo dejaron escapar! —gritó otro.

—Tiene que haber más —añadió Travers, blandiendo su azadón como una lanza—. ¿Dónde están?

—¿Dónde demonios crees? —Jar vis fulminó a Stiemke con la mirada—. Llevan ahí fuera todo este tiempo, puede que incluso cerca. Pero ¿por qué? Dijisteis que estabais haciendo el trabajo de Dios, llevándoos a nuestros nietos, terminando con su tormento. ¿Qué hicisteis, vosotros y ese hijo de puta, Peter, y *Chris*...?

—Mi nieto no sabía nada al respecto —se defendió Yeager, y Greg dedujo de su tono que era verdad. En cambio, Ernst permanecía en silencio; sus rasgos de toro no traslucían el menor atisbo de emoción.

«Pero *Peter* lo sabía. —Greg vio que Sarah estudiaba la cara de Ernst y luego dejó caer la mirada cuando los primeros signos de rubor le subieron por el cuello. Una lágrima le rodó por la mejilla y se la secó con el dorso de la mano. Greg le dio un pequeño apretón a la mano que le quedaba libre, pero ella no alzó la vista ni pareció advertirlo en modo alguno—. Sarah también se está enterando ahora. Peter estuvo metido en el ajo todo el tiempo. Puede que incluso dejar escapar a algunos Cambiados fuera idea suya». Peter era el que le ordenaba a cada patrulla adónde ir y cuándo. ¿Porque él sabía dónde era más probable que estuviesen los Cambiados en cada momento?

Y Jarvis había dicho «puede que incluso cerca»... ¿En la Zona? «Claro». Ahora

que alguien lo había dicho al fin, todo cobraba sentido.

—¿Y Chris lo descubrió? —gritó Travers, la mujer del azadón—. ¿Fue ese el motivo por el que os deshicisteis de él y dijisteis que organizó una emboscada cuando no lo hizo?

—Chris huyó. —Yeager pronunció las palabras como una maldición—. Nos traicionó.

—¿Como nos traicionaste tú? —Greg no fue consciente de que las palabras habían salido de su boca hasta que pendieron en el aire. Se puso en pie tambaleándose—. Ni siquiera le disteis una oportunidad. Él lo negó, pero vosotros ya habíais decidido. No importaba lo que dijese, lo habríais enviado a la cárcel de todas maneras.

—Porque me desafió. —Yeager parecía estar recuperando su antiguo fulgor. Sus ojos negros como carbones se fijaron en Jarvis—. Le debes la vida a Rule. No te atrevas a juzgar...

—Cállate. Vamos a juzgarte a ti para variar. —Jarvis le clavó un dedo en el pecho con la fuerza suficiente para que el anciano diera un traspié hacia atrás—. Mentiste. No sé a cuántos de nuestros nietos dejasteis escapar, pero esa abominación que está en el altar es el nieto de un miembro del Consejo. Tenías que saberlo. ¿Significa eso que siguen vivos? ¿Por qué lo hicisteis?

—¿Y qué vamos a hacer ahora al respecto? —La cara arrugada de Travers era del color de una ciruela. Apuntó con el azadón a Ben—. ¿Qué vamos a hacer con ese?

«Oh-oh». Greg le lanzó una mirada de alarma a Pru. El otro chico hizo un breve gesto de asentimiento y se alejó un paso de Ben Stiemke, que se había quedado petrificado y alerta y cuyos labios burbujeaban sangre.

—Dejadlo estar —resolló Stiemke. Tenía la cara contorsionada y su ojo ciego, el izquierdo, blanco como el mármol. El ojo bueno, con el iris gris desvaído, estaba lloroso, y el párpado inferior le colgaba como la cera derretida de una vela revelando piel de color rosa pálido—. Dejad que el pobre chico muera en paz.

—¿En paz? —El modo en que las manos de Travers aferraron el mango de madera del azadón le recordó a Greg a los palos de lucha que Naruto utilizaba en *Ultimate Ninja Storm*—. ¿Chico? ¡Es una abominación! —chilló, y miró enfurecido a Stiemke. De inmediato dio un violento tirón y enarboló el mango romo del azadón como un bate. Se oyó un golpe sordo. La cabeza de Stiemke rebotó hacia atrás tan deprisa que fue un milagro que no se le rompiera el cuello. Se desplegó un abanico de sangre mientras Stiemke soltaba un «ah» gutural y caía al suelo de piedra.

—¡No! —graznó Yeager.

—Por Dios, ¿qué estás haciendo? —vociferó Kincaid a su vez.

—¡Doctor, no! —Greg agarró a Kincaid del brazo cuando el médico hizo amago de abalanzarse—. No.

—Haz caso al chico. No te metas en esto, Kincaid —le advirtió Jarvis.

—¿En paz? ¡Ahora vas a ver lo que es estar en paz! —Travers le dio una patada a

Stiemke, que estaba bocabajo, gimiendo, tratando de escabullirse. Esta vez, el chasquido y el crujido de su nariz al romperse y del cuello al torcerse bruscamente hacia la derecha no fueron sordos. La sangre le empezó a manar por la boca y la barbilla, pero el cuello no volvía a su posición. Se quedó justo donde estaba, con la oreja perfectamente apoyada en la protuberancia del hombro izquierdo. El cuerpo permaneció tan blando y flácido como un gusano ahogado.

Por un instante, se produjo esa especie de inhalación muda llena de estupor y sorpresa que Greg conocía muy bien de años de almuerzos en la escuela, cuando a alguien se le caía la bandeja de la cafetería y todos giraban la cabeza para mirar, listos para estallar en carcajadas y gritar «¡coleeeega!».

«Lo ha matado. —Greg no podía apartar la vista de la defectuosa bolilla de billar blanca que era el ojo muerto de Stiemke. Sintió que las piernas se le convertían en agua—. Le ha roto el cuello, le ha...».

Kincaid se zafó de los dedos de Greg, transformados de repente en mantequilla, y se agachó al lado de Stiemke. Le puso un dedo bajo la oreja y luego alzó la cara, transida de aflicción, hacia la mujer.

—¿Te das cuenta de lo que acabas de hacer, de lo que estás haciendo? ¿Crees que esto arreglará las cosas? ¡Matarnos los unos a los otros no es la solución!

—¿Ah, no? Bueno, al menos es un buen comienzo. —Travers carraspeó y echó un escupitajo. La mitad cayó en la mano de Kincaid; el resto impactó en la mejilla vitrea de Stiemke y resbaló como un reguero en los labios del anciano.

Aquello pareció desencadenar algo, como si la multitud fuese un muelle enrollado bajo más presión de la que podía soportar. Un instante después, se levantó una especie de ola de gente dando gritos, algunos dirigiéndose en estampida hacia el altar y otros movilizándose para rodear a Yeager y al resto del Consejo. Greg sintió que unas manos se le plantaban en el pecho y que Jarvis le daba un poderoso empujón.

—¡Quítate de mi camino, muchacho, quítate de mi camino! —bramó Jarvis mientras él daba traspiés hacia atrás—. ¡Estoy harto! ¿Me oyes? A partir de ahora, las órdenes las doy yo, chaval, ¡yo!

Greg no podría haber contestado aunque hubiese querido. Aturdido, vio que Travers y aquella maraña de pelo gris lideraban la marcha hacia el altar, mientras Pru se apartaba rápidamente a la izquierda y se quitaba de en medio. Henry, presa de la alarma y con la boca desencajada, cruzó las manos en un gesto defensivo.

—¡Esperad, esperad! Yo no he hecho nada, estoy de vuestra parte —chilló—. Estoy...

La muchedumbre arrolló al hombrecillo. En la alfombra, delante del profanado altar, Ben Stiemke logró levantar un brazo tan bañado en sangre que parecía salpicar pintura roja. Travers, dando un chillido que fue también un gruñido, una nota ascendente, salvaje y terrible en su ira, alzó el azadón describiendo un arco enorme. La hoja surcó el aire.

Ben emitió un único grito desgarrador cuando la cuchilla le cortó tres dedos,

escindiéndolos de su mano como salchichas. La punta del azadón se enterró en su pecho con el mismo sonido fuerte y hueco que el de un hacha al cortar madera. Con todo, Ben se las ingenió para agarrar el mango antes de que Travers pudiera tirar para sacarla y se quedó aferrado a él, con la cara contorsionada por el dolor reciente y ahora también por el miedo. La sangre le manaba a raudales de la mano herida.

—Hijo de... —Travers, incapaz de recuperar el azadón, soltó otro de sus monstruosos alaridos. Jarvis se abalanzó, levantó el rifle y lo bajó con todas sus fuerzas. La culata impactó en el abdomen de Ben y entonces Jarvis echó encima todo su peso y retorció el rifle. Una fuente de sangre borboteó por la boca del chico en medio de un grito mudo. Las manos se le aflojaron mientras Travers le plantaba una bota encima y liberaba el azadón haciendo crujir los huesos.

La multitud cerró filas. Ben Stiemke, que gargarizaba y se ahogaba con su propia sangre, se perdió bajo un mar agitado y demoledor de espaldas y piernas, rifles y puños, bates, un rastrillo, aquel azadón... En la cavernosa iglesia de piedra, el clamor creció y se alimentó de sí mismo, multiplicándose en forma de explosión de gritos, gruñidos y rugidos inarticulados. Era como observar a unas hormigas que bullen de un montículo para atacar en manada a un diminuto animal herido. A Greg no le sorprendió nada ver a Aidan, Lucian y Sam en todo el meollo. Nuevas gotas de color rubí se mezclaron con las de tinta azul que chorreaban por las mejillas de Aidan. Para no ser menos, Lucian pasó aquella lengua larga y obscenamente rosa por la cara de Aidan, chupándole la sangre. Riendo, ambos chocaron los cinco.

En ese momento, Greg comprendió que aquello era como la mañana en que su mundo se vino abajo: cuando sus padres lo sentaron para decirle que se iban a divorciar y él escupió algo horrible antes de salir corriendo lejos de su padre, que gritaba tras él: «Hijo, hijo, espera, por favor. Sabes que siempre te querré». Y lo que él le contestó, algo tan odioso que le dolía con sólo pensarlo: «¡Que te jodan, a ti y a tu puto siempre te querré!». Más tarde, todavía cabreado, miró por la ventana de su cuarto justo a tiempo de ver que su padre se desplomaba de pronto y que su máquina cortacésped seguía encendida y pasaba rozando junto a su madre. No es que aquello importara mucho, porque ella ya estaba muerta. El viejo cortacésped siguió funcionando, se abrió camino por la hierba y se metió bajo un arriate de crisantemos tardíos antes de empotrarse contra el cobertizo.

Esto se le parecía mucho: un desastre en marcha, imparable, tal vez inevitable.

Resonó un rugido salvaje y triunfante. En el altar, una oleada de manos y brazos auparon a Ben Stiemke en volandas. La sangre del chico llovía sobre los escalones de piedra. La cuenca derecha de su ojo era un cráter carmesí. Greg y los demás retrocedieron atemorizados cuando la muchedumbre recorrió enfurecida la nave central, deteniéndose únicamente para aupar también el cadáver de Stiemke.

Cuando la multitud se hubo marchado, se hizo un silencio sepulcral. En el altar, un inmenso lago carmesí se derramaba por los escalones de piedra expandiéndose como una lengua de sangre por la nave central. También había restos de Ben

desperdigados aquí y allá; Greg divisó un pulgar y un trozo de algo descarnado y granate.

—¿Qué van a hacer? —le preguntó Sarah con un hilo de voz.

—No nos vamos a quedar aquí plantados para descubrirlo —dijo Kincaid—. Os llevaremos al asilo. Allí estaréis a salvo. De todas formas, tengo que echarle un vistazo a esa pierna, Sarah. Vamos, yo te acompaño.

—No —dijo ella, haciendo una mueca de dolor al subir cojeando un escalón—. Estaré bien.

—Oh, cállate. —Pru la cogió en brazos con tanta facilidad que Sarah por poco salió volando por encima del hombro del muchacho. Él hizo un gesto con la cabeza hacia la nave lateral—. Greg, tus botas. Una de ellas está bastante llena de... ya sabes.

—La sangre se lava —respondió Greg. La bota izquierda estaba empapada y tenía tropezones de carne rosa y mullida. Pulmón, quizá, o cerebro. No servía de nada llenarse los calcetines. Se calzó la bota izquierda y torció el gesto cuando sus dedos chapotearon en su interior—. Los caballos están amarrados junto al ayuntamiento. A menos que queramos ir a pie, tendremos que cruzar la plaza.

—No hay más remedio —dijo Kincaid—. Mientras lleguemos...

—¿Doctor? —Como el viejo médico no contestaba, Greg alzó la vista del pie derecho, que estaba embutiendo en la bota, y sintió que el corazón le daba un vuelco.

—Las armas. Al suelo —ordenó Aidan, armado con una escopeta y completamente cubierto de sangre. Lucian apuntó con un par de pistolas disparejas, al estilo pistolero—. Ya.

El cielo se había teñido de negro. La luna aún tardaría horas en alcanzar su cénit y las estrellas brillaban como la mica. La nieve centelleaba reflejando la luz que arrojaban las linternas, los faroles Coleman y (Greg ahora lo veía) las danzarinas llamas amarillentas procedentes de antorchas fabricadas con trapos empapados en aceite. El aire se había vuelto denso y amargo con el olor a hollín y a aceite de motor.

Greg supuso que la mayoría de los adultos que quedaban en el pueblo estarían allí, en la plaza. Por el camino, algunos se habían permitido causar un pequeño alboroto, una pizca de destrucción. A su izquierda había varios escaparates rotos convertidos en bocas dentadas y más cristales titilaban en la acera nevada. La multitud gritaba y se arremolinaba en una especie de coágulo agitado y expectante al pie de un roble desnudo. A su derecha, Yeager y los restantes miembros del Consejo permanecían inmóviles en un círculo de hombres armados.

—¿Qué hacen? —preguntó Greg con una voz tan fina como una cuerda de piano. Aidan y Lucian se los habían llevado del vestíbulo y habían dejado atrás el cuerpo de Tori. Aunque alguien había tenido la decencia de cubrirla con un abrigo, Greg se habría caído de rodillas al suelo si Kincaid no lo hubiera agarrado con fuerza del brazo y casi llevado a rastras por los escalones de la iglesia.

—Nada bueno —murmuró Kincaid.

Las puertas del ayuntamiento se abrieron de golpe y cuatro hombres salieron tambaleándose bajo el peso de unos sacos abultados, seguidos por Jarvis y otro más, que acarreaban rollos de cuerda. Algunas personas se abalanzaron sobre los sacos de comida y empezaron a sacar a toda prisa latas y botes; otras manos les quitaron de los hombros los rollos de cuerda a Jarvis y a su acompañante. Un tipo a caballo se encargó de lanzar la cuerda por encima de una robusta rama baja del roble que se alzaba a unos buenos quince metros del suelo. Los ansiosos ciudadanos se arracimaron para agarrarse a los cabos sueltos. Eran tantos que los que salían perdiendo se aferraban a la cintura del que tenían delante formando una cadena humana. Jarvis se enderezó y se puso a hacer amplios movimientos con un brazo. Greg percibió un olor astringente y pensó: «Briquetas de carbón». Jarvis retrocedió y dijo algo que Greg no acertó a oír y, al instante, se formó otro enorme revuelo cuando la gente que manipulaba las cuerdas y formaba aquellas cadenas empezó a tirar.

Iluminados desde atrás por el brillo combinado de aquellas luces, Ben Stiemke y su abuelo se elevaron flácidamente de la nieve y se quedaron colgando de aquellas sogas como macabras piñatas desinfladas. Dado que el viejo pesaba menos, subió mucho más rápido y sus pies abandonaron el suelo en cuestión de segundos. Ben lo hizo más despacio porque pesaba bastante más...

Y porque aún seguía vivo.

Quizá no por mucho tiempo. Greg confiaba en que lo que había visto antes fuera

el cerebro reptiliano de Ben dando sus últimos coletazos, pero no estaba convencido. Cuando el nudo se apretó y Ben se quedó sin aire, su pierna buena se puso a patalear y sus manos ensangrentadas, a arañar la cuerda. Se hallaban demasiado lejos para verle la cara, pero a Greg no le costó nada imaginársela: la boca abierta, el ojo intacto a punto de salirse de la órbita mientras la cuenca arruinada miraba fijamente con expresión estupefacta...

La multitud cercó al chico, abucheándolo y atizándole en la pierna y en el cuerpo con palos y las culatas de sus rifles. Entonces alguien se adelantó con una antorcha y, bajo la luz que arrojaba, Greg reconoció a aquella furia gris. Chillando, Travers dirigió la llama al centro empapado de sangre de Ben.

Con un repentino *bump*, Ben Stiemke se convirtió en una ondeante bandera azul cuando prendió el líquido inflamable con el que Jarvis había regado su cuerpo. Sarah empezó a gritar, pero su grito fue engullido por el clamor y los abucheos de la muchedumbre. El cuerpo de Ben se revolvió y la pierna buena pedaleó y pedaleó, aunque ahora más débilmente, y trazó una estela de serpentina azul que se fue amarilleando rápido conforme se consumía el combustible antiguo y el nuevo —la ropa de Ben— se incendiaba. El cadáver de su abuelo, ahora también en llamas, ardía como una vela.

De pronto, se hizo el silencio. Aidan y Lucian miraban absortos con rostro embelesado. Todo se había detenido tan de golpe que Greg oyó con nitidez el chisporroteo de las llamas y cómo los coletazos de Ben se convertían en sacudidas, luego en un leve tembleque y después en nada en absoluto.

Tardaría días en quitarse aquella imagen de la cabeza y se le revolvería el estómago al detectar en su lengua el regusto persistente a sangre cocinada y pelo chamuscado. Y soñaría con ello, con aquellos hombres y mujeres, y unos cuantos niños, y con sus expresiones cambiantes en aquel juego de luces y sombras, reconvertidas por el fuego en algo que a Greg ya no le parecía humano.

También se acordó de Jess, sumida en su sueño eterno, vagando por sus sueños, y en lo que había dicho la única vez que había tenido ocasión de verla: «Déjalos, chico. Están ciegos».

—¡Hostia, tío! —resolló Lucian—. ¡Qué pasada!

—Lang ha dicho que estaba haciéndose el dormido —dijo Orejas de Soplillo—. Yo sólo llevo trabajando aquí un par de días y no ha dejado de comportarse como un loco. Grita, habla solo y a veces se pega con ganas. ¿Ves cómo tiene la cara por allí? Pero nunca antes lo había visto así.

—Sí, parece bastante hecho polvo. Dios mío, y apesta que no veas. Como una alimaña, peor que esos Chuckies. —«Vejestorio». Peter no recordaba su nombre. Lo siguiente que oyó fue el raspado de una bota en el hormigón, un restallar de arenilla. Pero ningún *bong, bong, bong* y nada de Simon. Nada de visiones de agujeros en la piedra ni de agua naranja. Ni tampoco de Chris. ¿Aquello era mala señal? Buajajajajá. A saber—. ¿Cuánto tiempo lleva así? —preguntó Vejestorio.

—¿Te refieres a los temblores o a no respirar bien? —Orejas de Soplillo.

—A las dos cosas. —Vejestorio.

—Mmm... —murmuró Orejas de Soplillo mientras contaba por lo bajini—. Un par de horas. Estaba así cuando hice el cambio de turno. Lang le dio un bastonazo. Justo ahí, en el costado... ¿Ves dónde le está saliendo el cardenal? El chaval ni siquiera se inmutó. No sé yo... Por el modo en que está respirando, o está como una puta cabra o se está muriendo.

«Las dos cosas. Ninguna. Buajajajajá. —Peter, desnudo, con los ojos cerrados con fuerza y desparramado en el suelo de su celda, dejó escapar otro gemido gorgoteante y gutural y se estremeció agitando las manos como polillas moribundas. Tenía la piel tan rebozada en suciedad que enormes trozos se le desprendían, resquebrajados, de los costados—. El espectáculo va a empezar, amiguitos». Volvió a dar otra boqueada reticente y empezó a temblar y a sacudirse como un pez moribundo, farfullando y ahogándose mientras le burbujeaba espuma por los labios. Por el sabor, también había algo de sangre. La nuca le rebotaba en el hormigón y le dolía, pero era un dolor mudo y muy lejano.

—Oh, mierda, mierda. —Oyó un tintineo de metal y luego un *clac* cuando Vejestorio metió una llave en la cerradura—. Al cabrón le está dando un ataque. Vamos, antes de que se trague la lengua.

—No sé yo. —Orejas de Soplillo—. Lang ha dicho que no debíamos...

—Que le den a Lang. Él no está aquí. Además, el jefe ha vuelto de ese ejercicio de entrenamiento. ¿Quieres explicar cómo este chaval se ahogó con su propia lengua mientras nosotros nos quedábamos mirando y rascándonos las pelotas? ¡Busca algo para metérselo entre los dientes, venga!

Se oyó un chirrido estridente de bisagras metálicas y luego botas en el hormigón. Ahora tenía una mano en la frente y otra en la mandíbula. Orejas de Soplillo, a su izquierda, gritaba:

—Vale, tengo una regla, tengo una regla. ¡Venga, ábrele la boca, ábrele la boca!

—Espera —refunfuñó Vejestorio, que trataba de enganchar los dedos en las comisuras de Peter para evitar que le diera un bocado. Peter se dejó hacer y soltó la mandíbula inferior, añadiendo un *uf, uf, uf* agonizante de regalo.

—Dios santo, se está muriendo. —Vejestorio tiró tanto de las mandíbulas que Peter oyó cómo le crujían los tendones—. ¡Me cago en la leche! ¡Venga, trae eso, coño, pónselo encima de la lengua, pónselo...

—Lo tengo. —Un borde rígido de madera se deslizó por el labio inferior de Peter y luego se oyó un *tic, tic, tic, tic* cuando Orejas de Soplillo intentó encajárselo entre los dientes. Le tanteó la lengua con los dedos—. La tengo —canturreó—. La ten...

Peter cerró la boca de golpe, fuerte y rápido. Se oyó un crujido, sintió un estallido de sangre en la boca y se puso a mover las mandíbulas de un lado a otro como una sierra, cortando con los dientes piel y tendones fibrosos hasta tocar hueso. Estos chascaron mientras Orejas de Soplillo chillaba y le golpeaba la cara con el puño libre.

—¡Quítamelo, quítamelo, quítamelo!

Peter escupió lo que antes habían sido dos dedos y se levantó del suelo. Su mano izquierda ya iba encaminada hacia la garganta del hombre y con la derecha recogía la regla del suelo. Orejas de Soplillo soltó un quejido cuando Peter cogió impulso con el codo y le incrustó la regla en la boca al anciano de un empujón. Orejas de Soplillo dio una tremenda sacudida. Le salió un chorro de sangre, caliente y húmeda, que bañó la cara y la mano de Peter. A través de la madera, Peter sentía la lámina más dura de hueso en la parte trasera de la garganta del hombre. Los ojos del guardia parecían a punto de salirse de las órbitas; sus manos volaron hasta la muñeca de Peter e intentó sacarse la regla, arañándole frenéticamente la muñeca con las uñas y con las esquirlas de hueso dentado de los dedos que le faltaban. Peter se enderezó, tumbó a Orejas de Soplillo bocarriba, le clavó la regla como una pica y gritó:

—¡Cómetela, cómetela, cómetela!

Se oyó otro crujir de huesos, este más apagado, enmudecido por el gorgoteo de sangre. Orejas de Soplillo se agitaba dando espasmos breves pero violentos, como si hubiera metido un dedo mojado en un enchufe; las conexiones entre el cerebro y el cuerpo se cortaron de inmediato cuando la regla se incrustó entre las vértebras y seccionó la delicada médula espinal.

Todo esto duró apenas cinco segundos. Sin detenerse, Peter se giró hacia Vejestorio, que había retrocedido unos pasos y ahora se encontraba contra los barrotes de hierro de la celda de Peter. Sus dedos nudosos hurgaban en busca de su pistola, pero, cuando la sombra de Peter se cernió sobre su cuerpo, el guardia gritó: «¡N-nn-no-nooooo!». El horror le arrebató todo el color de la cara y Peter tuvo un momento de lucidez en el que comprendió lo que debía de parecerle a aquel anciano: desnudo, pintado de sangre, con el pelo enmarañado cual corona de Medusa, tan inexorable como el destino. Era algo salido de una pesadilla o del infierno.

—¡N-no m-me mires con e-esos ojos! —gritó Vejestorio—. ¡Yo n-nunca... yo nunca te he he-hecho daño!

—Es verdad —afirmó Peter—. Pero tampoco me has ayudado.

* * *

Dos minutos más tarde, cazaba al vuelo el ojo izquierdo de Vejestorio con la lengua y se dirigía a la puerta. Se había atado el cuchillo del guardia en el gemelo derecho, pero no había cogido nada más. Ni ropa ni abrigo ni botas, ni siquiera guantes. No necesitaba nada de aquello.

«Pero hace frío, Peter. —Era la parte diminuta, pero aún cuerda de su mente—. Te ganan en número. ¿No crees que te vendría bien un rifle y algo de ropa?».

—La ropa es para vosotros. —Se tragó la gelatina del ojo, jugueteó con los cristalinos entre los dientes y luego los masticó. Tenía más o menos la consistencia de un caramelo Tic Tac ligeramente rancio, sin la menta. Por el color lechoso, Vejestorio iba camino de padecer unas cataratas del copón.

Sintió la presión de la mirada de los Cambiados, pero no volvió la vista atrás. Aunque, sí, había pensado en liberarlos —«¡Volad, volad, volad!»— y en aprovechar para pillar a la Kate de ojitos de cordero allí mismo, en el suelo mugriento. Sin embargo, aunque se le hubieran cruzado los cables, no estaba loco. Pese a estar ahora fuerte, dudaba de que pudiera sobrevivir a una pelea con tantos Cambiados.

En vez de eso, ladeó la cabeza y aguzó el oído, ahora tan agudo, para ver si percibía a Lang o a otro guardia. Lo único que oyó fue el susurro del viento. El aire helado olía a cuchillas y cortaba el hedor agrio que destilaba su piel.

«Quiero estar limpio». Cruzó el umbral dando una carrera y hundió la cara en una almohada de nieve. El corazón le dio un respingo por la impresión, un bautismo primero de hielo y después de fuego cuando su tez se resintió. Después de pasar tanto tiempo encerrado, fue lo más maravilloso que había sentido jamás. Con la respiración entrecortada, rodó una, dos veces, y se quedó descansando bocarriba. Tenía trocitos de hielo enganchados en el pelo; se notaba pegotitos de hielo en las pestañas. Soltó una risotada, que fue otro de aquellos gemidos susurrantes y eufóricos. La nieve lo acunaba; se estaba incrustando en ella, pero no tenía frío. Para él, el frío no era más que un concepto, nada más que el titilar de una estrella lejana.

«Estoy nuevo. —Sintió que la presencia alada, que llevaba ya días creciendo, latía y aumentaba. Que su murmullo se elevaba—. Sí. —Se golpeó el pecho con un puño—. ¡Sí, sí! —Estaba como su madre lo trajo al mundo y tal vez le faltara un tornillo, pero era *su* momento, suyo—. Nadie ha visto nunca nada como yo. Soy un puto guerrero, soy...».

Un golpetazo muy lejano, muy apagado. Y otro. Sintió un hormigueo en los oídos mientras su cerebro lo traducía: botas, en la nieve, y vienen hacia aquí. «Lang. O Finn». Cualquiera de los dos le servía. Se levantó y se precipitó por el camino arbolado hacia una curva donde, si mal no recordaba, las cicutas eran espesas: el escondite perfecto, porque a nadie se le ocurriría mirar hacia arriba. Sus pies

aplastaban la nieve con un *paf, paf, paf, paf sordo*. Debía de tener las plantas de los pies desgarradas, cortadas por el hielo, pero no sentía el más mínimo dolor, y los dedos del frío no amasaban su piel. El viento tiraba de su pelo rubio. El corazón le latía, fuerte y estable, espoleado por la euforia desenfadada de la cosa alada y la libertad.

Delante, las cicutas se arracimaban lejos de la oscuridad. Entonces divisó un pino nudoso y rojo a la derecha. Este era mejor aún porque sus ramas más bajas eran incluso más altas, quedaban a unos dos metros largos del suelo y eran robustas como su muslo. Se inclinó hacia atrás, clavó los dedos de los pies en la nieve para coger impulso y echó a correr. Ni siquiera se le pasó por la mente que podía resbalarse. De niño, había escalado más alto, se había arriesgado más. Le asaltó el pensamiento de que, en realidad, ya no era un peso pluma que trepaba a su casa del árbol para leer, soñar o fumarse su primer pitillo; de que corría un auténtico peligro y de que ¿de dónde iba a sacar la fuerza, la resistencia?

Pero entonces dejó de pensar y saltó. Palmeó la madera con las manos, enganchó los dedos y se puso a subir, alejándose de la nieve, columpiándose como un gimnasta. Levantó una pierna, rodeó una rama y se sentó, colocó un pie debajo, luego el otro y se incorporó. A su derecha, otra rama sobresalía en un ángulo de treinta grados, perfecta para montarse a horcajadas. El camino quedaba justo entre la V que formaban sus piernas.

Se palpó el pelo, rubio y largo, y encontró un trozo de hueso fino. El hueso, que se había escondido previamente entre las nalgas, había salido de aquel pie izquierdo. Durante la semana anterior, se había entretenido en dejarlo como una aguja: perfecto para saltarle un ojo a alguien o clavarlo en una garganta. Por supuesto, si todo lo demás fallaba, contaba con el cuchillo. Sus manos. Sus dientes. Aunque él lo que quería de verdad era probar el hueso.

Los oídos le hormigueaban con el sonido de la respiración de un hombre, con el crujir de la nieve. «Espera, espera...». En el pozo de su mente, la cosa alada también esperaba: tensa, sin aliento. Y entonces apareció Lang, que pasó justo por debajo: un anciano encorvado vestido de verde militar.

«Ahora». Peter se dejó caer. Hubo un milisegundo de caída libre en que sus oídos oyeron las ráfagas de aire al pasar. En el último instante, Lang debió de sentir algo, porque Peter vio que un óvalo sorprendido y plateado se alzaba y luego los agujeros negros de los ojos de Lang. «Ojos, ojos en la oscuridad, ojos en la piedra». Los pies de Peter aterrizaron en la frente de Lang: aquel impacto le sacudió los talones y le hizo temblar las espinillas. La boca de Lang emitió un «ah» desgarrador. Peter cayó en la nieve, rodó, apoyó los pies y se cernió sobre Lang, que seguía bocarriba, atragantándose y ahogándose con su propia sangre. Lang lo vio venir e intentó levantar las manos, pero Peter las apartó de un golpe y cayó en su pecho. Como el anciano empezó a retorcerse, Peter le dio una impresionante bofetada. Se produjo un chasquido cuando la nariz de Lang cedió y salió más sangre, un auténtico río.

—¿Có-cómo? —gorgoteó Lang. Estaba enterrado en la nieve, sin ninguna escapatoria. Trató de dar un débil puñetazo que Peter bloqueó con el antebrazo—. ¿Cómo has sal...?

—¿Importa? —Peter plantó las rodillas en los hombros del hombre y presionó hasta que Lang se quejó. Entonces se colocó la aguja de hueso entre el dedo corazón y el anular de la mano derecha, puso la izquierda sobre su garganta y apretó: no como para rompérsela, pero suficiente para que la cara de Lang se oscureciera. Peter sostuvo el pincho de hueso tembloroso justo encima del ojo izquierdo de Lang, tan cerca que este bizqueó—. Eres un traidor y voy a matarte. Pero primero voy a dejarte ciego. Vas a oír un pequeño *pop*. —Peter lo miró maliciosamente, sacó la lengua y se la pasó por el labio inferior para limpiarse la sangre de Lang—. Luego me lo comeré. Te arrancaré la lengua para que no puedas gritar. Te voy a descuartizar trocito a trocito.

—Peter. —Ahora, la voz de Lang era nasal, sofocada, y la palabra que le salió fue «Pideh». Respiraba deprisa, su pecho subía y bajaba entre los muslos de Peter—. No fui... no fui sólo yo. Weller también. Fue... ¡Aaah! —La voz de Lang se ahogaba conforme él apretaba.

—No me importa. —Enseñando los dientes, Peter aplastó las caderas corcoveantes de Lang. La cara del anciano pasó de rojo remolacha a púrpura y su lengua azulada sobresalió entre una espuma rosa—. Lo único que quiero es que mueras, Lang. Que mueras y que sepas que fui yo, que fui yo, que fui...

Peter sintió el golpe y registró el impacto como el porrazo de un cuerpo sólido que lo apartó de Lang tirándolo hacia la izquierda. Cayó en la nieve con una carambola, apoyando todo el peso en la mano izquierda. Una punzada de dolor le llegó hasta el codo. Se le torció la muñeca y dio volteretas y vueltas con la cara medio enterrada en la nieve. Luego escupió y rodó, plenamente consciente de que había perdido la aguja de hueso. «Sigo teniendo el cuchillo». Se enderezó, plantó los pies y se quedó acuclillado, en tensión, listo para saltar..., sintiendo cómo el corazón le latía con furia.

Davey —un Cambiado al que Peter no había visto desde hacía más de dos semanas— se limitaba a esperarlo cuadrado en su postura de lucha. Llevaba un mono de camuflaje blanco. Su collar de control de piel era un corte negro que le atravesaba la garganta y tenía algo raro en los ojos. Al principio, Peter pensó que lo habían dejado ciego, que se los habían sacado y le habían dejado sólo las cuencas de color escarlata, pero luego se dio cuenta de que el blanco de los ojos de Davey era de un rojo sangre oscuro y profundo.

Orejas de Soplillo: «¿Qué les pasa en los ojos?».

—No. —La palabra salió burbujeando de los labios de Peter en forma de gruñido—. No, es *mío*. Lang es... —Peter saltó y, en ese mismo instante, Davey hizo lo propio, coordinándose con él en un escalofriante y silencioso baile de dos perfectamente sincronizado. Chocaron en el aire y cayeron en la nieve convertidos en

una maraña rodante. Peter agarró de un puñado el mono de camuflaje del chico mientras las manos de este resbalaban por su piel. Plantó ambos pies en el pecho del chico y lo levantó dándole una voltereta. Peter se revolvió para salir de la nieve profunda y quedó sobre el costado izquierdo justo a tiempo para ver que Davey se hacía un ovillo, caía, rodaba... y fijaba los pies en el suelo con la agilidad de un acróbata. En una milésima de segundo, el chico emprendía la carga. Peter se giró y se puso a cuatro patas, pero no con la suficiente rapidez para impedir que Davey se le echara encima. Un segundo después, su hombro derecho estallaba de dolor.

—¡Aaah! —Aquello era una tortura. Peter se encabritó y se sacudió, dando vueltas y más vueltas enloquecidas. Davey, que estaba aferrado a él como un lobo a su presa, reajustó sus mandíbulas y clavó aún más los dientes en el músculo. Peter sintió que le bajaba un reguero de sangre por la espalda. Estiró la mano hacia atrás y buscó a zarpazos la cara del chico. Luego pensó: «Yo peso más», se impulsó hacia atrás y se dejó caer en la nieve. Sintió que el bocado del chico se aflojaba, que aquel rechinar exasperante de dientes y mandíbulas cesaba de golpe. Bramando de dolor y rabia, Peter dio una patada, se giró, cogió un mechón de pelo de Davey, preparó la otra mano para asestar un puñetazo...

Una explosión de calor le bombardeó en la cabeza, un trueno inmenso que fue como una mullida onda de napalm. Peter gimió de agonía cuando otra onda sísmica le sacudió. Se derrumbó mientras seguía gritando. El dolor era líquido y absorbente. Por encima del clamor, distinguió una voz que conocía demasiado bien:

—Está bien, muchacho. Vamos a calmarnos un poco.

Tan pronto como el dolor lo recorrió, se evaporó, como si alguien hubiera apagado un interruptor oculto. Peter, que se retorció en la nieve, echó un vistazo hacia donde estaba Finn, enorme y compacto, como un monolito uniformado tan negro como el ala de un cuervo. Un machete parang largo y curvo pendía de una funda en su cadera izquierda. En la derecha descansaba su Cok con culata de nácar. Lo flanqueaban dos Cambiadas, vestidas también de camuflaje blanco, y sus ojos eran como los de Davey: charcos de un rojo sangre.

—Tranquilo, muchacho —dijo Finn.

—¡No, no! —Peter rodó y se puso a cuatro patas, como un animal rabioso—. ¡Déjame acabar!

—Y lo harás, pero no hoy y no con Davey. ¿O quieres repetir?

Era una pregunta retórica. Peter escupió un perdigón de sangre.

—¿Cómo has hecho eso?

—Oh, es complicado. Venga, levántate. Aquí todos somos amigos.

—Yo no soy vuestro amigo. —La sangre del hombro desgarrado le recorría la parte baja de la espalda, le caía por el brazo derecho y terminaba goteándole por el codo y mezclándose con la nieve. El rojo sobre el blanco era, siniestramente, como los ojos de las chicas en contraste con los óvalos blancos de sus caras y la de Davey... y, seguramente, la suya—. No soy amigo de *este*. Ni de *ellos*.

—Pero sí eres mío. —La cara agrietada de Finn no se resquebrajó en una sonrisa—. Soy tu mundo, Peter. Mírate. Desnudo como Dios te trajo al mundo y sin frío, ¿a que no? ¿A que no necesitas dormir?

—No. Pero sueño. —A su izquierda vio a Lang, que tosía y trataba de sentarse. Davey, ya de pie, se escurrió a la derecha de Finn. La sangre de Peter le manchaba la boca en forma de sonrisa chorreante de payaso—. Con los ojos abiertos —continuó—. Pesadillas diurnas.

—Ah, sí, los fogonazos. Desaparecerán. Son un... fallo técnico.

—Me drogaste desde el principio, ¿no? Cuando estaba en la enfermería y después de que me derrumbara y me comiese... —Se calló el resto—. ¿Desaparecerá?

—Es lo más probable, aunque, sinceramente, espero que no. La abstinencia es una putada. Pero eras un ejemplar demasiado bueno para desaprovecharte. Tu cerebro ya es diferente. Lo sabemos porque sigues vivo. —Finn lo miró con esa especie de curiosidad reservada a un espécimen de laboratorio nuevo y fascinante—. ¿De verdad quieres que se te pase todo esto, Peter? ¿Que termine?

—Yo... yo —empezó a decir, y se calló. ¿No eran dos preguntas diferentes? Quería alejarse de Finn, sí. En cambio, aquel éxtasis rojo y eléctrico no se parecía a nada que hubiera experimentado antes. Y, en realidad, ¿había estado tan mal? «No. Quiero volver a experimentarlo. Me siento nuevo, diferente, mejor de lo que era, pero si puedo aferrarme a parte de quien era, a lo mejor puedo utilizarlo de algún modo». En cuanto a la cosa alada que mascullaba su lenguaje siniestro..., podía vivir con eso.

Aquello tal vez demostrara que, en realidad, estaba loco y que nunca iba a recuperarse, pasara lo que pasara. A lo mejor Simon tenía razón: «La cagaste en el momento en que decidiste que la Zona era una buena idea».

—No lo sé —respondió.

—No me sorprende. Menudo subidón, ¿eh? Seguro que ese hombro no puede decir lo mismo, pero te recuperarás. ¿Y toda esa energía? ¡Qué paaaaranoia! —Finn meneó sus espesas cejas, que eran tan blancas como su pelo cortado a cepillo—. No eres indestructible, pero sí diferente. Dime: pongamos que matases a Lang, ¿qué crees que pasaría a continuación? ¿Adónde huirías?

Peter se dio cuenta de que no se había parado a pensar en eso. También resultaba extraño que aquel éxtasis eléctrico se fuera diluyendo. Ya sentía que el cuerpo se quejaba, que ansiaba aquella adrenalina.

«No sirve de nada volver a Rule, ni a Chris. Lo único que puedo hacer es resignarme. Soy un exiliado, un Azazel: el chivo expiatorio rojo que porta todos los pecados, enviado a vagar por el desierto». Teniendo en cuenta sus ojos, era bastante acertado.

—Has llegado demasiado lejos para dar marcha atrás —continuó Finn, como si hubiera hablado en voz alta—. Y ¿sabes por qué? Porque elegiste vivir. Sobrevivir, costase lo que costase.

—¿Que lo elegí? —No tenía opción. Finn lo había roto—. Me drogaste, me

encerraste en una jaula, me hiciste luchar, me privaste de agua y de c-comida... —La lengua se le trababa.

—Elegiste luchar, comer. Tú mismo te desmoronaste, Peter, por los compromisos que estás deseando asumir y las normas que estás deseando romper para seguir vivo. ¿Y no lo ves? Eres *el* Cambiado.

—No. —Debía de haber un modo de salir de aquello—. ¿Qué es lo que quieres? Si yo era un experimento, si ellos son... —Señaló con la cabeza a los espantos de ojos rojos—. ¿Ahora qué?

—Depende. ¿Qué te gustaría?

«Venganza». Porque, qué demonios, ya estaba todo perdido.

—Quiero lo que me corresponde. —Señaló a Lang con un dedo goteante—. Tú me tienes a mí, pero yo lo quiero a él.

—Ni en sueños. —Lang carraspeó y escupió un gargajo gelatinoso.

—¿Y si hacemos un trato? —le propuso Finn—. Yo te doy algo y tú me das otra cosa a cambio.

—¿Qué? —Sorprendido, Lang alzó la mirada con unos ojos como platos sobre una pechera carmesí—. ¿Jefe?

—¿Un trato? —Peter soltó una risotada estridente que pareció un graznido—. ¿Qué me queda que pudiera tener o dar?

—Unas cuantas cosas —le respondió Finn—. Supongo que depende de las ganas que le tengas a Lang.

—¿Qué? —Lang retrocedió un paso buscando su pistola—. Ese no era el trato.

—Bueno. —Los ojos negros de Finn volaron hasta Davey—. Los tratos están para romperlos.

—No lo creo —empezó a decir Lang, mientras Davey se ponía rígido como un perro que detectase un olor nuevo. En un abrir y cerrar de ojos, las dos chicas se giraron hacia Lang en una espeluznante y silenciosa sincronía.

—¿Cómo estás haciendo eso? —le preguntó Peter bruscamente... justo cuando se dio cuenta de algo más. En el momento en que los Cambiados reaccionaron ante Finn, aquella adrenalina roja y eléctrica también le atravesó el cerebro aleteando, pero ahora era mucho más apagada, sólo un hormigueo. Su mente seguía estando clara. «Es como si sólo estuviera captando el sobrante».

—Oh, ensayo y error. —La boca de Finn se estrechó en una sonrisa cadavérica—. Llevo en esto un tiempo, décadas, desde mucho antes de que el mundo me hiciera el inmenso favor de regalarnos a los Chuckies.

Como liberadas súbitamente de lo que fuera que las retenía, las chicas atacaron. Fueron tan rápidas que a Lang no le dio tiempo de sacar la pistola. La primera le propinó tal cabezazo que lo tiró en la nieve y la otra le acercó el cuchillo a la garganta.

«¿Cómo lo hace?». Peter observó cómo una le confiscaba la pistola al anciano.

—¿Es... telepatía?

—No del todo —respondió Finn—. Al menos, no del modo en que los libros y las películas te lo han hecho creer.

—¡J-J-Jefe! —rebuznó Lang con los ojos redondos como lunas mientras estiraba el cuello ante el cuchillo de la chica—. ¡He sido leal! Teníamos un acuerdo.

—Yo... —Finn levantó un dedo cuando el walkie-talkie, siempre enganchado a su cadera, crepitó—. Dame un segundo, ¿vale, Lang? Estoy un pelín ocupado.

—¡Pero, jefe...!

—Shhh. —Finn lo hizo callar como si reprendiera a un niño de dos años: «No, Johnny, nada de caramelos antes de la cena»—. No me toques las narices, Lang.

Se trataba del código morse con algo más que Peter no entendía. Captó una *t* y una *w*, puede que una *r*. Vio que Finn respondía: *break-break*.

—¿Por dónde íbamos? Ah, sí, por la telepatía. Bueno, no es nada sobrenatural, muchacho. Tú mismo tienes esa habilidad. Todos la tenemos. Piensa en experiencias eufóricas, en cómo la gente habla en otros idiomas o implora para permitir que Jesucristo —Finn lo cantó como un predicador de carpa— entre en sus corazones. A la gente le encanta ese sentimiento expansivo de algo-más-grande-que-yo. Es la razón por la que lleva siglos mezclando pociones y utilizando psicodélicos, desde que Og se preguntó por las estrellas. Mis favoritos son los hallados en los escritos de los hindúes: los Vedas consagrados a las decocciones y a los elixires alucinógenos derivados de una especie de hongo muy especial y particular que no sólo permitía la comunicación con lo divino, sino que confería la inmortalidad y devolvía la vida a los muertos. Pero, si lees cualquier texto religioso, encontrarás que todos los grandes — Shiva, Visnú, Moisés, Ezequiel, Jesús— se colocan, tienen visiones, vuelven del inframundo o del Mundo de los Muertos... y todos oyen esa vocecilla sosegada.

«Chris. —Peter recordó que su amigo había aparecido de repente... con aquella voz clara y calmada—. ¿Qué fue lo que oí? ¿A quién? —Una nueva idea horrible—: Dios, ¿y si era Finn?».

—Pero oír... Bueno..., eso no es comunicación.

—Ah, muchacho, pero es un comienzo. —Finn se dio unos golpéenos en la sien con un dedo—. Todo esto sugiere múltiples modalidades mediante las que el cerebro puede recablearse para recibir y enviar órdenes. Sabemos que no sólo el cerebro está diseñado para buscar lo místico, sino que nosotros podemos recrear la experiencia. Si estimulas ese lóbulo temporal con un electrodo en el sitio adecuado, si lo provocas lo justo, también podrás tener una experiencia extrasensorial. El potencial está ahí, pero no lo hemos explotado y hemos usado el lenguaje en su lugar. No obstante, ahora tenemos a los Cambiados, que no hablan, pero que, sin embargo, actúan juntos y se comunican claramente los unos con los otros. —Finn dedicó a Davey la mirada de un padre orgulloso cuyo hijo acaba de ganar los cien metros lisos en diez segundos—. ¿Qué te hace pensar que los Cambiados no pueden acceder a sentidos y habilidades que tú has permitido que se atrofiaran, y que nosotros (bueno, yo) no podemos alterar la mezcla química para dar paso a nuevas posibilidades? Tú no eres el único con un

cerebro diferente, muchacho.

«Ni al que han drogado». ¿Y qué quería decir Finn con que no era el único? ¿Se refería sólo a los Cambiados? ¿O estaba hablando de sí mismo?

«Dios mío, ¿será Finn diferente? ¿Lleva años siendo como los Cambiados en este sentido y sólo ha estado esperando a encontrar a gente como él?».

¿O había estado tomando la misma droga que había usado en Peter, Davey y aquellas chicas? La historia estaba plagada de ejemplos de médicos y científicos que experimentaban primero con ellos mismos.

—No se te puede haber ocurrido todo esto justo ahora —dijo Peter.

—Por supuesto que no. Ya te lo he dicho, Peter. —Finn unió los dedos en forma de abanico, como un profesional—. Yo experimento. Siempre lo he hecho. E infiero, deduzco. Piensa en lo eficiente que podría ser un ejército que se moviera con un solo propósito. Un ejército en el que las órdenes no dependieran de una única modalidad sensorial o canal comunicativo. Los milagros no existen, muchacho; son sólo cosas que no podemos explicar y habilidades que no sabemos cómo explotar, interruptores que no podemos accionar... hasta que podemos y lo hacemos.

La idea —la imagen de Finn reuniendo un ejército de Cambiados— le heló la sangre. «Y ha dicho décadas». Finn estuvo en Vietnam; tal vez experimentara ya entonces, como hacían los militares con el LSD, el gas sarín y otras drogas. De modo que, si Finn llevaba todo ese tiempo con aquello, podía tener éxito. Los Cambiados habían sido su feliz accidente, un golpe de buena suerte y serendipia. Un momento Eureka.

«Yo debo de ser igual. No morí ni cambié, y debería haberlo hecho. Todos los Salvados —Chris, Alex, Sarah, Greg y yo— somos especímenes».

—¿Qué es lo que quieres? —Al final cayó en la cuenta de que estaba completamente desnudo, en la nieve, charlando con un lunático. El dolor del hombro se había quedado en un resquemor y el de cabeza había pasado a la historia. Se abrazó a la altura del pecho, más por costumbre que porque tuviese frío. ¿Podía uno fingir que volvía a ser humano?—. Me lo has quitado todo. Ni siquiera me has permitido morir.

—Eso no es verdad. Tú eres el que no te has permitido morir. Oh, espera. —Finn se dio una bofetada de coña al estilo Homer Simpson—. Ouh. ¿Te refieres a no dejar que te ahorcaras? No estabas en tus cabales, pero, si realmente estás emperrado en terminar el trabajo, ahí tienes un cuchillo. Adelante, rebánate la garganta. Apuñálate el corazón. Sácate los ojos si quieres.

Opciones que no eran opciones: Finn era brillante en eso.

—¿Qué es lo que quieres? —repitió.

Y Finn se lo dijo.

Lo que le más molestaba era que sólo podía reunir una pequeña muestra de ira. Con

todo, mientras escuchaba, halló la respuesta a una pregunta muy importante. «Finn tiene que preguntar. No puede leerme la mente, sólo influir en ella. —Peter recordó la explosión en su cabeza y el éxtasis de la fiebre roja—. Puede dar dolor y placer». Lo cual era mucho menos de lo que conseguía con Davey y con los demás Cambiados. ¿Y qué significaba aquello?

—No —dijo cuando Finn hubo terminado.

—Entonces, garantizas el exterminio —concluyó Finn—. Sabes que vuelven a lo que les resulta familiar y el tiempo sigue pasando, muchacho. Quedan menos de dos meses, ¿verdad?

«¿Cómo sabe eso?». Si Finn no podía leerle la mente, entonces el anciano había oído rumores o tal vez tenía espías en Rule. En vez de contestar a la pregunta, Peter formuló otra a su vez:

—¿Por qué iba a acceder?

—Porque es cuestión de causar el menor mal. Es una escapatoria.

—¿Escapatoria? —Ahora sí que rió—. ¿Cómo?

—¿Necesitas que te lo deletree? Eres universitario, muchacho. De la Michigan Tech, ¿no? Oh, pero no te graduaste, es verdad. Te faltó un semestre, si mal no recuerdo, por culpa de aquel pequeño —Finn jugueteó con los dedos— *accidente*. Pero estudiaste este fenómeno, hiciste trabajo de campo con los lobos de Isle Royale, ¿verdad?

—Sí. —Dios, Finn lo sabía todo sobre él—. Rescate genético de especies en cautividad.

—Entonces, piensa en lo que te ofrezco, Peter: protección, diversidad suficiente para mantener a la población con vida, comida. —Le hizo el favor de no sonreír—. Ten en cuenta que te estoy proporcionando un rescate genético.

—Pero no estás utilizando a todos los Cambiados como estás haciendo con Davey y esas chicas. ¿Qué pasa con los de la prisión? Reconozco a algunos. ¿Qué vas a hacer con ellos, Finn?

—Puede que no tenga que hacer demasiado. Ya conoces la historia, Peter: Roma no se construyó en un día, pero cayó en tres. Rule se le parece. Sin la mina, sin suministros y con tanto viejo, el pueblo se engullirá vivo a sí mismo, como un cáncer, por dentro y por fuera. Recuerda, los Chuckies vuelven a lo que les resulta familiar. Así que piensa en lo que se les viene encima mientras hablamos.

La mera idea de que unos cuantos Cambiados estuvieran volviendo al pueblo le hizo subir un lento estremecimiento por la espalda. Sabía que Finn tenía chicos de Rule; había reconocido a Kate Landry, la de los ojitos de cordero, y al fornido Lee Travers. «Y si Finn está reuniendo a Cambiados como Kate y Lee y el resto es su nuevo ejército...». Sería como si el último emperador de Roma viera cómo los visigodos entraban en estampida por la Puerta Salaria y atacaban las siete colinas.

—Le doy... —Finn giró la muñeca para comprobar un reloj imaginario—, oh, uno o dos días más. O tal vez los hijos pródigos hayan vuelto ya, Peter. ¿Qué crees tú

que pasará?

Estuvo a punto de decir que el Consejo no caería, que Chris averiguaría un modo de evitarlo. «Pero Chris se me apareció. Olvida la droga. Algo le ha pasado y en Rule; lo sé. Finn está demasiado seguro». El dolor, la idea de que Chris estuviera realmente muerto, era un puñal clavado en el corazón. Con todo, lo agarró y se lo clavó más profundo, pues lo necesitaba, anhelaba aquel dolor. «Si aún sé en qué consiste la pena, existe una posibilidad de salir de esto».

—¿Por qué odias tanto Rule? —preguntó—. ¿Quién eres, Finn?

—Soy lo que soy. —El hombre extendió las manos—. Y mío es el camino, muchacho.

«No, pero tú eres el único camino que queda». Cerró los ojos no tanto para no verlo como por la repentina marea helada en que se convirtió su sangre. En su cerebro percibía las garras de la cosa alada engancharse con un poco más de firmeza. Casi deseó volver a oír las campanas. O a Simon. Entonces sólo estaría loco y tendría una excusa.

—De acuerdo. —Abrió los ojos—. Pero quiero estar ahí. Necesito tu palabra.

—Palabra de *scout*. Ahora, ¿qué dices si te metemos dentro antes de que pierdas un pie? —Finn le guiñó un ojo—. ¿O algo más vital que un machote joven y sano como tú sentiría mucho perder? Oh, pero espera. —Finn se dio otra palmadita de coña—. Nos habíamos olvidado de Lang. ¿Todavía lo quieres?

—Sí. —Peter sintió que la cosa alada se removía—. Sabes lo de que la venganza se sirve fría, ¿no?

—¡No! —Lang echó mano de Finn como un bebé berreante—. ¡Jefe, no, soy uno de los tuyos!

—Hay muchos más viejos chochos de donde tú vienes. —Se oyó cómo el acero afilado rozó el cuero cuando Finn desenvainó su parang—. ¿Quién tiene hambre?

PRUEBAS DE FUEGO (Y HIELO)

—¿Crees que puedes dejarme? —La voz de su padre salió bramando de la cocina y subió las escaleras como proyectada por un megáfono. Se oyó un fuerte *pam* metálico en la madera, un ruido de platos rotos y el grito amortiguado de Deidre, la novia de su padre por aquel entonces—. ¿Crees que no tengo ojos? —tronó a continuación.

«No estoy oyendo esto. —Temblando bajo la oscura cúpula de su manta, Chris apretó los ojos con fuerza y se tapó los oídos—. Es sólo una pesadilla».

Pero entonces, sin saber cómo, se vio hecho un ovillo en las escaleras. Su padre se acercaba por el piso de abajo. Tenía la cara y la camiseta de tirantes salpicadas de sangre y el martillo presentaba coágulos de sangre viscosa, restos de cerebro y mechones de pelo rubio.

—¡N-n-no! —balbuceó Dee... salvo que ahora no se trataba de Deidre, sino de Lena, cuya cara era un auténtico horror, pulposo y deforme. La mitad izquierda estaba destrozada y un brillante pegote rosa de cerebro le caía por el cuello—. Po-por favor. —Lena alzó las manos, pero no hacia el padre de Chris.

Sino hacia él. Porque, ahora, Chris no tenía ocho años. Ni estaba en la cama ni acurrucado en una escalera abrazándose las rodillas y deseando estar en otro sitio. Ahora estaba en mitad de un remolino de viento gélido y nieve agujijoneante y era él quien blandía el martillo. Lo levantaba, tanteaba su peso y veía el mango con la sangre de Lena. Le chorreaba por la cara, le bañaba el cuello. Lamió el cobre mojado y caliente de sus labios y pensó que era lo más sabroso que había probado nunca. Quería más.

—P-por favor, Chris —dijo Lena—. Ayúdame.

—No puedo ayudarte. —Su voz sonaba más adulta y más dura, y le gustaba—. Nadie puede.

—P-pero... —Los ojos de Lena lloraban sangre en lugar de lágrimas—. N-no quiero morir.

—Deberías haberlo pensado mejor antes de cambiar. Alguien tiene que morir.

—Sí, alguien debe morir. —Era otra voz, la de una persona a la que Chris conocía muy bien. Jess apareció de repente, con su pelo plateado convertido por el viento en la melena rizada de una gorgona y la nieve girando en torno a su cuerpo como una larguísima bata blanca—. Alguien lo hará.

—¡Pero no yo! —profirió Lena—. ¿Por qué tengo que ser...?

—Tú ya no tienes nada que hacer, hija. —La voz de Jess era el mismísimo viento—. Pero tú sí, Chris. Márchate de aquí. Aquí nunca ganarás esta batalla. No perteneces al Mundo de los Muertos.

—¿Qué tontería es esa? —exclamó su padre, sonriendo ahora a otro cuerpo que saltaba y se retorció en un enorme charco de sangre humeante. Chris lo miró y descubrió que se trataba de Peter, tumbado de espaldas con la cabeza aplastada como

una calabaza de Halloween a la que hubieran atropellado—. ¡Estás hablando de mi hijo! —le gritó a Jess—. ¡Y me pertenece! ¡Lleva mi sangre!

—Hay un tiempo para cada cosa, Chris, para matar y para curar. —Los ojos de Jess eran dos negros espejos en los que se veía por duplicado: Chris a la derecha y Chris a la izquierda, como los ángeles gemelos de su naturaleza (su padre y Jess), sólo que no sabía cuál de ellos era el bueno. Tal vez ninguno lo fuera por completo—. Deja a esa cosa con la cara de tu padre —le pidió—. Regresa. Todavía no ha llegado tu hora.

—Y una mierda que no —respondió, y al instante empezó a blandir el martillo; los dos Chris lo hacían, surcando el aire, pero, cuando ambos impactaron entre sí, confluyeron en un solo Chris, en un solo martillo, en un único deseo. Se produjo un sordo *choc* y un sonido de rotura cuando la cabellera de Lena se desgarró. El martillo vibró en su mano y el metal hizo un cráter en el hueso antes de pasar al cerebro. Lena se desplomó. Cuando retiró el martillo, levantó la vista y comprobó que Jess había desaparecido.

—Ese es mi chico. —Su padre se limpió un pedacito de sesos de la mejilla y se llevó los dedos a la boca—. Mmm.

Entonces la escena dio una rápida sacudida, como si alguien le hubiera puesto una mano en la espalda y lo hubiera empujado con ímpetu, catapultándolo de aquel horror a un sitio completamente distinto. A Chris aún le dio tiempo a pensar: «Una pesadilla, es una pesadilla, no es real, no...».

Su pecho estalló en una oleada de pura agonía. Una descarga eléctrica le recorrió el cuerpo y todas sus conexiones parecieron activarse. Detectó que el aire era cálido —«dentro, en alguna parte, no en la nieve»— y se percató de un chapoteo y borboteo de agua, del chirrido de un muelle, del frufrú de una tela. El *tic-tic-tic-tic-tic-tic* insectil de un reloj. «Cama, dormitorio, ¿dónde?». Estaba tumbado bocarriba, temblando, con los nervios de punta. Sentía una extraña presión en el pecho —«mano, un hombre»— y el tacto de un pulgar acariciándole la frente, recorriéndola en vertical y horizontal, garabateando algún símbolo como un bolígrafo sobre una hoja en blanco. Lo que siguió fue un torbellino de sonidos, susurros y murmullos guturales pertenecientes a una oscura lengua, como árboles atestados de cuervos murmurando en lenguas desconocidas: «Durch das Blut und das Wasser seiner Seite...».

¿Dónde estaba? Recordaba el frío y la nieve, la trampa atravesando los árboles —«¡Lena, corre, corre!»— y una ponzoña extendiéndose por su cuerpo, cubriendo su mente. «Agua. Algo en el agua... —De nuevo aquel chapoteo, muy cerca, y algo húmedo arrastrándose sobre su pecho. Experimentó una enorme punzada de pánico—. ¡Dios, no, veneno, matándome, no, no!».

—¡No! —Se oyó a sí mismo jadear y soltar un grito entrecortado—. ¡No! —Sus ojos se abrieron en el preciso instante en que las manos que tenía a su lado saltaban como pájaros asustados. Alguien gritó al verlo erguirse y volver a la vida en aquella

habitación llena de sombras y escasa luz. Chris continuó gritando—: ¡No! ¡No me toques, no me toques, aléjate de...!

—¡Christopher! —La cara de un viejo emergió de la oscuridad—. ¡Christopher, para! ¡Todo es...!

«¡Salir, tengo que salir de aquí!». La reacción de Chris fue instintiva y de puro pánico. Se puso a repartir golpes a diestro y siniestro y notó que su mano izquierda se enganchaba en una tela. Se oyó un chillido de sorpresa y entonces Chris atrajo al viejo hacia sí de un tirón, le pasó el brazo por el cuello y se fijó en un destello metálico en su cadera izquierda. Alargó la mano de súbito y, en un instante, la pistola estaba en su puño. Hincó la boca del arma en la sien del anciano.

—¡Aléjate de mí! ¡Aléjate de mí! ¡Aléjate!

—¡No, Chris, no, no! —Un coro de voces: niños y niñas. El chirrido del metal contra el cuero, el sonido de revólveres desenfundándose, el inconfundible *clac* del cerrojo de un rifle. Las voces seguían parlotando, solapándose; todo el mundo hablaba al unísono—: ¡Chris, no! ¡Chris, está bien! ¡Estás a salvo, Chris, estás a salvo! —Un chico bramó más alto que el resto desde detrás de su rifle—: ¡Baja la pistola, baja la pistola! ¡Suéltala, suéltala!

—¡No, Jayden! —Era el anciano, con voz sorprendentemente fuerte—. ¡Todo el mundo quieto! ¡Dejadle un momento para...!

—¡Lo tengo! —cantó jayden—. ¡Lo tengo a tiro!

—¡Jayden, no! —La voz de aquella chica le resultaba familiar y entonces cayó en la cuenta: «Hannah»—. ¡Chris! —lo llamó Hannah—. ¡Por favor, baja la pistola!

—¡Atrás todo el mundo! —gritó Chris, pero las palabras salieron a duras penas. Una vela solitaria le proporcionaba una luz tenue e incierta, pero le bastó para comprobar que se hallaba liado en una maraña de sábanas, bajo un edredón, medio encima y medio fuera de una cama... y que estaba completamente desnudo—. ¿Dónde estoy? —«No ha sido un sueño. Herido, estaba herido de gravedad. Estaba sangrando, me sentía... —Había sentido que aquella ponzoña negra le había atravesado el pecho y le había estrujado el corazón—. Me sentí morir, estaba muriéndome, estaba... —No, no podía pensar en eso. Salir de allí, ¡tenía que salir de allí! Aún tenía al viejo cogido del cuello, pero su vista saltó de una cara a otra (Jayden, Hannah, otros dos chicos) y luego recorrió el gran rectángulo de la habitación, con su techo inclinado y sus tres ventanas—. Una buhardilla o una segunda planta. Dormitorio». Había una puerta cerrada (la salida) a su izquierda, pero los demás la estaban bloqueando.

Se oyó una serie de ladridos amortiguados y entonces alguien preguntó desde la puerta:

—¿Estáis todos bien? ¿Y él? ¿Qué pasa?

—No, no, espera... —Aunque Hannah trató de impedirselo, una niña pequeña se escabulló y logró entrar.

—¿Chris? —La cara de la niña estaba contraída por la ansiedad. Tenía los ojos

azules abiertos como platos y Chris cayó en la cuenta del aspecto que debía de ofrecer allí desnudo, enloquecido, con una pistola en una mano y a punto de ahogar a un anciano con la otra. Junto a la cría había un perro, más pequeño que un pastor alemán y con pintas negras, que lo miraba a través de una máscara azabache—. Chris, todo va bien —dijo—. ¿Te acuerdas de mí?

—S-sí. —Chris tragó saliva para reprimir un repentino ataque de vértigo. «No, no puedo desmayarme otra vez». Luchó por aclarar su mente—. Eres... eres Ellie.

—Exacto, y esta es *Mina*, mi perra. —El alivio inundó el rostro de la niña—. Te hicimos entrar en calor, ¿recuerdas? Te rescatamos. Ahora estás a salvo.

—¿A salvo? —Oyó el azote del miedo en su voz. Su brazo se tensó en torno al cuello del hombre—. No estoy a salvo. Dejadme en paz. Todos. ¡Alejaos de mí!

—Christopher. —El anciano no se resistía, sino que le acariciaba el brazo con el que pretendía ahogarlo como si se tratara de un animal asustado—. Christopher, sé que esto es difícil de entender. Estás asustado. Baja la pistola antes de que le hagas daño a alguien.

—No. —Pero el pánico remitía. Empezaba a perder el sentido, su extraña fuerza se iba desvaneciendo—. ¿Quiénes sois? ¿Dónde estoy?

—Estás a salvo —dijo Hannah desde un remolino de sombras... o puede que su vista hubiera empezado a emborronarse—. Chris —repitió—, déjanos ayudarte.

—¿Ayudarme? —Soltó una débil y entrecortada risotada—. Intentasteis matarme. —«Tengo que salir de aquí». Dio un medio paso vacilante. De pronto tenía las piernas petrificadas, le parecía que la pistola pesaba una tonelada y comprendió que iba a desmayarse en cuestión de segundos—. Por favor —gimió—. Dejad que me vaya. No quiero hacerle daño a nadie. No...

Sin previo aviso, se quedó sin fuerzas, como si lo hubieran desenchufado. Las rodillas se le doblaron. Desde algún lugar remoto, oyó el sonido de la pistola al caer al suelo. Ya no tenía nada en las manos, ni siquiera al viejo.

—Intentasteis matarme, i-in-intentasteis... Oh, Dios... —Los ojos se le pusieron en blanco; ya no había luz ni nada que ver y se precipitaba a toda velocidad hacia un abismo negrísimo.

—¡Rápido, sujetadlo! —gritó alguien. Creyó que se trataba de Ellie—. ¡No dejéis que se caiga!

—¿Chris? —Una voz desde la oscuridad—. Chris, contéstame. ¿Estás bien?

—No... no lo sé. —Tenía la lengua hinchada, la boca entumecida y una enorme presión en el pecho que lo aplastaba hacia la oscuridad.

«Estoy en la nieve otra vez. Bajo la trampa».

—N-no. —Al intentar girar la cabeza hacia la voz, le dio un tirón en el cuello—. No volváis a ma-matarme. P-Por favor. No qu-quiero mo-morir.

—Shhh... No tengas miedo. Estoy aquí contigo, Chris; no pienso dejarte. —Una

mano fuerte y firme le acarició la mejilla—. Abre los ojos. Es hora de volver. Es hora de que veas.

—N-no puedo. —Temblaba—. N-no qu-quiero ver nada.

—Tienes que hacerlo. Ya está bien de esconderse en las sombras. —La voz era apacible, pero implacable—. Ya no tienes ocho años. Venga. Regresa.

—N-n-no... —Pero sus párpados se fueron levantando, la oscuridad remitiendo y aquella película disolviéndose de sus ojos. Al principio sólo distinguió una niebla deslumbrante, como si una luz potente atravesara una densa bruma. Luego vio que la niebla se curvaba y arremolinaba cuando la cara de Peter hizo su aparición; las piezas fueron encajando del cuello para arriba: la barbilla y la boca, la nariz y la frente.

No tenía ojos. Sólo dos agujeros, piel suave sobre hueso.

—¿Dónde están t-tus ojos? —Un puño de horror le estrujó el corazón—. P-Peter, ¿do-dónde...?

—Oh, qué tonto soy. —La piel que recubría las cuencas de Peter se separó—. ¿Mejor así?

Chris sintió bullir el grito en su garganta e intentó expulsarlo. Los ojos de Peter eran dos cuevas, no dos negros espejos como los de Jess, sino vastos y rojos, y empezaron a llenarse a toda prisa. Se desbordaron en sangrientos arroyuelos que le bajaron por las mejillas y le mojaron los labios. Cuando Peter sonrió, sus labios se retiraron y dejaron al descubierto una ristra con demasiados dientes, naranjas y húmedos.

—Cucú —dijo Peter. Gruesas lágrimas escarlatas temblaron sobre su labio superior y cayeron directamente en la cara de Chris y en sus propios ojos asombrados. Hubo un siseo serpentino, como el de un ácido hirviendo, y luego notó el dolor; se había quedado ciego y gritaba...

—¿Eh? —Chris oyó salir el grito de su boca.

—¿Christopher? —No se trataba de Peter, ni de Lena ni de su padre, sino de un anciano. Una mano fría y seca le tocó la frente—. Christopher, ¿estás consciente?

«¿Esto qué es? ¿Otro sueño? —Se quedó quieto durante un rato—. ¿Otra pesadilla?». Estaba tapado por un grueso edredón y casi desnudo, aunque alguien le había puesto unos calzoncillos. También tenía algo raro en el cuello. ¿Una cuerda?

—¿Christopher?

—S-sí —gruñó. Abrió los párpados y se quedó deslumbrado por los rayos blancos y amarillos que entraban por las dos ventanas situadas justo enfrente de la cama. Habría alzado una mano para protegerse los ojos, pero no podía mover los brazos. Tenía las sábanas anudadas alrededor de las muñecas y los tobillos atados a los postes de la cama.

—Por fin. Bienvenido otra vez. —El viejo cogió una jarra de gres de una mesita de noche y le sirvió un vaso de agua—. ¿Tienes sed?

Estuvo a punto de preguntar por qué lo habían atado, pero consideró que, si un chaval le hubiera quitado la pistola, él habría hecho lo mismo.

—¿Le habéis echado algo? —inquirió en tono áspero.

—No. Toma. —El anciano le pasó un brazo por los hombros y lo sostuvo mientras bebía. El agua era limpia, inodora y estaba fresca como un bálsamo. Chris sintió cómo resbalaba fríamente por su torturada garganta, le recorría el pecho y aterrizaba en su estómago vacío. Cuando se hubo acabado el vaso, el viejo lo ayudó a tumbarse de nuevo y se sentó en su propia silla—. Deberías digerirla. Ayer te dimos un poco de caldo, así que...

—¿Ayer? —Se pasó la lengua por los labios resecos y saboreó la sangre allí por donde se le habían agrietado—. ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—¿En esta habitación? —El anciano entrelazó los dedos en el regazo. Su melena, que le ondeaba por los hombros, era tan blanca como su barba, aunque no llevaba bigote. El parecido, sin embargo, era evidente, sobre todo en los ojos, tan negros, brillantes y sagaces como los de un profeta—. Seis días. Yo llegué anoche justo después de la puesta de sol. Estaba aquí cuando recobraste el sentido por primera vez.

Chris captó el énfasis.

—¿A qué se refiere con «en esta habitación»? ¿Dónde estaba antes?

—¿Qué es lo que recuerdas?

—La nieve —contestó con voz ronca. No quería acordarse de las pesadillas—. Los árboles. Pinchos y cristal verde y el sonido de las ramas al romperse, como bombas.

—Eso fue la trampa para tigres. ¿Qué más?

—El peso en la espalda; y el frío, y lo que me dolía... el pecho cada vez que intentaba moverme. No podía respirar, era como si tuviera cu-cuchillos... —Empezó a tiritar—. No p-podía...

—Tranquilo. —El anciano le puso una mano apaciguadora en el brazo—. Ya pasó.

—Pero ¿hace cuánto que pasó?

—Dos semanas.

—¿Llevo inconsciente dos semanas? —El corazón le dio un vuelco—. ¿En qué mes estamos?

—A finales de la primera semana de marzo. Tranquilo, Chris. Ya estás a salvo.

—No os cansáis de repetírmelo, ¿eh? ¿He estado en coma? ¿Qué es lo que me ha ocurrido?

—Caíste en la trampa para tigres. Hannah dijo que no podías respirar, que te estabas muriendo de dolor y que habías perdido muchísima sangre. Cada vez que trataban de moverte o de mover la trampa...

—Me dolía. —Su pecho jadeante se cubrió de sudor—. No... no podía...

—Tranquilo. —El hombre le dio una palmadita en el brazo—. Cálmate.

—Creí que me estaba muriendo —susurró—. Cuando Hannah me dio aquella

agua..., creí que era veneno y que tenía intención de matarme. Supongo... —«Todo fue una pesadilla, como la de mi padre y yo y Lena y Peter». No sabía si reír o llorar —. Soñé que me moría. Creí que estaba muerto.

—Eso es porque, a todos los efectos, lo estabas —respondió el viejo.

—¿Qué? —Cuando intentó levantarse de la cama, los nudos se le clavaron en las muñecas y en los tobillos—. ¿De qué hablas? ¿Qué estás diciendo?

—Tranquilo, Christopher —dijo el anciano—. Cálmate.

—¿Que me calme? —Creyó estar gritando, pero sólo pudo reunir fuerzas para un graznido distorsionado. Tiró de las sábanas, con el cuello tan tenso que oyó cómo le crujían los huesos—. ¿Me estás diciendo que estuve *muerto*? ¿Que Hannah realmente me envenenó?

—Sí. Quería que dejaras de sufrir, quería ayudarte a que te marcharas. Se quedó contigo hasta que te apagaste. No tardaste mucho; ya estabas bastante débil. Si Ellie no te hubiera encontrado cuando lo hizo y no hubiera enviado a Eli a buscar ayuda, habrías estado más que muerto mucho antes de que Hannah y Jayden llegaran a ti.

—Ellie y su perra me m-mantuvieron con vida. E-ellas... —De repente, la garganta se le obstruyó al dejarse caer en la cama—. Me dieron ca-calor. —Los ojos le ardían y, al cerrarlos, sintió que una lágrima le caía por las sienes. «¿Por qué estoy llorando?». Avergonzado, apartó la cara.

—Sí, nuestra pequeña pescadora es una chica de recursos —apuntó el anciano, y entonces Chris sintió que la débil presión de un pulgar le limpiaba las lágrimas—. Emocionarse después de una conmoción no es señal de debilidad. Definitivamente, eres un muchacho muy fuerte, Christopher.

—Pero ¿cómo puedo seguir vivo? —susurró Chris. Abrió los ojos—. Ha dicho que estaba muerto. Yo me s-sentí morir.

—Sé lo que he dicho. Te dieron un veneno que debería haberte matado, pero no lo hizo. Deberías estar muerto, pero no lo estás. —El anciano apoyó una mano amable en la mejilla de Chris, un roce por el que Chris se sintió casi absurdamente agradecido—. No me lo explico.

—Tal vez no fuera tan malo como Hannah pensaba. —Sentía que las lágrimas se le entremezclaban en el pelo—. No debería haber hecho eso. No soy un caballo con una pata rota.

—Tienes razón, pero ¿habrías bebido veneno de manera consciente? ¿Habrías confiado en una chica a la que nunca habías visto? ¿La habrías creído: que ibas a morir y que aquello era más piadoso?

—Bueno, se equivocó, ¿no?

—Puede que se... equivocara acerca del alcance de tus heridas. Hannah es bastante diestra. Algún día será una estupenda sanadora, pero no, no es médico.

—¿Y usted?

—No, pero he sido sanador mucho tiempo y conozco esa trampa para tigres.

—¿Cómo...? —Se oyó hiperventilar, pero no podía evitarlo—. No podían quitarme la trampa. Dolía demasiado. Los oí discutir. A Hannah le preocupaba que

sangrase aún más.

—Es verdad. —El tono del anciano era seco, objetivo—. Después de que te apagaras, te dieron la vuelta y tiraron de ti. Creo que cortaron uno o dos pinchos para hacerlo.

«Me cortaron. —La imagen de ellos dando la vuelta a la puerta y a su cuerpo flácido, fijado en pinchos de hierro como una rana clavada en una almohadilla de disección, le puso los pelos del cuello de punta. También debieron de enfardarlo antes de colocarlo como un paquete en un caballo—. O, si el caballo estaba asustado, hicieron que me arrastrara». Supuso que tenía suerte de que no hubieran decidido enterrarlo bajo piedras.

—A Nathan lo golpeó una maza —dijo—, un tronco grande. Oí cómo se le rompía el cuello. ¿Él también regresó de entre los muertos?

—No. Su cadáver sigue en la casa de la muerte.

«Sigue. —Sintió que un grito trataba de escurrirse entre sus dientes—. Ahí es donde estaba yo. Creyeron que estaba muerto. Me pusieron con Nathan. Entonces, ¿cómo...?».

—Lo enterraremos cuando llegue la primavera, si quieres. No quemamos los restos, aunque descuartizamos a su caballo para nuestros perros. También tenemos las pertenencias de Nathan: ropa, un rifle y una radio; supongo que ahora son tuyas. —El anciano hizo una pausa—. Sé que no estás de acuerdo, Christopher, pero he tenido mucho tiempo para examinarte. A juzgar por la gravedad de tus lesiones y heridas visibles..., bueno, lo que queda de ellas, Hannah hizo lo correcto.

—¿Lo que queda de ellas? —Cada vez que aquel anciano abría la boca, Chris sentía que su mente tenía que hacer malabares para seguirle—. ¿Qué quiere decir con «lo que queda de ellas»?

Como respuesta, el hombre estiró la mano y le apartó la sábana del pecho hasta la cintura.

—Tienes media docena de heridas, tres de ellas bastante serias. Esta —el anciano le posó la palma seca de su mano en el costado derecho, justo debajo de las costillas — era la peor: te atravesó el pulmón. ¿Recuerdas tu dificultad para respirar? Hannah dijo que tenías desviación traqueal. —Le tocó la nuez con un dedo—. Tu tráquea se desvió hacia un lado. Eso pasa cuando el aire se acumula en la caja torácica en lugar de en el pulmón. ¿Y recuerdas el dolor en el vientre? Probablemente se debiera a que la sangre se te estaba acumulando en el abdomen. Pero mira ahora.

Chris estiró el cuello para observarse el estómago. Un ojo rosa de tejido tenso y descarnado, del tamaño aproximado de medio dólar, lo miraba desde su abdomen, justo bajo el borde de las costillas. «Dios. —Oyó cómo se le cortaba la respiración. La primera vez, cuando volvió en sí..., recordaba la mano del anciano en su estómago—. ¿Cómo es posible?».

—Tenías una herida de salida igual a la derecha de la columna. Por el lugar donde estaba, sospecho que también sufriste una laceración del riñón. Pero eso también está

casi curado. Espera. —Chris sintió un tirón en la muñeca izquierda cuando el anciano aflojó el nudo—. Prométeme que no vas a estrangularme otra vez. Ya está. Mírate la mano, Christopher.

Al principio, pensó que no era nada, pero luego sus ojos identificaron la medialuna del corte casi curado que corría desde el hueco entre el pulgar y el índice hasta la muñeca. Se quedó examinándolo, estupefacto.

—Un pincho te hizo eso —le informó el anciano, aunque sus palabras eran débiles y casi se perdían en el repentino zumbido que inundó sus oídos—. Como puedes comprobar, el pulgar estaba colgando. Pero ahí lo tienes, casi curado. Todas tus heridas están más o menos en las mismas condiciones.

—Pero ¿cómo? —Giró la mano y cerró el puño. No le dolía en absoluto—. No es posible. ¿Cómo puede estar pasando esto? ¿Por qué sigo vivo?

—No sé qué decirte. —El anciano levantó las manos—. ¿Fue el tónico? ¿O un error, como tú dices? ¿Una combinación del tónico y de tu fisiología? ¿O se trata sólo de un milagro o de magia?

—La magia no existe —consiguió articular Chris con los labios entumecidos. Recordó los oscuros balbuceos guturales, el extraño olor a incienso que le invadió la nariz. «Y sus manos, en mi pecho; recuerdo que sentí que algo... se iba». Una flecha de miedo le quemó el pecho a su paso—. Yo no creo en los milagros.

—Yo tampoco. Aunque convendrás conmigo en que el hecho de que un retaco de niña de ocho años encontrara la fuerza necesaria para aupar a un chico de diecisiete a un caballo tiene un toque milagroso. Es decir, hasta que tienes en cuenta que el cuerpo humano reacciona ante las situaciones de emergencia inundando los tejidos con adrenalina. Eso aumenta el riego sanguíneo, da más energía, más fuerza. Y Ellie estaba asustada; era una situación de emergencia, y su cuerpo reaccionó. Incluso se quitó el abrigo para taparte y debió de pasar mucho frío. Pero no lo sintió en ningún momento, porque el propio mecanismo fisiológico también conservó el calor corporal. Ya ves. —Extendió las manos con un gesto de no-tengo-ningún-as-escondido-en-la-manga—. Nada de milagros. Sólo ciencia.

—Pero eso no era lo que estaba haciendo cuando desperté. Eso no era ciencia.

—No, eso era fe, como los *grudafoos*. —El anciano pasó un dedo por un amuleto de madera que Chris llevaba colgado del cuello con un cordón de cuero—. Ellie creyó que te protegería. Si lo hizo, es inmaterial. Fue algo que Ellie podía dar y, como recompensa, le concedió valor, fe. Pero la química media en todas las emociones y estas pueden manipularse. Cualquier borracho, cualquier enamorado, cualquier místico eufórico lo sabe. No hay corazón —se puso una mano en el pecho y luego se tocó la sien— sin cabeza.

—Entonces, ¿qué estaba haciendo?

—Estaba implorando a Dios que te sanara —contestó el hombre sin más—. También te sugería que iba siendo hora de despertar... y lo hiciste, y de forma bastante espectacular. Y no te molestes en llevarme la contraria. Estoy seguro de que

fue una coincidencia y no un milagro. Sólo que hay cosas que no entendemos y está claro que esto... —y le tocó el estómago— no lo entiendo en absoluto.

—Yo sí que no entiendo nada —confesó Chris.

—¿Recuerdas algo? Porque creemos que estabas soñando y durante bastante tiempo, además. Durante días. Tus... —dibujó un círculo en el aire ante sus ojos— se movían como en la fase intensa de sueño REM.

—Yo... —La lengua se le trabó. «Sueños, todos aquellos sueños que parecían tan reales»—. Sólo recuerdo un poco, justo antes...

—¿Sí? —lo incitó el anciano—. ¿Viste algo, Christopher?

Las pesadillas estaban fragmentadas, eran como puñales de cristal de espejos hechos añicos... y, ahora pensaba, igual de peligrosas. «Vi a Lena y a Peter... y a mi padre...». Sintió que el corazón se le aceleraba de golpe. «Lena». Dios, con todo lo que había ocurrido, se había olvidado de ella. Estaba con él. ¿Adónde podría haber ido? ¿Y no conocía ella a Jayden? «Sí, ella dijo que estaba en un grupo de diez niños, con Jayden. Eso significa que he encontrado a un grupo, *su* grupo».

—¿Christopher?

—No quiero hablar de eso —respondió Chris, con la esperanza de no sonar tan asustado como estaba de improviso. Si Lena no estaba muerta, ¿dónde estaba? ¿Se habría dirigido de vuelta a Rule? «Pero a Lena no se le da bien el bosque, no sola, y estaba enferma, embarazada». Había dicho que Peter era el padre, así que esa debía de ser la razón por la que los había relacionado en sus pesadillas. Que volviera a Rule tampoco tenía sentido, sobre todo porque Jayden estaba aquí. Entonces, ¿qué había ocurrido? ¿Sencillamente se asustó y corrió hacia el bosque... y se perdió? Nunca sobreviviría. ¿Habrían dado con ella los Cambiados? «Pero entonces, ¿por qué no me mataron?». A lo mejor era tan simple como que no pudieron acceder a él. Lena era una presa fácil. Pero no tenía sentido. A los Cambiados no les habría importado que él estuviera vivo, moribundo o muerto. La carne era la carne. Por fuerza, debería estar hecho trizas o no ser más que huesos pelados.

No obstante, mencionar a Lena ahora sería un error. Su mente hizo el mismo cálculo mental que con Ellie y Alex. Contarle lo de Alex no habría ayudado a la niña y le habría puesto las cosas a él diez veces peor. Allí se encontraba en desventaja; era un prisionero de facto. Aquellas personas no eran sus amigos. Hannah había demostrado que no podía confiar en ellos.

«Así que mantén la boca cerrada. Ya han intentado matarte una vez. No digas nada».

—Era un sueño muy malo —dijo—. Es lo único que recuerdo.

—Ya veo. —La oscura mirada era clara y muy directa, y Chris tuvo la inconfundible sensación de que aquel anciano leía exactamente lo que había tras sus ojos—. ¿Fue el único?

—No lo sé —respondió, haciendo un esfuerzo por no apartar la mirada.

—Parecías muy asustado.

—Lo estaba. —Eso era verdad—. No podía moverme. El sueño era muy... real.

—Ah. —El anciano asintió—. Seguramente se tratara de una alucinación hipnagógica. Pueden llegar a dar bastante miedo, porque tu cuerpo continúa en las garras de la parálisis del sueño. Es la forma que tiene el cerebro de protegerte de ti mismo. De lo contrario, representaríamos nuestras peores pesadillas. Teniendo en cuenta el tiempo que has estado en sueño REM y lo activo que se ha mantenido tu cerebro, no me sorprende.

—¿Podría ser un efecto secundario del veneno? Me refiero a otro, a otro distinto de terminar muerto.

—Puede ser. —El anciano mostró una tímida sonrisa—. Los sueños intensos siempre han existido. Para empezar, ese era el objetivo de ingerir setas alucinógenas. Hay una especie en particular cargada de sustancias psicodélicas, toxinas y otros compuestos interesantes.

—¿Setas?

—*Amanita pseudomori*. La seta de la muerte falsa. Eficaz. Esa y su prima, la matamoscas, tienen un historial muy largo y pintoresco. Puedes leer al respecto si quieres. En cualquier caso, Jayden (un chico muy brillante, un auténtico científico) cree que la decocción te indujo un extraño coma del sueño. Eso, combinado con el frío, te dejó en un estado de hibernación. Ralentizó tus procesos metabólicos y eso, de algún modo, te protegió el cerebro. Es una teoría aceptable. Sabemos que el coma a veces protege a pacientes con daños cerebrales y a niños que se han ahogado en agua fría.

—Mi cerebro no estaba dañado. No me ahogué. —«Me desangré. No podía respirar. ¿Y cómo se explica lo de las cicatrices?».

—No, es verdad. Eres bastante singular, Christopher, aparte del hecho de que sigues siendo tú.

—Se refiere a que no he cambiado. Así es como lo llamamos nosotros. Como lo llama su hermano. Él es mi... —movió la garganta al intentar tragar en seco— mi abuelo. El reverendo Yeager.

—Ah. Sí. Me han dicho que mi hermano y yo tenemos los mismos ojos.

Los de Isaac Hunter, sin embargo, seguían siendo amables.

—Supongo que eso te convierte en mi sobrino nieto.

—Supongo. —No tenía ni idea—. Me enviaron para buscarle.

—Me lo imaginaba. ¿Fue Jessica?

—En cierto modo. —«Jess, con sus negros ojos espejados, en el Mundo de los Muertos. Y Peter también estaba allí, y Lena». De pronto se sintió exhausto; los acontecimientos de todo lo que había ocurrido terminaron por pasarle factura—. Es una larga historia... —Y ahora no venía al caso. Nathan estaba muerto. Y, según su sueño, Lena también.

«Pero ¿qué estoy diciendo? No creo en la magia ni en los sueños». Con todo, él representaba... ¿qué? ¿Un Lázaro? Era una locura. Aceptaría un coma extraño antes

que volver del Mundo de los Muertos.

—No entiendo qué se supone que voy a encontrar aquí, ni por qué es usted tan importante —prosiguió—. Yeager es mi abuelo. Eso no es ninguna novedad. Así que usted es su hermano y o es amish o dirige una secta escindida. ¿Y qué?

—Bueno, estaría de acuerdo —dijo Hunter— si esa fuera la única historia o lo único por descubrir.

—¿Hay más?

—Eso depende.

—¿De qué?

—De lo mucho que sepas de Simon Yeager —contestó Hunter— y de Penny Ernst.

En algún lugar al oeste de Rule y cuatro días después de lo de las hormigas —dos semanas después de la avalancha—, Lobezno los condujo por una rodera sin señalizar y sin salida que bordeaba un lago enorme y aislado, asentado entre amplias morrenas cubiertas de bosques. Por aquella rodera y por el hecho de que no hubiera casas en las inmediaciones, Alex supuso que debía de tratarse de un lago privado, un escondite secreto. Cuando habían recorrido unos tres kilómetros, divisó un cobertizo para botes y un solitario embarcadero de madera con una única grada situado al borde del agua, al que se bajaba por un pronunciado terraplén a su derecha. A su izquierda, sobre una alta colina y justo enfrente del lago, había una casa rústica de dos plantas con un enorme ventanal panorámico y un porche de ladrillo a medio construir que partía de la puerta principal y se extendía hacia la derecha. La casa estaba acotada por tres de sus lados por altos y frondosos árboles de hoja perenne y de hoja caduca...

Y por los oscuros cuerpos despellejados y destripados de cuatro lobos que colgaban como tótems.

Súbitamente, se puso pálida. La última vez que vio algo semejante fue justo a las afueras de la Zona, protegiendo el acceso al comedero de Lobezno y a aquella explanada con sus espeluznantes pirámides de cráneos humanos en descomposición. Uno de los lobos, con la lengua morada sobresaliendo como un rígido apóstrofo, pendía de un grueso gancho de hierro que le atravesaba el pecho. El cadáver del animal estaba colgado a la derecha de la puerta principal, donde podría haberse erigido perfectamente un cartel floreado que dijera «¡Bienvenidos, amigos!». En el extremo izquierdo había un segundo lobo, con las cuencas vacías y congeladas en una expresión de perpetuo asombro, suspendido a unos nueve metros de una píceca curtida. A su lado, un enorme petate Cordura azul marino colgaba de un mosquetón enganchado a una cuerda de nailon roja y atado al tronco de un árbol contiguo más pequeño.

«Para protegerlo de los osos». Observó cómo una ligera brisa del oeste arremetía contra el lobo desnudo y le daba una vuelta juguetona. La cuerda emitió un suave chirrido. Tenía los labios entumecidos, al igual que el cerebro. Por el aroma a filete de gente helado, comprendió que aquel petate era donde los Cambiados almacenaban sus capturas. La idea de haber hecho todo aquel camino para acabar descuartizada y embutida en aquella especie de congelador... La garganta se le contrajo y se llevó ambas manos a la boca, sin saber muy bien si iba a vomitar o a gritar o ambas cosas.

La puerta principal se abrió y, al cabo de un segundo, apareció un chico de cuello fornido dando pesadas zancadas, seguido de otro Cambiado con el pelo rubio miel y los ojos azules.

El impacto del reconocimiento fue algo físico, como si le hubieran arrojado un jarro de agua helada. Alex se acordaba perfectamente de aquella melena que

enmarcaba los demacrados rasgos de la chica: la había visto en una fotografía en otra casa junto a un lago. Aquella mandíbula cuadrada, aquella nariz. La chica, antes esbelta, estaba mucho más delgada. Hecha un palillo. Sin embargo, Alex no estuvo segura del todo hasta que se volvió y le mostró su perfil.

Entonces todo encajó: aquel botiquín de campaña, los riesgos que Lobezero había corrido para salvarla y protegerla, su olor a lilas y madreSelva: «seguridad» y «familia». A pesar de cómo se sintiera con respecto a ella, ahora comprendía por qué la necesitaba. Por fin cayó en la cuenta de lo que pasaba.

Penny Ernst, la hermana de Peter, estaba embarazada.

«... se corresponde con imágenes del dios desnudo, salvaje y de ojos colorados conocido en la mitología védica como el Mono Aullador Rojo, la Bestia de Ojos Descarnados o la Tormenta Roja. Como padre de los dioses hindúes de la tormenta, Rudra estaba claramente vinculado con la intoxicación. Con su mirada de loco y su pelo dorado, es un dios de piel blanca, el vínculo divino con el Mundo de los Muertos...».

—Lo cual no demuestra nada aparte de que la gente lleva miles de años poniéndose hasta el culo —murmuró, echando un vistazo a la pila de libros que Isaac le había subido: *La enciclopedia etnobotánica de las plantas psicoactivas. Plantas medicinales de la región de los Grandes Lagos. Pequeñas muertes: la psicología del coma y de los estados de trance*. No era precisamente una lectura ligera, pero lo habían mantenido aislado en aquel dormitorio los dos últimos días y Chris disponía de tiempo de sobra. Cualquier cosa era mejor que darle vueltas a lo que Isaac le había dicho sobre Penny Ernst y Peter, Simon, su abuelo... y Jess.

«Por muy tentador que resulte considerar a Rudra la manifestación física de la seta matamoscas, creo que existe un mejor candidato para esta bebida perdida, misteriosa y mística. Un estudio riguroso de la poesía védica —con sus menciones frecuentes a los “sueños de la muerte” regeneradores, a la resurrección y a las visiones divinas— apuntan a su prima, mucho más rara y letal, la *A. pseudomori*. Los “sueños de la muerte” inducen claramente comas que varían en la duración y en los cuales las necesidades metabólicas...».

Al otro extremo de la habitación, alguien llamó tímidamente a la puerta.

—¿Chris?

—Entra. Ay, perdona, se me olvidaba: está cerrada con llave. —Sí, era una contestación perversa y un poco ruin, pero estaba empezando a desquiciarse. Demasiadas sentadillas y flexiones. Un poco más de tiempo en solitario y se pondría tan cachas como un preso. Ahora bien, el hecho de que se sintiera tan fuerte tras semanas en camino y el tiempesito que pasó almacenado en frío... Mejor no pensar en eso.

Una pausa vacilante al otro lado de la puerta.

—¿Quieres que me vaya?

«No seas capullo. No es culpa suya». Aparte de Isaac, el resto guardaba las distancias y pasaba el menor tiempo posible con él. Con el cabreo que tenía, no podía culparlos.

—No —dijo, y se retiró de la mesa—. Entra, Ellie.

Se oyó el ruido apagado de la cerradura al correrse. La puerta se abrió unos centímetros revelando los ojos preocupados del guardia de aquella mañana —un rubito rojizo llamado Eli— y luego un reflejo de trenzas doradas cuando Ellie se

abrió paso de un empujón.

—¡Ellie! —Eli la agarró, pero ella se zafó con facilidad—. Jayden dijo que debíamos esperar a los perros.

—*Mina* sabe que está bien. —Ellie le alborotó el pelo a su perra con cariño—. ¿A que sí, bonita?

—Relájate, Eli, todavía hablo —dijo Chris cuando *Mina* entró al trote, lo saludó olisqueándole la mano y se dejó caer de espaldas sin dejar de menear la cola. Chris sonrió y la obsequió rascándole furiosamente la barriga, lo que hizo que la perra se regodeara—. Te gusta, ¿verdad? ¿Te gusta? —dijo mientras el animal pedaleaba panza arriba con las patas traseras—. Buena chica.

—Es como una niña pequeña. —Ellie se puso de rodillas y se apartó un mechón rizado que se le había escapado de la trenza izquierda y que se le encrespaba en la sien—. Como si nunca le prestara atención.

—No pasa nada —dijo Chris mientras *Mina* estiraba las dos patas delanteras y emitía un gemido de placer—. Me gusta. Mi perro lo hacía todo el rato.

—¿Lo echas de menos?

—Sí. *Jet* era un buen perro. Seguro que te gustaba. —Chris le dio una firme palmada a *Mina* en la barriga y levantó la vista hacia la niña—. ¿Vas a pescar?

—Siempre está pescando —señaló Eli.

Ellie puso unos exagerados ojos en blanco.

—Me preguntaba si a lo mejor... dentro de un par de días, si te dejan salir..., querrías venir conmigo.

—Claro —le respondió, aunque no pudo evitar la indirecta—: Pero supongo que depende de si Isaac y Hannah creen que voy a comerte.

—Dios. —A Eli se le ensombreció la cara—. No seas tan capullo.

El brillo esperanzado de la cara de Ellie se apagó.

—Ellos no piensan eso, Chris. Sabes que tienen que asegurarse.

—Sí, sí. —«No seas tan gilipollas»—. Lo siento. Normalmente no soy tan gili... mmm, tan cretino.

—No pasa nada. Es que estás triste. —Pero su sonrisa era más vacilante que antes.

—No es excusa. —Se estiró por encima de la perra, le remitió aquel rizo detrás de la oreja y dejó allí la mano un momento, disfrutando del rubor de sorpresa dichosa que irradió su cara. Una niña adorable, aunque se leía la tristeza en las hondonadas ligeramente oscuras bajo sus ojos—. Lo menos que puedo hacer es ser amable con la niña que me salvó la vida... Y no empieces. —Levantó un dedo—. Que no es poco.

—Sí, supongo. —Ellie pareció lo bastante complacida como para reír—. Ahora que te encuentras mejor, ¿te puedo hacer una pregunta?

—Por supuesto. —Lo dijo como si nada, pero sintió que se le hacía un nudo en el estómago—. Dispara.

—Antes de que viniera aquí, tenía unos amigos. —Ellie se mordisqueó el labio

inferior—. Alex y Tom. No eran de mi edad, eran mayores, como tú, aunque creo que Tom era mayor. Era soldado, como mi padre, sólo que Tom estuvo en Afganistán, no en Iraq, y se dedicaba a las bombas y eso. Bueno, el caso es que estábamos juntos. Ellos... ellos me cuidaban, pero nos separamos. Cuando Tom... —Sus ojos titilaron y su boca hizo un extraño puchero como si intentara por todos los medios no romper a llorar—. Cuando aquellos adultos me secuestraron, dispararon a Tom y...

Chris escuchó con creciente consternación mientras Ellie narraba una historia que había oído antes. Desde aquella mañana en la nieve, cuando encajó las piezas del rompecabezas presa del dolor y el miedo, sabía que aquel momento llegaría. Hasta aquel segundo, se había preguntado qué haría... y por qué se lo preguntaba.

«Esta niña se jugó el cuello por ti. Lo menos que puedes hacer es comportarte como un hombre».

—Así que me preguntaba —Ellie bajó la mirada hasta sus manos como temerosa de descubrir la respuesta en su cara— si Tom y Alex... llegaron a Rule. —Una lágrima cayó en sus dedos. Aún sin volver la vista, se restregó la mejilla con el dorso de la mano—. ¿Están allí? ¿Están bien?

Chris iba a odiarse el resto de su vida.

—Lo siento, Ellie —dijo—, pero nunca los he visto.

«Eres un auténtico cabrón. —A través de las ventanas, vio cómo Isaac le ponía una mano en la cabeza a la niña. Aquello desencadenó algo, porque Ellie súbitamente rodeó al anciano por la cintura y enterró la cara en él. A pesar de que se encontraba dos pisos más arriba y a una buena distancia, Chris vio que a la pequeña le temblaban los hombros—. Ella es la única que se preocupa por ti y tú vas y le mientes».

—Sí, bueno, te dan veneno, te arrancan de un puñado de pinchos y te dan por muerto, a ver cómo te sientes. —La repugnancia de sí mismo que sentía en la lengua era tan densa que una botella de enjuague bucal no habría bastado para encubrir el sabor—. ¿Crees que vas a seguir gustándole tanto cuando descubra que provocaste que mataran a Alex? ¿Que decidiste que era más fácil fingir que no estaba pasando nada ni remotamente raro con la Zona? —No le sorprendería que Ellie se pidiera estar en el pelotón de fusilamiento y no, no estaba sobreactuando. Aquellos críos se cargaban a la gente.

Lo que le fastidiaba, también, era la facilidad con la que mentía. Creía que ya había superado todo aquello, la Noche del Martillo y su padre y los extraños golpetazos sustanciosos en la carne y los gritos de Deidre. Diez años después, seguía recordando cómo había contestado a las preguntas del detective: «No, señor, no he oído nada. No, yo estaba dormido. ¿Un martillo? No, señor, no he visto ningún martillo. No creo ni que tengamos uno».

—No, detective, yo quiero a mi padre. —Apoyó la frente en el cristal helado. Justo bajo el alféizar había unos duros sarmientos de una parra muy gruesa, pero

cubierta de nieve enredada en una alta espaldera de hierro—. Sólo tengo ocho años y acabo de oír a mi padre matar a alguien, y no, señor, nunca me ha pegado.

A pesar del sol que brillaba a primera hora de la tarde, la ventana de doble cristal se empañó con su aliento. A través de la neblina parcheada, observó a Ellie subirse a la montura de una yegua de un castaño deslucido. El camino hasta el lago zigzagueaba entre densos bosques bordeando una cuenca de nieve reluciente que, por la alambrada y los postes de acero, debía de ser el huerto de la granja. Chris vio que el anciano levantaba una mano cuando Ellie, Eli y sus perros desaparecieron, y luego cogió las riendas de un saddlebred parduzco y lo condujo hacia el desvencijado establo gris oscuro junto al largo estanque oval congelado que había al sur de la casa. Chris se cambió a la ventana que daba al sur para seguir los pasos de Isaac mientras las sombras del hombre y de su caballo, largas y finas como arañas, se alejaban rápidamente hacia el campo lejano y arbolado. Un puñado de vacas, acurrucadas a poca distancia a la derecha del establo, rodeaban un comedero en un corral blanco fuera de un granero rojo de techos altos con cimientos de piedra. Al igual que el establo, el granero estaba decorado con varios símbolos contra el mal agüero: medias estrellas en arcos falsos sobre las ventanas que Hannah había llamado «puertas del diablo», así como escarapelas blancas. Con su orientación de este a oeste, Chris pudo distinguir una Rueda de la Fortuna en forma de torbellino azul y dorado bajo el pico de un gablete. Cuando se acercaba al granero, Isaac saludó a otro chico —no tan alto como Jayden, de modo que sería Connor o Rob— que empujaba una carretilla de heno sucio.

«Joder, yo limpiaría establos veinticuatro horas al día, siete días a la semana, si me dejaran salir de aquí». Cerró los ojos con un suspiro. No era ningún estúpido, así que ¿por qué se comportaba como tal? Sin contar el daño que le haría a Ellie a la larga, ¿qué pasaba con el hecho de que se estaba enterrando en sus propias mentiras? Una vez que la verdad saliera a la luz —y lo haría—, les costaría mucho más confiar en él.

«Sí, pero mira cuánto tiempo lleva mintiéndote la gente».

La historia era tan increíble que dudaba que alguien se la hubiera inventado. Por mucho que no quisiera creerla, lo que Isaac le había contado respondía muchas preguntas. Explicaba incluso la reacción de Peter cuando Chris se presentó en Rule. Seguro que, en cuanto lo vio, se fue airado al Consejo a pedir explicaciones. ¿Qué habría admitido Yeager?

—Seguro que no mucho —se respondió Chris—. ¿De verdad crees que un viejo gilipollas como ese iba a confesar que había dejado embarazada a la mujer de su socio?

¿O que la abuela de Chris... era Jess?

Lo único que Isaac sabía era que, cuando la hija de Jess y Yeager —la madre de Chris

— apareció allí con sus gemelos, Yeager accedió a quedarse sólo con uno, que resultó ser Simon. A Chris lo mandaron de vuelta con su padre, que seguramente montó un escándalo o sacó una buena tajada. Tampoco es que su padre se gastara un centavo más en él de lo que debía. Se trataba de un hombre que nunca tuvo donde caerse muerto, que siempre se quedaba con el dinero que Chris sacaba los veranos cortando céspedes. «Para la universidad», le decía. Cojonudo. Cuando alguien bebía tanto como su padre, necesitaba toda la calderilla que pudiera rapiñar.

Pero ¿cómo había decidido Yeager algo así? ¿Los puso a él y a Simon el uno junto al otro y dijo pito-pito-gorgorito? ¿Sacó el palito más corto?

Chris podía contar con los dedos de una mano el número de ocasiones que había pasado más de cinco minutos con Yeager. Pero ahora entendía por qué todos sus encuentros con él sólo tenían lugar una vez al año y siempre en restaurantes en otros pueblos a las afueras de Merton y lejos de Rule. Yeager no iba a correr el riesgo de que alguien lo viera y le preguntara a Chris: «Eh, Simon, ¿qué pasa, chaval?». O de que Simon y él se vieran por casualidad.

«No me extraña que, después de eso, papá siempre estuviera como una cuba. Cada vez que veía a Yeager era como un recordatorio de cómo había terminado cargando con el mochuelo...».

La llamada a la puerta fue superficial, más un aviso que una petición de permiso. Oyó un tintineo de llaves, el traqueteo del picaporte y, acto seguido, Hannah apareció empujando la puerta con la cadera seguida de un olor a zanahorias guisadas, patatas hervidas y sabrosa salsa. Una pistola pendía justo por debajo de su cadera derecha.

—El almuerzo. Más vale tarde que nunca —dijo a modo de saludo—. Estoy hasta arriba con las ovejas parturientas. Todavía quedan cuatro por parir.

—Vaya, ¿no viene Jayden para asegurarse de que no te asalto?

—Él y Connor están fuera cazando y comprobando trampas. No volverán hasta que tengan algo. Jayden siempre apura al máximo.

—Al menos hace algo. Yo podría echar una mano por aquí, ya sabes.

—No, no hace falta. —Cerró la puerta con el trasero y se dirigió a la mesa donde Chris tenía los libros—. ¿Te importa?

Aunque el olor lo estaba volviendo loco, no movió un músculo.

—¿No te preocupa que, de repente, me entren unas ganas locas de una alita de pollo en lugar de un guiso de ternera?

—No, sigues hablando; es venado... y yo no me ofendo tan fácilmente. —Su mirada gris era inquebrantable—. Además, soy mucho más rápida, joven y posiblemente mejor tiradora que Isaac. Bueno, ¿me vas a ayudar o prefieres que te deje esto en el suelo?

Sin mediar palabra, Chris amontonó los libros y los echó en la cama. Luego se apoyó en uno de los postes de latón, se cruzó de brazos y observó cómo le ponía la mesa con movimientos eficientes y económicos. Le molestó percatarse de lo esmeradamente tejida que estaba aquella melena del color del trigo sarraceno en una

delicada trenza. O de que la chica siguiera oliendo a miel y a avena.

—Además del guiso —continuó, dándole la espalda—, hay algunos melocotones en conserva del año pasado y te he preparado una taza de té de ortiga. Tiene mucho hierro, así que es bueno para la anemia.

—¿Ah, sí? A lo mejor debería probarlo alguien antes.

Cuando Hannah se giró, lo hizo sin mucho dramatismo, igual que una maestra de guardería sabe que gritarle a un niño irritante sólo empeorará la pataleta.

—Ya me he disculpado. Sé que no soy perfecta, pero dadas las circunstancias...

—Sí, bla, bla, bla... Si tuvieras que volver a hacerlo, escogerías la misma opción. Lo sé. Como tú dices, ya lo hemos hablado.

—Entonces, ¿qué quieres de mí?

«Alguien con quien discutir; así no tengo que pensar en lo que hacer después».

—¿Qué te parece dejarme salir de aquí, para empezar?

—Sabes que eso no lo decido yo.

—Pero Isaac te escucharía.

—Seguramente, pero no creo que esto sea una mala idea tampoco. Aunque no he visto cambiar a muchos chicos, lo que te pasó a ti es muy distinto.

—Como tú has dicho, sigo hablando. Volví siendo yo. —De *dónde* era una pregunta en la que no quería pensar y que, en cualquier caso, no podía responder. Hizo un gesto con la mano para mostrarle los libros—. Tú eres la universitaria. Ahí está la ciencia. ¿Qué más quieres?

—Mi consejo sigue siendo el mismo: háblalo con Isaac. Pues nada, si eso es todo —se dirigió a la puerta—, tengo faena que hacer y corderos que alimentar.

—Espera. —Aunque estaba enfadado, necesitaba descansar de sí mismo—. Mira, siento ser tan gilipollas. Supongo que no estoy acostumbrado a que me maten y luego despertarme... Perdona. —Levantó una mano—. Lo siento. No debía haberlo dicho. ¿Puedes quedarte un momento? Nadie habla conmigo, salvo Isaac y Ellie. Tú me tratas como a un leproso y no sé si Jayden quiere diseccionarme o hacer experimentos conmigo para descubrir qué es lo que me tiene en pie.

—Si tuviera acceso a un laboratorio, seguramente haría ambas cosas —dijo Hannah, aunque no sonrió.

Aquello tampoco le hizo sentir mejor.

—¿Por qué me tenéis tanto miedo?

—¿Y tú me lo preguntas? No somos capaces de explicar lo que te ha pasado, no sabemos lo que va a ocurrir y, oh, has sido un pelín violento.

—Estaba confundido, ¿vale? Si a ti te aplastaran, te envenenaran y luego te despertaras con un viejo encima haciéndote conjuros, ¿no te acojonarías?

—¿Se te ha pasado por la mente que ya lo estoy, Chris? A mí tampoco me emociona precisamente haber malinterpretado la situación. —Ahora parecía enfadada.

«¿Malinterpretar la situación?». ¿Acababa de reconocer que había cometido un

error?

—Entonces, ¿estamos de acuerdo en que todos andamos un poco con los nervios de punta? Por favor, quédate un rato. Odio estar solo todo el tiempo. Lo único que me queda es el runrún de la cabeza. Cinco minutos. Si vuelvo a comportarme como un gilipollas, puedes marcharte.

—No necesito tu permiso —le aclaró ella, aunque a Chris le pareció vislumbrar esta vez un atisbo de sonrisa—. ¿De qué quieres hablar?

—Mmm... —Ahora que se quedaba, todo parecía atascársele tras los dientes. «Creiste que era Simon. ¿Lo conocías bien? ¿Conocías a Peter? Cuéntame más sobre Penny». Pero todo aquello sonaba demasiado personal, demasiado precipitado—. ¿Quieres sentarte?

—Gracias. —Hannah se escurrió en una silla y se pegó la bandeja al pecho a modo de escudo—. Muy bien... ¿Qué te preocupa?

—Vale, esto es lo que no entiendo. —En realidad, había unas cuantas cosas que no comprendía, pero decidió empezar con algo que no sólo fuese seguro, sino que demostrara que se podía confiar en él. «Oh, geeeenial», le pinchó su voz interior, «eso explica por qué le mentiste a Ellie y no les has contado lo de Lena»—. Sabes que soy el que se ha estado llevando a vuestros niños enfermos de vuelta a Rule. Soy el que os dejaba comida y suministros.

—Sí, y puedes dejar pienso fuera para un gato callejero —dijo con el mismo tono neutro—, pero eso no significa que no lo despellejes para hacer un guiso en cuanto se acerque.

—Pero lo único que hacía era presentarme en aquel bibliobús. No supe que estabais allí hasta que me dejasteis a aquella niña para que la encontrase. —Aquello no era más que una mentirijilla. Se había encargado personalmente de ir a Oren después de que Jess le señalase esa dirección. Por qué nunca le contó que se había separado de los amish ni había dicho ni mu sobre Isaac era algo que sólo Jess podía contestar.

—En realidad, no. Eso fue otra decisión de grupo. No participé en eso y no habría estado de acuerdo si me hubieran preguntado.

—Eso es muy duro.

—¿Es una pregunta o una observación?

—Las dos cosas. ¿Tenéis reglas o algo? ¿No te dice Isaac lo que debes hacer?

—Por supuesto que no. Él es un... consejero.

—Entonces, ¿vosotros os las apañáis solos?

—Más o menos. Somos libres de disentir, pero existe cierto consenso entre grupos.

«Sí, como lo de abandonar a niños que creéis que no van a sobrevivir». Sin embargo, ni siquiera aquello debía de ser un absoluto. Había rescatado a varios niños muy enfermos, algunos de los cuales habían muerto una vez que estaban en Rule.

—¿Isaac es el único adulto?

—El único que queda. Nos supervisa, va de grupo en grupo.

—¿Cuántos grupos hay?

—¿Importa eso?

Vale, no iban a ir por ahí.

—De acuerdo, tienes razón. No es importante. —No del todo; Peter había hablado de capacidades de carga, de lo alarmantemente rápido que Rule había crecido por encima de sus recursos—. Entonces, ¿y mi pregunta original? Vosotros hicisteis el primer movimiento, no yo.

Lo cual no era del todo cierto. Después de que Jess mencionara que podía haber niños alrededor del viejo asentamiento amish, él se propuso como misión rescatar al mayor número de ellos posible. Había hecho visitas frecuentes, consciente de que lo observaban, siempre atento a dejar algunos suministros de muestra —pilas, comida— en el viejo bibliobús donde había encontrado a aquella primera Salvada, una niña muy enferma, justo al entrar. También había sido la única niña para cuya búsqueda no había tenido que hacer malabares.

—Descubrir a esa niña no fue casualidad —dijo—. Aquellos críos se aseguraron de que la encontrara. Después de ella, me dejaron una nota para ponerme al tanto de los símbolos para el mal de ojo. Ellos, obviamente, no creían que yo fuera una amenaza.

—Y, como te he dicho, no fue decisión mía. Mira, podríamos estar días con esto, así que déjame preguntarte algo, Chris. —Se inclinó hacia delante—. Si hubiera habido otros niños que no estuviesen enfermos... y, digamos, te hubieras tropezado con nosotros..., ¿nos habrías llevado a Rule? ¿A la fuerza?

—Seguramente. —Sintió cómo el rubor le subía a las mejillas—. Sí.

—Pues eso no te hace mejor que la gente que secuestró a Ellie.

—No todo es blanco o negro.

—Sí que lo es. Yo nunca he secuestrado a un niño. Nunca he permitido que nadie utilice a un niño como forma de conseguir refugio.

—Como tú dirías..., no fue decisión mía.

—Pero la cumpliste.

—Todos hemos tenido que tomar decisiones. Lo único que quería era ayudar. Hice lo que creí que era correcto en ese momento. —Al salir de su boca, las frases sonaron como los clichés que eran.

—Y volverías a hacerlo.

—¿Te refieres a como cuando tú decidiste matarme? —replicó—. Sí, supongo que lo haría. Así que estamos empatados. Yo intentaría encontrar modos de mantener a niños con vida y tú intentarías engañar a la gente para que se tomara el veneno.

Chris oyó el eco de su grito en el silencio repentino. Hannah estaba rígida, tenía la piel tensa alrededor de la boca y las mejillas encendidas. «Idiota». Tenía que calmarse, ser sensato. Si agobias demasiado a la gente, explota. «Lo siento, papá, lo siento, es culpa mía; no lo volveré a hacer».

—Yo nunca... —Hannah se aclaró la garganta— nunca engaño. Cuando alguien no tiene remedio, cuando no hay esperanza, hay una alternativa. Cuando estamos seguros, cuando los perros nos advierten de que un niño está... —apartó la mirada— cambiando, existe una última opción.

—¿Una opción entre qué y qué?

—¿Y tú qué crees, Chris? Si estuvieras cambiando, si supieras que intentarías matar a tus amigos, a la gente que quieres..., ¿me estás diciendo que tú elegirías convertirte en uno de ellos?

—¿Entre qué y qué? —repitió. Y en ese momento comprendió por qué Peter había establecido la Zona. Pese a los secretos y las mentiras, sabía que Peter seguía queriéndole, que moriría por él. Si Peter hubiera confiado en él, ¿le habría ayudado?

«A lo mejor. Porque si Alex cambiara..., si Peter lo hiciera..., nunca podría apretar el gatillo». Seguro que a Peter le habría pasado lo mismo. De haber visto que sus amigos y seres queridos cambiaban delante de sus narices, Peter habría intentado encontrar una salida. Mientras hubiera vida, había esperanza. Podían volver al estado original, mejorar. La cuestión era mantenerlos con vida el tiempo suficiente para darles esa oportunidad.

«Sí, pero ¿durante cuánto tiempo llevarías a cabo el experimento? ¿Meses? ¿Años? ¿Tiene fecha de caducidad la esperanza?».

—No me digas que permites que un niño que crees que está cambiando deambule por ahí solo. ¿Qué otra opción hay? —Chris se dio cuenta de que tenía ganas de pelea, de que quería devolvérsela—. ¿Qué haces? ¿Lo encierras y dejas que se muera de hambre o sólo le disparas cuando se pone rabioso?

—No nos juzgues. —Sus ojos grises se volvieron de piedra—. No te atrevas. No te debo ninguna respuesta, Chris. Te crees muy superior, ¿verdad? No sabes nada de nosotros.

—Vosotros tampoco sabéis nada de mí. Ni siquiera estáis interesados en mi punto de vista. Ya me habéis juzgado. —La voz le temblaba. La lenta quemazón que sentía en su interior estaba a punto de estallar—. Pues muy bien: vamos a hacer cuentas, Hannah, porque las cuentas son limpias, prístinas, tan científicas que Jayden las aprobará. Los números no se pueden manipular. No hay discusión posible con que dos y dos son cuatro.

—Esto no tiene sentido...

Chris se le acercó.

—Sin contarme a Nathan y a mí, hay once cadáveres en esa casa de la muerte. Suponiendo que tu grupo empezara con veinte personas, más o menos, eso significa que habéis perdido al setenta por ciento de vuestra población original en cinco meses.

—Algunos eran ancianos.

—Pero la mayoría no, ¿verdad? Algunos críos cambiaron después y los matasteis antes de que cambiaran del todo o una vez que lo hubieron hecho. Pero había otros, Hannah, otros que estaban enfermos y a los que no podíais ayudar. Y murieron.

—No siempre puedes engañar a la muerte, Chris.

«Sí, pero hay un tiempo para todo, incluso para la muerte. —Entonces pensó—: Fuera de mi mente, Jess». Y, en voz alta, dijo:

—Dejemos fuera a los críos que cambiaron, ¿de acuerdo? ¿Qué pasó con los demás, con los que estaban sencillamente enfermos? ¿Por qué no aceptar ayuda? Hannah, haz las cuentas. A este ritmo, a finales de año no quedará nadie.

—¿Para eso has venido, Chris? —Su voz era fría—. ¿Para convencernos de que volvamos contigo?

—A lo mejor. Al principio.

—¿Y ahora por qué no?

—No tengo ni idea. —Levantó las manos—. No lo sé. Creo que hay un modo mejor de hacer las cosas que simplemente rendirse y resignarse, ¿no?

—Tú quieres pelear.

—Por supuesto que quiero pelear. Puede que la vida no sea gran cosa, pero le gana a la muerte. Lo que pasa es que no sé cómo cambiar las cosas en Rule, o ni siquiera si puedo.

—¿Es allí adonde quieres volver? ¿A Rule?

—No lo sé. —Si su abuelo tuviera algo que decir al respecto, él estaría muerto o en la cárcel antes de poder hacer algo—. Todo esto de Isaac... Era una trampa. Se suponía que yo iba a descubrir lo de Jess, Simon y Yeager. Se suponía que iba a imaginarme lo de la Zona. —«Y lo de Peter»—. Veo que está mal. Pero también lo entiendo.

—¿Que lo entiendes?

—Sí, la verdad es que veo las dos partes —contestó, y pensó: «Chris a la derecha, Chris a la izquierda. Pito-pito-gorgorito...»—. No todo en Rule es malo. Mira a Ellie: ¿De verdad crees que una niña de ocho años no estaría mejor en algún sitio donde la protegieran? ¿O que siquiera tiene la capacidad para tomar esa decisión? ¿Y si tuviera siete años? ¿O cuatro? ¿Cuándo se es demasiado joven para saber qué es lo mejor?

—¿Tú lo sabes?

—Sí. Vosotros tenéis un límite en el que el crío ya no tiene elección. Pero ¿cómo lo decidís, Hannah? ¿Qué os hace pensar que tenéis razón?

Ella levantó las manos.

—Bien, nunca vamos a ponernos de acuerdo. Eres igual que Peter, quieres reducir todo lo relacionado con la vida y la muerte a límites y porcentajes, cuándo actuar y cuándo no.

De todas las cosas que podía haber dicho, aquella no era la mejor.

—Un momento —dijo él mientras Hannah se ponía en pie—, ¿qué quieres decir? ¿Tanto conocías a Peter?

—Bastante, sí. —Ya se estaba dando la vuelta—. La verdad es que no quiero hablar de esto ahora, Chris.

—Pero ¿y si yo quiero? ¿Y si lo necesito? Hannah. —Tuvo que reprimir el

impulso de agarrarle la muñeca—. Por favor. Por favor, no te vayas. Por favor... ¿de qué estás hablando?

Chris se percató de las emociones encontradas que surcaban la cara de Hannah y del momento en que tomó su decisión.

—Estoy hablando del accidente —le aclaró.

—¿Del accidente? ¿Qué accidente?

—No te va a gustar, Chris. ¿Crees que has descubierto todo lo que había que descubrir sobre Peter? ¿Sobre Simon? —Le dedicó una frágil sonrisa—. Créeme, hay mucho donde escarbar.

—¿Qué accidente? —volvió a preguntarle.

—El accidente de hace dos años —contestó Hannah— en el que Penny mató a una chica.

—Espera... espera un segundo. —Cogiendo aire, Alex se fijó en una llamativa maraña de tripas y en una garra diminuta con la punta del hueso rota. No es que lo sintiera por el conejo aplastado. Lo que de verdad le cabreaba era que, en los dos últimos días desde que llegaron a la casa del lago, aquel fuera el único conejo que había atrapado.

Cuando la nieve pisoteada y llena de sangre osciló, Alex se apoyó las manos en los muslos e inclinó la cabeza, rezando tanto para que se le pasara el mareo como para que Darth —el apodo que le había puesto al guardia— no se viera tentado a utilizar los puños ni la culata de su rifle. Darth, que adolecía de una crónica respiración pesada por la boca, era el típico chico con sinusitis y unas vegetaciones del tamaño de pelotas de béisbol que siempre se sentaba detrás de ti en un examen importante. Si alguien sentía alguna vez la necesidad de rodar otra peli de *Star Wars*... Cuando Lobežno no estaba al acecho, a Darth le gustaba repartir puñetazos o un rápido bofetón. Alex hasta lo comprendía. Ella también se ponía de mal humor cuando tenía hambre. Salvo que Darth tenía la Mossberg.

—Dame un minuto, Darth —le pidió—. ¿Vale?

Aunque aquel era sólo su segundo día en la casa del lago, había aprendido rápido a distinguir los olores y los cambios de humor de Darth. Por aquel ruidillo sibilante de impaciencia, sabía que la cosa no pintaba nada bien, pero ¡a la porra! El chico era un bruto y tan ruidoso como una locomotora. No le extrañaría nada que dejase que se desmayara y se metiera tranquilamente en la casa mientras ella moría congelada ni que le pusiera una bota en la garganta. Para cuando Lobežno regresara de su excursión de caza con Epi y Marley, ella no sería más que huesos: «Vaya, jefe, no sé qué ha pasado; ¡si estaba aquí!». Después del fiasco de la cabaña, dudaba que Lobežno la hubiera dejado sola si aquella bolsa no contuviera lo suficiente para que los demás se abastecieran hasta su regreso. Pero le estaba costando mucho relajarse con Darth jugueteando a «adivina quién viene a cenar esta noche».

«Justo cuando pensaba que las cosas por fin se ponían de mi parte». Aquel rollo de cable que había descubierto en una caja de cartón junto con otros objetos de camping hacía cuatro días había sido su primer golpe de suerte. Con Darth pisándole los talones, se había internado en las profundidades del bosque y explorado los alrededores de la casa para examinar los caminos de caza. Había infinidad de huellas y de conejillos que correteaban por allí. Bastaría con poner unas dieciséis trampas y rezar.

Bueno —estudió aquel revoltijo en la nieve—, había cogido algo, sí, sólo que un animal igual de hambriento que ella le había arrebatado el conejo. «Tiene que haber algo siguiéndonos». Probablemente un lobo. Esas huellas no dejaban lugar a dudas. Ni el olor, aunque se percibía algo extraño que no encajaba y...

«Oh, a la mierda. Sea un lobo o no, ¿qué más da?». Enfadada, se secó una lágrima del raballo del ojo. Llorar tampoco serviría de nada. Lo único que podía hacer era cambiar la trampa hasta un sendero de caza diferente y volver a empezar.

«Y míralo por el lado positivo, Alex: tú que te preocupabas por qué usar como cebo... —Amontonó las tripas medio congeladas en una especie de cuenco de nieve, removi6 la masa con el dedo índice y cara de disgusto y pescó un trozo pequeño de carne más o menos triangular—. Oooh, ¿qué tenemos aquí?».

—Darth, ¿quieres ver otro truco que me enseñó mi padre? —Se llevó el corazón del conejo a la boca, se lo tragó y se lamió los labios—: Mmm... Delicioso...

Al cabo de una hora, aproximadamente, miró el reloj de Ellie. (Por costumbre, pues Mickey seguía muerto. Pero llevar el reloj la hacía sentirse mejor). Fuera la hora que fuese, era el momento perfecto para echar un vistazo a aquel cobertizo para botes antes de que todas esas maravillosas tripas de conejo se echasen a perder.

Hacía un día radiante; la nieve deslumbraba dejando fosfenos púrpura en la retina y el sol era como una moneda de oro que proyectaba su sombra bajo sus pies. Alex cerró los ojos por la claridad y trató de imaginar sus células cargándose de energía con los rayos solares. Tenía que encontrar algo más de comer aparte de cortezas, ramitas, hormigas ocasionales o el corazón de algún conejo. El cobertizo para botes era su última esperanza de dar con algo útil. En la casa principal, el sótano y el garaje había rapiñado varias cosas interesantes: el rollo de cable, un hornillo de camping, bombonas de propano, un farol Coleman e incluso una tienda de campaña unipersonal bastante decente. El hornillo daba risa verlo. El cable que utilizaba para las trampas era demasiado rígido para pescar. A menos que decidiera arrancarse sus propios pelos y unirlos para formar un sedal, lo único que le quedaba era aquel cobertizo. Porque en los lagos había peces, ¿verdad? Tenía que abrir un agujero en el hielo como fuera y tirar el sedal. Ofrecerle un sacrificio a los dioses o algo...

Antes, cuando estaba cocinando su maravillosa cazuela de pino blanco, Alex se había fijado por casualidad en Penny, que estaba tumbada en un raído sofá de piel justo delante del ventanal de la gran sala de estar. Había luz de sobra... y no había pasado por alto aquel breve, pero claro estremecimiento. No es que le estuviera dando pataditas; más bien era como si se estuviera dando la vuelta dormido.

Sabía más de física cuántica que de embarazos y, dado que sabía tanto de física cuántica como de Mongolia Exterior..., estaba literalmente in albis. Ninguna de las pocas chicas con las que se había relacionado en el instituto se había quedado embarazada ni conocía a nadie que se hubiera visto en esa situación. Lo único que recordaba de aquellos festivales de babas de la clase de Salud del instituto era que lo mucho que se te notara y desde cuándo dependía de lo diminuta que fueras. Y que

podías apreciar los movimientos del bebé... ¿a los cuatro meses? ¿Y por fuera a los cinco o a los seis? Algo así.

«Así que Penny debe de estar al menos de cinco meses, y puede que incluso de seis o siete. —Alex se había llevado a la boca una tira de pino hervido. Aquella cosa olía a Navidad y sabía a chicle rancio despegado de la parte inferior de un pupitre—. Lo cual significa que ya estaba embarazada antes del Cortocircuito».

Y eso daba mucho que pensar.

De modo que Peter había llevado a Penny allí... ¿antes o después de que todo se fuera al garete? Él tenía que estar involucrado de alguna manera. Peter y el Consejo delimitaron la Zona, Peter era el jefe de seguridad, Peter se aseguraba de que los Cambiados estuvieran bien alimentados. Si Penny no estaba allí ya antes del Cortocircuito, Alex no entendía cómo él se las habría arreglado para trasladarla sin que la chica le arrancara la cara. ¿La habría dejado sin sentido?

«¿Y si conoce a Peter tal como Lobežno me conoce a mí?».

Nada explicaba lo de Lobežno, que se encontraba con Araña y el resto de sus compis de instituto cuando Alex había irrumpido en la Zona. Salvo que lo hubiese interpretado mal. Por la fotografía de la casa del lago que había visto en casa de Yeager, era evidente que Simon y Peter habían estado muy unidos. Así que quizá Simon conociera este lugar y Lobežno hubiera querido llevar a Penny a un sitio seguro, a un sitio que pudiera visitar de vez en cuando para reabastecerse y comprobar que estaba bien.

Aquello pedía a gritos una pregunta obvia. Alex había dado por hecho que Lobežno era el padre, pero ahora ya no estaba tan segura. Sí, Lobežno se preocupaba muchísimo por Penny. Velaba por ella, le llevaba las cosas para que no cargara peso y se aseguraba de que ella —y toda su cuadrilla— comiera antes de dar él un solo bocado.

Sin embargo, Lobežno jamás tocaba a Penny. No se abrazaban. Nunca la acariciaba. Nunca le ponía una mano en la barriga. (Aunque a lo mejor los tíos sólo hacían eso en las películas, quién sabe). Entre ellos no había nada intenso, nada de chispa. En el instituto, uno siempre sabía quiénes eran pareja, sin importar lo descarados o discretos que fuesen al respecto, por cómo les brillaban los ojos, por cómo se miraban o por cómo se cargaba el ambiente. Como la primera vez que ella se había acercado a Tom e inhalado su aroma especiado: su atracción había sido inmediata. Cuando se besaron, ese preciso instante se convirtió en algo vital, tan necesario como el aire.

A Lobežno sólo le ocurría algo parecido (su aroma cambiaba y olía a «seguridad», «familia» y «deseo») cuando estaba cerca de ella. La única persona a la que Lobežno se sentía unido de verdad, por la que sentía atracción y por la que pondría en peligro su vida era... ella.

Lo cual era cojonudo.

El cobertizo para botes era una cabaña de madera de una habitación con una estructura en forma de A construida sobre pilotes, pero bajo la que no había ninguna barca, canoa ni kayak. Nada más forzar la puerta, Alex se dio cuenta de que aquella era la guarida de un hombre: un lugar donde un tío y sus amigotes se reunían para desconectar de la casa principal. Además, la decoración era típicamente masculina: dos camas individuales (una todavía arrugada), un diminuto escritorio con cuatro cajones, dos sillas y una librería llena de rompecabezas, un tablero de *cribbage*, dos barajas de cartas, juegos de mesa y varias pilas de revistas mugrientas que prefería no hojear. Sobre la librería había un póster de *Star Wars* (Luke contra Vader) colgado con una chincheta y doblado por los bordes. Un juego de llaves y un viejo despertador de cuerda reposaban sobre un anaquel en la pared izquierda, al lado de la cama, junto con una serie de atlas de carreteras de Wisconsin, Minnesota, Michigan... En el dorso de la puerta había varias chaquetas colgadas de clavos. A pesar del frío glacial y del pestazo a zarigüeya chamuscada por el sol que emanaba Darth y que se le colaba en la nariz, el cobertizo olía a «macho»: desodorante potente, polvos para pies y jabón Irish Spring.

No obstante, se distinguían otros dos olores pestilentes: uno de ellos le recordó a una hoguera de campamento o a una clase de Química cuando quemaban magnesio. El otro... Le vino un fogonazo de la quimio y de una enfermera buscándole la vena para engancharle una bolsa marrón de cisplatino. «Olor a hospital», eso era. Alex inspiró una vez más, sopesando aquellas dos emanaciones... hasta que se olvidó del azufre y de los metales inflamables. Porque esta vez...

«Oh, Dios». El estómago se le encogió al percibir un dulce aroma estival. De golpe se le vino a la cabeza una imagen de su padre: «Relájate, cariño, ya se lo lavaré».

—Oh, por favor. —Le salió una voz chillona. Sus ojos volvieron a posarse en la cama y al instante se dejó caer sobre ella y se puso a retirar las mantas para mirar debajo—. Oh, por favor, por favor, por favor —farfulló, pasando la mano enguantada por los tablones desnudos y recogiendo a su paso pelusas lanudas, un lápiz y un calcetín viejo antes de toparse con algo metálico. Se sentó con las piernas cruzadas y sacó una caja de herramientas roja y abollada. Temblaba tanto que tuvo que usar los dientes para quitarse los guantes antes de abrir el pestillo de cromo helado y retirar la doble tapa.

En lugar de herramientas, había un pequeño vertedero de envoltorios de caramelos y —no había duda— un mareante aroma a chocolate y coco petrificado.

—Oh. —Lo dijo de ese modo atónito y sin aliento propio de quien contempla una hermosa puesta de sol o un regalo demasiado bonito para ser cierto. Hundió las manos en los envoltorios y extrajo una chocolatina que habría reconocido incluso sin la ayuda del papel blanquiazul y las grandes letras negras que rezaban: ALMOND JOY TAMAÑO GIGANTE.

—«A veces se te va la almendra» —canturreó. Intentó quitarle el envoltorio con

los dedos, pero acabó rasgándolo con los dientes. Del interior emanó un perfume delicioso a azúcar, manteca de cacao y chocolate. La capa de chocolate con leche se había cuarteado y presentaba un aspecto polvoriento y enfermizo—. Y a mí qué más me da —dijo. Sacó una barrita, se la metió en la boca y le pegó un bocado. Se produjo un ñac hueco y sintió un pinchazo de dolor en la mandíbula. La barrita estaba congelada y, literalmente, como una piedra. Sólo pudo arañar unos cuantos copos de chocolate.

«Mejor así. —Cerró los ojos y se concentró en el dulce chocolate fundiéndose en su lengua—. Puede que lo vomite si como más».

Notó un burbujeo sibilante en la nariz y, un segundo antes de que le diera un codazo de advertencia, lo supo: Darth se estaba poniendo nervioso.

—Vete a tomar por culo, Darth. —Con todo, cuando fue a coger el cuchillo, lo hizo despacio. Tampoco quería darle una excusa. Dejó la chocolatina en el suelo de madera, hincó la punta del cuchillo en ella, justo detrás de la primera almendra, y tiró adelante y atrás con firmeza hasta que la barrita se rompió en una lluvia de coco recubierto de chocolate—. Oooh, no sabes lo que te estás perdiendo, Darth. Aunque, por otra parte, más para mí. —Se humedeció un dedo, rebañó todas las migajas y se lo llevó a la boca—. Ay, gracias, Dios mío —gimió. Definitivamente, pensaba reservarse el resto de envoltorios para más tarde y darles una buena y larga chupada. Engulló el trocito de chocolatina y se lo guardó en el carrillo como una ardilla. Luego envolvió el resto con cuidado y se lo metió en un bolsillo interior para que su calor corporal lo ayudara a descongelarse. Seguía muerta de hambre, pero aquel minúsculo trocito de chocolate la reanimó un poco.

«Sí, bueno, no te emociones, bonita». La chocolatina podía ser su último golpe de suerte. No veía por allí ningún equipo de pesca y su nariz no había captado nada más aparte de aquellos extraños olores a hoguera de campamento y a hospital. ¿De dónde procedían? Tampoco parecía que hubiera gran cosa en aquella estancia además del escritorio y otra librería —hecha de tablones combados de dos por cuatro apoyados en bloques de hormigón— llena de libros encuadernados en tapa dura y en rústica. Un montón de novelas, algunas que había leído y otras que no tendría oportunidad de leer jamás: Tolkien, Asimov, Bradbury, Matheson. Un ejemplar descuajaringado y pegado con celo de *El fin de la infancia*. *El señor de las moscas*. *Dune*, un libro que había leído durante la quimio y que contenía aquella letanía sobre el miedo como el asesino de la mente que resonaba en su cabeza mientras veía cómo las gotas de veneno amarillo se colaban en sus venas. Una buena colección de Stephen King: *La zona muerta*, *Desesperación* y *Apocalipsis*. *Duma Key*. El ejemplar de *Una arruga en el tiempo* estaba hecho pedazos y el lomo de *Orejas largas* se hallaba tan arrugado que apenas se leía el título.

Pero también había un montón de libros de texto más nuevos: *Biología lupina*. *Especiación en los mamíferos*. *La ecología del rescate genético*. *El jefe de la manada: los lobos de Lsle Royale en Michigan*. Otro puñado aún mayor sobre

genética y evolución de las poblaciones. Un tercio de una de las estanterías estaba dedicado exclusivamente a la Historia: *Donde ronda el bisonte: Roosevelt y la naturaleza asediada* o *Cuando reinaba la oscuridad: el ocaso de la civilización en la Edad Media*.

—Vaya —murmuró. Lo último que habría esperado encontrarse era a un lector voraz interesado en la Historia y a un mastozoólogo empedernido. Por otra parte, Peter era un solucionador de problemas nato, un tipo que obviamente había pensado en la distribución de recursos. Alguien que no habría tardado en darse cuenta de que alimentar a los Cambiados proporcionaría beneficios adicionales, como un magnífico parachoques entre Rule y el resto del mundo. Encajaba a la perfección que estuviera tan puesto sobre los Años Oscuros.

No le habría importado demorarse allí un buen rato. *El fin de la infancia* parecía de lo más tentador. Y todo lo de Stephen King. Releer *Una arruga* sería como retomarlo en el punto donde tu mejor amiga y tú lo habíais dejado. A Chris también le encantaría aquello. Un chico que había desmantelado y trasladado la colección entera de una biblioteca ambulante se moriría por echarle un vistazo. Si lograba salir de esta, lo llevaría allí.

«No vendas la piel del oso antes de cazarlo. —Tenía que ser práctica—. Sueña todo lo que quieras, pero primero hay que comer».

Rebuscó en cada chaqueta, les dio la vuelta a los bolsillos y sólo sacó un puñado arrugado de billetes de dólar de una cazadora vaquera que embutió a su vez en un bolsillo de su parka. La yesca era yesca. Estaba volviendo a colocar la cazadora en su sitio cuando se detuvo. La prenda era grande, igual que el cobertizo para botes tenía aires de pertenecer a un chico más mayor. Olía a gaulteria y hierro helado. En Rule nunca se había fijado mucho, pero ahora respiró hondo y se preguntó cómo era posible que olores tan llamativos como aquel pudieran pasar desapercibidos.

«Entonces, ¿la casa fue un regalo? —El chocolate de aquel bocado de Almond Joy había desaparecido y su lengua se había cubierto de trocitos de coco. Se sacó la almendra del hueco de la mejilla, masticó y reflexionó sobre aquello. Le había picado la curiosidad, lo cual, dicho sea de paso, era mejor que obsesionarse con el pozo sin fondo que le horadaba el estómago—. ¿O no era más que una vieja casa de vacaciones familiar a la que Peter iba cuando necesitaba aclararse las ideas?». Aquello tenía sentido. El día anterior, al recorrer los bosques en busca de las trampas, también había descubierto una casa vieja y erosionada construida en un imponente roble a unos nueve metros del suelo. A juzgar por el porche inacabado de la casa del lago, Peter había estado bastante ocupado. La casa también había sido adaptada recientemente para el invierno con ventanas de doble acristalamiento que olían a masilla y a algún producto de sellado. Olió el aislante relativamente fresco detrás de la pared de la planta baja, el persistente aroma a pintura. Una estufa de leña, tan nueva que la casa olía a hierro quemado, emanaba calor a raudales. (También una suerte. Había dos chimeneas, una arriba y otra abajo, pero ambas viejísimas, con el

hogar ennegrecido y agrietado. El regusto a creosota que tenía en la lengua era tan fuerte que Alex se apostaba lo que fuera a que ni rascando con un cincel los residuos carbonizados que cubrían el cañón se podría descascarillar toda la mugre. Era increíble que hubieran encendido un fuego allí y no hubiesen quemado la casa entera).

«Fue a la universidad, estudió Genética y Evolución, Historia...». A lo mejor aquel era el propósito de la casa. Peter había tenido otra vida y todo apuntaba a que tal vez hubiera pensado instalarse allí de manera permanente.

Oyó que Darth se movía a su espalda y notó que su tufo a podredumbre efervescente se tornaba en un hedor gruñón. Pese a todo, los labios de Alex esbozaron una amplia sonrisa. Sabía lo que le pasaba. Darth podía ser un gigantón, pero tenía la vejiga del tamaño de una nuez. Eso explicaba por qué se había quedado haciendo de canguro. Un chico que tenía que hacer una paradita para mear cada tres kilómetros podía resultar un verdadero lastre. Para ella, la incontinencia de Darth no era un problema, aunque el tío había cogido la costumbre de hacer sus necesidades prácticamente a su lado, lo cual no sólo era «demasiada información», sino una auténtica putada. ¿Quieres que los conejos huyan? Pues méate en la trampa. Gilipollas.

Estuvo tentada de darse prisa, pero pensó: «Anda y que le jodan. No corras. Aquí hay algo, algo importante».

Cuando se acercó al escritorio, se le vino otra imagen a la cabeza: Tom con los ojos brillantes por la fiebre y el muslo reluciente y tenso por la infección. Pero ¿por qué? Un laboratorio de química y Tom...

«Porque tuve que esterilizar el cuchillo antes de cortarle». Eso era: a eso se debía aquel olor a cerillas quemadas o a piedra de mechero. ¿Habría cerillas en los cajones? No, el olor era demasiado intenso. ¿Pólvora?

«O una pistola. —Tragó saliva a pesar del nudo que tenía en la garganta y se inclinó un poco hacia delante, abrió la boca y saboreó el aire—. No te hagas ilusiones. Es bastante improbable». Pero el aroma se había vuelto más penetrante y procedía del último cajón del escritorio.

Vale. Y si era una pistola, ¿qué? No podía escondérsela a Darth. «A no ser que le dispare. Pero para eso tendría que estar cargada y no habría forma de comprobarlo. Hasta podría estallarme en la mano si fuera vieja o estuviera sucia, o si el mecanismo se hubiera congelado».

Pero Darth tenía que echar una meadita. Lo miró de reojo: estaba dando los típicos pasitos para intentar contenerse. «Deja que se canse. Cuando ya no pueda más, aprovecha la oportunidad».

Abrió el primer cajón con la mayor lentitud posible. La madera estaba hinchada y acabó cediendo con varios chirridos. Por el peso y el *toc* hueco de madera con madera, se notaba que estaba vacío. El segundo cajón contenía dos calzoncillos y tres pares de calcetines hechos una bola.

Cuando cerró el segundo cajón, Darth salió como un rayo del cobertizo. Un momento después, lo vio dirigiéndose al muelle a toda prisa. «Vaya, esa sí que es una manera de abrir un agujero en el hielo para pescar... —Sin perder un segundo más, se puso en cuclillas y abrió el último cajón. La madera reticente se atascó al deslizarse por la guía de metal—. Venga, no la fastidies. —Se arriesgó a echar una rápida ojeada a su alrededor y vio a Darth quitándose los guantes con los dientes—. Minuto y medio como máximo». Tragándose la impaciencia, cerró el cajón de golpe y luego volvió a tirar de él despacio.

Esta vez, el cajón pareció dispuesto a colaborar. «Mierda». Dos vaqueros y dos pantalones de camuflaje. Aunque el olor a magnesio quemado era todavía fuerte, no tenía la menor esperanza de poder rebuscar en todos y cada uno de los bolsillos antes de que Darth regresara.

—Venga. —Metió la mano bajo los vaqueros—. Por favor, Dios, dame un respir... —Sofocó un grito cuando sus dedos se curvaron en torno al suave metal—. No puede ser —murmuró—. No puede ser.

Pero lo era.

Una pistola.

—¿Que Penny mató a alguien? —Chris se quedó boquiabierto—. ¿Cuándo? ¿A quién?

—Bueno, es más bien que hizo que la mataran. Hace unos dos años y medio. — Hannah dio un suspiro de agotamiento y se dejó caer de nuevo en la silla—. Es una larga historia.

Hacía dos años y medio, él iba a segundo de instituto. Simon tendría dieciséis años. Isaac Hunter le había dicho que Penny era un año menor que Simon.

—Cuéntame la versión resumida. ¿Creciste en Rule, eres amish o...?

—Lo era. Me marché hace años. —Se encogió de hombros—. Quería más: ir a la universidad, una educación después de octavo curso. Peter y yo nos conocimos en Houghton cuando yo era estudiante de primer año en Michigan Tech. Él estaba casi terminando.

—¿Que Peter fue a la universidad? —Parpadeó sorprendido—. Siempre creí que había sido encargado de seguridad desde el instituto o algo así.

—Qué va. Fue profesor ayudante en mi seminario de primero de Zoología Comparada, llevaba el laboratorio. Un tipo agradable. —Su boca describió una sonrisa casi melancólica—. Muy enérgico, con un millón de opiniones. Había una cafetería a una manzana o dos del río..., el Cyberia Café. Peter me invitó un par de veces después del laboratorio. Nos llevábamos el café y dábamos una vuelta fuera de la biblioteca por el canal Keweenaw.

Keweenaw. Tenía una vaga noción de que aquello quedaba bastante al noreste.

—Nunca me había alejado mucho de Merton hasta que llegué a Rule.

—Oh, el Keweenaw es muy bonito. Y está ese puente entre Houghton y Hancock, que es un pueblo mucho más pequeño en Copper Island justo al otro lado del canal. Una vez que pasas Hancock, no hay prácticamente nada en la isla hasta llegar al lago Superior, salvo granjas y campos de golf, y luego Copper Harbor en la misma punta. A veces pienso en asentarme allí. —Su expresión se tornó soñadora—. Saquear la biblioteca de la universidad y luego continuar, dejar atrás Hancock y encontrar una granja agradable y aislada justo en el Superior. Pescar, cultivar y leer libros. Estaría genial.

Aquello no sonaba nada mal.

—Tal vez deberías intentarlo.

—Bueno, es que no podría hacerlo sola, eso para empezar, y tienes que llegar hasta allí, eso por otro lado. Oh, y esperar que todos los comequentes se hayan ido del pueblo. —Volvió a encogerse de hombros con gesto irónico—. En fin, a Peter le encantaba la universidad. Su gran obsesión era Isle Royale. Hablábamos una y otra vez de lo que debería hacerse con los lobos.

—¿Lobos? ¿En Isle Royale? —Era como si alguien le contara un cuento para

dormir en una lengua extraña—. ¿Dónde está eso?

—En el lago Superior. Es un parque nacional, pero no va casi nadie. Es difícil llegar hasta allí. Es donde estaban haciendo ese estudio de cincuenta años sobre la población de lobos y alces.

—¿Ah, sí? —Se sentía un auténtico zoquete—. ¿Por qué?

Hannah se lo quedó mirando.

—Isle Royale es una isla, pero tiene lobos y alces, de modo que ¿cómo llegaron allí?

—¿Nadando?

—Sólo los alces. Los lobos no pueden nadar tanto. Los mejores científicos estaban en Houghton, en la Michigan Tech. Imaginaban que los lobos habían llegado a través de puentes de hielo hace mucho tiempo, pero, debido al cambio climático, no ha vuelto a haber un puente estable desde mediados de los ochenta. De modo que los lobos están atrapados. Su población ha mermado en los últimos diez años. Antes de que el mundo se apagara, quedaban unos nueve. Y sólo la mitad, más o menos, eran hembras. Así que había mucho debate sobre cómo salvarlos o si debía hacerse. Durante los veranos, Peter hacía trabajo de campo: sedaba a los lobos, recogía muestras, les ponía collares y rastreaba alces muertos. Era muy entusiasta y creía que era culpa nuestra por destrozar el medio ambiente. Creo que, si hubiera podido inventarse un modo de introducir lobos en la isla a hurtadillas, lo habría hecho. Era digno de admiración.

—Supongo. —Chris sintió una desagradable punzada de envidia. Si las cosas no se hubieran derrumbado, él mismo habría ido a clase y habría discutido sobre ética mientras se tomaba un café—. ¿Qué tiene todo esto que ver con Penny?

—Una muy mala decisión que Peter tomó. La isla está en plena naturaleza en medio de la nada. O te tiras de cinco a siete horas en ferry, o llegas volando en hidroavión o pilotas tu propio barco. Peter tenía aquel trasto *vintage* que había reparado con un casco de fibra de vidrio. Era como el barco de Quint en *Tiburón*: timonera, sala de máquinas y cocina. Había transformado la bodega de proa en camarote. Durante las vacaciones de primavera de su último año, nos invitó a algunos a visitar la isla. El tema es que el parque abría oficialmente a mediados de abril y entonces era mediados de marzo. Te puedes meter en un buen lío si te pillan, pero Peter conocía una caleta por la que podíamos colarnos en el extremo norte, cerca de Canadá. Yo pensé que un poco de acampada de invierno, otro tanto de senderismo y un agradable paseo en barco sería divertido. Así que doce de nosotros nos apiñamos en aquel viejo barco, incluida Penny —hizo una pausa— y Simon. Peter y él eran como uña y carne ya por entonces. Creo que los abuelos esperaban que Simon y Penny se emparejaran.

Aquello fue exactamente lo que Isaac había descrito.

—¿Y ellos no lo sentían así?

—Nunca me dio esa impresión. Por lo que dijo Simon, él siempre creyó que debía

cuidarla igual que Peter lo cuidaba a él.

Interesante. ¿Cómo de unidos habían estado Hannah y Simon?

—¿Cómo se sentía Penny?

—Bueno, ella y yo nunca —hizo un gesto de comillas en el aire— «congeniamos». Ella tenía casi quince años y era demasiado niña en muchos sentidos. Peter tenía pasión por ella, la adoraba... Pero era bastante conflictiva. Se veía a la legua por el modo en que se colgaba de los amigos universitarios de Peter. Y eran —sus ojos grises miraron de soslayo— las vacaciones de primavera.

Lo cual significaba alcohol a mansalva.

—¿Qué ocurrió?

—Que todo el mundo se emborrachó —dijo sin más—. Es decir, todos menos Simon. Ya entonces era muy prudente, muy suyo. Como era mi primer año, yo no conocía muy bien a los amigos de Peter, así que Simon y yo hicimos migas. Hablamos de la universidad, de sus intereses, de lo que estaba haciendo. En fin, estábamos allí, en medio del lago Superior. Nadie llevaba chaleco salvavidas. Era marzo y hacía un frío de muerte. El agua estaba a cuatro grados. Peter estaba completamente mamado, llevaba una cerveza en una mano o un chupito y no paraba de beber. La gente empezó a hacer el tonto. Abajo había unos cuantos enrollándose en las literas y... —subrayó la frase enarcando una ceja— Penny también, con un tío. Creo que Simon la perdió de vista. De haberlo sabido, la habría sacado de allí, pero supongo que se distrajo un poco hablando conmigo y echándole un ojo a Peter.

Chris seguía sin ver hacia dónde conducía todo aquello o cómo Penny había matado a una chica.

—¿Y qué pasó?

—Que Penny incendió el barco —concluyó.

Aquella no era una pistola cualquiera. Alex lo supo en cuanto vio el cañón de acero articulado y la bolsita de plástico con un cartucho del tamaño de un proyectil del doce.

«Una pistola de bengalas». Sólo había visto una en toda su vida, aquella vez en que sus padres y ella cogieron un resoplante transbordador alimentado con carbón entre Ludington, Michigan y Matitowoc, Wisconsin. El capitán le había enseñado su pistola de bengalas al darles una vuelta por el puente de mando. Era de plástico naranja. Esta, en cambio, era de metal y parecía vieja y desgastada.

Desarticuló el cañón con el pulgar y el arma se abrió del modo en que lo habría hecho una escopeta de un solo disparo. El cañón albergaba un adaptador metálico extraíble. Alex abrió la bolsita de plástico y sacó el cartucho. La cápsula era de latón y el cartucho rojo, con la secuencia BAM-PM 1-060-062 estampada en negro. Debajo estaba escrita la palabra KALIBER y a continuación los números 12/70. En el reverso había otra palabra en negro: SIGNALPATRONEN.

Ni de coña pensaba dejarla allí.

—¿Dónde te has metido, Darth? —El corazón le dio una desagradable sacudida cuando apartó la vista del escritorio y descubrió, justo a tiempo, al guardia subiéndose la bragueta. «Joder». Sus pantalones no eran exactamente unos pitillos, pero si se metía algo en el bolsillo se notaría. Deslizó el cartucho en el cañón, se guardó la pistola a toda prisa en la espalda, debajo de la sudadera, y ahuecó la parka.

«Estás loca; te has vuelto majareta. Como se dé cuenta, estás muerta. —Estuvo a punto de levantarse y apartarse del cajón abierto, pero vaciló, pues seguía concentrada en aquel extraño olor a hospital—. Aquí hay algo más». Miró en la parte más profunda del cajón y se fijó en una mancha roja mullida y plumosa. Metió la mano y sacó un finísimo tubo de plástico demasiado largo y estrecho para ser un cartucho extra para la pistola.

En los ocho segundos que transcurrieron antes de que Darth volviera a la puerta a grandes zancadas, le dio tiempo a pensar en lo extraño que resultaba encontrar una pistola de bengalas bajo unos vaqueros. Pero podía estrujarse el coco: aquello era un cobertizo para botes; cuando salías con una embarcación y necesitabas ayuda, encendías una bengala; lo raro era que no hubiese ningún barco a la vista; ¿la pistola no debería estar donde pudiera hacer falta y utilizarse?; ¿por qué esconderla?

Y ahora tenía entre manos un nuevo rompecabezas, tan inexplicable como el de la pistola: un típico artículo de hospital en un lugar atípico.

Lo único que acertaba a articular en su mente mientras observaba absorta aquel

objeto era: «Peter. ¿Qué demonios...?».

Porque lo que sostenía en la mano era una jeringa llena de fluidos.

Por el modo en que Hannah había contado la historia, fue un milagro que alguien escapara con vida de aquel barco. El casco de fibra de cristal sellado significaba que la madera de debajo estaba seca como la yesca y podía incendiarse.

Hannah estaba en cubierta en ese momento, apoyada contra la timonera, con los ojos cerrados por el atontamiento que tenía en la cabeza y por el estómago revuelto.

—Tenía tanto frío que me estaba poniendo azul.

Estaba allí, temblando, hasta que Simon se quitó la chaqueta y se la puso por los hombros. «No me gustaría que pillaras un resfriado de muerte» fue lo que recordaba que le dijo. Justo cuando abrió la boca para darle las gracias, se oyó una gran explosión y algo caliente y blanco atravesó el casco a menos de metro y medio de su cara.

Después de aquello, los recuerdos de Hannah eran un batiburrillo caótico: chicos que subían chillando en estampida desde abajo; llamas que salían disparadas de la bodega de proa y luego de la escotilla; el agua que empezaba a entrar; los aparatos eléctricos que fallaron un segundo después de que Peter, que recobró rápidamente la sobriedad, enviara un Mayday. Había un bote salvavidas, pero estaba diseñado para ocho, no para doce. Una vez que Simon y Peter bajaron el bote al agua, mantener a la gente lo suficientemente calmada para que no lo anegara fue otra pesadilla, sobre todo cuando el barco de Peter empezó a hundirse.

—Todavía no había oscurecido, pero el agua estaba tan negra que Peter usó una linterna. El barco se inundó y se dio la vuelta muy rápido. Una vez en el agua, no veías nada, no tenías ni idea de dónde estaba la superficie. No creo que ni él ni Simon se dieran cuenta de que faltaban Penny y otra chica hasta que hicieron el recuento — dijo Hannah. Para entonces, el fuego estaba apagado, pero el barco había desaparecido.

Peter y Simon, presas de la desesperación, saltaron del bote y nadaron hasta el punto en que el barco se había ido a pique. Lo que pasó a continuación fue... «un poco borroso», en palabras de Hannah. Como Peter contó más tarde a la guardia costera, Simon y él se sumergieron unos cinco o seis metros, se metieron por lo que quedaba de la escotilla y entraron a los restos esqueléticos de la sala de máquinas. La bolsa de aire que había era diminuta, no mayor que un hueco de veinticinco centímetros. Penny, entumecida por el frío y casi exhausta, pataleaba para mantenerse a flote con el agua por la barbilla. La otra chica, una lugareña a la que en realidad nadie conocía salvo el chico que la había traído a bordo, ya estaba muerta.

—Peter les contó que debió de engancharse en algo que la retuvo bajo el agua — aclaró Hannah—. Simon dijo lo mismo.

—¿Quién era la chica que murió?

—Amanda... ¿Peterson? No, Pederson. —Hizo una pausa—. ¿Sabes? Recuerdo

que, en ese momento, hubo algo que me pareció... raro. En cuanto los chicos sacaron a Penny a la superficie, Peter le gritó a Simon que cuidara de ella y que no lo siguiera, y entonces volvió a sumergirse, solo, y tardó un buen rato. Creí que se había ahogado.

—¿Y por qué iba a ser raro? —preguntó Chris—. Seguramente intentaba recuperar el cadáver de la chica.

—Supongo. —Hannah se atusó el pelo con una mano y se levantó para marcharse—. A lo mejor tenías que estar allí, pero sé que allí abajo, en aquel barco, pasó algo, aunque no sé qué.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque Peter nunca volvió a la universidad —dijo—. Y, unos seis meses después, Simon intentó suicidarse.

Alex se dejó caer en el último escalón del cobertizo para botes y decidió tomarse unos minutos para delirar en privado. Darth resoplaba más adelante como un motorcillo asmático y ya estaba a medio camino de la casa. O quizá la estuviera retando a correr para dispararle en primer lugar, comérsela en segundo y hacer las preguntas después.

«Has perdido la cabeza, bonita». Apoyó la espalda en un nudoso pino rojo. La pistola se le clavó en la columna. Se había guardado la jeringa tapada en uno de los bolsillos derechos de sus pantalones de camuflaje. ¿En qué estaba pensando? Lobezno siempre dormía cerca de ella. ¿Y si olía o notaba la pistola? En ese caso, estaría acabada.

Hasta entonces, todos sus maravillosos planes de fuga no habían sido más que una quimera. Pero ahora tenía un arma de verdad. Dos, si contaba el cuchillo. (No estaba segura de esa extraña jeringa. Cuanto más meditaba sobre aquel objeto plumoso, más pensaba: «flechas». ¿Se trataría de algún tipo de dardo?). Pero esta vez la cosa iba en serio. Si ejecutaba el plan debidamente —dejar ciego a alguien, prender fuego a unos cuantos Cambiados—, podría birlar un par de rifles, hacerse con algunas armas de verdad. De hecho, podría haberle disparado a Darth en ese mismo instante, aunque un cartucho del doce en una pistola diminuta tenía que hacer mucho ruido. También podría haberle mangado el rifle y haber salido pitando antes de que nadie supiera lo que pasaba. O si de verdad quería echarlo todo a perder..., incendiar la casa. Aquellas bombonas de propano que había encontrado combinadas con pino seco y rico en resina seguro que despedían una miríada de chispas... ¿Alguien daba más?

«Pero ¿qué me pasa? Lobezno no está. —La cuestión no era que pudiese herirlo o matarlo, sino que quienquiera que quedase la pagaría con él. Y ella tendría la culpa—. ¿Y qué?».

Cansada de aquella interminable carrera de locos mental, rebuscó en su parka, extrajo la chocolatina, inhaló y se le vinieron a la cabeza un sinfín de recuerdos: «Salta, princesa».

—De acuerdo, papá. —Se llevó otro pedacito a la boca—. Pienso vivir.

¿Por qué se preocupaba por Lobezno? ¿Cuánto tiempo se suponía que iba a estarle agradecida? Lobezno no era Chris. Empezaba a pensar como las víctimas de un secuestro... ¿Cómo lo llamaban? ¿Síndrome de Estocolmo? «Yo diría más bien “compasión por el diablo”. —Jugueteó con el coco entre los dientes—. ¿Qué pasa? ¿Que “besé a un zombi y me gustó”, como en la canción? Si se comió parte de tu hombro, por el amor de Dios. ¿Qué más da si ahora te está protegiendo? Él te ha colocado en esta posición...».

De repente, se puso rígida. «¡Yaya! —Aquel olor familiar y extrañísimo (a lobo y

no lobo) se percibía muy cercano, mucho más que nunca. Justo delante y prácticamente en su regazo—. Oh, mierda». ¿Se notaba que era una presa fácil? Estaba allí sola a la intemperie. Cualquier ayuda con la que pudiera contar (¡ja!) estaba demasiado lejos para que acudiera en su rescate, si es que Darth se molestaba siquiera.

«Mantén la calma». El olor no se había intensificado hasta el punto del «abuelita, abuelita, ¡qué dientes más grandes tienes!», pero el corazón le galopaba sin tregua. Desvió la vista lentamente desde la nieve impoluta hasta la verde espesura del bosque y la posó en una pantalla de cedros bajos: estaba justo allí, tan inmóvil que, de no ser por el olor, jamás habría sabido dónde mirar.

«¿Qué diablos eres tú?», pensó.

«¿Una pistola de bengalas? —Chris suspiró mientras se masajeara las sienes doloridas y se hundía cada vez más en la cama—. ¿En qué estaría pensando Penny?».

Volvía a encontrarse solo; Hannah lo había encerrado hacía casi media hora, según el viejo reloj. La oía trapichear en la cocina, en la planta inferior; sentía el choque de platos y el tintineo de vasos mientras arreglaba la comida que iba a llevarle a Isaac al granero donde estaban pariendo las ovejas. El almuerzo de Chris seguía intacto. Debería comer, pero la perspectiva de salir de la cama lo hizo gemir y plantarse una almohada en los ojos para evitar la brillante luz de la tarde. Tras pasar dos semanas soñando, creyó que nunca más querría volver a acostarse. Sin embargo, el aletargamiento que producía aquel profundo agotamiento no era fácil de ignorar, la cama lo llamaba poderosamente... y necesitaba tiempo para digerir todo aquello.

Después de convertirse en una bola de fuego cegador, el barco de Peter se hundió rápidamente a más de ciento cincuenta metros de profundidad. Nunca se recuperó ni el barco ni a la chica que murió, y así se unieron a los restos de otros naufragios en el fondo del mayor y más profundo de los Grandes Lagos, lo que significaba que la historia de Peter —un fuego en la sala de máquinas que se inició por un cortocircuito eléctrico— nunca llegó a investigarse. Según Hannah, la guardia costera y luego la policía los interrogaron, pero no sacaron nada en claro, Simon era el único testigo que no había estado bebiendo y corroboraba la versión de Peter.

—Yo sabía lo que había visto —dijo Hannah—, pero todo ocurrió tan deprisa que pensé que a lo mejor me había equivocado. Ni siquiera supe que había sido una bengala hasta que Simon me lo contó. ¿Puedes creer que Penny seguía conservando el arma? Después de dispararla, se lo metió todo en los bolsillos.

Abajo se oyó el golpe apagado de una puerta: Hannah se había ido al granero. Se hizo el silencio. El tictac de su reloj contaba los segundos.

Por qué Hannah se mantuvo en contacto con Simon era un misterio. «Congeniamos», fue lo único que dijo. Con todo, el intento de suicidio de Simon era muy fuerte. Pero Chris se lo imaginaba. Entendía el impulso.

«Tu padre mata a su novia. —Chris se apretó más la almohada contra los ojos—. Tú, el niño pequeño, lo ayudas a esconder las pruebas. Le mientes a la policía porque tu padre te dice que es la única salida».

Aquello también lo recordaba. Su padre apestando a alcohol, el olor de la sangre que lo envolvía como una niebla. «Nos separarán, chaval. Te meterán en una casa donde no le importarás una mierda a nadie. ¿Quieres estar a salvo? No querrás que los niños y los viejos te hagan cosas guarras, ¿no? ¿Quieres un techo sobre tu cabeza? Entonces esto es lo que vas a decir. Esto es lo que vamos a hacer».

—Cállate, papá —murmuró Chris—. Nunca fue por mí. Lo hiciste para protegerte a ti mismo.

«Y guardas secretos hasta que un día te despiertas y descubres que vives con dos monstruos, uno con la cara de tu padre y otro que se pudre dentro...».

—Chris.

El sonido de su nombre le pareció irreal, como el signo de exclamación al final de una frase que has escrito sin darte cuenta. Fue corto y nítido, como cuando llaman a la puerta con los nudillos, y lo sacó de sus pensamientos. Antes de que pudiera responder, oyó el traqueteo del pomo.

—Entra —dijo, sin moverse de la cama. Seguramente fuera Hannah, que había vuelto del granero y quería llevarse sus platos. Como no oyó el quejido de las bisagras, esperó un momento—. ¿Hannah?

Volvieron a llamar a la puerta. Esta vez lanzó la almohada con un gruñido.

—Espera —dijo, llevando los pies al suelo. Entonces fue cuando se acordó—: No puedo abrir la puerta desde este lado.

Hannah dijo algo que no pilló.

—¿Qué? —gritó Chris. Hannah farfulló algo más, pero su voz sonaba amortiguada. Hubo otro traqueteo, seguido esta vez por el rasguño del pestillo. Sin pensárselo mucho, giró el pomo y abrió la puerta de par en par—. Lo siento, estaba...

Todo en él —su cerebro, su respiración y su sangre, los latidos de su corazón— se detuvo.

Allí, con la bufanda verde lima aún enrollada al cuello, estaba Lena.

Alex tenía razón. Era un lobo... y no lo era. «Una especie de híbrido». Aquel animal era mucho más grande incluso que un malamute de Alaska, pero sin la cola rizada. Su pelaje era blanco en su mayoría, con unas pocas vetas grises. La forma de la cabeza, el hocico y las orejas le recordaron a *Jet*, el pastor alemán negro de Chris, pero las marcas faciales y la pequeña máscara negra parecían las de un husky.

¿De dónde salía aquello ahora? ¿Sería por la chocolatina? ¿Habría creído que era un ofrecimiento? Quizá, pero el olor no cuadraba. El olor de aquel animal no gritaba «hambre» o «peligro», igual que en el caso del lobo alfa. Por encima de la dulzura remanente del coco y del chocolate, detectó una suerte de vacío, polvo frío y ceniza gris. Aquel perro lobo estaba solo y abandonado.

«¿De dónde has salido?». ¿Y por qué se habría arriesgado a seguirla? A lo mejor le pasaba lo mismo que le había pasado antes con los perros, que siempre querían estar cerca de ella y protegerla llegado el caso.

Se examinaron mutuamente. Al contrario que los de *Jet*, los ojos del híbrido eran de un imponente dorado intenso. Sólo después de aquel intercambio se acordó del peligro que entrañaba observar fijamente a un animal salvaje. Mientras su mirada se clavaba en la de ella, aquel sabor a «soledad» volvió a impregnarle la lengua y sintió una punzada de dolor en el pecho. Hacía muchísimo tiempo que no veía un perro. Hasta un perro lobo le resultaba normal. La hacía sentir... humana.

Se movió despacito y giró la cabeza a la derecha. Adelantando la suya como un Neandertal, Darth recorría a zapatazos el porche circundante hacia Blas y Penny, que acababan de emerger del bosque. Por el frescor crepitante del aire, supo que cargaban principalmente con pino reseco que ella (qué alegría) acabaría clasificando, porque aquellos crios no les entraba en la cabeza que *pino + fuego = un problema gordo*. Aunque, bien mirado, aquello le proporcionaba unos minutos extras.

Se volvió hacia el animal.

—Eh, bonito, ¿qué haces? —le dijo con suavidad, ahora más precavida. La pequeña, dulce e irritable Ellie le habría dicho en su lugar: «Eh, extraño animal, ven a pegarme la rabia». Aquel pensamiento le hizo un nudo en la garganta. Si Ellie reaparecía por arte de magia, sería buena con todos los animales del bosque; a Alex no le extrañaría nada. Ella también debía ser más precavida. Dada la interesante obsesión de Lobezno, animar a aquel animal a que se quedara era una sentencia de muerte. Pero de pronto sintió deseos de tocarlo. De pasarle los dedos por detrás de las orejas. Era una decisión egoísta, sí, pero lo necesitaba de verdad.

—Eh, bonito, ¿qué haces? ¿Me estás robando la comida? ¿Eh? No pasa nada —dijo para tranquilizarlo, y vio que el animal meneaba la cola. «Relájate, respira; relájate para que él también lo haga»—. Pero la próxima vez, ¿crees que puedes dejarme algo...?

Se produjo un repentino empujón en su cabeza, una especie de sacudida mental en el centro del cerebro. Al cabo de un segundo, sintió una especie de agitación, como un despliegue de brazos y piernas, la rotación de una cabeza gigantesca, el descubrimiento de unos dientes afilados. La apertura de unos ojos amarillos. «¿Qué diablos...?». Su mente vibró como si el suelo temblara bajo sus pies y la nieve fuera a ceder, desplomarse y arrastrarla con ella. Alex resolló, se echó para atrás y a punto estuvo de caerse por los escalones, apenas consciente del extraño y minúsculo ladrido de alarma del perro lobo.

¿El monstruo? ¿Por qué se despertaba ahora? «No es por Lobezno». No había manera de acostumbrarse al monstruo, pero empezaba a notar cierta diferencia en su manera de actuar. Ahora nunca se quedaba dormido del todo, siempre asomaba la nariz cuando Lobezno estaba cerca. Aquel sentimiento se parecía bastante a sus sueños: fuego y necesidad. Deseo. El monstruo abriendo los brazos para estrechar a su amante, a Lobezno.

Pero esto era distinto. «Es como aquella noche en que Araña mató a Jack, cuando me colé tras sus ojos. Como cuando Leopardo fue a por mí en la mina». Y como tan sólo unos días antes, cuando Acné había intentado acabar con ella. Era sed de sangre, ansias de matar. Había algo —alguien— tirando del monstruo, cogiéndolo con sus garras y arrastrándolo hacia...

... hacia una mente que no es la suya, tras unos ojos ajenos... venga, venga, id, id... en un cuerpo que no reconoce... venga, venga, venga... y que no es seguro que pertenezca a una chica. Id, id, venga, venga, ella/él/esa cosa avanza con otros cuatro, igual de rápido y silencioso, ididid: una tormenta roja se abre paso por la nieve, por entre los árboles, venga, venga, venga, un remolino que ella/él/esa cosa ve a través de muchos ojos. A su izquierda, los rayos brillantes del sol se cuelan entre las ramas. En esa parte, el bosque describe una curva siguiendo una amplia franja, bordeando una cuenca de nieve intacta. Detrás, no muy lejos, va el vengavengaidid. Y hay otro, casi un hermano, pero un enemigo a fin de cuentas, que grita: «IRIRIR, DÉJAME...».

Mucho más adelante hay otros seis y la tormenta roja los azuza, vengavengavenga, ididid..., y entonces lo que ve y donde está se derrumba. Se produce otra sacudida, un desplazamiento. De improviso, vuelve a saltar a los ojos de otra persona, que persigue a otras tres. Una tiene el pelo enmarañado e indómito; la otra es pequeña y su dolor emana un olor acre y brillante. Y hay una tercera..., pero esa... o lo que sea... es difícil de interpretar; no hay nada que detectar... Pero vengavengavenga, su cabeza es una tormenta roja llena de idididvengavenga VENGA...

Chris sintió que su mente trataba de echarse atrás, de salir corriendo. Pero él sólo pudo quedarse mirando, congelado. Petrificado.

Lena estaba esquelética, no era más que piel y huesos. A sus ojos apagados, hundidos, los rodeaban hondonadas del color del café rancio. Salvo la bufanda, tenía la ropa desgarrada y sucia. Su espesa melena, apelmazada por la porquería del bosque, era una maraña de hojas muertas y ramas rotas.

—Lena. —El nombre se le quedó medio atascado en la garganta. El corazón le dio una sacudida tan repentina en un pecho súbitamente demasiado estrecho que sus pulmones se quedaron apretujados entre paredes de hierro—. ¿Dó-dónde...? ¿Cómo...?

Lena no dijo nada y, durante una milésima de segundo, Chris pensó: «No es real. Es un truco. Te sientes culpable, por eso...».

Entonces sus ojos —lo único móvil, al parecer— repararon en la bufanda verde lima chillón. «Oh, Dios. —La cabeza se le infló de horror—. La última vez que la vi fue la noche que nos quedamos en la escuela, cuando vino aquel Cambiado. —Chris le había robado la bufanda y la había colocado deliberadamente en una pila de cadáveres—. Porque no sabía qué le estaba pasando». Recordó cómo se le había revuelto el estómago cuando aquel niño, un Cambiado, se la enrolló al cuello. Pero ahora Lena tenía su bufanda y eso significaba...

—E-e-espera. —Intentó dar un paso atrás, pero sus pies no querían moverse—. L-Lena...

Sin emitir el menor sonido, se le abalanzó, toda zarpas y dient... —¡No! —Se enderezó de una sacudida, saltó de la cama y cayó al suelo tan fuerte que hizo traquetear las ventanas. Jadeando, se despatarró de espaldas. Tenía el pecho empapado; el pelo se le pegaba al cuero cabelludo.

—Relájate, era un sueño —dijo mirando el techo. Se limpió el sudor frío de la frente con el brazo—. Sólo un sueño.

Dios, pero muy real, como las pesadillas. Sus ojos se desviaron lentamente hasta el reloj de la mesita de noche. Sólo habían transcurrido cinco minutos. Salvo por el reloj, la casa se hallaba en completo silencio.

«Me he quedado frito». Se impulsó para sentarse y se apoyó en las manos.

—¿Por qué sigo soñando contigo, Lena? —susurró. Aquello iba a comérselo vivo si no tenía cuidado. Gimiendo, rodó hasta ponerse a cuatro patas, luego dobló una pierna, se puso en pie y fue tambaleándose hasta la ventana que daba al sur. El estanque helado era un óvalo dorado. La sombra alargada y rectangular de un azul oscuro que proyectaba la casa se extendía hacia el lejano granero. El corral estaba vacío; las vacas seguramente se encontraban a cubierto, pues era la hora de la tarde en que solían ordeñarlas.

—Deja de compadecerte de ti mismo, Chris. Date una oportunidad como hiciste con Alex. Deja de esconderte —le dijo a la habitación. Puso las palmas de las manos en el cristal helado—. Por el amor de Dios, ya no tienes ocho años. Cuéntale a Hannah o a Isaac lo de Lena y lo de Alex, pero cuéntaselo a alguien. Hazlo y punto. Si lo entienden, bien, y si no lo entienden...». Bueno, no iban a matarlo para protegerse, ¿no? La frente se le arrugó por la desazón. No, eso era una locura. ¿Lo haría él si se volvieran las tornas?

—No —dijo. A una persona como él le daría algunos suministros, le vendaría los ojos y lo conduciría lejos; luego le señalaría la dirección correcta y le desearía suerte. Si Hannah y Jayden eran listos, se quitarían de en medio y nunca le darían la menor posibilidad de volver sobre sus pasos. Dejar todo lo que habían construido sería duro, pero eran fuertes, estaban unidos. Se las apañarían.

Debería marcharse a la primera oportunidad que se le presentase. Allí no había nada más que hacer ni que descubrir. Tampoco un ejército de niños voluntariosos. Si ese era el plan de Jess, es que estaba loca. Sólo eran niños que trataban de sobrevivir. No podía obligarlos a regresar, ni siquiera se lo pediría.

En cuanto al resto —todos aquellos secretos—, vale, ahora los conocía. Yuju. ¿Y qué? La única pregunta sin respuesta era si la gente de Rule sospechaba lo que Peter y el Consejo tramaban y se había limitado a mantener la boca cerrada. ¿De verdad le importaba tanto como para arriesgarse a volver para desmantelar la Zona y enfrentarse al Consejo?

—Tal vez. —Pero no por ellos. «Los niños que Peter y yo nos llevamos no tenían ni voz ni voto. No puedes dejarlos crecer a la sombra de eso. ¿En qué tipo de personas se convertirían?». Él debería entender mejor que nadie lo que significaba crecer con fantasmas y sangre que nunca se iba.

Su estómago eligió aquel momento para rugir, un sonido incongruente que le hizo soltar una carcajada. Debía comer. Aquella podía ser su última comida en condiciones durante una buena temporada. Justo cuando le daba la espalda a la ventana, sus ojos percibieron un cambio casi imperceptible en la luz, un reflejo oscuro por el rabillo del ojo. Echó un vistazo rápido de pasada, más por costumbre que por otra cosa.

Dos chicos —Jayden y Connor, creía— corrían por la nieve en dirección al granero. «Oh» fue el único pensamiento que les dedicó, porque estaba preocupado, concentrado en la comida y en cómo contar lo de Lena y lo de Alex antes de dirigirse de vuelta a Rule. El sur era mejor, un camino en línea recta que no le llevaría más de cuatro días a pie. Tres si se daba prisa. Hunter dijo que tenían las cosas de Nathan. Un golpe de suerte. Podría escuchar la radio a hurtadillas y dar con el mejor modo de colarse en el pueblo sin que le volaran la cabeza.

El guiso estaba frío como un témpano: había salsa glutinosa pegada a trozos de patata, zanahoria y venado. Se metió una cucharada en la boca. La carne sabía un poco fuerte y estaba algo rancia y dura. Seguramente era de un macho viejo, o Jayden

no lo había abatido correctamente. Una vez Peter le contó que, cuanto más corriera un ciervo después de que le disparasen, más fuerte sabía luego la carne, por el ácido que se le acumulaba en...

—Los músculos —dijo en voz alta y con la boca llena. «Espera un segundo. ¿Qué acabo de ver?». Se echó hacia atrás, colocó la cuchara con cuidado en el plato y reprodujo lo que había visto desde su ventana. Dos niños que se dirigían al granero. Y eso era un problema porque...

—Porque —tragó— estaban cazando. —«De modo que si Jayden y Connor estaban cazando y comprobando las trampas...»—. ¿Dónde está la caza? —le dijo a su habitación—. Bueno, a lo mejor no han conseguido nada, ¿no? Todo el mundo tiene un mal día.

Pero ¿no había dicho Hannah que Jayden nunca volvía hasta haber conseguido algo? ¿Que siempre apuraba al máximo y que eso la ponía de los nervios?

Entonces Chris se dio cuenta de lo que no había visto.

—Oh, mierda. —La silla cayó al suelo al abalanzarse hacia la ventana—. No es sólo que no llevaran presa. Es que no tenían armas.

Ahora los chicos estaban mucho más cerca de aquel granero apartado. Nada de armas, nada de caballos. Nada de caza... Pero eso era porque seguían de cacería.

Y, en lugar de dos únicos Cambiados, ahora... había diez.

—Id, id, id. —Alex se oía a sí misma ahora, pero el sonido era minúsculo en su boca y la tormenta roja aún enorme en su mente—. *Venga, venga* —se apremió sin ver nada, las palabras salieron de sus labios sin más—. *Venga, venga, venga. Id, id tras ellos, más rápido, id...*

Una oleada de dolor le recorrió el muslo derecho. Emitió un gruñido y dejó escapar el aire cuando sintió que lo que fuera que hubiese agarrado al monstruo de su cabeza lo soltaba de repente. Alzó la vista y vio que Darth se disponía a darle otra patada.

—Para, Darth, para —le pidió, intentando ponerse en pie—. Ya me levanto, ¿vale?

Por una vez, casi se alegraba de verle. «Dios, ¿qué diantres ha sido eso? —Se llevó una mano ausente al labio superior, donde sentía una curiosa picazón, y sus pensamientos trastabillaron cuando reparó primero en el guante y luego en el escalón. La nieve estaba salpicada de arañas rojas—. Oh, no». Tenía un coágulo de miedo encajado en el pecho. La última vez que le había sangrado la nariz, el monstruo le había comido tanto terreno como para multiplicarse por dos. Tal vez la tormenta roja, ese vengavengavenga, no era otra cosa que el monstruo, ahora más fuerte y más grande, que le destrozaba el cerebro.

«A lo mejor eso es justo lo que acaba de ocurrir. El monstruo se ha desarrollado hasta tal punto que puede hacer este... este...». En fin, lo que quiera que hubiese pasado. Ni siquiera sabía cómo llamarlo.

Darth le dio otro golpe, esta vez con la boca del rifle.

—Ya, ya... —protestó, sorbiéndose la sangre.

Sin embargo, cuando empezaba a recorrer penosamente a pie el atajo hacia el camino de acceso, Darth la adelantó de nuevo y Alex fue capaz de echar una rápida ojeada al grupo de cedros bajos. Al principio pensó que el perro lobo se había ido, pero luego lo divisó más atrás, escondido entre las densas sombras bajo una píceca azul. «Qué raro, ¿no?». Darth no parecía darse cuenta de la presencia del animal ni preocuparse por él. Con aquellos cadáveres actuando como centinelas rituales y la capucha de Lobezno, Darth debía de saber que el animal estaba allí. A menos que sólo se tratara de un pequeño y peculiar fetiche de Lobezno, su espíritu guía o lo que fuera, que Darth y los demás tenían que soportar.

Volvió a concentrarse en lo que acababa de experimentar. ¿Cómo denominarlo? ¿Un salto de su mente? ¿O acaso alguien se había colado en ella? ¿Ambas cosas? «Piensa, Alex, ¿cómo empezó?». Ella estaba con el perro lobo..., pero no, no había sido exactamente así. El salto se había producido cuando se había relajado para acercarse al animal. Había bajado la guardia y o el monstruo había salido o algo —o alguien— lo había agarrado. Aunque ¿qué significaba eso?

El monstruo siempre se despertaba cuando Lobežno estaba cerca. Así que Lobežno podía estar de regreso y ella tal vez había percibido un indicio subliminal de él; o quizá no se hubiera dado cuenta o no hubiera prestado atención porque ya se había acostumbrado a los Cambiados. Era una posibilidad. No tenía ni idea de cuál era el alcance de su sentido arácnido y era probable que este dependiera del viento, que brillaba por su ausencia en aquellos momentos. «Pero puede que Lobežno esté cerca». Sin quitarle ojo de encima a Darth, ralentizó el paso y examinó el aire, dejando que este le envolviera la lengua. Lo único que obtuvo, no obstante, fue el sabor a cobre de su sangre y un regusto a pino, a nieve y al fugaz torbellino del perro lobo. Ni rastro de Lobežno.

«Vale, olvídate de esa idea. A menos que Lobežno esté de vuelta y el monstruo lo sepa de alguna manera. —Sí, pero ¿cómo funcionaba?—. Tal vez del mismo modo que cuando se tiene una premonición sobre alguien y de pronto te suena el teléfono». ¿Venía eso a significar que el monstruo estaba sincronizado de algún modo con Lobežno?

—Bueno, bonita, espero que no sea así. —Su aliento se elevó en una vaharada que la brisa no tardó en deshilar, «Pero ¿qué es lo que he visto? ¿Qué habrá sido?». Le dio la espalda a la casa y se quedó contemplando la pendiente y el lago. No sacaba nada en claro...

—Espera un minuto. —Contrajo los ojos ante el resplandor amarillo que rebotaba de la nieve intacta sobre el agua helada. «Esto es lo que he visto». Una sensación de irrealidad le recorrió el cuerpo de arriba abajo. «No es la misma perspectiva, pero si ese era el lago...»—. Durante el salto de mi mente, vi el lago a mi izquierda. Así que eso significa que yo venía del oeste. —Abrió los ojos como platos. «Y vi a tres chicos más adelante, huyendo...»—. No, eso no es del todo cierto. *Venga, venga, venga* —susurró; los ojos le lloraban por la claridad—. *Id, id, id...*

¿Qué significaba aquello? «Piensa, Alex, venga».

Primero ella y el monstruo habían saltado..., no, no, algo o alguien había tirado de ellos... hacia el interior de otra persona, de un chico. Un Cambiado, apremiado por la firme urgencia e intensidad de una persecución. Era él quien venía acompañado de aquella tormenta roja, el *venga, venga, id, id*. Pero había alguien más, alguien que gritaba: «¡Déjame ir, ir, ir!».

Sin embargo, la perspectiva había cambiado. «Di un salto adelante y me metí en otra persona, en otro chico». La sensación que le había sobrevenido entonces había sido distinta: no sólo el *venga, venga, id, id*, sino la idea de que alguien la conducía y empujaba tras otros dos... no, tres Cambiados como hacían los vaqueros con el ganado. A dos de ellos los había visto con bastante claridad: un chico larguirucho con el pelo enmarañado y otro más pequeño y bajito...

—Oh, Dios mío —jadeó. «Alex, eres idiota. Era Marley, lo que quiere decir que el chico más pequeño tenía que ser Epi»—. Y eso significa que los demás Cambiados estaban cazando...

Entonces la tarde se quebró con un disparo.

—¡Hannah! —Chris golpeó la ventana con el puño. Abajo, en la nieve y ahora mucho más cerca del granero, los Cambiados se estaban separando, cinco a la derecha y cinco a la izquierda. «Van tras ellos por los dos flancos». Volvió a aporrear el grueso cristal doble—. ¡Hannah, Hannah!

«Estúpido, inútil, ¿qué estás haciendo?». Tenía que salir de la habitación. Sus dedos trastearon el pestillo de la ventana, pero este no se movía y, un segundo después, cuando vio la rendija para una llave, entendió por qué.

—¿Una cerradura?

Quienquiera que hubiese construido aquel cuarto no quería que nadie saliera de él bajo ningún concepto, así que o rompía la ventana y bajaba por aquella espaldera o abría la puerta de una patada. No eran grandes ideas, pero la de la ventana sería más rápida.

Arrastró la silla, la volvió del revés y agarró las patas, cogió impulso y se dejó ir. Cuando el alto respaldo de palillos chocó contra el cristal antes de rebotar, sintió el impacto en las muñecas. Los paneles se vetearon de una repentina tracería plateada de grietas, como la tela de una araña psicótica. Chris rugió de frustración y volvió a lanzar la silla. Esta vez, los paneles se hicieron añicos en medio de un tremendo estallido al tiempo que las orejas y el peinazo superior de la silla se destrozaban al atravesar la ventana. Luego cogió las servilletas de tela que Hannah había utilizado para cubrir su comida y se envolvió los puños, quitó a golpes los puñales de cristal que colgaban y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Hannah! ¡Hannah, cuidado, cuidado! ¡Isaac, Isaac!

Al otro lado del campo nevado vio que aquel reguero constante y mortífero de Cambiados se detenía de repente. Estaban demasiado lejos para distinguir sus caras, pero divisó el momento en que se giraron para mirar hacia la casa. «¡Bien, bien!». Los había ralentizado, al menos un segundo. A continuación, hizo bocina con las manos y chilló:

—Hannah, Hann...

La puerta oeste del granero se abrió de par en par. Una cabeza apareció, un blanco mechón espumoso sobre unos hombros anchos.

—¡Isaac! —vociferó Chris—. ¡Atrancad las puertas! ¡Son diez, son diez!

La cabeza del anciano volvió al interior del granero y la puerta se cerró tan fuerte que Chris oyó el débil restallido y luego su eco. «Genial». Los había avisado. Ahora, a ayudarlos. Se fue hacia la puerta, dudó, estudió el marco, la cerradura. «Dios, ¿un cerrojo de seguridad? No importa. Hazlo y punto». Dio unos pasos hacia atrás, avanzó el hombro derecho, se agarró el brazo derecho con el izquierdo y emprendió la carga. Golpeó la puerta con la fuerza suficiente como para sentir el impacto en los dientes. El hombro se le resintió y la puerta, de madera de roble y robusta, tembló,

pero no se desprendió ni una astilla. Volvió a la carga una vez más, y luego otra soltando un gruñido entre los dientes. A la cuarta vez, el hombro le dolía a rabiar y la puerta seguía incólume.

—Maldita sea. —El aire frío se colaba por la ventana rota. El aliento le salió en forma de volutas cuando se puso en jarras e intentó pensar mientras se le pasaba el dolor del hombro. «Al final voy a tener que bajar por la ventana». Fue entonces cuando se dio cuenta de lo que debería haber visto desde el principio: aquella puerta se cerraba desde fuera, pero abría hacia dentro.

—Bisagras. —Se giró hacia la mesa. Hannah no le había puesto cuchillo ni tenedor, pero...—. Hay una cuchara —dijo, frenético, cogiéndola junto con uno de los libros de Hannah. La cuchara era de acero inoxidable macizo y se rompería antes que doblarse. Calzó el mango en la junta de la bisagra y lo golpeó con el lomo del libro. Para su sorpresa, el perno emitió un chirrido metálico a los pocos golpes y sobresalió un centímetro de la bisagra—. Vamos —gruñó mientras golpeaba la cuchara. El perno asomó otro centímetro—. Vamos, vamos...

El inconfundible restallido de un disparo entró por la ventana rota. Chris se quedó helado, con el corazón a mil por hora. Otro disparo. Berrido lejano del ganado y relincho de los caballos.

«Mierda».

—Tengo que salir —dijo, utilizando los dedos para liberar el perno. La bisagra se desenganchó y ahora podía ver un hueco entre el paño superior y el marco.

«Una más y podré echarla abajo». Se agachó, apuntaló el hombro contra la jamba y meneó el mango de la cuchara, ahora mellado, hasta meterlo por debajo de la cabeza del perno del medio. Esta vez hubo más resistencia por el peso de la puerta. La mano izquierda le dolía porque tenía la cuchara firmemente agarrada; la muñeca derecha le daba punzadas. La cuchara había perforado y luego cortado una medialuna de la tapa encuadernada en tela del libro y medio centímetro de página. «Gracias a Dios que no era de tapa blanda». Y entonces se preguntó si no se estaría poniendo un poco histérico. Más fogonazos y disparos amortiguados, y ahora le hablaba al perno: «Suéltate, suéltate, sué...».

El perno salió disparado de la bisagra de en medio y cayó al suelo. Chris se metió la cuchara en un bolsillo trasero y tiró el libro a un lado; luego agarró el canto de la puerta con ambas manos y le echó todo su peso. La bisagra de abajo emitió un largo y estridente chirrido antes de ceder. Dejó la puerta a un lado y salió disparado hacia el pasillo.

Su habitación estaba en un extremo. Dos puertas a la derecha, una a la izquierda y, un poco más allá, un pasamanos marcaba el comienzo de las escaleras. Dio la vuelta al poste de la barandilla y se precipitó escaleras abajo. A través de los cristales esmerilados a cada lado de la puerta de la calle, vio un enorme porche que ignoraba que estuviera allí porque su cuarto daba a la parte trasera de la casa. A su izquierda había una enorme habitación con varios bancos largos a modo de sala de reuniones.

Divisó una puerta batiente en el otro extremo. La casa de Jess tenía una puerta igual entre la cocina y el salón.

«Coge un cuchillo. —Atravesó la sala a todo correr, le dio un empujón con el brazo a la hoja de la puerta y la echó a un lado—. O mejor un atizador de la hornilla».

La cocina se hallaba en la esquina sureste de la casa, en la misma que el cuarto de Chris, y ya se estaba llenando de sombras. Justo delante había ocho sillas distribuidas alrededor del largo óvalo de una mesa de pedestal cubierta con un mantel celeste dispuesta para una comida, seguramente una cena tardía para Jayden y Connor. En el centro había un antiguo farol de mecha de keroseno con una pantalla esmerilada y una base de cristal verde. A la derecha había una hornilla de hierro negro encima de un cuadrado de ladrillos rojos, con una caja de astillas de roble, un balde para las cenizas, un cepillo y una pala. En la hornilla humeaba un cazo. Tres cacerolas de hierro y dos grandes sartenes pendían de un colgador. Al otro lado de la mesa había muebles de roble y un taco de carnicero repleto de cuchillos. La salida era una puerta revestida con cretona floral a la izquierda de una nevera antigua.

Entonces advirtió algo que había pasado por alto una milésima de segundo antes: la habitación no estaba caldeada y tampoco helada, pero había una persistente corriente de aire frío, como si alguien acabara de salir...

O de entrar.

Fue entonces cuando también se percató de que las cortinas floreadas de la puerta todavía ondeaban. No mucho, pero lo suficiente.

En ese momento cayó en la cuenta: la cocina estaba justo debajo de su habitación. Cada vez que Hannah hacía sus tareas allí, la oía, de manera que con aquel grito de advertencia les había mostrado a los Cambiados dónde, en qué rincón de la casa, debían empezar a mirar.

Un leve arrastrar de pasos.

Justo detrás de él.

«Un rifle. —Alex reconoció el inconfundible trallazo—. Cerca, procedente del oeste». Antes de que se agotaran los primeros ecos, ya estaba subiendo la colina a toda pastilla.

—¡Penny, entra en la casa, entra en la casa!

El olor emergía del bosque en oleadas: no se trataba sólo de aquel aroma familiar a sombras frías, sino de un tufo rancio a desesperación. «Es Lobežno, lo bastante cerca para que pueda olerlo». Lobežno estaba en apuros, tal vez herido. Se vio yendo en su busca antes incluso de saber qué estaba haciendo... En lo más profundo de su cerebro, el monstruo había vuelto a despertarse y sus pensamientos comenzaban a derrapar... Al cabo de un instante estaba en su propio cuerpo y en otro sitio, viendo a través de los ojos de Lobežno: sentía un miedo amargo en la boca y un sudor agrio en el pecho. Más adelante, la casa cobraba forma entre los árboles, la luz de las ventanas parpadeaba como el haz de un faro. Algo pesado, el saco, amenazaba con resbalársele del hombro...

«Pero no soy yo». Se notaba la cabeza enorme. Sin embargo, toda ella se sentía muy lejos de allí, como cuando Alicia pegaba el estirón tras morder el pastel que decía «cómeme». Alex estaba dentro y fuera a la vez, con Lobežno.

Nuevos estallidos colmaron el aire. El sonido la devolvió de súbito a su propia cabeza. «Vienen a por nosotros. —El estómago se le retorció de pánico—. ¡Muévete, muévete, muévete!».

Corrió a toda velocidad hacia la casa. Divisó a Penny y a Blas escabullándose dentro, aunque a Penny se la veía torpe, lenta. Darth la agarró del brazo y la hizo entrar a trompicones. Cuando Alex subía los últimos escalones, el chico le puso una mano del tamaño de un jamón en el hombro y tiró de ella los últimos tres metros. Alex no pudo reprimir un chillido de sorpresa cuando traspasó como un rayo el umbral y se estampó contra el duro suelo de madera.

—¡Espera! —Se levantó tambaleándose y se interpuso entre la puerta y el marco antes de que Darth cerrara de un portazo. Puede que el chico no la entendiera, pero las palabras eran su única baza. Hasta Darth sería capaz de comprenderla—. ¡Ya casi están aquí! Esos tiros han sonado cerca. ¡Dale una oportunidad a Lobežno!

Sabía que Darth no deseaba hacerlo por el olor que rezumaban sus poros, pero notó que el brazo del chico se relajaba.

«Un minuto, o más bien treinta segundos». Echó una mirada frenética a la habitación para ver cuál sería el mejor lugar donde esconderse. Era una estancia grande y pobremente amueblada: una chimenea y una estufa de leña en un pedestal de ladrillo a la izquierda, un sofá de piel y dos sillones tapizados sobre una alfombra ovalada en el centro para contemplar las vistas que ofrecía aquel gran ventanal. Eso no bastaba para montar una barricada en la puerta, e intentar esconderse en aquel

espacio tan grande sería un suicidio. El sofá no detendría ni una bolita de papel mascado. Y con el ventanal serían como peces en un acuario.

Sus ojos revolotearon hasta más allá de Penny, que se había colocado tras una larga encimera sobre la que Alex había plantado el hornillo de camping, el farol Coleman y varias bombonas de combustible. La chica había dado en el clavo; la cocina era la parte más retirada de la casa y aquella ventana sobre el fregadero les proporcionaba una salida. Bastaba con derribar el frigorífico y ponerse a cubierto.

La segunda mejor opción sería subir las escaleras de la derecha, que desembocaban en una entradilla abierta y en un corto pasillo donde se ubicaban un cuarto de baño y dos dormitorios, uno a la derecha y otro a la izquierda. Eran más fáciles de defender, pero también parecían una ratonera.

«La cocina, entonces. —Estaba más cerca y cada vez le gustaba más aquella ventana trasera. En cualquier caso, sin un arma no podía ayudar a defender la casa. Durante un breve instante, se preguntó a santo de qué tenía ella que ayudarlos y la respuesta acudió a su mente—: Con Lobezo tengo más posibilidades que con los tipos que van tras él».

Adelantó a Blas, que sostenía una del doce aunque era incapaz de moverse por culpa del pánico, y entró a toda prisa en la cocina. A la izquierda había un frigorífico independiente de estilo retro, blanco y turquesa con mango de cromo. Ya había inspeccionado antes el interior y había encontrado cuatro huevos podridos y una maraña verde-gris que, por lo que rezaba el bote, antes había sido mayonesa. Se coló como pudo en el hueco que separaba la pared del frigorífico, aseguró la espalda, flexionó las rodillas, apuntaló los pies y le pegó un fuerte empujón. El frigorífico se tambaleó y cayó al suelo con gran estruendo. En su interior metálico sonó un ruido de cristales rotos y de baldas repiqueteando; un segundo después, emergió un hedor a hongos y pollo muerto y viscoso.

—¡Penny, ven aquí! —Alex se precipitó hacia la encimera y agarró a la chica de la muñeca. Penny dio un repullo y trató de resistirse—. ¡Para! —resolló, arrastrándola como haría con un crío cabezota—. ¿Quieres que te disparen? ¡Métete detrás del frigorífico! ¡Corre...!

«Lobezo, ¿dónde está Lobezo? ¡Abajo!».

Del otro lado de la estancia llegó un chirrido de goznes. Marley abrió la puerta de la calle en medio de una explosión de aire invernal y un remolino de rastas. Giró sobre sus talones, preparó el rifle y volvió a disparar al tiempo que Darth abría fuego contra el chisporroteo de más armas de fuego.

«Lobezo, ¿dónde está Lobezo?».

—¡Abajo!

Empujó a Penny detrás del frigorífico y regresó agachada a la habitación más grande. Oyó el *poc* de una bala que impactó contra la pesada puerta de roble, desatando una lluvia de astillas.

—¡Marley! ¿Dónde está...?

Un segundo más tarde, para su horror, obtuvo la respuesta, cuando los chicos subieron dando tumbos los escalones. Un saco abultado colgaba del hombro izquierdo de Lobežno; su brazo derecho envolvía a Epi. Mientras ambos entraban acompañados de una nueva andanada de disparos y balas que zumbaban por encima de sus cabezas, tuvo ocasión de ver lo que pasaba: la cara de Lobežno estaba blanca como la cal.

Y cubierta de sangre.

Chris no se giró. Apenas pensó. Tal vez su mente ya había hecho números y había constatado que dar la cara a lo que fuera que tenía detrás no sería más que una pérdida de tiempo... o lo dejaría helado.

Lo esquivó hacia la derecha. Oyó una rápida inhalación con el oído izquierdo, la repentina pisada de una bota; sintió que algo se abalanzaba desde el lateral. Una mano le sacudió el pelo. Chris se agachó, arrastró la primera silla que pilló y la lanzó sin girarse. Oyó que la madera se estrellaba en el suelo y luego que unas botas trastabillaban cuando algo tropezó con la silla. Pero quienquiera que fuese —o lo que fuera aquello— no se cayó. Un segundo después, una enorme mano lo agarró del pescuezo, cogió un puñado del cuello de la camisa y de la camiseta térmica interior y lo retorció.

Chris se quedó sin aliento al instante. El corazón empezó a martillearle el pecho y la vista se le enrojeció, primero de pánico y luego por falta de aire. Se agitó como un pez irremediamente enganchado en un sedal que no podía romper y levantó las manos, pero la camiseta térmica estaba tan apretada que no podía curvar los dedos. La camisa de franela se desgarró; los botones saltaron y rebotaron en el suelo como judías saltarinas. Sin embargo, el fuerte tejido de la camiseta no hizo sino tensarse y apretarse más. Lo que fuera que lo retenía lo agitaba ahora como a un muñeco. Chris oyó, pero sólo vagamente, el pataleo de sus botas resbalando en el suelo. Las rodillas se le doblaron; se sintió caer, sintió el impacto de la mesa contra su frente al precipitarse hacia delante. Algo, un sinfín de cacharros, saltó al suelo y se rompió en mil pedazos. Platos, un vaso... no lo sabía. Aunque sus caderas y sus piernas se hallaban en el suelo, su pecho no estaba horizontal. El suelo de madera seguía estando a quince centímetros de su nariz porque el Cambiado lo sujetaba por aquel nudo suspendiendo su cabeza y su pecho para permitir que la gravedad hiciera su trabajo. El Cambiado dejaría que su propio peso lo matara poco a poco.

Lo que ocurrió a continuación fue un accidente.

La mano derecha de Chris se aferró a algo. Cayó en la cuenta de que era afilado, y su última oportunidad.

Sus dedos agarraron aquella daga de cristal y la clavaron.

—¡No! —Alex se lanzó más allá de Blas y agarró a Lobežno mientras Darth y Marley cerraban de un portazo. La cara del chico estaba llena de salpicones de sangre, al igual que las manos y la piel de lobo que llevaba anudada al cuello. El saco abultado que cargaba sobre el hombro estaba empapado.

«No. —Por un segundo (un momento de pánico), su estúpido, estupidísimo corazón dio un vuelco—. No, no puedes morirte. ¡Lobežno, no puedes morirte!».

Pero enseguida se dio cuenta de que la sangre no era suya.

Epi tenía la cara gris y los labios ennegrecidos. A cada lado de su nariz de cerdito, los ojillos gris perdigón se le habían puesto blancos. Tenía el vientre mojado aferrado con ambas manos. Por el fuerte hedor a hierro y por el líquido que derramó el cuerpo del chico cuando Lobežno le abrió la chaqueta, Alex se hizo una idea de la gravedad de la situación.

El abdomen de Epi estaba inundado de sangre. Parte de ella se había convertido ya en un mejunje gelatinoso, pero la mayoría sólo era pegajosa y en gran medida fresca. Sin duda, los desgarrones de su vientre eran irregulares, feos y muy profundos: heridas enormes que comenzaban justo bajo las costillas del costado izquierdo y atravesaban piel, grasa abdominal y músculo. Bolsas azuladas de intestinos sobresalían de tres de los desgarros. El hedor era nauseabundo, denso y concentrado. Alex observó que la lenta anguila que conformaba un trozo de intestino empezaba a hincharse y luchó por contener una arcada.

«Probablemente, primero lo hayan enganchado y luego desgarrado». Con uñas y dientes, supuso, lo que significaba que el grupo de Lobežno había pasado graves apuros con aquella jauría que le pisaba los talones. Vio cómo la sangre borboteaba y manaba como una fuente fresca y brillante. Una arteria seccionada, seguro. En fin, el chico no tendría que preocuparse por coger una infección en aquel desgarro: su contenido ya se estaba desbordando, sus labios palidecían a medida que sus arterias se vaciaban. Un velo de sudor frío y húmedo le cubría la cara y el cuello y ya estaba empezando a dar sacudidas.

Los ojos de Alex repararon en el saco abultado y empapado de sangre. A juzgar por el olor, el cuerpo que contenía esta vez era el de un hombre... anegado en sangre. Con todo, no tenía vísceras. Vaya. Por su experiencia, sabía que a Lobežno y a su cuadrilla les gustaba el hígado, les encantaba el corazón, toleraban los riñones y no les importaban demasiado las tripas. Para ser precisos, sin embargo, hay que decir que Lobežno nunca le metía mano ni le hincaba los dientes a una pieza hasta que su cuadrilla y él la ponían a salvo. Ella sabía por qué. Hacía mucho tiempo, en una vida diferente, su padre solía colgar la comida en una bolsa lejos del suelo y de las garras de los osos, igual que Lobežno y sus colegas aseguraban sus suministros en aquella especie de saco. Cuando estabas fuera, no querías que ningún visitante inesperado te

birlara tu alijo. (Aunque no entendía por qué otros Cambiados no acudían en tropel al escondrijo de Lobežno, igual que las hormigas al azúcar derramado. Tenían que oler la carne. A ella no le pasaba inadvertida).

Sin embargo, el cuerpo que se hallaba dentro del saco —aquel hombre— estaba descuartizado. Para colmo, faltaban partes; además, Epi estaba hecho pedazos y otros Cambiados querían atacar a Lobežno.

—¿Se lo robaste a ellos? ¿Te pillaron robando? —¿De verdad estaba preocupada por que estuviera herido? Lobežno estaba mudo, ceniciento, pero sus ojos (los ojos de Chris) echaban chispas. Blas, el hermano de Epi, atravesó la habitación con la escopeta en una mano y el botiquín colgando de la otra. Por el rabillo del ojo, Alex vio que Darth se separaba de la puerta dando tumbos y, tras pasar la ventana, se dirigía al otro extremo de la habitación en una torpe pose agazapada. Durante una fracción de segundo, estuvo a punto de gritarle: «¡Agáchate, idiota!». Darth era un objetivo tan tentador como un pato metálico en una feria: «¡Tres aciertos y la señorita se lleva un cerdito de peluche!». En lugar de eso, le quitó el botiquín a Blas y espetó —: Lobežno, ¿qué esperas que haga? No voy a poder arreglar...

El ventanal estalló en una enorme lluvia de cristales rotos. La cabeza de Darth se convirtió en una niebla roja. Alex ahogó un grito y se agachó mientras los afilados dardos de cristal silbaban por encima de su cabeza. Un instante después, alguien dejó escapar un chillido entrecortado. Giró la cabeza y vio que Blas se llevaba las manos a la cara. Una astilla de cristal del tamaño de su meñique vibraba en la cuenca derecha destrozada del muchacho. Y otra daga dentada se había hundido en la blanda carne de su mandíbula.

—¡Blas! —Horrorizada, apartó a Lobežno de un empujón, aunque sus últimos retazos de sentido común clamaban: «¡Agáchate! ¡No te muevas!», y fue a por el chico—. ¡Blas, Blas, no lo toques, no...!

Pero Blas emitió otro chillido lastimero... y soltó la escopeta.

Alex presenció el desastre a cámara lenta: cómo los ríos de sangre se dividían en gotas individuales, cómo el cristal destellaba y temblaba e incluso cómo la escopeta giraba describiendo un extraño arabesco. Luego todo se aceleró: la boca del arma la apuntaba directamente y el cerebro le gritaba: «¡Agáchate, agáchate!».

Con una milésima de segundo de retraso.

La escopeta disparó justo cuando algo se abalanzaba sobre ella y la tiraba al suelo. Lobežno la cubrió cuando la escopeta estalló produciendo un ¡BUM! ensordecedor. La bala pasó zumbando por encima de la cabeza de Lobežno, dejando una estela de latón caliente y pólvora quemada antes de estamparse en la pared de yeso con un pesado plonc. Nuevos disparos atravesaron el ventanal hecho añicos. Alex estiró el cuello por encima del hombro de Lobežno y vio que el cuerpo de Blas bailoteaba espasmódicamente antes de caer de bruces. Incluso con los oídos taponados por el estruendo, oyó el crujido del cristal al agujinear primero hueso y luego cerebro. Los brazos y las piernas del chico se abrieron de pronto, como los de

un niño que gritara: «¡Sorpresa!», y luego se quedaron flácidos.

En la ventana, Marley subía y bajaba, disparando sin tregua por encima del alféizar. Por el *paf-pafáú* fuego enemigo y el repiqueteo de las balas que rebotaban en la estufa de hierro forjado, a Alex le dio la impresión de que su puntería dejaba mucho que desear. «Recemos para que las chispas no incendien todo ese pino. Sólo nos faltaba un fuego». Epi era un muñeco de cera en un lago de sangre. En la cocina, Penny gritaba.

—Tienes que sacarla de aquí. —Seguía atrapada bajo Lobežno; apenas unos centímetros separaban sus caras; tenía la piel de lobo tan próxima que percibió perfectamente el tufo mohoso del animal al que una vez había pertenecido. Leyó su pánico, olió el crepitar del miedo en su piel. ¡Ojalá pudiera entenderlo! Por un momento, pensó: «Relájate, Alex, deja salir al monstruo; deja que te ayude». Pero reprimió el impulso. Sería una locura. En lugar de eso, le plantó las manos en los hombros y lo miró fijamente a los ojos—: Dame un arma, Lobežno. Déjame ayudar...

Hubo otro enorme *¡PAM!* y un fogonazo naranja cuando algo explotó fuera. Al cabo de un segundo, un ciclón de tierra pulverizada y aire ardiente irrumpió por la ventana rota y derribó a Marley. La estancia se recalentó tanto que Alex sintió que se le abrasaban la garganta y los pulmones. Sobre ella, el cuerpo de Lobežno se puso rígido y la cara se le contrajo en una mueca transida. Tanto el aire de dentro como el del exterior se colmaron de sonidos, olores y sensaciones: el olor picante de los explosivos detonados, un grito aislado al otro lado de la ventana, una sucia lluvia de pegotes ahumados de carne, el tartamudeo de las armas de fuego...

Después se hizo el silencio, como si el tiempo hubiera decidido tomar aliento... y fue entonces cuando Alex se acordó de lo que había olvidado, porque sintió una intensa llamarada en el centro mismo de su cerebro: *Id, id. Venga, venga.*

La tormenta roja —aquella mente extraña— estaba allí.

Durante tres segundos, lo único que Chris supo fue que estaba bocabajo, en el suelo, tosiendo e intentando respirar por una garganta que notaba como si una bota se le hubiera plantado en la tráquea y se la hubiera hecho papilla. Le sangre del desgarró en la frente le chorreaba por los ojos y le corría por las mejillas. La boca le sabía a cobre del bocado que se había dado, la mano derecha también le goteaba y los dedos empezaban a arderle. Por encima de los finos y etéreos silbidos que entraban y salían de su garganta, oyó un *auuu, auuu* gutural. Pero no procedía de él. Parpadeó para deshacerse de la sangre, consiguió torcer la cabeza... y sintió que el corazón se le paraba.

Apoyado en una pared lejana había un chico con los ojos vidriosos, desgredado. Un gigante. Chris era alto, le faltaba un pelo para el metro ochenta, pero aquel chico le sacaba por lo menos diez centímetros. El chaval era grandote como un toro y casi todo músculo. Algo o alguien, sin embargo, le había atacado. Enormes tajos surcaban la mayoría de la cara del Cambiado y rezumaban pus. El labio inferior estaba partido en dos y los pliegues caían exponiendo unas encías azulonas y unos dientes manchados.

El chico tenía el muslo derecho agarrado con las manos. Un triángulo de cristal embadurnado brillaba débilmente a la luz menguante del atardecer y goteaba sangre al suelo. Cuando Chris miró, el chico abrió su estropeada boca y volvió a bramar: «Auuuu».

«Tengo que hacer algo». Mientras el pecho se le estremecía con cada agónica respiración, se deshizo de la camisa rota y se quitó la camiseta térmica. Se había cortado la mano derecha con la daga de cristal, pero los dedos le funcionaban. Se puso en pie como pudo, probó a dar un paso, resbaló y se agarró a la mesa para recobrar el equilibrio. Por encima del martilleo de su corazón, oyó el pisotón de una bota cuando el chico se impulsó desde la pared.

«Dios mío». Chris se giró y las manos le temblaron al balancearse. De no ser por la mesa que lo sostenía, las rodillas habrían vuelto a doblársele. Durante una milésima de segundo, la mente se le quedó en blanco. Se olvidó de que quería luchar. Estaba atrapado, sin armas y ya herido. Hacía menos de un minuto, había estado tan cerca de la muerte como cuando el veneno de Hannah se le derramó por el cerebro. Todo lo que podía utilizar como arma —ollas, sartenes y aquellos cuchillos— quedaba a su espalda, a kilómetros de distancia, de modo que lo único que podía hacer era observar cómo el chico, aquel monstruo, avanzaba tambaleándose hacia él. Aquella era la pesadilla de su recuerdo y sus sueños febriles de Peter y Lena, y de una vida entera en la que despertaba para encontrarse con un padre que apestaba a alcohol y que lo miraba con odio. De una vida en la que leía lo que se ocultaba tras los ojos enrojecidos de su padre: «Sólo estaré a salvo cuando tú mueras».

«Lucha». Su mano tanteó y encontró un plato. Lo lanzó rápido, como un *frisbee*. El chico lo vio venir y lo apartó de un manotazo, pero Chris ya había reunido un vaso, otro plato, un platillo y lanzaba todo a lo que echaba mano, oyendo los restallidos mientras trataba de rodear la mesa. El Cambiado seguía acercándose, tan inexorable como el destino. A pesar de su evidente dolor, a Chris le pareció que en realidad estaba disfrutando. Tal vez el chico deseaba llevar a cabo algún tipo de venganza; arrancarle un pedazo con los dientes, herirlo de muerte y luego soltarlo: «Sigue, pequeño Chris. Corre. Desángrate. A ver hasta dónde llegas».

Como si ya se hubiera cansado del juego —tal vez estuviera harto de esquivar platos y aquel muslo tenía que doler—, el Cambiado agarró el mantel y tiró. Chris dio un gáñido de sorpresa y se apartó mientras los platos y los cubiertos se precipitaban al suelo formando un estruendo monumental. La base verde de la lámpara estalló en mil pedazos, liberando un hedor vomitivo a queroseno que hizo que su maltrecha garganta se contrajera. El Cambiado cogió una silla y la lanzó del mismo modo en que un jugador de baloncesto dispara un pase rápido. El tiro fue perfecto y la silla aumentaba de tamaño a medida que se acercaba a la cara de Chris. Este, sobresaltado, no tuvo tiempo de agacharse y recibió el impacto en el pecho. A continuación, dio un traspíe y, aturdido, cayó de espaldas en medio de un charco de queroseno.

«¡Levántate, levántate!». Se liberó de la silla de una patada mientras luchaba contra las arcadas que le provocaban los gases. Se giró e intentó rodar, plantar los pies y salir gateando. Por el rabillo del ojo vio que la rodilla del chico cogía impulso y que le esperaba una patada. Se echó cuerpo a tierra y oyó que la bota le pasaba zumbando por encima de la cabeza. Mientras rodaba hacia su derecha para meterse bajo la mesa, sintió que lo agarraba del tobillo izquierdo. Desesperado, Chris se aferró al pesado pedestal central de la mesa para hacer palanca y dio una patada con la derecha. Su bota impactó con un satisfactorio golpe seco, seguido un segundo más tarde por un fuerte gruñido. Cuando el chico aflojó su agarre, Chris gateó el resto del camino bajo la mesa, plantó los pies y salió escopetado por el otro lado. Tenía la hornilla justo delante y ahora le quedaba a la derecha, y divisó el arma que necesitaba. Ojalá le diera tiempo...

Se giró, puso las manos bajo la pesada mesa, tiró hacia arriba y empujó con todas sus fuerzas. La mesa cayó bocarriba con gran estrépito. El Cambiado la esquivó de chiripa a la derecha, pero eso era justo lo que Chris quería: ralentizar al chico durante otros pocos segundos. Cuando este salió disparado para rodear la mesa, Chris dirigió las manos hacia la hornilla y el mango del cacillo humeante. Emitió un aullido de dolor cuando el metal caliente le achicharró las palmas, pero se obligó a agarrarlo; era el único as con el que contaba. Entonces soltó el cazo gritando y dio un revés brutal.

Un chorro de agua a punto de hervir y el pesado cazo impactaron en la cara del Cambiado. Se oyó un golpe hueco cuando el hierro tocó hueso. Una explosión de sangre emergió de la frente del chico. Durante medio segundo, el Cambiado se puso completamente rígido y luego, en lugar de un auuu gutural, dejó escapar un chillido

largo, agudo y afeminado. El chico se tambaleó torpemente hacia atrás y se revolcó en un remolino de mantel azul y queroseno resbaladizo.

Chris, que seguía gritando y sentía un dolor insoportable en las manos, cargó no hacia el taco de carnicero y su tentación en forma de cuchillos de acero afilados, sino hacia el colgador de ollas. Cogió una sartén y la descolgó de su gancho. A medio metro, el Cambiado se estaba arrodillando, mientras sus dedos palpaban carne que resplandecía con un púrpura encendido y escalfado allí donde no estaba roja de sangre. Chris se adelantó con la sartén en la mano, seguro de lo que tenía que hacer, consciente de que nada podría detenerlo. En el último segundo, el Cambiado levantó la cabeza y Chris vio que el ojo izquierdo se le había puesto tan lechoso como la clara de un huevo cocido.

Desde la distancia, desde otro planeta, le llegó un grito, el cierre de una puerta.

Su nombre.

—¡Chris! ¡Chris, espera!

—¡Levántate, venga! —Alex apartó con el hombro a Lobežno y se quitó de debajo. Un murmullo chisporroteante reverberó en sus oídos. La peste a carne quemada y pelo chamuscado era tan fuerte que parecía estar chupando la rejilla ennegrecida de una barbacoa. Trozos de carne churruscada colgaban de la espalda de Lobežno y de su propio pelo.

El cuerpo de Marley había sido arrasado. Su nariz, sus párpados y sus labios habían desaparecido; el fuego se había comido las rastas hasta la raíz; la parka se había fundido con su pecho. Allí donde su cara no se había sancochado, la piel estaba negra como briquetas. Y sus dientes, exageradamente blancos, exhibían un rictus fantasmal.

—¡Quieto! —Un grito, amortiguado por el murmullo chisporroteante de sus oídos: una voz de alguien mayor, enfadado. Un hombre—. ¿Acaso quieres matar a todo el mundo?

«¿Hombres? —¿Eran ellos la tormenta roja o iban de la mano?—. ¿Y eso qué es? —Notaba que su mente iba y venía, como si el monstruo no estuviera seguro de qué hacer a continuación—. Ni el monstruo sabe lo que está pasando». Al mismo tiempo, sentía el tirón, la tentación de dejarse ir y perderse en aquel rugiente oleaje que parecía latir al compás de su corazón: *venga, venga, venga, id, id, id*.

Se agazapó, corrió a toda prisa hacia la parte delantera de la casa y se arriesgó a echar un vistazo por el rectángulo devastado del ventanal. Lo que antes había sido una colina cubierta de nieve era ahora un cráter humeante: una llaga de tierra ennegrecida y restos carbonizados. «Han usado algún tipo de granada o bomba». Era difícil calcular el número exacto de cadáveres, pues todos estaban fragmentados: el muñón de lo que parecía ser un codo; un pie al que le faltaban cuatro dedos y la mitad de la planta; tres cuartos de una cabeza destrozada balanceándose en el borde del cráter como una calabaza de Halloween machacada; otro Cambiado (con suerte o sin ella, según el color del cristal con el que se mirase) despatarrado y retorcido con un halo de sangre rociada...

«¿Qué diantres...?». Lo que quiera que estuviese ocurriendo —y más teniendo en cuenta que había hombres allí fuera—, aquella lucha, debía de tener un propósito muchísimo más amplio que disputarse quién se quedaba con qué. Sus ojos captaron movimiento en el extremo izquierdo, en la misma dirección de la que Lobežno y sus colegas muertos habían venido tan sólo cinco minutos antes. Algo blanco atravesaba a toda velocidad la verde espesura de cedros y cicutas. Alex divisó el óvalo de una cara, pero había algo raro en ella, y el olor...

«Qué extraño». Eran Cambiados, no cabía duda, pero bajo la típica hediondez a aguas residuales burbujeantes había otro olor: puramente químico, completamente artificial. Un olor que le recordaba al tufillo metálico de la quimio que los médicos

habían empleado para combatir al monstruo, sobre todo al cisplatino, un medicamento que le hacía vomitar. Pero ¿por qué habrían de oler así los Cambiados?

Detrás de aquellos extraños seres y en los árboles, divisó otras figuras rezagadas y recibió una tufarada a viejos rancios y caballos. «Hombres... ¿con los Cambiados? ¿Cómo era posi...?».

De repente, el monstruo se estremeció y le plantó una mano en el cerebro como si quisiera empujarlo... *id, id, id, venga, venga, venga...* como si él mismo, o lo que quiera que hubiese allí fuera, intentara engancharlo y tenerlo bien sujeto. «Oh, no, tú no...». Retrocedió tambaleándose y cogió un fragmento de cristal. Sin comprender, Lobežno intentó agarrarla por la muñeca, pero ella se zafó.

—No, déjame... —Haciendo una mueca, se clavó el cristal en el muslo. Se le escapó un pequeño chillido, pero algo crujió de pronto en el oscuro centro de su mente cuando el monstruo reculó. «Menos mal». La cabeza se le despejó y alzó la vista hacia Lobežno, que la miraba estupefacto.

—Venga, Lobežno —le suplicó jadeando y apartando con brusquedad el cristal ensangrentado—, antes de que todos muramos. —Recogió la escopeta de Blas y el rifle de Epi y se plantó de un salto en la cocina, girando a la derecha y dejándose caer tras la encimera de granito. Al cargar la escopeta, pensó en extraer las balas para contar cuántos disparos le quedaban, pero optó por no hacerlo; lo último que necesitaba era que se le cayeran y tuviera que arrastrarse a recogerlas. Supuso que se había gastado una y que quedaban cuatro. El rifle de cerrojo debería tener cinco, quizá seis, dependiendo de si Epi había disparado un par.

«Nada de esto tiene sentido. ¿Qué quieren? Primero, un grupo persigue a Lobežno y su grupo porque han robado comida. Luego, a esos tíos los atacan esos extraños Cambiados. Y ahora asaltan la casa, pero ¿por qué? No puede ser sólo por la comida».

A su derecha, vio los ojos aterrorizados de Penny por encima del borde del frigorífico. De pronto, se le encendió una bombillita, iluminando un pensamiento que no pudo ignorar: «Oh, Dios mío».

—No me digas que esto es por ti —le dijo a la chica.

Se oyó un estruendoso *¡pam!* en la gran sala de estar, seguido de un chirrido de madera contra metal cuando algo golpeó la puerta principal. El sólido roble tembló, pero aguantó. Por el sonido, Alex pensó que quienquiera que estuviese ahí fuera tenía una almádena o un tronco.

El aire volvió a colmarse de disparos, pero esta vez más cercanos, procedentes del interior. Se giró y vio a Lobežno, aún en la sala de estar, pero detrás del sofá de cuero volcado. El chico se asomó fugazmente, disparó de nuevo y se agachó cuando las balas pasaron zumbando. Otro *bum* en la puerta; al otro lado de la ventana destrozada, vio que aquellos extraños Cambiados pasaban a toda prisa. Lobežno salió de su refugio y dio un paso a la izquierda para intentar abatir a quienquiera que estuviese tratando de echar la puerta abajo; luego se lanzó en plancha cuando el aire

rugió de nuevo por otra atronadora andanada de disparos. Las balas rebotaron en el cañón de la estufa, y de las paredes y del hogar emergieron géiseres diminutos de piedra y polvo blanco al recibir las ráfagas.

¿Armas automáticas? Lobežno seguía en el suelo, bocabajo, y durante una fracción de segundo su corazón se paralizó.

—¡Lobežno! —Vio el blanco destello de su rostro cuando el chico miró en su dirección—. Lobežno, venga, no puedes hacer... —Una nueva ráfaga de disparos en el preciso instante en que la puerta emitía un fortísimo *CRAC*. La madera se combó hacia dentro como un forúnculo a punto de reventar y Alex se quedó tan absorta que apenas se dio cuenta de que algo se movía e irrumpía en el ventanal. Volvió la vista atrás y se percató de que Lobežno continuaba en el suelo y de que un par de manos enguantadas trepaban por lo que quedaba del alféizar.

«Alguien está intentando entrar».

—¡Lobežno! —Salió de su escondite y dejó atrás la encimera de un salto con la escopeta ya preparada—. ¡Agáchate! ¡Agáchate! —Disparó una vez, desplegando un fogonazo que salió demasiado alto, pero observó que aquellas manos desaparecían. Más balas surcaron el aire para acabar estampándose en la estufa. Una impactó en la chimenea, justo por encima de su cabeza, enviándole una cascada de esquirlas al pelo y al cuello. Se agachó y avanzó a gatas entre restos y escombros, sintiendo cómo se le clavaban cristales, le rajaban las piedras, le abrasaba el calor de la estufa a menos de seis metros de distancia y le azotaba la helada catarata de aire que se derramaba sobre el alféizar destrozado.

Se cernió sobre Lobežno.

—O arriba o a la parte de atrás —apuntó—, pero no podemos quedarnos aquí. —Ninguna opción le entusiasmaba. Volar la ventana de la cocina para escapar sería como poner un letrero con luces de neón. Así que sólo quedaba la opción del piso de arriba: llegar hasta el cuarto de baño, meter a Penny en la bañera y que Lobežno y ella se cargaran a todo el que intentase subir.

«Aunque antes nos quedaremos sin munición. —Desvió la mirada de las escaleras a la cocina, pasando por la encimera que reunía todo lo que había encontrado en el sótano: el hornillo de camping, la linterna, el propano—. Bueno, todavía tenemos una apuesta mejor».

—Espera un momento. —Sus ojos repararon en el hornillo. Y en el propano—. Fuego —dijo en voz alta. Sí, en realidad podía funcionar. Tenía todo aquel pino fresco. La chimenea estaba llena de carbón y creosota. A tan poca distancia del hogar, el aire que saboreaba parecía carbonizado. «Vale, pero es una locura; vamos a acabar todos hechos a la parrilla». Sin embargo, no se le ocurría otra cosa. Volvió a meterse corriendo detrás de la encimera, cogió como pudo con los brazos las tres bombonas de propano y salió disparada para soltarlas en la chimenea junto con el pino pegajoso que Penny y Blas habían traído hacía menos de media hora.

Detrás, en la cocina, se oyó otro estallido de cristales, seguido de un grito

femenino.

—¡Penny! —Se precipitó hacia allí vadeando el río de cristales rotos procedentes de la ventana de encima del fregadero. La chica tenía el pelo repleto de trocitos de vidrio y le sangraban el cuero cabelludo y las mejillas—. Vamos —la alentó, intentando poner en pie a la chica aterrorizada—. Venga, Penny, no te resistas, vamos a...

Se oyó el chasquido de un rifle, el zumbido de una bala sobre su cabeza y, a continuación, un chillido agudo y penetrante. Alex reprimió un grito, levantó la vista y vio la boca del rifle de Lobežno apuntando en su dirección justo antes de darse la vuelta de súbito y comprobar que un anciano vestido con ropa de camuflaje se llevaba una mano a la cara chorreante y caía de espaldas por la ventana.

«Nos están atacando por los dos lados». Al cabo de un momento, el aire se cargó de aquel olor a resina chisporroteante, Penny dejó de forcejear y salió de detrás del frigorífico mientras Lobežno acudía raudo a su encuentro desde la sala de estar. Alex salió estrepitosamente de la cocina y señaló las escaleras:

—¡Al baño! ¡Al baño! —Percibió el chirrido de bisagras a su espalda y de la madera que cedía y pensó que tal vez les quedaran diez segundos.

Cuando se giró para seguir a Lobežno y a Penny, atisbo que su botiquín verde de lona estaba tirado en el suelo cerca de la puerta, adonde había ido a parar tras la primera explosión. Se lo pensó apenas un milisegundo y luego atravesó la habitación como una flecha y lo agarró con una mano antes de retroceder para subir corriendo las escaleras. Al doblar hacia la derecha, vio que Lobežno abría de una patada la puerta del baño, descorría la cortina de ducha y metía a Penny en la bañera.

En el piso de abajo sonó otro golpetazo de metal contra madera, y más disparos. Y voces. Tuvo que hacer acopio de toda su voluntad para no correr tras Lobežno y Penny. «Aguanta unos segundos». Notó que Lobežno se movía detrás de ella y, al instante, sintió su mano en el brazo cuando el chico trató de apartarla de su camino. El disparo tendría que ser certero; no había tiempo para otro.

Lo miró.

—Tengo algo mejor que el rifle —intentó explicarle, y se sacó la pistola de bengalas de la espalda. Leyó en su cara y en su olor el impacto del reconocimiento, y lo entendió: Lobežno conocía aquella pistola.

Abajo, oyó que la puerta se abría de par en par. Se asomó por la esquina y distinguió a tres de aquellos extraños Cambiados, ataviados con ropa blanca de camuflaje y armados con lo que parecían Mac-10, desplegándose en abanico por la gran sala de estar. En el centro de su cabeza, sintió la débil matraca: *id, id, venga, venga*. Luego oyó murmullos —voces— y vio a cuatro ancianos saliendo de la cocina para reunirse con ellos.

«Muy bien, papá. —Alex se agazapó, metió la pistola entre los barrotes de la barandilla, aseguró el arma con ambas manos y eligió el blanco—. Como en el campo de tiro».

Apretó el gatillo.

—¡Chris! —gritó alguien—. ¡Chris, espera, déjame...!

Pero Chris no se detuvo a mirar, no se detuvo a pensar, no se detuvo, no podía detenerse, no quería. Rugiendo, utilizó la sartén a modo de bate, con tanto ímpetu y tan fuerte que sintió que los hombros intentaban salirse de las articulaciones. El Cambiado seguía mirándolo embobado cuando la sartén impactó... y el sonido, tan profundo ya en el recuerdo y en las pesadillas de Chris, volvió a materializarse: un porrazo sólido, como el clac de un hacha al clavarse en el tronco de un árbol. De un martillo al romper hueso y cerebro. De una sartén de hierro fundido aplastando un cráneo.

La cabeza del chico dio un latigazo hacia un lado y, en medio del clamor de su cabeza, Chris oyó el fuerte crujido del cuello al partirse.

Se quedó jadeando y con las mejillas salpicadas de sangre sobre el cadáver mientras una voz retumbaba: «Sigue, muchacho, dale otra vez, dale, sigue...».

—Sigue —dijo con una voz que no le pertenecía—. Sigue, muchacho, dale fuerte, haz que pague, sabes que qui-quieres... s-sabes...

Entonces las rodillas se le doblaron, el suelo se abrió y Chris se desvaneció en la oscuridad y...

—Chris. —Una voz en su oreja y luego una sacudida—. Despierta. Abre los ojos.

—Nooo. —Volvía a estar en la nieve, bajo la trampa para tigres, en un charco de sangre, y moría lentamente, se congelaba. Le dolía todo. Intentó girarse para apartarse de la voz, pero una mano le cogió la barbilla—. No puedo... Es demasiado duro; ver duele demasiado.

—Basta —dijo la voz—. Abre los ojos.

—¿Por qué? —preguntó, aunque sus párpados se abrieron un poco. Por supuesto, era Jess, con su pelo de Medusa y sus negros ojos espejados: Chris a la derecha y Chris a la izquierda. O Simon y Simon, según cómo se mirara—. ¿Por qué yo? ¿Qué quieres? ¿Qué bien me hace ver algo? No puedo cambiar lo que ya ha ocurrido. No pude ayudar a Alex. No ayudé a Lena. Peter no me lo permitió porque nunca me lo dijo.

—Te negabas a ver.

—Lo que tú digas. —Otro rayo de dolor le atravesó la garganta—. Déjame solo —resolló con un hilo de voz—. Por favor, Jess, ¿por qué no me dejas en paz? ¿Por qué no me dejas morir?

—Alguien morirá. Alguien debe hacerlo. Sin sangre no hay perdón.

—Tú estás muerta. Este es el Mundo de los Muertos y yo estoy teniendo un sueño, pero no lo entiendo. Quiero saber lo que significa.

—Cuéntame tu sueño y te contaré la verdad.

—¿Y cuál es? —Una débil sonrisa se escurrió de su boca con un hilillo de sangre—. ¿Cuál es la verdad?

—La que vive aquí —Jess le recorrió la frente con sus dedos fríos y secos— no es la misma que la que reside aquí. —Le posó una mano en el corazón y Chris gritó porque su tacto fue eléctrico, brillante y horrible—. Olvida lo del martillo, Chris. Perdónate. Perdona a Peter.

—¿Qué importa eso? —Se lamió sangre de los labios—. Ya he dicho que lo comprendo.

—Y esa es la razón —otro dedo eléctrico en su pecho, que provocó un grito— por la que duele tanto. La verdad del corazón es la que da más miedo soportar, porque del amor surge el dolor. La verdad está en tu boca, en tu lengua, en tu sangre. Olvida tu rabia, Chris. Deja que Peter te hable tal y como lo recuerdas.

—No puede —le contestó Chris—. Está muerto.

—Llámalo. —Jess le puso una mano sobre los ojos y volvió a sumirse en la oscuridad más absoluta—. Rápido, Chris. En tu ceguera y desde el miedo, llama al amor y hazlo ya, antes de que sea demasiado tarde, antes de que Peter esté perdido, antes de que la luz se...

—¿... apague?

—No, creo que está volviendo en sí. ¿Chris? —Una palmadita en la mejilla—. Chris, despierta.

Fue recuperando la consciencia: primero sintió los afilados fragmentos de los platos rotos bajo las piernas y la pared contra su espalda y después una mano que le sostenía la cabeza por la nuca.

—Chris. —Jayden volvió a palmearle la mejilla—. ¿Estás bien? ¿Es este el único? ¿Dónde está todo el mundo? ¿Dónde...?

—Hannah. —Abrió los ojos de repente. Todo volvió en una riada, como agua al caer en un vaso vacío—. Isaac —volvió a resollar, agarrando el brazo de Jayden—. El granero.

—¿Qué? —Jayden miró a Connor, que también estaba acuclillado a su lado—. ¿De qué hablas? ¿Qué pasa con el granero?

—Armas. —Los disparos continuaban, sobre todo ahora que no había nada, ni coches, ni aviones ni maquinaria, que los enmascarasen. ¿Cuánto tiempo llevaba desmayado?—. ¿No las habéis oído?

—Oímos disparos —dijo Connor—, pero estábamos al norte. No sabíamos de dónde procedían. Cuando nos aproximamos, pensé que venían del este.

«Este». Aquello era algo importante.

—No. Hannah e Isaac están en el granero y unos Cambiados se dirigían allí.

—¿Qué? —Connor no se lo creía—. No pueden encontrarnos. Nunca nos han

encontrado.

—¿No? ¿Y cómo llamas tú a eso? —soltó Chris, señalando con la cabeza al gigante muerto con el cráneo abierto en medio de un charco de queroseno y agua teñidos de púrpura por la sangre. Se agarró a los antebrazos de Jayden para equilibrarse y se puso en pie con mil esfuerzos—. Conté diez. Rompí la ventana de mi habitación. Sé que Isaac me oyó y los vio. Pero tenemos que ir. Oí disparos, pero si ahora no se oye ninguno...

—De acuerdo. —Jayden tenía la piel vitrea de pavor, pero su boca se endureció cuando se quitó la parka—. Toma esto. Soy más bajito que tú, pero...

—Servirá. —Los puños de la parka le quedaban muy por encima de las muñecas y parecía que tuviera los hombros metidos en una camisa de fuerza. Manióbró con la cremallera y consiguió subírsela hasta la mitad—. Me vale.

—De acuerdo. —Jayden parecía dubitativo—. Estás bastante hecho polvo. ¿Podrás luchar?

—Sí. —Chris alcanzó una servilleta de tela y se limpió la sangre de la frente, luego se envolvió la mano que le sangraba—. Pero necesito un arma. —Como Jayden vacilaba, Chris le espetó—: ¡Maldita sea, Jayden, déjame ayudar!

—Vale, vale. Fuera, en mi funda, tengo un rifle de repuesto. —Jayden señaló la puerta con la cabeza—. Vamos.

—¿Cómo quieres hacerlo? —preguntó Chris mientras salían en tropel de la cocina y bajaban los escalones traseros. Había tres caballos, uno de ellos cargado con cuatro abultados morrales de caza, amarrados apresuradamente a la barandilla de hierro. La cocina daba al este y el sol les quedaba a la espalda. Por encima de sus cabezas, finas nubes se desplazaban rápidamente por el cielo azul arrastradas por una brisa del norte. A la derecha, lo único que Chris veía del extremo sur de la granja era el resplandor como de mica del estanque helado. También había un siseo extraño, como cuando el viento atraviesa un túnel, pero no era capaz de identificar de dónde procedía.

—Estoy abierto a cualquier sugerencia. No es que hayamos tenido que combatir estas cosas como tú. —Jayden sacó de su funda una Remington 798 muy usada con mira—. Cargada. Hoy no la he disparado. Toma. —Metió una mano en una alforja y sacó un puñado de balas—. Ahora no está disparando nadie, pero...

—Shhh. —Chris frunció el ceño, ladeó la cabeza y echó un vistazo a su alrededor. El siseo continuaba, pero podría haber jurado oír un tintineo que le recordó a la pelea con el Cambiado. «Cristal»—. ¿Has oído eso? Sonaba como si algo...

—Se rompiera. —Jayden asintió—. Sí, lo he oído. —Estiró el cuello para volver la vista a la casa—. ¿Estás seguro de que no hay nadie más?

—Eh, Jayden. —Connor había ido hasta la esquina sureste de la casa—. Creo que... creo que deberíais venir.

Jayden clavó la vista en Chris y ambos echaron a correr hacia el niño.

—¿Qué ocurre? —La voz de Jayden sonó tan tensa que se quebró—. ¿Está

Han...?

Ahora que Chris estaba más cerca, pudo ver lo que no había visto antes, tanto por el ángulo en que estaba situado como por el viento. Si hubieran salido por delante o si Jayden y Connor, al regresar, se hubieran desviado un poco más al oeste, todos lo habrían visto... y oído. El misterio de por qué ambos habían oído cristales rotos también quedó resuelto.

El granero estaba en llamas.

Se produjo un tremendo *crash*, seguido por un intenso fogonazo rojo brillante y una nube de humo acre y gris cuando la bengala salió despedida de la pistola. El cohete impactó en la montaña de pino y bombonas de propano con un *kabum*.

Y no ocurrió nada sorprendente. No se originó ninguna explosión ni ninguna bola de fuego. Floreció una rosa entre naranja y amarilla. Pero eso fue todo lo que pasó en aquella décima de segundo, tiempo suficiente para que Alex pensara: «Mierd...».

De improviso sonó una especie de ruido seco, un susurro ahogado, como si un gigante hubiera recibido un golpe bajo. El propano se incendió con un rugido y se ocasionó un estallido de un intenso naranja fluorescente. Las ramas de pino explotaron en una lluvia de chispas amarillas. Abajo, los tres Cambiados y los cuatro hombres se detuvieron en seco y luego se dieron la vuelta, como hipnotizados por el fuego: las llamas arrebatában la definición a sus rostros y sus sombras bailaban como arañas en la pared de enfrente. Alex oyó un alarido, notó que el fuego emergente aspiraba la repentina corriente de aire frío y pensó: «Oh, Dios mío...».

—¡Vamos! —gritó, justo cuando un torrente de llamas naranjas brotó de la boca de la chimenea. El ruido de la ventana del baño al romperse se perdió en una explosión masiva, como la descarga de un cañón. La chimenea se rompió en pedazos y emergió una columna de fuego que convirtió a los tres Cambiados de blanco y a los hombres en aulladoras y contorsionistas antorchas humanas. Se produjo un tartamudeante chisporroteo cuando sus armas y la munición explotaron. Cascajos de piedra y mampostería saltaron por los aires en una lluvia de escombros. El ambiente se agitó y se tornó caliente y rutilante. Las llamas devoraban las paredes y se esparcían por el suelo. Una lengua de viento abrasador le azotó el pelo y le dio la impresión de que estaba gritando. Notó que Lobezno la agarraba del cogote y la conducía por el pasillo hasta el cuarto de baño.

Uno de los extremos de la ligera cortina de ducha estaba atado a la alcachofa, mientras el resto revoloteaba por el hueco de la ventana, sobre la que el chico había desplegado su parka. Penny ya estaba fuera, con las manos apoyadas en las tejas, las piernas abiertas y los pies bien plantados, retrocediendo despacito como un cangrejo violinista preñado.

—Estoy bien —dijo Alex sin aliento. Creía que se le habían roto los tímpanos—. Vete. Ayúdala a bajar. Yo te sigo. —Ahora que se encontraba allá arriba, no estaba segura de que aquella fuera una buena idea. El suelo parecía lejísimos y aquel tramo de porche noroccidental estaba cubierto de brillantes cristales de hielo. «Como me resbale, me parto el cuello». De pie en la bañera, vio cómo Lobezno bajaba hasta Penny y la guiaba hasta el borde del porche. A su espalda, sentía que el calor aumentaba y un alto y fantasmal alarido se elevaba entre la agitación locomotora del fuego. Un armarito-botiquín con espejo cedió de golpe, estrellándose en el lavabo de

porcelana con un débil *plas*. Bajo sus pies, la bañera tembló y se zarandó y fue entonces cuando se dio cuenta de que la casa se venía abajo.

«¡Sal de aquí! ¡Sal de la casa!». Tras engancharse a los hombros el botiquín de lona, se agarró a la cortina de ducha y se subió al alféizar. Se arañó el trasero con los cristales que había bajo la parka de Lobezno, pero no tardó en salir al exterior, con la mano derecha aún sujeta a la cortina y el talón izquierdo apoyado en las tejas. Ahora que estaba en el porche, sentía el vaivén y la inestabilidad. Algo bramaba y rugía como unos altos hornos. Estiró el cuello por encima del hombro derecho y captó una llamarada amarillenta que salía de la chimenea y rajaba el cielo como una espada. A su derecha, las llamas salían enroscadas por el ventanal destrozado para lamer el tejado. Durante un espantoso segundo, se quedó congelada en el sitio, hipnotizada por aquella danza. En cualquier momento, la casa se derrumbaría y ella seguiría allí, colgando de esa cortina de ducha sólo para ser engullida de vuelta como un yoyó y enterrada bajo aquella devastadora avalancha.

Otro estruendo metálico. «Suelta la cortina. —Un géiser naranja manó de la ventana de un dormitorio—. Alex, suéltala. —Vio a Lobezno y a Penny cerca del borde del porche, pero rebotando conforme la casa temblaba—. ¡Suéltala, Alex! ¡Muévete! —Su mente sabía qué hacer, pero tenía el cuerpo paralizado—. ¡Venga, vamos, suéltate, suél...!».

Se produjo otra erupción, un estallido de cañerías. Observó cómo Penny daba un brinco y cómo Lobezno alargaba una mano para agarrarla. Algo muy grande, un trozo de hierro fundido ennegrecido, salió disparado como un cañonazo del lateral de la casa y fue directo hacia los árboles. Uno de ellos se desintegró en el acto. Por debajo de ella, la casa se estaba inclinando, las paredes empezaban a venirse abajo y el porche se desmoronaba. Un segundo más tarde, una enorme onda sísmica sacudió las escaleras. Un puño gigantesco de calor le abrasó los hombros y salió despedida de la ventana. Con la cortina de ducha rasgada revoloteando en su puño, osciló en el aire dando fuertes vaivenes sobre las tejas, rebotando sin control. Mientras chillaba, captaba trocitos del cielo, de las tejas negras, de las llamas naranjas... hasta que de pronto todo desapareció y chocó con Lobezno...

Y se precipitó desde el tejado.

Chris, Jayden y Connor echaron a correr por la nieve. El granero exhalaba grandes volutas de humo gris y negro como un tren de vapor. Cuando se aproximaron, Chris oyó los mugidos de las vacas y los relinchos de los caballos. Los balidos de las ovejas, altos y agudos, resonaban entre los chasquidos y estallidos del fuego. Toda la nieve apilada en el tejado y acumulada en los alféizares se había derretido y el fuego se quejaba con silbidos crepitantes mientras desde las ventanas rotas de la cara norte del granero salían lenguas naranjas. Los símbolos contra el mal agujero se estaban quemando y la colorida pintura resplandecía con un rojo intenso por el reflejo de las llamas.

—¿En qué extremo está el redil de los corderos? —le gritó a Jayden.

—¡En el o-oeste! —contestó este entrecortadamente—. ¿Por qué?

—¡Mira las ventanas! —Chris cogió aire y luego gritó, jadeando al soltar las palabras—: ¡Todas... todas están rotas en la cara norte y... y oeste! El modo más seguro de entrar...

—¡El este! —La cara de Connor brillaba de sudor—. Las vacas... y los caballos...

«Pero Hannah e Isaac estaban con los corderos». Que era el lugar exacto en el que el fuego debía de haber empezado. Lo único que sabía que se debía hacer en caso de incendio era lo que habían practicado en la escuela: agacharse donde estaba el aire bueno, no perder de vista al niño que tenías delante y gatear como si te fuera la vida en ello. Combatir un incendio era harina de otro costal. Este no se propagaría por la nieve y el frío, pero tardaría un buen rato en quedarse sin combustible.

—¡Mira! —gritó Jayden, y señaló. Pero esta vez parecía jubiloso—. ¡Mira, mira!

La puerta este se abrió de par en par liberando una agitada columna de humo negro. Un segundo más tarde, las vacas la atravesaban seguidas de una masa compacta de ovejas que no paraban de balar pegadas a sus talones. Dos figuras salieron tambaleándose a continuación, una más ancha, grandota: Isaac, con una mano enganchada en el brazo de Hannah. Esta llevaba algo en los brazos y, cuando Chris esquivó a los asustados animales en estampida, vio que se trataba de un cordero recién nacido y aún reluciente, con la piel cubierta de hollín y cenizas.

—¡Tenéis que sacar a los corderos, tenemos que sacar a los corderos! —intentaba gritar, aunque su voz no era más que un graznido estrangulado. Tenía la cara emborronada y hollín alrededor de la boca.

—¿Siguen en el redil? —preguntó Jayden. El relincho agudo de un caballo cortó el aire—. ¿Dónde está Rob?

—Con los caballos. Todavía siguen...

—Voy yo. —Connor se deslió la bufanda, la hizo una bola y sumergió la prenda en el abrevadero del ganado—. Sólo quedan tres por sacar.

—Tienes que llegar hasta los corderos —insistió Hannah.

—Haré lo que pueda —dijo Connor, pero Chris descifró la mirada que dedicó a Jayden. Connor se amarró la bufanda empapada sobre la nariz y la boca—. Dame tu bufanda, Hannah. La usaré para un caballo.

—Sí. —Hannah, aturdida, tiró de la lana tiznada del cuello—. Pero los corderos...

—¿Y los Cambiados? —preguntó Chris.

Hannah se volvió con la mirada perdida.

—Muertos. Entraron muy rápido. —Se pasó una mano temblorosa por los ojos llorosos—. Si no nos hubieras avisado... Sigo sin entender cómo nos han encontrado. —Sus ojos miraron más allá de Jayden y Chris y se abrieron como platos—. ¡Isaac..., Isaac!

Chris se giró justo a tiempo para ver que Isaac, que había ido tambaleándose hasta el extremo más alejado del corral, se encorvaba.

—Estoy bien —aseguró el anciano, jadeante, cuando Chris y Jayden llegaron corriendo hasta él. Tenía los labios amoratados. Se llevó una mano al pecho—. Sólo necesito... —Escupió una espumosa mezcla de flemas y gargajo negro—. Hay que sacar a los... a los caballos..., a los corderos...

—Nosotros nos encargamos. Lo que tenemos que hacer es alejarte del frío y del humo —dijo Hannah. Aunque aún acunaba al cordero, parecía más calmada, como si cuidar de Isaac le diera algo en lo que centrarse.

—Los... los corderos... —Isaac volvió a escupir mientras Jayden y Chris lo enderezaban—. Deberíamos meterlos... meterlos en la casa hasta... hasta que podamos...

Se oyó otro alarido que podría haber sido el chillido lejano de un halcón, pero que sonó más como un caballo en apuros. Sin embargo, el origen no cuadraba en absoluto, no venía del granero.

—¿Has oído eso? —preguntó Jayden.

—Sí. —Chris frunció el ceño y echó un vistazo a la granja. Desde su ángulo no advirtió los caballos de Jayden y Connor detrás de la casa. Por encima del hombro, vio que Rob aparecía con dos caballos. Unos segundos más tarde, Connor emergía del humo con el tercero—. Jayden, dijiste que te pareció oír disparos procedentes del este.

—Pero sólo después de oír un estallido más grande procedente del norte —explicó Jayden—. Dos grupos de tiros.

—Yo también. Eso es lo que yo... —Chris se interrumpió ante una serie de restallidos cortos y nítidos, aunque no eran disparos.

—¿Perros? —preguntó Hannah.

—Sí. Vienen del este. Del lago. —Chris miró a Jayden—. Ellie.

El suelo se acercaba a su cara a gran velocidad. Alex se retorció como pudo y cayó sobre el costado derecho con un ruido sordo. El golpe le exprimió todo el aire de los pulmones y soltó un tremendo gruñido. Se quedó allí tumbada unos segundos, aturrida: el hombro derecho le rugía de dolor y el botiquín le pesaba como un yunque en la espalda. El aire bullía con el chisporroteo de las llamas y con aquel fragor resoplante, un sonido parecido al estruendo de un tren descontrolado. Rodó hacia su izquierda y se puso a cuatro patas. La nieve ya estaba fundiéndose en charquitos de hielo derretido. A poca distancia, Lobezno yacía bocabajo intentando salir del agua, tosiendo y escupiendo. Sin dejar de resollar, Alex miró hacia la derecha, donde vio a una Penny con aire confuso y el pelo revuelto en la cara.

Pero fue lo que descubrió al pie de la colina lo que le sembró un nuevo terror en el pecho.

Habían aterrizado junto a la casa, en la colina, pero lo bastante lejos como para divisar el lago y, sobre todo, aquella carretera sin salida. Lobezno y los demás habían venido del oeste, al igual que sus perseguidores. Antes había visto unos caballos, que probablemente pertenecieran a los hombres a los que acababan de achicharrar. Los animales seguían allí congregados, agitándose con frenesí, tratando de romper sus ronzales y escapar del fuego.

Con todo, lo que le paralizaba el corazón era lo que ahora distinguía saliendo de entre los árboles: más hombres a caballo. Y, además, dos chicos. Uno era menor que el otro, pero ambos llevaban el mismo traje de camuflaje blanco e iban envueltos en aquel extraño tufo a quimioterapia. El olor que emanaba el chico más pequeño era más intenso.

Otro anciano emergió del bosque cerrando la comitiva. Al contrario que los demás, iba vestido con ropa negra de camuflaje en vez de blanca y montaba un brillante caballo capón negro azabache. En cuanto apareció, aquella tormenta roja... *venga, venga, id, id...* se intensificó.

Alex se tumbó e intentó pensar. Tenían que ponerse en marcha. «Correr hacia los árboles. Si podemos alejarnos antes de que nos vean...». ¿Dónde estaba el rifle de Lobezno? Ametralló la nieve con la mirada, pero no lo encontró y sabía que no había tiempo de buscarlo. Echar a correr tampoco era una solución; a sus perseguidores les bastaría con seguir sus huellas. Pero tampoco estaba dispuesta a quedarse esperando a que la cogieran.

Vio que los hombres avanzaban por la carretera. Algunos habían desmontado, incluido el muchacho más pequeño. El otro se movía de forma extraña y, cuando reparó en que uno de los hombres se acercaba para sujetar al caballo, supo por qué: el Cambiado tenía las manos atadas. Para más inri, el chico llevaba la cabeza descubierta, no como el otro, y el pelo, dorado como el sol, le caía por los hombros.

Había algo familiar en él.

Sin embargo, lo que le provocó un fuerte escalofrío por la espalda fue que el chico mirase en su dirección y gritase:

—¡Penny! ¡Simon! ¡No corráis, no corráis!

«Oh, Dios». Sintió que se le helaba la sangre en las venas.

Peter.

—¡Parad, parad! —gritó Ellie una milésima de segundo antes de que su yegua relinchara. La apartada orilla resplandecía con los últimos rayos de sol de la tarde, de modo que no le costó nada ver la sangre que salió del costado de *Bella*. La yegua se encabritó y pateó en el aire con los cascos delanteros—. ¡Dejad a *Bella* en paz!

—¡Ellie, no! —Eli, que seguía sujetando la barrena con una mano, tiró de ella. Ambos perros ladraban y, cuando *Roc* se dispuso a saltar a la orilla, Eli la soltó para agarrar a su perro del collar—. Están intentando que vayamos hacia ellos... ¡*Roc*, no, siéntate!

—¡Pero están atacando a *Bella*! —Los chillidos de su yegua le estaban taladrando el cerebro. Los caballos eran blancos fáciles: atados a los árboles e incapaces de hacer poco más que cocear a los comequentes que se acercaran demasiado. Por muy malo que fuese que los comequentes hubieran hecho acto de presencia, Ellie pensó que dejarían en paz a los animales. Era un derroche de energía cuando podías ir tras niños tiernos y jugosos. Pero claro, cuando Eli y ella se alejaron más de la orilla, los comequentes empezaron a arremeter contra los caballos, golpeándolos con garrotes y ahora esto... Ellie contempló horrorizada cómo su yegua se desplomaba en la nieve. Un comequente volvió a coger impulso con el brazo. Fuera lo que fuera lo que estaba utilizando (un machete, le pareció), resplandecía con un destello. Esta vez, el relincho de *Bella* se tornó lloroso—. ¡Tenemos que hacer algo!

—No podemos. —Eli se limpió el sudor de la frente. El chico tenía la cara roja como un tomate—. Debemos seguir.

—Pero van a matarla. —Ellie era incapaz de contener las lágrimas que le corrían por las mejillas: pena por su estúpida y cabezota *Bella*. Y terror por ellos.

—No podemos hacer nada. Seguro que después van a por mi caballo. —A Eli se le atragantó la voz de rabia—. Vamos, Ellie. Esto ha sido idea tuya. ¡Deprisa!

—Vale, vale. —Ellie dio otro tajo rápido y contundente con su hacha de mano. La cuchilla mordió nieve medio derretida con un sordo chuc. La nieve se tornó gris bajo sus pies cuando el agua empezó a manar por la línea de corte—. Ya casi he terminado. ¿Y tú?

—Voy tan rápido como puedo. —La barrena era un borrón rojo por la velocidad de giro de las cuchillas, que Eli accionaba furiosamente. Estaba sudando tanto que le salía vapor del pelo—. En cuanto termine este...

«Romperemos el hielo y espero por nuestro bien que Hannah llegue pronto». Volvió a dar otro tajo y oyó cómo el hielo se abría por la grieta. Al otro lado de la nieve, en la lejana orilla, oyó que *Bella* daba otro relincho desgarrador que hizo que el corazón se le subiera a la boca. Echó otro triste vistazo. *Bella* coceaba, aunque con menos fuerza. Los comequentes se habían arremolinado a su alrededor y seguramente estarían decidiendo qué hacer a continuación ahora que Eli y ella no habían acudido

corriendo al rescate.

«Os odio». Volvió a asestarle un hachazo al hielo. Había nueve comegentes... Diez, si contabas a la chica que había visto en la casa de la muerte. Los comegentes no llevaban armas, una ventaja. Por otra parte, a Eli sólo le quedaban dos balas en el rifle y su Savage estaba en la funda de su montura. Al principio creyó que un comegente lo cogería, pero el rifle no tenía mira. O a lo mejor no sabían usarlo. O tal vez dispararles a ella y a Eli no les molaba tanto como matar a un pobre caballo indefenso. Ellie estaba furiosa y asustada hasta la médula y llegó a pensar que, si aquel día no terminaban comiéndosela, sería un milagro.

Tras ella, el siseo de la barrena se transformó en un borboteo de agua removida por el acero. Los agujeros recientes, que formaban una línea curva y abrupta, estaban tan cerca los unos de los otros que parecían una sarta de perlas negras. Le había dicho a Eli que hiciera los agujeros tan cerca a propósito para que el agua penetrara por los huecos. Lo único que tendría que hacer ella sería dar uno o dos buenos hachazos.

—Terminé. —Eli se enderezó, jadeante, y echó un vistazo nervioso al pedazo de hielo flotante en forma de pieza de rompecabezas y la medialuna más grande y ancha de agua negra al otro lado del borde del hielo—. Este hace cinco. Creo que es... —Se le apagó la voz cuando miró hacia la orilla—. Ellie.

La niña lo supo antes de girarse. Obviamente cansados de esperar, los comegentes se estaban desplegando por el hielo.

—Vamos. —Ellie metió la mano en el balde y sacó un portapeces, se envolvió la cintura con la cadena de acero y cerró en enganche—. Vale, agárrate a mí. Vamos a alejarnos de estos de un hachazo.

—¿Aguantará si te caes?

—Seguro —mintió, dedicándole a Eli una sonrisa torcida y llorosa que era pura fachada—. Iba a intentar pescar lucios, que son muy grandes, pero mejor no descubrirlo.

—Sí. —Él dejó a un lado la barrena, separó las piernas, dobló las rodillas, le dio dos vueltas a la cadena alrededor de los puños enguantados y asintió—. Adelante.

Ellie se inclinó sobre la grieta y dio el hachazo. Esta vez, en lugar de un chapoteo, se oyó un crujido. Notó la diferencia de inmediato cuando el hielo empezó a oscilar de arriba abajo.

—¡Lo tengo, ya estamos, aguanta! —exclamó.

Entonces plantó el pie en el borde contrario y empujó.

Mala idea.

Tenían que moverse, y rápido.

—Lobezno. —Alex se dio la vuelta y se apartó de Penny; del hombre de negro y de su tormenta roja; de Peter, que ya no era del todo humano ni Cambiado—. Vamos, tenemos que...

Se detuvo en seco cuando vio las lágrimas. Lobezno estaba sentado con la cara blanca como la cal, pero, por cómo se agarraba el tobillo izquierdo, Alex se temió lo peor.

—No. No, no, no. —Se abalanzó a trompicones por la nieve medio derretida para agarrarlo del brazo. El chico temblaba de rabia y dolor—. Escúchame, a lo mejor no es tan grave como piensas. Venga, Lobezno, puedes hacerlo. Yo te ayudaré. Cuando escapemos, te lo vendaré o entablillaré. Tengo un montón de material. Pero tienes que levantarte, tienes que...

Lobezno meneó la cabeza. Estaban tan cerca el uno del otro que, cuando su olor se convirtió en el de Chris —no sólo a fría niebla, sino a algo agrídulce—, el gesto y su significado fueron inconfundibles.

—No hagas esto. —Sus ojos se colmaron de lágrimas furiosas—. Lobezno, te matarán. Se llevarán a Penny. Pero si luchamos...

Esta vez, cuando él meneó la cabeza de nuevo, también le tendió una mano vacilante. Durante una décima de segundo, Alex estuvo a punto de apartarse bruscamente, pero Lobezno le acarició la mejilla húmeda y ya no hubo vuelta atrás. El toque fue sísmico: nada de deseo ni anhelo, ni siquiera necesidad, sino algo indeciblemente triste. Como aquella mañana, una semana después de la muerte de sus padres, en que su tía le había acariciado el pelo: «Daría lo que fuera por traértelos de vuelta». En aquel instante, Alex había comprendido lo que era que una parte de tus entrañas, de ese fuego interno, se te helara para siempre.

Pero eso que estaba sucediendo no se lo esperaba para nada. Lobezno ya la había tocado antes, casi del modo en que un amo consuela a su mascota. Sin embargo, cualquier capacidad de raciocinio era impensable. Lo único que nunca se le había pasado por la cabeza era que, a pesar de su transformación, algunos Cambiados —o quizá sólo unos pocos como Lobezno— llegaran a comprender de verdad lo que habían perdido. Algunos incluso estarían desesperados por recuperarlo.

—¿Qué estás haciendo, Lobezno? ¿Qué estás haciendo? —susurró cuando la mano del chico erró por su cara; sus dedos le recorrieron la ceja, le acariciaron la frente y se detuvieron en la boca. Por encima del rugido del fuego, oyó aproximarse a los hombres; sintió el puño de la tormenta roja tratando de abrirse paso en su cerebro y supo que Peter había guiado a aquellos hombres hasta allí —«¿Me han visto? ¿Peter me ha reconocido?»— y que no tardarían en subir la colina.

Pero lo dejó pasar. Aquello podía esperar. En su lugar, le concedió a Lobezno el

lujo de tomarse unos segundos para recordar quién era Simon y el chico que había sido alguna vez.

Luego, echó a correr.

Lo que Ellie no había tenido en cuenta era el peso o que ahora había dos personas y dos perros apiñados en una elipse dentada y helada más fina en unos puntos que en otros y también resbaladiza.

De repente, el témpano de hielo se inclinó, hundiéndose tanto que una lengua de agua le alcanzó la rodilla izquierda. Ellie se desestabilizó y unas visiones en las que se resbalaba de su isla de nieve y caía al lago —en las que el hielo se cerraba sobre su cabeza y ella se ahogaba— acudieron a su mente horrorizada. Detrás, oyó que Eli reprimía un grito y que los perros arañaban el hielo. Un *aaaaaah* entrecortado fue aumentando de intensidad en su boca cuando su centro de gravedad cambió y su dentada isla de hielo —un pedazo inestable y medio derretido de tres metros y medio, grueso en el centro y fino como una cuchilla en los márgenes— se inclinó y se balanceó.

—No te muevas, no te muevas —coreó Eli, que se había acuclillado y cuyas piernas temblaban visiblemente por el esfuerzo de mantenerse estable—. Deja que se nivele.

—Jo, tío —dijo Ellie sin mover ni un músculo—. No sé si esto ha sido una buena idea.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —Pero el tono de su voz no traslucía el menor atisbo de broma y Ellie lo oyó temblar un poco. La cadena portapeces que le rodeaba la cintura se tensó cuando Eli le dio otra vuelta en la mano—. Vale, Ellie, seguimos inclinándonos. Tienes que desplazar el peso al centro, al trasero, ¿vale? Que no se te ocurra girarte y hazlo muy despacio. Piensa en una araña de patas largas.

—Odio las arañas —dijo inspirando. Deslizándose tan lento como pudo, movió primero un brazo y luego la pierna contraria (un gesto delicado y femenino) y después hizo lo mismo con la otra parte manteniendo siempre tres puntos de apoyo. La balsa cabeceó y se inclinó, escorándose primero a la izquierda y luego a la derecha.

—Lo estás haciendo muy bien. —A la voz de Eli parecía faltarle el aliento—. Ya casi estamos... Vale, para. Deja de moverte. Estoy justo detrás. ¿Ves? —Le puso una mano en el hombro.

—Sí. Gracias. —Cuando intentó meter los pies debajo para levantarse, la balsa cabeceó hacia la derecha.

—¡Eh, eh, eh! —Eli la enganchó del cuello de la ropa. La cadena repiqueteó al tirar de ella—. Ellie, escucha, no puedes moverte...

—Tan rápido —concluyó ella jadeando—. Lo sé. Perdona. —Aquella probablemente fuera la idea más tonta que había tenido en toda su puñetera vida. Se alejó rodando de los comegentes tan despacio como pudo y se puso a cuatro patas. Eli, que seguía acuclillado, la cogió por los antebrazos y se ayudaron a levantarse

mutuamente mientras la balsa cabeceaba y daba bandazos a izquierda y derecha.

—Si nos quedamos en el centro, estaremos bien. —Eli no la había soltado. Estaban tan pegados que Ellie vio cómo le temblaban los dientes al esbozar una sonrisa torcida—. ¿Y ahora qué?

—Esperaremos a que venga la ayuda. Diste esos disparos. Hannah ha tenido que oírlos. —Ellie inyectó a su voz una confianza que no sentía. Aquellos disparos procedentes de donde se encontraba la granja habían sido su primer indicio de que algo andaba mal, y aquello había sido hacía un buen rato. Alguien debería haberlos echado ya en falta. A menos que no pudieran. «No, Ellie, para. Están bien; Hannah, Jayden y Chris están bien». Pensar en la alternativa era demasiado horrible—. Ellos los echarán, o los matarán. Lo único que tenemos que hacer es esperar a que el agua vuelva a congelarse o... ya sabes, Jayden traerá una cuerda y tirará de nosotros. Estaremos bien. —«Siempre y cuando no nos alejemos demasiado». El agua podía tardar mucho tiempo en volver a congelarse, si es que lo hacía, o no formar un puente helado con el suficiente grosor como para soportar su peso. «Oh, deja de preocuparte, Ellie; Jayden pensará en algo. Es listo». Una cuerda, eso es lo que utilizaría: cogería una cuerda y se la lanzaría, y luego haría que un caballo tirase de ellos hasta que pudieran saltar a hielo más grueso. Igual que una balsa flotante en aquel lago al que una vez la llevó su padre... Palm Brooks, eso. El mismo principio.

—Eso espero. —Eli no había dejado de abrazarla. Claro, así era más seguro, aunque a ella no le molestaba tener sus brazos alrededor un poco más—. Dios —dijo —, me están acojonando.

Era evidente: los comequentes seguían avanzando en bloque y la chica con la bufanda verde lima los seguía en la retaguardia. Con el sol a sus espaldas, sus delgadas sombras negras se alargaban como dedos avaros. Ante aquella visión, incluso los perros se habían quedado mudos y sólo se oían sus gruñidos ininterrumpidos.

«¿Qué creen los comequentes que van a hacer? ¿Saltar?».

—¿Y si saltan? —dijo Eli—. Son sólo... sesenta centímetros, un metro.

Le dio pánico que ambos hubieran pensado exactamente lo mismo. La brecha de agua entre la balsa y el hielo más sólido se iba agrandando, pero no lo bastante rápido; no con los saltos, brincos y metros que ellos necesitaban, sino mediante un deslizamiento lento y perezoso de centímetros.

—Vamos a asegurarnos de que no lo hacen —propuso Ellie.

—¿Cómo? Puedo dar dos disparos, pero eso es todo. Son las balas que me quedan.

Eso dejaba a ocho, y eso si Eli le daba a alguno.

—Deberíamos conservar las balas —resolvió Ellie, sin saber por qué ni para quién... a menos que planeara pedirle a Eli que le disparase. No creía que ella fuera capaz. Además, ¿qué le pasaría a *Mina* si ella moría?

—Entonces, ¿cómo?

—La barrena. Si extendemos el mango, se hace muy larga. Si me coges por las piernas, me puedo estirar y utilizarla para alejarnos.

—Joder, odio esto —le confesó Eli, pero él ya estaba soltándose para agacharse. Ellie lo imitaba gesto por gesto y el corazón se le ponía en la boca cada vez que la balsa cabeceaba. Cuando estuvo tumbada bocabajo y se giró, Eli sacó el mango y le pasó la barrena—. ¿Sabes a qué me recuerda esto? —le dijo—. A *La búsqueda*. Ya sabes, cuando Nicolás Cage y los demás están atrapados en esa cosa grande y cuadrada.

—No la he visto. —Ellie se fue acercando al borde. Uno de los perros debió de moverse, porque oyó un pataleo frenético al tiempo que la balsa se hundía y el agua lamía el hielo justo delante de su cara. «Jo, yo también lo odio». Sintió que el líquido subía y bajaba bajo su bloque de hielo cuando la balsa se bamboleaba. Una desagradable visión atravesó su mente: el bloque se inclinaba tanto que se resbalaba de cabeza en el agua y arrastraba a Eli con ella. Así que una de dos: o la balsa se daba la vuelta como una tortilla y los atrapaba a todos o se quedaba ella sola enganchada y era incapaz de girarse para agarrarse a un borde. La mayoría de los lagos, por muy calmos que fuesen, tenían corrientes. La de aquel era más fuerte que las de la mayoría por el arroyo que tenían a la derecha, por lo que se iría hacia la izquierda, bajo la balsa, y se ahogaría con la espalda contra el hielo.

Quería esperar a que el agua se retirase, pero aquellos comequentes seguían acercándose, de modo que serpenteó hacia delante, se colocó la barrena entre las manos y se estiró, tratando de mantener las pesadas cuchillas firmes. Se retorció unos centímetros más y aspiró entre los dientes cuando la balsa se inclinó otro centímetro. El agua empezaba a subirle por los brazos. Quizá tendría que haber dejado que Eli lo hiciera; él era más alto, sólo que ella no tenía la fuerza suficiente para sujetarlo si resbalaba...

Las sombras iban tiñéndole las manos. No paraba de parpadear y el corazón le tartamudeaba. Nueve de los comequentes ya casi estaban allí. Liderándolos, aquel chico con el machete miraba maliciosamente y cortaba el aire con la hoja manchada de la sangre de *Bella*. No muy lejos del grupo principal, aquella chica les iba a la zaga con su serpentina bufanda verde lima al viento. Esta vez, a Ellie no le pareció que estuviera tan asustada. De hecho, daba la impresión de que deseaba acercarse de verdad.

«Nos van a hacer picadillo. —Paralizada, se quedó contemplando cómo la muerte se le echaba encima—. Va a doler...».

—No te pares —le ordenó Eli, y le dio un tirón a la cadena—. Vamos, Ellie. Date prisa.

—Vale —le soltó—. Ya voy.

—Lo digo en serio.

—Ya lo sé. —Los bíceps le temblaban por el esfuerzo. Por muy fuerte que se hubiera puesto, sujetar casi cuatro kilos de acero en el extremo mismo de una vara de

aluminio era demasiado. Dobló los codos y se apuntaló la barrena contra el pecho—. ¿Lo consiguen?

—¿Qué? ¿Quién?

—Los de la peli. —Los comequentes ya estaban muy cerca y sus dedos de sombras le subían por el pelo y por los brazos como arañas trepadoras.

—Ah, sí. —Ellie sintió que la cadena volvía a dar un tirón cuando Eli aseguró su agarre—. Los buenos siempre lo consiguen. Nosotros también lo haremos. Nosotros somos «Las Es Letales» de Jayden, ¿te acuerdas? Los buenos, así que...

Ellie esperó un momento: los pasos firmes de la marcha de los comequentes sobre el hielo se acompasaban con el frenético latir de su corazón.

—¿Eli? —Como no respondía, Ellie se arriesgó a echar un vistazo—. E...

Conocía aquella expresión. Su abuelo Jack había puesto la misma cara, una mezcla de pena, sobresalto y rabia, el día que los del Ejército llegaron para decirles que su padre había muerto.

—Eli —dijo mientras el corazón le latía tan rápido que el pecho iba a explotarle—. ¿Qué ocurre?

—Lena —susurró Eli horrorizado. Y luego más fuerte—: ¿Lena?

Lo que pasó a continuación sucedió muy rápido.

Alex corrió por la nieve hacia los árboles. El arranque de fuerza que había experimentado durante el tiroteo y la huida iba apagándose y el fuerte sabor a adrenalina, tornándose rancio en su lengua. Resollaba, sus pulmones trabajaban a pleno rendimiento a causa del frío y de la bruma que humeaba entre los árboles formando una densa niebla. Al echar un vistazo atrás, captó un fogonazo de la casa en llamas: el tejado estaba ardiendo y una fiera y gigantesca lengua de fuego lamía el cielo. «Un poco más a la izquierda, al sureste, hasta que llegue a la altura de donde solía estar la chimenea».

Volver a encontrar lo que buscaba..., he ahí el problema. La primera vez había llegado desde un ángulo diferente. Ahora la nieve estaba revuelta, no sólo por el paso frecuente de las presas, sino por sus propios merodeos. «Sí, pero todas esas huellas pueden ser buenas. —Se detuvo un segundo y observó el camino por el que se había adentrado—. Tardarán un buen rato en averiguar por dónde he ido...».

—Oh, mierda —susurró. Sus huellas eran auténticas hondonadas con manchurrónes grises y negros. «Debe de haber sido por esa última llamarada... y toda esa ceniza». A cualquiera le bastaría con seguir el camino de baldosas amarillas hasta aquel viejo roble...

Un agudo grito emergió en la distancia. «Penny. —Aquellos hombres debían de estar subiendo la colina—. Por favor, Peter, no dejes que le hagan daño a Lobezno». Se puso tensa y esperó a oír un disparo que no llegó. Aunque aquello no significaba nada. Pensó en aquellos extraños Cambiados, en la tormenta roja. ¿Y si intentaban hacer lo mismo con Lobezno? Y Peter... A Peter le pasaba algo, era capaz de olerlo...

«No puedes preocuparte por eso. Venga, piensa en algo, en un plan B». Salvo que no se le ocurría nada y, con aquellas huellas tiznadas de hollín, los estaba conduciendo derechitos hacia ella. Cuando la alcanzaran, tampoco podría oponer mucha resistencia. Estaba exhausta. La nieve la engullía y se aferraba a sus pantorrillas. Sus muslos eran de plomo y no sólo se enfrentaba a la nieve y a la exuberante vegetación que se le enganchaba en los pantalones y en la parka, sino al resultado de días y días sin una comida en condiciones.

«Sigue avanzando, no te pares. —Al abrirse paso entre una dúctil maraña de ramas, oyó cómo crujían y notó que le tiraban del pelo. Vio el destello de una trampa a su derecha—. Estoy cruzando un camino de trampas. —Al primer vistazo caerían en la cuenta—. Sabrán que no fueron los Cambiados quienes las pusieron. —Tal vez incluso le dieran ideas al hombre de negro. Sentiría curiosidad: ¿por qué los Cambiados no se la habían comido aún? Y eso le haría interesarse todavía más por Lobezno: un Cambiado que protegía a una chica embarazada y que tenía a otra no Cambiada por... ¿mascota?—. No, por amiga». Aunque tal vez, en la mente de

Lobezno, fuese incluso algo más.

Un débil aroma a piel humana, sudor de equino y hongos se mezcló con el humo. Hombres de camino. ¿Cuántos? No tenía ni idea. El chico Cambiado también era un gran problema, pero su nariz no lo percibía por el momento.

A unos quince metros más adelante, divisó la pequeña abertura entre los árboles y sintió un inmenso alivio en el corazón. Ya casi había llegado. Unos segundos después, distinguió cuatro tablones viejos unidos por clavos al tronco de un altísimo roble. A la izquierda, detrás del roble, había una espiral de pino rojo. No era una opción, pero a la derecha crecía una pequeña e inmadura cicuta encrespada y, justo detrás, una enorme y mustia píceca blanca con ramas bajas cargadas de nieve. Al fijarse en esta última, se le encendió la bombilla. «Espera un momento...».

Su plan inicial era simple. A unos nueve metros de altura, asentada en la bifurcación del tronco, estaba la vieja casa del árbol. A pesar del ligero alabeo de los tablones y de las franjas de luz, la plataforma era sólida. Sólo tenía que subirse allí, intentar que no le disparasen, quizá trepar un poquito más arriba o hacia el extremo de una rama larga y firme, caer en la nieve a bastante distancia del árbol y seguir corriendo mientras los hombres intentaban averiguar dónde se había metido. Pero aquella píceca lo cambiaba todo...

Cogió con ambas manos el tablón más bajo del roble y tiró. La madera empapada, ennegrecida por el moho, podría haberse roto con facilidad en verano, pero el invierno la había congelado en el sitio. Escaló un poco y le ocurrió lo mismo con el segundo y el tercer tablón. La idea podía funcionar sin necesidad de aquello, pero una tabla rota añadía aquel toque adicional que la hacía parecer un botín fácil, una chica asustada sin escapatoria.

«Y da igual si de verdad lo soy. —Saltó a la nieve, retrocedió, levantó la vista hacia el tronco y pensó—: ¡A la mierda!». Si no funcionaba a la primera, no volvería a intentarlo. Levantó la pierna derecha, giró la cadera, la balanceó arriba y abajo y dio una fuerte patada. Sintió el *pum* del impacto contra la suela de la bota. Para su estupor, no se rompió ni el pie ni el tobillo. Ni siquiera le dolió demasiado. El tablón emitió un leve crujido y se partió, agrietándose por la cabeza del clavo.

«Perfecto. —Recogió el trozo de tablón partido y lo colocó cerca del tronco. Luego se dejó caer en la nieve y la removió con brazos y piernas—. Ya está. —Se sacudió la nieve del pelo y se levantó. Si aquello no daba la impresión de que había intentado trepar a la casa del árbol y se había caído al romperse el tablón, nada lo haría.

«Vale, ahora muéstrales el pánico». Se dirigió hacia la densa mata de cicuta revolviendo la nieve intacta y se puso a partirle las ramas, provocando una lluvia de brotes verdes en la nieve. Cualquiera que viese aquel espectáculo deduciría que alguna chiquilla asustada había intentado atravesar los arbustos corriendo antes de dar media vuelta. Hasta un imbécil llegaría a semejante conclusión.

Fue trastabillando hacia la píceca marchita de ramas pesadas y se coló por debajo

de estas atravesando la nieve acumulada hasta llegar al interior de una fragante caverna. La campana de ramas no dejaba traspasar casi nada de luz. El aire era un poco más cálido allí y el suelo estaba cubierto de agujas marrones. Se dejó caer, se quitó la mochila y la empujó hacia atrás hasta pegarla al tronco. Luego se desprendió de las botas manchadas de hollín, se lo pensó un segundo y acabó quitándose también los calcetines y metiéndolos dentro. Los calcetines le protegerían los pies de las agujas de la píceas y del frío, pero la retrasarían y sabía que sólo dispondría de una oportunidad. Metió las botas bajo una rama densa y cargada de nieve y salió serpenteando de la cueva. Fue dando saltitos hacia atrás con los pies descalzos, doloridos por el frío, y observó el hueco que se abría entre las ramas y la línea de nieve, por donde asomaban las puntas de sus botas.

Vale, aquello debía funcionar. Si tenía suerte, los tipos sabrían leer su rastro y deducirían que primero había intentado trepar hasta la casa del árbol, pero que, al romperse el tablón, se había asustado y había intentado atravesar corriendo la cicuta para luego desistir y acabar agazapándose y escondiéndose como un avestruz bajo la píceas.

Volvió a meterse en la cueva y se deshizo de su parka mugrienta, aunque en buena parte blanca todavía, se cubrió la cabeza con ella, se agachó y se hizo un ovillo. Sus pantorrillas no tardarían en resentirse, si bien aquello era una especie de alivio, pues tenía los pies y los dedos congelados. Y, además, el dolor era bueno, la mantendría alerta. A simple vista, su parka pasaría por un montículo de nieve. Sólo quería que se viesan las botas. Aún no había pensado qué pasaría después... La pistola de bengalas era demasiado ruidosa. ¿El cuchillo? Una hoja larga y un mejor alcance, pero ¿de qué servía un cuchillo en un tiroteo?

El crujido de una rama al romperse hizo que le diera un vuelco el corazón. A su izquierda, el olor a hombre era mucho más intenso y...

«Oh, no, no, no». Se le erizaron los vellos del cuello cuando otro aroma emergió de su derecha. Este era más distante, pero el pronunciado tufo a quimioterapia y a cisplatino envuelto en putrefacción era inconfundible.

«Un Cambiado, probablemente aquel chico. Vienen a por mí desde ambas direcciones».

Se humedeció los labios. Estaba acorralada. Pero si conseguía un arma y se enfrentaba a ellos... «No puedo dejar que me atrapen. —Levantó un poco la parka con los dedos hasta que obtuvo una pequeña rendija de luz—. Me convertirán en Peter». O algo peor. Si la tormenta roja era algún tipo de indicación, el hombre de negro se daría cuenta de que ella era diferente y entonces, a saber... Con su suerte, el tipo le abriría el cráneo e intentaría averiguar cómo se provocaba al monstruo. Si era realmente bueno y sabía lo que hacía, aquello tampoco la mataría. El cerebro no sentía dolor. Una vez que le hubiera atravesado el cráneo y la duramadre, la tormenta roja tendría vía libre para despellejarla y examinar cada grieta y cada hendidura hasta llegar al monstruo.

Oyó un golpe seco, el crujido de la nieve a su izquierda. Botas. Un hombre grande. Los brumosos rayos del sol de media tarde se colaban por entre la densa foresta. A través de la estrecha rendija, atisbo la nieve blanca, una pantalla de cicuta y, detrás, el alto roble. Otro golpetazo...

Un hombre cruzó uno de aquellos rayos de luz. Llevaba un traje de nieve blanco y gris con capucha y flecos: una sofisticada chaqueta 3-D con tiras de tela diseñadas para parecer hojas y aletear como tales. Cuando se quedó completamente quieto, Alex estuvo a punto de perderlo entre los árboles, pero la luz destelló en la mira telescópica del rifle que portaba. El tipo agachó la cabeza para estudiar su rastro y, al levantarla, Alex observó que echaba una larga mirada al roble.

«Vamos, vamos. Compruébalo». Reprimió un quejido decepcionado cuando el hombre no picó y desapareció detrás de un pino vecino. A continuación se llevó el rifle al hombro, apuntó y lanzó un breve disparo. Se oyó el zumbido de un proyectil rebotando y de alguna parte llegó el sorprendido graznido de un cuervo. Un segundo más tarde, los oídos de Alex captaron una extraña serie de *clics* similares al canto de una cigarra.

«Una radio. —Reconoció el sonido de sus días en Rule—. Alguien ha oído el disparo y quiere saber qué pasa. —Probablemente la tormenta roja. Hubo una pausa y luego un *break-break-break* cuando el cazador envió su propio mensaje en clave—. Ha pensado que estaba en lo alto del árbol». Pero no había respondido a los disparos, ni gritado ni muerto. Así que ¿a qué esperaba?

De repente, salió de donde estaba escondido y se precipitó hacia el roble. Muy rápido para tratarse de un anciano. Si de verdad hubiera estado allí subida, habría sido difícil abatirlo. El cazador se pegó al tronco y disparó hacia arriba, volvió a cargar y disparó de nuevo una y otra vez: ¡*pam-pam-pam-pam!* A buen seguro, la casa estaría ahora llena de agujeros y de luz solar. Lo suficiente para demostrarle que no había nadie dentro.

Más *clics* de la radio. Más respuestas por parte del cazador. Algo así como «recibido», un *OK*.

«Vale, ahora, por favor. —Se mordió la mejilla—. Mira hacia abajo. Ve el escalón roto».

El cazador se enganchó la radio a la cadera, se alejó del árbol y echó la cabeza hacia atrás mientras sus ojos trepaban por las ramas en busca de alguien escondido todavía más arriba. Luego, por fin, clavó la vista en la nieve. El modo tan exagerado y casi perplejo en que se la quedó mirando y la manera en que estiró el cuello cuando fue rastreando con los ojos sus torpes progresos hicieron que le bullera la histeria en los labios. Pero enseguida se le pasó cuando el hombre accionó el cerrojo, cargó otra bala y empezó a andar en su dirección con las hojas falsas de su sofisticada chaqueta de camuflaje 3-D al vuelo.

Alex sabía que estaba mirando las botas, lo cual era una buena señal. Pero también había una mala: el rifle contaba con seis balas y ya había usado cinco.

Entonces cayó en la cuenta de que no podía permitir que el tipo hiciera aquel último disparo. Con cada chasquido del rifle, sonaba la radio.

De pronto, una nueva vaharada le llegó por la izquierda, un olor que reconoció en el acto. «¡No, no! —Sintió un pinchazo de horror en las tripas. Tenía que haberlo previsto. Al fin y al cabo, lo mismo le había pasado en Rule aquella primera noche—. Vete; no lo hagas, idiota. Aléjate, alé...».

—Sal de ahí. —Ahora que el cazador estaba cerca, lo único que veía eran unas piernas con unas pesadas botas de invierno de suela gruesa. A unos tres metros, no más—. Sé que estás ahí.

«Haz el numerito antes de que empiece a disparar».

—Estoy herida. —Transformó su voz en un débil gemido, agudo y tembloroso, aunque no le costó mucho, dado lo asustada que estaba—. Me caí... cuando intentaba...

—Sal. —El tono del hombre era pétreo—. No tienes escapatoria.

—Pero usted ti-tiene un ri-rifle —continuó—. No me dis-dispare.

—Lo haré si no sales de ahí.

Tal vez el tipo fuese de esos que odian ser abuelos.

—Iban a comerme. No deje que me atrapen.

—Nadie va a hacerte daño —dijo el hombre... ¿en un tono más amable? No estaba muy segura. Sus botas se movieron una pizca y Alex vio cómo una se adelantaba cuando el tipo se ponía en cuclillas. «OH-OH». Como se agachara más, se daría cuenta de que las botas estaban vacías—. Ven...

El olor que había reconocido floreció de pronto en forma de estallido caliente y picante. «No, no, no, te va a disparar, idiota. —Se le cayó el alma a los pies—. ¡Quédate ahí!».

Pero el perro lobo no obedeció, sino que se decidió a atacar, porque ella estaba en apuros y porque era mitad perro, y los perros ya habían hecho eso por ella antes en una ocasión: aquella primera y espantosa noche que había pasado en Rule.

Vio que el cazador se daba la vuelta a toda prisa.

—¡Dios...!

—¡No, aquí! —Alex apartó la parka y salió de la cueva—. ¡Aquí!

Una sombra negra como la tinta titiló sobre la cabeza de Ellie cuando el chico con el machete salvó la brecha de un salto y aterrizó detrás de ella. Una milésima de segundo después, Eli chillaba con las manos aferradas al vientre y la sangre manando mientras los perros se encolerizaban.

La balsa debería haberse inclinado entonces, pero en ese momento Ellie sintió que algo le tiraba con fuerza de los brazos. Contrarrestó el tirón de forma instintiva, volvió la vista y sofocó un grito.

La chica de la bufanda verde a la que Eli había llamado Lena estaba tumbada en el hielo. Dos comequentes le tenían las piernas agarradas, clavándola en el sitio. Lena volvió a tirar, aferrando la rosca de la barrena con la otra mano. El agua azotaba el témpano de hielo a medida que se acercaba.

—¡No! —Ellie le dio un empujón furioso a la barrena, arremetiendo contra la cara de la chica. Sorprendida, Lena la soltó, esquivando las cuchillas de la barrena cuando le pasaron rozando. Durante una milésima de segundo, Ellie no sólo vio hambre, sino desconcierto en su expresión. En ese momento, parecía casi una chica que no entendía en lo que se había convertido.

Sin embargo, ahí fue donde acabaron las buenas noticias. Aquel instante pasó en un suspiro. Luego, sin nadie que la anclara y con la balsa sobrecargada y desequilibrada —el pobre Eli seguía gritando, los perros gruñendo y el comequento aullando y destrozando—, la cornisa de hielo al completo se volcó hacia un lado. Ellie soltó la inútil barrena e intentó girar en redondo para agarrarse al hielo con las uñas, pero era igual que intentar escalar por una pared de cristal perfectamente pulido. Sintió que empezaba a deslizarse, que su cuerpo cogía velocidad. «¡No, no, no, no!» Alguien crujió una vez y luego dos veces más y creyó oír gritos, pero ella también gritaba y no estaba segura de si aquellos crujiidos eran del hielo o de otra cosa.

Entonces el tiempo se detuvo. Todos y todo a su espalda —los perros que ladraban, Eli, el chico con el machete— le golpearon el costado.

Y Ellie salió despedida del hielo dando un alarido.

Alex salió de su escondite. Por el rabillo del ojo izquierdo atisbo un borrón gris y blanco y deseó con todas sus fuerzas que el perro lobo cesara en su empeño, pero no tenía tiempo de preocuparse por eso. Su principal objetivo en esos momentos era que el tipo no disparase.

Al oír su grito, el cazador se dio la vuelta trazando un arco con su largo rifle. Alex, que ya tenía el brazo derecho preparado, lo colocó debajo del rifle, pero no con la suficiente rapidez. La boca del arma escupió un fogonazo y el estruendo fue casi instantáneo. No llegó a oír el grito que escapó de sus labios. La bala le hizo una quemadura en la sien izquierda. Algo se rompió en pedazos en ese oído y, para cuando fue consciente del disparo y de que el tipo se había quedado sin munición, la cara arrugada del anciano copó todo su campo visual.

Entonces lanzó su ataque.

Había tenido tiempo de pensar y meditar acerca del olor a hospital de aquella jeringa y de preguntarse por qué la tendría Peter en su poder. Se acordó de sus libros. Mastozoología. Evolución. Genética. Lobos.

Ya fuera a Penny o a Lobezno a quien Peter hubiera llevado antes a la casa del lago, la cuestión era la misma: ¿cómo lo había hecho? ¿Cómo reducías a un Cambiado salvaje que echaba espumarajos por la boca? ¿Cómo controlabas algo así?

Si eras un especialista en Mastozoología y estudiabas a los animales salvajes o si tan sólo eras el ayudante del sheriff, seguro que ya lo habías hecho antes: con perros asustados, con lobos que tenías que trasladar o con coyotes a los que no querías matar... Puede que incluso con un par de osos. O tal vez hubieras presenciado cómo lo hacía otra persona. En cualquier caso, la teoría estaba clara: había que dejar groguis a esos cabrones. Dormirlos... con un dardo tranquilizante.

Intentó clavarle la aguja de una rápida estocada.

Apuntó a la garganta del tipo.

Pero le dio en el ojo.

En cuanto el agua helada le dio en la cara, la mayor parte del aire que Ellie almacenaba salió a borbotones en forma de cascada burbujeante. El corazón le golpeó las costillas como la puntera de acero de una bota. Durante un momento de confusión que pareció durar una eternidad, su cerebro se quedó en blanco.

Entonces alguien —Eli, un perro o el comegente con el machete— le aterrizó encima y la hundió aún más. Una gota de agua helada se le metió por la nariz y el dolor que sintió fue como si le clavasen unos atizadores al rojo vivo en el cerebro. El frío le perforó los ojos. Seguía con la cadena del portapeces alrededor de la cintura y, durante un extraño segundo, creyó que el lago la agarraría y tiraría de ella hacia abajo. Con el poco ypreciado aire que le quedaba, se desembarazó del amasijo de brazos y piernas y miró hacia arriba a tiempo para ver que algo caía justo en su dirección como un misil guiado. Soltó un gritito gorgoteante —y, con él, la pizca de aire que le quedaba— y se apartó justo cuando el machete le pasó rozando.

Arriba, el agua revuelta estaba turbia por los arabescos de sangre que agitaba el pedaleo de piernas y patas. Era como estar en el fondo de una lavadora gigantesca. Entonces, sintiendo que los pulmones le iban a estallar, pataleó, manoteó y batió los brazos frenéticamente.

Al atravesar la superficie, tragó un aire tan frío que le abrasó la garganta. No se veía a Eli por ningún lado. Ni a los perros. «No. Estaban justo aquí».

—¿*M-Mina*? —tosió—. ¿Eli?

A su derecha, la cabeza de *Mina* apareció como un corcho liberado de un monstruo gigantesco que se hubiera tragado el anzuelo. La perra pataleaba en círculos frenéticos, buscando un lugar adonde ir.

«La balsa. —Ellie chapoteó furiosamente en el agua y se giró, tratando de ubicarse—. Tengo que encontrar la balsa, algo a lo que agarrarme, y Eli, ¿dónde...?»

A su izquierda se produjo un estrépito acuoso y el sonido de alguien que daba manotazos y escupía. Una sensación de alivio: Eli. Él sabría lo que hacer. Era más fuerte que ella. «Pero está herido, está herido, estaba sangrando...». No, Eli estaba bien, no podía morir, estaría bien; ¡saldrían de esta y nunca jamás volvería a burlarse de él!

—¡Eli! —graznó jadeante—. Eli, ¿estás...?»

Un puñetazo de pánico le robó el aliento. En lugar de Eli, era el comegente, con el pelo flotando, la cara blanca de frío y a unos pocos metros de distancia. «¡No!». Ellie reprimió un grito y braceó torpemente, poniendo agua de por medio, con la esperanza de que ni un comegente hambriento estuviera tan loco como para ir tras ella ahora. De momento, sólo parecía confundido y conmocionado como ella, y eso le daría tiempo. Justo delante divisó la balsa de hielo meciéndose con las turbulencias. Para su consternación, el témpano se iba alejando, arrastrado por la corriente, impulsado

por el chapoteo y la agitación de las aguas.

«¿Y el borde del hielo?». No, no era buena idea. Los comequentes estaban allí. Entonces, ¿qué opciones tenía? ¿Chapotear en el agua y esperar a que llegase la ayuda? ¿Cuánto tiempo tardaría en morir congelada o en ahogarse? «Soy pequeña y no peso mucho». No demasiado. Se giró completamente en busca de algo que agarrar para mantenerse a flote. «¿Y dónde está *Roc*, dónde está *Eli*? Deben de estar atrapados bajo el hielo; ¡*Eli* estará ahogándose justo ahora! ¡No, no! —Cerró los ojos con fuerza ante la imagen del pobre *Eli* golpeando el hielo con los puños mientras trémulas burbujas borboteaban de su boca. O peor aún: *Eli*, demasiado débil para nadar, hundiéndose mientras la sangre le salía del vientre como humo, con *Roc* en los brazos—. ¡Debería sacarlos, debería sumergirme, debería intentarlo!». Él lo haría por ella.

—No puedo, no puedo. —Su voz sonaba chillona y fina como la de un ratoncillo. Sabía nadar medio bien (hacer el muerto, nadar de costado y una especie de estilo a crol con el que siempre se le metía agua por la nariz), pero no era una gran nadadora. El frío le acribillaba la cara y le extraía el poco calor que le quedaba. Los brazos y las piernas le pesaban demasiado. Las botas se le habían inundado al instante y la parka estaba empapada. Patalear en el agua era como tratar de correr por cemento fresco. «*Eli*, *Eli*, lo siento, lo siento».

Volvió a girarse, divisó el borde del hielo, un filo blanco y dentado que parecía muy lejano. Esperaba ver a la chica con la bufanda verde, pero *Lena* se había ido. Tenía que intentarlo. Si era capaz de llegar a aquella cornisa estable, podría agarrarse y ayudar también a su perra. Durante cuánto tiempo, no lo sabía, pero cualquier cosa era mejor que ahogarse sin más.

Chapoteó con un manoteo torpe y espástico que sólo le restaba energías y no la acercaba a la seguridad de la cornisa. Los dedos del lago, negros y largos, le agarraban los tobillos y tiraban, tratando de hundirla, de matarla. Le dolía todo. Las manos, los pies y la cara le palpitaban. El frío le agujijoneaba la piel y temblaba de pies a cabeza. Sin quererlo o sin tener siquiera una leve noción de lo que estaba ocurriendo, la cabeza sencillamente se le hundió por debajo de la superficie.

Durante un segundo muy muy largo, siguió hundiéndose. Su cuerpo parecía no comprender que estaba bajo el agua. Entonces fue como si algo muy profundo, lo que quedaba de ella, despertase. Frenética, se abrió camino hasta la superficie, escupió, tosió más agua y buscó a su perra.

Mina había desaparecido.

«No». Pero ni la más mínima reacción del cerebro. Nada de energía. Y ¿dónde estaba el comequente? Todo empezaba a ponerse negro...

—N-noh. *Mih-mih*... —La boca no se le movía. Nadó a perrito con la cabeza tan echada hacia atrás que vio que el cielo azul se tornaba naranja y rojo, que el fin se acercaba. Se oyó un pequeño resoplido cuando *Mina* reapareció en la superficie, aunque muy poco, sólo el hocico y dos ojos aterrorizados.

Una bofetada de agua le inundó la barbilla. Una ola rompió en su cabeza y pasó de largo. Otra fuerte salpicadura, más cerca. «Detrás». Ellie se dio media vuelta y vio que el comegente iba a por ella.

—N-n-no. —Sacó fuerzas de flaqueza, movió ambos brazos y se dirigió a agua abierta; sus pensamientos eran tan diminutos y temblorosos como pompas de jabón: «¿Qué está haciendo? ¿Está loco?». El chapoteo del comegente sonaba más cerca, más fuerte, más salvaje. Se arriesgó a echar un vistazo y dejó escapar un grito entrecortado y gutural. El chico, que resoplaba como un toro, con un hambre voraz, acortaba distancias. Un pensamiento horrible y repentino le pasó por la mente: la ahogaría. La ahogaría, sacaría el cadáver y luego se la comería...

—¡N-n-noooo! —chilló cuando él cubrió el último metro y medio de un gigantesco impulso. Las manos le dieron en la cabeza. Ellie se las sacudió de encima, pero era como luchar contra un pulpo. Se hundió completamente bajo el agua. Un grito gorgoteante y estrangulado amenazó con salir de sus labios, pero los cerró con fuerza y se lo tragó. «No puedo aguantar, no puedo aguantar, no puedo...» y llegó el momento en que realmente no pudo más. El aire se escapó de su boca y, con él, lo que le quedaba de voz en un gemido de desesperación.

Arriba, el chico dio un enorme salto espástico y aflojó su agarre. Ellie, sin otro pensamiento que sacar la cabeza del agua, se abrió paso hacia la superficie. Cogió una preciada bocanada de aire, vio que el chico se erguía y estiraba las manos hacia ella una vez más y pensó: «Ya me tiene».

—¡Ellie! —Estaba tan desorientada que creyó que era el comegente quien había hablado. «No, a la izquierda». Sus ojos se desviaron hacia la cornisa de hielo.

Allí había una figura recortada nítidamente contra el cielo azul. Y tenía un rifle.

—¡Ellie! —gritó Chris—. ¡No te muevas!

La aguja se clavó en el globo ocular izquierdo del cazador con un pequeño pero audible *pop*. Alex había cogido tanto impulso que no podía parar. Cayeron juntos, el cazador perdiendo el equilibrio y Alex aferrada al dardo y arrastrando al tipo al suelo. Cuando impactaron contra él, Alex notó que la aguja chirriaba y se clavaba en el delicado hueso del fondo de la cuenca. Si el oído izquierdo no le hubiera zumbado tanto, tal vez habría escuchado el siseo del tranquilizante al inyectarse a presión en el cerebro del cazador.

El hombre se quedó rígido en el acto. El otro ojo, vidrioso a causa de la edad, estuvo a punto de salirse de la órbita. La boca se le descolgó. «¡No grites, no grites!». Alex soltó la jeringa y le tapó la boca con las manos. Las mejillas del hombre se hincharon y aflojaron sucesivamente cuando intentó decir algo y sus palmas se lo impidieron. El ojo bueno del cazador fijó la mirada en ella como si no diera crédito. Alex no sabía cuánto veía en realidad y esperaba que aquello no fuera más que un acto reflejo. El anciano comenzó a dar sacudidas y a agitar las manos mientras el dardo bailoteaba al compás con su alegre cola roja y las botas rebotaban en la nieve.

A su izquierda, Alex notó que el perro lobo se acercaba y le echó un vistazo. Tenía las orejas levantadas, la cola casi horizontal y retraía el hocico enseñando los dientes. Lo único que destilaba su olor era «amenaza». Si hubiera querido hacerle daño, ahora mismo estaría sangrando. «Qué idiota eres, grandullón».

Las sacudidas espasmódicas del cazador cesaron bajo sus manos. Su ojo solitario brillaba con una mirada acusadora. Al cabo de un momento, oyó por el oído bueno el chisporroteo de la radio del hombre muerto.

«Tengo que irme de aquí». Retrocedió tambaleándose hacia la píceca, se puso la parka y les dio un zarpazo a las botas. El perro, cuya alarma se tradujo en una espuma roja en la nariz de Alex, la siguió dando un par de pasos silenciosos y oscilantes que parecían querer decirle: «Vámonos».

—Como si no lo supiera. —Pero ¿adónde? Al cabo de unos pocos metros estaría en nieve virgen y su rastro sería más que evidente. Y aquellos tipos tenían armas. Sus ojos se posaron en el cazador muerto... y en el Springfield. Quedaba un disparo, pero notó por el olor que había más balas en el bolsillo delantero izquierdo de aquella chaqueta de camuflaje. «Vale, pero si coges el rifle, sabrán que vas armada». Podían llamar a los refuerzos y entonces no habría nada que hacer. Aunque tampoco habría nada que hacer a menos que matase a aquel chico Cambiado. Tal vez ni siquiera lo necesitasen y aquel *venga, venga, id, id* acabara vencéndola. Si el monstruo volvía a saltar o, peor aún, si aquella tormenta roja se colaba detrás de sus ojos...

«Puf, a la mierda. —Recogió el rifle. La sien izquierda le palpitaba allí donde la bala le había quemado el cuero cabelludo y tenía el pelo pegajoso de la sangre medio

seca—. No pienso rendirme sin luchar».

Aunque, bien mirado, quizá pudiera evitarlo... si se escondía. Pero ¿cómo? «¿Cómo vas a esconderte del Cambiado?». Calculó que habrían pasado unos cinco minutos desde que el cazador disparara por primera vez contra la casa del árbol. El olor a quimioterapia era más perceptible ahora: el chico no iba a la carga, pero sí estaba en camino e iba derecho a por ese último disparo. Si la radio seguía chisporroteando, tardarían aún menos en encontrar el cuerpo.

Lo que más miedo le daba —ahora que prestaba atención— era el redoble cada vez más fuerte de aquel *venga, venga, id, id*. A lo mejor aquello era lo que la tormenta roja quería. Si perdía el control, sería más fácil de manejar o, al menos, de encontrar. Cada pedacito de su lógica le gritaba que corriera. Pero la parte reptiliana de su cerebro, todo lo que era instinto, le decía que esconderse era la mejor opción. A veces la mejor estrategia era la de los conejos: hacerse una bolita, no moverse, no llamar la atención.

«No llares la atención. —Observó que el perro lobo la miraba—. Darth no te ha visto. A lo mejor no ha detectado tu presencia. ¿O es que no ha sido capaz? No hay tiempo de averiguarlo. —El tufillo metálico del cisplatino humeaba entre los árboles. La tormenta roja le martilleaba en mitad de la frente, como un tercer ojo que luchara por abrirse—. Decídete».

En lugar de calzarse las botas, las ató y se las colgó del cuello. Los pies estaban pasando de quemarle a entumecerse, pero las huellas que dejaban eran menos perceptibles que las de las botas. Se cruzó el Springfield a la espalda como si fuera la espada de un samurái y se inclinó sobre el cadáver. La única sangre que presentaba era viscosa y le serpenteaba del ojo destrozado. «No puedo dejar la jeringa. Sería una imprudencia y despertaría su curiosidad». Apretó los dientes, agarró el tubo de plástico y tiró. De nuevo, sintió el chirrido del hueso y, cuando extrajo la aguja, la cuenca se tiñó de rojo. Estremeciéndose, volvió a ponerle el capuchón con dedos temblorosos y se la guardó en un bolsillo del pantalón. Luego le quitó la chaqueta de camuflaje 3D a toda prisa.

—Vamos —le susurró al perro lobo, haciendo una mueca de dolor ante el continuo azote de la tormenta roja y su incesante matraca. El labio se le retorció por el lento hilillo de sangre que le manaba de la nariz. Se la taponó con una mano y salió corriendo en dirección a una pantalla de tupidas zarzas situada a unos cincuenta metros a su espalda, encogiéndose con cada crujido que se producía bajo sus pies cada vez más torpes. Oía los resuellos del perro al seguirla. Bien. Las huellas del animal borrarían las suyas.

El bosque era silvestre en aquella parte, lleno de espinos y maleza casi impenetrables. Alex se zambulló en la nieve, se descolgó el rifle y se abrió paso por una estrecha abertura entre dos matas fragosas que crecían tan cerca la una de la otra que sus ramas se entrelazaban. Hizo una mueca cuando las zarzas se le engancharon en el pelo y le tiraron del dolorido cuero cabelludo. «Oh, mierda. —El botiquín se

había quedado bajo la píceas—. No hay tiempo, no hay tiempo». Cuando consideró que estaba lo bastante lejos, volvió la vista atrás mientras reptaba, creyendo que tendría que convencer al animal, pero el perro lobo ya estaba entrando en tropel por el agujero. «Chico listo». Sabía que algo malo los estaba siguiendo.

Lanzó una mirada nerviosa atrás y no vio ningún rastro de gotas escarlatas marcando el camino. «Vale, esto tiene que funcionar porque, querida, no tenemos tiempo». Tapó la abertura con un montón de nieve, le pasó un brazo por el cuello al animal, se sentó sobre sus pies y se agazapó. La maleza era tan densa que pensó que serían invisibles... si permanecían absolutamente inmóviles. De verdad que podía funcionar. Los cazadores se quedaban sentados en sus escondites o encaramados a los árboles durante horas. Y cincuenta metros era la mitad de un campo de fútbol. Una gran distancia en la que perderse. Mucha gente pasaba por alto lo obvio y lo que yacía a simple vista en el día a día. Con respecto al olor... no podía hacer nada. No había viento, ni siquiera brisa. Pero seguía pensando en Darth y en aquellos lobos que colgaban como tótems junto al petate. Ahí había algo importante...

Se oyó un fuerte ruido sordo y, luego, otro. Un chasquido, un crujir de ramas, un frufrú y el susurro de la nieve. No estaban siendo muy sutiles, pero a lo mejor consideraban que no tenían que serlo. El tufo a quimioterapia del Cambiado inundó todo el ambiente, aunque también se distinguía con nitidez el olor del hombre de negro, el centro de aquella tormenta roja. Su nariz rehuyó el olor: a viejo, no cabía duda, la misma hediondez a calcetines de lana húmedos, pero aderezada con una fetidez a agua contaminada que apestaba a orín quemado y detergente espumoso: el olor del río Chicago después de una tormenta.

Por mucha información que le diera su olfato, era incapaz de ver más allá de treinta o cuarenta centímetros desde su fronda de zarzas. En cierto modo, eso le daba aún más miedo, pues no podía ponerle cara a aquel hedor espantoso, ni concretarlo ni hacerlo humano. Era como andar a tientas por una casa encantada en la que lo que imaginabas era mucho peor que la propia realidad. «Para, para. —Apretó las mandíbulas y se encogió aún más, intentando controlar el miedo que amenazaba con inundar su mente. Estaba temblando; todos los músculos de su cuerpo querían liberarse y echar a correr—. Cálmate, tienes que mantener el control. Él quiere que salgas pitando, que te descubras».

Cerró los ojos. En la parte interna de sus párpados, aquella matraca era como sangre palpitando en las venas; los dedos de la tormenta roja hurgaban en sus ojos, en su mente, en su garganta, en su corazón, agarrándole el músculo, forzándolo a emitir un latido diferente: *venga, venga, venga, venga, id, id, id...*

—¿Dónde estás?

El sonido fue tan repentino que por poco se salió del pellejo. Apretó los labios con tanta fuerza que le hormiguearon. Bajo su brazo, el perro lobo permanecía absolutamente inmóvil. «No te muevas, no te asustes. —Sin saber muy bien si se lo decía al animal o a ella misma, estrechó al perro un poco más contra sí. Los dientes le

castañeteaban. Incrustó la lengua entre ambas mandíbulas y se la mordió para parar el ruido y concentrarse—. No salgas corriendo, conejito, que los cazadores te pillan cuando ven tu colita algodónada».

—Sé que no andas lejos. Noto tus bordes. —Pese a provenir de una distancia de medio campo de fútbol cubierta de árboles, la voz acarreaba cierta tranquilidad melosa y autoritaria que le recordó al actor que hacía de Lucius Fox en las pelis de Batman—. Me llamo Finn. ¿Y tú?

Aquello respondía a una pregunta. No se trataba de leer la mente ni de telepatía ni de nada parecido, lo cual, visto lo visto, ya habría sido el remate. «Sea como sea que lo esté haciendo, no puede encontrarme, no me ve». Bueno, eso no era del todo cierto. Se acordó de aquellos extraños cambios de perspectiva, de aquella sensación de que las distancias se acortaban con brusquedad... y de que eso ya le había pasado antes, ¿o no? Cuando estaba en Blackrocks, a punto de saltar: una de esas experiencias extracorporales que los médicos explicaban como una especie de hipido del lóbulo temporal provocado por el miedo y alimentado, quizá, por el monstruito que tenía en la cabeza.

Entonces... ¿Finn era epiléptico? ¿O se medicaba? Supuso que sí. Aquel olor contaminado era muy intenso, pero artificial, como el tufo a quimioterapia de los Cambiados. A lo mejor tomaban la misma medicación... porque tenía que haber medicación. Estaba segura de ello. Pero ¿qué efectos producía en él?

Lo más importante era que la voz no estaba más cerca y que la tormenta roja no tenía ni idea de dónde se hallaba, lo que significaba que el tipo sólo estaba tanteando el terreno, calculando probabilidades.

Y otra cosa no menos relevante: el olor rancio a quimioterapia, a cisplatino, no se estaba intensificando. Así que los Cambiados alterados, manipulados, tampoco podían olería. Para ello había tal vez un par de buenas razones.

«O eres tú solo. —Abrazó con más fuerza al animal, que batía las orejas como un murciélago, si bien el resto de su cuerpo permanecía inmóvil—. O somos los dos juntos».

—¿Por qué sigues viva? —La matraca de Finn aumentó de volumen—. Tienes algo diferente, ¿verdad? Y respecto a ese chico... ¿Simon? A lo mejor lo desmenuzo para averiguarlo.

Si aquella tormenta roja contaminada creía que iba a achantarse como una niña asustada, Finn lo llevaba claro. Pero ¿cómo hacerle frente? Sabía hacerle frente al cáncer. Una de las cosas que los loqueros se empeñaban en enseñarte era a emparedar al monstruo, a guardarlo en una caja, a encerrarlo bajo llave.

—Venga —insistió la tormenta roja—. Sé que estás ahí.

«Oh, mierda. En cuanto dejes de hablar, tu pequeño sabueso me habrá encontrado...». El pensamiento fue amargo, una especie de sacudida mental.

Y entonces cayó en la cuenta. ¿Qué había dicho el tipo? «Noto tus bordes».

Vale, ahí había algo raro. La única manera en que podías «notar» un borde era

cuando chocabas con algo sólido. «Como cuando cierras los ojos e intentas encontrar el camino tanteando una pared. Sólo sabes dónde termina cuando tus dedos tocan el aire». Tal vez la tormenta roja la encontrara a través de los obstáculos que había interpuesto para protegerse.

—¿Cómo te llamas? —De nuevo aquel rojo *venga, venga*, como un radar oscilante que intentara detectar algo—. *Venga, puedo ayudarte. —Venga, venga—*. Tenemos mucho en común, ¿no lo ves?

No, no lo veía, y tampoco podía permitir que él la viera a ella. «No le des ningún borde. Cuando empuje, no respondas». La idea de no hacer nada la aterraba: implicaba dejarse lavar sin dejar ni una mancha. Recordó la librería de Peter y *Dune*: aquella letanía sobre el miedo y los asesinos de la mente.

«Abstráete. Deja que te atraviere, que te pase por encima. —Sabía perfectamente cómo abstraerse. Ya lo había hecho aquel día en que había huido al Waucamaw con la batalla perdida—. Aléjate de esto. No dejes que la tormenta roja perciba tus bordes».

¿Funcionaría? ¿Saldría el monstruo de la caja fuerte que reposaba en las profundidades de su mente? Aunque no lo hiciera, la caja fuerte era como una gota negra de tinta sobre papel blanco. Si la tormenta roja la veía, no habría nada que hacer.

«A menos que yo me vuelva igual de oscura. —Cerró los ojos de nuevo y aquietó su mente del mismo modo que el perro lobo se había petrificado a su lado como una estatua—. Sólo la noche. Sin estrellas».

«Vuélvete oscura».

«No te muevas».

—Dispara —coreó Jayden—. ¡Vamos, Chris, pégale un tiro!

—Un segundo —le respondió Chris—. Si Ellie sale a la superficie demasiado cerca...

Jayden y él estaban a unos nueve metros del borde, preocupados por que la cornisa dentada fuera demasiado inestable y se desmoronara. Al menos quince metros lago adentro, el Cambiado seguía en el agua, pero Ellie no. La intención de su primer disparo era sobresaltarlo. Ellie estaba demasiado cerca y tenía miedo de tirar a matar, de modo que había disparado a lo alto; vio que el chico se alejaba encogido al oír el trallazo del rifle y que soltaba a la niña.

«Espera a que aparezca, espera hasta que la veas. —Aflojó la presión en el gatillo tanto como se atrevió—. Ellie, Ellie, vamos, estabas justo ahí, estabas justo...».

—¡Ahí! —gritó Jayden cuando la cabeza de la pequeña atravesó la superficie a menos de dos metros del Cambiado—. ¡Dispara, Chris, dispara!

—¡Ellie! —gritó a su vez Chris, con la esperanza de que la niña lo oyera y comprendiera—. ¡No te muevas!

El restallido del disparo. El culatazo en el omoplato. Un repentino globo de niebla roja se formó sobre los hombros del Cambiado y luego el cuerpo sin cabeza se escoró hacia la izquierda y se mantuvo a flote gracias a una burbuja de aire atrapada bajo su parka.

—¡Ellie! —Jayden estaba cogiendo un rollo de cuerda que había enganchado en la montura de su caballo de carga—. ¡Nada hacia aquí! ¿Sabes nadar?

—No creo que lo consiga —dijo Chris. Ellie, al oír su nombre, había dibujado un círculo casi apático. Mostraba la expresión conmocionada del único superviviente de un accidente de coche. Tres metros más allá estaba *Mina*, que parecía igual de exhausta. «No lo conseguiré». Chris se desprendió de la parka de Jayden y se le cortó la respiración al sentir una palmada de frío en el pecho desnudo; a continuación, se agachó y empezó a desatarse los cordones de las botas—. Voy a por ella.

—¿Estás loco? —Jayden lo agarró del hombro—. Te ahogarás también.

—No, no me ahogaré —le respondió, mientras se quitaba las botas. Pero la gente de su edad sí que moría; había leído algo sobre un chico de quince años que se había caído en el hielo y había sufrido un ataque cardíaco por la impresión—. Se tarda un rato incluso en agua helada y no voy a estar tanto tiempo. Tienes la cuerda, tienes el caballo. —Tras quitarse los calcetines, asió la cuerda e hizo un rápido nudo as de guía. Ellie estaría demasiado asustada y seguramente demasiado débil para sujetarse, pero si podía colocársela bajo los brazos... Se incorporó, torciendo el gesto por los agujonazos que sentía en los pies desnudos—. Lo único que tengo que hacer es llegar hasta ella. Luego la arrastras. —Intentaría también salvar a la perra, o al menos convencerla de que los siguiera.

—De acuerdo. —Jayden apretó las mandíbulas—. Ve. Date prisa, Chris. ¡Ve, ve, ve!

Chris exhaló dos veces rápido, inhaló fuerte y saltó del hielo. El frío era mucho peor de lo que esperaba, pero se mantuvo centrado, en movimiento. Al salir a la superficie, soltó el aire, cogió otra bocanada y empezó a dirigirse hacia la niña.

—Ellie —jadeó. Intentaba no hiperventilar y recordó que utilizaría menos energía si permanecía en calma y respiraba despacio. «Pero, oh, Dios, cómo quema...». Ya tenía el pecho insensible. Sentía unas sacudidas de dolor que le atravesaban desde los pies hasta las caderas como rayos—. Ellie, estoy justo aquí —dijo. Nunca le había parecido tan larga la distancia de quince metros y, de repente, se preguntó cuánta cuerda tendrían. «Dios, no lo hemos comprobado». Demasiado tarde para pensar en aquello. Vio que el agua le impactaba a Ellie en la barbilla y luego en la nariz y que la niña no se inmutaba. «Está perdiendo la consciencia».

—¡Escúchame, Ellie! —le gritó—. ¿Me oyes? Echa la cabeza hacia atrás. Mira el cielo, Ellie, mira el cielo.

Los ojos de Ellie, fijos, rodaron hacia arriba. Se veían vidriosos y no estaba seguro de que lo hubiera reconocido. En ese momento la niña echó la cabeza hacia atrás, pero a cámara lenta, como si estuviera al límite de sus fuerzas.

«Casi he llegado».

—Bien, bien. —Chris volvió la cara hacia donde había venido y fue soltando cuerda, rezando por que no se acabara. Vio que Jayden había acercado un poco el caballo. «Tampoco puedo soltar la cuerda». Se hundiría y, una vez hundida, se perdería. Seguramente podría llevar a Ellie de vuelta nadando, pero el frío también empezaba a hacer mella en él. A su izquierda, la perra pataleaba en su dirección. «Rodea a Ellie con la cuerda, coge a la perra y después nos...».

Entonces, de improviso, se quedó sin cuerda, y todavía no había llegado.

«Mierda».

—Ellie. —Chris agarró el lazo con una mano y nadó hasta que la cuerda estuvo tensa y fuera del agua; luego estiró la mano libre, goteante y medio congelada. Quince putos centímetros...—. Ellie, tienes que venir hacia mí. E-Ellie, cielo, cógeme la mano. ¡V-vamos, puedes hacerlo!

Vio que la niña movía los brazos, pero débilmente. Una mano flácida rompió la superficie y dio unos palmetazos como un pez moribundo.

—E-Ellie, in-inténtalo otra vez —dijo castañeteando los dientes mientras el aire empezaba a faltarle, pues el frío era como cinchas de hierro que le aprisionaran las costillas.

«Qué cerca. —Pensaba que iba a tener que soltar la cuerda, coger a la niña y volver nadando—. Haz algo y hazlo ya».

La mano de Ellie volvió a emerger con el mismo movimiento lento de un sueño. Esta vez, Chris se lanzó con la esperanza de que la repentina sacudida no asustara al caballo. Sintió el palmoteo de la mano de Ellie, helada y acartonada. Sus propios

dedos, que se estaban entumeciendo a toda velocidad, se ciñeron alrededor de su muñeca y la remolcaron.

—Vale, bien, lo estás haciendo genial —la alentó. Ellie temblaba con tal virulencia que el agua se agitaba. Chris le pasó la cuerda por la cabeza y se la colocó bajo los hombros. La perra también estaba allí, dándole empujoncitos en el hombro con el hocico—. Ya te veo, bonita, aguanta, aguanta —la animó Chris, sin saber muy bien a qué *bonita* le estaba hablando ahora—. Ellie —dijo, plantándole la cara justo delante, cogiéndole las manos e intentando doblarle los dedos para que agarrase la cuerda—. Tienes que aguantar. Voy a ayudarte, pero también tengo que ayudar a *Mina*...

Aquello surtió efecto. Chris detectó un estremecimiento en la cara de Ellie, que giró lentamente la cabeza y desvió sus ojos traumatizados.

—*Mi-mi-mi* —tartamudeó.

—Sí, es *Mina*. Tienes que ayudar a *Mina*. —Chris ahora resollaba y pataleaba por instinto; tenía los pies entumecidos y las piernas le pesaban como el plomo. ¿Cuánto tiempo llevaba en el agua? ¿Cinco minutos? No podía ni imaginar lo mal que le estaría funcionando el cerebro a la pequeña justo en ese momento. «Pero reconoce a la perra». Mientras seguía sujetando las manos de Ellie alrededor de la cuerda, pasó el brazo libre por debajo del pecho de la perra. «Por favor, *Mina*, no te asustes, no me muerdas». El animal chapoteó, dejó escapar un gemido lastimoso y se estiró en busca de Ellie, sacando la lengua en un intento por lamer la cara de su dueña.

—*Mi-mi-mi* —resolló Ellie. Chris vio las medialunas blancas de los ojos de la niña cuando estos empezaron a volvérselo. Sus dedos eran de tiza—. C-C-Chriss...

—Estoy a-aquí —farfulló Chris. «No te voy a soltar». Cogió aire y lo expulsó con un grito—: ¡Jah-Jayden, tira! ¡Tira!

—Debería hacerlo yo —dijo Ellie, acunando la cabeza de *Bella* en su regazo. A pesar del baile de luz naranja de la hoguera que Jayden y Connor habían encendido hacía un par de horas, tenía la cara demacrada y cenicienta. Su mirada osciló de un indeciso Jayden a una Hannah de labios apretados que parecía más furiosa por momentos—. Es mi yegua.

—Pero no hay necesidad. Jayden puede encargarse, o Connor —intentó convencerla Hannah, y Chris pensó que la chica de verdad quería mantener el control de la situación. Jayden se había negado a ir a ninguna parte sin hacer entrar en calor a la cría primero y Chris, que estaba helado hasta la médula, no le había llevado la contraria. La habían despojado de sus ropas mojadas y la habían envuelto en una manta de las que se utilizaban como montura y en la parka de Jayden. Por su parte, Chris había aceptado el jersey de Jayden y se había limitado a esperar junto al fuego, con Ellie en los brazos y la perra prácticamente en su regazo, a que el chico fuera a buscar ayuda. Había vuelto con ropa, termos de sopa caliente y té... y una Hannah furibunda—. Lo que tienes que hacer es dejar de llevarme la contraria, Ellie —insistió Hannah—. Tienes que volver a casa.

—No te estoy llevando la contraria. Sólo estoy hablando. —Le tembló el labio inferior. Con el gorro de lana, los dos jerséis, los pantalones de nieve, los dos pares de calcetines y la parka, a Chris le recordó a aquellas ancianitas arrebujadas en mantas a las que solía leerles en el asilo de Rule. Al escuchar la voz de Ellie, *Bella* emitió otro gemido a través de espuma escarlata. Ellie se tragó un sollozo y acarició la nuca del animal—. Debería ser yo quien lo haga. He tenido que dejar a Eli y a Roc. No me hagas abandonar también a *Bella*.

—No es lo mismo. Lo que les ha pasado a Eli y a Roc no ha sido culpa tuya —le dijo Hannah, pero fulminando a Chris con la mirada.

El chico sabía que tenía razón. Todo aquel desastre (el granero, *Bella*, Eli y Roc atrapados bajo el hielo o en el fondo del lago) había sido culpa suya. Nadie quería decirlo, pero Chris creía que no encontrarían al niño y a su perro hasta primavera por lo menos, si es que lo hacían.

—Sí, sí que lo ha sido. Cortar el hielo fue idea mía y ahora E-Eli... —Ellie levantó la vista hacia Jayden—. ¿Mi escopeta es lo bastante grande? ¿Para *Bella*?

Jayden negó con la cabeza.

—Tendrías que usar uno de nuestros rifles.

—Que pesaría muchísimo —apuntó Hannah—. No te corresponde a ti hacerlo, Ellie. No eres lo bastante mayor. Si quieres a *Bella*, nos dejarás acabar con su sufrimiento.

—Hannah tiene razón. —Jayden se agachó y le tendió una mano vacilante—. Tenemos que irnos, Ellie. Se está haciendo tarde. Hannah tiene que ir a ver a Isaac y

los animales nos necesitan. ¿Por qué no nos ayudas, anda?

—Sí, pero... —A Ellie se le inundaron los ojos de lágrimas. *Bella* volvió a gemir—. Shhh, bonita. —Ellie se apresuró a secarse las lágrimas de las mejillas con el dorso de la mano—. Está bien... Claro que os ayudaré, pero también quiero ayudar a mi yegua.

—Entonces, déjanos... —empezó Hannah.

—Yo te ayudaré, Ellie —le propuso Chris.

Hannah le lanzó una mirada glacial.

—Gracias, Chris. —Lo dijo como si fuera un incordio—. Pero esto no tiene nada que ver contigo.

«Ya lo creo que tiene que ver conmigo».

Ignoró a Hannah y se agachó hasta que estuvo a la altura de los ojos de Ellie.

—Podemos usar mi escopeta.

—Chris —lo reprendió Hannah.

Ellie relajó la cara un momento antes de torcer de nuevo el gesto.

—Pero pesa demasiado para mí...

—¡Chris! —repitió Hannah.

—Déjalo en paz, Hannah —intervino Jayden.

—¿Qué? —Hannah lo miró sin comprender y Jayden la correspondió con expresión decidida—. ¿Qué has dicho?

—Ya me has oído —respondió el chico—. Yo también puedo opinar, ¿no?

—Jayden, no es momento de...

—Esto es lo que vamos a hacer —le explicó Chris a Ellie—. Sujetaremos el rifle los dos. Yo lo mantendré firme y tú apretarás el gatillo. Tendrás que usar dos dedos, pero puedes hacerlo.

—¿De verdad? —A Ellie le tembló la barbilla—. ¿Lo harás?

—Chris —dijo Hannah con aspereza, abandonando su discusión con Jayden. A Chris le pareció que contenía el impulso de gritar o de volarle la cabeza. Puede que ambas cosas—. Ellie es demasiado pequeña para...

—Es su decisión, Hannah. —Chris intentó que no hubiera ironía en su voz—. ¿No es por decisión propia por lo que estáis todos aquí?

—¿Qué? —Hannah pestañeó como si la hubiera abofeteado y toda su frustración (y su pena, pensó Chris) salieron en una ráfaga venenosa—. No le des la vuelta a la tortilla. Esto es por tu culpa, es tu responsabilidad. Tú nos has metido en esto. ¿Crees que ayudándola vas a compensar lo que has hecho? ¿Lo que no has hecho hoy?

—Hannah —medió Jayden—, no seas injusta. Hemos matado a tres. Tú no estabas allí.

Los ojos de Hannah chispeaban a la luz del fuego.

—Ni falta que me hace. Chris tenía a Lena, eso dijiste, pero no disparó. Y no sé si me importa comprender por qué...

—Por la misma razón por la que no estoy seguro de que pudiera dispararte a ti —

contestó Chris con dureza. Seguía reviviendo aquel momento: Lena ante sus ojos, su cara enorme en la mira... ¡convertida en un Cambiado! Y después aquella horrible punzada de pena y consternación que le había robado el aliento y la oportunidad de acabar con aquello. Bueno, de acabar con ella. Al final había disparado, sí, pero demasiado tarde. Luego se había centrado en Ellie—. Y me pasaría lo mismo con Jayden o con cualquiera que conozca o que me importe.

Hannah soltó una carcajada de crispación.

—¿Y así lo demuestras? Los has conducido hasta nosotros. Deberías haberte dado cuenta de lo que le estaba pasando a Lena, pero estuviste ciego, Chris; no quisiste verlo. Si hubieras sido sincero desde el principio, podríamos haber tomado precauciones. Podríamos habernos marchado.

—Todavía tenemos que marcharnos —indicó Jayden con la cara pálida.

—Sí, pero según nuestras condiciones, no después de perder a animales y a un crío. Después de que Lena matara a su propio hermano.

—Hannah. —Ellie contrajo aún más la cara—. ¡No! No le grites a Chris.

—¿Crees que podrás lavarte las manos después de algo así, Chris? ¡No hay manera de que puedas arreglar esto! —Cerró el puño y lo agitó ante su cara—. Isaac es viejo. Ese fuego no le ha hecho ningún favor. Él tal vez te perdona si sobrevive. Y parece que Jayden y tú os habéis hecho muy amiguitos de repente...

—Hannah... —la interrumpió Jayden.

—Así que Jayden quizá lo entienda, pero yo no. Ojalá te hubieras muerto.

—¡Hannah! —Jayden la cogió de la muñeca—. ¡Para ya!

—Déjame, déjame... —El chasquido de su palma al abofetear la mejilla de Jayden fue tan enérgico como el disparo de un rifle. Furiosa, se zafó y continuó reprendiendo a Chris—. ¡Ojalá nunca te hubiera conocido! ¡Ojalá hubieras seguido muerto! ¿Por qué no te moriste, por qué?

—¡Hannah! —gritó Ellie—. ¡Para! Jayden, haz que...

—No lo sé, Hannah. —Cada palabra ahondaba en la herida y Chris sabía que se lo merecía. ¿Qué iba a decir? ¿Que había tenido miedo?—. No sé por qué estoy vivo y siento no haberme muerto. Quieres que me vaya y me iré. Será lo primero que haga.

—¡No! —empezó a decir Ellie.

—Oh, sí, claro. —Hannah se fue hacia él—. Eso, márchate y déjanos cargar con el muerto, ¿no?

Jayden se interpuso entre ellos.

—¿Qué haces? —Al ver que Hannah tenía intención de pegarle otro bofetón, Jayden levantó las manos para evitarlo—. ¿En qué te has convertido?

—¿Que en qué me he convertido? —Aquello pareció desarmarla durante un segundo. Le devolvió una mirada incrédula—. ¿Qué quieres decir? Soy la misma de siempre. Sólo intento que nos mantengamos con vida.

—Pues esta no es la manera —respondió Jayden con voz calma—. Tú no eres la única que opina, Hannah. No puede ser.

—Si no quieres escucharme, escucha al menos a Jayden —sugirió Chris—. Tienes que controlarte. Es Ellie la que debe decidir, y yo estoy dispuesto a ayudarla. Si de verdad te importara, si esto fuera sobre ella y no sobre ti, te darías cuenta a la primera.

Hannah abrió la boca, pero Jayden se le adelantó:

—Por favor, cierra el pico, Hannah.

—Jayden. —Su cara parecía estupefacta—. ¿Vas a ponerte de su parte?

—Chris estaba asustado y yo nunca te haría daño. Piensa en ello. Y no, voy a ponerme del lado de Ellie. —Le dio la espalda antes de que Hannah tuviera tiempo de replicar y asintió a Chris.

Este no necesitó más permiso y dejó de prestar atención a Hannah. Cogió a Ellie de las manos.

—Déjame ayudarte con *Bella*, ¿de acuerdo? Y dile a *Mina* que se eche.

Juntos, apoyaron la cabeza de la yegua en la nieve con delicadeza. Chris ignoró a Hannah, que seguía enfadada pero en silencio, y esperó a que Ellie se ocupara de la perra y después se inclinara para susurrarle algo a la yegua y darle un beso en el morro.

—Vale, esto da unos enormes culatazos, así que prepárate. —Se puso detrás de la niña, le colocó las manos en el .30-06 y a continuación situó la boca del rifle a escasos centímetros de la oreja de *Bella*—. Ya lo tengo. Aprieta el gatillo cuando estés lista.

—Vale. —Ellie giró el cuello para mirarlo—. Gracias, Chris.

Le brillaba la cara y Chris pensó que era una suerte no tener que apuntar mucho porque temía que se le llenaran los ojos de lágrimas. Nunca se había sentido tan avergonzado. Aquella cría le estaba dando las gracias por hacer que mataran a su amigo y a su caballo. Al cabo de unas pocas horas, tendría que contarle lo de Alex y romperle otra vez el corazón. Jayden también lo odiaría.

«Pero se acabaron las mentiras, papá. Tú y yo ya no tenemos nada que ver».

Y ahora fue Jess la que habló, con aquel susurro que podía deberse al viento o a un espíritu: «Muy bien, Chris. Suelta el martillo».

—Lo siento muchísimo, Ellie —murmuró.

—Lo sé. —Ellie se volvió de nuevo hacia la yegua—. Te quiero, bonita —le dijo, y apretó el gatillo.

—Oh, muchacho, no es para tanto —dijo Finn como si realmente no le importara, como si fueran dos colegas que pasaran el rato en la tienda del anciano y se tomaran un par de cervezas frías después de un duro día. Finn, parang en ristre, rasuraba con cuidado la piel de un cuarto trasero crudo abierto en una tabla de cortar que podría haber pasado por ternera con un excelente veteado. En un mundo más cuerdo, claro. Porque ¿qué era aquella mancha de tinta azul? Lo que seguro que no ponía era Denominación de Origen—. Tú sólo dime: ¿quién es la chica?

—No... no... Aaah. —El cuello de Peter dio una sacudida cuando otro espasmo repentino le atravesó la cabeza. Las mandíbulas se le encajaron para aprisionar un bufido—. No... lo sé.

—¿Y por qué no me lo creo? —Finn cortó un filete grueso de cinco centímetros, seguramente a contrahílo—. Puede que no sepa leer la mente, pero vi tu cara. ¿Por qué no me das un nombre?

—Porque yo... —Otra bomba vibrante en el cerebro. Llevaban con aquel juego brutal las últimas cinco horas, desde que dejaron las ruinas llameantes de la casa del lago. Peter había leído historias sobre gente con aneurismas cerebrales. Los poquísimos que sobrevivían aseguraban que era como si les hincaran clavos en el cráneo. Esto era exactamente igual: dolor intenso, palpitaciones en el centro de la cabeza y justo detrás de los ojos, como si la cosa alada estuviera escarbando más espacio con las garras, aunque no tan espantoso como la tormenta cerebral que se apoderó de él aquel día con Davey en la nieve. Así que ¿por qué no? «Piensa, Peter; esto es importante».

Y aun así... no quería que los dedos de Finn salieran por completo de su cabeza. Por mucho que le doliera la bomba del cerebro, ansiaba con más intensidad aquel éxtasis eléctrico y rojo. Cuando Finn envió a Davey y a su Cambiado alterado tras Simon y Penny, el frenesí había sido tan intenso, tan bueno, que un gemido de placer escapó de entre sus labios antes de que pudiera contenerlo. Cada músculo de su cuerpo anhelaba unirse a la cacería. La sangre. Finn también lo sabía: «Te gusta, ¿verdad, muchacho? Puedo dar y quitar, ya lo sabes. Dar... y quitar».

Finn se estaba preparando junto con los Cambiados para algo, como los predadores que escalan la cadena alimenticia. Primero, los Cambiados fuera para «entrenar». Ahora, grupos más grandes, como hoy. Peter intuía que Finn quería otro trofeo, que quería llevar a cabo una última prueba antes de dirigirse a Rule.

—¿Cuántas veces tengo que repetirlo? —consiguió articular entre dientes—. No sé quién es. ¿Por qué es tan importante?

—Oh, muchacho. Me decepcionas. —Suspirando, Finn utilizó el parang para empujar tacos de carne como para estofado en un plato de acampada de aluminio. La tienda estaba caldeada y el aire olía a almizcle cobrizo—. De acuerdo, hagamos un

descanso. Uuuf. —Finn simuló que se limpiaba el sudor de su ancha frente—. He sudado la gota gorda. ¿Por qué no intentamos algo más sencillito, eh?

—Como quieras. —Peter se limpió el sudor real de la frente con el dorso de la mano. Las esposas que rodeaban sus muñecas tintinearón. Un guardia las había apretado tanto que el acero le había desollado la piel y le había hecho sangre. Tragó saliva, pero con dificultad. El collar de control no sólo le rozaba, sino que la cadena enganchada a la argolla estaba asegurada tan alto en los barrotes que Peter no tenía más opción que mantenerse sentado totalmente erguido. Por suerte, hacía semanas que no necesitaba dormir; de lo contrario, se habría estrangulado con su propio peso.

A través de la malla de alambre que dividía su jaula de transporte de acero inoxidable, vio a Penny encogida contra Simon. Al menos no estaban amarrados y Finn había hecho que el médico del campamento le vendara el esguince del tobillo a Simon. Menos daba una piedra.

—Te propongo una cosa —le dijo Finn mientras cogía el plato lleno y se acercaba de lado hasta casi la mitad de la jaula de Penny y Simon—: Hablemos de la pequeña Penny... Bueno, no tan pequeña.

—¿Qué quieres saber? —le preguntó Peter con tono monocorde. Simon entrecerró los ojos cuando Finn se aproximó. Penny, sin embargo, repentinamente extasiada, se enderezó ensanchando las aletas de la nariz.

—Tengo curiosidad. —Finn movió el plato de un lado a otro, sonriendo mientras Penny lo seguía como el espectador de un partido de tenis—. Sí, huele bien, ¿a que sí, Penny? ¿Quieres un poquito? —Finn acercó el plato hasta ponerlo a su alcance—. Adelante, querida. Sabes que quieres. Cógelo.

«No lo hagas, Penny». Un pensamiento estúpido. Ilógico. Ver cómo la cara de su hermana se iluminaba —la pura voracidad animal reemplazaba el miedo y la desconfianza— le dolió tanto que hubiera preferido una de aquellas bombas cerebrales.

—Eh, tranquila. —Finn rió entre dientes cuando Penny alargó una mano para coger un puñado de carne—. No quiero que te ahogues, corazón. ¿De cuántos meses está, Peter?

—De siete, más o menos. —«De más, seguramente».

—Oh. —Las cejas pobladas y blancas de Finn se arquearon mientras contaba con los dedos los meses y a continuación fingía sorpresa—. Bueno, esperamos hasta el último segundo, ¿no?

Penny sí. Peter aún recordaba su estupefacción cuando se lo contó: «Creí que tenía un retraso». Había tenido que tragarse el grito: «¿Creiste que tenías un retraso durante tres meses?». Pero sólo tenía dieciséis años. Peter descubrió demasiado tarde que Penny ya se lo había confiado a una amiga; las cosas se habían precipitado a partir de ahí y el rumor se había extendido por todo el pueblo. «Y probablemente fue así como Finn se enteró. Weller, tal vez, o Lang». O, dado el profundo odio que Finn profesaba por Rule, puede que el anciano contara todo el tiempo con un espía allí.

—¿Cómo la llevaste a la casa del lago? —le preguntó Finn, ofreciéndole de nuevo el plato a la chica. Penny tenía las mejillas hinchadas como las de una ardilla, pero volvió a coger carne a manos llenas—. Debió de ser difícil.

Peter trató de negar con la cabeza, pero el collar se lo impidió.

—La llevé el viernes, el día antes de... ya sabes.

—Ah, el día antes de que el mundo se viniera abajo. ¿Ibas a volver?

—El domingo por la noche. —La casa del lago nunca fue concebida para otra cosa que para que Penny se quedara allí un único fin de semana mientras Peter reunía como podía el dinero y concertaba la cita en Illinois. Echar más a perder la vida de Penny obligándola a seguir adelante con el embarazo no le haría bien a nadie. Le pediría perdón más tarde—. No lo conseguí.

—¿Cuándo volviste?

—El jueves por la noche. —Dar con la pista de Simon y cabalgar como un loco le había llevado todo ese tiempo.

—¿Y ella seguía allí? La pobre debió de pasar mucha hambre.

—En realidad, no. —Cuando Finn niveló su mirada con la de Peter, él continuó con un monótono apagado—: Estaba con un... amigo. Mío. —Hizo una pausa—. De la universidad.

—¿El padre? Qué interesante. Le da una nueva vuelta de tuerca a la mantis religiosa. —Finn señaló a Simon, que no se había acercado a la comida—. Pensaba que él...

—Ni en un millón de años. Simon no. Somos familia.

—¿Por qué crees que se quedó en la casa?

—Ni idea. —En parte, sospechaba que haberle procurado..., bueno, llamémosles *suministros*... ayudó. Había muchos cadáveres recientes tirados por ahí durante aquellos primeros días. En realidad, intentaba pensar en aquello como llevarse ropa de unos dueños que ya no la querían. Sí, una locura, pero era su hermana. Quienquiera que dijese que, una vez que cruzas la línea, es más fácil hacerlo una y otra vez... sabía muy bien lo que se decía. También fue una suerte que se le ocurriera llevar comida, porque, para entonces, su colega de la universidad era una pila literal de huesos roídos. Pero también era consciente de que la idea se había fraguado en la mente de su hermana desde el principio. La casa del lago era segura porque estaba en un lugar remoto, pero también era un territorio que le resultaba familiar.

—¿Y Simon?

Peter le explicó lo del dardo tranquilizante. Llevar a Simon ante Penny era el único modo que se le ocurrió de mantener a su amigo con vida y también de hacerle entender un mensaje: «Cuida de ella». No fue tan complicado. Hasta los perros comprendían órdenes simples. Por el aspecto de la casa del lago y aquella mochila con sus reservas de golosinas, era obvio que el mensaje había calado, aunque sabía que Simon había deambulado lejos de allí. En todo aquel tiempo desde que el mundo se había ido al traste, Peter había vislumbrado a Simon unas cuantas veces con su

panda cerca de Rule —siempre a distancia, y siempre en la dirección contraria al viento—, pero nunca a Penny.

Aquel comedero era abominable y fascinante a la vez con su despliegue de carcasas de lobo y su pirámide de cráneos. Peter tampoco podía ni imaginar por qué a Simon se le había ocurrido llevar una piel de lobo. A Peter le interesaban los lobos. Iban camino de Isle Royale cuando ocurrió el accidente, así que ¿representarían un vínculo de unión con él? Era posible, aunque Peter siempre tuvo la sensación de que algo no encajaba.

—Bueno, eres un tipo con recursos, ¿verdad, muchacho? —Finn niveló la vista con la de Simon—. ¿Y tú qué? ¿No tienes hambre, hijo?

El único cambio en Simon fueron sus ojos, que se endurecieron como dos diamantes. Peter nunca había visto aquello en ningún Cambiado, ni siquiera en Davey. El hambre era una cosa, pero el odio era algo personal, de modo que aquello también resultaba interesante.

—Bueno —volvió a decir Finn, aunque su tono traslucía una pizca de confusión e... irritación—. Tú eres diferente. ¡Qué no daría yo por meterme en tu cabeza!

—Ese no era el trato. Prometiste que no les harías daño —protestó Peter, pensando en lo vacías que sonaban sus palabras. Sólo había que verlo a él y lo que había hecho con Lang, al que había trinchado en taquitos.

—No lo he olvidado —respondió Finn con voz pétrea y sin rastro del abuelo paternalista. Cuando Penny intentó arrebatarse otro trozo, alejó el plato fuera de su alcance—. Por ahora es suficiente. ¿Tienes sed, Penny? —Tiró de una botella de agua que llevaba enganchada en la cadera—. ¿Quieres algo para remojar eso?

«La droga». A Peter le dio un vuelco el corazón.

—¡Finn! —Intentó arremeter contra él, pero el collar se lo impidió. Tiró, asfixiándose, dando latigazos con la cabeza de un lado a otro—. P-Penny..., n-no bebas...

—Relájate, muchacho. —Finn lanzó la botella entre los barrotes—. ¿Crees que quiero poner en peligro a ese bebé? Ni en sueños. Estoy muy interesado en ese monstruito.

—¿Por qué? —Peter sentía como si se hubiera tragado un soplete.

—Por un lado, tengo curiosidad por ver si se come a su retoño. Lo digo muy en serio. Por otro, ese feto estuvo expuesto. Será interesante ver lo que sale y en lo que se convierte. —Finn se cruzó de brazos y asintió mientras contemplaba a la chica, que se bebía el agua con ansia—. Mira eso. ¿Te has dado cuenta de que no le ha ofrecido nada a Simon ni una sola vez? Es casi como si no estuviera ahí.

Peter se había percatado. Era de lo más extraño, dado lo unidos que habían estado todos antes. «Es como si Penny hubiera desaparecido». Sus ojos se desviaron hacia Simon y se sorprendió al descubrir que este tenía la mirada clavada en él. No reflejaba odio, pero Peter leyó en ella mucho dolor y confusión. Traición.

Simon se tensó y luego se interpuso entre Penny y los barrotes. Un momento

después, se oyó el frufrú de uno de los faldones de la tienda cuando Davey, con su traje de camuflaje blanco, hizo su aparición con un guardia que parecía estar prácticamente de adorno.

—Davey. —Finn le lanzó un trozo de carne. El chico lo enganchó con una mano como un auténtico experto y se lo embutió en la boca. Sus ojos, en estado de alerta, no se despegaron de Finn en ningún momento—. Buen chico. —Finn se palmeó la pierna como haría alguien para llamar a un cachorro atento—. Vamos a hablar con Peter, ¿de acuerdo?

—¿De qué más quieres hablar? —Pero ya lo sabía. La cosa alada roja se estaba moviendo y pinchaba y clavaba sus garras de aguja. Se preparaba para..., bueno, para cualquier cosa—. Te he hablado de Penny y Simon...

—Ah. —Finn levantó un dedo como una recepcionista médica ante una llamada importante—. Pero no de la chica.

—No la conozco —dijo Peter, preguntándose por qué se estaba resistiendo tanto con aquello. Tal vez era algo a lo que aferrarse, un resto de dignidad, aunque también tenía una razón más profunda. A Finn le cabreaba no haberla capturado. A Peter le gustaba que alguien hubiera derrotado al muy gilipollas en su propio juego o que ni siquiera hubiera entrado en él—. ¿Por qué quieres saber quién era?

—¿No es obvio? —Finn le lanzó a Davey otro pedazo de carne del revés, como si de un *frisbee* se tratara—. Quienquiera que sea, no es un Chucky. La vi hablar. Le gritó a Penny, estaba hablando con Simon y luego huyó de allí, mató a uno de mis mejores tiradores... No, no, Davey. —Finn apartó el plato de su alcance cuando el muchacho le echó mano—. Espera un poco... Eso es, buen chico.

—Aunque supiera quién era, que no lo sé, ¿por qué es tan importante saber su nombre?

—¿Y tú te consideras buen cristiano? En el principio era el Verbo, Peter. —Los ojos de Finn eran tan incoloros como los de una serpiente muerta—. ¿Qué hizo Adán en cuanto abrió los ojitos? Le puso nombre a todo. Sometió al mundo entero. Después se sintió solo y Dios creó a la mujer; Adán tuvo que nombrarla, reivindicar su dominio y, a partir de ahí, todo fue cuesta abajo. *Nombrar* es reconocer. Es conseguir acceso y control. Las cosas dan mucho más miedo en la oscuridad, donde no tienen forma, que a plena luz del día. Yo sólo quiero sacarla a la luz, eso es todo.

«¿Acceso? —Era como si Finn estuviese hablando de piratear el disco duro de un ordenador. Puede que no tan exagerado. Era como decir *zanahoria* y que la imagen, el sabor e incluso el olor aparecieran en tu cabeza. Como los recuerdos—. De modo que un nombre podría ser como... ¿una clave? ¿En el cerebro?».

Iba a ganarse una bomba cerebral, pero no pudo evitarlo:

—¿Le tienes miedo, Finn?

—Me intriga.

«Sí, seguro que sí». El modo en que los perros habían reaccionado con ella siempre le había molestado. Ahora Peter se preguntaba si, durante todo aquel tiempo,

ella habría estado transformándose en algo muy extraño. Tal vez Chris hubiera tomado la misma decisión respecto a ella que Peter y el Consejo habían tomado para el resto de los chicos: sacarla de allí antes de que la mataran. O puede que simplemente huyera. Pero lo que al final le ayudó a comprender que tenía algo de especial fue lo que vio, lo mismo que Finn: había *hablado*... y Simon había *escuchado*. Hasta cierto punto, Simon la había *entendido*; Peter lo intuyó en su postura. Luego, Simon le tocó la cara... y ella se dejó hacer. Le regaló a Simon ese momento. Así que allí había algo, no cabía duda. Trabajaban juntos, se ayudaban mutuamente. Existía un vínculo y ¿en qué demonios consistía? Porque, Dios, ¿significaba eso que Simon podía volver? ¿O era como Finn decía: muy diferente, uno entre un millón, un Cambiado con un pie en ambos mundos?

«Y ella se escondió, no sé cómo. —No tenía forma de matar al cazador y aun así corrió con la suficiente rapidez como para escapar—. Estaba cerca, pero Finn no le pudo echar el guante. Davey no pudo rastrearla. Entonces, ¿cómo lo hizo?».

—Lo siento —respondió, aunque tenía la garganta rígida—. No puedo ayudarte. No la conozco.

—Ajá. Sabía que dirías eso. —Finn colocó el plato de carne en la mesa de camping y rebuscó algo en un bolsillo del pecho—. Siempre se me olvida que eres un arma mucho más efectiva contra ti mismo que yo o que cualquiera —admitió mientras se limpiaba la sangre de cada dedo con un pañuelo de tela—. Recuerda: puedo dar y quitar, Peter. —A continuación, dobló el pañuelo en tres partes y se lo volvió a meter en el bolsillo—. Dar. —Finn deslizó los ojos de Peter—. Y...

—¡No! —Peter se sacudió intentando zafarse del collar—. No, Finn, déjalo en paz, no...

Pero Simon ya estaba gritando.

El regreso de dondequiera que hubiese estado, con la mente en blanco, los ojos cerrados y el cuerpo pétreo como una columna de sal, hacia el silencio del bosque y sus sombras azuladas fue como volver a entrar en el mundo después de un largo y yermo sueño. El perro lobo continuaba a su lado. Los únicos olores que emanaban del bosque eran los de la madera chamuscada y la piedra quemada, y un tufo a hueso achicharrado. A lobo a la parrilla y nailon derretido. Pero no a Cambiados ni a Finn. Ni a Lobezno ni a Penny. Ni a ningún hombre.

Sus pies descalzos estaban blancos y tan fríos que se le saltaron las lágrimas al meter los dedos en los calcetines y luego en las botas antes de ponerse en pie tambaleándose. Usando el Springfield .30-06 como muleta, se había apartado de la pantalla de zarzas cojeando como una viejecita.

El cuerpo del cazador yacía en el mismo sitio donde había caído. Sólo le faltaba la radio. Interesante. El cadáver podía ser el modo en que Finn demostrara lo poco que le importaba. A lo mejor regresaba para ver si otros Cambiados mordían el anzuelo, pero no lo creía.

Lo cual abría paso a una tercera posibilidad. El hombre de negro había dejado a la vista el equivalente a unas bolitas de pienso para un animal perdido y hambriento: «¡Aquí, gatito, gatito! No tengas miedo». Si era cierto, es que pensaba que ella era un Cambiado. Entonces, ¿Finn se había marcado un farol con toda aquella charla? ¿Sólo estaba lanzándole el anzuelo? Tal vez.

Lo único que Finn podía saber a ciencia cierta era que, ya fuera una Cambiada o no, había logrado escapar.

* * *

Remover el cuerpo del cazador no era su pasatiempo favorito, pero aquel tipo iba bien pertrechado. Además de la munición que había encontrado en su sofisticado traje de camuflaje, llevaba una caja de balas SST de 165 granos en los pantalones y una pequeña linterna de cabeza, así como un encendedor, una lata Altoids con trocitos de tela carbonizada, una manta de emergencia, un pequeño fardo de yute y una bolsa de plástico llena de bolitas de algodón untadas con vaselina. Atado al cinturón, portaba un cuchillo *Buck* enfundado de unos quince centímetros. Lo metió todo en el botiquín. Luego, sintiéndose más profanadora de tumbas que nunca, le quitó también la bufanda y el gorro de lana. Olían a viejo, pero los necesitaba.

La casa era una ruina humeante en un cráter de escombros y nieve derretida que iba camino de volver a congelarse. De los tótems de lobo, sólo quedaba el que colgaba junto a los restos del petate. El fuego había ardido lo suficiente y a bastante

temperatura como para asar el cadáver del animal y fundir el petate. Las partes del cuerpo que una vez contuvo —costillas, una pelvis entera de la cintura hasta justo encima de los muslos, una pierna— yacían ahora amontonadas en la nieve. El lobo carbonizado olía a neumático viejo achicharrado y las partes humanas, a lomo de cerdo pasado. Todos los cadáveres, Cambiados y no Cambiados, eran monigotes churruscados con dientes blanquísimos al descubierto esbozando sonrisas sin labios en cráneos ennegrecidos.

Alex rodeó el cráter y se dirigió al lado del porche. Ni rastro de Lobežno ni de Penny, pero había multitud de huellas. Nada de sangre. «No han herido a Lobežno; se lo han llevado vivo». La oleada de alivio que experimentó hizo que le flaquearan las rodillas. El hecho de que se sintiera aliviada... era algo con lo que no quería lidiar todavía.

—Pero Finn debe de haber venido por el bebé —le dijo al perro lobo—. Ya ha hecho experimentos con los Cambiados. Creo que ha intentado hacer lo mismo con el pobre Peter. —¿Podía hacer ella algo al respecto?

No, la pregunta era otra: ¿acaso necesitaba hacer algo?

Podía actuar si lo deseaba. Tenía ventaja, contaba con ciertos conocimientos de los que Finn carecía.

Al principio, pensaba que toda aquella parafernalia de los lobos se debía a alguna especie de religión extraña, y aún cabía la posibilidad de que así fuera. Pero Lobežno suponía una excepción. Era un pálpito, pero creía que tenía razón. De algún modo, Lobežno también lo sabía.

Los Cambiados no podían oler a los lobos.

Lo que Alex había tomado por una superchería mística, una manera de marcar el territorio, no era tal cosa. Lobežno había utilizado las pieles y los cadáveres de lobo para esconder de otros Cambiados los comederos situados a las afueras de Rule y las piezas que cazaba. Probablemente ese era el motivo por el que Lobežno había colgado tótems allí, para proteger la casa y sus suministros de comida. Se acordaba de aquel salto fugaz a los ojos de los Cambiados que perseguían a Lobežno, Marley y Epi. A los Cambiados no les había costado nada rastrear a los dos últimos chicos. «Pero no consiguieron averiguar dónde estaba Lobežno». Era una mancha blanca, camuflada e invisible.

—Por eso Darth no te vio —le dijo al perro lobo—. No te olió y por eso no sabía que estabas aquí.

¿Cómo se comía eso? Los perros eran parecidos a los lobos. Tenían la costumbre de olerse el trasero unos a otros, y seguro que los lobos lo hacían también. Ahora que lo pensaba, cada vez que el gato de su tía se asustaba, el muy canalla soltaba una porquería hedionda. Así que quizá no fuera tan descabellado imaginar que las mismas secreciones que atraían a unas especies repelieran a otras o no pudieran ser detectadas

por ellas.

El perro lobo era la clave. Mientras estuviera cerca, los Cambiados no podrían olería. Claro que, si la veían, estaba muerta. Pero ¿y si no?

Era invisible.

—Hace una semana estaba alimentándome a base de hormigas y ahora voy y cojo dos conejos en un día. ¿-Acaso dudabas de que fuera a sacar el premio gordo? Anda, toma. —Alex le quitó la piel a las patas delanteras y a la cabeza del animal y le tendió el cuerpo al perro expectante—. Que te dure —le espetó cuando empezó a devorar el conejo.

«Vengas de donde vengas y sea cual sea la razón por la que me escogiste, me alegro muchísimo de que aparecieras en ese momento». Cogió el segundo conejo, le agarró una de las patas traseras, le clavó el pulgar en la fina piel y empezó a despellejarlo, separando la fascia del músculo rojo, y terminó por sacar la piel por la cabeza del animal como si fuera un bodi del revés. A este lo había destripado y asado. Esta vez nada de corazones crudos.

El perro lobo y ella pasaron la noche en el cobertizo para botes de Peter. Lo extraño era que no se sentía para nada cómoda. Hacía meses que no dormía en un colchón con almohada y estaba incómoda, nerviosa. Tras unas cuantas horas dando vueltas en la cama, se envolvió en una manta, se colocó la linterna en la cabeza, cogió los atlas de la librería de Peter y los desplegó en el suelo.

Una vez que llegara caminando a una carretera principal y se orientara, podría ir a cualquier parte. Su idea original de alertar a Chris ahora le parecía ingenua, una enorme pérdida de energía. Si Peter estaba con Finn, Rule se hallaba en mayores apuros de los que creía. Tampoco tenía manera de rastrear a Tom. De modo que, si se quedaba en Michigan, sólo había dos posibles destinos: Rule y Oren. El chico muerto de Oren tenía su silbato, lo que significaba que Ellie había estado allí. Quizá todavía lo estuviera, aunque la posibilidad de encontrarse con la cría era una entre un billón.

Eso dejaba a Rule, aquel lugar radiactivo, como única alternativa.

«Pero Finn tiene a Lobežno. Y a Penny y a Peter. No puedo lavarme las manos y dejarlo pasar».

—Ay, no seas tonta, Alex. No eres Batman. —En el suelo, arrebujado contra su pierna izquierda, el perro lobo levantó las orejas—. ¿En serio? —le preguntó al animal—. ¿Rescatarlos para que se mueran de hambre o tenga que dispararles para protegerme a mí misma o, digamos, a Ellie? ¿A Tom? ¿A Chris? Si me viera en la tesitura de tener que elegir entre Lobežno y Tom, escogería a Tom. No estoy diciendo que fuera fácil, y me sabría fatal porque Lobežno está... en un punto intermedio, igual que yo —sentenció en un susurro, sin comprender muy bien por qué le escocían los ojos.

«Oh, deja de compadecerte». Apoyó una mejilla en las rodillas. Sin embargo,

Lobezno había cambiado en algo. Al principio, la había visto sólo como comida; no en vano se había zampado una tira de su hombro. Pero después la había salvado de Araña y la había sacado del menú; incluso la había rescatado de la mina y de Acné. Luego se habían enfrentado juntos a los hombres de Finn antes de que él la hubiera obligado a abandonarlo para salvarse. Lobezno se preocupaba por ella. Estaba claro por todo lo que había hecho y su olor lo corroboraba.

—Y a mí también me preocupa lo que le pase —murmuró, notando que una lágrima rebosaba y que un extraño vacío se le abría en el pecho. Vale, muy bien, era mala y tal vez le hubieran sorbido el seso, y aquello, obviamente, no era amor... ¿O sí? No, claro que no, pero sí que le importaba. Maldita sea.

«Aunque Lobezno tiene que comer». No era que de pronto se hubiera vuelto vegano ni nada parecido. Sí, se preocupaba por ella y estaba bastante segura de que ahora no sería capaz de hacerle daño. Tal vez aquella especie de amnistía se extendiera también a sus más allegados. Pero Lobezno tenía que alimentarse para sobrevivir, de eso no cabía la menor duda.

—No sé qué es lo correcto —le confesó al perro lobo—. Quizá lo lógico sería matar a Lobezno, pero sería como ponerle una pistola en la cabeza a Tom o a Chris. —¿No era eso lo que Tom quería que hiciera si cambiaba? Tom había matado a Jim, su amigo, para salvarlas a Ellie y a ella. ¿Sería capaz de hacer algo semejante? Probablemente sí, en el último segundo, si no tenía más remedio—. Pero a lo mejor no hemos llegado a ese punto todavía. ¿Y si Lobezno regresa? Entonces tengo que hacer algo. No puedo dejarlo con Finn. No estaría bien. —Con Penny... no estaba segura de qué hacer. Y también estaba Peter, entre dos aguas, como ella y Lobezno. Lo que quiera que Finn le hubiera hecho tal vez pudiera deshacerse.

Así que... ¿dirección Rule? ¿A ver si captaba el olor de Lobezno? Era una locura, pero con el perro lobo podía lograrlo. Mientras no sucumbiera a aquella matraca de Finn...

—¿Sabes lo que no me explico? —le dijo al animal—. Qué diablos ha sido todo eso. Fue como si el monstruo agarrara a Finn o fuera agarrado por él y me arrastrara... Di un salto. Primero aterricé en unos ojos, luego en muchos más y al final en los de otra persona que iba mucho más adelante. —Pensó en ello—. ¿Sabes a lo que me recordó? —Al ver la mirada del perro («pues no, así que cuéntamelo»), prosiguió—: A Biología del instituto.

«Ah, ¿sí? —El perro lobo ladeó la cabeza—. ¿A qué exactamente?».

—A cómo funciona el cerebro y cómo las células hablan unas con otras. —Para cuando dieron aquello en Biología, el monstruo ya había hecho acto de presencia y ella ya era más o menos una experta en la materia—. El cerebro es un sistema eléctrico regulado por sustancias químicas. Pero he aquí el quid de la cuestión —le dijo al perro, emocionándose como si hubiera dado con algo—: el cerebro tiene infinidad de sinapsis, más que estrellas la Vía Láctea. Hasta un impulso eléctrico sería demasiado lento por sí solo para que todo funcionase como es debido. Así que

el impulso tiene que saltar. Salta como un conejito de nodo a nodo a lo largo de un axón y todo se acelera.

¿Y si Finn estaba haciendo eso?

—Como una experiencia extracorporal. Una señal que salta como una rana de una mente a otra. Pero no puede ir en línea recta. Demasiado ineficaz. —¿Y no se perdería la señal? Creyó que tenía razón; según la frecuencia, una señal de radio podía desvanecerse rápidamente y ¿acaso no funcionaban las torres de telefonía de la misma manera? «Salvo que potencies la señal de algún modo». ¿Cómo lo había logrado Finn? Se acordó de cómo aquel venga, venga, id, id aumentaba cuando Finn andaba cerca.

«Como el *roaming* o el Wi-Fi. El monstruo captó parte de ella, como un teléfono que pillara un par de barritas de cobertura en lugar de cuatro o cinco». ¿Y qué había ocurrido entonces? ¿El monstruo había intentado arrastrarla por sí solo?

—Quizá no pudo evitarlo. —Lo dijo despacio, midiendo cada palabra—. Si no desconectas el Wi-Fi de un ordenador, este busca conexión automáticamente, una red, algo a lo que aferrarse. —A excepción de Lobežno, con quien el monstruo parecía tener una afinidad especial, cada vez que había saltado a la mente de algún Cambiado había sido por una cuestión de proximidad y por la fuerza de una emoción: lujuria, hambre, rabia—. Pero el monstruo no puede estar siempre receptivo, porque eso no ocurre todo el tiempo. En realidad, nunca sé lo que está pasando; es como estar en clase de Francés cuando sólo hablas ruso. Oyes sonidos, pero no sabes lo que significan... y, de todas formas, yo no oigo nada. Lo que deduzco es por el olfato.

«Porque no es el tipo correcto de señal, nada que capte el interés del monstruo. Como la cafetería del insti a la hora del almuerzo... Siempre hay un runrún de fondo, pero, como no hagas un esfuerzo, no prestas atención, ya sea porque no estás interesado o porque estás concentrado en otra cosa: encontrar a tus amigos, por ejemplo, o ver quién te llama desde el otro lado de la sala. El resto del tiempo no oyes nada, por mucho que registres el sonido».

Entonces, ¿una conversación normal entre Cambiados no era lo bastante fuerte o interesante para estimular al monstruo? Hasta esa vez, hacía ya tiempo, en que se vio transportada a los ojos de Araña (allá, en la casa del lago, después de que la chica hubiera matado al pobre Jack) fue como escuchar a escondidas. Nunca se había colado en medio de una conversación más amplia. «Porque en realidad no entiendo el idioma o porque...».

—Me falta alguna pieza del rompecabezas. —Además, tenía la horrible sensación de que aún debía experimentar un par de veces más ese salto mental antes de averiguarlo. Si seguía a Finn, se estaría buscando problemas porque, si estaba en lo cierto sobre la proximidad y el monstruo se mostraba receptivo, acercarse a Finn y a sus extraños y alterados Cambiados aumentaría las posibilidades de ser detectada, atraída o engullida por la tormenta roja—. Y Finn sintió al monstruo. Notó mis bordes... —Algo que también era excepcional. Lobežno, Araña, Leopardo, Acné...

ninguno se había percatado de su presencia ni de la del monstruo. Pero Finn sí. ¿Cómo lo había hecho?—. Ni pajolera idea. Y esta noche no pienso averiguarlo. —Le dolía la cabeza y necesitaba dormir. Apagó la linterna y se acomodó junto al perro lobo, que gimoteó y le puso el hocico en la barriga—. Tú también me gustas. Si alguna vez vuelvo a ver a mi perro, no puedes comértelo, ¿eh? —Le acarició las orejas—. Debería ponerte un nombre.

«Un nombre... —Se quedó pensando—. Finn quería saber mi nombre. Me lo preguntó dos veces. ¿Por qué?».

—Algo importante sobre un nombre... —Le rascó el hocico al animal—. ¿Qué te parece *Buck*? Gran libro, y te viene al pelo. A mí también. Ahora los dos somos medio salvajes, ¿verdad, colega?

Aquello le hizo pensar en los libros de Peter. Debería llevarse algunos. Tenía un largo camino por delante, pero no importaba. Necesitaba tiempo para pensar qué hacer.

Aún nerviosa, se puso de lado y escuchó el crujido del envoltorio del Almond Joy en el bolsillo donde se había guardado la barrita. Le entraron unas ganas irresistibles de comerse la otra mitad, pero debía resistir la tentación y tal vez esperar a un momento de auténtica celebración.

Dejó escapar un larguísimo suspiro.

—Porque «a veces se te va la almendra» —le canturreó a *Buck*.

MONSTRUOS

—¡Tom! —Era Weller, muy lejos, a la zaga en su caballo ceniciento y apenas audible por el estrépito de los cascos—. ¡Espera, Tom, espera!

No, no podía esperar, no quería parar, todavía no, tal vez nunca. «¡Vete, vete, vete!». Su cabeza era del tamaño del cielo y el pánico en el pecho, una garra. «¡Sal, sal, corta el cable, vete!». Tom volvió a espolear al caballo. Sintió que la yegua se esforzaba aún más. El mundo pasaba a raudales: nieve y nubes rojas y sofocantes arremolinadas por el flujo de aire generado por un rotor, árboles de hoja perenne y el *zum-zum-zum* de los helicópteros, ramas de roble arañando el cielo azul como si fueran dedos, partes de cadáveres cayendo a la tierra en una lluvia espantosa, y aquel perro muerto, «cuidado, cuidado, ponen bombas en todo, en perros, en basura, en niños muertos» y «vete, vete, vete».

Si se hubiera quedado un segundo más, le habría metido una bala en la cabeza a Mellie. Imaginarse lo que parecería su cabeza y el sonido que produciría al hacerlo le asustaba todavía más.

«No puedo dejar que me domine. —Pasó como una exhalación junto a un montón de neumáticos en llamas, perros hinchados flotando en aguas residuales, una pila de basura y aquella botella que podía no contener agua, escombros donde cinco segundos antes había habido una casa con niños y ropa tendida aleteando en un cordel—. No puedo permitir que esto me controle». Dejó atrás a un grupo de mujeres que chillaban y gemían, «silencio, silencio, silencio»... y a Jim: Jim, en el Waucamaw; Jim, vociferando, cargando...

—¡Tom! —se desgañitó Weller—. ¡Detente antes de que mates o dejes cojo a ese pobre caballo, maldita sea!

Por supuesto, Weller tenía razón. Aquella era una mala jugada, estúpida. Sólo bastaba con que la yegua metiera la pata de golpe en una maraña de ramas o rocas por el menguante carril de nieve apisonada para que se lisiara. Tendría que sacrificarla —«dispararle como a Jim»— por algo que podía haber evitado.

—So, bonita, afloja, afloja. —Oír su propia voz ayudó. Dio un tirón hacia la izquierda, lo suficiente para girar la cabeza de la yegua y detener el galope. Bajo su cuerpo, sintió que el pecho del animal pujaba por respirar. Una acumulación de espuma densa le rebosaba hasta la nuca—. Perdona, bonita —dijo, palmeando el cuello palpitante de la yegua y sintiendo la riada de sangre bajo su propia piel en proceso de curación. Él también jadeaba y no sabía si lo que mojaba sus mejillas era sólo sudor. A su derecha había un Humvee militar volcado en un ángulo de cerca de noventa grados y sólo se veía el brazo del conductor en el agua amarilla del canal, porque el chaleco antibalas era muy pesado. Apartó la vista—. Afloja, bonita. Todo va a ir bien.

«Pero sólo si te controlas. —Dio la vuelta con la yegua y vio que Weller

ralentizaba el paso de su propio caballo hasta el trote—. Serénate, Tom, o no podrás ayudar a nadie».

—Dios bendito. —Weller tiró de las riendas de su resoplante animal, se limpió la frente con el brazo y encogió el hombro malo, el derecho—. No pienso preguntarte qué demonios crees que estás haciendo.

Había una costra de sangre marrón en el cuello de Weller, bajo una mandíbula que había desaparecido, y Tom vio el gusano inútil de una lengua azul. «No es real». Evitó su mirada y cogió una bocanada de aire que apestaba a gasoil y a aceite quemado.

—Tenía que salir de allí. No podía pensar... —Se recompuso. «Venga, Tom; míralo; Weller está bien; lo demás es un puto *flashback*». Obligó a sus ojos a volver hasta Weller y pensó, para su inmenso alivio, que a este no le vendría mal una cuchilla de afeitar—. Lo que Mellie quiere no tiene sentido. Debes saberlo.

—Sí, lo sé. —Weller le lanzó una mirada de irritación—. Pero hay mejores modos de hacerse entender que desafiarla delante de los niños. Sólo consigues que se ponga más a la defensiva.

—Lo sé. Me fui porque no quería perder los papeles por completo delante de ellos.

—Ah, claro, fue mucho mejor para los críos verte huir del campamento como un loco. —Weller frunció la boca, escupió, suspiró y luego espoleó a su capón blanco plateado para dirigirse al norte—. Vamos, podemos llevar los caballos el resto del camino al paso hasta la iglesia para recoger a Cindi y a Chad. Ya hablaremos de esto. Tú y yo, Tom, encontraremos la manera.

—¿Cómo? Mellie no quiere escuchar. Cree que estáis mejor sin mí, y tal vez tenga razón.

—No seas estúpido, Tom. Esos niños te necesitan y creo que tú los necesitas a ellos tanto o más.

—Entonces, tenemos que detenerla. —Cinco segundos después, se dio cuenta de que el olor a gasoil y a aceite se había desvanecido y de que ya no oía los lamentos ululantes de las mujeres—. Va a presionar a esos niños hasta que haya un accidente, Weller, o algo peor. Mellie no va a parar hasta que esos críos estén muertos.

—Tom, relájate. —El tono de Mellie era el de una monitora de patio de recreo atajando el berrinche de un niño de ocho años al que obligaran a bajarse de los columpios—. Ya te he oído, pero ¿no se supone que vas a la iglesia? Ya hablaremos cuando vuelvas, ¿de acuerdo? Ahora no es momento de tener esta conversación.

—No, Mellie, no me has oído y este es el momento perfecto. —Tom echó un vistazo a un puñado de críos que llegarían a dos docenas. Sólo Luke permanecía apartado, lanzando miradas de preocupación, claramente deseando que Tom echara el freno. El resto se arremolinaba entusiasmado alrededor de la tapa de hormigón de una cisterna detrás del cobertizo de uralita para la maquinaria donde Tom había instalado el taller hacía varias semanas.

Había temido que aquello ocurriera. Los críos se pirraban por una buena explosión. Ese era el motivo por el que no había permitido que nadie lo viera montar las bombas penetradoras que habían utilizado en la mina. Tras recoger lo que había sobrado —el cable, el C4, las mechas, los detonadores, todo—, lo había repartido, escondiendo la mayor parte donde a nadie se le ocurriera mirar. Sólo le había faltado el polvo de aluminio y la cinta de magnesio. Y aquella botella de glicerina. Estúpido.

—Sí, es genial que Jasper esté motivado. Estoy de acuerdo en que es listo. Pero, Mellie..., ¿en serio? ¿Un niño de diez años jugueteando con termita? ¿Intentando ralentizar la reacción?

—¿Estás diciendo que no se puede hacer? Fue idea tuya, ¿no?

—Sí, para ralentizar los tiempos en la mina, cuando creí que podríamos necesitarlo. —La termita era una potente mezcla pirotécnica primaria, pero tenía un problema: la reacción era muy rápida. A Tom se le había ocurrido la ridícula idea de utilizar retardantes de ignición para prolongar el tiempo de reacción y había funcionado. La última vez que lo intentó, consiguió ganar cerca de diez minutos, pero los ratios debían ajustarse y aún no estaba muy contento con una mezcla incendiaria impredecible cuya temperatura llegaba a sobrepasar los mil quinientos grados centígrados—. A menos que estés planeando robar un banco, no me explico por qué necesitas algo que derrita el acero. Mellie, son niños. Yo sé lo que hago.

—¿Ah, sí? ¿Te has mirado bien al espejo? —Mellie hizo un gesto despectivo con la mano hacia la Uzi, que Tom llevaba con una correa de retención para que su mano estuviera en la empuñadura en todo momento. El Bravo de Jed lo llevaba metido en una funda a la espalda. La Glock 19 pendía de su cadera izquierda y además portaba dos cuchillos: el KA-BAR en su vaina de la pierna y otro en la bota como último recurso—. Armado hasta los dientes. ¿Y dices que vas hasta la iglesia todos los días como escolta? Más bien pareces preparado para el Armagedón.

—Yo... lo que hago es... —¿Qué? ¿Sólo sentido común? Mentira. Todos sus viejos horrores (*flashbacks*, pesadillas, aquel pánico demoledor), que nunca lo habían abandonado del todo, habían vuelto a manifestarse con fuerza tras la lucha en la nieve para alimentar al monstruo negro que crecía en su pecho. Ahora, cada vez que iba a la granja o al granero, escudriñaba todas las salidas y trataba de descubrir cuál era la más rápida. «Sal, muévete, vete, huye». Dos días atrás, cuando un grupo de niños se interpuso entre él y la puerta, una marea de adrenalina le inundó la mente y le volvieron los sudores fríos y las palpitaciones en el pecho mientras pensaba: «Treinta y dos balas en la Uzi, diecinueve en la Glock, cinco en el Bravo», al tiempo que planificaba de forma metódica una vía de escape, a qué niños dispararía y en qué orden los mataría. Aquello lo asustó tanto que dio un respingo, empujó a Luke a un lado y salió a toda prisa hacia la nieve, por donde corrió como alma que lleva el diablo sintiendo cómo el aire le desgarraba los pulmones, hasta que el pánico lacerante amainó.

—No tergiverses esto para que parezca que tiene que ver conmigo, ¿de acuerdo?

—le advirtió a Mellie.

—Pero es que tiene que ver contigo. *Tú* quieres que nos vayamos. *Tú* quieres que encontremos un lugar más seguro. *Tú* escondiste nuestro cable detonador, *nuestro* C4, todo, y de repente decides que no debemos dirigirnos a Rule. Esas decisiones no te corresponden a ti, Tom. Yo estoy al mando, no tú.

—Que yo recuerde, la última vez yo también estaba al mando. —Weller había permanecido tan callado que Tom había olvidado que estaba allí—. Tom tiene razón. Tal vez hay mejores cosas que enseñarles a esos críos.

—Oh, perfecto. —La frialdad en el tono de Mellie era inconfundible—. Un chaquetero.

—Esas cosas estaban ahí fuera —dijo Tom—. Me enfrenté a una de ellas. Vi a más. Tenemos que irnos de aquí.

—Eso fue hace dos semanas, Tom, y ¿dónde están esos monstruos? ¿No crees que si hubiera algo de lo que preocuparse ya lo habríamos visto? Mira, siento lo de la mina. Siento lo de Alex, pero debes superarlo ya.

—¡Mellie! —la reprendió Weller con brusquedad.

—Si me dieran un centavo cada vez que alguien me sugiere que debería superar ya lo de Afganistán, sería multimillonario —le contestó Tom. ¿Cómo te sacas una espina que se te ha metido en el ojo y que no para de incrustarse cada vez que parpadeas?—. Escúchame, ¿vale? Vamos a dejar... —la garganta intentó cerrarse—, vamos a dejar a Alex al margen. Hablemos de hechos. Luke tiene catorce años, Cindi, doce y Chad, trece. Eso deja, ¿qué? ¿Otros tres de doce años?

—Sí. —Los ojos de Mellie estaban tan irritados como su voz—. ¿Y?

—¿Necesitas más explicaciones? Por el amor de Dios, Mellie, el napalm. Son niños. No saben luchar y, desde luego, no deberían ir a la guerra. No hay motivos para ir a Rule.

—¿Ah, no? Sé que has dicho que dejemos a Alex al margen, pero dime, Tom, ¿habrías cambiado tan repentinamente de opinión si Alex no hubiera estado en la mina?

—Sí. Espera..., déjame terminar. —Era lo bastante sincero consigo mismo como para saber que aquello pasaría; aun así, fue como si le dieran una puñalada traperera en el corazón—. Por supuesto, habría ido a Rule. Nada me habría detenido.

—Entonces, ahora que no tienes nada que ganar...

—He dicho que habría ido. Sacar a Alex de allí habría sido mi lucha.

—¿En serio? Pues estabas muy contento de que Luke fuera contigo, y Weller.

Tom abrió la boca, pero la volvió a cerrar. *Contento* no era precisamente la palabra más acertada, pero tenía razón.

—Ajá. —Mellie asintió cuando Tom se quedó callado—. No finjas que eres más noble o mejor. Piensa en cómo utilizaste a Luke, en cómo arriesgaste su vida por tu causa... y luego dime que yo soy mucho peor. Sólo existe una persona de la que te preocupas de verdad, Tom, y está muerta, así que supéralo o quédate al margen.

—¡Mellie! —exclamó Weller—. Vamos a calmarnos todos, ¿de acuerdo?

—Oh, cállate, Weller. —Se giró hacia él—. Estoy harta de que te pongas de su parte. Míralo. Es impredecible y peligroso. No está capacitado para estar con estos niños.

—Sé... sé que he tenido unos cuantos... —Tom volvió a callarse. ¿Qué iba a decir?

—Sí, unos cuantos. Vete. —Hizo un gesto como para espantarlos—. Marchaos de aquí. Daos vuestro paseíto en caballo hasta la iglesia, escoltad a Chad y a Cindi, jugad a los soldaditos, haced algo útil, pero quitaos de mi vista los dos. Ah, y una cosa, Tom: te agradecería que me devolvieras los explosivos.

Aquel era el momento en que su dedo índice daba un tirón y se imaginaba que la bala le perforaba el ojo a Mellie y le reventaba el cráneo —niebla roja, cerebro rosa—. ¡Ah, qué dulce le resultaba aquel sonido!

—Bajo el abrevadero de los caballos —se oyó decir—. Cógelo todo. No quiero volver a ver o a fabricar otra bomba mientras viva.

Acto seguido se fue de allí, rápido, temeroso de demostrar lo peligroso que podía llegar a ser.

—Tiene razón. —Tom le dedicó a Weller una mirada de agotamiento—. ¿Quién soy yo para decirles nada a esos niños?

—Eres humano. Pero te ha echado un buen rapapolvo. No sé lo que le pasa. —Weller meneó la cabeza—. Supongo que está agobiada, como todos. A ver, ¿qué tienes en mente?

—Ya lo he dicho: olvidar lo de Rule. —A su izquierda, el campanario de la iglesia luterana se elevaba en una lejana loma bordeada de pinos. A través de los árboles, Tom creyó distinguir los caballos de Chad y de Cindi amarrados a un aparcabicicletas. Pero ¿estaban echados? Ojalá no se hubiera dejado los prismáticos en el campamento. Unos metros más adelante, los árboles volvían a cerrarle la vista. Miró a Weller—. Esto no es una novela o una película en la que puedan ir de pueblo en pueblo rebuscando comida. Al final, todo se acaba. Mira a Jasper: es listo para preparar termita, pero no tiene ni idea de cómo cultivar, cazar, mantenerse caliente o construir una casa que no se caiga. Tenemos que ayudar a estos niños a crear una vida.

¿No significaba aquello rendirse con respecto a Alex? Si hablaba en serio, tendría que abandonar la idea de buscarla. Y no quería hacerlo. Cuidar a aquellos niños no se acercaba ni de lejos a apaciguar su dolor, pero Luke había acudido en su ayuda. Cindi había ido todos los días esquiando hasta la iglesia para estar con él. No podía defraudarlos. Y, sí, aún tenía miedo de ir a Rule. De lo que haría si se encontrara con Chris Prentiss cara a cara.

—Eso no te lo discuto —le concedió Weller—. ¿Tienes idea de dónde?

—Sí. —La cabaña de Jed, a tiro de piedra de la isla Michipicoten, era el lugar adonde Tom siempre había imaginado que llevaría a Alex. Treinta niños convertían aquello en un imposible. Sin cortar con los recursos limitados de una isla, el mero hecho de llevarlos hasta allí sería toda una proeza. No obstante, le gustaba la idea de una isla grande—. Nos vamos al oeste o al norte y nos mantenemos alejados de Rule.

—Al norte no hay mucho, salvo el Waucamaw —dijo Weller con la mirada al frente.

—Está Oren y un asentamiento amish al oeste de allí. Son granjeros, ¿no? Lo que necesitamos es precisamente tierra de cultivo.

—Encontrar semillas será duro —continuó Weller—. Intentar cultivar lo suficiente para alimentar a todos estos críos, inventarnos algo para conservarlo para el invierno...

—Será duro —repuso Tom—, lo entiendo. Pero en algún momento tendremos que hacerlo y no veo por qué no ahora. La temporada de cultivo aquí arriba es corta. Cuanto más esperemos, más difícil será y, antes de que nos demos cuenta, llegará de nuevo el invierno. Por lo que sabemos, todavía se puede encontrar ganado y también caballos. Tenemos que llegar también a esos animales antes de que se mueran o de que se asilvestren tanto que no podamos cazarlos.

Weller se llevó una mano a la boca, un gesto que Tom siempre asociaba con un hombre que ensayaba mentalmente lo que iba a decir a continuación.

—Tal vez —dijo Weller—, pero los amish... Si queda alguno vivo, tienden a ser poco sociables. No quieren que los forasteros... —De improviso, el anciano frunció el ceño, se enderezó en la montura y estiró el cuello—. Tom... ¿ves bien ese caballo? El que está allí arriba, junto a la iglesia.

Tom apartó la vista de Weller y la llevó a la cercana curva en la carretera y a la iglesia, en su promontorio pelado, que aparecía ahora ante sus ojos. Se hallaban aún a medio kilómetro de distancia, pero desde aquella posición veía una porción de nieve en la parte trasera bajo la que debía de haber un aparcamiento. Delante, la nieve estaba fragmentada por el paso de caballos, esquís y botas. El aparcabicycletas, donde había visto los caballos, se situaba a la derecha de unos escalones de piedra y justo ahora se hacía visible.

Al igual que el único caballo, de costado, en una hondonada de sombra. Incluso entonces, tuvo en la punta de la lengua comentar que los caballos permanecían tan quietos tumbados que era fácil pensar que estaban muertos.

Pero entonces vio la sangre.

—Entonces, ¿qué te parece? —Jasper estaba nerviosísimo y temblaba como un flan. Sin poder controlar el pulso, liberó de su soporte un cuenco de aluminio suspendido por encima de un cubo de arena y se lo llevó al ojo—. Chulo, ¿no?

—Mmm. —Luke echó un rápido vistazo al botón azul del ojo de Jasper que ojeaba el fondo. Nunca había visto la termita en acción y le había sorprendido sobremanera la altura que habían alcanzado las chispas, un metro y medio largo. La columna de fuego había sido tan alta y brillante que había tenido que protegerse los ojos.

Pero ¿dónde estaba Tom? A juzgar por su mirada sombría de antes, no cabía duda de que estaba enfadado, pero a Luke le había extrañado que, en lugar de quedarse y detener aquella locura, se hubiera marchado a toda prisa y luego hubiera cogido el caballo y salido pitando en dirección a la iglesia con Weller pisándole los talones. En esos momentos, una hora más tarde, no había ni rastro de ninguno de los dos.

«La cosa pinta mal».

—Sí, ha estado bien —le dijo a Jasper, que bailoteaba alternando ambos pies como si tuviera ganas de hacer pis—. Pero si no consigues retardarlo —«sin volarte la cabeza», le habría gustado añadir—, ¿para qué nos sirve?

—Ya va quince segundos más lento que la última vez. —Jasper parecía ofendido—. He puesto una capa más gruesa de aluminio y eso ralentiza la reacción. Pero una vez vi un programa de la tele donde un pirómano hacía lo mismo con el contenido de extintores y estaba pensando que por qué no. Me parece que Tom dijo algo al respecto y sé que estaba trabajando en ello, aunque lo hacía en secreto y no me enseñaba nada. Pero creo que aprendió a usar..., eh... —Los labios de Jasper se retorcieron formando un capullo de rosa—. Fosfato de aluminio, creo.

—Estupendo —respondió Luke sin ningún entusiasmo. Levantó el cubo de arena de la tapa de hormigón de la cisterna. En el centro había una enorme mancha gris, similar a una boñiga de vaca, de hierro fundido y restos de aluminio aún resplandecientes por el calor—. Gaséanos a todos con amoniaco. ¡Qué bien!

—No, sólo es ácido fosfórico cuando el fósforo se combina con agua. No te matará, al menos no directamente. Aunque de todas formas podría funcionar —sugirió Jasper—. En el programa lo hizo.

¿Qué le dejaban ver los padres a ese chico?

—Esto es la realidad, Jasper —repuso Luke, y se dio la vuelta para dirigirse fatigosamente hacia el cobertizo de la maquinaria. Caminar era un poco más fácil aquellos días, pues la capa de nieve compacta había disminuido (ya no superaba los quince centímetros) por lo menos treinta centímetros desde que volaron la mina. Ahora que se encontraban a mediados de marzo, los primeros signos de la primavera llegaban materializados en repentinas corrientes de aire cálido. Los tejados de las

casas goteaban y era posible romper el hielo de los abrevaderos de los caballos de un único golpe.

Tras la demostración, Mellie se había permitido un momento de entusiasmo antes de despachar a los niños a sus respectivas tareas: cuidar de los caballos, recoger leña para el fuego, verter sobres de comida precocinada en una olla para la cena comunitaria... La buscó con la mirada, apartando la vista a la izquierda del cobertizo de la maquinaria, que se asentaba al pie de la colina norte y era la más apartada de las dependencias anexas, y posándola en la vaqueriza donde Mellie y Weller habían instalado su puesto de mando. También era allí donde guardaban las armas. Uno de los dos repartía rifles de una taquilla a los críos que tenían que vigilar o hacer guardia. Pasado el rectángulo rojo del granero, había una pocilga donde dormían la mitad de los niños. Un poco más lejos se ubicaba una cuadra con el tejado caído, si bien la mitad del espacio aún era aprovechable. Vio a gente pululando por allí y el resplandor del fuego en el centro del corral de las vacas conforme los chicos lo alimentaban. Un puñado de perros correteaban ladrando y revolcándose por un terreno cercano que se elevaba al este formando una loma y luego un pastizal. A simple vista, Mellie no se encontraba con los niños.

«Probablemente en la casa. Creo que me va a tocar ir a hablar con ella». Él era el mayor después de Tom. Sólo tenía que controlar los nervios. Decirle a Mellie que aquella idea era una locura y que deberían pensar en la llegada de la primavera y en encontrar un hogar. ¿Qué era lo peor que podía responderle?

Al llegar al cobertizo, dejó el cubo de arena junto a la puerta enrollable y entró por la lateral, seguido por Jasper. El cobertizo, desprovisto de la maquinaria de granja, estaba dividido en cubículos formados por largos tablones soportados por caballetes. La zona de Tom se encontraba vacía: sólo él sabía dónde almacenaba su equipo. La de Jasper presentaba rollos de cinta de magnesio desperdigados, frascos de polvo de aluminio, azufre, nitrato de potasio, glicerina y una gran tina de plástico llena de yeso. Cerca de allí, otro de los colegas de Jasper experimentaba con trozos de poliestireno, gasolina, jabones varios, azúcar y líquido de encendedor, tratando de confeccionar una versión de napalm lo suficientemente consistente. Otro grupo rajaba botellas de gaseosa con cuchillas de cristal para fabricar cócteles molotov. El aire olía a soldadura química, gasolina y huevos podridos.

«¿Qué estamos haciendo?». Desarrollaban armas sólo por el gusto de hacerlo; Mellie les asignaba las tareas como un orientador que te indicara las mejores carreras. La primavera llegaría al cabo de un par de meses. ¿Seguirían viviendo en tiendas para entonces? ¿En graneros derruidos? ¿Cuánto duraban las catástrofes?

—Tenemos que encontrar un hogar —dijo.

—¿Eh? —Jasper levantó la mirada del fino extintor rojo que estaba inspeccionando—. ¿Qué?

—Nada. —La palabra hogar le dolía en la boca. Sintió una especie de mareo y se incorporó de golpe, raspándose la rodilla contra uno de los caballetes.

—¿Estás bien? —le preguntó Jasper.

—Sí. —Cojeó hasta la puerta sintiendo punzadas en la rodilla—. No rompas ninguno de esos extintores hasta que vuelva, ¿vale?

—Claro que no —replicó Jasper, con el orgullo herido de un crío que contempla un tarro de galletas—. ¿Y qué hay del cloruro de potasio? Ya sabes, el de los extintores Super-K.

—¿El cloruro no se convierte en gas cloro? ¿Eso no te mata en el acto?

Vio que Jasper se quedaba pensando.

—Bueno, sí. —Hizo una mueca—. ¡Mierda!

—Sí —contestó Luke, girándose para marcharse—. Es lo que tiene la cruda realidad.

Se tomó su tiempo en llegar a la casa y por el camino fue ensayando lo que pensaba decir. Dar problemas había sido la especialidad de su hermana mayor. Para cuando sus padres encontraban tiempo para él, o ella ya los había dejado exhaustos o les daba un poco igual. Su madre dijo una vez que alterarse con los niños era como preocuparse por que se les cayera el chupete: con el primer hijo, lo esterilizabas; con el segundo, te lo limpiabas en los vaqueros. «Y con el tercero, hasta dejas que el perro lo chupe».

Aquello le arrancó una sonrisa. Su madre siempre le hacía reír. Debería contárselo a Cindi. Le gustaría. Cindi era muy buena contando historias, sobre todo acerca de su madre. Y a él le gustaba escucharla porque era como si contara un cuento.

«Eso es lo que deberíamos estar haciendo. Deberíamos estar contándonos historietas y tostando nubes, como en casa». El pensamiento le hizo un nudo en la garganta. Una vez en los escalones, echó un vistazo atrás. Tres de los perros seguían armando jaleo, pero el cuarto señalaba al este, olisqueaba la loma y no paraba de ladrar. Ahora que se encontraba en un punto más alto, Luke divisaba perfectamente los campos que se extendían más allá de la cuadra y a los vigilantes, unas manchitas negras en un montículo distante.

«Necesitamos un hogar. —Estudió aquella pequeña ciudad llena de tiendas de campaña, a los chicos en sus tareas y la llama naranja de la hoguera—. Un lugar que podamos llamar nuestro».

* * *

La casa, de dos plantas con buhardillas, estaba en silencio. La cocina se hallaba vacía, aunque en la mesa reposaba una taza con una bolsita de té cuya etiqueta rojinegra colgaba por encima del borde y una de las sillas había sido empujada hacia atrás. El aire olía a naranjas calientes. ¿Estaría Mellie durmiendo? Se quedó quieto un momento sin saber muy bien qué hacer, con los ojos en el techo, aguzando el oído

para ver si escuchaba algún paso. Nada se movía por encima de su cabeza. Sabía que Weller dormía en la planta baja, pero no tenía la menor idea de si Mellie utilizaba los otros dormitorios traseros.

Abrió la boca para llamar, pero se contuvo. Volvió a aguzar el oído. Los ladridos del perro se oían amortiguados, pero creyó que ahora eran dos los que ladraban. Una escalofriante vibración le erizó los vellos del cuello, como aquel día en que fue al dormitorio de sus padres, se puso a abrir cajones y descubrió, en fin... cosas. «¿Mi padre lee esto? ¿Mis padres hacen estas cosas?». Casi esperaba que su padre saliera de un armario en cualquier momento. Durante semanas, cada vez que este le pasaba el brazo por los hombros a su madre, Luke empezaba a sudar.

La sensación era la misma: estaba en un sitio en el que no debía estar, a punto de ver algo que no le incumbía en absoluto ni sabía si era bueno o no...

En el pasillo se oyó un clic mecánico apenas perceptible. Y luego dos más.

Se puso rígido. Tras un instante, volvió a oírse: clic. Pausa. *Clic-clic-clic*. Pausa. *Clic-clic-clic*.

El corazón le dio un brinco. Puede que no lograra descifrarlo, pero sabía perfectamente lo que era aquello.

Código morse.

Cuando Tom divisó la sangre, se salieron de la carretera, se pusieron a cubierto y esperaron. Aquello iba en contra del impulso de gritar que necesitaba para llegar ya a Cindi y a Chad. Pero era el mismo caso del cobertizo de Jed, cuando los cazarrecompensas llegaron: si le entraba el pánico, todo el mundo moriría, así que Weller y él se escabulleron poco a poco y se ocultaron detrás y bajo la escasa cubierta que encontraron.

Las puertas delanteras de la iglesia estaban entornadas, una invitación que aprovecharon: Weller barrió con la mirada la parte de abajo mientras él inspeccionaba en un ángulo más alto, porque todo el mundo se olvidaba de mirar hacia arriba. El interior de la iglesia estaba sumido en la penumbra y tenía unos rincones oscuros de los que podía salir cualquier cosa. Tom rastreó el suelo de piedra y las hileras de bancos en busca de cables de trampa, pero no había nada.

El campanario tenía siete descansillos a los que se accedía por unas escaleras de hierro fundido fijadas a paredes de piedra caliza. Weller lo cubría mientras él se encargaba de la avanzadilla escrutando cada peldaño y pasamanos en busca de cables o dispositivos de presión. Más de lo mismo, y nadie lo acribilló desde arriba. El carillón de consola parado seguía tan cargado de polvo y telarañas como cuando Tom había bajado dos semanas atrás.

Lo cual sólo dejaba la trampilla en lo alto del séptimo tramo de escaleras. Tom se quedó allí un minuto largo, tratando de distinguir la pisada de una bota, el chirrido de la madera. Sintió que se colaba aire por el campanario abierto y finos rayos de luz se traslucían entre las lamas de la madera. Pero no había espacios muertos, nada que proyectara una sombra. Utilizó la punta de su Uzi para abrir la trampilla. No estalló nada ni se produjo ningún fogonazo de un arma.

Lo primero que vio en el campanario fue que el taburete en el que había permanecido horas encaramado estaba tumbado. Junto a él, en el suelo, se distinguía el montículo arrugado de un saco de dormir. Había un libro abierto, bocabajo, al lado del taburete, y los prismáticos de Cindi, unos Nikon 8X42 que a la niña le gustaba utilizar cuando la luz empezaba a escasear. Por el suelo había envoltorios desperdigados. Una pequeña acumulación de bolsas del almuerzo arrugadas y de bolas de papel encerado cubrían a medias los Nikon. Una botella de agua y un termo estaban volcados. El aire olía a caldo de pollo frío y a fideos húmedos.

Tenía toda la pinta de que los niños habían plantado cara en una pelea. Sin embargo, cuando bajaron del campanario y salieron de la iglesia, Tom se quedó con la mosca detrás de la oreja. Faltaba algo en aquella escena, pero no sabía exactamente qué.

—No sé quién puede haber hecho esto. —Weller se acuclilló sobre el cuerpo mutilado del perro de Chad. Habían decapitado al animal y su cabeza amputada yacía en el último escalón como una pelota de baloncesto olvidada—. Es un corte limpio, y apuesto a que también fue el primero... Mira la dispersión de sangre. Pero —se estiró para darle la vuelta al perro— si te fijas en estos cortes de aquí...

—¡No! —Tom lo agarró de la muñeca—. Podría esconder una trampa; plantan bombas en perros muertos.

—Relájate, Tom. No estamos en Afganistán. —Weller señaló su mano con la mirada—. ¿Te importa?

—No. Pero... ten cuidado. —Tom exhaló y obligó a su mano a relajarse. Aquello no le gustaba ni una pizca. Tenía el vello de la nuca erizado. Estar al descubierto en aquella cima pelada lo ponía nervioso. Weller y él eran blancos estáticos que pedían a gritos que los aniquilaran—. Hay una primera vez para todo.

—Ahí te doy la razón. —Weller rodó el cadáver rígido del perro y luego gruñó—. Mira la sangre.

El charco bermellón era pequeño, de apenas unas cucharadas.

—No es suficiente. —Tom se giró y se fijó en la piedra pulverizada de la fachada de la iglesia—. Eso tuvo que ser antes, cuando el corazón seguía latiendo. ¿Me estás diciendo que le cortaron la cabeza primero y mutilaron el cadáver después de que el perro muriera?

—Eso creo. —Weller colocó una mano sobre unos restos del colon del perro—. Frío. La sangre está muy espesa. Lo que pasara aquí ocurrió hace un buen rato. Horas, seguramente. Lo mismo con el caballo de Chad. —Al igual que el perro, el vientre de la yegua estaba desgarrado: órganos pulverizados salpicaban la nieve. El hedor era terrible, un tufo pestilente que hizo que un reflujo de bilis se le subiera a Tom a la garganta. Habían seccionado la cabeza del animal con un machete justo por las cervicales, dejando una ranura con forma de hachazo que había partido limpiamente el cráneo en dos—. Un hacha o un gran machete para asestar el golpe mortal y tomarse su tiempo luego en descuartizarlo una vez que lo habían abatido. Pero Tom... —Weller señaló con el índice el muñón del cuello del perro—. Ese de ahí es un corte limpio.

Tom se lo quedó mirando unos diez segundos antes de pillarlo.

—El perro permaneció quieto. Reconoció a quien hizo esto.

—U obedecía órdenes, sí. O le echaron una mano.

—¿De qué estás hablando?

—Mira la cabeza. ¿Qué falta? Algo que los perros de Chad siempre llevan.

Tom inspeccionó los ojos vidriosos del perro, los párpados medio cerrados, la lengua azul colgando.

—El bozal. Chad siempre se lo ponía a su perro cuando hacía las rondas de vigilancia.

—Exacto. Creo que alguien le quitó el bozal y le dio algo de comer. Lo sedó y,

cuando estuvo dormido, le cortó la cabeza con suma facilidad. Así que una cosa es segura: no ha podido ser un Chucky. Ese perro nunca se habría quedado quieto ni habría dejado que se acercara, y sólo han matado un caballo. ¿Por qué hacer eso a menos que necesites el otro? Los Chuckies no montan.

—A no ser que ahora algunos lo hagan o sepan hacerlo. —Tom pensó en eso—. ¿Sabes qué más no cuadra? No hay nada encubierto en todo esto. Es como si intentaran asustarnos o impresionarnos. Todo parece... —hizo un gesto con la mano— premeditado. —Aquello le evocó algo más—. ¿Te acuerdas de arriba? Parecía que se hubiera producido una pelea, pero ¿qué faltaba, Weller?

—No te sigo.

—No había ningún casquillo. Ni olía a pólvora.

—A lo mejor Chad no llegó a disparar.

—Venga ya, el sitio era una leonera. A Cindi se le cayó el libro, los prismáticos, se tropezó con el taburete y el termo, ¿y Chad no llegó a disparar? —Seguía habiendo algo que no encajaba en la escena, un runrún en su mente que era como un diente suelto que pide a gritos que lo arranquen de su alvéolo.

—¿Me estás diciendo que ha pasado como con el perro? ¿Que conocían al atacante?

—O que no tuvieron motivos para asustarse hasta que fue demasiado tarde, sí. Pero ¿a cuánta gente que pudiera hacer algo así conocían los niños? Sólo somos tres: tú, yo... y Mellie.

—Te entiendo, pero... —Weller meneó la cabeza—. No lo veo. Además, lleva todo el día en el campamento. No puede haber sido Mellie y sé que no he sido yo.

¿Había visto a Weller antes de ese momento?

—Podría haberlo organizado todo para que pasara.

—¿Qué? Ella nunca haría eso. ¿Qué estás diciendo?

—Ya me has oído —le dijo Tom—. Creo que hay otro jugador.

—¿Otro jugador? —repitió Weller.

Tom asintió.

—Supongo, a menos que de verdad fuera Mellie. Pero creo que es alguien que ella conoce, alguien capaz de convencer a los niños de que no representaba una amenaza.

—Yo... —Weller clavó la vista en la nieve al tiempo que se tapaba la boca con la mano—. Yo no lo veo, Tom. ¿Por qué iba a hacer eso?

Tom sintió un repentino peso en el estómago. Conocía los gestos y las palabras de Weller y tenía que ser prudente. El arco que necesitaba describir para atraer hacia sí la Uzi, al ser esta más compacta, era mucho más corto que en el caso del rifle de Weller. Podía ganar aquella competición. Pero aún no habían llegado a ese punto y tampoco quería acelerar las cosas. Si aquel hombre lo quisiera muerto, ya había tenido oportunidades más que de sobra para acabar con él.

—Por eso te lo pregunto —respondió.

Durante un largo y tenso momento, Weller se limitó a mirarlo. Debía de haber leído algo en su cara que no le gustaba, porque de pronto levantó ambas manos en señal de rendición. Imposible que el anciano ganara alguna competición en aquellas condiciones.

—Tranquilo, Tom.

—Han desaparecido dos chicos, este caballo y el perro se han convertido en hamburguesas ¿y me pides que esté tranquilo? —Como Weller seguía sin responder, continuó—: ¿Sabes lo que está pasando?

—No —dijo el anciano con voz áspera, y luego suspiró—. No del todo y, por supuesto, no sé nada de esto.

—¿Vas a decirme entonces lo que sí sabes? —Ante el silencio de Weller, se aventuró—: ¿O se supone que no voy a regresar para contarlo?

Weller se quedó estupefacto.

—¿Qué? Tom, eso es un disparate.

—Según Mellie, soy el experto en disparates, ¿no? —Notó un atisbo de rabia y cómo su dedo se posaba en el guardamonte. «Tranquilo. No hagas ningún movimiento del que te puedas arrepentir»—. ¿Qué está pasando?

—No sé qué está pasando aquí —espetó Weller—. Si Mellie está jugando a algo, no tengo ni idea de lo que es. Ahora voy a bajar las manos.

Sensiblerías aparte, no era ningún estúpido. Tom retrocedió otro paso.

—Pues baja también el rifle.

—Ni de coña. Me gustaría llegar vivo a mañana, muchas gracias, y ni en broma me vas a quitar el arma. Así que dispárame y ve a salvar a esos niños o salimos de aquí los dos juntos porque... no... me gusta esto, Tom. Aquí pasa algo raro y estamos

en el lugar equivocado para pararlo. —Como Tom no se movía, Weller se crispó—. ¡Por los clavos de Cristo, Tom, no te quiero muerto! ¡No quiero que mueran más niños si puedo evitarlo! Te diré lo que sé, pero ahora sólo nos tenemos el uno al otro y debemos ir a por esos niños. Vas a tener que confiar en mí hasta entonces. Tienes mi palabra, Tom, de soldado a soldado.

Lo creyó.

—De acuerdo —respondió, relajando el codo y rezando por que no fuera lo último que hiciera—. Pero no estoy seguro de que debamos volver corriendo. Tenemos que pensarlo bien, porque lo que quiera que esté pasando puede que esté pasando ahora mismo y aún necesitamos encontrar a Cindi y a Chad.

—Estoy contigo en todo. —Los hombros de Weller se desplomaron aliviados—. Por si sirve de algo, no creo que Mellie hiciera daño a los niños; no de forma intencionada, al menos.

—No suenas muy convincente.

—Porque no estoy seguro al cien por cien —confesó Weller—. Así que pensemos en nuestros próximos pasos.

* * *

Estaban a medio camino de donde se encontraban los caballos. Tom iba un par de pasos por detrás de Weller porque, a pesar de todo eso de la camaradería entre soldados, había que ser prudente. De pronto, Weller se detuvo en seco y miró al cielo.

—¿Dónde coño tengo la cabeza?

Tom estuvo a punto de estamparse contra la espalda del anciano.

—¿Qué?

—Vamos a tener que reconocer el terreno y buscar algún tipo de ángulo, ¿sabes? Y, joder, no he traído los prismáticos. ¿Y tú?

—Me los he dejado en el campamento. Podemos coger los de Cindi. Volveré a...

—No, tú sigue y ve a por los caballos. Están más lejos y ya sabes que soy un tipo perezoso... —Weller sonrió de oreja a oreja y echó a correr de camino a las escaleras—. Sólo será un minuto.

En el momento en que Tom conducía a los caballos de vuelta a la iglesia fue cuando se percató de qué era lo que le había chirriado en aquella escena del campanario.

Un taburete volcado. Un libro caído. El termo tumbado. Y basura.

«Cindi es el orden personificado». Cada vez que lo visitaba, doblaba con cuidado las bolsas y los envoltorios de papel. Y ahora había basura... y no en cualquier parte, sino...

«Puedes sorprenderte tanto como para dejar caer un libro y los prismáticos. Para derribar el taburete de una patada. Hay sopa de pollo en el suelo, y papeles. —Abrió

los ojos como platos—. Pero esa montaña de basura está apilada sobre los prismáticos, y eso no puede ser, no si dejó caer...».

—¡Weller! —Tom echó a correr hacia la iglesia—. ¡Weller, no! ¡NO!

Clic-clic-clic. Clic. Clic. Y ahora un siseo, como una serpiente.

«Estática. —A Luke se le pusieron los pelos de punta—. Mellie tiene una radio y está hablando con alguien en código morse».

En contra de toda sensatez, se adentró en el pasillo. Los *clics* sonaban a intervalos irregulares. Los latidos de su corazón retumbaban en sus oídos. Aquello era una tontería; ¿qué iba a decirle a Tom, «mira, se oían unos chasquidos raros»? Pero si había una radio y alguien hablaba...

Debajo de la bota izquierda, una lama vieja emitió un chirrido fuerte y agudo: un *CRIIII* de película de terror que le heló la sangre. Un segundo más tarde, oyó el chillido delator de unos muelles y...

—¿Hola? —El tono era agudo y el volumen iba creciendo a medida que Mellie se aproximaba a la puerta del dormitorio—. ¿Quién...?

«¡Vete, vete!». Se giró en busca de la puerta de la calle y salió al porche dando traspies en el mismo instante en que se oía un portazo y Mellie gritaba: «¿Quién...?».

Luke siguió corriendo, bajó los escalones delanteros de la casa de tres en tres y se precipitó colina abajo. ¿Qué hacer, qué hacer? «Tom, Tom, ¿dónde estás?». Tom lo sabría; en Tom podía confiar. Pero Luke estaba solo y lo único en lo que podía pensar en ese momento era en correr. Se había dirigido automáticamente hacia el cobertizo de la maquinaria, pero entonces pensó: «Espera, estaré más a salvo rodeado de gente». Viró bruscamente hacia el establo de las vacas y el corral, precipitándose por la nieve. Delante había grupitos de niños, la fogata. Todos los perros habían subido corriendo media loma más allá del establo de los caballos y estaban coreando su *guau-guau-guau*. En su inconsciente, en ese último segundo antes de que las cosas se derrumbaran para siempre, pensó: «Un momento, ¿qué es lo que los pone tan...?».

Entonces se produjo una explosión gigantesca: no un *bum*, sino un *megakabum* tan violento que oyó el sonido rebotar, saltar, rodearlo y pasarle por encima. La detonación hizo eco y carambola en los edificios. Luke se giró y miró hacia el norte sin respiración y con el corazón en la garganta.

Una columna de humo, una nube gigantesca gris y negra en forma de champiñón fue aumentando por encima de los árboles. En la parte baja de la colina, oyó que la cháchara de los niños cesaba de inmediato. Durante un segundo, hasta los perros se callaron y Luke se olvidó de lo de Mellie y de su extraño código.

Porque lo único que podía explotar allí arriba era la iglesia.

«La iglesia». A Luke se le heló la sangre. Cindi estaba de guardia con Chad, y Weller había partido en aquella dirección hacía una hora; se había marchado tras... tras...

—No. —Le salió un sonido roto que casi no parecía ni una palabra y al instante se vio emprendiendo una torpe y espasmódica carrera cuando fue consciente de que Mellie gritaba tras él. Oyó un portazo y divisó a Jasper, con la cara blanca como la cal, saliendo a trompicones del cobertizo de la maquinaria. Otros chicos corrieron hacia él, dado que él era el mayor y si creía que había algo digno de verse ahí fuera...

—. No, no. ¡Cindi, Cindi! ¡Tom!

—¿Qué ha ocurrido? —El grito de Jasper fue fino como una aguja—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué ha ocurrido?

De pronto, los perros comenzaron a ladrar de nuevo, pero sus ladridos eran ahora como un martilleo: un frenético y trepidante *staccato* nítido como una alarma. El sonido pinchó el globo de su pánico, de aquel «Cindi, Cindi, Cindi, TOM», y se detuvo tan en seco que estuvo a punto de tropezar y caer de rodillas. Se dio la vuelta, preguntándose qué podía importunar a los perros más que la bomba que acababa de destruir la iglesia y matar a sus amigos.

Procedentes del este, y todavía bastante más allá del granero medio derruido, dos caballos aparecieron por la cresta de la loma dispersando a todos los perros salvo a uno, un torpe labrador color chocolate que no fue lo bastante rápido. Sonó un fuerte chillido cuando uno de los caballos lo arrolló y otro más largo cuando al equino se le enredaron las patas. El caballo se hincó de rodillas y dio una voltereta. El chico (por la mata de pelo arenoso, Luke pensó que se trataba de un muchacho de doce años llamado Colin) salió despedido gritando por encima de la cabeza del caballo y aterrizó pesadamente a cierta distancia del animal, que ya luchaba por incorporarse. Girando con brusquedad a la izquierda, el otro jinete y su caballo esquivaron al chico por los pelos y continuaron su alocada carrera colina abajo.

«¿Qué diantres...?». Colin seguía en la nieve intentando ponerse en pie, pero su caballo había perdido el norte y estaba aterrado, a juzgar por cómo se encabritaba y bajaba las patas con fuerza.

—¡Colin, levántate! ¡Cuidado! —le gritó Luke, aunque el chico sólo pudo alzar uno de los brazos—. ¡Levántate, corre, co...!

El caballo lo aplastó y cortó su aullido de raíz.

«No». Luke se tapó la boca con ambas manos para reprimir un grito. Tanto Colin como el perro no eran más que dos manchas rojas de esas que quedan cuando aplastas un mosquito. Salió en desbandada hacia un terreno más alto, sin importarle demasiado que Mellie lo pillara, hasta llegar a un punto donde gozaba de una buena panorámica del este, el lugar de donde habían venido los centinelas, y se preguntó qué demonios los habría asustado de aquella manera.

Y entonces los vio, en la distancia.
Monstruos, avanzando en su dirección.

—¡Meteos en el establo! —Luke giró sobre sus talones e hizo señas a los niños para que regresaran—. ¡Meteos en el establo! ¡Jasper, todo el mundo, meteos en el establo, atrancad las puertas, vamos, vamos!

Vio que Jasper daba media vuelta y se dirigía al corral. Otros niños, que habían salido corriendo hacia él, cambiaron abruptamente de dirección y atropellaron a los que venían justo detrás. El aire bullía de gritos de pánico y Luke oyó que los caballos relinchaban alarmados en sus cuadras. Había niños corriendo a diestro y siniestro, como harían unas bolas de billar en la primera tacada. Algunos, los más pequeños, se caían, y Luke vio, horrorizado, que otros dos niños pasaban por encima de un crío que había en el suelo hasta que un tercero lo alzó en brazos al pasar. Otros se dirigieron al establo, mientras que un grupo abigarrado salió huyendo hacia el norte, pasó volando junto al cobertizo de la maquinaria y bajó por la carretera en dirección a los árboles. No era mala idea, pero el bosque estaba a medio kilómetro y, entretanto, los niños estarían en campo abierto, sin protección alguna.

Luke dejó caer los brazos y paró de gritar. Era inútil intentar conducirlos o dirigirlos y no había manera de agruparlos. Era algo que nunca habían ensayado ni para lo que estuvieran preparados.

«Pero yo puedo luchar». Se giró y vio que Mellie estaba plantada a menos de diez metros. Miraba al este, contemplando aquella marea que se acercaba con los brazos en jarras. Su Magnum .44 resplandecía en su pistolera.

—¡Mellie, tenemos que abrir el armero! ¡Necesito un arma!

—No puedo. Weller tiene las llaves. —Tras una pausa—: La iglesia ha metido un zambombazo impresionante.

—¿Que no tienes llaves? —Aquello no podía ser. Trató de razonar. ¿Las llevaría encima o las habría dejado en la casa? Las llevaría encima, decidió, en algún sitio. En un bolsillo, en el abrigo, en algún sitio. Pero no podía cogerlas sin más. ¿Qué se suponía que tenía que hacer? ¿Derribarla?—. Bueno... —balbució. Las armas estaban en un viejo arcón verde militar cerrado con candado—, entonces..., ¡entonces vuela la cerradura de un disparo!

Mellie no lo miró.

—Eso sólo funciona en las películas, Luke. Hace falta una cizalla.

—Mellie, debes de tener las llaves. Abre el arcón. —Como no se giraba, Luke le agarró el brazo—. Tenemos que luchar.

—No, no podemos. No contra tantos Chuckies. Vamos, Luke, bajemos al granero. Metámoslos a todos dentro. No quiero que salgan heridos más niños de los absolutamente necesarios. Ya iremos luego a por los que han conseguido llegar a los árboles. No llegarán lejos.

—¿Estás...? —Iba a decir *loca*, pero la palabra se evaporó en su boca cuando

finalmente asimiló sus palabras—. Luego. —Le soltó el brazo—. ¿Qué quieres decir con que ya iremos luego?

Mellie no contestó, sino que se limitó a contemplar a los Chuckies que se acercaban. Dada la poca profundidad de la nieve, lo estaban haciendo bastante rápido, pero ahora Luke veía claramente cuántos eran. Tal vez... treinta o cuarenta. Diez ya habrían sido demasiados, pero lo que más le asustaba era lo silenciosos que eran. Nada de chillidos, nada de gritos de la selva. Durante un espeluznante segundo, creyó estar contemplando en realidad una especie de formación: Chuckies armados delante, y detrás...

«Oh, no». Sintió cómo retrocedía un paso, apartándose de Mellie. A unos ochocientos metros detrás de la avanzadilla iban al menos veinte caballos, y recortaban rápidamente distancias, cargando por la nieve como un solo cuerpo. Sin prismáticos no podía jurarlo, pero creyó distinguir dos grupos: hombres de camuflaje de invierno gris y blanco...

Y niños. Niños de blanco, aún demasiado lejos para verles las caras, pero pensó que algunos eran niñas y que todos eran lo bastante mayores para ser Chuckies. «No, es una locura». A los caballos no les gustaban los Chuckies, aunque algunos no se ponían tan nerviosos como otros. «O a lo mejor estos son diferentes. Eso tiene que ser». Porque aquellos Chuckies iban montados en los caballos y con gente. Hombres.

Luke lo volvió a intentar.

—Mellie, aún estamos a tiempo. Por favor, ayúdanos. Dame las llaves.

—La mejor ayuda que te puedo ofrecer es un consejo —sentenció Mellie con aquella calma escalofriante—. Métete en el granero. Corre, Luke.

Durante una milésima de segundo, estuvo a punto de hacer lo que le había dicho, porque ella era la adulta. Pero entonces hizo lo impensable, lo que nunca se habría atrevido a hacer con ningún adulto, porque los niños buenos como él no hacían cosas semejantes.

La golpeó.

El movimiento —un repentino puñetazo en el pecho— lo sorprendió casi tanto como a ella. Mellie era bajita, pero compacta como el hormigón y ningún peso pluma. Al perder el equilibrio, lo único que hizo fue trastabillar hacia atrás. Ahora que Luke se había decidido, se quedó de pie junto a ella y la agarró de la parka para evitar que cayera, temeroso de que, si caía de espaldas, no conseguiría el arma a tiempo. El desconcierto reflejado en los ojos de Mellie se transformó en rabia y la mujer estiró la mano derecha para alcanzar aquella enorme y peligrosa Magnum .44. Ya no tenía elección. Luke trató de arrebatárselo con la mano libre. Sus dedos encontraron la empuñadura y tiraron justo en el instante en que le daba un empujón que la derribó.

«Me he vuelto loco». Jadeando, agarró el gigantesco revólver con manos temblorosas. La estabilidad del arma peligraba. Aquella cosa era como un cañón. Podía vaciarle el cargador a esa cabrona y no dar en el blanco ni una sola vez. Se le

pasó por la cabeza que, si Mellie no hubiera llevado una cartuchera, seguramente él habría terminado con un nuevo agujero en la cabeza. No, con dos: uno de entrada y otro de salida, y la mayor parte del cráneo destrozado.

—Dame las llaves, Mellie. —El estómago se le hizo un nudo al cargar el revólver—. Por favor. No quiero herirte, pero...

—¿Vas a dispararme, Luke? —Mellie lo miró con unos ojos tan fríos que sintió que el helor le calaba hasta el corazón—. No lo harás. No eres un asesino.

—Pero ¿por qué estás haciendo esto? ¿Por qué no quieres luchar?

—Esta lucha no la podemos ganar...

—Pero es mejor que morir sin más.

—No —dijo—. Tú no morirás, Luke.

Su seguridad, aquella calma absoluta, lo asustaron más aún.

—¿Qué estás haciendo, Mellie, qué estás haciendo? Dame las llaves, por favor, dame...

Por encima del rugido de su corazón, oyó un nuevo sonido: un siseo continuo e inexorable, el sonido que cientos de serpientes harían sobre la arena. Sus ojos se desviaron hacia la cima. Los Chuckies, aquella primera oleada, se estaban desplegando colina abajo. Algunos portaban porras o bates y el sol hacía destellar unos cuantos machetes. La mayoría, sin embargo, no llevaba armas. «Sólo sus dientes y sus manos». Lo veía perfectamente: Chuckies bajando en picado y despedazando niños, arrancando brazos y piernas con la misma facilidad que las alas y los muslos de pollitos tiernos.

Algo se movió a su izquierda, una arremetida silenciosa cuando Mellie se levantó como un rayo de la nieve. Sorprendido, Luke dio un grito fallido:

—Mel...

No recordaba haber apretado el gatillo. Es más que probable que fuera un simple acto reflejo. La Magnum dio una sacudida. El disparo sonó como un trueno. El retroceso le sobrecargó las muñecas. Incluso con el sol del atardecer, el flogonazo fue muy brillante.

Y falló. Por supuesto. El arma era demasiado grande y él no estaba preparado. Un segundo después, Mellie le clavaba un puño en el estómago. Luke se dobló dando arcadas y boqueando mientras el arma caía de sus manos.

—Tienes suerte de conservar el cerebro dentro del cráneo. —Mellie enfundó la Magnum—. No vuelvas a intentarlo, Luke.

—Me-Mellie... —resolló—. ¿Po-por qué...?

Se oyó un clamor feroz procedente de los perros. Los tres animales que quedaban se abalanzaron colina arriba, dejando atrás a Colín y al labrador pisoteado. En la punta del tridente había una esbelta border collie llamada Tess. Luke contempló horrorizado cómo atacaba a una chica con una coleta rubia... y un bate. La Chucky pegó con efecto, rápido y fuerte. Dudaba que la pobre perra llegara a verlo. Tenían que estar al menos a tres campos de fútbol de distancia, pero oyó el golpe seco

cuando el bate impactó contra *Tess* en mitad del aire. Una profusión de sangre salió disparada hacia arriba en forma de signo de exclamación y la cabeza de *Tess* pasó a la historia.

En ese momento, los otros dos perros se separaron. Uno, un pit-bull colorado y blanco de orejas caídas, se desvió hacia la izquierda y chilló cuando un Chucky le asestó una cuchillada con un machete asido con ambas manos. El tercero, un elkhound recio y robusto, captó el mensaje: dio media vuelta a mitad de camino y bajó zumbando la colina, dejó atrás el granero y el corral y se dirigió al norte, hacia la carretera y la protección del bosque. A Luke aquel perro siempre le había parecido rematadamente listo.

Echó un vistazo más allá de los Chuckies, que estaban cada vez más cerca. Desde su atalaya también distinguió, con mucha más claridad que antes, a los hombres a caballo... y a uno en el centro, vestido completamente de negro, a horcajadas en un caballo reluciente, negro como el azabache.

—No —dijo con tono angustiado. Los *clics* que había oído, la explosión y ahora esto...—. No, no, no. ¿Qué has hecho, Mellie? ¿Qué has hecho?

—Lo que había que hacer —le respondió ella— para encaminarnos hacia Rule.

—¿Dónde está Penny? —Peter miró desesperado alrededor de la balsa—. ¿Dónde está? ¿Dónde...?

—Yo... yo... —Chris tiritaba. El agua helada le chorreaba por el pelo cuello abajo. Estaba tan entumecido que no se sentía los pies. Miró a la izquierda y en cierto modo no le sorprendió encontrar a Jess, majestuosa como una reina, con sus negros ojos espejados y su cabello de Medusa—. ¿Qué es esto? —le preguntó—. ¿Por qué estoy aquí? Esta no es mi pesadilla. Ni siquiera es mi recuerdo. Es el de Peter y Simon...

—Tengo que volver. —Peter se desabrochó el chaleco salvavidas. Debajo llevaba unos pantalones de camuflaje blancos goteantes, pero tenía algo extraño alrededor del cuello, un... ¿collar negro ancho?—. Penny sigue en el barco, sigue... —Se arrancó del cinturón una linterna subacuática y se lanzó al agua.

—Ve con él —le ordenó Jess a Chris—. Ahí abajo está oscuro y hace frío. Se perderá aunque lleve la luz.

—No. —Chris se acobardó. Tenía la piel de gallina—. Y no vuelvas a tocarme. Esta no es mi pesadilla, sino la suya.

—También es la de Simon.

—Entonces, que se las apañen con ella; yo ya tengo bastantes problemas. Por favor, Jess. —Cerró los ojos, pero continuaba oyendo los chillidos de las gaviotas sobre su cabeza y el azote del agua contra la balsa de goma—. Le conté a Ellie la verdad sobre Alex. Voy camino de Rule. Si estoy en lo cierto, Lena nos sigue. Así que Hannah e Isaac están a salvo, al menos de ella. ¿Qué más quieres de mí? ¿Cuándo será suficiente?

—La verdad viene del agua y de la sangre —dijo Jess—. Si de verdad te importa Peter, ese es el único camino, Chris.

—¿Y eso qué significa, Jess? —Mantuvo los ojos cerrados con fuerza. No soportaba verse en aquellos espejos negros: arácnido y extraño, a la vez él mismo y un desconocido. «¿Cómo es posible que me ocurra esto? ¿Por qué?»—. ¿Peter está vivo? ¿Es eso?

—¿Quieres que lo esté?

—Dios, claro que sí.

—Entonces, síguelo hasta su oscuridad, Chris. —Notó las manos de Jess en la espalda—. Pero no te olvides de contener la respiración.

—Esto es un sueño, Jess. —Abrió los ojos y hundió la mirada en su gemelo del agua—. No puedes morir en tus sueños.

—Esta es la pesadilla de Peter y no creo que quieras comprobarlo por ti mismo —le contestó, dándole un empujón.

El agua estaba tan fría que quemaba como el fuego. Chris empezó a sumergirse;

el agua lo engullía como cadenas que tirasen de él. Por debajo se percibía la débil oscilación de la luz de Peter y el casco destrozado de un barco en descenso. La mayoría de la cubierta de popa había desaparecido; la timonera era una ruina; el fuego había abierto un agujero enorme, como una herida. Ya no tenía elección. Se había comprometido. Sus pulmones estaban al límite, la presión los oprimía por dentro y por fuera. El agua estaba tan viscosa que temía apartar la mirada de Peter y del barco. A medida que se acercaba, veía que la luz de Peter apuntaba hacia arriba. Por alguna especie de milagro, la cubierta de popa de la sala de máquinas estaba intacta. Utilizando una escalerilla de metal como guía, Peter se coló por una escotilla cuadrada.

Chris lo siguió. Dentro del pecio, la agitación del agua era incluso más negra y se entremezclaba con algo que parecía humo. Cuando irrumpió por una delgada brecha en un reducto de aire y gritos, se dio cuenta de que lo que miraba —y por donde nadaba— era sangre.

—¡Calmaos! ¡Tenéis que calmaros! —gritaba Peter. Ambas chicas estaban agarradas a una cañería. A Chris no le costó reconocer a Penny: la chica que gritaba tenía los mismos ojos y la misma mandíbula que Peter. La otra, que parecía mucho mayor, no estaba menos asustada. La sangre le manaba a borbotones de un enorme tajo en el cuero cabelludo—. Límitate a seguirme, Penny —le pidió—. Todos saldremos de aquí, te lo prometo.

—¡No puedo! —Los labios de Penny se abrieron en una mueca de pavor—. ¡No puedo aguantar la respiración tanto tiempo! ¡Me voy a ahogar! ¡Me voy a morir!

—Penny. —Peter intentaba liberar las manos de su hermana—. Vamo...

—¡No puedo! —Penny se resistió, poniéndose histérica—. ¡No quiero morir! ¡No quiero...!

—Ayúdame. —La otra chica estaba pálida como el mármol y, a la luz de Peter, su sangre parecía casi negra. El agua le rebasaba la barbilla—. No sé nadar, no sé...

—No podemos agarrarlas a las dos al mismo tiempo. —A Peter le brillaban los ojos del pánico y las lágrimas—. Harán falta dos para manejar a Penny y no podemos...

—N-no. —A la chica se le resbaló una mano y empezó a palmotear. La bolsa de aire se había reducido a unos quince centímetros—. No, no me dejes sola, n-no...

—Aguanta. —Chris se abalanzó sobre ella y volvió a colocarle las manos en la tubería. La burbuja de aire iba menguando a gran velocidad y él estaba cada vez más helado y exhausto. Muy a su pesar, era consciente de que, cuanto más tiempo permanecieran allí, más se hundiría el barco. Y ya le había costado llegar adonde estaba ahora—. ¿No sabes nadar de ninguna manera?

—N-no —gimió la chica—. No...

—Tenemos que irnos. —Peter se las había arreglado para soltar una de las manos de Penny, pero la otra se aferraba con tanta desesperación a la cañería que no podía sujetar a su hermana e intentar liberarla a la vez—. Ayúdame.

—¡No! —gritó la chica—. ¡Espera!

Pero Chris ya estaba agarrando a Penny por la cintura y tirando de ella con todas sus fuerzas, intentando combatir su pánico, hasta que las manos por fin se soltaron y gritó:

—¡Peter! ¡Vámonos ya! ¡Vámonos ya!

—¡Penny! —Peter sujetó la cara de la chica, que seguía gritando—. Penny, aguanta la respiración, deja de chillar, aguanta la...

—¡No! —chilló la otra chica—. ¡No me dejéis aquí, no me...!

—¡Vamos! —bramó Peter y, al instante, los tres estaban bajo agua, buceando hacia la salida de la sala de máquinas y después hacia la escotilla. Penny seguía revolviéndose; Peter la sostenía de un brazo y Chris del otro. La luz de Peter apuntaba hacia arriba, pero Chris ya no estaba seguro de que aquel fuese realmente el camino. Oía a Penny: las burbujas de su respiración y un tenue *mmm-mmm-mmm*.

«¡Deja de gritar! ¡Deja de gritar!». Chris le plantó la mano en la nariz y en la boca y pateó el agua con ímpetu. Muy arriba, a lo lejos, se atisbaba el débil brillo del cielo remoto sobre el agua, pero se estaba quedando sin aire; le ardían los pulmones. «Estaba equivocado. Voy a morirme aquí abajo en la oscuridad; me voy a ahogar en la pesadilla de Peter...».

—No —dijo Peter... y, como aquello era un sueño, de improviso se encontraron codo con codo en la balsa bamboleante. Sin Penny. Sin Jess. Y sin barco hundido, por supuesto; se lo había tragado la oscuridad, y a la chica con él—. No puedes estar aquí, Chris. —Peter se quedó contemplando la mancha de agua infinita—. No te lo permitiré.

—¿E-estás muerto? —Temblaba tanto que la boca no le obedecía.

—En parte.

—¿Qu-qué significa e-eso?

—Ni yo mismo lo sé. —Sin volver la cara, Peter meneó la cabeza—. Creo que una parte de mí murió justo aquí. Deberías irte, Chris. En serio. No sé si es seguro que te quedes aquí tanto tiempo.

—N-no voy a dejarte, Peter. Déjame a-ayudarte.

—No creo que puedas. —Entonces se dio la vuelta: sus ojos ya no eran azules, sino tan rojos como debía de haberlo sido la sangre de la chica ahogada vista a la luz—. ¿Todavía me quieres, Chris? —le preguntó—. Si es así, tranquilo. Ten cuidado de no disparar...

—¡Eeeeh! —Chris se despertó sobresaltado y alargó la mano hacia el rifle antes de incorporarse del todo.

—¡Oye, cuidado! —exclamó Ellie y, cuando la leña que cargaba entre los brazos cayó al suelo con gran estrépito, Jayden dio un repulso y se incorporó a medias intentando a la vez salirse del saco de dormir y sacar su pistola.

—¿Qué pasa? —preguntó desorientado—. ¿Qué pasa?

—Nada —dijo Chris, sintiendo que la repentina tensión se diluía de pronto. Cuando hacía unas horas habían tomado la decisión de parar, el horizonte sólo era un borrón plateado en el este. Ahora los brillantes rayos de sol se colaban por entre los árboles. Se frotó la cara con las manos—. Lo siento, he tenido una pesadilla y...

—Tienes muchas pesadillas —replicó Ellie, cortante. Le dio a la perra una palmadita y se puso a recoger las ramas y palitos caídos—. Había pensado que podíamos tomar un té antes de irnos.

—Dame. —Chris hizo ademán de levantarse—. Déjame ayudarte.

—Puedo sola. —Ellie apartó la rama para que no la cogiera—. Estoy bien.

—Vale. Claro. —Al ver que Ellie no respondía, miró a Jayden—. Siento lo de antes.

—Ellie tiene razón. Tienes muchas pesadillas, ¿eh? —Bostezando, Jayden salió del saco, se puso en pie y se llevó las manos a la espalda—. Tío, sabía que había una buena razón por la que Dios inventó la cama... Ups, lo siento. —Alzó una mano—. No quería decir eso. Y no me digas que tú no me pediste que viniera...

—No lo hice —repuso Chris.

—Porque yo te diré que te vayas a... —dijo Jayden.

—Freír espárragos —remató Ellie, aún sin sonreír, al contrario que *Mina*.

—Eso. —Jayden se dio la vuelta y se adentró en el bosque dando traspiés—. Ahora vuelvo.

Chris observó cómo Ellie rompía las ramas grandes en trozos más pequeños y luego sacaba el cuchillo y rascaba la pelusa de la corteza con cuidado.

—Se te da bien.

—Alex me enseñó —indicó, sin despegar los ojos de la tarea. Desde que se habían marchado, la niña sólo hablaba con él lo justo y necesario y él no la había presionado. Demasiado impactado estaba ya de que ella y Jayden hubieran insistido en acompañarlo. Aunque medio entendía y hasta podía llegar a coincidir con las razones de Jayden («tú no eres el único. Yo conocí a Lena antes que tú y no sé si ahora puedo quedarme con Hannah»), Ellie simplemente se había cerrado en banda («es mi decisión»). Ninguna otra explicación. Ante aquello, Hannah había montado en cólera, pero ¿qué iban a decir ella o Chris?—. ¿Cuántos días quedan para llegar a Rule?

—Si seguimos avanzando así, dos. Tres como mucho, sobre todo si el tiempo aguanta.

—¿Vas a matarla?

Chris sabía a quién se refería.

—Si la vemos, sí. Por eso nos hemos marchado, ¿no?

—No sé si deberías. Matar a Lena, quiero decir. Aún parece... diferente.

—¿Por qué dices eso?

—Porque he estado cerca de ella dos veces y le he visto la cara. ¿Conoces esa

mirada hambrienta de los comequentes? ¿Como si estuvieran muertos de hambre y tú fueras un perrito caliente? Pues ella no la tenía del todo. Sus ojos también aparentaban estar... —Chris vio que buscaba la palabra adecuada— *arrepentidos*. Como cuando mi padre volvió a Iraq. Era su trabajo, no tenía elección. Creo que Lena se siente de la misma manera. Está *atascada*.

—Si no puede evitarlo, no cambia nada. No es como si estuviera enferma y pudiéramos esperar a que se recuperase. No sabemos si eso es posible. No estaría bien dejarla escapar y que siguiera haciendo daño..., matando a otra gente. —O siendo desgraciada, aunque aquello no era más que una ilusión: la Lena que había visto era salvaje y siempre la vería así en sueños.

«¿Y qué era Peter?».

—¿Y si puede... controlarse? —aventuró Ellie.

—Ese es un experimento que no podemos poner en práctica, Ellie.

—Vale. —La niña se enfurruñó. Rebuscó en un bolsillo de su parka, sacó un botecito de plástico y desenroscó la tapa. El contenido, denso y pegajoso, apestaba a trementina.

Era la conversación más larga que habían tenido en días. Con la esperanza de arrancarle unas palabras más, Chris le preguntó:

—¿Eso también te lo enseñó Alex?

—Sí. He encontrado un buen árbol no muy lejos. —Utilizó un palito para extraer un pegote de resina del tamaño de una moneda de cinco centavos—. Y no te pongas simpático, que no pienso hablar contigo.

—Muy bien. —Se puso en pie para estirar las piernas—. ¿Cuánto has dormido?

—Lo suficiente. —Pasó un pedernal por encima de una maraña de pelusa de cedro y agujas de pino provocando una lluvia de chispas. Luego ahuecó las manos en torno a la yesca y sopló hasta que brotó una llama amarilla. Finalmente, deslizó el pequeño manojito bajo las ramitas sueltas—. ¿Peter es tu mejor amigo o algo así?

—Sí. —Había algo hipnótico en ver crecer un fuego—. El mejor amigo que he tenido nunca.

—¿Lo conoces desde hace mucho tiempo?

—No, pero parece que sí.

—¿Tienes miedo de que esté muerto?

Extraña pregunta.

—¿Por qué me preguntas eso?

Todavía sin mirarlo, Ellie encogió uno de los hombros.

—Porque no creo que estés seguro. Acabas de preguntarle a él en sueños.

—Sólo era un sueño, tú lo has dicho.

—Puede, pero cuando estuviste enfermo me sentaba contigo algunas veces y hablabas mucho con Peter, aunque entonces le tenías más miedo. Ahora estás... —hizo una pausa— triste.

—Oh. —De repente, le ardieron los ojos—. Supongo que lo estoy, sí.

—¿Aún estás furioso con él? —Antes de que le diera tiempo a responder, Ellie volvió sus ojos empañados hacia los suyos—. Porque la última vez que mi padre se fue a Iraq yo también estaba furiosa con él y luego volvió en una caja. Y también estaba hasta las narices del abuelo Jack y después murió. Y la última mañana que vi a Tom y a Alex, me había cabreado con ellos la noche anterior. Hicimos las paces, pero... —Una lágrima corrió por su mejilla.

—Nada de eso fue culpa tuya —la consoló Chris, deseando en parte que, si los malos pensamientos mataran, a su padre le hubiera dado un patatús cinco años antes de la Noche del Martillo. Sin embargo, tampoco debía de desearlo tanto, pues había mentido por el muy cabrón en el momento crítico—. ¿Estabas enfadada con Eli? —Ella negó con la cabeza—. ¿Ves?

—Pero me temo... —le tembló el labio inferior— que estoy furiosa contigo. Sé por qué lo hiciste, pero no vuelvas a mentirme, Chris. Me hace mucho daño y tampoco quiero que tú te mueras.

Le habría gustado darle un abrazo o una palmadita, pero no quería meter la pata.

—No voy a morirme —le aseguró, a sabiendas de que no debía hacer promesas que tal vez no pudiera cumplir—. Sólo quiero intentar hacer lo correcto. No me he metido en esto para que me maten.

—¡Ah, qué alivio! —exclamó Jayden saliendo del bosque. Vio que Ellie reprimía una risita—. ¿Qué? ¿Qué he dicho? —Pero su boca dibujó una sonrisa burlona—. ¡Ooohhh! —bromeó, atrayendo a la niña hacia sí para darle un coscorrón—. Te has creído otra cosa...

—Nooo —canturreó Ellie, volviendo a troncharse de risa.

—En fin, la pregunta es —Jayden terminó de despeinar a Ellie—: con o sin Lena, ¿cuál es el plan una vez que lleguemos a Rule? ¿Hay gente allí en la que puedas confiar?

—Unos cuantos. —Chris se agachó sobre un parche disperso de nieve intacta y dibujó una X—. Si Rule es el centro de un reloj, nosotros entraremos por aquí. —Señaló con el dedo las diez en punto—. Tenemos dos opciones: seguir el sentido de las agujas del reloj hasta el asilo. —Trazó un arco hasta las dos en punto—. O seguir por esa ruta y bajar hasta el extremo suroeste. —Plantó otra X en las siete en punto.

—¿Qué es lo más rápido? —preguntó Ellie.

—Es lo mismo. Podemos confiar en Kincaid, el médico, creo, y en algunas chicas que conozco que vivían con Alex: Sarah y Tori. Greg y Pru, de mi cuadrilla, son buenos tíos, pero están justo en el lado contrario del pueblo. —Señaló las cuatro en punto—. El único escondite es la casa de Jess, donde estaba Alex. No queda muy lejos de la Zona.

—Donde están los comegentes. —Chris asintió y Ellie continuó—: ¿No podemos bajar directamente hasta donde vivía Alex?

—Bueno, hay más casas y gente, pero... sí, si tenemos cuidado.

—Suena como si esas chicas fueran la primera parada, ¿no? —Jayden se dirigió a

su caballo, abrió una de las alforjas y sacó un cacillo de camping y tres tazas esmaltadas, así como una bolsita de plástico llena de té y otra de mojama—. Y después ¿qué?

—No lo sé. Llevo dos meses fuera —respondió Chris, mientras Jayden añadía con cuidado varios puñados de nieve limpia al cazo—. Estamos a mediados de marzo. Han podido pasar muchas cosas. —A juzgar por sus sueños, se apostaba lo que fuera.

—De acuerdo. —Jayden colocó el cazo sobre las llamas y repartió las tazas—. Así que vamos a ver a Sarah y a Tori y... ¿qué? ¿Vas a hacer como Moisés («deja ir a mi pueblo») o sacamos a todo el mundo a la fuerza?

—Si te soy sincero, aún no lo he pensado. Supongo que depende de si acabo en la cárcel.

—No dejaremos que eso ocurra —se apresuró a afirmar Ellie.

Jayden se limitó a llenar un infusor con hojas de té.

—¿Cabe esa posibilidad?

—Mentiría si dijera que no. Es muy probable. Pero espero que el Consejo me escuche. No creo que vayan a pegarme un tiro sin más —mintió.

—No lo harán —lo tranquilizó Ellie, sacando un trocito de mojama.

—¿Ah, no? —Jayden enarcó las cejas—. Y estás tan segura de ello porque...

—Porque —empezó a decir, masticando un trozo de mojama del color de un mocasín viejo— primero tendrán que pegarme un tiro a mí.

Jayden y Chris se miraron y este balbució:

—¿Perdona?

—Te salvé la vida, Chris. Así que... soy responsable de ti de ahora en adelante.

—Creía que era al revés —señaló Jayden—. Que él te la debe a ti.

—Sí, pero él ya me salvó del lago.

—Entonces estamos en paz —recalcó Chris—. No voy a dejarte hacer ninguna tontería, Ellie.

—Demasiado tarde. Estoy aquí —insistió Ellie—. En serio, chicos, ¿de verdad creéis que van a pegar un tiro a una adorable niñita y a su perrita *Totó*?

—Eh... —Chris iba a decir algo, pero optó por cerrar la boca. Jayden y él intercambiaron otra larga mirada y ambos se echaron a reír.

—¿Lo veis? —Ellie parecía encantada. Le tendió a Chris la bolsita—. ¿Mojama?

Entre los mapas de Jed y un boceto de la distribución del pueblo, de la Zona y de las patrullas y las rutas de acceso que una vez dibujó Weller, Tom habría encontrado lo que buscaba con relativa facilidad. En cuanto al lago, sin embargo, los cuervos señalaron el camino, trazando vagos molinetes sobre el bosque al suroeste de Rule. Ahora que estaban en marzo y las temperaturas diurnas remontaban poco a poco, el débil olor gaseoso también ayudaba. Al igual que su caballo, que finalmente anduvo reculando asustado durante un kilómetro y se negó a avanzar. Eso estaba bien. A pie tendría más posibilidades de pasar inadvertido, de modo que descargó sus cosas, lo desenjaezó y le dio una buena palmadita para mandarlo por donde había venido.

Tom pensó que, si alguien no supiera lo que había ocurrido, casi podría imaginar que se había adentrado en una historia de terror en la que el pueblo aplacaba a los dioses locales ofreciéndoles sacrificios de vez en cuando. Él sabía la verdadera razón. La historia de Rule estaba escrita en la dispersión caótica de huesos parduzcos, marcados por dientes y cuchillos; los restos de ropas y mochilas abandonadas; una maraña de pelo canoso tan picoteada que no quedaban más que jirones de cuero cabelludo y unas cuantas hebras de pelo demasiado rojo.

No obstante, lo que más le inquietó fue una pirámide destrozada de cabezas humanas en estado de descomposición que se alzaba al final de una especie de camino procesional. Este estaba marcado por los restos esqueléticos de animales apilados en una nieve cada vez más fina bajo cajas torácicas que se mecían suavemente y que aún pendían de una cuerda de nailon. Por la forma de los cráneos y de los dientes, le pareció que se trataba de lobos. El escenario al completo era ceremonial y destilaba una extraña atmósfera a lo bruja de Blair. Se preguntaba si la tribu de lobos, aquellos Chuckies que Cindi había visto con Alex, había reivindicado aquel sitio. De ser así, entonces Tom se hallaba cerca o en el mismo lugar en el que Alex había estado una vez. No sabía si aquello era un presagio, bueno o malo.

«En cualquier caso, los Chuckies llevan un buen tiempo sin venir por aquí». Tom se fijó en los cuervos que brincaban entre aquel revoltijo de cráneos humanos y de mandíbulas desencajadas. Sólo quedaban los últimos restos de piel correosa y de músculo reseco colgando del hueso. A aquella pirámide también le había ocurrido algo. Los cráneos no habían caído sin más en la nieve, sino que los habían tirado, algunos desde una altura considerable. Uno yacía a bastante distancia a la derecha. Por su posición, casi podía imaginar que alguien había intentado lanzar el cráneo a modo de piedra. Cerca había dos jirones de tela manchados de sangre: parte de una parka y una camisa de franela. Tal vez desgarrados en una pelea, aunque los bordes no estaban tan deshilachados como cabría esperar de un desgarró. Seguramente habían utilizado un cuchillo afilado de grandes dimensiones.

Pero ¿dónde estaba la riada de Chuckies que se suponía que iba a arrasarse Rule?

Durante los últimos cuatro días, Tom sólo había visto a unos cuantos a lo lejos... y dos veces a media tarde, lo que implicaba muy malas noticias.

Contuvo la respiración y escuchó. Silencio absoluto. A aquella distancia, debería oír algo: el golpe de un hachazo, el traqueteo lejano de carretas o caballos, puede que incluso alguna que otra voz. Una vez, en el silencio sepulcral del Hindu Kush, había patrullado una ladera y captado fragmentos de los rezos vespertinos de un pueblo pastún que quedaba tres mil metros más abajo y que nunca llegó a ver. Pero aquí, nada de nada.

«¿Dónde se ha metido todo el mundo?». Estaba seguro de no haber llegado demasiado tarde. Con todos aquellos hombres, carretas y caballos —y ahora los niños—, tenía que haber adelantado a Mellie y a aquel viejo comandante de negro. Probablemente no más de medio día, pero hasta unas pocas horas eran mejor que nada.

«Aquí hay algo que va mal. —Un leve movimiento a su derecha y su mirada cayó en picado a tiempo de ver un pequeño ratón de campo saliendo de la cuenca vacía de aquel cráneo solitario. El animal se quedó petrificado, sólo sus bigotes temblaron antes de dar media vuelta y salir corriendo—. Algo huele a podrido en Dinamarca, Yorick».

Hora de descubrir qué. Hora de salvar a sus niños, esperaba.

Debió de tratarse de un viejo interruptor de mercurio de un termostato inservible conectado a una batería. Si movías la basura, accionabas el interruptor, los cables soltaban chispas y *bum*. Una bomba fácil.

Tom iba gritándole a Weller camino de la iglesia. Un segundo después, tenía mucho frío y estaba desplomado de costado; una suerte, porque la boca le sabía a cobre y tenía sangre seca bajo la nariz y a lo largo del cuello. Si hubiera caído de espaldas, se habría ahogado con su propia sangre. Sentía como si alguien le hubiera soltado una losa en el pecho. Los oídos le dolían y le pitaban: un buen indicador de que seguía conservando los tímpanos. Al principio creyó que el sonido procedía de la onda expansiva de la explosión, pero cuando rodó para quedar bocarriba, con la respiración entrecortada por las punzadas de dolor, vio nubes de humo negro que avanzaban por el cielo azul y se dio cuenta de que lo que oía era el zumbido amortiguado de un incendio que aún no se había consumido.

Sentarse fue una tortura a cámara lenta. Le dolía todo. Ya no escupía flema roja al toser, de modo que sus pulmones debían de estar bien. Una explosión podía matarte de varias maneras. Algunas —que te vaporizara o te ensartara la metralla o que te desangraras porque la pierna te había desaparecido— eran más rápidas que otras. Si tenías la mala suerte de que la onda expansiva te pillara demasiado cerca, los órganos huecos —pulmones, corazón y tripas— podían estallar, a veces rápido y otras despacio. Cuando al fin consiguió incorporarse, se apoyó en los codos, se concentró

en hacer circular el aire por sus doloridos pulmones, estudió lo que quedaba de la iglesia... y fue consciente de lo afortunado que había sido.

La iglesia parecía sacada de un folleto informativo que anunciara visitas a un castillo en ruinas. El campanario había estallado en un halo de piedra y madera. Campanas de bronce retorcidas y una dispersión de cristales procedentes de las vidrieras brillaban en la nieve. La explosión había sido tan potente que había enviado las campanas más pequeñas al bosque que lindaba con lo que antes era el aparcamiento de la iglesia. Las copas de varios árboles cercanos, sobre todo poderosos árboles de hoja perenne, se habían partido, mientras que otros, más finos y de hoja caduca, habían sido derribados por la onda expansiva. Tres paredes aún seguían en pie, pero el resto de la iglesia era una cáscara reducida a cenizas rodeada de bancos destrozados y de los restos aleteantes de himnarios hechos jirones.

Debería estar muerto. Habían atado los animales a unos doscientos metros. Creía haber cubierto la mitad de la distancia de vuelta antes de soltar las riendas y salir corriendo hacia la iglesia, de modo que había que añadir otros cuarenta metros antes de la explosión. En cualquier caso, seguía estando más o menos cerca. El hecho de que la detonación lo hubiera lanzado tan lejos, de que se hubiera quedado inconsciente y de que le sangraran la nariz y los oídos lo demostraba. Si la explosión se hubiera producido, digamos, en una ciudad o en un callejón estrecho, la presión excesiva le habría destrozado el corazón y reventado los pulmones. Lo que le había salvado el pellejo era que la iglesia estaba sola, sin estructuras cercanas o incluso árboles que capturasen y amplificasen la onda expansiva.

Seguía vivo por un golpe de suerte, eso era todo.

Por una especie de milagro, conservaba sus armas: la Uzi con su correa de retención, el Bravo de Jed ceñido en la funda y la Glock —la Glock que él creía de Alex— en su pistolera cruzada. Además, llevaba munición de repuesto guardada en el chaleco exterior, lo cual también era una suerte, porque los caballos habían huido espantados. Por sus huellas, sabía que al menos uno no se había dirigido al campamento. Esperaba encaminarse precisamente hacia allí, aunque ir a buscarlo en ese momento sería un error. En lugar de eso, removió la nieve de una patada para tapar su sangre, luego se quitó el chaleco y lo usó para restregar el hueco de su tamaño en el que había yacido y las huellas de los traspies que había dado al encaminarse a los árboles.

Llegaron unas horas más tarde. Para entonces, él ya había avanzado en la dirección del viento, se había adentrado bastante en el bosque y se había encaramado a dolorosos tramos en los profundos recovecos de un cedro robusto y recio. Había tres, y los reconoció a todos. La figura cuadrada y compacta de Mellie era inconfundible. Con su pelo blanco cortado a cepillo, aquel uniforme negro y su porte, a Tom le dio la impresión de que el anciano estaba acostumbrado a mandar.

«Dios, yo te conozco. —Su mente voló hasta la pelea con aquella chica de ojos

sangrientos en la nieve—. Tú eres uno de los tipos a los que vi observándonos desde el bosque».

La tercera persona era un chico, un muchacho camuflado de blanco. Tenía la cabeza levantada, pues estaba olisqueando el aire. Buscándolo. Tom se encontraba demasiado lejos para verle los ojos, pero sabía que eran del mismo rojo colérico que los de aquella Chucky con la que se había enfrentado en un duelo a muerte. Le dio la sensación, por el hombre de negro, de que se trataba del mismo muchacho que había visto en los árboles hacía dos semanas.

Aunque ahora iba montado a caballo. «Y está trabajando con gente. —La piel de Tom se perló de gotas de sudor—. ¿Cómo es posible?».

Observó cómo los tres deambulaban lentamente por los alrededores de la iglesia en una espiral cada vez más abierta. «Buscan huellas, tratan de descubrir si alguien logró escapar. —Los ancianos inclinaban la cabeza hacia la nieve, pero el chico mantenía la suya bien alta, como un perro sabueso. La Uzi tenía silenciador, estaba cargada y lista para disparar, así que movió lentamente con un dedo el selector de posición—. ¿Los mato ahora? Nadie oirá los disparos. —Pero no era francotirador y podía fallar. Y lo que es peor, estaba solo y apostaba a que el viejo comandante contaba con un buen puñado de hombres. Tratar de rescatar a los niños por su cuenta significaba una muerte casi segura—. Espera una mejor oportunidad. Idea un plan».

Con el corazón a mil por hora, los observó mientras continuaban con su patrón de búsqueda hasta que terminaron de rastrear el campo de escombros al completo. Mellie y el comandante estuvieron deliberando; el Chucky se limitaba a escudriñar dando una lenta vuelta de trescientos sesenta grados montado en su caballo. Y entonces se marcharon y volvieron al campamento por donde habían venido.

Durante el resto de aquel día y la noche, Tom permaneció inmóvil y utilizó las correas de sujeción para atarse por si se quedaba dormido. El resplandor naranja del fuego fue apagándose. La luna en cuarto creciente derramaba su luz tenue y gris. El zumbido de sus oídos disminuyó hasta el punto de que le fue posible oír los últimos chisporroteos de las llamas y, en algún momento, el tintineo de algo metálico. Aquello hizo que el pulso se le acelerara hasta que cayó en la cuenta de que la presencia de un jinete solitario en plena noche no tenía sentido. Probablemente se trataba de su caballo o del de Weller. Pensó en ello durante unos segundos y decidió que era mucho mejor contar con una montura que con ninguna, así que lo llamó tan bajito como pudo, persuadiendo al animal para que se adentrara en el bosque, haciendo una mueca con cada crujido y chasquido de los arbustos y zarzas. A la luz de la luna, vio que el caballo se acercaba al árbol donde estaba escondido y se detenía.

Eso fue lo único bueno en una noche muy larga y horrible. Le dolía todo; su pierna derecha, la mala, no dejaba de darle la lata y se moría de hambre y sed. Cogió un poco de nieve con ambas manos de las ramas cercanas y dejó que se le derritiera en la garganta para aliviarse un poco. Incluso consiguió echar alguna que otra

cabezadita.

Le preocupaban sobre todo los niños y cuál sería su próximo movimiento. No creía que Mellie fuera a matarlos sin más. No le pegaba. Sí, aquel comandante tenía Chuckies. Necesitarían comida. Pero ¿por qué desperdiciar niños? Había ancianos más que suficientes para mantenerlos contentos durante una buena temporada.

No hacía más que darle vueltas a lo de aquel chico. El viejo comandante iba y venía a su antojo con los Chuckies... Pero ¿cómo? «¿Y por qué necesita a mis niños?». Tenía que haber una razón por la que Mellie hubiera reunido a los niños para su camarada de negro. Tom sospechaba que ella y el comandante querían a los niños de Rule por la misma razón.

La que fuera.

Salvo por dos perros muertos, una mancha de sangre muy grande que parecía haber pertenecido a una persona y un caballo sin jinete que vagaba nervioso por las caballerizas, la granja estaba desierta. Habían movido el abrevadero de los caballos y las reservas de material explosivo habían desaparecido. Contaba con eso. Principios básicos: toda guerra se basa en el engaño.

Habían desmontado todas las tiendas y se las habían llevado..., salvo la suya, que permanecía apartada cerca de los árboles. Se la quedó mirando un buen rato, primero desde el corral, a lomos del caballo, y luego a pie mientras trazaba un cuidadoso perímetro pensando: «Gato escaldado...». Apostaba a que Finn también leía a Sun Tzu.

Tardó un rato. La nieve estaba revuelta y profundamente horadada por cascos de caballos, botas y —esto era una sorpresa— el corte de al menos siete u ocho carretas. Pero al final divisó lo que no encajaba: un fino hilo de cable detonador enrollado en un anclaje esquinero de su tienda. Al seguirlo, se encontró con un relé de conexión enganchado a la cremallera delantera. Echó un vistazo por una abertura y vio medio bloque de explosivo plástico con un detonador M28 de los tiempos de Vietnam pegado en un extremo, acoplado al mástil central de la tienda. La intención del relé de conexión era aplicar más fuerza a la cremallera. Un tirón rápido encendería la mecha y *bum*.

«Nada bueno. —Cortó el cable con su KA-BAR y luego desarmó el resto de la bomba—. O bien creen que uno o los dos escapamos, o bien están siendo precavidos». Cualquier supuesto eran malas noticias e implicaba que tendría que ser doblemente precavido cuando registrara el resto de la granja.

Ninguno de los graneros escondía más trampas. Se tomó su tiempo con el cobertizo de la maquinaria: estudió el tejado y el sitio por donde las paredes terminaban en hormigón y luego en nieve. Nada. Ahora que tenía sus cosas y unos prismáticos, echó un vistazo al interior por una ventana. Caballetes desnudos, estanterías vacías. Utilizó una cuerda de nailon para atar con cuidado uno de los

extremos al pomo de la puerta y desenrolló el resto. Luego enrolló el otro extremo en la perilla de la silla, se subió a la montura y espoleó al caballo para que se pusiera al galope de inmediato. El animal se sobresaltó y dio un respingo y la puerta saltó de sus goznes. Pero no estalló ninguna bomba.

Salvo por medio rollo de cinta de magnesio y una botella de polvo de aluminio que rodó bajo una montura, el cobertizo de la maquinaria era una cáscara vacía de metal y hormigón. Tom se metió el magnesio y el aluminio en los bolsillos y se dirigió a la cisterna. La tapa seguía en su sitio, pero hombre prevenido valía por dos. Una vez comprobó que no estaba manipulada, empujó la pesada tapa de hormigón a un lado y echó una ojeada al interior. Dio un suspiro de alivio. La cuerda de nailon negra, atada aún a un perno de hierro por debajo de la tapadera, seguía tirante, tal y como él la había dejado. La alcanzó y subió la pesada mochila donde había guardado la mayor parte de materiales para fabricar bombas.

Todo el tiempo delante de las narices de Mellie.

Limpiar una casa de posibles bombas lleva su tiempo. Todas las habitaciones estaban limpias y vacías, salvo la de Weller. «Interesante». Con ambas manos en su Uzi, Tom le echó un lento vistazo. La cama de Weller, con sus esquinas bien remetidas, habría pasado cualquier revista de instructor militar. Desde sus pocas mudas de ropa en una bolsa de lona hasta su neceser de piel agrietada, todo estaba meticulosamente ordenado. «¿Por qué no vaciar la habitación o poner una bomba? —Dos razones: o el contenido no tenía ningún valor...—. O, en el improbable caso de que Weller sobreviviera, lo pondrían de patitas en la calle».

Todo soldado lleva consigo recuerdos y talismanes, normalmente encima o en el chaleco exterior: cartas, fotos, biblias, rosarios o escapularios. Los suyos —una medalla de san Jorge de su abuela y una foto de sus hermanas pequeñas— estaban embutidos en el mismo cajón de los calcetines con las chapas de su perro en casa, y mucho polvo. Las chapas que llevaba ahora eran las de Jed. Por lo que sabía, Weller no tenía chapas, pero era un viejo soldado y los hábitos nunca mueren.

Estaban en el neceser, el primer sitio donde Tom miró, protegidos por una bolsa con autocierre: un recorte de periódico y una vieja polaroid. El recorte, de hacía casi tres años, rezaba así:

LA VÍCTIMA DE HOUGHTON RECORDADA COMO UNA CHICA

«DECIDIDA» Y «BUENA AMIGA».

Los amigos de Amanda L. Pederson recordaron a una joven vivaracha, generosa y trabajadora dispuesta a echar una mano y decidida a retomar los estudios y obtener un título universitario.

«Completamente devastada», fue como Claire Mason describió su reacción a la noticia de la desaparición de Pederson tras un extraño accidente de barco en el lago Superior. «No puedo ni imaginar lo que estaba haciendo allí con un puñado de universitarios. No sabía nadar e imagínese a sus pobres padres. Nunca recuperarán su cuerpo. Es terrible».

El barco en el que iba Pederson se hundió en las aguas aún glaciales del lago Superior después de que se declarara un incendio en la sala de máquinas de la nave. Hubo repetidos intentos de liberar a Pederson, atrapada bajo cubierta, por parte de otros pasajeros y el navío se hundió antes de que un helicóptero de la guardia costera llegara a la escena. La operación de rescate se suspendió debido a la mala visibilidad y a la profundidad del lago, que en esa zona se ha registrado en ciento cincuenta metros. No están previstas más búsquedas del barco desaparecido ni de la vecina de Houghton.

«Amanda era una chica encantadora —decía Jack Laparma, un amigo íntimo—. Había pasado malos momentos, pero estaba completamente decidida, lista para seguir adelante».

Pederson era aficionada a las motonieves y a disfrutar de la familia y los amigos.

Los nombres de los pasajeros que viajaban con Pederson, así como el dueño del barco, no se revelarán hasta que se complete la investigación preliminar y se establezca la causa del incendio. Sin embargo, dada la pérdida del barco y la falta de testimonios, una fuente cercana a la investigación actual ha sugerido que la muerte se archivará como accidental. Aún no se han presentado cargos criminales.

Pederson deja a dos padres, Claire y Benjamin; a un hermano, Theodore; y a sus abuelos Ron y Esther Pederson, de Houghton, y William y Rosemary Weller, de Marenisco.

La foto que acompañaba el artículo mostraba a la nieta de Weller con vaqueros y una camiseta, sentada encima de una mesa de picnic. Al fondo se veía un río, barcos y un puente levadizo.

La polaroid era tan antigua que casi había perdido el color. La imagen fantasmal de dos hombres posaba ante una barraca Quonset. Cada uno portaba un M16. Ambos iban de uniforme de combate, pero sólo Weller, tan entrecano entonces como ahora, llevaba tres insignias en la manga izquierda —fuerzas especiales, rangers y fuerzas aerotransportadas— y un pitillo encajado detrás de una oreja.

Tom se fijó en el hombre que se encontraba a la derecha de Weller: ceñudo y con forma de bloque, el pecho ancho y unos muslos como troncos. Tenía la cabeza muy grande y su pelo, oscuro y cortado a cepillo, se asemejaba a las cerdas de una escoba.

En el reverso, con bolígrafo desvaído, había escrito: «Finn '68 Ben Tre». El nombre de la ciudad o el pueblo no le decía nada. Tom escudriñó el uniforme de Finn tratando de distinguir su rango. Mayor o teniente coronel... ¿Y no era esa una insignia del cuerpo médico? Creía que sí. Los tres galones de Weller elevaban su rango al de sargento. «Un comandante y su sargento».

Ahora Tom tenía dos nombres: Chris Prentiss y Finn.

¿A qué monstruo atacar primero? Esa era la cuestión.

Weller había marcado los puntos más probables en los que Rule apostaría arqueros, pero Tom no vio ninguno y tampoco le pasaron cerca flechas silbando desde los árboles. Aunque estaba contento de no terminar con una flecha clavada en el cuello o en la espalda, empezó a sospechar que algo iba realmente mal. Tres manzanas más allá del bosque, se dio cuenta de que tenía razón.

Las puertas de las casas estaban abiertas de par en par. Por las jambas astilladas y las mosquiteras que colgaban en ángulos extraños, habían forzado las entradas. Habían invadido todas las casas, habían buscado algo y luego —desvió la mirada hacia una X chorreante pintada con aerosol rojo a la derecha de una jamba— las habían ido tachando de la lista de cosas pendientes. IncurSIONES en busca de comida y otros suministros sería su primera suposición.

«Pero ¿y si iban buscando Chuckies?». Si los hijos y los nietos de Rule y todos sus amigos habían vuelto, ir de puerta en puerta para cazarlos tenía sentido. El momento era el oportuno. A juzgar por la nieve que se había colado en los recibidores, aquello, fuera lo que fuera, había ocurrido un par de semanas antes. Pero uno no se detendría ahí, ¿verdad? No había horario ni forma alguna de saber cuándo podían presentarse más niños. Montaría patrullas y apostaría guardias. Así que ¿dónde estaba todo el mundo?

Describió un círculo lento y cuidadoso. Largos carámbanos pendían de los aleros y de los canalones de las casas con orientación sur y oeste. La mayoría de las casas que daban al norte seguían cubiertas de un manto de nieve. Cualquiera que anduviese por allí todavía necesitaría calentarse. Oisqueó el aire y distinguió un ligero olor a humo de leña: procedía del noreste y del centro del pueblo. Seguía sin oír otra cosa que el débil susurro de una leve brisa, pero la gente estaría conservando las energías y procuraría no moverse demasiado.

Súbitamente, algo naranja y grande se escabulló por la esquina de un edificio de dos plantas a su izquierda. Tom, sobresaltado, se giró con la Uzi en ristre antes de percatarse de lo que estaba mirando. En cuanto el gato lo vio, se quedó petrificado, con una pata suspendida en la nieve. Algo peludo pendía de sus mandíbulas. Se miraron el uno al otro durante un momento. No podía hablar por el animal, pero su corazón iba a mil por hora. El gato, obviamente poco impresionado, subió al trote unos escalones nevados y desapareció por una puerta abierta.

Tom bajó el arma. «¿Un gato?». Aquello no tenía sentido. Echaban puertas abajo; buscaban suministros. En una situación de hambruna, las mascotas eran el blanco perfecto. A los perros los reservaban; ellos detectaban a los Chuckies. A los caballos también los necesitaban. Pero en realidad nadie necesitaba...

De no haberse quedado mirando al gato, nunca los habría visto. Tal y como

estaba, lo que su ojo captó fue un borrón verde oliva —una parka— y un rápido destello de sol en los bosques lejanos a la izquierda, detrás de la casa.

En teoría, se podía acceder a Rule desde varios puntos. Aquellos dos chicos que se abrían paso entre los árboles debían de venir del norte. Ambos portaban rifles y se movían despacio, con precaución y la cabeza inclinada hacia la nieve. Aún no lo habían visto, pero lo harían.

Tom subió rápidamente los escalones y se metió en la casa tras el gato. En cuanto estuvo dentro, se percató de dos cosas a la vez: de una mancha de sangre seca y alargada en el suelo y del hedor a putrefacción. Ese animal tenía una buena reserva de ratones descomponiéndose en algún sitio. Dejó atrás un estrecho armario bajo el hueco de la escalera a su izquierda y entró en la cocina, que estaba hecha un auténtico desastre. Las puertas de los armarios se hallaban abiertas y habían sacado y volcado los cajones. La puerta de la despensa estaba entornada. También habían levantado varias lamas del suelo, tanto en la despensa como fuera, dejando huecos rectangulares tan anchos que cabía una persona. El tufo a descomposición era más fuerte allí, así como el olor a tierra fría procedente de la cámara bajo la casa. No se veía el gato por ninguna parte.

Salvó uno de los huecos dando un paso lateral y echó un vistazo por el alféizar de una ventana situada sobre el fregadero. Los dos chicos estaban despejando una pila de leña junto a un garaje independiente. Ambos miraron a la vez por encima del hombro hacia algo mucho más atrás. Uno de ellos —más pequeño y con una pelambreira castaña— hizo un gesto de que se pusieran a salvo y le hizo señas a alguien para que retrocediera. «Malas noticias si son más». Estiró el cuello y desvió los ojos una milésima de segundo para ver si era capaz de averiguar quién más había y cuántos eran.

Sin embargo, fue una milésima de segundo demasiado larga. Cuando volvió a mirar, el otro chico —mayor, más alto y de ojos negros— tenía la mirada clavada en él.

—¡Mierda! —bufó. Se agachó, consciente de que era demasiado tarde, pero aún podía evitar una pelea. Dio media vuelta y salió de la cocina con la intención de dirigirse a la segunda planta porque era más fácil defenderse desde una posición elevada y siempre podía salir por una ventana. Algo titiló a su izquierda y vio que un chico se dirigía a toda velocidad a la parte delantera de la casa y que el segundo, el más alto, se agazapaba y se encaminaba a los escalones laterales de la cocina.

No tenía tiempo de subir las escaleras, de modo que se sentó en el borde del hueco que había en el suelo de la cocina, metió las piernas y luego deslizó todo el cuerpo. La cámara, de no más de sesenta centímetros de alto, estaba completamente a oscuras, salvo por las finas líneas de luz que se colaban por las rendijas del suelo. El aire apestaba a moho y al hedor nauseabundo a ratones muertos. La lengua se le encogía por la saturación a descomposición, así que tomó pequeños sorbos de aire a través de los dientes mientras reptaba por la tierra fría y se adentraba en la cámara.

Olía a podredumbre y ahora también a fosa séptica que necesitaba que la vaciaran desesperadamente. La gente que vivía allí debió de haber seguido haciendo sus necesidades hasta que los inodoros se anegaron.

«Aquí ya está bien». Se puso de costado mirando hacia el lugar por donde había venido. La luz brillaba por la abertura. Si mirasen, no lo verían mientras se mantuviera quieto. Entonces recordó que los Chuckies veían muy bien en la oscuridad. En cualquier caso, si al final tenía que luchar, creía contar con una oportunidad. Incluso con el Bravo de Jed en la funda, quedaba un espacio de treinta centímetros entre su Uzi y la parte inferior de la casa, sitio de sobra para rodar.

«Líquida a todo lo que asome por la abertura. —Se pegó la Uzi con silenciador al pecho y apuntó a aquella cuña de luz plateada. Después de aquello, tendría que ser rápido. El chico que quedara podría disparar hacia abajo, pero ambos llevaban rifles de cerrojo. Puso el selector de la Uzi en automático—. Dispara, acribíllalo y luego...».

Justo por encima de la cabeza, las lamas del suelo crujieron. Un leve *criiii*. Más pisadas; la vaporosa luz ondeaba a medida que el chico se desplazaba por la cocina. Oyó más pasos cuando el segundo entró por el recibidor. Tom se encogió y retrocedió más aún, tratando de hacerse lo más pequeño posible...

Hasta que sintió una mano en el hombro.

Un grito surgió de su garganta, pasó con ímpetu por encima de su lengua y se estrelló contra el muro de sus dientes. Tom se acurrucó, rodó un par de veces para apartarse y preparó la Uzi silenciada. Justo antes de que fuera demasiado tarde, en la fracción de segundo anterior a que su dedo se tensara sobre el gatillo y abriera fuego sin remedio, vislumbró aquello que antes había pasado por alto porque sus ojos no se habían acostumbrado a la oscuridad y se habían concentrado en el agujero, no en lo que esperaba a su espalda, en la sombra.

El Chucky que había decidido hacer de la cámara su despensa privada de carne había tenido mucho trabajo. En la penumbra gris, Tom pensó que debía de haber al menos cuatro cuerpos, pero contó dos cabezas. (Primera regla para hacer un recuento fiable en el lugar de una explosión: olvidarse de las cabezas. Las cabezas salían disparadas como el tapón de corcho de una botella de champán. Había que contar los pies restantes). Las partes tiernas y carnosas —ojos, narices, labios, lenguas— se habían desintegrado. Las cabezas miraban fijamente con ojos abiertos y negros. Uno de los cuerpos estaba siendo literalmente consumido de cintura para arriba; era probable que el Chucky se hubiera entretenido en hurgar y sacar lo bueno antes de centrarse en las partes más magras de las costillas. A lo largo de un muslo medio mordisqueado había un trozo de colon enroscado como una serpiente.

«¡Jesús! —Un escalofrío le recorrió la espalda. O esos chicos vivían allí o habían pasado a rapiñar algo—. Y, al estar aquí, les he ahorrado la molestia de tener que cazarme».

Pero aún no habían averiguado dónde se hallaba. El sudor le brotaba de las sienes; se alejó rodando de aquella vista espeluznante y volvió a preparar la Uzi. Aún podía cogerlos. Si aquellos Chuckies no eran los únicos o se habían establecido cerca, tenía que salir pitando de allí. Tal vez por eso el pueblo se había batido en retirada: porque había demasiados Chuckies y no tenían manera de defenderse de ellos. «Pero entonces habría visto a más, no sólo a estos dos...».

En ese momento, oyó a uno de los chicos:

—¿Has...?

—... oído eso? —susurró Jayden.

Desde su posición en mitad de la cocina, Chris asintió y se llevó un dedo a los labios. El sonido había sido breve, algo escurridizo como una rata o una zarigüeya. «O un mapache». Echó un vistazo por el agujero del suelo. A juzgar por el olor, parecía que algo se hubiera instalado allí. A lo mejor el gato, cuyas huellas había visto antes. Desvió la mirada del agujero y recorrió el pasillo a la espalda de Jayden. Bajo aquella tenue luz, distinguió unas huellas acuosas. Era demasiado tarde para

preguntarle a Jayden si antes había agua o no.

Primero habían hecho una parada en la casa de Jess. Estaba vacía y el dormitorio de las chicas, totalmente desmantelado. Sin embargo, el suelo se hallaba intacto. No como en otras dos casas de la misma manzana que sabía que habían estado ocupadas la última vez que estuvo en Rule. La única diferencia entre aquellas casas y la de Jess era que la de Jess disponía de una despensa subterránea y un sótano. Todas las casas que no los tenían presentaban daños similares: los tablones del suelo levantados o astillados, los cajones abiertos, el suelo lleno de porquería, platos rotos, la parte interior de los armarios desfondada a martillazos...

Barrió con la mirada los restos de la cocina de los Landry. Creyó entender lo que había pasado allí. Quienquiera que quedase en Rule había ido destrozando las casas sustentadas por cimientos con zapatas para buscar posibles suministros en las cámaras subterráneas y detrás de las paredes. Después, cada casa había sido tachada de la lista.

«Lo que significa que están bastante desesperados». Sus ojos se detuvieron en la puerta de la despensa, ligeramente abierta. No cabía duda de que las cosas allí habían ido de mal en peor...

Un débil chirrido y alguien arrastrando los pies directamente sobre su cabeza. Sus ojos se clavaron en el techo. Lo sabía. Aquella cara fugaz no había sido fruto de su imaginación. Menos mal que había obligado a Ellie a esperar con *Mina* detrás de la pila de leña cuando la perra empezó a ponerse nerviosa. Miró a Jayden, señaló el techo con el dedo y apuntó a la entrada con la barbilla. Jayden asintió y dio media vuelta despacio, se arrimó a la pared izquierda y se dirigió a la puerta principal con Chris pegado a sus talones. Al llegar al pie de la escalera, se detuvo, se asomó para echar una ojeada y cruzó la estancia a toda prisa para apostarse en la puerta de un comedor muy elegante. Chris, una vez pasado el armario del hueco de la escalera, se detuvo en el poste, se señaló el pecho con el índice y se giró para subir las escaleras. Por un instante, dudó de por qué se molestaba en desalojar aquella casa, pero pensó que la perra se había olido algo y el único Cambiado bueno era el que estaba muerto.

«A menos que se trate de Lena —le susurró una vocecita interior—. Esto es lo que querías, ¿no? Que ella nos siguiera. ¿Y si llegó aquí primero?».

«Imposible —resolvió—. Lena conoce la casa de Jess, pero no la de los Landry. No tiene motivos para estar en esta casa».

«A no ser que haya dado toda la vuelta —sugirió la voz—. Venís del norte, ella da un rodeo, os sigue por el olor, llega antes que vosotros y os pilla por sorpresa».

Sí, pero ¿a santo de qué? Estaba haciendo demasiadas cábalas. Lena no había dado señales de vida en los últimos cuatro días. Ahora dudaba de que los hubiera seguido. Tal vez Jayden y él no fueran un botín lo bastante succulento.

«No es momento de preocuparse por Lena. —Sólo esperaba que lo que quiera que estuviese en el piso de arriba no fuese armado. Se pegó el rifle al hombro y subió lentamente las escaleras arrimándose a la derecha e intentando apartarse del centro

chirriante. El pasillo de la planta de arriba se bifurcaba a derecha e izquierda y sus ojos oscilaron entre las dos opciones mientras cargaba con el rifle, que iba despejando el camino. Para su alivio, tenía pared a la espalda durante todo el camino—. Llega hasta la esquina, despeja la parte izquierda, date la vuelta, ve a la derecha, despeja esa esquina y vete cagando leches de la escalera». Lo que hicieran a continuación dependía de cuántas puertas estuvieran abiertas...

De pronto, algo saltó desde una mesita accesoria ubicada junto a una pared lejana. Chris se volvió hacia la derecha y apuntó con el rifle, pero perdió el equilibrio. El gato se le abalanzó al pecho y le clavó las zarpas, bufó y se catapultó hacia abajo por los escalones, usándolo como trampolín. Chris soltó un grito y el arma se le disparó; trastabilló y cayó hacia atrás, golpeándose la cabeza con fuerza contra un escalón, tanto que vio las estrellas. Luego fue consciente de cómo daba una voltereta y caía por las escaleras.

—¿Estás bien? —Vio aparecer la cara de Jayden, blanca como la cal—. Te podrías haber partido el cuello. Vaya susto me ha dado el puto gato.

—Uuuf —gruñó Chris. No le quedó más remedio que quedarse tumbado unos instantes escuchando la barahúnda de su maltrecha cabeza. El hombro derecho le dolía por el impacto contra el suelo, pero podía haber sido peor. Se apoyó en los codos para incorporarse, tragó saliva y experimentó una oleada de vértigo. Hizo una mueca, movió los carrillos y soltó un escupitajo rojo—. Me he mordido. Maldito gato.

—Da gracias por que eso haya sido todo. —Jayden apoyó la escopeta en la pared y lo ayudó a levantarse—. ¿Por qué no salimos de aquí? Este sitio me da escalofríos y, además, apesta. Ese gato seguramente ha traído toda clase de porquería. E irá cagándose por toda la casa.

—Vale. —Chris sacudió la cabeza para despejarse, miró a su alrededor y localizó el rifle, que se le había escapado de las manos y había ido a parar a pocos centímetros del armario del hueco de la escalera. Lo recogió dando un gemido—. Sí, deberíamos irnos —admitió, y le puso el seguro—. Aunque estemos dentro de la casa, alguien puede haber oído el disparo y venir a echar un...

A su espalda, la puerta del armario se abrió de repente con un fuerte pam y Jayden gritó:

—¡Chris! ¡Cuidado! ¡Cuidado! ¡Cuida...!

—Esto es una tontería —murmuró Ellie, sombría, con una mano enganchada en el collar de *Mina* y con la otra aferrada a su *Savage*. *Mina*, acurrucada a su lado, sólo arañaba el suelo, pero no salía corriendo. Cualquier ruido que hubiera hecho (y no lo había hecho, por mucho que Chris dijera, porque *Mina* estaba adiestrada para ser silenciosa) fue sofocado por la vuelta de una correa amarrada en el hocico. Ellie avanzó arrastrándose y echó un vistazo por el borde de una pila de troncos a casi tres metros de distancia, pero sólo vio el garaje enclavado en el bosque y la esquina lejana de la casa en la que Jayden y Chris se habían adentrado hacía ya horas, o al menos a ella se lo parecían.

Ellie se replegó mordiéndose el labio inferior e intentó pensar en lo que hacer, en cuánto tiempo debía esperar. Notaba a la perra vibrando bajo su mano. *Mina* quería ir, meterse en la pelea... si es que había alguna. Pero Ellie seguía sin estar segura. Oh, no era ninguna estúpida. Aquel disparo había sonado muy amortiguado, un *pop* diminuto a aquella distancia, pero lo suficientemente nítido para que entendiera lo que pasaba. Sin embargo, sólo se había oído uno: no se había producido ninguna réplica. Tampoco gritos, los cuales, incluso si hubiera kilómetros entre ella y la casa, habría oído con absoluta seguridad porque todo estaba sumido en un silencio sepulcral.

En cualquier caso, tampoco era como para salir corriendo a ver lo que ocurría. Sólo los niños pequeños hacían eso. Pero debía hacer algo, porque en ese momento se imaginaba que estaba sucediendo una de estas dos cosas: o bien Chris o Jayden se estaban levantando del suelo porque uno de ellos había tropezado, o bien les estaban atacando a ambos y estaban siendo despedazados por una horda de comegentes..., en cuyo caso, ¿qué estaban haciendo *Mina* y ella allí sentadas?

Ellie jugueteó con el botón de seguridad de su *Savage*: *on, off, on, off. On. Off.* Y tomó una decisión.

—Voy a contar hasta diez —le dijo a *Mina*—. Luego vamos. —¿Qué dirección tomar? Debería quedarse a cubierto, fuera de la vista. Se corrió hacia delante, le dio a *Mina* un pequeño tirón para quitarla de su camino y se giró para tener una mejor visión de aquel laaaargo metro. En serio, necesitaba unos prismáticos. Sus ojos escrutaban los árboles grises y la nieve blanca y limpia sonrosada aquí y allá por los rayos de la puesta de sol; se paraba en el garaje y volvía al bosque. Si daba un balazo desde allí, luego podría...

Un parpadeo de luz. Un segundo después, se abrió una rendija en la puerta del garaje. Y apareció una mano, y luego un brazo, seguido por la protuberancia de un hombro... y Ellie vio emerger a una chica, delgada y sinuosa... con un cuchillo enorme.

«¡Oh! —Le dio un vuelco el corazón y se replegó rápidamente con *Mina*—. ¡Que

no me vea, que no me vea!»). Durante el breve vistazo que le había echado a la chica —y era una comegente, de eso no había duda—, Ellie sólo alcanzó a ver pelo largo cuajado de tierra y algo raro en la cara... Como si otro comegente le hubiera arrancado un trozo, no estaba segura. Esperó con el corazón en un puño y el oído alerta al susurro de unos pasos sobre la nieve o al crujido de una rama. No oía nada y *Mina* no se movía.

«Vale, entonces la comegente no sabe que estoy aquí. —Se había librado. Pero ahora sí que tenía que hacer algo. A lo mejor el disparo que había oído era una señal —: ¡A comer! Tenemos unos chicos sabrosos».

Se alejó lo suficiente para tener una buena perspectiva de la pila de troncos y vio a la chica, agachada, escabulléndose como una tarántula. Aquel cuchillo, pesado y sólido, parecía más un cuchillo de carnicero.

Ellie apretó el rifle con la mano, pero ¿a quién estaba engañando? Si mandaba a *Mina* tras la comegente, la perra podía terminar hecha picadillo. O si daba un disparo de advertencia que ayudara a Jayden y Chris, aquella comegente la encontraría enseguida. «Pero algo tengo que hacer...».

Desde el interior de la casa se oyó un grito desesperado pero muy amortiguado, un sonido envuelto en algodón, y luego un tenue *bam*. ¿Algo que se había roto? ¿Un portazo?

En ese mismo instante, la chica llegó a la esquina, se escabulló por debajo de una pieza de metal larga y flexible entre la casa y el suelo y se metió debajo de esta.

Eso era. Había algo dentro con Chris y Jayden, algo muy malo, y ahora aquella horrible comegente también iba a atacarles por detrás.

—¡Corre, *Mina*! —Ellie se puso en pie de un salto y liberó a *Mina* de la correa que le sujetaba el hocico. La perra salió disparada como un cohete seguida de Ellie, que gritaba—: ¡Corre, *Mina*, corre, *Mina*, corre, corre, corre!

A Chris sólo le dio tiempo a percibir el grito de Jayden y el estampido de la puerta. Al instante, algo se abalanzó sobre su espalda y le hizo darse la vuelta. Captó un fugaz borrón de la cocina antes de que el Cambiado —chico o chica, no lo sabía— lo derribara lanzándolo al suelo de boca. Su frente impactó contra la madera y sintió cómo su tierna piel, que aún estaba cicatrizando después de la pelea con aquel Cambiado en la cocina de Hannah, se rasgaba con el rebote. Con la cara reventada y pestañeando para deshacerse de la repentina oleada de sangre caliente, plantó una rodilla en el suelo e intentó quitarse de encima al Cambiado. A su espalda, cerca de las escaleras, Jayden seguía gritando, y en ese momento creyó oír un supuesto ruido de botas pesadas que bajaban las escaleras. Otro grito de Jayden, esta vez de pánico, y Chris se dio cuenta de que, al final, había algo más en el piso de arriba aparte del gato.

Captó un susurro por encima de su cabeza y notó que algo le rodeaba el cuello. Al cabo de un segundo, se quedó sin aire. Soltó el rifle, ahora inútil, y luchó por meter los dedos bajo la cuerda mientras el Cambiado le colocaba una rodilla en mitad de la espalda y empujaba a la vez que le tiraba del cuello. Sintió que sus uñas le arañaban la piel, que el pulso le martilleaba y que unas negras arañas le nublaban la vista. Notaba el pecho como si alguien le hubiera dejado caer encima un peso enorme que le hundía las costillas y le aplastaba los pulmones. Se echó hacia atrás para atacar a su oponente con ambas manos, pero apenas acertó a soltar unas cuantas manotadas cada vez más débiles. Sintió que el Cambiado le palpaba el pelo y le daba un tirón para dejarle el cuello expuesto mientras la cuerda le estrujaba la garganta. Chris iba perdiendo el control de su cuerpo y empezaba a convulsionarse. El dolor del pecho era atroz; le bullía con tanta fuerza que parecía que fuera a explotar. Todo se iba volviendo negro, dentro y fuera. No podía seguir luchando. Sus piernas se sacudían sin control, al igual que sus manos. Sólo apreciaba los golpetazos en la madera, el tamborileo de sus botas.

De improviso, se quedó sin fuerzas. Se sintió flácido y notó que la cuerda le serraba la piel del cuello. Lo que debió de haber sido un súbito lengüetazo de puro dolor no fue más que un remoto petardo chisporroteante. Su mente patinó y fue perdiendo la consciencia como cuando el veneno de Hannah le empezó a surtir efecto. Una insidiosa negrura se fue apoderando de su vista conforme los bordes de su mundo se derrumbaban.

Justo antes de que la implacable ceguera se cerniera sobre él, vio algo —¿a alguien?— levantarse de golpe, como si emergiera de las entrañas de la tierra. Y oyó una voz, muy distante, casi intangible como el humo, que exclamaba:

—¡Aquí!

Pero eso fue todo. Luego empezó a caer; todos sus pensamientos se desintegraron

y donde debió de haber estado el suelo o la tierra para sujetarlo, sólo estaba Jess, cobrando forma en medio de un torbellino de sombras. Creyó que le decía algo, pero caía con tanta rapidez que pasó de largo y no...

Tom rodó y salió por el hueco. El Chucky que le quedaba más cerca, un chicarrón con vaqueros manchados y una chaqueta de camuflaje demasiado grande, tenía una rodilla en la espalda del chico de los ojos negros y una cuerda en una mano. Reparó en que el chico de los ojos negros estaba en las últimas; el cuerpo le daba sacudidas, tenía la cara oscura y estaba volviendo los ojos, cuya parte blanca se estaba tornando carmesí por la hemorragia. Más allá, Tom divisó al más pequeño aporreando y pateando a otro Chucky, una chica grandota que no paraba de dar puñetazos.

—¡Aquí! —gritó. El Chucky musculoso reaccionó y aflojó la cuerda con la que asfixiaba al chico, que se derrumbó como un saco de patatas y no se movió. Tom disparó, una ráfaga rápida de tres disparos, un leve *pfift-pfift-pfift*. El pecho del Chucky se quebró en una explosión carmesí y cayó de espaldas mientras Tom trepaba para salir de la cámara y avanzaba, moviéndose deprisa. La chica seguía ensañándose con el otro, pero pareció percatarse del peligro y empezó a recular, a girarse.

—¡Quédate en el suelo! —le gritó Tom al chico. La Chucky se lanzó hacia un lado cuando Tom soltó otra ráfaga, cosiendo la puerta de la calle y las contrapuestas a balazos. El suelo quedó sembrado de dagas de cristal.

—¡Arma, arma, tiene mi arma! —oyó que chillaba el chico.

Tom lo vio en el mismo instante en que ella se volvía; oyó que corrían el cerrojo al tiempo que el cañón de un largo fusil giraba en redondo. Se dejó caer sobre una rodilla, se agachó por debajo de su línea de tiro y apuntó. Al segundo, la cabeza de la Chucky había desaparecido.

—¿Quién...? —El segundo chico estaba jadeando, intentado rodar, ponerse en pie. La sangre le caía por la cara. Tom no sabía si era toda suya, pero al menos ese respiraba—. ¿Quién eres?

Él no respondió. Dio media vuelta y se abalanzó sobre el chico de los ojos negros. El chaval —de diecisiete o dieciocho años, le pareció— seguía tumbado, inmóvil, con la vista perdida, una lengua púrpura asomando, sangre en la garganta y aquella cuerda apretada a conciencia. «Dios, no». Tom se arrodilló, le quitó la cuerda y exhaló un siseante suspiro a través de los dientes al ver el corte tan profundo que tenía en el cuello.

—No. —Era el otro chico, con la voz quebrada. Se arrodilló junto al cuerpo—. No, no, no puede estar muerto, no puede...

—Silencio. —Tom giró la cabeza y aguzó el oído. Nada. Ni el más mínimo aliento en su mejilla. «Vamos, chico. —Cerró los ojos y apoyó la cabeza en el pecho del muchacho. Silencio—. No hagas esto, chaval, no...».

Más allá, en la cocina, se oyó un enorme portazo. Tom, sobresaltado, dio un respingo, aún de rodillas. Una chica salía de la despensa emergiendo por el hueco del suelo por el que él se había deslizado unos momentos antes: una visión horrible y

silenciosa con un monstruoso desgarró en una mejilla que dejaba entrever dientes, encías y lengua. En la mano llevaba el machete más grande y afilado que había visto en su vida.

—¡Atrás! —Tom apartó al chico con la mano derecha y se precipitó a por la Uzi con la izquierda. Ella era tan rápida que a Tom sólo le dio tiempo a dar un manotazo, agarrar el cañón de su Uzi, coger impulso e intentar golpearle en la mano del cuchillo. La Chucky lo vio venir y se agachó, como un esgrimista que esquivase una espada, cuando la Uzi pasó zumbando. Tom, que perdió el equilibrio con su propio impulso, captó el destello, oyó el silbido del machete que descendía rápido y en diagonal hacia su costado izquierdo, que tenía expuesto, y creyó que aquel era el último error que cometía.

Algo marrón atacó a la chica por la espalda. Se oyó una dentellada y ella chilló y se puso en pie mientras el perro le amordazaba el brazo izquierdo y le clavaba más aún los dientes. El machete, que daba vueltas en el aire, pasó rozando a Tom a escasos milímetros del pecho y se incrustó en la pared de enfrente. Por el rabillo del ojo izquierdo, vio que el chico gateaba en busca de su rifle. A menos de un metro de distancia, la Chucky se arremolinó como un derviche y el perro, que tenía las mandíbulas bien apretadas, empezó a volar a su alrededor como en un lanzamiento de peso.

Y, cuando Tom vio al perro, pensó: «Espera...».

A su derecha, la puerta de la cocina se abrió de repente de par en par. Tom asió bien la Uzi, se encajó la culata en el hombro y desvió rápidamente el arma justo cuando una rubita con pelo de panoja —demasiado pequeña para ser una Chucky; Tom contaba aún con la claridad mental para darse cuenta de eso— apareció como un rayo por la puerta.

—¡Mina! —gritó la niña, pegándose un Savage al hombro—. ¡Suelta!

En ese momento, Tom sintió que el corazón le estallaba de incredulidad y de una alegría súbita, dulce e impresionante. Para él, y sólo durante una milésima de segundo, el mundo sencillamente se detuvo, desapareció, y no deseó más que cogerla en brazos y abrazarla, pero lo que hizo fue acortar distancias, girarse de nuevo en busca de la Chucky recuperando la tensión del dedo que tenía en el gatillo.

—¡Dispárale! —gritó el joven de pelo castaño mientras salía corriendo al lado de Tom—. ¡Dispárale, Ellie, dispárale!

Los tres dispararon juntos: la Uzi de Tom siguió sin hacer ruido, pero el rifle del chico rugió e incluso el Savage formó un gran estruendo para ser un arma tan enclenque.

Entonces Tom, que seguía de rodillas —porque, de repente, no se sentía los pies; seguro que se caía—, empezó a gritar con los brazos abiertos:

—¡Ellie! ¡Cielo! ¡Ellie, Ellie!

Ellie había estado tan concentrada en la perra y en la Chucky que Tom dudó que se hubiera percatado de nada más. Al oír su voz, ella se giró y puso unos ojos

enormes, incrédulos y muy muy azules, y voló por la habitación mientras *Mina*, que ladraba como una histérica, también se abalanzaba sobre él.

—¡Tom! —chilló—. ¡Tom! ¡Tom! ¡Tom!

Lo habría derribado, de eso estaba seguro, porque venía corriendo a toda velocidad y a él no le cabía el corazón en el pecho, pero lo soportaría, lo estaba deseando... y ella lo habría hecho, sin duda, de no ser porque *Mina*, loca de alegría, llegó primero hasta él.

—Me gustan las hogueras. —Chris ensartó otra nube en el palo y la acercó a las llamas—. De hecho, me encantan los sándwiches de nubes, chocolate y galletas... ¡Eh, que te quemas!

—Así es como me gustan. —Peter se chupó los dedos para evitar que se le chamuscaran, aplastó las nubes derretidas y ennegrecidas contra varias pastillas de chocolate Hershey colocadas sobre galletitas Graham, les puso otra galleta encima a modo de emparedado y apretó hasta que la lava blanca de las nubes se desbordó por los lados. Luego se llevó el manjar a la boca—. Y es más rápido —dijo, dándole la vuelta al jugoso sándwich—. ¿Qué? ¿Vas a dejar que me atiborre yo solo?

—No —respondió Chris, aunque no acercó más sus nubes al fuego. Observó el cielo nocturno, surcado de estrellas. El ojo de la luna, más blanco que cualquiera de aquellas golosinas, se lo quedó mirando.

«No puede ser. —Hizo una mueca y se llevó una mano al pecho al sentir un dolor repentino, una extraña presión—. Estoy soñando otra vez».

—No tengo ninguna prisa. —Las llamas bailaban. Su aliento salió en forma de vaharada, aunque ni él ni Peter llevaban chaquetas ni botas de montaña, sólo vaqueros, camisetas y deportivas—. Me gusta estar aquí.

—A mí también —le contestó Peter con voz pastosa. El pelo le caía por los hombros como hilo de oro. Sus ojos eran diamantes azules—. Es uno de mis lugares favoritos.

—Pero no podemos estar aquí, ¿verdad? —Chris creía que se encontraban en la cima de una montaña, muy por encima de un valle. Sin embargo, sólo se veía aquel fuego crepitando en una meseta de roca y, detrás de Peter, nada salvo un vacío oscuro. A juzgar por las estrellas, podría tratarse del espacio exterior. O del cielo.

—No. El fuego no es real, pero este es mi sitio, son mis reglas. Mis nubes. —Peter tragó, se pasó la lengua por un hilillo de baba y gimió—. Y el chocolate... ¡Oh, Dios mío, había olvidado lo bueno que está!

—Entonces, ¿estamos en tu cabeza?

—Más o menos. Es como... soñar despierto. Mi refugio. Algo así como el lugar donde reside la última parte de mí. —Peter ensartó más nubes en el palo—. Será mejor que te zampes ese sándwich antes de que te lleven de vuelta.

«¿Que me lleven de vuelta?».

—¿Cuánto tiempo tenemos? Echo de menos hablar contigo. —No era aquello lo que quería decir, pero la verdad le daba vergüenza. Sintió otra punzada de dolor—. ¿Qué es eso? Parece como si alguien me golpeara el pecho.

—Porque así es. Están intentando salvarte el culo.

—¿Qué? —Su cerebro asimiló lo que Peter acababa de decir y se acordó de la advertencia de Jess o, quizá, de su profecía: «Alguien morirá. Alguien debe

hacerlo»—. Salvarme el culo... ¿Quieres decir que estoy...?

—Así de cerca. —Peter capturó unos centímetros de aire entre dos dedos—. El corazón se te ha parado y no respiras. Creo que Tom te ha roto una costilla. El chico de la Cruz Roja que hacía reanimación cardiopulmonar avanzada para los ayudantes del sheriff decía que a veces ocurre.

—Tom. —Pestañeó—. ¿El Tom de Alex?

—Sí, Al... —Peter se contuvo a tiempo—. Ella —contestó, pegándole un mordisquito a una nube—. ¿Sabes que están muy buenas crudas? Tampoco lo recordaba. Eso es lo malo de esto: puedo venir aquí, pero luego me olvidaré de ti y de todo. Es la única manera que tengo de mantenerlo a salvo de él. Es como si me encontrara detrás de un cristal de espejo, sólo que no tengo ningún micro para hablar y nadie de fuera sabe que estoy aquí.

Aquella experiencia era muy diferente a las anteriores. Ahora se sentía... más seguro.

—¿Por qué no te veo en una pesadilla? Hasta ahora siempre ha sido así —inquirió Chris, pensando que tampoco había estado a punto de morir tantas veces. Clavó la mirada en su brocheta de golosinas que se negaban a tostarse. ¿Qué les pasaba? En un impulso, las arrojó a las llamas. No ocurrió nada. Las nubes no burbujearon ni se pusieron negras. Retiró el palo, le rompió la punta, lo lanzó al fuego y observó cómo las llamas se negaban a devorarlo. Un leño chisporroteó, liberando un enjambre de chispas, pero la madera en sí permanecía inalterable. Chris alargó la mano y acercó la palma a las llamas. No sintió calor. Ni dolor.

—Como te he dicho, estamos en mi lugar especial. Supongo que todo esto... —Peter arrancó una nube del palo y la levantó para estudiarla como si examinara una muestra de laboratorio— a ti no te afecta.

—¿Por qué? —Chris partió un trocito de chocolate y se lo llevó a la boca. Por un instante, se acordó de Meg Murry sentada frente a una comida que sabía a arena, mientras su hermano, perdido y bajo el control de ELLO, engullía con felicidad. El chocolate no olía a nada y tenía menos sabor que el aire—. ¿Por qué no he sido capaz de venir aquí desde el principio?

—A lo mejor porque aún estabas intentando descifrarlo todo. Escarbando para encontrar la verdad, haciendo encajar las piezas. —Peter sopló para apagar sus nubes llameantes y agitó el palo dibujando estelas de humo blanco—. Dejándote ir lo suficiente para encontrar un trozo de mi yo real, supongo.

«La verdad viene del agua y de la sangre».

—Librándome del martillo.

—Sí, pero tampoco tenemos que ponernos bíblicos. Esto tiene más que ver con la biología y con el cerebro —repuso Peter—. Hablo del lóbulo temporal, de experiencias extracorporales. Isaac tenía razón al respecto.

—¿Y tú? ¿Estás muerto de verdad o has cambiado o...?

—Creo que, en mi caso, todo está relacionado. —Peter dejó escapar un hondo

suspiro—. Tengo tanto que contarte y tenemos tan poco tiempo... Ni siquiera estoy seguro de que podamos volver a hacer esto.

—¿Y cómo lo estamos haciendo?

—No lo sé. Construí este espacio hace un par de semanas, cuando tú me lo dijiste.

—¿Yo? ¿Y cómo iba a...?

—Somos diferentes. Todos los Salvados lo son. Algunos son realmente únicos, como tú y el modo en que tu cerebro reaccionó a esa droga que te dio Hannah. Yo... yo estaba cambiando antes del Cambio. El barco. Las mentiras. —Peter desvió la vista—. Dejar que esa chica se ahogara...

Chris había pensado mucho en ello.

—Peter, no hubo tiempo. No podías salvarlas a las dos. —Estuvo a punto de decir: «Alguien tenía que morir», pero se contuvo—. Peter, era tu hermana.

—Pero empeoré las cosas. Dije que la chica ya estaba muerta. —Peter inhaló una trémula bocanada—. Los tipos buenos no mienten, no eligen. Salvan a todo el mundo.

«Eso sólo ocurre en los libros».

—Hannah dijo que lo intentaste.

—Sí. —Peter soltó una risa lúgubre—. Para lo que sirvió... Esa simple elección arruinó la vida de Simon y es probable que también la de Penny. Y para colmo, voy y monto la Zona y alimento a los... —Acercó el palo al fuego; su voz se empañó de asco—. Todo lo que creo, todo lo que quiero, lo destruyo.

—Yo aún sigo aquí —indicó Chris con calma. Vio cómo la nube de Peter se reducía a cenizas. El dolor palpitante del pecho se había intensificado muchísimo en los últimos segundos—. Esto no es una pesadilla. Aquí sólo estamos nosotros dos, y tus ojos son azules, Peter.

—Eso es porque tú ves la parte que está... —se dio un golpecito en la nuca— oculta y que sigue siendo..., ya sabes..., yo. Esa parte que se supone que tenías que alcanzar.

«Y la parte que, si puedo, me gustaría salvar». El pensamiento surgió en su cabeza de manera espontánea.

—A lo mejor es porque tú también quieres alcanzarme a mí. Dijiste que tenías miedo, pero estoy aquí. He encontrado este lugar y a ti. Déjame ayudarte, Peter.

—Ya dijiste eso una vez. Creo que entonces ya me salvaste un poquito. Me dijiste que me perdonara a mí mismo. —Peter negó con la cabeza—. Pero no puedo. Y tú tampoco deberías perdonarme.

—Pero lo hago, Peter —le aseguró, y luego se puso rígido al notar que el pecho le estallaba. «No, por favor, todavía no»—. No estás perdido, no mientras yo pueda seguir encontrándote.

—Pero ya casi me he ido. Eso también lo noto. ¿Ves este espacio? —Peter echó un vistazo a aquella burbuja de luz que resistía frente a la oscuridad—. No sé durante cuánto tiempo más voy a poder aferrarme a él. Sí, es una parte que él no puede

controlar. Ni siquiera estoy seguro de que sepa que existe. Pero él es cada vez más fuerte y mi espacio va menguando. Este fuego, las nubes... Es lo único que queda.

—¿Él?

—Sí. F-F... —De pronto, Peter echó la cabeza bruscamente hacia atrás y una flecha de dolor le surcó la cara.

—Peter. —Alarmado, Chris intentó agarrar a su amigo—. Peter, ¿qué...?

—¡N-no! —Peter se encogió—. N-no me toques. Es cu-culpa mía. N-nombrar es controlar, ac-acceder...

—¿Acceder? ¿Controlar? ¿De qué estás hablando?

—De é-él. Él quiere sa-saber, pero no le he d-dicho... —Tragó saliva mientras se presionaba las sienes con el pulpejo de las manos—. No podemos decir nombres. Va en ambos sentidos. N-nombrarle es dejarle entrar.

—¿A quién? ¿Cómo?

—A F-Finn... Ay, Dios, cómo duele. —Arqueándose ante una nueva oleada de dolor, siseó—: Usando una d-droga, no la misma que Hannah te d-dio, pero pa-parecida...

—¿Con quién? ¿Contigo?

—S-sí, y... —Peter dio una boqueada— y con los C-Cambiados. Demasiado que ex-explicar. No hay tiempo. Pregúntale a T-Tom. Él ha averiguado parte de... ¡Aaaah!

—¡Peter! —Chris hizo acopio de toda su voluntad para no tocar a su amigo—. Peter, dime qué hacer.

—N-no hay nada que puedas hacer. —Otra oleada de dolor le hizo soltar un gemido—. F-Finn v-v-viene.

—Viene. —A Peter le brillaban de sudor la frente y el cuello, pero a la luz de un fuego menos refulgente. Chris echó una ojeada a las tenues llamas justo cuando aquel dolor agudo volvía a apoderarse de su pecho. «No hay tiempo». O Finn había encontrado a Peter o estaban tirando de él, o quizás ambas cosas—. ¿Adónde? ¿A Rule?

Con los ojos todavía cerrados, Peter consiguió asentir.

—Tiene a-arms. Hombres y Cambiados...

—¿Qué? —Una poderosa garra de dolor le hurgó el pecho. No pudo reprimir un gemido. Volvía a experimentar aquella sensación familiar, la vista volvía a emborronársele, pero tenía que saberlo, ¡tenía que aguantar! «¡No me hagáis volver! ¡Sólo uno segundos más!»—. ¿Q-qué es lo que quiere?

—N-niños. M-más experi... ¡Aaaaaaah! —Peter cayó de rodillas y se agarró la cabeza con las manos—. Vete, Chris. P-por favor. Antes de que te v-vea, antes de que te co-conozca. Deja que t-te lleven de v-vuelta. S-sálvate, sálva...

—No. —Tal vez a causa del dolor o por el horror de Peter y su certeza de que, cuando se encontraran (si lo hacían), las cosas serían muy diferentes, o quizá porque Jess le había enviado de Rule a encontrar su camino, Chris se decantó por otra

opción. Agarró a su amigo de la nuca, lo atrajo hacia sí y lo mantuvo firme—. No, Peter, no pienso hacerlo.

—Ch-Chris, ¡no! —Le brillaron los ojos y Chris vio que empezaban a tornarse de su rojo sangre original. Peter se aferró a sus antebrazos—. ¡No me toques! Tienes que...

—No me digas lo que tengo que hacer. —Chris oyó que su voz se quebraba y notó que las lágrimas le corrían por las mejillas—. Voy a salvarnos, Peter. Voy a salvarnos a ambos.

Entonces la marea negra lo arrastró y se lo llevó de allí.

—Escuchadme. He visto a ese hombre. He visto a esos Chuckies... A los Cambiados. A los que ha alterado. Sé lo que tienen y de lo que son capaces. —Tom señaló la Uzi y el contenido de la mochila que había esparcido por la mesa de la sala de conferencias del asilo—. Finn está bien armado, bien aprovisionado, y tiene tropas con las que vosotros no contáis. Os garantizo que no duraríais ni una hora y mucho menos un día. Os quitará de en medio, se llevará a los niños y adiós muy buenas.

—¿Me estás diciendo que nos rindamos, que dejemos que nos aplaste y que nos rindamos sin luchar? —Jarvis lanzó una mirada oscura con el ceño fruncido a los dos hombres, igual de viejos y escépticos, que tenía sentados a cada lado—. ¿Qué mierda de soldado eres tú?

—Eh, eh. —Kincaid golpeó la mesa desde su sitio a la izquierda de Chris—. ¿Estás sordo, Jarvis? Este chico intenta ayudarnos a salvar lo que podamos.

—Está bien —dijo Tom, aunque Chris vio que un rubor de enfado le subía por la mandíbula—. Estáis asustados, estáis hambrientos, aquí las cosas se han venido abajo. Lo entiendo. No me conocéis y seguro que no confiáis en mí, sobre todo porque me he presentado con vuestro Enemigo Público Número Uno. —Tom ladeó la cabeza hacia Chris—. Eso también lo entiendo. Pero esta batalla no la vais a ganar.

—Tenemos derecho a defendernos —protestó Jarvis.

—Nadie está cuestionando eso, pero debéis decidir qué vais a defender de verdad.

—¿Y eso qué coño significa?

—Significa que no estamos hablando de luchar por Rule —puntualizó Chris con voz ronca, haciendo a continuación un gesto de dolor. Después de cuatro horas, lo único que salía de su garganta, que sentía como si se hubiera tragado unas cuchillas de afeitar, era un susurro áspero.

Lo que más le había asustado fue verse en un espejo. Un cardenal amoratado e incrustado de sangre le rodeaba la garganta como el collar de un perro. El blanco de los ojos estaba inundado de rojo por los capilares rotos y casi tan inyectado en sangre como lo que había visto en su sueño sobre Peter. Le dolía respirar, los músculos se le agarrotaban con cada inhalación y dos costillas cascadas también le daban la lata, aunque Kincaid le había dicho que, si se las hubiera partido, le habrían dolido diez veces más. «Tienes mucha suerte de que ese muchacho sepa medicina de campana». Por suerte para él, Tom también era muy fuerte. Una vez que su corazón había vuelto a latir y él a respirar, Tom lo había cogido en brazos, los había llevado a todos a los guardias del perímetro y se había rendido de inmediato.

Aunque Jayden dijo que hubo un momento, después de que mataran a la chica del machete, en que Tom había... dudado: «Cuando dije tu nombre, a Tom se le notó en la cara la sorpresa al descubrir quién eras y... fue muy extraño. Pareció enfadado, como si ya supiera algo sobre ti y te odiara a muerte. Si Ellie no le hubiera

preguntado qué le pasaba...».

Jayden no había terminado la frase, pero su significado estaba más claro que el agua, lo que hizo que Chris se preguntara qué cojones le habría contado Weller a Tom. No había tenido tiempo de descubrirlo. De momento, al menos, Tom parecía haberse tragado su rabia en pro de trabajar juntos y hacer que aquellos ancianos entraran en razón.

—Estamos hablando de defender a los niños. —Al oír su voz, el gran pastor alemán negro de Chris, *Jet*, le puso el hocico en el muslo la mar de contento. Chris se había alegrado tanto de verlo que por poco se desgañitó—. Es la única lucha que nos queda —señaló mientras le rascaba el cuello al perro.

—Eso ya lo sabemos —repuso Jarvis—. Mantener a esos cabrones fuera de aquí.

—No. —Desde su silla a la derecha de Chris, Jayden habló por primera vez—. Eso no es lo que Tom está diciendo. No estáis escuchando. Si Tom está en lo cierto, es como si tiraseis las balas a la basura. No, peor aún..., como si lanzarais bolitas de papel mascado y os disparaseis en el pie. Así usaríais mejor las balas.

—¿Ah, sí? Bueno, no recuerdo haberte pedido tu opinión —lo reprendió Jarvis.

—Si quieres gritarle a alguien, grítame a mí —intervino Tom con paciencia—. Sé que no tienes ningún motivo para confiar en mí, pero escucha, por favor. Todo tiene sentido, sobre todo si tenemos en cuenta cuáles podrían haber sido los motivos de Weller y la foto de Finn y él. Volar la mina debería haber enviado a los Cambiados en vuestra dirección porque muchos eran de Rule. Son vuestros nietos y sus amigos, pero no se han presentado.

—Eso no significa que los hayan atrapado. Unos cuantos sí que han vuelto. —Yeager se pasó una mano por la arrugada camisa de cuadros gris y se enderezó un poco, pero tenía la espalda encorvada; las mejillas cetrinas, hundidas; y los ojos sagaces que una vez habían sido de pájaro ahora estaban apagados y demacrados—. Después de Ben Stiemke, descubrimos y matamos a cuatro más, pero eso es todo.

—Todo lo que hemos encontrado. —De unas grietas con muy mala pinta en ambas comisuras de la boca de Jarvis caía un hilillo sangriento hasta la barbilla. El anciano se lo limpió con una mano, echó una ojeada y luego se la pasó por la pernera del pantalón—. Pero ahora están los dos a los que disparasteis vosotros y esa chica con el machete y el... —Se dio unos golpecitos en la mejilla—. Creo que la había visto antes por el pueblo.

—Claire Krueger. —Ernst, que antes era tan imponente y rechoncho, parecía el muñeco Michelin desinflado—. No era de Rule, pero iba al mismo instituto que Ben; estaban en el mismo curso.

—¿Quién sabe, entonces, cuánto tiempo llevan campando a sus anchas por aquí? —preguntó Jarvis—. Sacamos al menos cinco cadáveres de esa cámara bajo la casa y hemos contado a una docena de desaparecidos durante las dos últimas semanas, sin mencionar a los propios Landry. Desaparecieron el día después de... —Jarvis lanzó una mirada de soslayo al Consejo y la apartó rápido con los músculos de la

mandíbula tensos— de lo de Ben Stiemke. Sinceramente, creíamos que la gente estaba yéndose a hurtadillas. Y no los culpo. A decir verdad, no hemos hecho gran cosa por retenerlos, así que, si ese es el único resultado del derrumbamiento de la mina, se nos escapa de las manos.

—Pero es que no es el único —dijo Chris con su voz ronca y áspera. Sonaba como un fumador empedernido—. Eso es lo que Tom está diciendo.

—Había muchos críos en esa mina, un par de cientos por lo menos, y más que entraban y salían —continuó Tom—. Lo que Weller no sabía era que Finn necesitaba que yo volara la mina para facilitarle que su gente los cazara, como si arrearan ganado. Si sólo un par ha asomado por aquí, apuesto a que ha reunido a bastantes y, si les está haciendo lo que he visto en esos Cambiados alterados, no tenéis la más mínima posibilidad, y menos los niños.

—¿Estás diciendo que mataría a los niños? —le preguntó Jarvis—. ¿Que les dispararía o se los daría a comer a sus Cambiados?

—No. Los niños son valiosos, pero por otros motivos. —Chris se había guardado los detalles de su... ¿sueño?, ¿visión?, ¿experiencia extracorporal?—. Experimentaría con ellos.

Tom asintió.

—Creo que esa es la razón por la que Mellie estaba juntando niños. Nunca se trató de formar un ejército que marchase sobre Rule. Se trataba de encontrar conejillos de Indias, sujetos experimentales. Finn probablemente quiere ver lo que les pasa a los niños normales o a los que pueda capturar en el proceso de cambio. Cuanto más lo pienso, más creo que el campamento de Finn siempre estuvo relativamente cerca. Es lo único que explica que Mellie se empeñara tanto en retenernos allí y que los Cambiados nunca nos atacaran. Finn protegía el campamento. Seguramente desplegaba hombres que vigilaban nuestro perímetro, sobre todo una vez que explotó la mina.

—De acuerdo, digamos que tienes razón. Pero... ¿correr? —Jarvis negaba con la cabeza—. Ahora apenas nos mantenemos. No hay suministros suficientes para todo el mundo.

—¿Quién ha dicho nada de todo el mundo? —saltó Chris con voz ronca. Sus palabras quedaron suspendidas en el aire y se sintió satisfecho de haberlas soltado. De todos los hombres allí reunidos, pensó que, por la súbita forma de estrechar los ojos, sólo su abuelo tenía una ligera idea de lo que estaban proponiendo.

—Pero... —Jarvis echó un vistazo a su alrededor con la mirada perdida—. Pero si no podemos luchar y ganar...

—Se refiere a los niños. —Los ojos de Yeager parecían haber recuperado algo de su particular claridad—. Y sólo a los niños.

—¿De qué estás hablando?

—Podéis marcharos de Rule o podéis quedaros, pero nosotros nos llevamos a los niños, no a vosotros. Vosotros no podéis venir —le aclaró Chris—. Tampoco podéis

seguirnos ni intentar encontrarnos.

—¿Qué? —farfulló Jarvis—. ¡Eso... eso es una locura! ¿Vais a dejar que muramos aquí?

—No. Si la mayoría de vosotros quiere irse, adelante —dijo Chris—. Creo que deberíais marcharos de aquí.

—¿Marcharnos? —A Jarvis se le hincharon las venas azules de las sienes—. ¿La mayoría?

—Algunos deben quedarse —dijo Tom con calma—. Si no actuáis con normalidad, Finn sabrá que os han avisado. Tenéis que darles ventaja a los niños para huir.

—Espera un momento, espera un momento. Acabas de decir que no debíamos luchar.

—Lo que quería decir es que debe ser la lucha adecuada por la causa adecuada y en el momento adecuado —matizó Tom—. Habéis reunido a niños, algunos por la fuerza y otros no. Estabais convencidos de que era en su beneficio, pero una cárcel no es un hogar. Retener a esos niños ya no obedece a otro propósito que al vuestro. Tienen derecho sobre sus vidas. Por favor. —Miró a Jarvis y luego a los otros hombres por turnos—. Dejad que Jayden y Chris los lleven a un lugar más seguro.

—No hay ningún lugar realmente seguro —objetó Yeager.

—Pero será mejor que este —puntualizó Chris—. Lo que pedimos son suministros y carretas suficientes para llevarlos al norte, eso es todo. Digamos cuatro días, cinco.

—Eso nos dejará sin nada —protestó Jarvis—. Lo único que nos quedará serán un par de chicles Juicy Fruit.

—Si eso es verdad, entonces ya estáis acabados —dijo Tom—. Tenéis demasiadas bocas que alimentar y pocos recursos. Aunque encontraseis semillas que plantar, pasarían meses antes de que consiguierais una cosecha. Recuerda la historia: esto es como la hambruna de Jamestown. Lo único que aún no habéis hecho es comeros a vuestros muertos.

Jarvis se quedó frío.

—Nunca llegaríamos a eso.

—Nadie pensó tampoco que el mundo se acabaría —apuntó Kincaid—. Jarvis, por el amor de Dios...

—Kincaid, no puedo decidir. Debemos someterlo a votación. Reunir al pueblo...

—No puedes —lo interrumpió Tom—. No tienes tiempo y la gente discutirá hasta la saciedad. Les entrará el pánico y no disponéis de personal para controlar una revuelta. Una vez que se haga y sea cuestión de una elección muy simple, irse o quedarse, os resultará mucho más fácil calmar a la gente y puede que incluso salvar unas cuantas vidas más. Si no me equivoco, Finn estaba a medio día de mí, pero tal vez a mucho menos. Además, tiene la luna llena a su favor, lo que significa que puede avanzar y prepararse para arrasar este lugar al amanecer.

—La luna de Cuaresma —añadió Yeager—. La última luna llena de invierno. Muy apropiado, dada nuestra situación. «El sol se tornará en tinieblas, y la luna en sangre». —Alzó las manos a modo de disculpa—. Joel. También acertado, teniendo en cuenta el terremoto. El chico tiene razón, Jarvis. ¿No querías un puesto en el Consejo? Pues ya lo tienes. Toma una decisión y pide perdón después, pero, por el amor de Dios, toma la correcta.

—Dios mío. —Jarvis bajó la mirada a la mesa durante un buen rato, asintió al comprender algo y alzó la vista hasta Chris—. He oído lo que habéis dicho sobre los adultos, pero llevaos a Kincaid.

El médico se revolvió.

—Jarvis, yo no estoy pidiendo...

—Los niños lo necesitarán. Probablemente sea el único adulto en el que podéis confiar de verdad. —Jarvis desvió la mirada a Jayden—. Él ha cuidado bien de vuestros enfermos antes y es un auténtico cabezota cuando se lo propone.

En su fuero interno, Chris había albergado la esperanza de convencer a Kincaid. Jayden y él se miraron y, acto seguido, Jayden se giró hacia el médico.

—¿Vendrías? —le preguntó Jayden—. Nos gustaría.

—Yo... —La garganta de Kincaid chasqueó al tragar en seco y luego asintió—. Tengo que dejar listas un par de cosas, pero... de acuerdo.

—Entonces, debéis poneros en marcha —lo apremió Tom—. Reunid a los niños, empaquetad los suministros y salid ya. Apenas queda tiempo.

—¿Y qué hacemos cuando os hayáis ido? —preguntó Jarvis.

—Yo no me voy —le aclaró Tom—. Todavía no.

—¿Qué? —Chris oyó que la palabra se le caía de la boca.

—Tom, no puedes... —dijo Jayden, sentado junto a Chris.

—Sí que puedo —repuso Tom, sin apartar la vista de Jarvis—. Vosotros tenéis a vuestros niños y Finn tiene a los míos. No puedo marcharme, no mientras exista una oportunidad de ayudarlos.

—Finn no los traerá —apuntó Chris.

—No al frente de batalla. Lo más probable es que estén en la retaguardia, a cinco o seis kilómetros. No habrá otra oportunidad, ni mejor, de rescatarlos. Sólo hay que mantener a Finn concentrado en Rule.

—¿Y cómo hacemos eso? —preguntó Jarvis—. ¿Gritando y corriendo por ahí como pollos?

—No. Finn viene desde el sur. Tenéis que montar una defensa o una barricada..., tal vez un abatis...

—¿Un qué?

—Árboles. Los taláis de manera que todas las ramas den al enemigo. Vuestra gente no sólo dispondrá de una protección, sino que será mucho más difícil que los hombres de Finn la atraviesen; se verán obligados a dar un rodeo. Un obstáculo como ese también lo mantendrá con las miras puestas en Rule, no en su retaguardia.

Jarvis miró a los otros hombres, que asintieron.

—Eso podemos hacerlo por vosotros —le ofreció.

—Bien. Entonces, coge a tus hombres, Jarvis, a los que sepas que no van a salir corriendo al primer disparo, y dame tiempo para ir a por mis críos —dijo Tom.

El secreto sobre lo que estaban haciendo y quién se dirigía a Rule se mantuvo hasta más o menos las tres de la madrugada, lo suficiente para que Chris y su gente hicieran acopio de las provisiones necesarias y empezaran a recoger a los niños, que ahora se hallaban reunidos en el asilo. Para sorpresa de Tom, sólo unos cincuenta ancianos, la mayoría de los cuales habían buscado antes refugio en Rule, escogieron quedarse con su parte correspondiente de las provisiones y marcharse del pueblo. De los aproximadamente ciento cincuenta restantes, Jarvis había elegido a diez para guarnecer un abatis que habían elaborado a toda prisa con árboles talados para proteger la carretera del sur, el acceso más directo desde la mina, que atravesaba el campo ondulado y poco frondoso.

—Tengo a otro par de hombres preparados para montar una barricada con árboles en la carretera del norte, a las afueras del pueblo, cuando los niños se vayan. Los demás prefieren esperar en la iglesia —le explicó Jarvis a Tom, que había pasado por lo que solía ser la escuela para coger unos pocos artículos muy especiales antes de poner rumbo al campanario—. Al menos, hasta que Finn entre en el pueblo.

—¿Esperar? ¿A qué? No puedes hablar en serio. —Tom estaba horrorizado—. Jarvis, tienes que conseguir que esa gente se marche. Serán presa fácil. Deberían salir de Rule, esto no es el Día del Juicio. Ni Jonestown. Por el amor de Dios, nadie os va a pedir que os bebáis un vasito de Kool-Aid. Os matarán sin más.

—Pero el reverendo tiene razón: ningún lugar es seguro del todo. —Los ojos de Jarvis estaban tan hundidos que se necesitaba una linterna para verlos—. Permanecer unidos nos reconforta; no puedo quitarles eso. Además, nuestros nietos por fin vuelven a casa y... —Su voz se espesó—. Ellos son nuestra responsabilidad, siempre lo fueron. Si mi nieto va con Finn, necesito saber que está en paz. —Ningún argumento iba a hacerle cambiar de opinión, tampoco a los demás, y Tom acabó desistiendo.

Cuando más tarde cruzaba la plaza hacia el ayuntamiento, Tom vio a gente entrando en la iglesia. Las vidrieras de colores brillaban, algo que cualquier otra noche le habría resultado tranquilizador. Mientras subía los escalones del ayuntamiento, le llegaron las tenues notas de un himno a través de las puertas abiertas: «No temo a ningún enemigo contigo cerca para bendecirme».

Con la pierna mala resentida ligeramente por todo el trajín de subir y bajar (sin mencionar lo que le había costado meter los cubos de pintura y las bolsas de fertilizante de calidad superior dentro de aquel trastero justo encima de la cárcel antes de volver a por las latas de diesel y gasolina, esperando haber calculado bien las proporciones), bajó al piso inferior para comprobar los conductos de aire acondicionado del edificio. Ya había descubierto que eran lo bastante grandes como para poder serpentear por ellos. (Afortunadamente, no sufría claustrofobia). Le

restaba averiguar cuán lejos podría alargar el cable detonador y si sus cálculos funcionarían. Sólo necesitaba ganar quince o veinte malditos minutos fuera.

«Luego se hará la oscuridad —pensó Tom—. Nos guste o no».

Dos horas más tarde, oyó el retumbar de unas botas.

—¿Tom?

—Aquí arriba, Chris. A tu izquierda. Espera. —Estaba tumbado de espaldas sobre un alto anaquel situado a unos pocos centímetros del techo de la cárcel, con un despertador parcialmente desmontado en las manos. Colocó un dedo sobre la rueda de escape del reloj e insertó con cuidado un trocito de fósforo tallado entre uno de los dientes y la paleta de entrada de la palanca antes de aflojar la presión sobre la rueda. La paleta se hincó en la madera, pero no la rompió. Los engranajes se detuvieron, las manecillas se congelaron—. Bueno, ¿qué? —dijo, dejando el reloj a un lado con delicadeza y cogiendo unos alicates—, ¿los tíos están ya en la barricada?

—Están más o menos preparados. Los niños deberían marcharse dentro de una hora.

—Mejor antes. Pronto amanecerá.

—¿Y qué vamos a hacer? —Chris se fijó en los tanques de propano, las latas de gasolina y la premezcla—. Oye, sabía que todo esto se encontraba aquí, pero ¿qué estás planeando? Me da una perspectiva totalmente distinta de las cosas.

—Sí. Sólo espero que el estallido sea lo bastante fuerte. —Abrió un agujero en el extremo de un bloque blanco grisáceo, introdujo un tubito deslucido (sí, por suerte, podía pasar por una M18) y cortó con los dientes varias tiras de cinta aislante negra—. ¿Tienes a tus chicos?

—A los que quedan. Nunca hemos sido muchos Salvados y ahora menos. Pru y Greg son los mayores. Enviaría a ambos, pero retuve a Greg para que se viniera con nosotros. Hay algunos chicos como Aidan, Lucian y Sam que, cuando me marché, se pasaron al lado oscuro. Encerraron a Pru y a Greg, ¿sabes? No confío en Aidan y en los otros, pero no puedo dejarlos aquí. No estaría bien.

—Es tu gente, tú decides. Pero ¿te merecerá la pena a largo plazo? Al final tendrás que elegir.

—Lo sé. —Chris se encogió de hombros—. Todos somos Salvados. Si lo conseguimos, tal vez llegue el momento de darles su parte y dejarlos marchar. En cualquier caso, Pru y otros tres chicos irán a por tus críos cuando digamos.

—Perfecto. —Tom señaló el termo del suelo—. ¿Quieres café? Llevo horas chutándome. Estoy como una moto.

—Gracias. —Chris destapó el termo y se sirvió una taza, le dio un sorbito y pestañeó—. Vaya si está fuerte. Hasta me ha dado dentera.

—Pues disfrútalo mientras puedas. Lo encontré entre las cosas de Weller. —Tom volvió a concentrarse en el trabajo. Aquella hemorragia roja en los ojos de Chris, tan

parecida a la de los Cambiados alterados de Finn, le inquietaba—: Parece que te encuentras mejor.

—Sí. Kincaid dice que he tenido suerte de no fracturarme la laringe. —Tom oyó que Chris daba otro trago vacilante—. ¿Cómo va a funcionar esto exactamente?

—Voy a unir el bloque por cable a un despertador, como ya he hecho con otros cuatro. Cuando tire del fósforo, el reloj echará a andar; así puedo controlar exactamente cuándo debemos empezar en vez de calcularlo ahora y rezar por que todo salga bien.

—¿Y no lo oirán desde la puerta? El tictac. —Chris señaló con el dedo una bomba acabada, unida a un estante inferior—. Esa está a simple vista.

—Así llamará la atención de Finn. Me apuesto lo que sea a que no les dará tiempo a arrancarlas todas antes de que una explote —sentenció, sorprendido por la facilidad con que salía la mentira de su boca.

—Vaya si os enseñan cosas, ¿eh? —Chris pasó el dedo índice por el borde de la taza—. Vi una peli sobre un escuadrón de desactivadores de bombas. ¿Hacíais esas cosas?

—Sí. —Tom peló el cable eléctrico con el cuchillo. Cuanto más amañado pareciera, más se lo tragaría Finn—. Conozco la peli.

—¿Y lo conseguían?

—Algunos. Casi siempre enviábamos robots y fabricábamos cargas de agua o utilizábamos un bloque de C4 para volar bombas camineras. El traje es el último recurso. —Se interrumpió—. No quiero parecer maleducado, pero no tengo muchas ganas de hablar de eso ahora. Debo estar concentrado. Recordar aquello... no va a hacerme ningún bien.

—De acuerdo. —Notó la mirada penetrante de Chris—. ¿Qué te contó Weller? Sabía a lo que Chris se refería.

—Nada bueno —repuso, cortando otra larga tira de cinta aislante. Gracias a Dios, había suficiente. Temía que no quedara para las auténticas—. No me imaginé que nos conoceríamos así.

—¿Ah, no? —La voz de Chris se tornó cautelosa—. ¿Y cómo lo imaginaste?

—Tenía pensado matarte. —Alisó la cinta con el pulgar—. Por lo que Weller me dijo que le habías hecho a Alex. Después de que la mina se derrumbara, sólo podía pensar en matarte. Era un... veneno. —Dejó que su lengua saboreara la palabra y luego negó con la cabeza—. No. Ese odio era lo único a lo que aferrarme. El odio te hace sentir más poderoso, como si algo te impulsara, de modo que pones un pie delante de otro y piensas que vas a algún sitio aunque lo único que hagas sea rebobinar la misma película una y otra vez en tu cabeza.

—La película de cómo pensabas matarme.

—En tecnicolor. —Asintió—. Esta tarde..., bueno, ayer..., cuando Jayden te llamó por tu nombre, pensé: «¡Joder, es él! ¡Es el chico al que he venido a matar!». —Tom soltó un suspiro y cruzó las manos sobre su pecho. Cuando era pequeño, solía

tumbarse así sobre la hierba fragante para mirar las nubes—. Y hubo un segundo en que pensé en dejarte morir.

Hubo una larga pausa.

—¿Y qué te hizo cambiar de opinión?

—Ellie. —Giró la cabeza para mirar abajo—. Se puso como loca. Al final me convencí de que, si Weller contaba tantas mentiras, era probable que lo que dijo de ti también lo fuera.

Una breve sonrisa asomó a los labios de Chris.

—Gracias por darme el beneficio de la duda.

—De nada. —A pesar de todas aquellas semanas alimentando la ponzoña monstruosa de su alma, a Tom le caía bien aquel chico. En otro momento y lugar podrían haber sido buenos amigos. Sintió una punzada de tristeza al saber que ya no había ninguna posibilidad. Tenía demasiadas preguntas y apenas tiempo. Quería preguntarle por Alex: qué recordaba de ella, qué aspecto tenía, qué le había contado... Incluso pensó que podría soportar que Chris y Alex... Pero ¿acaso importaba ahora? Nada cambiaría lo que sentía por Alex, nada, y aún tenía a Ellie, un milagro: un último y dulce regalo.

«Aférrate a eso. —Todo lo que ocurriera a continuación dependería de Chris, un muchacho en el que no había dejado de pensar y al que apenas conocía—. Aférrate a Ellie y a Alex hasta el último segundo».

—Los chicos están casi listos —anunció Chris—. Deberíamos irnos.

—Claro. —Tom le lanzó una tensa sonrisa al tiempo que rasgaba unas cuantas tiras de cinta aislante y empezaba a atar el despertador al bloque grisáceo que había fabricado. No había quedado nada mal, modestia aparte. Debería ser capaz de dar un buen susto—. Espera un segundo.

—Vale. —Chris se quedó quieto un momento—. ¿Alguna vez te has preguntado quién los causó?

—¿Quién causó qué? ¿Los PEM? —Negó con la cabeza—. Si esto fuera un libro o una película, habría algún tipo que lo explicara y diera todas las respuestas, que lo envolviera todo y le pusiera un lazo. Pero nunca lo sabremos y da igual. Esto es como la guerra, Chris. Cuando los soldados marchan, lo único que te preocupa es proteger a tu familia. Cuando estás sobre el terreno, en lo único que piensas es en la misión y en tus colegas, tus hermanos. No es política. No hay una visión global. No te devanas los sesos por la moralidad. Todo se reduce a lo esencial. Sí, hay días (esos días insoportables en los que, por mucho cuidado que pongas, alguien muere) que te preguntas para qué, pero al final están tus hermanos, tu gente, y eso es lo único que importa. No buscas morir, pero lo sacrificas todo por ellos. Yo también perdí todo eso durante un tiempo. Cuando vine de permiso a Estados Unidos... —hizo una pausa, y se preguntó si de verdad quería admitirlo en voz alta, pero pensó que, al cabo de unas pocas horas, ya nada de lo que dijera importaría jamás— decidí romper con todo, estuve a un paso de no regresar. De desertar. Lo tenía todo planeado: cómo dejaría

rastros en Michigan, pero en realidad pondría rumbo a Minnesota y luego a Canadá. Un país grande donde sería fácil perderse. Sin embargo, mi mejor amigo, Jim (estuvimos juntos en el mismo grupo de artificieros), se olió algo cuando mencioné el Waucamaw. Mi familia estaba en Maryland, donde hay miles de buenos sitios para acampar. ¿Para qué iba a ir a la península superior? Creo que por eso se autoinvitó a acompañarme: para recordarme a mis hermanos, a mi gente. Pero entonces... el mundo se fue al garete y aquello dejó de tener sentido.

—¿Habrías vuelto si no hubiera ocurrido nada?

—Nunca lo sabré. Me gustaría pensar que sí, pero encontré... —intentó tragar para deshacer el nudo que tenía en la garganta— encontré a mi gente. Encontré a Alex y a Ellie. Durante un breve espacio de tiempo, recuperé lo que había perdido. Lo demás ya no merece la pena, Chris; ni cómo ocurrió ni quién lo hizo... Lo único que me importa es que Alex y Ellie me ayudaron a reencontrarme conmigo mismo.

Chris se quedó en silencio durante un rato.

—Fue el silbato, Tom —dijo con calma.

—¿Qué? —Por un segundo, se vio transportado al Waucamaw, acercándose con una brazada de leña mientras Alex lo miraba con una sonrisa que le atravesaba el pecho—. ¿De qué hablas?

—De Alex —respondió Chris, tirando los posos del café antes de volver a enroscar la taza al termo—. Huyó por el silbato.

Se acordó de aquella nota aguda e imposible que le aguijoneó el corazón.

—¿Cómo lo sabes?

Chris parecía haber puesto toda su atención en enroscar la taza.

—Me lo dijo Ellie. Le dio el silbato a un niño que trajimos de Oren. Creo que su idea era que, si Alex y tú estabais en Rule, Alex deduciría que Ellie estaba por allí arriba y los dos volveríais a por ella. Así que, si Alex tenía un silbato en la mina, debió de encontrar el suyo en aquel chico. De lo contrario, sería mucha coincidencia, ¿no? Alex se marchó para ir a buscar a Ellie. Yo llegué demasiado tarde y el resto fue sólo... —apretó la tapa— mala suerte. O buena suerte para Jess, supongo. Si yo hubiera regresado antes, tal vez hubiera salvado a Alex. Aunque, conociendo a Jess, probablemente no. De un modo u otro, Jess estaba empeñada en que Alex se fuera, y después yo.

Tom no sabía cómo se suponía que debía sentirse.

—¿Por qué me cuentas esto?

Los intensos ojos rojos de Chris se clavaron en los suyos.

—Es el fin del mundo, Tom. Rule está acabado. No sé si veremos un mañana. Así que hay una cosa que debes tener clara en tu cabeza: encontraste a tu gente y nunca la perdiste. Alex se marchó porque no estaba segura de que pudiera contar con que yo la ayudara. Sabiendo cómo era yo por aquel entonces, puede que tuviera razón. Pero no creo que se hubiera sentido igual con respecto a ti, Tom —reconoció Chris—. Ni entonces... ni nunca.

Faltaba más o menos una hora para que amaneciera y Chris caminaba por los ahora vacíos pasillos del asilo. Todos los pacientes terminales a los que había hecho compañía en tantas ocasiones llevaban mucho tiempo muertos. Los pasillos, tan sólo iluminados por la luz de la luna, estaban inundados de sombras. Redujo el paso al acercarse a la única habitación ocupada que quedaba. Por la puerta abierta llegaba un ligero perfume floral, pero el resto permanecía en silencio. Vaciló un momento y dobló la esquina con cuidado. Primero vio a la mujer en la cama y después (demasiado tarde) a una figura acurrucada en una enorme silla junto a ella.

—Oh, lo siento —se disculpó, y empezó a retroceder—. No sabía que...

—No, no. —Entre la suave tapicería y una manta, su abuelo parecía un gnomo. Su calva brillaba bajo la luz verde y plateada de la luna, que le surcaba la cara dibujando profundas hondonadas negras y elevados riscos de hueso recubiertos de piel tirante—. No me molestas. ¿Os vais ya?

—Sí, ya mismo. Sarah y Jayden están todavía preparando a los niños, pero... sí, pronto.

—¿Y tú?

—Yo voy a quedarme un poco más con Tom. Luego nos marcharemos juntos. —Sin embargo, Chris tenía un mal presentimiento que no podía traducir en palabras ni quitarse de encima: marcharse no sería tan fácil.

—Anda, entra. —Yeager le hizo un gesto—. No necesitas mi permiso.

Chris cruzó la habitación y se acercó a la cama. El silencio era sobrecogedor. Jess yacía bocarriba con las manos cruzadas sobre el estómago porque los pequeños músculos se le habían atrofiado por la falta de uso. Alguien le había cepillado el pelo, que se derramaba por la almohada y sus hombros. Kincaid, probablemente. A la luz de la luna, sus globos oculares asomaban por entre las pestañas a través de dos pequeñas ranuras. Chris seguía esperando que dijera algo o que sus párpados se abrieran del todo y se viera reflejado en aquellos ojos negros espejados. La prolongada fase de sueño REM que se había apoderado de Jess durante semanas había acabado bruscamente tan sólo media hora antes, según Kincaid. Chris apenas se había mostrado impresionado cuando el médico le enseñó el libro del que había extraído la fórmula del medicamento: *Caminantes-Fantasma: Enciclopedia etnobotánica de hongos medicinales y psicotrópicos*. Al cabo de otra media hora (quizá menos, pues esta vez Kincaid no había escatimado en la dosis), Jess estaría más allá de los sueños.

—¿Quieres sentarte? —Yeager señaló una silla con una mano huesuda que sobresalía de un brazo tan fino como un palillo chino. La ropa le bailaba—. No hemos hablado.

Estuvo a punto de soltarle que se había pasado la mitad del tiempo en paro cardíaco y el resto ocupado, pero lo dejó estar. La última vez que había visto a su abuelo, este lo había abofeteado. Tomar asiento lo hizo sentir incómodo, como si

estuviera concediendo algo, tal vez sucumbiendo ante el yugo de aquel viejo.

—¿Para qué? No tengo nada que decir. No te perdono, si eso es lo que quieres. El Consejo y tú dejasteis que sucedieran cosas horribles. Ni siquiera me importa quién es el cerebro de todo esto porque, si fue Peter, debisteis negaros y, si fuisteis vosotros, os aprovechasteis de Peter y eso es mucho peor. Tuvisteis la oportunidad de ponerle fin y no lo hicisteis. Ni siquiera salvasteis a Kincaid, un amigo. Dejasteis que Aidan le sacara un ojo, Dios santo. ¿Qué podrías decir para arreglarlo o incluso para justificarlo?

—Nada —respondió Yeager en un tono vacío de emoción, aunque no frío ni indiferente—. Pero supongo que tendrás preguntas.

—Como te he dicho...

—Entonces te haré yo una: ¿cómo está mi hermano?

—La última vez que lo vi estaba bastante enfermo por haber inhalado humo.

«Cosa que fue culpa mía y solo mía».

—Siento oír eso. No siempre hemos estado de acuerdo en todo, pero lo admiro por levantar un lugar para niños que querían una vida distinta a la de sus padres. Él siempre quiso ayudar.

—A mí me ayudó cuando estuve herido. Es una larga historia. —Su vuelta de entre los muertos no era un tema que quisiera abordar precisamente con su abuelo.

—¿Cuánto te contó?

—Casi todo. Algunas cosas las averigüé por mi cuenta.

—Ajá. ¿Y tienes alguna pregunta?

«Uf, un millón». Aunque había decidido que no importaba, que debía dejar correr aquella agua, no pudo contener la curiosidad:

—Sí. ¿Cómo decidiste? Entre Simon y yo, quiero decir...

—Mmm. —Yeager entrelazó sus manos esqueléticas. De haber tenido una guadaña, habría pasado por la Muerte—. Para serte sincero, escogí al bebé de la derecha.

—¿Qué quieres decir?

—Sólo podía escoger a uno. Tu madre os sostenía a ambos a la vez, a ti a la izquierda.

—¿Y eso qué tiene que ver? —La mención de su madre le dolió. Oyó la puñalada, notó cómo le bullía la rabia y decidió: «A la mierda»—. ¿Qué importaba el lado?

—Oh... —Yeager se pasó la mano lentamente por la calva, el típico gesto de un hombre que una vez gozó de pelo que acariciar—. Porque Cristo está sentado a la derecha del Padre, supongo... Si quieres algo de las Escrituras. Aunque en realidad es místico; se remonta a los judíos. Para ellos, el cuerpo es un espejo de dos caras que divide la naturaleza de nuestra alma. Tenemos el poder de dar y retener. La mano derecha es más fuerte: damos con ella, ya sea justicia o amabilidad. Con la izquierda, retenemos. La mano izquierda representa la disciplina y la restricción. Guarda sus

secretos.

«Y vive en las sombras». Su abuelo acababa de describirlo a él y su vida al dedillo.

—Y te decantaste por la fuerza.

—Elegí la espada. —Yeager se interrumpió—. Pero en mi arrogancia me olvidé de que hace falta la misma fuerza para retener, para refrenarse ante la rabia y las acciones precipitadas. Es fácil engañarse a uno mismo pensando que, en virtud de tu rabia, la crueldad está justificada. Pero eres fuerte, Chris, mucho más fuerte de lo que jamás te creí.

—No soy fuerte —replicó él. A pesar de todas las cosas que recordaba de Rule, un lugar donde creyó haber encontrado por fin un hogar, las mañanas después de una contienda eran su recuerdo más vívido: el arrodillarse junto a Peter en la iglesia mientras todo el mundo (incluida Alex, sobre todo Alex) miraba y sentir las manos de su abuelo sobre su cabeza dándole la bendición. Era cursi e increíblemente sexista y, con todo, se había sentido orgulloso: «Así que esto es no tener miedo. Esto es lo que se siente cuando perteneces a un sitio». Él era como Tom, ¿no? «Buscaba a mi gente...». Salvo que Alex se había ido y, si sus sueños eran reales, Peter estaba peor que muerto. Se le hizo un extraño nudo en la garganta. Debía irse. Ahora no pensaba venirse abajo. No había perdonado a Yeager, no podía. Podía soltar el martillo por Peter, pero nunca por aquel viejo—. A veces espero demasiado y luego es demasiado tarde.

—Pero nunca te diste por vencido, Chris. Estás siguiendo tu propio camino. Acepta un consejo de este anciano: en ocasiones, la vida nos da una segunda oportunidad.

«No con Alex». Lo que dijo a continuación le sorprendió:

—¿Qué hago con Simon? Si está vivo..., somos enemigos. ¿Él sabe de mi existencia?

Yeager meneó la cabeza.

—Lo que hagas dependerá de lo que te encuentres.

—Se come a la gente. —«Es mi hermano, somos gemelos idénticos. Él es yo y yo soy él».

—Si eso es todo lo que es, entonces ya tienes la respuesta, ¿no crees?

—¿Acaso puede ser algo más?

—Lo quiero, Chris. —Estaba demasiado oscuro para que pudiera ver la expresión de su abuelo, pero notó que la voz se le entrecortaba—. Eso ya es algo más.

Que Yeager no fuera capaz de decir lo mismo de él le dolió más de lo que habría imaginado. Bueno, ¿y qué esperaba? Había aparecido en el pueblo como un auténtico extraño, un mero duplicado, una fotocopia descolorida.

—Intenta librate pronto de esa amargura —le aconsejó Yeager—. La vida ya es demasiado dura de por sí.

—¿Y de quién es la culpa? Yo era sólo un niño. ¿Cuántas veces te vi antes de que

el mundo se fuera a pique? ¿Cinco? Peter fue quien de verdad se preocupó, quien se salió de su camino... —Se tragó el resto—. ¿Cómo quieres que me sienta?

—Tienes derecho a sentir rabia.

—No necesito tu permiso.

—Pero no eres estúpido, Chris. De entre toda la gente, tú precisamente deberías saber lo mala que es la rabia para el alma. Si no, fíjate en tu padre.

Chris se lo quedó mirando.

—¿Vas a darme lecciones sobre la rabia y sobre mi padre? Tú sabías cómo era. Por eso preferiste llevarte a Simon. Eras rico. Podrías haber arreglado las cosas, hacer algo para sacarme de allí. Pero me dejaste solo con él. Así que no me digas gilipolleciones sobre lo mala que es la rabia. No te perdono. Eso es lo que quieres para poder morir en paz. Lo que hiciste y dejaste que nos ocurriera (a mí, a Peter, a Alex) es tu error, tu pecado, y tendrás que cargar con él. ¿Sabes qué? Ya te las arreglarás con Dios, si es que lo ves.

—«¡Ha llegado la hora de la venganza del Señor, y él le dará su merecido!». Jeremías se refería a Babilonia, no a Rule, pero tomo nota. Me has preguntado por Simon. En realidad, sólo tendrás que hacer una elección entre vida o muerte.

«Alguien morirá. —Chris recordó las palabras de Jess—. Alguien debe hacerlo».

—Tengo que irme. Los niños van a marcharse ya.

—De acuerdo. —Yeager lo escudriñó—. ¿Por qué has venido? Ya me has dejado bastante claro que no por mí.

—He pensado mucho en Jess, supongo. —Ahora le tocó a él quedarse callado—. ¿Cómo pudiste creer que era buena idea? Estaba casada. Y tú también. Eres un reverendo.

—Oh... —Su abuelo redro un mechón de la frente de la mujer—. El corazón no atiende a razones y yo era el único que estaba casado. Era egoísta y ella, vulnerable: hermosa, viuda... Al menos, eso pensábamos. Su marido había sido declarado legalmente muerto.

—¿Por error o de verdad desapareció?

—¿Ambas cosas? Antes de Vietnam, ya estaba metido en algún que otro proyecto... dudoso. —La mano de Yeager se demoró en la mejilla de Jess—. ¿Cuándo lo descubriste?

Técnicamente lo sabía desde que Peter lo nombró en sueños. Pero aquello no era algo que pudieras contar, ni siquiera a un tipo que creía en las dos mitades del alma.

—Cuando Tom nos enseñó la foto. Isaac dijo que era un compañero de negocios y entonces me acordé de que aquel era el único pozo de la mina que había quedado inacabado —explicó Chris—. Fue entonces cuando supe que Jess había sido la mujer de Finn.

—Nooo. —Ellie agarró el Savage con fuerza, dio un zapatazo y apartó el hocico de

Mina cuando la perra le dedicó una mirada de preocupación—. No me obligues. Quiero quedarme contigo. ¿Por qué no puedo?

—Ellie, cielo. —Aunque brillaba con fuerza en lo alto, la luna continuaba velándose y desvelándose por momentos y a Tom le costaba ver la cara de la niña. Se agachó y bajó la cabeza para intentar mirarla a los ojos. «Ten cuidado; ha madurado mucho, pero sigue teniendo ocho años»—. Mírame. Tienes que escucharme. Aquí no estarás a salvo.

—Pero no quiero irme con ellos. —Señaló con el brazo las carretas aparcadas junto al asilo. Desde allí se dirigirían al norte por una vieja carretera forestal que podría ser fácilmente bloqueada cuando se hubieran marchado. El aire se había cargado con el repiqueteo de los cascos sobre el asfalto helado, los gimoteos y ladridos nerviosos de los perros restantes y las estridentes exclamaciones y preguntas de los niños. La mayoría no llegaba a los doce años y se los iba subiendo a toda prisa a una de las dos carretas que aguardaban. A la izquierda de Tom, un chico pelón con más piercings que un alfiletero levantaba a un muchacho de cabeza ovalada y lo ayudaba a subirse a la plataforma trasera, donde esperaba Sarah, una chica delgada con una leve cojera.

—Conoces a Jayden —intentó convencerla Tom.

—No es por eso. Quiero decir que debería quedarme, que puedo ayudar —alegó Ellie—. Y *Mina* también. —Al oír su nombre, la perra agitó la cola—. No deberíamos separarnos, Tom, acabamos de...

—Lo sé, cielo. —Se inclinó un poco más hacia delante para hacerse oír por encima del ruido de las hachas y las sierras que talaban y cortaban los troncos. En cuanto los niños estuvieran lejos, se derribarían los árboles para evitar que los hombres de Finn utilizaran la carretera. Un ejército grande tendría que abrirse camino por el bosque durante kilómetros, desviándose de su camino. Si es que Finn tenía ganas de cazar a alguien, cosa que Tom dudaba seriamente—. Pero tengo que quedarme. Si tú estás todavía aquí, me preocuparé por ti y no podré hacer mi trabajo.

—Pero ¿por qué tienes que ser tú? ¿No puede quedarse otra persona?

—Chris también se queda. —No es que le hiciera mucha gracia, pero no había forma de convencerle de lo contrario: «Tu plan, mi pueblo, y necesitarás ayuda». Mejor no ponerle pegas. A la primera oportunidad que se le presentara, lo despacharía—. Yo soy el único que puede hacerlo, Ellie. Esta es la única manera de manteneros a salvo. —Como vio que la niña torcía cada vez más el gesto, le cogió la cara entre las manos—. Alex y tú habéis sido lo mejor que me ha pasado en la vida. Creí que os había perdido y entonces apareciste, como un milagro. Me puse tan contento que creí que iba a explotar. Haría cualquier cosa por vosotras. Sé que es duro, pero, por favor, hazlo por mí.

—Tom. —Ellie pestañeó, furiosa—. No tengo nada que darte para que no te pase nada. Chris tiene mi amuleto de la suerte... No me queda nada más.

—Oh, cielo. —La besó primero en la palma derecha y luego en la izquierda antes

de llevarse sus manitas al pecho—. Te llevo aquí. Con eso me basta.

—¿Y a Alex?

Tom intentó aflojar el nudo que tenía en la garganta.

—A ella también la llevo aquí. Siempre la llevaré aquí.

—Pero yo quiero que esté aquí de verdad, Tom. Prométeme que la buscaremos juntos. —Levantó su carita llorosa—. Por favor. ¿Lo juras?

Por segunda vez en menos de cinco minutos, mintió:

—Lo ju... —Vio que Chris bajaba corriendo por la pendiente en su dirección. Su lenguaje corporal lo decía todo. «Ya está»—. Tienes que irte, cielo. —Cogió a Ellie en brazos, fue trotando hasta la carreta de Sarah y la ayudó a subir—. Os alcanzaré tan pronto como pueda.

—¡Tom! —Ellie agarró del cuello a *Mina*, que había saltado tras ella—. ¡Tom, espera!

—Os alcanzaré —repitió, y corrió hacia la carreta que abría la marcha, atestada de críos y perros. Jayden le estaba lanzando una mochila a Kincaid, que a su vez acomodaba a una chica llorosa y reprendía a un sedoso golden retriever empeñado en limpiarle la cara a la cría a lengüetazos—. Tenéis que ponerlos en marcha —los apremió.

—Eso parece, —Kincaid se agachó y le estrechó la mano—. Suerte. Cuídate, hijo.

—Lo mismo os digo. —Tom le tendió ahora la mano a Jayden—. Tened cuidado. Y cuidad de Ellie.

—Pronto la cuidarás tú mismo. —Jayden lo sorprendió al atraerlo hacia sí para darle un abrazo—. Nunca te he dado las gracias —le dijo con brusquedad— por... ya sabes...

—No pasa nada. —Tom lo correspondió—. Buena suerte.

—No tardéis mucho. —Jayden lo agarró por los antebrazos—. No te separes de Chris; él tiene la radio. Mantendré la mía encendida para que podáis encontrarnos. No hagáis ninguna locura, Tom.

¿Jayden le había leído el pensamiento?

—No te preocupes. Ahora marchaos.

Se dio la vuelta y vio a Chris subiendo a la carreta de Ellie para darle un abrazo. Su gran pastor alemán saltó con agilidad junto a *Mina* y un brillante braco de Weimar que Chris decía que pertenecía a Alex. Verlos así juntos y saber que a Ellie no le faltaría amor y cariño lo hizo sentirse... un poco más aliviado.

Más allá, un enorme caballo de tiro sujeto a una tercera carreta de suministros resopló al percatarse de la repentina urgencia y necesidad de marchar. Otros tres chicos —Aidan, Sam y Greg— ya estaban a lomos de sus caballos. Aidan y Sam, que parecían tramar algo, se apresuraron a liderar la caravana mientras Greg esperaba para cerrar la comitiva.

«Por favor, Dios. —Cuando la carreta de Ellie pasó traqueteando, levantó la mano. Creyó que Ellie le gritaba algo, pero sus palabras fueron engullidas por el

repiqueteo de los cascos, el chirrido de las carretas y los pocos jadeos de excitación de los perros—. Por favor, cuida de ella».

Al cabo de un momento, la luna ocultó su rostro y densas sombras se tragaron la carreta a medida que Ellie volvía a alejarse de él y se perdía en la oscuridad.

—¿Cuánto tiempo vamos a quedarnos aquí? —le preguntó Cindi al guardia. Se acurrucó contra Luke del mismo modo que este último recordaba que solía hacer su gato: su madre lo llamaba «comportamiento de búsqueda de abrigo». Luke odiaba lo pegajoso que era ese animal, pero ahora lo echaba realmente de menos, por no mencionar a sus padres. Le pasó un brazo a Cindi por los hombros y se la acercó un poco más. Media hora después de que los hombres de Finn y sus Chuckies entraran a raudales en el campamento, dos hombres más habían llegado al trote guiando a una yegua. Cuando Luke la vio a ella y a un Chad ceniciento a lomos del animal, quedó como un tonto, al zafarse de Mellie y atrapar a Cindi con un abrazo de oso: «¡Creí que estabas muerta, creí que estabas muerta!».

—Eso lo decide el jefe —les dijo el guardia mientras se servía café en una taza de camping. El tipo tenía medio cigarrillo pegado en el labio inferior, exhaló un chorro gris y dio una calada, suspiró, volvió a aspirar y añadió con voz estrangulada—: Pero no me importaría echar una cabezadita cuando esto termine.

—Entonces, ¿estamos en Rule? —Luke apartó el humo con la mano. Por cómo fumaban aquellos tipos, podían masticar tizones, que no se enterarían. Aquel viejo guardia en particular llevaba un bigote andrajoso tan saturado de nicotina que se había vuelto de un naranja sucio—. ¿Vamos a quedarnos aquí? ¿Qué pasa con los niños de Rule?

—Haces demasiadas preguntas, ¿sabes? —El guardia bigotudo se dio media vuelta encogiéndose vagamente un hombro y enganchó un pulgar bajo la correa de su Uzi—. Si yo estuviera en vuestro pellejo —dijo mientras se dirigía a un fuego mucho más grande junto a otros tres guardias, todos los cuales chupaban palitos de cáncer—, echaría un sueñecito en lugar de congelaros el culo. Se hará de día dentro de una hora o así.

Desde su posición frente a Luke, Chad murmuró:

—Sí, bueno, es mi culo y hago con él lo que quiero, tonto del haba. —Removió una humeante porción de comida preparada en medio de un suspiro, masticó con desgana una cucharada de macarrones con queso y luego dejó la cuchara en la bolsa—. Tengo el estómago demasiado revuelto.

A la izquierda de Chad, Jasper abrió la boca.

—¿Vas a terminarte eso?

—¿Cómo puedes comer? —le preguntó Cindi.

—Tengo hambre. —Jasper cogió una buena cucharada—. Estoy demasiado nervioso para dormir —dijo con la voz ahogada por la pasta con queso—. Eso debe de ser. Me refiero a que él cogió a todos los Chuckies. —Señaló con la cuchara una enorme jaula de acero inoxidable para animales que permanecía vacía en un remolque encajado entre las demás carretas—. Incluso a esos.

—Entonces, si esto es Rule y todos esos niños siguen allí, ¿qué harán con nosotros ahora? ¿Creéis que nos... que podrían...? —preguntó Cindi.

—No —contestó Luke, y la rodeó con ambos brazos. Quería decir algo contundente, como en las películas, como que los hombres de Finn tendrían que pasar por encima de su cadáver, pero, simplemente, no le salieron las palabras.

—Pero tendríamos que hacer algo. —Chad echó un vistazo por encima del hombro a los guardias y se inclinó más hacia sus amigos—. Nosotros tres somos los mayores. Ellos son cuatro; nosotros, tres.

—¡Eh! —saltó Jasper con la boca llena de macarrones—. ¡Que estoy aquí!

—Tú tienes diez años. Sigue comiendo. —Chad puso los ojos en blanco—. Si consiguiéramos armas...

—Sí, bueno, si es mucho decir ahora mismo —repuso Luke.

—Pero no podemos quedarnos aquí sentados.

—Pues no sé qué otra cosa podemos hacer.

—Estoy de acuerdo con Chad. —Cuando Luke la miró, Cindi continuó con un susurro—: Salvo por esos guardias, los demás se han ido. Seguramente nunca tengamos otra oportunidad.

—¿Y adónde nos vamos, Cindi? —le preguntó Luke.

—A cualquier sitio. Luke, podríamos saquear los vagones de suministros, coger armas y comida y largarnos.

—Cindi, tenemos a treinta niños. Nosotros tres y un par más podemos sostener un arma, pero eso es todo. ¿Cómo íbamos a trasladar a todo el mundo y todo lo que necesitamos? No podemos escapar de Finn.

—Pues no me gusta quedarme de brazos cruzados esperando a que Finn decida lo que pasa a continuación. —Chad señaló la jaula con la cabeza—. ¿Quieres terminar en una de esas?

—No —le respondió a Chad—. Pero seguir con vida le gana a morir.

—No si terminamos como Peter —repuso Jasper.

Tras cinco días con Finn y sus extraños Chuckies, que eran exactamente como la chica contra la que Tom había luchado hacía unas semanas, Luke tenía una inquietante idea de lo que les esperaba.

Peter era demasiado mayor para ser un Chucky, un par de años mayor que Tom seguro. Pero sus ojos eran de un rojo delirante y, Dios, comía lo mismo que los Chuckies: pedazos descongelados de viejos apilados como troncos en un vagón especial Chucky de manduca. Eso significaba que Finn seguramente le había dado la misma porquería con la que Tom creía que alguien alimentaba a aquellos Chuckies de blanco. Sólo que en Peter, que se había pasado la mitad del tiempo en su jaula gritando «déjame ir, déjame ir, déjame ir, ir, ir» y la otra mitad tratando de echarle mano a Finn, no había funcionado. A veces, Finn le hacía mucho daño. Nunca le

ponía la mano encima, pero, vaya, en cuanto pasaba un par de segundos con Finn y aquel terrorífico Davey, que seguía a Finn dondequiera que fuese como un perrito faldero, Peter gemía, chillaba y se agarraba la cabeza.

—Es como si oyera algo. —Cuando Luke apartó la vista de la jaula de transporte, Cindi dijo—: Ya sabes, cuando empieza con lo de «déjame ir». Aunque ¿cómo? Es sólo... medio Chucky, ¿no?

—Pero está como una regadera —apuntó Chad.

—No todo el tiempo —aclaró Luke—. Todo ese rollo de «ir, ir, ir» que suele decir cada vez que Finn se aleja...

—¿Telepatía? —preguntó Cindi.

—No puede ser telepatía normal. —Jasper se tragó lo que quedaba de los macarrones con queso y chupó la cuchara de plástico—. Al menos, no como en las películas o como lo que estás pensando.

—¿Qué otra cosa podría ser? Tú estuviste en el granero. —Lo que ocurrió cuando los Chuckies de Finn atacaron su campamento le ponía a Luke la piel de gallina: el modo en que rompieron la formación, la mitad a la izquierda y el resto como una banda de música en un descanso, desplegándose hacia la derecha. Entonces, los Chuckies no habían hecho... nada. Sólo esperar, mirar, concentrados al máximo. Estaban tan callados que Luke oyó el crepitar del fuego y el tintineo de las riendas cuando los caballos sacudían la cabeza. Era de lo más extraño, pero a Luke le daba la sensación de que a los Chuckies los estaban... reteniendo. Sí, le tenían ganas a él. Le tenían ganas a Mellie. Lo que más ansiaban eran a todos aquellos niños jugosos apiñados en el granero.

«Pero no tenían permiso. Eran como... marionetas». No, tampoco era eso. Era como si algo o alguien los retuviera con correas invisibles: «Hasta aquí y no más».

—Sí, pero ¿alguna vez has intentado seguir tus propios pensamientos? Es muy complicado. —Jasper alisó el paquete vacío de comida precocinada sobre los muslos y empezó a enrollarlo en forma de tubito—. Además, está el problema de la fuerza y la complejidad de la señal.

Luke y Cindi se miraron perplejos.

—¿De qué hablas? —le preguntó Luke.

—Los pensamientos son un revoltijo, ya sabes —contestó Jasper.

—Vale. ¿Y?

Jasper lo miró como diciendo: «Pues eso».

—¿Qué hace Peter? ¿Habla de tropecientas cosas? No. Repite todo el rato lo mismo: «Ir, ir, ir, déjame ir».

—Sí, pero está como una cabra —comentó Chad.

—No siempre. —Jasper miró por el tubo que había hecho como un pirata por un catalejo—. Se pone peor cuando los Chuckies se encuentran cerca. El resto del tiempo está normal.

—Come gente —puntualizó Cindi—. Tiene los ojos raros.

—Vale, no normal-normal, pero tampoco completamente Chucky. Cada vez que Finn lo lleva consigo, Peter está atado o va con un par de guardias.

—Seguramente porque Finn no puede controlarlo muy bien —propuso Luke.

—O nada en absoluto, sí. Y cuando Finn lo ha dejado aquí, Peter no grita tanto ni parece tan loco. Se pone mejor cuanto más tiempo pasa Finn fuera. Creo que tiene algo que ver con la exposición acumulativa y la distancia, como el Wi-Fi.

«¿Eh?».

—¿Y? —preguntó Luke y, cuando Jasper se giró, aún con el tubo en el ojo, añadió—: ¿Puedes dejar de hacer eso? Es molesto.

—Vale. —Jasper dio un profundo suspiro de resignación—. No creo que Peter esté diciendo «déjame ir», como sácame de esta jaula para poder irme a casa. Puede que quiera decir «déjame ir, ir, ir tras ellos». «Id, id, id» es la orden. A lo mejor lo único que Finn hace es dar órdenes sencillas respaldadas por otras señales.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando —confesó Cindi.

—Sí, los Chuckies no son radios —le aclaró Chad.

«Radios. —Luke le dio vueltas a aquello—. Wi-Fi. Ahí hay algo importante..., en eso que ha dicho Jasper sobre la fuerza de la señal; no sólo la distancia, sino algo más».

—Colegas. ¿Qué creéis que es un pensamiento? —les preguntó Jasper—. Impulsos eléctricos, eso es todo. El cuerpo está cargado de electricidad. Tenemos gradientes en la piel y corrientes de iones en las células.

—¿Qué? —dijo Cindi—. ¿Y eso qué tiene que ver con esto?

—Bueno, los pensamientos son químicos y eléctricos... No sé. —Jasper levantó y dejó caer los hombros—. Mirad, no sé cómo lo está haciendo Finn, pero no puede estar emitiendo cosas complicadas o, si lo está haciendo, sólo un par de Chuckies lo pillan todo. Tal vez un único Chucky.

—Eh. Espera un segundo. —Cindi se irguió—. Tiene razón. Dos grupos de Chuckies, los de blanco...

—Y el resto —terminó de decir Chad—. A lo mejor es que no funciona con todos los Chuckies.

—O no necesita a tropecientos para hacer el trabajo —argumentó Luke—. Pero la distancia lo limita, como cuando se te cae el Wi-Fi cuando estás demasiado lejos de una red. —Siguió pensando: «Potencia de la señal; potencia de la señal y una red...».

—Vale, me lo trago, pero... —Chad levantó las manos— ¿y qué? Seguimos atascados.

Luke tampoco veía en qué ayudaba aquello, pero tenía la cabeza como si hubiera pasado toda la noche empollando para un examen que estaba seguro de que iba a catear. A veces, cuando se apartaba de un problema, la respuesta le venía de improviso a la mente.

—Voy a por agua. —Cuando se levantó, los cuatro guardias reaccionaron—. Agua —dijo, levantando la cantimplora y sacudiéndola.

—Espera. —El guardia bigotudo se puso en pie y se acercó con paso lento y pesado. De su boca sobresalía un cigarrillo encendido—. Muy bien, vamos —le ordenó, pasándole una linterna.

—No voy a salir corriendo a ningún sitio —se quejó Luke, pero el guardia se limitó a gruñir y a hacer un gesto de «venga, muévete» con la Uzi.

El arroyo quedaba más allá de las tiendas de los niños, adentrándose un poco en el bosque. Luke siguió la luz de su linterna y agachó la cabeza para meterse entre los árboles, donde había menos luz y las sombras eran más espesas. Más adelante, oyó el batir del agua en las rocas. Los últimos seis metros hasta el arroyo consistían en un pronunciado descenso.

—Yo por ahí no bajo. No me viene bien para las rodillas. Aligera —le dijo el guardia mientras la brasa de su pitillo danzaba—. Se me está helando el culo.

«Oh, qué pena, mira lo que me importa». Luke fue sorteando las rocas y los velos de hielo y pasó la luz de la linterna por la escasa nieve que bordeaba el arroyo en busca de un lugar seguro donde no terminar empapado. Cuando el haz de luz barrió parpadeando una zona de nieve medio derretida, vio algo que sólo acertó a comprender cuando la luz ya había pasado. Desconcertado, volvió a alumbrar el mismo sitio con la linterna y distinguió dos cosas: nieve amontonada alrededor de una piedra, cuando el resto de piedras de las inmediaciones seguían cubiertas, y tres huellas de animal. Seguramente algún animal habría revuelto la nieve al pasar. Por la forma, a primera vista, pensó: «Un lobo». Enorme, además. Aquella huella era más grande que su mano, y reciente. Como... hacía nada.

Teniendo en cuenta aquello, se alegró de la presencia del guardia y de su arma. «Hazlo a la voz de ya». Lo último que necesitaba encontrarse era un lobo hambriento. Bastantes problemas tenía ya. Con el corazón a mil por hora, se giró hacia la derecha, arrastrando la luz por un meandro... y se quedó petrificado cuando dos monedas verdes resplandecieron junto al óvalo plateado de una cara.

Los ojos verdes pertenecían a un lobo gris y blanco gigantesco.

Pero la cara pertenecía a una chica.

Luke estaba tan asustado que un grito burbujeó en su garganta, pero se apresuró a atraparlo detrás de los dientes. El impulso de volverse y echar a correr era tan fuerte que le entró una tiritera y la linterna empezó a temblarle en la mano.

El lobo no se movió, pero la chica sí: se llevó un dedo a los labios y luego curvó la mano y le hizo el típico gesto de Morfeo a Neo en la película *Matrix*: no para provocarle, sino para indicarle que se acercara.

Durante una fracción de segundo, pensó: «Estarás de broma, ¿no?». La escena parecía sacada de «Caperucita Roja». ¿Acercarse a una chica desconocida que tenía la edad exacta para ser un Chucky? ¡Ni de cofia! Entonces cayó en la cuenta de que la chica a) estaba escondiéndose y b) con un animal y que, excepto los Chuckies raritos de Finn, todos los que conocía eran de los que mordían primero y preguntaban después.

—Niño, ¿qué dian...? —Al guardia bigotudo se le cortó la voz y carraspeó, extrajo algo de lo profundo del pecho, echó un gargajo y gruñó—: Maldito tabaco. — En tono más alto—: ¿A qué esperas?

—Eh... —Luke hizo un esfuerzo por elevar la voz, que se le había caído a los pies, prácticamente. La chica meneaba la cabeza—. Hay mucho hielo. Dame un par de segundos.

El guardia murmuró algo y Luke creyó que iba a bajar de todos modos, pero entonces vio una llama y que el guardia se encendía otro cigarrillo. Se giró y reparó en que la chica sólo estaba a unos centímetros de distancia y en que el lobo (o quizás un husky grande o algo parecido) se mantenía firme a su lado.

—¿Quién eres? —le susurró.

—¿Cuántos guardias hay? —le susurró ella a su vez. Ahora que estaba más cerca, Luke le echó unos diecisiete o dieciocho años y se fijó en que iba vestida con una chaqueta de camuflaje sofisticada y vaporosa y en que llevaba la capucha bien apretada, lo que le acentuaba los altos pómulos, la estrecha nariz y la sólida mandíbula. También se le apreciaba la línea del pico de viuda sobre la frente, pero Luke no fue capaz de distinguir de qué color tenía el pelo. Sus ojos, sin embargo, eran de un intenso verde esmeralda, tan brillantes como los del lobo. A juzgar por su ropa y por sus manos curtidas —por no mencionar el Springfield que portaba y los cuchillos enfundados que llevaba amarrados a ambas piernas—, supuso que había estado sola en el bosque durante bastante tiempo. Parecía una chica-lobo salvaje.

—Cuatro. Uno aquí y tres en las tiendas. —Hizo una pausa—. ¿Eres de Rule?

Ella negó con la cabeza.

—¿Armas?

—Uzis, y todos llevan pistola.

La chica frunció el ceño.

—¿Sabes manejar un arma? —Como él asintió, le pidió—: Dile al guardia que baje.

Luke estuvo a punto de preguntarle que para qué, pero consideró que era una tontería, así que asintió, se puso de pie y lo llamó.

—¡Eh! Necesito ayuda. Me he...

—Qué coño... —dijo el guardia con apatía, sin ningún tono interrogativo en la voz—. Qué pasa.

Luke simuló cierta tristeza en la voz:

—Me he caído —se quejó; a continuación, hundió la mano en el agua helada y fingió un chapoteo—. Se me ha salido la bota y no la encuentro...

—Fu, joder. —Un suspiro exasperado, seguido de unos pasos pesados—. Ya voy.

—Gracias. —Luke continuó con su tono lastimero. Se arriesgó a echar un fugaz vistazo con la luz, pero la chica y su enorme lobo o perro o lo que fuera habían desaparecido. Giró sobre sus talones y apuntó el haz hacia el guardia, que bajaba la pendiente de lado con bastante trabajo. Se acordó demasiado tarde de que se suponía que había perdido la bota—. ¡Eh! —exclamó, y se puso de rodillas, ajustando el ángulo de la linterna hasta apuntar directamente a la cara del guardia—. Por aquí.

—Por Dios, chico. —El guardia bizqueó e hizo visera con las manos para protegerse. Llevaba otro cigarrillo en la boca—. Quita esa luz, me estás deslum...

Luke vio que la chica, que debía de haber trepado hasta colocarse por encima del guardia, de repente aparecía en escena como un actor capturado por un potente foco. Tenía los codos preparados y no se hizo de rogar. La culata del Springfield impactó de lleno en el cráneo del guardia. El anciano gruñó y dejó escapar un leve *ugh* antes de que el cigarrillo se le cayera de la boca y su punta naranja destellara como un cometa. Los pies le trastabillaron, pero ya estaba inconsciente, flácido, e iba camino de estamparse de boca cerca del agua.

«¡Vaya!». Durante un segundo de estupefacción, Luke no pudo evitar mirar cómo la chica le quitaba la Uzi al guardia a toda prisa y le pasaba la pistola a él. Ella se levantó y tosió con fuerza justo cuando echaba el cerrojo de la Uzi, amortiguando el metálico *cric-crac*.

—Prefiero no arriesgarme a que se dispare —le dijo en voz baja, y entonces hizo una mueca. Se llevó una mano a la sien y se tambaleó como si hubiera recibido un empujón repentino—. El sonido... —Se interrumpió con un doloroso gruñido.

—¿Estás bien? —Luke le tendió la mano de manera automática, pero se lo pensó mejor cuando el lobo, consciente del mal trago que estaba pasando la chica, gimoteó y le dio un toquecito en el muslo con el hocico. Parecía que alguien la hubiera golpeado, pero su expresión era inquietante, algo que ya había visto antes. De pronto, cayó en la cuenta: se parecía un poco a Peter cuando Finn lanzaba una de sus «bombas» explotacerebros. Dejó caer la mano, temiendo que ella pudiera ponerse igual de rabiosa. A lo mejor era un experimento de Finn que se había escapado.

—Estoy bien. —Su boca dibujó una tensa y efímera sonrisa. Desparado a sus

pies, el guardia dio un ronquido. La chica se arrodilló y le giró la cabeza hasta que su respiración se acompasó—. ¿Quién eres? ¿De dónde vienes? Os llevo siguiendo dos días —continuó. Su lobo era, pensó Luke, una especie de híbrido, un cruce entre un lobo y un malamute de Alaska o un enorme husky—. Tuve que esperar a que se marcharan. *Buck*. —Miró al animal, se dio una palmadita en la pierna y el perro lobo acudió a su lado—. Muy bien —dijo, girando la cabeza hacia la pendiente—. Haz bajar a todos los que puedas.

—¿Y cómo lo hago?

En esta ocasión, una sonrisa auténtica, pasajera como una nube alta, acarició sus labios.

—Sembrando el pánico.

—¡Ayuda, ayuda! —Mientras Cindi aún trataba de digerir aquello, Luke siguió gritando como un poseso hasta lograr ponerle los pelos de punta.

—¡Oh! —El corazón se le subió a la boca, dio un sobresalto y miró desesperada en la dirección de donde procedían los gritos de Luke—. ¿Luke? —gritó—. ¡Luke!, ¿qué...?

—¿Qué pasa? —chilló Chad. Jasper y él se habían puesto en pie de un salto. Los tres guardias habían sacado las armas y corrían hacia Luke mientras este salía corriendo de la penumbra granulada. Sus ojos brillaban como faros.

—¿Qué pasa, chico? —preguntó uno de los guardias al ver que Luke se tambaleaba—. ¿Dónde está...?

—Junto al arroyo. Creo que... le ha dado un ataque al corazón o algo. Se llevó la mano al pecho y... —Contrajo la cara—. ¡No sé hacerle la reanimación cardiopulmonar!

—Ah, mierda. ¿No respira? Mierda. Vale, venga, vamos, deja de lloriquear y llévanos con él, chico. —El guardia se colgó el arma al hombro y le dio un empujón—. Vamos a tener que sacarlo de ahí —le espetó a los otros, que corrían junto a él parloteando al unísono—. ¿Dónde demonios está la linterna? ¿Qué quieres decir con que se te cayó de las manos, chico? Joder, le dije que dejara esos putos cigarros cuando se quedó sin pastillas para el corazón...

Cindi esperó a que los guardias desaparecieran entre los árboles y luego miró a Chad y a Jasper.

—Luke sí sabe hacer la reanimación cardiopulmonar —repuso con calma—. Tom nos enseñó, ¿os acordáis?

—A mí no —objetó Jasper.

—Porque tú eres demasiado pequeño. —Cindi vio que Chad había agarrado la cafetera aún siseante—. Aquí pasa algo raro. Cindi, Jasper, coged un par de piedras de la hoguera —les ordenó—. No os queméis.

—Ellos tienen armas —protestó Cindi, haciéndose, no obstante, con una piedra

afilada del tamaño de su mano.

—Quizá no por mucho tiempo —replicó Chad, tomando la iniciativa y poniéndose en guardia para que los otros dos fueran detrás de él—. Si la cosa se pone muy fea, echad a correr.

De entre los árboles llegaron gritos amortiguados, un agudo «¡¿qué...?!», un profundo gruñido gutural y un disparo que hizo saltar a Cindi.

—Oh, mierda. —Chad jadeó—. No sabría decir si...

«Si son animales o Chuckies». A Cindi se le iba escapando un grito, pero se tapó la boca a tiempo. Más sonidos: un repiqueteo de rocas, un extraño ladrido, un crac.

—¡Dios mío! Eso ha sido una Uzi. Quizá sea mejor que os vayáis de aquí, chicos —les aconsejó Chad.

—Estamos juntos en esto. —El corazón de Cindi aleteaba como un periquito atrapado—. No pienso dejar que os coman.

—No pueden ser ni Chuckies ni animales. Luke sigue vivo... ¡Eh! —Jasper señaló el lugar por donde los guardias y Luke habían desaparecido—. ¡Mirad!

Lo primero que emergió de entre los árboles fue un gigantesco lobo gris y blanco tan grande como uno de esos huargos que salían en aquella batalla de la segunda peli de *El señor de los anillos*, aunque no tan feo y sin ningún orco a lomos gruñendo y blandiendo la espada. Pese a todo, Cindi tragó saliva y dio un paso atrás. «Es imposible que pueda correr más rápido que él».

—Oh, tíos, esa cosa es enorme —dijo Chad con voz temblorosa—. ¿De dónde...?

Dos figuras salieron trotando a continuación. La primera era Luke, que acarrea con el peso de los rifles.

—¡Luke! —Cindi se fue hacia él, sintiendo una inmensa oleada de alivio. Se lo había imaginado con la garganta desgarrada y el pecho salpicado de sangre—. ¿Qué...? —Se detuvo en seco al ver aparecer a una segunda persona: una chica mayor con un extraño traje de camuflaje, una Uzi en las manos y un rifle de cerrojo al hombro.

«Oye, ¿no he visto a esta chica antes?».

—¿Quién eres tú? —le preguntó.

—Me llamo Alex —respondió—. ¿Y vosotros quiénes sois? ¿Cómo es que estáis con Finn?

Los cuatro (Cindi, Luke, Jasper y Chad) se miraron unos a otros antes de volverse de nuevo hacia ella. Cindi abrió la boca, pero Luke se le adelantó:

—¿Alex? ¿La Alex de Tom?

La chica se detuvo en mitad de la zancada, atónita.

—¿Conocéis... conocéis a Tom? —Se llevó una mano a la garganta—. ¿Habéis visto a Tom? ¿Lo habéis visto?

—Claro que sí. Todos nosotros —repuso Jasper, y a Cindi le entraron ganas de estrangularlo—. Tom era nuestro amigo. Nos ayudó.

—¿Era? —Alex se puso pálida. Sus ojos verdes se humedecieron—. ¿Ayudó?

—Sí. —Luke le lanzó a Cindi una mirada tristona antes de darse la vuelta. Ella sabía perfectamente cómo se sentía.

—Lo siento mucho, Alex —le dijo, con un gesto de impotencia—. Pero Tom está muerto.

—No los veo —dijo Tom. Chris y él se habían ido rápido, espoleando a sus caballos por el resplandeciente sendero que serpenteaba por un denso emparrillado de árboles perennes y de hoja caduca, hacia el puesto de vigilancia que miraba al suroeste desde una ancha meseta de basalto a cien metros por encima del abatis levantado a toda prisa. Desde la cabina del puesto de vigilancia, a unos veinticinco metros del suelo, bajó el ángulo de sus prismáticos. Arriba, las estrellas más brillantes titilaban en un oscuro y profundo cielo azul cobalto, pero, hacia el este, una mancha plateada emborronaba el horizonte. A su derecha, las nubes formaban una neblina delante de una luna verde claro acunada cual pelota de baloncesto en la copa de los árboles. Debido al deshielo y a los grandes parches de tierra desnuda, ya no contaban con la ventaja del reflejo de la luna. Las sombras pululaban por este acceso del sur. Mala suerte para ellos, buena para Finn.

—Pronto se hará de día. Son las malditas nubes. Enfoca hacia el sur y espera —le dijo Jarvis—. Ya están en la colina. No distingo si llevan armas... Allí. Justo enfrente. ¿Los ves?

—Sí. —Las sombras se hicieron a un lado como si alguien hubiera retirado una manta y entonces, a través de los prismáticos, Tom vio algo que le recordó a unas hileras de hormigas negras invadiendo un mantel a cuadros. Con la luz incierta, era imposible saber de cuántos estaban hablando, pero suponía que habría al menos unos doscientos Cambiados. Los tamaños parecían los adecuados. Se trataba de críos que se movían con agilidad y rapidez, como una marea imparable que se acercaba deprisa, desplegándose colina abajo. A aquel paso, llegarían en menos de treinta minutos, el tiempo justo para que aparecieran los primeros rayos de sol.

«Listo. Sus hombres podrán ver a qué le disparan». Sin embargo, la luz jugaría a favor de Tom más tarde. El truco consistía en retener a los hombres de Finn en la plaza el tiempo suficiente. «Diez o quince minutos por lo menos».

—Eh —dijo Chris, que se encontraba a su derecha—, en la cima de la colina... ¿Veis aquellos caballos?

—Los veo. —Los caballos, que era imposible pasar por alto, acababan de alcanzar la cima. Se imaginaba quiénes serían: Mellie, Finn y algunos de los hombres de este último. Lo que no se esperaba era el resplandor de los trajes de camuflaje blancos—. Son ellos, los Cambiados alterados de los que te hablé.

—¿Los de blanco? ¿A caballo? —Jarvis pareció sorprendido—. Sé que los caballos no reaccionan tan mal, pero... Dios..., debe de haber al menos veinte o treinta.

—Si son tan buenos luchando, ¿por qué no van liderando la carga? —preguntó Chris—. ¿No querrías a tus mejores hombres en la avanzadilla?

—Bueno, no si quieres que sigan siendo tus mejores hombres. Son como las

hordas de mongoles. —Ahora Tom veía también a hombres en los flancos derecho e izquierdo, con el pecho más ancho y vestidos con lo que parecían uniformes de camuflaje de invierno blancos y gris claro. Por el parpadeo ocasional del metal, sabía que iban armados y algunos, pensó, llevaban municiones más voluminosas; aún no sabía qué—. Que los soldados de infantería reciban las balas.

—Nuestros nietos como carne de cañón. —Jarvis se quedó callado un momento—. Es espeluznante cómo se mueven y lo callados que están. —Otro breve silencio—. ¿Cómo los controla?

—No tengo ni idea —dijo Tom, que seguía tratando de localizar a Finn sin éxito. Hasta que el amanecer o los jinetes estuvieran más cerca, Finn (que seguramente iría completamente de negro en aquel caballo capón) sería prácticamente invisible. Así que cambió de idea y llevó los prismáticos más allá, recorriendo las lomas y las llanuras lejanas.

—A lo mejor se mete en sus mentes. —La voz desgarrada de Chris era un susurro—. Dijiste que tenía que estar dándoles algo por lo de los ojos. ¿Y si ellos pueden oír sus pensamientos?

—Eso me lo puedo creer de los alterados. —Tom hizo una panorámica de derecha a izquierda. La noche empezaba a aclararse y a teñirse de gris y él desviaba la mirada ligeramente como si intentara entrever una galaxia lejana. «Dios, por favor, haz que estén ahí»—. Pero no explica lo de los demás... —Se calló al detectar un destello naranja a media distancia—. Los tengo. Al oeste, cerca de la linde de los árboles. Allí hay un arroyo, aún parcialmente helado, pero que ya fluye bastante bien. Ahí es donde montaría mi campamento. —Miró a Chris—. Ya es hora de que mandes a Pru y a tu gente. Llegarán muy rápido.

Chris asintió y ya estaba sacando la radio de un tirón cuando Jarvis dijo:

—Tom, ¿ves a esos tipos que han roto filas del cuerpo principal?

—Sí. —Cuatro hombres a caballo dejaban atrás la avanzadilla de Cambiados. Seguía estando demasiado oscuro para distinguirlos bien, pero le daban muy malas vibraciones.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Jarvis.

Durante los últimos minutos, aquella matraca había resurgido como una venganza, comprimiéndole todo el aire de los pulmones. Desde su cueva profunda, el monstruo se abría camino como un gusano bajo la fina piel de una fruta demasiado madura.

«Se me está acabando el tiempo. —Su tía siempre le decía que el tiempo lo curaba todo, pero a ella sólo le había traído más gente por la que preocuparse y a la que perder. Los sollozos que seguía tragándose intentaban trepar por su garganta. Tenía ganas de chillar, de romper algo. Quizá de dispararle a alguien—. Para, Alex. No eres distinta de esos chicos. Céntrate. Todavía están Lobezno y Peter. Y puede que Chris también esté en Rule. Tienes que ayudarlos. Tom no querría verte así... Sé fuerte por él».

—Toma esto. —Inclinándose desde la montura, Alex le tendió el Springfield a Luke. Sin funda para el rifle, la Uzi, más compacta, sería más fácil de manejar. Se guardó la pistola del guardia, una Colt Gold Cup azulada del .45 en la parte baja de la espalda y un cargador adicional para ambas armas en los pantalones de camuflaje. Le dio un poco de coraje no haber encontrado una Glock, pero enseguida desechó aquel pensamiento. La Colt sería capaz de hacer el mismo daño. «Sólo acuérdate de quitarle el seguro». Aun así, no contar con una Glock era como un mal augurio—. Con esto y con lo que hay en las carretas, tenéis un montón de comida y munición.

—¿Para una batalla? —preguntó Luke con voz tensa.

—Llegado el caso. —El alba estaba al caer. Con el primer destello plateado sobre el horizonte oriental se distinguía claramente la cara blanca y demacrada de Luke—. Pero no tiene por qué. Coged las tiendas, un par de carretas y marchaos de aquí.

—Alex, somos treinta. Será fácil seguirnos y volverán a atraparnos.

Mejor no edulcorar la realidad.

—¿Preferiríais esperar a Finn?

—Pero ¿por qué no puedes quedarte? —Las gafas de Cindi reflejaban la luz de la hoguera—. Son Chuckies. ¿Por qué te preocupas por ellos? Nosotros somos normales. Te necesitamos más. Tom nunca nos abandonaría. ¿Se supone que tenemos que creer que son Chuckies buenos? Y si Peter es sólo medio Chucky, ¿qué? ¿Por qué te pones de su lado?

—Oye, Cindi, cálmate. —Luke intentó apaciguarla.

—¿Y si no quiero calmarme? ¡Esto es como ayudar a unos terroristas! Alex, que Lobezno no te matara no significa que sea bueno. Es como si te hubieran lavado el cerebro o algo así.

—Puede que tengas razón —aceptó Alex—, pero Peter es mi amigo. Y tengo otros amigos en Rule. Lobezno me salvó la vida cuando no tenía por qué hacerlo. Para mí es importante y ahora tengo que lidiar con eso. Debo ir a Rule e intentar hacer algo, lo que sea, o mucha más gente morirá, incluidos chicos como vosotros. Si

logro sorprender a Finn, si puedo detenerle o matarle —(¿de dónde venía aquello?) —, ya no volverá a perseguiros. Así todo el mundo gana. —Se interrumpió—. Y mucho.

—¿Y qué hay de esos otros Chuckies? —quiso saber Cindi.

—Están a unos seis kilómetros por lo menos. La mayoría va a pie. Hay tiempo de sobra.

—Bueno, los Chuckies blancos tienen caballos —apuntó Jasper, y luego, como una ocurrencia tardía, señaló—: Claro, si matas a Finn, la red se desmorona y dejan de funcionar como es debido. Seguro que la señal pierde intensidad.

—¿Qué? ¿Qué estás...? —empezó a decir Alex, pero Cindi la interrumpió:

—Entonces lo que dices es que sigamos huyendo. —A la niña le temblaban los labios—. Nos abandonas sin más.

Alex sintió una punzada de impaciencia.

—Ay, por el amor de Dios, sí, huid. No tenéis tres años. Debéis cuidar bien de vosotros mismos porque ahora no hay nadie más. Aunque me quedase, soy una persona. No soy mucho mayor que vosotros y tengo... —Se tragó las posibles palabras: «cáncer, un monstruo», antes de que salieran despedidas de su boca. «Alex, cálmate, es sólo una niña». Cerró los ojos, respiró hondo y bajó la cara hacia la cría, que tenía los ojos llenos de lágrimas—. Lo siento, Cindi. A lo mejor Tom se hubiera quedado, sí. Pero eso no hace que él tenga razón y que yo esté equivocada. Simplemente nos hace diferentes. Ojalá... —Se tragó el repentino nudo que se le hizo en la garganta—. Ojalá estuviera vivo para que pudiéramos discutirlo. Pero no te creas que es fácil y que no estoy aterrada.

Durante un rato, nadie dijo nada. Luego, Luke dio un paso adelante.

—¿Y si te esperamos? Tom querría que lo hiciéramos. Cogemos las cosas y nos vamos... pongamos... un kilómetro y medio o así hacia el oeste, hacia el interior del bosque.

Alex se acordó de la montaña, del día del Cortocircuito, de tener que cargar con Ellie estando aterrorizada. No quería que la historia se repitiera. Aunque, si Ellie no hubiese estado allí, ¿se habría esforzado tanto por sobrevivir? ¿Habría salido del Waucamaw? Cada paso que había dado desde el Cortocircuito había venido motivado por otra persona. Aún estaría perdida de no ser por Ellie, Tom y Chris. Incluso por Lobezno. Todas aquellas relaciones la habían conducido fuera del bosque, desde aquel lugar negrísimo, y habían evitado que saltara al vacío, hacia donde nadie la esperaba, salvo la muerte.

«Tom dijo que nos salvamos el uno al otro. —Miró por turnos aquellas caritas expectantes—. A lo mejor me salvó por esto».

—Si puedo, regresaré —le dijo a Luke—. Lo resolveremos juntos. Pero no esperéis demasiado...

Un rayo de dolor, una bola de fuego detrás de sus ojos. En las profundidades de su mente, el monstruo se dobló, se despertó y lo sintió estirarse e intentar abrir a la

fuerza aquella caja. Pestañeó, y fue como si el obturador de una cámara se abriera de golpe, un tercer ojo...

... y vuelve a estar tras esos ojos, en ese cuerpo que empieza a creer que es el de un chico y en el corazón mismo del vengador, vengador, id, id. En lo alto de un caballo, vestida de blanco, con la tormenta roja a la izquierda y el otro gritando: «IR, IR, IR, DÉJAME IR». Serpenteando en silencio por la nieve parcheada, fluyendo con el retumbar de la tormenta roja, inhalando el fuerte olor a carne que esa cosa quiere, que él quiere, que ella desea. En la distancia se erige una alta colina y los sucintos contornos de una torre...

... entonces cambia...

... y se mete en muchos otros ojos...

... un resplandor...

... y ahora, aún más cerca... vengador, vengador, id, id, id, id... mira a través de unas greñas. Este cuerpo pertenece a otro chico, que enloquece ante el aroma a carne y a sal, a presa muerta más adelante, en lo alto de esa colina, de la torre... id, id, vengador, vengador... quiero, quiero, quiero, lo necesito... vengador, vengador, id, id...

De repente, se oyeron dos bombas en la distancia, como dos cañonazos. Algunos de los niños se pusieron a gritar. De vuelta en sus propios ojos, Alex vio cómo dos tenues destellos anaranjados surcaban el cielo peltre en dirección norte. No tardaron en desvanecerse, engullidos por la distancia, el día incipiente a su izquierda y el brillo de la luna baja, que rayaba el horizonte por el oeste.

«Esa torre». En eso se fijaba el chico Cambiado: en la torre y en los hombres. Carne.

—Vete, Alex. Buena suerte —le deseó Luke—. Te cubriremos las espaldas. Regresa.

Le habría gustado decirle que lo haría, pero las palabras se le atragantaron.

—Cuidaos mucho.

Luego espoleó al caballo mientras *Buck* echaba a correr a la zaga y se marchó galopando hacia Rule.

Tom tardó diez minutos en encajar las piezas. Para entonces, Jarvis estaba en el suelo y Chris bajaba al trote el último tramo. En el último rellano, a seis metros sobre el suelo, Tom miró hacia atrás con preocupación. Ya deberían tener a aquellos hombres encima, o muy cerca. Un caballo rápido puede cubrir mucho terreno en nada de tiempo. Y sin embargo... Al supervisar la llanura a través de los claros entre los árboles, vio que habían desmontado. ¿Tal vez —se mordió el labio inferior— a ochocientos metros? Y que trasteaban con algo.

—¿Tom? —Chris, justo debajo—. ¿Qué ocurre? ¿Has visto algo?

—Sí, pero están de espaldas. No sé qué... —Cuando una nube finalmente se apartó para bañar la llanura con la luz de la luna, él levantó los prismáticos—. ¿Por qué mandar sólo a cuatro?

—¿Tom? —La voz de Chris sonó aguda—. ¿Qué...?

—Oh, Dios. —La alarma le desgarró el estómago cuando al fin lo comprendió. Había dos hombres arrodillados y ahora veía con claridad lo que balanceaban en sus hombros—. ¡Lanzacohetes! —Tom se giró y plantó las manos en la barandilla de metal—. ¡Lanzacohetes, lanza...!

—Joder, niña —gruñó el chico pelón. El amanecer se filtraba por entre los árboles bajos y Ellie vio que a aquel asqueroso volvía a crecerle el pelo alrededor de la maraña de costras—. Dame el maldito rifle.

—¡No! —Ellie abrazó el Savage. Qué vergüenza. A su alrededor, todo el mundo la miraba atónito, chicos mayores que ella y otros menores que reían con disimulo. A su derecha, una cría diminuta con una fina aureola de pelo casi blanco estaba encogida como si Ellie le hubiera estornudado encima—. Es mío. Jayden me deja.

—Esta no es la carreta de Jayden, así que me da igual. —Aquel asqueroso le ponía los pelos de punta. Todos aquellos aros en las cejas y aquel imperdible recubierto de sangre añeja en el lóbulo derecho, por no mencionar el piercing de la lengua... le parecían una auténtica ida de olla, como si al chico le chiflara decidir qué parte sería la próxima en agujerarse. Ni que la vida no fuera ya lo bastante mala—. Entrégamelo ahora mismo —le ordenó.

—Ludan, déjala en paz —medió la chica delgada y con pinta de cansada, Sarah, que conducía la carreta bamboleante conforme avanzaban por montículos de hielo y nieve dispersa—. No le está haciendo daño a nadie.

—Todavía —apuntó Lucian—. ¿Quieres que ese rifle se dispare?

—Tiene el seguro puesto —aclaró Ellie. Al percatarse de su enfado, *Mina* se puso a sus pies y le dio un empujoncito en el regazo mientras *Jet* y *Fantasma* forcejeaban y daban saltitos para ver qué pasaba. Aquello incitó a los demás perros, que se pusieron a empujar y a arremeter contra los niños provocando sus quejas y una algarabía de voces. A lo mejor la dejaban caminar. Aquello sin duda resolvería el problema del rifle. Frustrada, empujó a *Mina* para que se sentara—. Ni siquiera tengo el dedo en el guardamonte. ¿Qué te has creído? ¿Que va a dispararse sola?

—De acuerdo, escucha —dijo Sarah, haciendo parar al caballo. Su cara le recordó a la de aquellos profesores a los que le hubiera gustado olvidar: esos que aparentemente se mostraban comprensivos por lo de su padre, pero que siempre le soltaban cosas como «no podemos tolerar ese tipo de comportamiento en clase»—. Dale el rifle a Lucian, ¿vale? No puedo conducir con vosotros discutiendo y un rifle cargado apuntándome a la espalda.

—Está apuntando al cielo —protestó Ellie. Bueno, a los árboles: el denso bosque cercaba aquella carretera serpenteante. Las ramas sobresalían como dedos que intentaran entrelazarse. No estaban haciendo una buena marca que se dijera; seguro que apenas habían recorrido cinco o seis kilómetros. ¿Y si necesitaban dar media vuelta o ir más deprisa? Estaban acabados. A Jayden iba a darle un ataque al corazón; Ellie lo veía en el pescante de la primera carreta moviendo la cabeza de un lado a otro para vigilar a todo el mundo—. Aunque se dispare, que no se va a disparar, no le daría a nadie.

—Me importa una mierda. No me hagas repetírtelo, niña —le advirtió Lucian.

Los demás chicos la miraban con los ojos como platos; algunos hasta empezaron a darse codazos: «¡Anda! ¡Jopé!». ¿Por qué la habría puesto Tom en aquella carreta? Debería bajarse inmediatamente y subirse a la de Jayden.

—Sé lo que hago —dijo a modo de defensa cuando uno de los chicos que iban a caballo se acercó al vehículo agachándose para esquivar las ramas.

—¿Algún problema por aquí? —El muchacho, más o menos de la edad de Jayden, tenía el pelo negro y rizado, parecido al de Tom, que era grueso y ondulado. Ellie incluso pensó que se parecía un poquito a Tom y no tardó en hallar la razón en los ojos del chico: amoratados y... tristes. Como los de Tom, por mucho que este le hubiera dicho que se alegraba de verla. Ellie sabía perfectamente por qué estaba tan dolido: por Alex. Y le habría encantado aliviarlo de alguna manera. «A lo mejor si lo quiero mucho y le doy muchos abrazos...».

—Estamos bien, Greg —contestó Lucian en el típico tono de un chico que tiene un ojo puesto en el monitor del patio de recreo y el otro en el niño cuyo trasero le gustaría patear.

—Sí, claro, y por eso se ha parado la carreta, ¿no? —Lo dijo con tanta ironía que Ellie se mordió la mejilla para reprimir una risita. Greg miró a la chica—. ¿Sarah?

—He dicho que todo está bien. —Lucian se levantó y avanzó por la plataforma apartando ramas cargadas de hojas y sorteando perros y niños. Luego se elevó sobre Ellie como un gigante asesino y le clavó un dedo en el pecho a Greg—. Esta es *mi* carreta. Esta niña tiene un rifle y yo quiero que me lo dé. Tú no estás al mando aquí, *Greguito*.

—Tranquilízate, Lucian. —Sarah parecía un cachorrito al que hubieran azotado—. A ver, chicos, arreglemos esto y continuemos, ¿de acuerdo?

—Pero tiene puesto el seguro, ¿no? Entonces, ¿cuál es el problema? —observó Greg.

—Sí —intervino Ellie. Ese tal Greg le caía bien—. Si nos metemos en líos, necesitaremos todas las armas que tengamos.

—Oh, joder —bramó Ludan—. Si nos metemos en líos, ninguna niñita del .22 nos va a salvar el culo.

—Muy bien —contraatacó Ellie—. Pues si no voy a salvarte el culo, ¿te importa que salve el mío? —Aquello desató más codazos y susurros entre los presentes. «Me importa un pito; no sois mis amigos». Miró a Lucian con el ceño fruncido—. ¿Algún problema?

—Buena pregunta —terció Greg.

—Greg, tío, no te pases —se quejó Lucian.

—¿O qué? ¿Me vas a matar? Ya tuviste tu oportunidad —espetó Greg.

—Debería dárselo —saltó de repente la niña del pelo blanco en aquel tono cantarín que todos los niños conocían: «Vaaale..., pero no me echéis la culpaaaa...». Tendría unos seis años y aferraba con fuerza una muñeca Lalalopsy con una cascada

de rizos fucsias—. Mi mamá dice que las armas matan a la gente.

Alrededor de la mitad de los niños asintieron muy serios, otros tres se encogieron de hombros y un chico mayor con pinta de elfo y grandes orejas murmuró:

—No entiendo a qué viene tanta historia. Ojalá tuviera yo un arma.

—Greg —dijo Sarah, aún con aquella cara de perrito maltratado—. Esto no va a cambiar lo que ocurrió.

—Tú no estuviste encerrada en una celda, Sarah —le respondió, aunque mirando a Lucian—. A ti no te escupieron ni te pegaron. Tú no tuviste que limpiar los trozos de un chico muerto en el suelo de una iglesia ni que recoger mierda de caballo con las manos.

«¡Hala!». No le extrañaba que Chris hubiera abandonado Rule. Por cómo se miraban Greg y Lucian, le dio la impresión de que tampoco necesitaba una gran excusa.

Entonces, su vocecilla interior le sugirió: «No la lées más, Ellie».

—Vale, mira, toma. —Echando chispas, vio cómo Lucian sacaba el cartucho de la recámara, accionaba el cerrojo y vaciaba el cargador del Savage.

—Chica lista. —Lucian exhibía una desagradable sonrisa de satisfacción que le ocupaba toda la estúpida cara. Se guardó las balas en el bolsillo y le devolvió el rifle—. Cuando lleguemos a nuestro destino, te devolveré las balas. Y ¿Greg? —Se dirigió al pescante dando fuertes pisotones—. Gracias por preocuparte, tío. Y ahora, largo de aquí.

—Lucian —intentó apaciguarlo Sarah.

«Ni en broma voy a vivir yo en la misma granja que ese». Probablemente tampoco le devolvería las balas. Se dio la vuelta y alargó la mano para darle un toquecito en la pierna a Greg.

—Déjalo, el pobre es un gili.

—Te estoy oyendo —le advirtió Lucian.

—Sí. Eh..., integral —asintió Greg muy serio.

A Ellie casi se le escapó una carcajada.

—No quería meterte en líos.

—No lo has hecho. No te preocupes —respondió él, pero no sonrió. Cuando Sarah agitó las riendas y la carreta echó a andar, dejó que siguieran adelante—. Hasta luego.

Vale, Greg parecía buena gente. «Pero sigo queriendo que Tom esté aquí. Y Chris. Quiero irme a casa. —Se pasó el brazo por los ojos, se acurrucó en la parka, metió la barbilla bajo la cremallera hasta que el cuello del abrigo le llegó a la nariz y se quedó mirándose los pies—. Quiero a mi papá y al abuelo Jack y a Tom y a Alex». Los perros se habían calmado, aunque *Mina* seguía hundiendo el hocico en su regazo.

—Quita —la despachó—. Estoy bien.

—Así es más seguro —comentó la chica del pelo blanco—. Mi mamá...

—Sí, mira, tu mamá está muerta y la mía también, así que cállate. —En cuanto

las palabras salieron de su boca, se encogió y su voccecita interior le gritó: «¡ELLIE!».

—Eso no ha estado bien —le regañó el chico con pinta de elfo.

—Ya lo sé. —Respiró hondo y se giró hacia la cría—. Perdona. Ha sido muy feo.

—Mmm-humm. —Los ojos de la chiquilla eran dos lagos azules. Sus labios, delicados como pétalos de rosa, temblaron cuando escondió la cara tras el pelo alocado de la muñeca.

¿Alguna vez aprendería a tener la boca cerrada? Dejó el Savage a un lado y le pasó el brazo por los hombros convulsos. Para su sorpresa, las lágrimas que había intentado retener corrían ahora por sus mejillas.

—No llores. Es que a veces me cabreo.

—Yo siempre estoy cabreado —coincidió el chico con pinta de elfo.

—Echo de menos a mi mamá. —La cría se secó las lágrimas con el pelo de la muñeca—. Sigo esperando que las cosas se arreglen, pero nunca lo hacen.

—Lo harán —dijo Ellie, haciendo un esfuerzo por insuflarle un ánimo que ella no sentía. El abuelo Jack siempre decía que había que mirar el lado bueno de las cosas, pero, mirase donde mirase, ella lo veía todo negro, incluso a pleno día. «Piensa antes de hablar», solía decirle su padre—. ¿Te acuerdas de lo mal que estaba todo al principio, cuando las cosas se fastidiaron?

—Todavía está mal —apuntó uno de los chicos de los codazos. Sus colegas asintieron.

—No en el sitio adonde vamos. Tendremos vacas y ovejas y hay lagos. Hannah sabe mucho de plantas y yo pesco un montón de peces.

—¿Tú pescas? —El chico con pinta de elfo parecía impresionado—. ¿Y yo puedo ir?

Demasiado tarde, se acordó de Eli y de Roc, que aún debían de estar allí abajo en alguna parte. «No volveré a pescar allí». Pero respondió:

—Claro. —Ahora todos los chicos la miraban y sonreían, como si les estuviera contando un cuento. Le dio un achuchón a la niña—. De verdad, todo saldrá bien.

En algún lugar muy atrás se oyeron dos fuertes estruendos. A Ellie se le pusieron los pelos de punta. Reprimió un grito, se sentó muy recta y se volvió para mirar de dónde procedían, al igual que todos los niños y perros. Las carretas dejaron de rodar y los caballos se detuvieron. Aunque el bosque continuaba sumido en las sombras, estas se iban disipando y destellos de luz se abrían paso por entre los árboles hacia el este. Al sur, Ellie captó unas efímeras y brillantes pulsaciones de luz naranja.

—¡Oh! —Sarah se tapó la boca con la mano. Junto a ella, Lucian había empalidecido tanto que su barba incipiente parecía mugre—. ¡Oh, Dios! —exclamó la chica.

Los perros empezaron a ladrar. Todos los niños parloteaban a su alrededor:

—¡Guau! ¿Qué ha sido eso? ¿Lo has visto? ¿Es un incendio?

A su lado, la cría del pelo blanco se había tapado los oídos y no dejaba de repetir:

—¿Qué ha sido eso? ¿Qué ha sido eso? ¿Qué ha sido eso?

—¡Explosiones! —La voz del chico con pinta de elfo se elevó por encima de la algarabía general—. Como bombas.

«Tom hace bombas». Ellie estaba temblando. Sentía tanto miedo y pavor en el cuerpo que, cuando *Mina* dejó escapar una sarta de ladridos rabiosos y frenéticos, casi se cayó de la carreta.

—¡*Mina*, para!

Se giró y enterró la cara en el cuello de la perra, sin darse cuenta de que el animal intentaba zafarse por todos los medios. «Por favor, Dios, por favor, Tom no, Tom no, Tom...».

—Eh, eh, mirad. —Era la niña del pelo blanco, cuya vocecilla se había tornado en un susurro igual de sustancioso que una brisa ligera, tan tenue que Ellie fue la única que la oyó—. Mirad todos.

«Yo ya no quiero mirar nada. —Siguió con la cabeza gacha—. Las cosas nunca mejoran. Todo el mundo muere». De pronto, *Mina* gruñó y Ellie no pudo evitar levantar la vista.

—No, *Mi*...

Se quedó de piedra.

Todos los demás... todos, excepto los perros que gruñían y la niña del pelo blanco, seguían mirando absortos en la dirección de donde procedían aquellos estruendos y cotorreaban a la vez. Muchos críos se habían echado a llorar, aunque entre el barullo le pareció oír la voz del médico, que emergía de la carreta de Jayden.

—¿Qué es eso, *Daisy*? ¿Dónde? Jayden, hijo, creo que tenemos un problema. Me parece...

«Oh, oh, creo que tiene razón». Los perros y la cría miraban ensimismados a su izquierda. La chiquilla estaba tan aterrorizada que se le había cortado el llanto. Casi sin atreverse a respirar, Ellie desvió ligeramente la vista hacia el oeste, lejos del nuevo día...

Y distinguió unas siluetas oscuras que pasaban desapercibidas detrás de los troncos de los árboles y que, bajo aquella débil luz, cualquiera habría tomado por meros postes de madera. O por árboles muertos.

Salvo que los postes no se movían. Y los árboles no tenían brazos ni piernas.

Ni dientes.

Un instante después del grito de advertencia de Tom, el mundo quedó en suspenso. Algo le dio una patada a Chris en la espalda. Se produjo una breve sensación de que algo surcaba el aire a toda velocidad. Luego, nada: ni impacto, ni sueño ni pesadilla, muy posiblemente porque estaba viviendo una. Pero el tiempo dio una sacudida, como una película muy antigua a la que le faltase el carrete central y la historia se quedara a medias.

Lo siguiente que supo fue que estaba bocabajo y sus manos trataban de agarrarse a algo abriéndose paso a ciegas por un terreno sembrado de restos sibilantes de madera astillada, metal retorcido y cristal fundido. A lo lejos oyó el tañido de la campana de la iglesia dando la señal de alarma. ¿Cuándo había empezado? El aire bullía de gritos y lamentos. Alguien vociferaba «¡Qué, qué, qué, qué!». Y, mucho más cerca, otro alguien gemía. Un segundo después, comprendió que los gemidos eran suyos. Tenía un regusto a sangre en el fondo de la garganta, y la cara, escocida, estaba mojada por el hielo y la nieve derretidos, pero al retirar la mano roja pensó: «Puedo verla; veo color».

Porque había luz.

Tiempo, tiempo... ¿Cuánto había pasado, cuánto? El mundo estaba a la vez claro y nebuloso. Unas nubes negras intermitentes empañaban el cielo, que era de un azul oscuro encima de sus cabezas y de un turquesa más claro al este, por donde asomaban los primeros rayos de sol. El aire apestaba a combustible usado, a madera quemada, a metal chamuscado y a asado del domingo demasiado hecho. «Esas nubes... Humo...». Los escasos pinos de aquella llanura eran antorchas. A su espalda y a su derecha se oía el crepitar y el chisporroteo de otro fuego más grande.

«Tengo que salir de aquí». Rodó y miró hacia la torre, situada a unos treinta metros. Lo único que quedaba eran las ruinas retorcidas de puntales esqueléticos y un tramo de escaleras que ya no conducían a ninguna parte. Un caballo, el de Jarvis, estaba en el suelo con el vientre convertido en un cráter relleno de un amasijo de entrañas. *Night*, su zaino, seguía en pie. La yegua parda de Tom estaba en los árboles. Un hombre, que se presionaba la cabeza con una mano y aferraba un rifle con la otra, se tambaleaba y gritaba: «¡Qué, qué, qué...!».

—¿Jarvis? —Chris se puso en pie como pudo, tosió y volvió a gemir cuando sus costillas cascadas le punzaron el pecho—. Jarvis, ¿dónde está Tom, dón...?

—Aquí. —A su derecha se movió una malla de alambre. Chris vio primero el cañón del Bravo, que seguía en su funda, y luego a Tom, a cuatro patas, que intentaba salir de debajo de una pila de escombros.

«Oh-oh». Chris retiró tambaleante la malla y la madera destrozada. El corazón le dio un vuelco cuando vio que una punta de metal sobresalía de una estrella de sangre y que tenía la ropa desgarrada en un punto bien alto del muslo izquierdo, justo debajo

de la cadera.

—¿Es muy grave? —Chris se dejó caer de rodillas y estiró una mano, pero la retiró por miedo a empeorar las cosas.

—No lo sé. No creo que sea muy profunda. No parece rota y no está bombeando. Ayúdame a levantarme. —Tom reprimió un gemido cuando Chris le metió un hombro por debajo y lo aupó—. Duele que no veas —dijo con la cara transida de dolor.

—¿Puedes caminar? ¿Puedes montar?

—Sí. —Tom dio un renqueante paso experimental y luego otro en medio de siseos—. Lo conseguiré. Tenemos suerte de no haber muerto por la presión... —Se detuvo, olisqueó el aire y dijo—: Oh, mierda.

—¿Qué? —le preguntó Chris, pero Tom ya se dirigía a trompicones al filo de la meseta de basalto. Salía humo de algún sitio justo debajo, como las exhalaciones de un dragón subterráneo. Chris, que hacía un gesto de dolor a cada paso, lo alcanzó y aguzó la vista hacia abajo. En Ciencias habían estudiado el monte Santa Helena y Chris recordó que la explosión había arrasado todos los árboles. Aquello no era tan malo, pero se le acercaba. Parecía como si una bota gigante hubiera destrozado el abatis en llamas. Los árboles cercanos se habían caído. Se notaba dónde se había evaporado la nieve al instante o se había derretido por el calor.

«Cuatro hombres, dos lanzacohetes». Chris barrió el desastre con la mirada. Las piernas eran fáciles de identificar, así como los trozos de torso y... y...

—C-cabezas. —No pretendía decirlo en voz alta, pero se le escapó. Las cabezas se distinguían muy bien. Había unas cuantas que parecían bolas de billar sin lo blanco: sin piel, sin pelo. Otras se habían abierto como nueces y habían liberado una masa roja y rosa—. Tom, veo...

—Sí. Vamos. —Tom dio media vuelta y se dirigió cojeando rápidamente hacia los árboles—. Hemos perdido mucho tiempo. Pronto se habrá hecho de día. Necesitamos llegar al pueblo antes de que los Cambiados se presenten aquí. ¡Jarvis! —Tom llamó al anciano, que seguía andando en círculos—. ¡Vamos! Tenemos que...

—¿Qué? —Jarvis giró tan rápido que un espumoso hilo de babas salió volando. Sus ojos, carmesíes por los capilares rotos, sobresalían de las órbitas. Le caía sangre de la nariz y de una oreja. Corrió el cerrojo de su rifle—. ¡Aléjate de mí, aléjate!

—¡Eh, eh, eh! —Tom levantó ambas manos—. Jarvis, cálmate, hombre. Tenemos que irnos, los Cambiados...

—¿Quién? ¿Qué? —gritó Jarvis—. ¿Qué, qué...?

—¿Qué le pasa? —preguntó Chris.

—Seguramente haya sido la onda de presión. Desestabiliza a algunas personas. Jarvis —insistió Tom—, escúchame, hombre. Está bien, pero tenemos que irnos, tenemos que... —De repente, Tom se tensó y se giró hacia la meseta y la columna de humo.

—¿Qué? —preguntó Chris—. ¿Qué es lo que...? —Entonces, Chris también lo oyó entre el crepitar de las llamas: el fuerte roce de los matorrales, los pisotones de

unas botas en la roca.

Algo se movió en la profundidad del humo. Algo... azul oscuro. Durante un instante de desorientación, Chris creyó que el humo cobraba forma, cambiaba de color, se convertía en parkas y en vaqueros... hasta que se dio cuenta de que lo que veía eran Cambiados, muchos, que subían el altozano a tan sólo treinta metros y se materializaban como invasores teletransportados desde un planeta lejano.

—Chris. —Tom lo cogió del brazo y tiró—. Venga. No mires, vámonos.

«Dios mío». Chris estaba paralizado, clavado en el sitio. Jarvis volvía a gritar «¡qué, qué, qué!» y Chris pensó: «No lo sé, no lo sé, no lo...».

—¡Chris! —Tom le dio la vuelta tan rápido que Chris tuvo que agarrarse a sus brazos para no perder el equilibrio—. Te he dicho que no los mires. ¡Súbete al caballo, Chris! ¡Súbete al caballo, ya!

—V-vale —logró articular él sin aliento. Salió disparado, dando tropezones mientras Tom le pisaba los talones y lo espoleaba. Tiró de las riendas de su zaino e intentó subirse a la montura, pero los pies se negaban a obedecerle—. Vamos —se oyó suplicarse—, vamos, vamos, va...

Los oía: botas que revolvían escombros, que pateaban troncos, que aplastaban cristales. «Cada vez más fuerte. —Sintió un hormigueo por la espalda—. Se están acercando, no mires, no mires, ¡no mires!». Pero entonces echó una ojeada fugaz —«estúpido»— y un puñal de terror le atravesó el corazón. Los Cambiados, muchos, demasiados, se estaban desplegando, extendiéndose por la meseta, cargando contra ellos.

—¡Chris, no! —Tom ya estaba atizando al caballo con la fusta para que diera la vuelta—. ¡No mires! ¡Vamos! ¡Tienes tiempo, pero no permitas que te entre el pánico!

«Demasiado tarde». Metió una bota en un estribo, se agarró al cuero y repechó hasta quedar torpemente sentado a medias en la montura. Intentó no mirar, pero no pudo evitarlo. Los Cambiados, aquellos niños de Rule, estaban a menos de quince metros de distancia. A la luz del día naciente podía verles la boca, abierta como en un gruñido silencioso, y los ojos, aquellos ojos tan grandes, tan salvajes. Nada de armas, sólo dientes, garras y...

«No mires, Chris. —No era otra que su voz, una voz que quería que viviera—. Muévete o estás muerto».

Pero era fascinante, abominable, espantoso: toda pesadilla hecha realidad y la razón por la que los ciervos se quedaban paralizados por los faros de un coche y por la que la gente moría en los pasos a nivel y Moisés se había cubierto los ojos. Nadie puede evitar contemplar lo monstruoso, porque el horror está emparentado con el asombro.

—Chris, no, ¿qué estás haciendo? ¡Chris! —gritó Tom al tiempo que Jarvis vociferaba:

—¡Quéééééé! ¡Quééé, quééé...!

Night finalmente relinchó y se asustó, pues Chris había transmitido su pánico a un animal paralizado que comprendió que la muerte estaba a la vuelta de la esquina. El zaino se encabritó. Chris, que aún no se había sentado bien del todo, dejó escapar un grito estrangulado cuando empezó a resbalar. Sintió que se escurría hacia atrás, que se caía, que iba a aterrizar encima de los Cambiados y en sus brazos, y que estos lo atraparían, que estaban allí, que estaban...

—¡So! —Tom llevó a su yegua caracoleando a su lado para intimidar y agarró las riendas de *Night*—. ¡Chris, aprieta las putas rodillas, agárrate a las crines o a la cruz y muévete, muévete!

Chris soltó un sollozo y volvió a repechar en busca de un asidero. *Night*, aterrorizado, puso los ojos en blanco y dio un cabezazo hacia atrás, que le impactó en toda la cara. El golpe fue terrible, tan fuerte que perdió momentáneamente la visión. Aturdido, se soltó, empezó a desplomarse...

Y entonces sintió unas manos por todos sitios: unas manos que le palpaban la pierna izquierda y el muslo, unos dedos que lo agarraban para tirarlo... y pensó: «Este es el fin».

Por encima de su cabeza se produjo un estallido descomunal. Las manos ansiosas se retiraron en el acto. Otro estallido. A la izquierda de Chris, un Cambiado se llevó ambas manos al cráter que ocupaba el lugar donde había estado su nariz y cayó de espaldas. Chris, que seguía aturdido, sintió que los dedos de Tom lo agarraban del hombro.

—¡No pierdas el control, hombre! —le gritó este, colocándolo en la silla—. ¡No puedes perderlo, Chris, vamos! —A pesar de su herida y de sujetarse a la yegua sólo con las rodillas, Tom tenía una gran dock negra en una mano y el hombro de Chris en la otra. Una chica con el pelo muy largo y mugriento dio un zarpazo. Tom bajó la pistola maldiciendo y se la clavó en la cara. La Cambiada estaba tan centrada en Chris que no vio a Tom en ningún momento, y mucho menos el arma, y... ¡bang! Le explotó la cabeza: cráneo, cuero cabelludo, sesos, sangre y una maraña de pelo estallaron en forma de aerosol húmedo.

—¡Siéntate bien! —rugió Tom—. Ponte derecho, Chris, pon...

En ese momento se oyó el estallido de un disparo, que no procedía de Tom, sino de su derecha. El fino *ting* de una bala que rebotaba en un árbol. Jarvis volvió a disparar sin dejar de vociferar. Esta vez, un Cambiado se tambaleó cuando un destello rojo resplandeció en la parte derecha de su torso. La fila no se quebró exactamente, pero algunos Cambiados se salieron de ella y se dirigieron hacia Jarvis, proporcionándole a Chris los dos preciosos segundos que necesitaba para meter el pie en el estribo.

—¡Venga, vamos! —le gritó Tom. Dieron media vuelta y espolearon sus caballos para adentrarse a todo galope entre los árboles y dirigirse al centro de Rule, a cinco kilómetros de distancia.

No fue un error, pero Chris echó un último vistazo. Dos Cambiados habían

rodeado con los brazos a Jarvis, que seguía dando alaridos. Los tres se arremolinaron en una especie de pirueta de borrachos. Entonces, otro Cambiado se les unió, y luego otro, y otro, y Jarvis ya no vociferaba, sino que chillaba, mientras los Cambiados pululaban sobre él del mismo modo que las hormigas devoran a sus presas, y había sangre, mucha sangre.

«Y más que habrá, porque es el fin del mundo. —Chris miró hacia delante. Los ojos le escocían. Tenía las mejillas mojadas y no creyó que fuera sólo de sangre—. Es el fin, es el fin, es el fin».

—¡Apartaos del borde! ¡Apartaos del borde de la carreta! —gritó Ellie, pero nadie la estaba escuchando, todo el mundo chillaba, los chicos se giraban a un lado y a otro para ver lo que ocurría. Era como en una de esas películas de catástrofes en la que los marcianos atacaban de improviso y todo el mundo se comportaba como conejos asustados, abriendo desmesuradamente los ojos y la boca justo antes de que arrasaran con ellos—. ¡Moveos! ¡Levantaos! —Cogió el Savage por el cañón, se puso en pie de un salto y blandió el arma como un bate de béisbol justo cuando una mano se enganchaba en la carreta por detrás del chico con pinta de elfo que quería pescar—. ¡Quítate de en medio! —le gritó, y pegó un fuerte mamporro.

El comegente berreó cuando sus nudillos se abrieron de golpe. Aprovechando que el chico (¿había un chico bajo aquella pelambreira?) se quedaba boquiabierto por la sorpresa y el dolor, le bateó la cara con la culata. El comegente perdió el equilibrio, se precipitó sobre otros dos y los tres cayeron como bolos.

«Ay, madre, tenemos un problema gordo». Alrededor de sus piernas, los perros no dejaban de gruñir y de pegar empujones, intentando formar una barrera de músculos prominentes y colmillos al descubierto. En el pescante, Lucían también se había incorporado. Cargó la escopeta y soltó un potente disparo: una chica perdió la cabeza y del cuello le manaron dos interminables chorros de sangre latente, puesto que el corazón todavía no había captado el mensaje. Sarah no paraba de disparar con una enorme y trémula pistola negra sin darle a nada, tan sólo haciendo retroceder a la multitud con el mero estruendo de los disparos. Sin embargo, ¿cuánto aguantaría? Ellie sabía que andaban escasos de munición. Y por cómo Sarah estaba consumiendo aquel peine de balas..., como no tuviera un par de cargadores de repuesto...

Fue como si Lucían le leyera el pensamiento: Sarah estaba malgastando las balas; si quería conservar su espeluznante cuero cabelludo, ya podía pirarse cuanto antes. Así que se agachó, cogió una mochila, se la echó al hombro, apartó a un comegente de un culatazo, le dio una patada a otro en la cara y saltó del pescante.

—¡Espera! ¡Que te llevas mis balas! —gritó Ellie cuando Lucían aterrizó en el suelo y salió corriendo hacia los árboles lejanos, perdiéndose de vista casi en el acto entre aquella densa maraña de maleza y ramas bajas. Ningún comegente lo siguió, probablemente porque tenían muchos niños succulentos donde escoger.

¿Y ahora qué? A su alrededor, los niños seguían gritando y se limitaban a quedarse sentados mientras los perros intentaban arremeter hacia su izquierda, donde se encontraban la mayoría de comegentes. ¡Ya podían dejarlos pasar! Cogió del hombro al chico con pinta de elfo y le dio un tirón.

—¡Ponte detrás de mí! ¡Ponte detrás de los perros! —le gritó.

El chico se la quedó mirando boquiabierto. Durante un segundo, Ellie pensó que le iba a hacer caso, pero el muchacho se puso a gatear en dirección contraria, hacia el

pescante. De pronto, apareció un comegente con la cara plana y media nariz. El chico levantó un brazo, pero Media Nariz le agarró la mano y tiró de él, que se dobló y se las arregló para agarrarse con la mano libre a la carreta. Por un instante, se balanceó mirando al suelo como un sube y baja descompensado.

—¡Sarah! —chilló Ellie mientras Media Nariz se preparaba para golpear—. ¡Sarah, detrás de ti!

Sarah se giró, apuntó con aquella pistola enorme a la cara del comegente y apretó el gatillo, pero... nada, se había quedado sin munición. El chico con pinta de elfo soltó un grito desgarrador cuando Media Nariz le mordió con fuerza la parte de atrás del cuello, justo alrededor de la espina dorsal. Poco después, sin dejar de patallar, se perdió de vista.

—¡Nooooo! —Tragándose las lágrimas, Ellie se dio la vuelta y empezó a arremeter a ciegas, dibujando un arco con el rifle, consciente de que era sólo cuestión de tiempo que un comegente le arrebatara el Savage o que otro se colara bajo sus embestidas. «Cálmate, cálmate; elige un objetivo o te cansarás y ellos te cogerán». Se obligó a esperar, a dejar que los perros la protegieran. *Jet* y *Fantasma*, los más grandes, permanecían pegados y arremetían cada vez que un comegente se acercaba. *Mina* se colocó delante y la empujó hacia atrás para hacerla retroceder, pero la cría del pelo blanco se había atrincherado detrás de sus piernas. Al sentirse en aquella especie de bocadillo, Ellie empezó a perder el equilibrio. «¡No, no!». Como se cayera, no lograría levantarse a tiempo.

—¡*Mina*, aguanta! —Apenas se oía a sí misma por encima de aquel barullo: niños que gritaban, perros que ladraban y caballos que relinchaban. Cada vez que los pocos chavales armados abrían fuego, se oía en el aire un breve chisporroteo. Pero no tenían espacio para maniobrar y disparaban al tuntún.

En la carreta de Jayden, un comegente pertrechado con un bate se subió de un salto al pescante y empezó a blandir el arma, pero Jayden logró esquivarla. Con la larga escopeta apoyada en el hombro, el médico del parche en el ojo gritó algo, tal vez «agáchate» o «no te muevas», antes de que un relámpago amarillo saliera disparado por la boca del rifle. El comegente abrió los brazos en un gesto de sorpresa, como el Coyote, y se desplomó. En la parte trasera, otros dos comegentes, todo brazos, piernas y palos, se encaramaron a la plataforma. Uno de ellos se lanzó sobre la algarabía de niños como si fuera un saltador de trampolín. Cuando el golden retriever, *Daisy*, y otros tres perros acudieron, los niños saltaron por los bordes de la carreta: un único movimiento, uno terrible, como búfalos que se precipitaran por un acantilado.

«¿Dónde están los chicos a caballo, Aidan y Sam? ¿Dónde están?».

Un grito llegó desde muy atrás. Ellie se giró a toda prisa. El caballo de Greg intentaba liberarse de los cuatro comegentes que se aferraban a las riendas y a las piernas del muchacho. Otros tres treparon al pescante de la tercera carreta. La conductora, una chica con una larga trenza castaña que le llegaba a la cintura, volvió

a gritar cuando un chico larguirucho enfundado en un guardapolvo como el de Neo en *Matrix* le enrolló la trenza al cuello. La chica se revolvió, con los ojos a punto de salirse de las órbitas, y empezó a dar sacudidas como un pez que se asfixiara lentamente en el suelo de una barca. El Pequeño Neo le dio un puñetazo en la cara al tiempo que un segundo comegente, un chico andrajoso con pantalones de nieve rojo escarlata, se abalanzaba sobre ella. Su cabeza apuntó al cuello de la chica como un escorpión que clavara su aguijón. Un chorro de sangre; el Chico Andrajoso se había hecho con un bocado de carne. El caballo de la carreta relinchó y se encabritó, estampó los cascos con fuerza y salió disparado hacia delante.

La carreta le hizo un gran favor a Greg, pero a los demás, ninguno. Al arrancar con semejante ímpetu, los comegentes que estaban enganchados al caballo de Greg se dispersaron; un niño flacucho resbaló y soltó un grito espeluznante cuando una rueda le seccionó las tripas. El caballo se fue correteando por un estrecho tramo de carretera que discurría pegado a la linde de árboles. Agachado a lomos del animal, Greg hizo todo lo posible por esquivar las ramas bajas que le pasaban rozando la cabeza. Aún en el pescante, el Pequeño Neo y el Chico Andrajoso no dejaban de tambalearse, hasta que se dieron la vuelta y vieron que la distancia entre ellos y la carreta de Ellie se acortaba.

Mientras observaba la estampida del caballo y el avance de la carreta, Ellie contaba con seis segundos: uno para quedarse paralizada; dos para comprender que el choque era inevitable y que o bien el caballo acababa saltando encima de su carreta, o bien se detenía en seco y catapultaba al Pequeño Neo y al Chico Andrajoso al interior, donde los dos hallarían no sólo perros a los que enfrentarse, sino también un montón de cosas que comer. Durante los tres últimos segundos, pensó que tenía que hacer algo o estaba acabada.

—¡*Mina*, vamos! ¡Fuera de la carreta! —Cogió a la niña del pelo blanco de la mano y cruzó la plataforma a lo ancho de dos enormes zancadas—. ¡Fuera! ¡Fuera!

La plaza del pueblo se hallaba completamente vacía. Tom y Chris dejaron atrás el cenador a toda velocidad y se detuvieron en la esquina noroeste entre el ayuntamiento y la iglesia. Tom desmontó antes de que su yegua parduzca se parara del todo y le arrebató a Chris las riendas de *Night* antes de que él pudiera bajar.

—No. —Tom tenía la cara contraída. Agarrándose el muslo herido y goteante justo por encima del trozo de metal que sobresalía, dijo con voz ronca—: Tú no.

—¿Qué? No, ya estoy bien. —De las puertas abiertas de la iglesia llegaban los altibajos de un himno, pero la campana no sonaba—. No deberías subir con esa pierna. Yo me ocuparé del campanario, tú te encargas de la cárcel y...

—No. —Tom se limpió el sudor de un labio superior vítreo con el dorso de la mano—. No puedes formar parte de esto.

—¿Qué? —A pesar de la advertencia, Chris desmontó—. Tom, ¿qué estás haciendo?

—Alguien tiene que quedarse. Ambos lo sabemos.

—No, yo no lo sé. —Lo agarró por los hombros—. ¿Estás loco? Van a venir. Las bombas tienen temporizadores, por el amor de Dios. Entonces, ¿por qué...?

—Porque si algo sale mal, soy el único que sabe lo que hay que hacer.

—Tom, si te quedas, morirás. Te atraparán.

—No. Permaneceré fuera de su vista. Cuidaré de esos cacharos hasta el último segundo. —Tom posó una mano en una de las de él—. Chris, por favor, no hay tiempo. No hagas esto más difícil para los dos. Si las bombas no explotan, todo habrá sido en vano. Esa gente de la iglesia morirá por nada.

—Morirán de todos modos. —Los ojos empezaban a arderle—. Han tomado su decisión.

—Y esta es la mía. Chris, debo hacerlo. Así os doy tiempo. Detenemos a los Cambiados de Finn, detenemos a Finn. Y entonces, los críos, los tuyos y los míos, estarán a salvo.

—Todavía no sabemos si tenemos a los tuyos. Si no...

—Lo habremos intentado. Si puedes, búscalos. Mira, ambos sabemos que la amenaza no acaba aquí. Los Cambiados nos superan en número. Pero así vosotros tenéis una oportunidad.

—Por favor, Tom. —Los ojos se le inundaron de lágrimas—. Tú me has salvado la vida dos veces. Por favor, por favor, no te quedes aquí. Prepara las bombas y ven conmigo.

—No puedo, Chris. —Le puso una mano en la nuca—. Venga, hombre, por favor. Ya es bastante duro. No quiero morir, créeme. Está Ellie, y Alex sigue ahí fuera, lo presiento; nunca debería haber perdido la fe, porque ella es fuerte; no se rendirá. Pero yo tengo que hacer esto por mi gente...

Del norte y, de hecho, no muy lejos, llegó el débil pero inconfundible chisporroteo y destello de un fuego cruzado.

—Oh, Dios. —Chris sintió que le daba un vuelco el corazón—. Tom, deben de ser las carretas.

—¿Más Cambiados? Pero ¿cómo? —Tom tenía la piel blanca como la leche—. Finn viene del sur.

—No lo sé, pero tenemos que ir. ¡Vamos! —Como no se movía, Chris lo agarró del brazo—. ¡Tom, nos necesitan!

—Chris, yo... no puedo. Maldita sea, yo... —Tom se desenganchó la correa de la Uzi del hombro, corrió el pasador, quitó el seguro y le entregó el arma—. Selector —le indicó—. Una ráfaga de uno o tres disparos. Por Dios, no lo pongas en automático o te quedarás seco en cuatro segundos.

—Tom, no, no puedo...

—Sí que puedes, Chris. Tienes que hacerlo, como yo tengo que quedarme. No hay otro modo. Puedes hacerlo. —Tom estaba poniéndole dos cargadores más en las manos—. Lleva la cuenta, elige tus objetivos, ten cuidado, no pierdas la cabeza. Dispones de cuarenta balas en cada peine y quedan treinta y una en el cargador, una ya en la recámara. Tiene mucha potencia de disparo y está en silencio. Eso es una enorme ventaja. No sabrán que estás allí hasta que ya estés encima de ellos. Los niños se encuentran cerca, Chris. Puedes plantarte allí en cuestión de minutos si te das prisa, pero tienes que irte ya.

—Pero, Tom, los niños necesitan ayuda...

—¿Te crees que no lo sé? —Agarró a Chris y lo zarandeó. Sus ojos azules, extraños y ahumados, ardían de rabia y frustración. Los tendones del cuello se le tensaron como el acero—. ¿Es que no ves que esto me está matando? Ellie está allí, pero Finn va a venir aquí, ¡no tenemos opción y nos estamos quedando sin tiempo! ¡Deja de discutir y vete antes de que sea demasiado tarde!

Sabía que tenía que hacerlo.

—Maldito seas —dijo Chris. En lugar de apartar la mano de Tom, tiró de él para darle un abrazo rápido y feroz. Luego, sin mediar palabra, se retiró, se dirigió hacia *Night* y montó de un salto. Echó un último vistazo: no a Rule, sino a Tom, tan fuerte y dispuesto a sacrificarlo todo porque, cuando no quedaba otra salida, eso es lo que hacías para mantener a tu gente a salvo.

—Vete, Chris —le ordenó.

Entonces espoleó a *Night* para dar media vuelta y se marchó a galope tendido.

La carreta estaba a una distancia de tres segundos... Los comegentes que se arremolinaban a su alrededor vieron el peligro y se apartaron, se lanzaron hacia atrás... Cuando quedaron dos segundos, los animales se dispersaron en avalancha...

Sin detenerse para ver si alguien las seguía, Ellie apuntaló el pie derecho y se propulsó hacia arriba junto con la cría del pelo blanco dibujando un amplio arco. La niña se puso a gritar como una posesa. Ellie aterrizó dando un sólido zapatazo y la cría se precipitó sobre ella un segundo más tarde, tirándola al suelo de boca y provocándole un gran dolor en la barbilla.

Sonó un estruendo cuando el caballo descontrolado se estampó contra la parte trasera de la carreta. Ellie, que tenía la lengua llena de sangre, ahogó un grito y miró hacia atrás. El caballo relinchó y repiqueteó de costado intentando rodear la carreta parada. Los niños saltaron gritando por los laterales. Algo se desplazó en la carreta de los suministros o quizás un eje se quedó enganchado, porque de repente se inclinó y arrastró al caballo, que no dejaba de revolverse. Las cajas de cartón y los paquetes cayeron al suelo. Muchos de ellos estallaron y los comegentes, que se habían desperdigado justo antes de la colisión, cerraron filas en torno a ellos. Cuando *Mina* acudió corriendo a su lado, *Jet*, *Fantasma* y otros cuatro perros rodearon a los otros niños gruñendo y enseñando los dientes para intentar mantener a raya a los comegentes. Sarah era la única que quedaba en la carreta vacía, sin moverse del pescante, con una cortina de pelo en la cara y la pistola descargada en una mano.

—¡Sarah! —Ellie recogió el *Savage* y se puso en pie a duras penas—. ¡Sarah, baja de ahí! ¡Vamos!

La chica, aturdida, giró la cabeza como si nadara en el interior de un sueño denso y medio saltó, medio se cayó del pescante. Un comegente desgarrado y dentado apareció por la izquierda y se acercó velozmente. Sarah lo vio venir y se quedó helada.

—¡No, Sarah, no te pares! ¡Sigue corriendo! —le gritó Ellie—. ¡Sigue...!

A su derecha sonó un disparo. Una rosa escarlata floreció en la espalda de Dentado. El comegente cayó en la carretera dándose un espectacular panzazo a unos treinta centímetros de donde Sarah seguía encogida. Greg surgió como un relámpago de los árboles, a pie, con tres chicos a remolque.

—¡Sarah, coge a los niños, coge a los niños! ¡Ponte detrás de los perros!

Una parte de Ellie quería volver con los mayores, con Greg y con Jayden, pero hasta ese momento la cría del pelo blanco y ella habían pasado desapercibidas, y así cambiaría la cosa. Incluso con *Mina*, estaban demasiado expuestas. Sin embargo, se acordó de lo deprisa que Ludan había logrado perderse de vista. «Aléjate lo más rápido que puedas y escóndete hasta que lleguen Tom y Chris». Las carretas habían sido bastante lentas y eso significaba que no estaban muy lejos de Rule. Tom oiría los

disparos y acudiría enseguida. No tendría que esconderse durante mucho tiempo.

—Venga —apremió a la cría, que aún seguía despatarrada en el suelo.

—¡Mi muñeca! —berreó la niña. Por la mancha roja en el labio superior, también debía de haberse mordido la lengua—. ¡Mi muñeca! ¡He perdido mi muñeca!

—¡Olvídate de esa estúpida muñeca! ¡*Mina*! —Se ajustó la correa del Savage al hombro, tiró de la niña y emprendió una tambaleante carrera por la nieve dispersa. No había un camino definido; se iba abriendo paso por la densa maleza que le arañaba y le tiraba de las piernas. La cría tropezaba y jadeaba.

—Espera, espera —le imploraba.

Pero Ellie no reducía la marcha ni respondía, sólo continuaba. Las ramas puntiagudas le azotaban las mejillas, se le clavaban en la frente y se le enredaban en el pelo. *Mina* se adelantó unos metros y ahora era Ellie quien seguía a la perra, sorteando zarzas aún cargadas de hielo. No le hacía gracia estar haciendo tanto ruido. Si pudieran llegar a algún lugar seguro y esconderse... A su espalda se oían gritos, disparos y relinchos, pero los sonidos se iban mitigando, como es habitual, al adentrarse en el bosque. Tendría que ser cuidadosa para no perder por completo la carretera, porque Tom y Chris acabarían llegando. Si podían. Si aquellas explosiones no significaban que...

«Para, Ellie, para. —Se protegió los ojos con el brazo, agachó la cabeza y se metió con dificultad entre la espesura—. Tom vendrá. Y Chris también. Jayden ya está aquí, igual que Greg. Lo único que tienes que hacer es esconderte».

—¡Ah! —La niña dejó escapar un grito de dolor—. ¡Para, para! ¡Me he enganchado! ¡Me he enganchado!

—¡Chitón! —le susurró Ellie. «Sólo la gente habla, estúpida; ¿quieres que alguien nos oiga?». Impaciente y aterrorizada, Ellie advirtió que las ramas retorcidas de una zarza espinosa se le habían enganchado en el pelo de la coronilla formando una densa maraña—. Vale, espera —murmuró, desenganchándose el Savage—. Estate quieta, anda.

—¡Au-au-au! —se quejó la cría mientras Ellie lidiaba con la maraña. La chica entrecerró los ojos y enseñó los dientes—. ¡Duele!

—Pues vaya si se te ha enredado —dijo Ellie, tan asustada que le entraron ganas de largarse de allí sin más. Haciendo caso omiso a los pinchazos de los espinos, hurgó en la andrajosa maraña. Miró a la perra: las orejas levantadas, la boca cerrada, las aletas de la nariz dilatadas..., pero ningún signo de auténtica alarma. Buena señal. Con todo, aquella estúpida maraña no era fácil de deshacer. Se sacó la navaja del bolsillo y abrió la hoja serrada con ayuda del pulgar.

A la niña se le pusieron los ojos como platos.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a cortarla.

—¿Por qué? ¡No!

A Ellie le entraron ganas de chillar, pero dijo:

—Me llamo Ellie, ¿y tú?

—Debbie. —A la niña volvía a temblarse la barbilla—. Pero mi papá me llama Dee.

—Pues verás, Dee, no te puedo desenredar el pelo. —Otro crujido de arbustos en algún lugar a su espalda, aunque el sonido fue pasajero y ella estaba concentrada en Dee—. Tengo que cortarlo o desgarrarlo. Si lo desgarró, te va a doler, pero si lo corto, no.

—Nooo —le suplicó Dee, con sus ojos azules otra vez llenos de lágrimas—. Es mi pelo.

«Hazlo y ya está». Le pasó el filo de la navaja por debajo de un mechón de pelo enredado y empezó a serrar.

—Te volverá a crecer.

—Pero, pero... —Dee seguía resistiéndose—. ¿No puedes cortar las ramas?

—No, no puedo. —Como no se estuviera quieta, le iba a pegar una puñalada—. Deja de moverte. Sólo queda un poco...

En ese momento, *Mina* dejó escapar un único y contundente bufido.

«Oh-oh». Ellie se quedó tan congelada por dentro como le hubiera gustado que Dee lo estuviera por fuera. Vio que *Mina* no miraba en la dirección de donde venían, sino al frente, adonde querían ir. Detrás de ella. A su espalda.

—¿Qué pasa? —preguntó Dee al ver que Ellie se quedaba quieta—. ¿Qué es...?

—Shhh. —Hecha un flan, Ellie se agachó, cogió el *Savage* y se enderezó muy despacio. Al moverse, una puntiaguda rama de pino se rompió con un crujido. Las orejas de *Mina* sólo se crisparon. Ni siquiera cambió de postura para mirarla.

—Oh. —Era Dee, y Ellie reconoció el tono de cuando antes los había advertido a todos en la carreta: «Eh, eh, mirad todos».

Ellie se dio la vuelta... y lo que zigzagueaba entre los árboles le hizo las tripas gelatina.

Sólo había uno, pero, ¡cielos!, con eso bastaba. La chica tenía un maltrecho y herrumbroso bate de aluminio, lo que significaba que no era una novata.

Y además contaba con otro «rasgo distintivo». En cuanto la vio, Ellie supo al instante cómo los habían encontrado los comegentes.

En medio del pánico, eso fue lo único en lo que pudo pensar. ¿Cómo habían llegado allí los comegentes? ¿Cómo podía ser que los estuvieran esperando? Finn iba subiendo desde el sur. Aquello no significaba que el norte estuviera despejado, pero Jayden, Chris y ella habían entrado en Rule desde más o menos esa dirección hacía poco más de doce horas. Sí, cierto: habían bajado un poco al oeste. Pero no se habían topado con ningún comegente. *Mina* no se había puesto en guardia ni una sola vez. Así que ¿por qué estaban allí ahora?

Todo el mundo lo sabía: los comegentes regresaban siempre a lo que les resultaba

familiar. Chris les era familiar. Y Jayden también. La idea de Chris era hacer de cebo para alejarlos, de modo que Hannah, Isaac y los demás estuvieran a salvo, y luego matarlos cuando atacaran. Sólo que nada ni nadie lo había hecho.

Una vez en Rule, los acontecimientos se habían precipitado y había saltado la alarma. A Chris lo habían herido y casi había muerto, luego fue lo de Tom, y ahora llegaba Finn y todos huían del pueblo como locos... y, bueno, después simplemente se les olvidó. Se les pasó por alto.

Y, mira, el plan de Chris al final había funcionado, aunque no en el mejor momento.

Porque allí había una chica, y Ellie sólo conocía a una comegente que llevase una bufanda verde lima.

Lena.

—Quédate detrás de mí —dijo Ellie, cerrando su navaja Leek de un *clic* y dejándola caer en un bolsillo delantero. Sin pararse a ver si Dee obedecía, levantó el Savage. *Mina*, que había activado su gruñido de «ni se te ocurra», se había interpuesto entre Lena y ellas.

Lena paró en seco, a unos diez metros de distancia. Sus ojos no parecían tan vacíos como antes. Salvo por la bufanda, su ropa era diferente. Por las manchas de aquel bate, a Ellie le dio la impresión de que había pillado un par de tentempiés por el camino, igual que cuando su padre paraba en un Kwik-Mart a comprar Krispy Kremes y Slim Jims. La chica, esbelta de por sí, parecía lobuna, como si todo aquel caminar, el aire fresco y aquel tiempo en los bosques hubieran convencido al animal para que saliera de su guarida. O tal vez Lena hubiera desaparecido por completo y la bestia se hubiera comido su interior hasta dejar únicamente el envoltorio de su piel.

«Pero sigue conservando la bufanda». Ellie no tenía ni idea del motivo, pero sus pensamientos saltaron a Dee y su muñeca, y al silbato que Alex llevaba siempre hasta que se lo regaló a ella. El silbato era un... ¿recuerdo? No, no era así. Para ella, el silbato era Alex y, para Alex, su padre. Tal vez la bufanda simbolizara lo que Lena había sido antes de que todo se derrumbara.

Desde detrás de Ellie, hacia la carretera, llegó el débil restallido de un disparo. Otro. Dos más. No sabía si el tiroteo había llegado a parar en algún momento. De todas formas, quienquiera que estuviese disparando se hallaba en el lugar equivocado para poder ayudarlas. Se le pasó por la mente que podía gritar o conseguir que Dee lo hiciera. Si se trataba de los buenos, las encontrarían a tiempo.

«A menos que no lo sean». A lo mejor Finn había atravesado Rule y se había dirigido hacia el norte a todo galope para atraparlos. Si ese era el caso, gritar sólo las metería en un aprieto igual de malo.

—Déjanos en paz, Lena. —Ellie no sabía por qué, pero aquellas palabras salieron de su boca sin más.

—¿La conoces? —La voz de Dee era un chillido apocado.

—Algo así. —Lena ladeó la cabeza como un perro y luego dio un paso—. No —le advirtió Ellie, sosteniendo el Savage más alto. Asestar el primer golpe sería una mala idea. Lena era más alta y su alcance era mayor. Lo único que tenía que hacer era esperar a que fallara. Por otro lado, si le daba un porrazo con aquel bate en la cabeza, el cráneo se le cascaría como un huevo. *Mina* intentaría protegerla, pero no quería que Lena matara a su perra.

Lena dio otro paso y se paró cuando el gruñido de la perra se intensificó.

—Por favor, Lena —insistió Ellie—. Vete, vete y ya está, vete...

Lena se les acercó tan rápida y silenciosa que a Ellie no le dio tiempo a decir nada más y mucho menos a dar una orden. Casi a la par, *Mina* entró en acción sin esperar a

que Ellie le dijera qué hacer y echó a correr para acortar distancias. A medio metro de Lena, la perra se preparó para saltar y Ellie, por fin, pareció reaccionar; vio el peligro, porque había interpretado el ángulo de aquel bate y sabía exactamente lo que Lena se disponía a hacer, porque, como Jayden le había explicado: «Si alguna vez te ataca un perro o un coyote, recuerda que nunca vienen de frente. Los perros, los coyotes y los lobos siempre saltan».

—¡*Mina*, no! —gritó Ellie, demasiado tarde, demasiado lenta, porque *Mina* era tan rápida, tan valiente... y ella tan estúpida, estúpida, estúpida...

Lena asestó el golpe. Ellie oyó el silbido del bate en el aire, un zumbido estridente, y vio el centelleo mate del aluminio a la luz de aquel nuevo día. El bate impactó bajo la mandíbula de *Mina* con tal brutalidad que la cabeza se le dobló hacia atrás dando un crujido tan fuerte y nauseabundo que ni siquiera chilló ni emitió el menor sonido. No hubo sangre. La perra salió volando fuera de su camino y terminó estrellándose en un montículo de nieve sucia y maleza.

—¡*Mina*! —chilló Ellie, y se abalanzó hacia ella. A su espalda, Dee volvía a gritar, pero Ellie apenas la oyó por encima del estruendo de su cabeza. Frente a ella, a través de una neblina roja de furia, vio que Lena se dirigía a grandes zancadas hacia su perra caída, su *Mina*, enarbolando aquel bate por encima de la cabeza como un mazo. Ellie albergó un momento de esperanza cuando se preguntó si seguiría viva... o si Lena sólo quería asegurarse.

Y entonces cargó contra ella sin importarle nada, casi sin pensar, sólo abalanzándose con instinto asesino y el corazón roto. Rugiendo, cogió impulso con el Savage justo cuando Lena empezaba a girarse. El rifle ganó velocidad en el aire e impactó en la cintura de Lena como un hacha, apartando a la chica de su perra, ¡su perra! Apenas sintió el golpe, no fue realmente consciente de que le había dado a Lena hasta que esta trastabilló hacia atrás. La chica, desequilibrada, retrocedió unos pasos tambaleándose antes de que sus pies se deslizaran por un parche de nieve resbaladiza. Al caer, soltó el bate, que dio una pirueta antes de estrellarse contra el suelo a unos centímetros a su derecha. Eso lo dejó a la izquierda de Ellie y le proporcionó un segundo, un segundo... y dudó, sin saber si debía intentar cogerlo o no.

Pero un segundo era lo único que la Lena-animal necesitaba y, en un pispás, estaba rodando con la mano alargada y los dedos estirados para alcanzarlo.

—¡No! —Ellie bajó el Savage como si fuera aquel enorme martillo que su padre había utilizado una vez para tocar la campana en una feria del condado y con el que había ganado para ella un mono de peluche. El rifle impactó en el brazo izquierdo y en el codo de Lena con un tremendo *toe*. Lena soltó un chillido. El Savage se desmontó por la fuerza del choque y toda la parte de madera se desprendió del cañón. Ellie, que se tambaleó por su propio ímpetu, sintió que las botas le resbalaban por la nieve amontonada encima de hojas caídas y perdió pie. El cañón del Savage salió disparado como un testigo del que se hubieran deshecho en una carrera. Primero le

dio con fuerza en el tobillo izquierdo y luego en la cadera; el golpe la dejó sin respiración y le produjo un calambre en la parte baja de la espalda. Un grito jadeante escapó de su boca. Ellie rodó dando arcadas hasta quedar bocabajo. El bosque empezó a darle vueltas y hubo un breve segundo en que se preguntó si aquello era lo que ocurría antes de desmayarte.

Entonces le llegó un susurro de hojas cuando el monstruo se recuperó. Ellie levantó la mirada. Lena, de pie, a sólo tres metros de distancia, se balanceaba con la cara torcida de rabia y dolor. La bufanda le arrastraba como la lengua larga y verde lima de un lagarto enfermo. Con aquel ángulo tan desagradable en el brazo izquierdo, parecía que le hubiera salido un segundo codo.

Con la mano buena, la derecha, la chica cogió el bate.

—Te odio —dijo Ellie con voz sofocada. Las lágrimas le corrían por las mejillas—. Has matado a mi perra. —Su voz interior le chillaba: «¡Levántate, Ellie, levántate, levántate!», así que ¿por qué no la escuchaba? Porque estaba bocabajo. Levantarse implicaba ponerse a cuatro patas y apoyar los pies, y estaba demasiado furiosa y asustada para quitarle los ojos de encima a aquella chica. Lo que no se podía ver y sólo se imaginaba siempre daba más miedo que lo real. Y Lena ya era algo bastante malo de por sí.

Pero sí hizo una cosa: la mano se escurrió en el bolsillo... y encontró su Leek. La navaja era pequeña y, con la hoja plegada, le cabía justo en la mano.

Lena fue a por ella, y Ellie la vio venir y pensó: «Tienes que coger impulso. Incluso para un movimiento como este, tienes que hacerlo con ímpetu».

—Antes me dabas pena. —No tenía ni idea de dónde estaba Dee. Como no estaba chillando, a lo mejor había salido corriendo o se había desmayado. No importaba. Lo único que le importaba era aquella asesina que había llevado a los comequentes hasta Eli y Roc; aquella cuyos amigos habían quemado el granero de Isaac y los corderitos; la que acababa de matar a su perra, su querida *Mina*, que era un trozo de pan y su último vínculo con su padre, el último—. Creía que eras diferente, pero espero que Chris te encuentre —dijo mientras perdía de vista la cara de Lena porque la chica estaba demasiado cerca. Lo que se acercaba ante sus ojos eran botas y piernas... y aquel bate abollado que seguía colgando de su mano derecha—. Espero que te mate —le dijo al bate—. Espero que Chris...

El bate voló de su vista.

«¡Ahora!». Ellie abrió la hoja de la Leek, describió un arco con el brazo y dio una puñalada. La hoja, muy afilada y con aquella punta tan buena para sacar el sedal de pesca, se clavó en la pantorrilla de Lena, justo por encima de la bota izquierda, rebanando tela y luego piel y carne. Ellie se la clavó con tanta fuerza y tan rápido que sintió el roce del metal en el hueso.

Lena dio un alarido. No fue un chillido ni un grito, sino un gemido estridente y ondulante. Ellie tuvo la claridad mental de esperar y liberar el cuchillo cuando Lena se echó hacia atrás. El bate cayó al suelo a menos de siete centímetros de su nariz y

aprovechó para cogerlo y ponerse en pie. Aquello no le gustó nada a su cadera y a su tobillo, pero resistieron. Lena, sin dejar de vociferar, estaba encorvada sobre la pierna sangrante e intentaba agarrársela con la mano derecha, porque el brazo izquierdo lo tenía roto.

«Ahora no puedes salir huyendo, ¿verdad? —Ellie sostuvo el bate en alto—. Voy a matarte. De un buen golpe».

En ese momento, Lena levantó la cabeza. Una expresión tanto de reconocimiento como de asombro y... ¿miedo?, ¿añoranza?... se reflejó en su cara al vislumbrar algo detrás de Ellie. Durante un segundo, Ellie creyó que la chica volvía a parecer casi humana.

—Ellie. —La voz estaba cerca—. No lo hagas.

—¿Por qué no? —Su propia voz sonaba muy rara. No apartó la mirada, pero Lena se movió, como si un panel de cristal con imperfecciones las separara de repente—. Ha matado a mi perra. Se llevó a mi padre. Ya no soy tan pequeña, Chris.

—Lo sé, Ellie —dijo Chris—, y lo siento.

—Pero quiero matarla.

—Por eso no deberías hacerlo.

Ahora sí que miró. Chris tenía el arma de Tom, la pequeña, y se preguntó —un destello de pensamiento muy fugaz, apenas consciente— por qué Tom no estaba allí. Pero Jayden sí estaba, a muy poca distancia, con el rifle pegado al hombro. Un remolino de pelo blanco y un ojo azul la miraban desde detrás de las piernas de Jayden. Ella había hecho lo mismo con el abuelo Jack en el funeral. Como si no mirar todo el rato hiciera que decirle adiós a su padre doliese un poco menos.

Y, más allá, en el suelo, estaba *Mina*, su *Mina*, completamente inmóvil.

—Ya la dejé ir una vez. —Los ojos oscuros de Chris, que seguían estando rojos, volaron hasta ella y luego volvieron. La radio de su cadera trinaba como un grillo loco, pero no le prestaba la menor atención—. Es mi responsabilidad.

Lena volvió a parecer pequeña y triste con su brazo roto y su pierna ensangrentada. Si aquello fuera una película, Ellie estaba segura de que aquel sería el momento en que, de pronto, la chica salvaje volvía en sí y gritaba «¡Chris!» y todo el mundo diría «oooooooooh», porque —¿ves?— hasta los monstruos tienen sentimientos. Luego Lena huiría hacia el bosque —*tra-lara-larito*— y todo terminaría con un fueron-felices-y-comieron-perdices porque a la gente le gustan los finales felices y, claro, a lo mejor los monstruos vuelven a su estado normal.

Pero se trataba de la vida real de Ellie, la chica era el enemigo y no había segundas oportunidades.

—No es culpa tuya, Chris. Tú no la has convertido en un monstruo. —Hizo una pausa, pensando que algo tenía que ver: como cuando tomabas una mala decisión y luego tenías que cargar con el error y vivir para siempre con las consecuencias—. Tú no mataste a nadie.

—No cuando debí haberlo hecho —dijo Chris, y apretó el gatillo.

La tormenta roja le acompañó durante todo el camino: un retumbar constante, como un dolor de muelas. El monstruo también estaba bastante interesado. Notaba que le daba codazos, que le presionaba la nariz hacia arriba, hacia los límites del cráneo, como un crío que anhelara salir a jugar. «Va a ser que no. —Hizo fuerza, se mordió el labio inferior y sintió que el monstruo daba una patada, enfadado—. Te aguantas, bonito».

Dobló al noroeste, manteniendo una buena distancia y algo de bosque entre ella y Finn. El cielo oriental resplandecía y se iba volviendo plateado y blanco antes de tornarse en un turquesa claro sobre su cabeza. Por encima del repiqueteo de los cascos de su caballo, oyó a alguien gritar; aunque, más que gritar, rugía: un sonido incoherente y salvaje que a Alex le pareció una única palabra repetida una y otra vez. «Viene de esa meseta. Alguien sigue vivo allá arriba». Echó una ojeada, pero había demasiados árboles y, además, estaba demasiado lejos como para captar el olor. De haberse encontrado más cerca, puede que tampoco lo hubiera percibido debido al fuego y a todos aquellos Cambiados que saturaban el aire con su hedor.

Salió al sur del comedero y de aquella horrible pirámide. No tenía ningunas ganas de volver a verla, ni tampoco tiempo, pero no pudo evitar olerlos. Al igual que el caballo, que se negó a seguir.

—Vale —dijo, balanceando la pierna para desmontar—. No sé yo si culparte... — Al ex jadeó ante una repentina oscilación, un cambio, como si el monstruo volviera a la vida y tratara de abrirse paso con los dedos, y sintió que empezaba a caer...

... y a colarse dentro de otro ser, detrás de sus ojos. Al frente hay humo negro y el ID, ID, ID mientras los demás se aproximan a las llamas lejanas y acuden a la invocación de la carne. Esa cosa... él... mira a la izquierda, a la tormenta roja vestida de negro sobre un caballo del mismo color, y al venga, venga, id, id... y al único que grita «DÉJAME IR, DÉJAME IR, IR, IR...». A lo lejos hay otros que suben en riadas la colina y muchos otros ojos colmados de ese ID, ID, ID...

Y entonces se produce ese salto que tan bien conoce, una oscilación y un cambio, y de golpe se encuentra en otro cuerpo, el de una chica. Nota perfectamente la diferencia. Está en mitad de un enjambre de cuerpos, una maraña de piernas y brazos, e ID, ID, ID...

Justo delante hay un chico; no se parece en nada a ella. Es carne tentadora. Es comida, y ella es capaz de oler su desesperación y su pánico cuando el muchacho intenta subirse al caballo. No lo conseguirá, su miedo es atroz y ella ya está muy cerca; su olor intenso y fresco se cuela en su boca y... VENGA, VENGA... se lo va a comer. Se precipita hacia él, abriéndose paso a empujones... ID, ID... embiste, siente sus uñas rasgándole la pierna y cómo le devuelve una mirada de pánico y entonces se da cuenta de que es...

—No... —Pero apenas se oye a sí misma—. Chris, corre, huye, corre...

Hubo un golpe repentino, como si el monstruo se soltara o como si ella recuperara la consciencia, no estaba segura. La vista se le aclaró y se fijó en *Buck*, que se cernía sobre ella con una pata apoyada en su pecho. Sus ojos oscilaron hasta los irregulares resquicios de cielo que se distinguían entre las ramas. «Me he caído del caballo». Se sentó a duras penas, se limpió un hilillo de sangre de la comisura de la boca y escuchó cómo el pulso le martilleaba.

«Era Chris». Estaba casi segura. El caballo, un zaino, estaba bien, e incluso había logrado ver la cara del chico fugazmente... Su pelo era el mismo y su cara también, aunque se la veía magullada, y algo le pasaba en los ojos.

—Rojos —resolló. *Buck* le dio con el hocico en el cuello y ella se apoyó en él. Los ojos de Chris estaban rojos. ¿Como los de Peter? No, cuanto más lo pensaba, más se convencía de que Chris estaba herido. Desde la perspectiva de esa chica, Chris era comida: sangre y sal, miedo y sudor. Carne.

La tormenta roja era muy fuerte. Cada vez que su matraca aumentaba, el monstruo se escurría. No parecía tan difícil de controlar cuando sólo se trataba de Finn y de unos pocos Cambiados manipulados, pero, a más Cambiados, mayor intensidad y mayor difusión. No estaba segura de que pudiese mantener el control.

Cogió la Uzi de donde se había caído y se puso en pie. Por un momento, pensó en dejar el botiquín de lona verde, ahora lleno hasta los topes no sólo de suministros médicos, sino de libros y otros chismes que había ido recogiendo por el camino. El botiquín sólo añadiría peso y la retrasaría.

«Pero Chris parecía herido. —Así que se lo acopló a los hombros y echó a correr como pudo, seguida al trote por *Buck*—. Chris está aquí y se halla en apuros. Tengo que hacer algo para ayudarlo».

Sin embargo, no sabía qué.

Atravesar Rule, sus calles desiertas y sus casas destruidas, era como deambular por el escenario en desuso de una película de catástrofes. Las ventanas de muchas de las casas estaban destrozadas y algunas viviendas no tenían puertas. Se detuvo sólo una vez: en la casa de Jess, cuya puerta colgaba torcida como un diente cariado a punto de caerse. Una parte de ella quería entrar. Había dejado a sus padres detrás de esa puerta, bien colocados en el escritorio de su habitación. Pero la posibilidad de que sus cenizas continuaran allí era casi la misma que tenía de detener a Finn.

«Debo seguir avanzando. —Se fijó en una X roja pintada con espray que coronaba el dintel de la maltrecha puerta—. Es como en esa historia de la Biblia, esa sobre el Ángel de la Muerte». Excepto que ninguna de aquellas casas había sido pasada por alto. Dentro de algunas había hasta cadáveres y unos cuantos Cambiados muertos.

Pero Chris estaba entre los vivos y los vivos necesitaban ayuda. «Y Peter,

Lobezno, Penny... ¿Qué hago? ¿Qué debería hacer?». Aún le estaba dando vueltas a eso cuando se acercó a la plaza, escabulléndose de casa en casa, atravesando a hurtadillas los patios traseros. Según recordaba el trazado de la plaza, la iglesia estaba en la esquina noroeste. La casa de Jess se ubicaba al oeste, lo que significaba que saldría por detrás del ayuntamiento. Todavía no sabía lo que iba a hacer cuando llegara allí. ¿Había una entrada trasera, otra manera de entrar en el edificio? Y, si así era, ¿qué? ¿Dirigirse al tejado? ¿Sería capaz? ¿Para qué?

«Pues averígualo, bonita». La fetidez de los Cambiados, alterados o no, atestaba el ambiente y se iba intensificando conforme se acercaba. La gente de Finn debía de estar cerca de la plaza. Su hedor le erizó los pelos del lomo a *Buck*. Alex sintió que el monstruo se enderezaba de repente y, al detectar el olor a sombras, a fría niebla y podredumbre, no tardó ni una décima de segundo en comprender por qué.

«Lobezno. —Analizó otros olores: tela vaquera y gaulteria, acero duro y desesperación mezclados con el tufillo a quimio—: Peter también está ahí».

Tenía la tentación de darle un poco de cancha al monstruo para ver si podía colarse tras los ojos de Lobezno. «¿Y si puedo controlarlo? —¿Enviarlo a objetivos específicos? Era... un poquito espeluznante, y también disparatado. Permitir que la tormenta roja se apoderase de ella sería como dejarse arrastrar sin remedio por la corriente. Sin embargo, la idea de soltar al monstruo, de ponerlo a su disposición... —. ¿Seré capaz de hacerlo?». Alargó la mano para acariciar el cuello del perro lobo. Dios, aquello sería como nombrar al monstruo, lo que la animaban a hacer los oncólogos: combatirlo pensando en él como en algo independiente. Un chico hasta le creó a su cáncer una cuenta de Twitter. Ella había optado por no involucrarse en su enfermedad, por no nombrarla ni dibujarla ni visualizarla. Sólo había luchado hasta que ya no pudo más y se marchó al Waucamaw, donde el tumor se convirtió en un monstruo con ojos rasgados y dientes de aguja... y le salvó la vida, al menos, un par de veces.

«Acéptalo, Alex, el monstruo es parte de ti, te guste o no».

—¿Qué estás diciendo, loca? —murmuró—. ¿Quieres tirarte de Blackrocks? ¿Enviar al monstruo con un mensaje? —Aquello era ciencia-ficción. «Pero Finn lo hace de alguna manera». No había más que ver a aquellos extraños Cambiados y al pobre Peter. Aun así, ¿y si la tormenta roja la atrapaba y no podía salir? ¿Y si engullía a su verdadero yo? Intuía que aquello podía pasar.

La gente (ancianos todos ellos) se había congregado en la plaza. La nariz se le inundó del olor rancio a ropa interior sucia y piel blandengue. También los oía hablar en un bajo murmullo. «No hay niños. —¿Dónde se habrían metido? Tampoco olía a Chris y el estómago se le encogió de pánico—. Tranquila. Iba a caballo. —Si era listo, debía de haberse marchado hacía tiempo. Y si los habían alertado con tiempo suficiente, los críos debían de haberse ido también. Quizá por eso no percibía a ninguno—. Salvo que Finn había movido ficha cuando aún estaba todo oscuro». ¿Cómo podía Rule haber sabido que Finn venía de camino?

Un chisporroteo distante, como una ristra de petardos. Miró al norte. Alguien estaba disparando, pero muy lejos, a varios kilómetros. ¿Los niños? Tal vez, y probablemente no se enfrentaban a la gente de Finn. Llevaba siguiéndolos el tiempo suficiente como para saber que nadie se había separado del grupo principal.

«Ay, Dios». ¿Y si se trataba de los niños de Rule y había Cambiados allí fuera? ¿La señal de Finn... llegaría tan lejos? ¿Tendría tanto alcance? ¿Cuánto?

«El alcance... tiene que ser eso; ese chico, Jasper, mencionó a Peter y cómo este mejoraba cuando Finn estaba lejos. Dijo que, si Finn moría, la red se desmoronaría».

Ya había pensado en eso cuando intentó averiguar cómo Finn manejaba a aquellos Cambiados. «Sé que la señal salta porque el monstruo lo hace y yo le sigo la corriente. —Y mira lo que le había pasado cuando los Cambiados de Finn atacaron aquella meseta: una gran subida de tensión, una señal enorme... y se había despertado en la nieve—. Pero ¿qué significa eso? ¿Cómo puedo utilizarlo? ¿Qué quiere decir?».

Justo enfrente, divisó una corta callejuela flanqueada por garajes independientes que desembocaba en el *parking* del ayuntamiento. De cara al muro posterior, junto a un gran contenedor verde, los tres coches patrulla del sheriff, sin puertas ni neumáticos, descansaban sobre las llantas. A la derecha se abría la única entrada a la plaza. El largo pasaje con vidrieras que unía la escuela con la iglesia quedaba a su izquierda. El camino hasta la casa parroquial y la escuela estaba bordeado por altos árboles y, según recordaba, se podía entrar a la iglesia por una puerta lateral que daba a un patio.

Atrajo a *Buck* hacia sí y se escondió tras un montón de nieve vieja detrás del último de los garajes de su izquierda, en el extremo del callejón. Tenía dos opciones: el ayuntamiento o la iglesia. Pegados al bosque, el animal y ella tenían más posibilidades de colarse en el interior de la iglesia. «Además, estaban tocando la campana. —Lo que significaba que el campanario estaba abierto—. Sube y echa un vistazo a todo, mira si Peter, Lobezno y Penny tienen alguna relación con Finn. —Hasta puede que divisara a Chris. La Uzi tenía mira telescópica. ¡Un momento! ¿Y si disparaba a Finn?—. Oh, aterriza, guapa». No era ninguna francotiradora; ni siquiera sabía si la Uzi tenía tanto alcance. Además (sintió una opresión en el pecho), ¿qué ocurriría si Finn moría? Nada bueno, con todos aquellos Cambiados.

—Se soltarán de la correa. Se descontrolarán. —El perro dejó escapar un débil gemido y Alex le acarició las orejas—. Lo sé. Yo también los huelo. —La vaharada hedionda de los Cambiados se iba intensificando por segundos—. Vale, bonito, nos vamos.

Cuando pasaron el ayuntamiento, percibió un extraño olor: apenas una ínfima voluta, como un dedo de humo especiado disipándose por una fuerte brisa. Aquella nota especiada la hizo vacilar. «No. —Reprimió la asociación antes de que la pena aflorase y acabara con ella—. Basta, Alex. —Se concentró en sí misma, en el latido de su corazón—. Estás triste; es tu imaginación. Quieres que sea Tom».

—Primero sal de esta; ya llorarás después —se dijo.

Tomó aire a conciencia. Esta vez no percibió el olor a especias ni al fantasma de Tom. Ahora se trataba de... gasóleo y metal... ¿chamuscado? Como una lata de judías calentada al fuego y tiznada de hollín. Aunque el olor también tenía un puntito químico: pólvora y... Rememoró aquella tarde de verano: su padre maldiciendo y buscando un extintor; aquel chorro químico y calcáreo y su madre apurada porque tenían que haberse puesto mascarillas para limpiar aquel desastre: «Hay que tener cuidado con el ácido fosfórico».

De repente habían dejado atrás el ayuntamiento y ambos se adentraban en el bosque que rodeaba la casa parroquial. Tras colarse por la entrada lateral, *Buck* y ella se hicieron un ovillo en el rellano y se quedaron olisqueando y a la escucha. Algo horrible había ocurrido en la iglesia y en el sótano. La boca se le arrugó al percibir el regusto acre de la sangre fría y de la pólvora quemada. Las negras fauces de la puerta del sótano despedían un hediondo tufo a carne destrozada y sudor, miedo y por lo menos un Cambiado, eso seguro, a juzgar por el tremendo hedor a mapache cocido y aplastado.

Coloridos rayos polvorientos se filtraban por el rosetón, situado en el extremo oriental de la iglesia. Los bancos estaban vacíos, aunque aún se percibía el olor a gente y a unas pocas velas apagadas... «Espera un momento». Cogió más aire con la boca, saboreó el aroma y ahogó un grito.

—Oh, Dios, Acné... ¿Ben?

Después de todo, había vuelto a Rule. «Y murió aquí, en la iglesia». El olor era... violento. El tufo a Ben, envuelto en una mezcla de lejía y brea de pino, estaba por todas partes, como si hubieran frotado y frotado a sabiendas de que nada podría borrar la fetidez de su horrenda muerte. El paño del altar había desaparecido, así como la alfombra del presbiterio. Alguien había intentado limpiar la sangre de Ben de la pared donde colgaba la cruz, pero demasiado tarde. La visión de aquellas fantasmales salpicaduras púrpuras le puso la piel de gallina. Le costaba imaginar que alguien pudiera seguir acudiendo allí a rezar.

Había más sangre en el vestíbulo; se había colado por las grietas de la piedra. No sabía a quién pertenecía y no tenía tiempo de pararse a identificar los olores. La puerta del campanario estaba abierta. Tampoco distinguía a nadie allá arriba, aunque el tufo de los Cambiados de Finn descendía como una cascada de aire frío. Las puertas de la iglesia también estaban entreabiertas y, por la rendija, los vio, así como a los hombres y caballos de Finn, entrando en tropel en la plaza.

Subió corriendo los escalones circulares del campanario con *Buck* pisándole los talones y arañando el suelo y fue a parar a un corto pasadizo de piedra. La luz entraba por las aberturas rectangulares de la pared, que le recordaron a las aspilleras de los castillos, sólo que mucho más anchas. Oyó el repiqueteo de los cascos de los caballos en la plaza y un bajo murmullo de gente, pero ni un solo grito. Lo cual era extraño: con todos aquellos Cambiados, esperaba histeria colectiva y un enfrentamiento. Sin

embargo, tampoco hubo disparos, ni allí ni en el norte. Divisó al frente una serie de cuerdas y una consola de madera, de esas que usan los campaneros para tocar melodías. Había una cuerda suelta, probablemente atada a aquella campana en uso.

Tenía tantas ansias de echarle un vistazo a la plaza que se dio la vuelta antes de que su cerebro procesara lo que acababa de ver: un bulto rectangular, en la sombra, fijado al extremo inferior izquierdo de la consola del carillón.

«Oh. —Sus ojos volvieron atrás—. Mierda».

Una bomba.

—¿Qué? —Greg oyó que Chris espetaba algo en su walkie-talkie. Su voz sonaba muy alta en pleno silencio; la mayoría de los niños habían dejado de llorar. Sarah había juntado a los más pequeños en un corro apretado y solemne a la espera de que estuvieran listos para continuar. En la plataforma de la carreta de Jayden, un Kincaid salpicado de sangre estaba atendiendo a un niño al que habían roto el brazo con un bate. Con todo, habían tenido suerte. La mayoría de los supervivientes tenían chichones, arañazos, cortes y moratones. Salvo por *Fantasma*, al que un Cambiado le había arrancado la oreja derecha, los perros habían salido medianamente bien parados.

«Bueno. —Greg echó un vistazo a la parte trasera de la caravana de carretas—. Casi todos». Ellie, sentada con las piernas cruzadas en el suelo, parecía una cría a cuyos padres acabaran de matar en un atropello con fuga. Y no le faltaba razón, después de que Tom se hubiera quedado atrás. La niña pequeña —¿Dee?— estaba recostada contra ella con el dedo índice metido en la boca, mientras que *Fantasma*, que llevaba un vendaje manchado alrededor de la oreja destrozada a modo de turbante ladeado, se había echado junto a Ellie. *Jet* y *Daisy* estaban sentados cerca.

—¿Qué? —dijo Chris. Normalmente, utilizaban toques codificados, pero habían oído a Pru a través de un agitado espurreo de estática. De modo que o el mensaje era complicado o Pru tenía mucha prisa. Chris se taponó un oído con el meñique, se apartó un poco de Ellie y de los perros y se pegó el walkie a la otra oreja—. Repítelo, Pru.

«¿Me oyes ahora?». Y entonces Greg pensó: «Esto no tiene ni puta gracia». Sujetando una parka manchada de sangre con un codo, se agachó, enganchó a la niña que había estado conduciendo la carreta de suministros bajo los brazos y levantó la vista hasta Jayden, que le agarraba las piernas. Cuando Jayden asintió, levantaron el cadáver, dieron un paso lateral por encima de un Cambiado muerto al que sólo le quedaba un pingajo de nariz y dejaron a la niña junto a los demás. Contando a Aidan, Sam y Lucian —que se habían quitado de en medio—, habían perdido a nueve niños en total. No era un desastre, pero un niño era ya demasiado. También se habían quedado sin los dos caballos que Aidan y Sam habían utilizado para largarse.

«Oh, pero será mejor que no os acerquéis a nosotros, porque, como lo hagáis, os dispararé». Greg lo decía en serio. Sacudió la parka y la echó sobre la cabeza y los hombros de la niña. Esa era la última. Una vez que reorganizaran los suministros, cargarían a los muertos, incluida *Mina*, y se irían. La idea de viajar todo un día entero con ellos le ponía los pelos de punta, pero no podían entretenerse en quemar los cadáveres allí. El olor delataría su posición. «Si no lo han hecho ya los disparos». Sin embargo, sólo Chris había aparecido por la carretera a todo galope y les había asegurado que Finn estaba cerca, pero que todavía no había llegado a Rule.

—¿Crees que los han encontrado? —Jayden se le había acercado. El chico tenía una nueva colección de cardenales que añadir a los que ya se había hecho antes. Tenía el ojo derecho, cubierto de sangre reseca, cerrado por la hinchazón—. ¿A los críos de Tom?

—O eso o... —Captó el momento en que Chris tensaba la espalda y lo oyó espetarle algo a la radio. «Mierda». Pese a lo afectado que estaba por lo de Lena, se alegraba de que Chris le hubiera disparado. «Estaría bien que la suerte nos sonriera para variar».

—Oh, colega —dijo Jayden. Chris había girado sobre sus talones, pero no para dirigirse hacia ellos. Corría hacia *Night* y daba órdenes por el walkie.

—¡Chris, espera! —Greg dio una carrera con Jayden pegado a los talones—. ¿Dónde vas? ¿Han...?

—Tengo que volver. —La cara de Chris, magullada y llena de cardenales, se tensó. Se subió de un salto a la montura de *Night*—. Vosotros marchaos de aquí. Mantened la radio encendida. Os alcanzaré en cuanto pueda.

—¿Por qué? Pero tú tienes que estar aquí. ¿Qué...?

—Han encontrado a los niños a unos ochocientos metros de donde Tom creía que estaban. —Chris cogió las riendas de *Night*—. Pero atención a esto: Finn también tiene a Peter.

—¿A Peter? —Greg sintió que se le entumecían los labios—. Chris, no podemos dejar a Peter...

—Lo sé. —La voz de Chris sonaba triste—. Pero eso no es todo. Finn le ha hecho algo, lo ha convertido en un Cambiado. No lo ha conseguido del todo, pero los niños dicen que ha llegado muy lejos.

A Greg se le hizo un frío nudo en el estómago.

—Si sigue siendo Peter, tenemos que llegar hasta él... tú y yo. Tenemos que volver.

—¿Y que os maten? —Jayden le puso a Greg una mano en el brazo—. Piénsalo un momento: Tom ha puesto bombas. ¿De cuánto tiempo creéis que disponéis antes de que exploten? Finn estará ya allí o a punto de llegar. Tom esperará hasta que estén en la plaza, pero eso es todo.

—Mira, acabo de matar a una chica a la que conocía muy bien. No puedo abandonar a Peter, no si existe una oportunidad de que vuelva con nosotros. Hannah, Isaac y tú tenéis vuestra forma de hacer las cosas y yo tengo la mía. Puede que, si tengo mucha suerte, también recupere a Tom. —Chris dio un profundo suspiro—. Y no voy a dejar que Alex se vaya, otra vez no.

—¿Qué? —Greg no estaba seguro de haber oído bien—. ¿Alex? ¿Y qué pinta...?

—Ya habían neutralizado a los guardias cuando Pru llegó allí. Los niños de Tom le contaron que Alex les ayudó. —Chris hizo girar a *Night*—. Y ella se ha dirigido hacia Rule.

«Una bomba».

Una roja oleada de terror le recorrió el cuerpo. La bomba, del tamaño de una pequeña caja de zapatos, consistía en un despertador demasiado grande unido a un bloque de masilla o algo por el estilo, probablemente C4, con cinta aislante negra. Unos cables serpenteaban de un tubo color plomo hasta las campanas y el martillo del despertador. La bomba estaba fijada a la consola con más cinta aislante.

«Sal de aquí cagando leches. —El hueco de la garganta se le cubrió de gotitas de sudor—. Sal de la iglesia». ¿Quién sabía cuándo iba a explotar aquello?

Pero entonces se dio cuenta de dos cosas que había omitido antes a causa del miedo. Una: el reloj no andaba. Dos: la bomba no olía como debía.

Aunque en realidad no sabía nada de bombas. El hecho de que Rule tuviera mierda de aquella era sorprendente. Que se les hubiera ocurrido poner una bomba en la iglesia era igual de asombroso. Pero ¿una bomba de relojería no debía hacer tic-tac? Se trataba de un despertador antiguo. Su tía había tenido uno igual y aquellos cabrones sonaban de lo lindo. Se tragó la ebullición que tenía en la garganta y se acercó lo suficiente para examinar la esfera. La manecilla más corta señalaba las doce. El minuterero y la aguja de las horas indicaban que habían retrasado el reloj treinta minutos antes de que fuera a producirse la explosión. Aquel tipo de aparato contaba además con un fino segundero, que estaba parado.

«No tuvieron ocasión de ponerla». Dejó escapar un largo suspiro de alivio. Con todo, no debía cantar victoria todavía. ¿Y si la bomba se soltaba o alguna vibración ponía en marcha la cuenta atrás?

Pero también estaba la cuestión del olor. Le dio vueltas. Pensó en todo a lo que podía oler un bloque de C4...

—¿Pan? —Aún a cuatro patas, se apoyó sobre el estómago y se acercó un poco más hasta que su nariz estuvo sólo a unos pocos centímetros. Inspiró. Plástico de la cinta aislante; acero del despertador; pólvora de aquella cosa de color plomo, un detonador o lo que fuera, y algo más, algo indispensable que se te quedaba grabado. Pero sobre todo olía a harina, a aceite y a sal en abundancia, un olor que la retrajo de lleno a primero de primaria—. Dios mío —susurró—, es plastilina casera. ¡Es una bomba falsa!

¿Para qué colocar una bomba falsa? ¿Para asustar a alguien? Tenía que haber otra razón.

—A lo mejor querían ganar tiempo —le dijo a *Buck*—. Hacer que alguien pensara que había encontrado una bomba cuando en realidad era mentira. Pero ¿ganar tiempo para qué? —¿Para entretener a los tipos de Finn? O quizá...—. Para demostrarles que no tienes nada. Si gritas que viene el lobo demasiadas veces, todo el mundo se relaja. Y te toman por tonto.

Las preguntas se le acumulaban en la cabeza: ¿Cómo supieron colocar los señuelos? ¿Quién podía haberlo hecho? Pero la única pregunta que se podía permitir en aquellos momentos era si salir del campanario... «¿E ir adónde?». Si alguien subía, estaría en un gran apuro, pero estaba allí y Finn abajo y aquel era tan buen sitio para esconderse como...

En algún lugar a los pies de la torre sonó un fuerte *pam*. No un disparo, sino más bien un portazo. Se dirigió a toda prisa hasta una de las aberturas en la piedra y se puso de puntillas hasta que divisó la plaza.

Y se le cayó el alma a los pies.

Parecía la típica escena de un asalto de *El señor de los anillos*: una multitud de ancianos con parkas mullidas y gorros de lana se congregaba ante los escalones del ayuntamiento, rodeada por varias hileras de chicos y chicas andrajosos, unos doscientos, como si conformaran una especie de guardia militar. Los Cambiados no llevaban armas, dado que no tenían necesidad. A juzgar por aquel olor hueco y penetrante que se mezclaba con el tufo a animal aplastado, aquellos chicos estaban hambrientos. Muchos de los ancianos lloraban; el olor a agua salada aderezaba el ambiente. Era lógico: si Ben Stiemke había regresado y aquellos Cambiados habían rondado la mina, muchos de esos ancianos tenían ahora ante sí a sus propios nietos.

Más allá de aquel foso de Cambiados, había caballos y la veintena de chicos de blanco que componían los Cambiados alterados de Finn. ¿Llevaban collares? Alrededor de ellos, formando una especie de U, había hombres armados vestidos de camuflaje.

Al pie de los escalones del ayuntamiento, divisó la calva de Yeager y la silueta de Ernst. Otros dos, Born y Prigge, parecían abatidos. No vestían sus típicas togas. Considerando lo que había ocurrido con Ben Stiemke y toda aquella sangre de la iglesia, era evidente que el Consejo llevaba tiempo sin ejercer su autoridad.

En el descansillo, flanqueadas por guardias armados, había otras tres personas a las que no tardó en reconocer. Peter, también provisto de un collar, vestido de blanco y con una melena dorada por los hombros, estaba rígido. Le sorprendió descubrir que no tenía las manos atadas. Probablemente las armas, una encajada contra la sien de Lobezno y la otra contra la de Penny, ya fueran suficiente control. Al oler la rabia de Lobezno, el monstruo le dio un empujón, ansioso por salir de su cabeza, por establecer contacto.

Finn, alto, fornido y de negro, también estaba en el rellano. Una mujer cuadrada con una pistola enorme permanecía a su izquierda y, a su derecha, como un perro amaestrado, se erguía un muchacho moreno (un Cambiado alterado vestido de blanco de la cabeza a los pies). Sin embargo, lo que presenció y a quien vio a su lado fue lo que hizo que se le partiera el corazón.

El portazo que había oído antes procedía del ayuntamiento. Dos de los hombres

de Finn habían salido en tromba con un prisionero, vencido y ensangrentado, que no dejaba de resistirse y que pateaba y se revolvía de tal manera que otro par tuvo que subir los escalones para reducirlo. Uno de ellos le metió un súbito y brutal puñetazo en la tripa que lo hizo doblegarse. Tan brutal que Alex, a pesar de la distancia que los separaba, oyó el grito ahogado que el chico emitió al venirse abajo y caer de rodillas.

Con aquel grito ella también se derrumbó. Ahora todo encajaba, todas las piezas: lo rápido que los habían alertado; por qué los niños se habían ido; aquel olor efímero en el ayuntamiento y en aquella bomba falsa que no se había molestado en descifrar, algo tan nimio que apenas era perceptible... mientras ella le ponía coto a su pena porque había cosas más importantes en las que pensar, como mantener a raya al monstruo y procurar que no le volaran la cabeza.

Claro que había sido obra suya, él era el artífice y se las había ingeniado para que todo saliera a pedir de boca, para engañar al ojo durante el tiempo necesario. Nadie más habría sido capaz. Debería haberse dado cuenta desde el principio por ese aroma a almizcle, a humo y a especias, tan rico, dulce e intenso que le había hecho pensar que no era más que una ilusión.

«Pero era real. Él es real. Está vivo, está...». Si no se hubiera llevado las trémulas manos a la boca, seguramente habría gritado su nombre.

Tom.

«Dios mío».

Tenían a Tom.

No le había mentido a Chris. Cuando ideó su absurdo plan, tenía una pierna muy sana y otra bastante fuerte, aunque ligeramente coja. La coordinación del tiempo había funcionado bien. Después del lanzacohetes, la cosa cambió. Calculó mal, no tuvo en cuenta la distancia, lo lejos y rápido que podría renquear con una pierna ensangrentada que tenía un trozo de metralla incrustado y que amenazaba con rendirse. Se le había ido mucho tiempo en intentar echar la pelota a rodar, subir a trompicones hasta el enorme compresor del tejado y volver para asegurarse de que todos los conductos de respiración estaban sellados. Lo último que necesitaba era que se filtrara el olor a termita quemada y a cable detonador. Fue lo más rápido que pudo, pero, para cuando se dispuso a rodear cojeando el edificio y a subir los escalones del ayuntamiento para dirigirse a la cárcel, los hombres de Finn ya estaban entrando en la plaza y se quedó helado, como Chris en la meseta: miró y la visión de todos aquellos Cambiados lo dejó petrificado durante al menos cinco segundos. Tres segundos de más, al parecer.

Y aquel no era el plan. Principios básicos, otra vez: ofrece un cebo, atrae al enemigo y tranquilízalo haciéndole creer que está a salvo. La idea era armar los señuelos, activar su incendiario y luego volver a toda prisa a la madre del cordero — aquella habitación trasera llena de tanques de propano, C4, latas de fueloil y su explosivo ANFO casero— y no quitarle los ojos de encima a Finn mientras esperaba a que la termita, tres pisos más arriba, penetrara en el suelo y en el conducto del aire acondicionado, donde entraría en contacto con una larga serpiente de cable detonante. Si algo fallaba por el camino —por ejemplo, que la termita no funcionase o que el cable detonador no prendiera— o si parecía que Finn se retrasaba o se disponía a irse, lo único que debía hacer era esperar el momento adecuado y accionar los explosivos él mismo. Que Finn descubriera los falsos. Aunque sospecharan que había sobrevivido a la explosión de la iglesia, Mellie creía tener todo el material para fabricar bombas. Ese era el principal objetivo de poner aquel pequeño alijo bajo el abrevadero de los caballos en el viejo campamento. Los señuelos de aquí les asegurarían que estaban en lo cierto; les daría a los niños un poco más de tiempo y luego ¡bum!

Gran plan. Una lástima lo de la pierna. En fin, la cosa pintaba mal. Los hombres asustados son brutales: entraron en tropel en el edificio y abarrotaron la cárcel, donde él trataba desesperadamente de repechar por las estanterías de metal. Hicieron falta cuatro para arrancarlo de allí y emplearon tanta violencia que, al tropezar, se golpeó la nuca con el suelo de piedra. Todavía sentía el hilillo caliente y húmedo de la sangre que le caía por el cuello. La lluvia de puñetazos y golpes fue todavía peor: una patada especialmente acertada casi le enterró la daga de metal del muslo izquierdo, y el costado derecho, receptor de una bota con puntera de hierro, le dolía a rabiar. Tendría

suerte si no le habían dañado un riñón. Su único consuelo fue que consiguió echar un vistazo al Timex de Jed de refilón. Suponiendo que hubiera aplicado las proporciones correctas de ABC para pulverizar aluminio y yeso y hubiera hecho bien las cuentas —tras haber experimentado bastante con aquellos extintores, estaba bastante seguro—, le quedaban, oh, catorce minutos para preocuparse de aquello.

—Lo encontré en la cárcel —dijo el pateador de riñones— con las reservas de combustible. Trataba de activar estas, pero son falsas. No sé, están hechas de masa de pan o algo.

—¿No hay nada? —Finn era mucho más grandote de lo que Tom había supuesto por la foto: un gigante ancho e imponente vestido de riguroso negro obsidiana, con una cabeza que parecía cincelada en piedra. Además, debía de parecerle enorme, dado que Tom se encontraba de rodillas. De pie, ligeramente a la derecha de Finn, estaba aquel chico de blanco y pelo oscuro, el que estaba con el hombre en las ruinas de la iglesia. Ahora que se hallaba cerca, Tom vio que los ojos rojos y salvajes del chico miraban a Finn con esa atención temblorosa y espeluznante que recordaba a un perro bien adiestrado a la espera de una orden.

—¿Ni una sola bomba real? —le preguntó Finn a Pateador de Riñones.

—¿Y el humo? —Esto lo preguntó la mujer que estaba al lado de Finn—. ¿Cigarrillos? ¿Algo que se esté quemando? Así es como lo hizo la última vez.

Pateador de Riñones arrugó el entrecejo.

—Nada. Habríamos olido el cable detonador o el humo de los cigarrillos. Tampoco C4, sólo las falsas. Seguramente creyó que seguiríamos merodeando por aquí, buscando las verdaderas para darles más tiempo a los niños. Aunque intentara el truco del cigarrillo, llevamos aquí el tiempo suficiente para que, de haber una bomba, hubiera explotado ya.

—Y todos estaríamos en el infierno antes de saber que estábamos muertos —sentenció Finn sin el menor rastro de ironía. Echó un vistazo por encima del hombro—. Lo cual estoy seguro que aprobarías, Yeager.

—¿Necesitas mi aprobación? —La expresión de Yeager era serena, aunque sus ojos hambrientos escudriñaban el rostro de un chico a la derecha de Tom. A Tom casi le dio un ataque al corazón la primera vez que lo vio. Durante un segundo, pensó: «Oh, Dios mío, al final lo atraparon antes de que pudiera escapar». Pero el pelo de aquel chico era más largo, le llegaba casi a los hombros. No tenía sangre reciente en la cara ni en el pelo, tampoco un collar de moratones azul negruzco ni cortes o heridas en carne viva. El chico tenía los ojos marrones oscuros, casi negros, sin hemorragia alguna. Chris era esbelto, pero aquel Cambiado estaba esquelético y sus mejillas hundidas parecían cabezas de hacha. Y, además, había una chica embarazadísima colgada de su brazo izquierdo.

«¿Simon? —Lo que significaba que la chica era Penny. La vista se le fue al rubio grandote de los ojos rojos, enloquecidos, y vio el parecido de su hermana en la mandíbula, en la forma de la nariz—. Y ese tiene que ser Peter».

Al oír la voz de Yeager, Simon se revolvió, aunque sin mucha energía. Tom conocía aquella mirada. Si le echabas una bolsa de arpillera por la cabeza, lo maniatabas con bridas de plástico, le pegabas y lo sentabas en cuclillas junto a una pared de barro cocido, Simon podía pasar por un talibán capturado. Finn había destrozado a Simon... y estamos hablando de destrozarse a un monstruo.

Yeager también lo vio. A Tom, el anciano le pareció un espantapájaros sin relleno.

—No voy a suplicar, Finn. —Yeager hizo un gesto hacia la multitud expectante—. Fíenos tomado nuestra decisión.

—¿Tenéis prisa por morir? Te sorprenderías de lo cabezota que es el cuerpo, Yeager. —Finn se giró hacia Pateador de Riñones—. ¿Algo más?

—Sólo sus armas. —El hombre alzó el Bravo de Jed y la Glock 19—. Hemos tenido suerte de que estuviera tan ocupado tratando de engañarnos que no nos disparase. También llevaba un par de cuchillos.

—Falta algo. —Mellie lo escrutó con la mirada: sus ojos grises eran prudentes y recelosos. Aparte del bloque cuadrado que tenía por cabeza, no se parecía a su hermano—. Una Uzi.

—Sí, como si no lo supieras. Ya vi que os llevasteis todo mi otro material de debajo de aquel maldito abrevadero —dijo Tom, sabedor de la consternación que mostraba. Intentó enderezarse un poco, pero tenía el estómago encogido y las palabras le salían en forma de gruñido. Se agarró la cintura con un brazo y mantuvo la otra mano apoyada en el muslo derecho, sobre aquella cicatriz de la bala de Harían, para evitar caerse. Una idea absurda asaltó su mente: ahora iba a juego..., cicatriz en la derecha, cicatriz en la izquierda—. Perdí el arma en la explosión de la iglesia.

—Pero no la cabeza. —La mano derecha de Finn se posó en la culata nacarada del revólver y el dedo índice no paraba de marcar un ritmo con un lento y reflexivo tap-tap-tap. Como el tictac de una cuenta atrás. Un parang enfundado pendía de su cadera izquierda—. Mellie me dijo que eras listo. Me preguntaba si lo habrías conseguido.

—Sí, ya vi que cableasteis mi tienda. ¿Qué ibais a hacer? —Hizo una mueca retrayendo los labios al sentir una punzada de dolor—. ¿Contar los pies que quedaran?

—Lo habría hecho si hubiera quedado alguno que contar. —Finn arqueó una de sus pobladas cejas blancas—. Supongo que es a ti a quien debo agradecer todo esto. Que no haya niños; bueno, salvo por esos disparos. Te ponen nerviosillo, ¿verdad? Todos esos pobres críos, tantos pinchitos morunos...

Aquel tío era un auténtico gilipollas.

—Ya no se oyen disparos —le dijo, y se percató de que Simon había desviado la mirada de su abuelo al campanario. Una arruga diminuta había aparecido entre las cejas del chico, casi como si hubiera divisado algo. ¿Estaría uno de los hombres de Finn apostado allí arriba? Bueno, no pasaba nada. Sólo encontraría otro señuelo.

—Espero que no. Pero, eh, tengo a tus niños. —Finn se lo quedó mirando—.

¿Qué te dio la pista?

—La basura. —Abrazarse el costado le aliviaba siempre y cuando no inhalara demasiado profundo. Al menos, ya no jadeaba. El dolor de la espalda se había reducido a un rugido apagado, aunque no tendría que soportarlo mucho más, ni a Finn. «Principios básicos: mantenerlo ocupado, mantenerlo relajado, que me mire. Toda guerra se basa en el engaño»—. Cindi siempre lo recogía todo. No es el primer explosivo casero que veo escondido bajo la basura. Ojalá no hubiera tardado tanto en caer en la cuenta.

—Estoy impresionado. Lo digo en serio. —Finn le dedicó una mirada especulativa con unos ojos incoloros y planos como una cobra—. Ya son dos las veces que has sobrevivido. Primero en la nieve y ahora esto. Y yo que pensaba que eras otro machaca torpe. Fíe aprendido la lección. ¿Cuántos años tienes?

—¿Qué importa eso?

—Bueno. —Finn señaló con el pulgar a Peter, que se limitaba a observar en silencio—. Digamos que él es de la sección de descartes de la placa de Petri. Si no me equivoco, tú eres más joven.

—Nunca. —Tom sabía adónde conducía aquella conversación. El hecho de que ninguno de ellos dispusiera de mucho más tiempo para discutir no impedía que le subieran escalofríos por la espalda—. Ni en un millón de años.

—Eso mismo dije yo. —De repente, Peter dejó escapar una risotada frágil y crispada—. Yo luché, yo...

—Peter. —Las flácidas mejillas de Ernst estaban surcadas de lágrimas. Dio medio paso torpe antes de que dos hombres de Finn se abalanzaran para bloquearlo—. No. Tú no tienes la culpa.

—Entonces, ¿quién la tiene? —Peter miró a Tom con aquellos ojos bermellones llenos de lágrimas—. No puedes resistirte eternamente. Lo mejor es morir rápido, rebanarse la garganta a la primera oportunidad...

—Silencio, Peter, por favor. Hemos tenido unas charlas muy interesantes y no me gustaría perderte ahora. —La mano de Finn planeaba sobre la Cok, aunque su mirada no se despegaba de Tom—. Pero Peter tiene razón en una cosa: todo el mundo tiene un precio, un talón de Aquiles. Sólo necesitamos encontrar el tuyo.

—Tienes a mis críos. Ya no me queda nada. —Temía echar un vistazo al Timex de Jed. Resultaba curioso lo subjetivo que era el tiempo, que pasaba a cámara lenta cuando más querías que volara. No le había mentado a Chris: no quería morir. Tenía a los niños y a Ellie por los que vivir, y a Alex, allí fuera, en algún sitio. «Sigue viva, Alex, sigue a salvo. Por favor, comprende que este era el único modo».

—No menosprecies así tu vida, Tom. —Y entonces se oyó un roce de metal con cuero y el parang describió un arco borroso cuando Finn lo sacó con tal ímpetu que cortó el aire con un silbido.

Un tajo como de láser quemó su pecho y la sangre empezó a manar. Antes de que Tom cayera gritando, Finn lo cogió del pelo y le puso aquella hoja nuevamente

ensangrentada en la garganta. Oyó los gritos reprimidos y de alarma de los ancianos. Yeager y Ernst vociferaban, tratando de abrirse camino escaleras arriba, pero fue Peter quien se desmarcó de los guardias y se adelantó.

—¡Finn, no!

—Cállate, Peter —dijo Finn.

A través del brillo titilante de las lágrimas, Tom vio que la cabeza del chico grandote daba un respingo. Peter soltó un chillido desgarrador al tiempo que caía en redondo.

—N-no —consiguió articular Tom. El corazón iba a salirse del pecho. Cálidas serpentinadas de sangre salpicaban la piedra fría. Un milímetro más profundo y Finn habría tocado hueso. «Aguanta, Tom, puedes soportarlo. Sólo unos minutos más». Por otra parte, si le cortaba la garganta, aquello terminaría mucho antes para él. Lo mismo daba—. Déjalo en paz. Estás luchando conmigo, Finn.

—Pero ¿estamos luchando? Yo no lo creo. Mira lo que has hecho, lo lejos que has llegado y lo que has sufrido y luego dime que tu lucha es conmigo. ¿No es contigo mismo, Tom?

—¡Finn! —Yeager forcejeó contra hombres no más jóvenes, pero sí mucho más fuertes—. Por el amor de Dios...

—Dios abandonó Rule hace mucho tiempo. ¿Sabes cuál es la verdadera pregunta, Yeager? ¿Cómo puede tu dios dar cabida a alguien como yo? Porque no te confundas, Tom. —Finn se le acercó, enorme y terrible—. Pensarás que estás en las últimas, listo para morir, pero te prometo que no es así. El cuerpo resiste aunque el espíritu no lo haga. Sé dónde están las arterias, lo que realmente necesitas para sobrevivir, cómo hacer que dures mucho tiempo. ¿Crees que necesitas esto? —Finn puso la hoja en ángulo hasta que aquel borde afilado y plateado rozó la nariz de Tom por debajo—. ¿O los párpados, los labios o los dedos? ¿Esas manos? Créeme, no...

—¡Para! —exclamó una voz repentina y muy clara a la izquierda de Tom—. ¡No!

«¿Qué?». Por encima de las palpitaciones de sus oídos, Tom sintió que su mente trataba de abrirse camino entre la niebla de un nuevo dolor. Por encima de él, vio que Finn giraba la cabeza como un látigo y aquellos ojos incoloros de cobra se agrandaban de pronto por la sorpresa... ¿y el reconocimiento? «¿De quién?».

—¡Espera! —Rápido como un rayo, Finn soltó a Tom y se volvió hacia el sonido de las armas que sus hombres cargaban. La enorme Magnum de Mellie ya estaba empuñada mientras los demás apuntaban; el guardia que estaba junto a Penny había trepado por la balastrada de arenisca parda para tener mejor ángulo...

—¡No! —gritó Finn. Medio girándose, divisó al guardia de la balastrada y saltó con un movimiento sorprendentemente rápido para un anciano, enarbolando aquel parang ensangrentado—. No disparéis, no...

Se produjo un crac, pues el hombre efectuó un disparo en el preciso instante en que el machete de Finn interceptaba el cañón del arma. El hombre gritó y se tambaleó en el instante en que salió la bala perdida y luego emitió un fuerte chillido cuando

Finn le dio una amplia pasada con el parang por la cintura. Un borbotón de sangre roja y brillante salpicó la piedra mientras el guardia se aferraba la tripa chorreante y caía a plomo desde la balaustrada.

—¡No, Dios! —chilló el guardia. Levantó una mano—. No...

Lo que quiera que fuera a decir murió cuando Finn bajó el parang dando un buen tajo.

—¡He dicho —rugió Finn mientras asestaba una poderosa patada a la cabeza del guardia, que cayó rodando por los escalones del ayuntamiento— que no disparéis!

—¿Elias? —Mellie, que seguía apuntando con su Magnum, echó un vistazo vacilante por encima del hombro y empalideció ante la visión de las gotas de sangre espesa que continuaban saliendo del muñón descarnado del cadáver decapitado del guardia—. ¿Qué estás...?

—¡Haced lo que digo! —vociferó Finn, blandiendo el parang goteante—. ¡Que nadie dispare! ¡Dejad que se acerque!

«Dios, Finn la conoce». Caer en la cuenta fue como asistir al resplandor de una columna de fuego naranja resultante de un explosivo casero. Tom, aún tambaleante, vio que Simon —aquel chico con la cara de Chris que había parecido tan hecho polvo unos minutos antes— miraba con una incredulidad que se iba transformando por momentos en consternación y pavor. En el suelo, no lejos de él, Peter gemía.

—No, no, no, no, eso es lo que quiere, eso es lo que Finn quiere.

Todos la conocían: Finn y Peter. Simon. Pero ¿cómo? «No, Dios. —El corazón de Tom latió aún más rápido, esta vez de horror renovado. Un frío terrible le subió por las venas, le caló en el cerebro y en los huesos y se oyó gemir a sí mismo, se sintió morir un poco más—. No, por favor, Dios, no hagas esto. ¿No te basta conmigo? ¿Qué más puedo darte? Por favor, no te la lleves, por favor».

Se puso en pie a duras penas y la vio venir con las manos en alto y el rifle enarbolado. Estaba más en forma de lo que recordaba. Su expresión era tensa, acerada por la determinación. Tenía los ojos muy brillantes, de un verde luminoso, y el pelo largo, tan exuberante y rojo como su propia sangre.

Ella era su aliento, lo daría todo por salvarla. Podía hacerlo; todavía estaban a tiempo de irse de allí. No había nada que Finn pudiera hacer con la termita escondida que devoraba el metal, con los cubos de explosivo ANFO casero y los cables detonadores duplicados que cobrarían vida al cabo de pocos segundos. Las bombas explotarían. Rule moriría, pero ella no tenía por qué hacerlo. La vida con Finn no sería vida, pero, sin vida, no había esperanza... y ella era esperanza, para él, por encima de todo.

Pero tampoco podía dejar que Finn escapara. Tenía que pensar en los niños... y en Ellie, de sólo ocho años, con una vida por delante.

Aquello volvía a ser Afganistán, aquel día de sol cegador en las rocas con los dos críos: una elección imposible.

«¿Qué opción es la mejor cuando no hay ninguna buena? ¿Cuando hay que elegir

entre dos males y los dos son igual de viles? Si salvo a Alex, Finn se queda con los niños. Si no digo nada y las bombas explotan...».

«Elige, Tom. —Sintió aquella presión constante, aquella mano en la cabeza que trataba de derribarlo, de combarlo y romperlo—. Alex o los niños: elige... y hazlo rápido».

Porque a Alex y a él les quedaban menos de ocho minutos.

Después de que le quitaran las armas, fue a colocarse a su derecha. Al pasar, le rozó la mano, y el contacto fue tan potente que Tom casi jadeó por la quemazón y el repentino ardor que sintió en el corazón. Cuando Alex se volvió para mirar a Finn, sus ojos pasaron de refilón sobre Tom durante apenas un instante, pero lo suficiente para que este se percatara de aquella minúscula sacudida de su cabeza. No estaba seguro de sobre qué quería alertarlo, pero mantuvo la boca cerrada. Tampoco estaba seguro de que pudiera hablar en aquellos momentos.

—Querías encontrarme, ¿no? —le dijo a Finn—. Pues aquí estoy.

—¿Conoces a esta chica? —se extrañó Mellie. Sus ojos grises se clavaron en Tom y luego en Finn—. ¿De qué? ¿De dónde?

—Bah, de por ahí. —Finn limpió el machete ensangrentado en los pantalones del guardia decapitado y lo enfundó. Sus ojos de cobra oscilaron de Alex a Tom y viceversa. Los miraba fascinado... y receloso—. Mataste a uno de mis mejores cazadores —la acusó.

—Fue un accidente. —Si lo dijo con miedo, Tom no lo percibió, aunque notó que se quedaba como a la espera y, por la tensa línea de su mandíbula, pensó que estaba haciendo un gran esfuerzo. Pero ¿para qué? «¿O es que se está conteniendo?»—. No debía de preocuparte mucho o no habrías dejado su cuerpo y todo su equipo allí tirado —lo desafió—. Aunque gracias por eso, de todas formas.

—De nada. —Sus ojos de serpiente la miraron de arriba abajo—. ¿Cómo lo hiciste? Ni siquiera Davey fue capaz de encontrarte.

—¿Davey? —Tal vez fuera sólo su imaginación, pero a Tom le pareció notar un pequeño cambio de tono en su voz. Su mirada verde láser se posó momentáneamente en el chico (Davey) antes de volver a Finn.

—Sí. Eres muy diferente. —Finn se giró para fijarse en Simon, cuya cara era el vivo reflejo de la angustia, antes de escrutarla de nuevo con genuina curiosidad—. ¿Simon... te tiene cariño? ¿Por eso te dejaron vivir?

«¿Qué? —A Tom se le subió el estómago a la garganta—. ¿Qué?».

—¿Qué quieres, Finn? —preguntó Alex.

—Eres capaz de bloquearme —explicó Finn—. ¿Cómo lo haces? ¿Qué es lo que te hace distinta?

Alex lo observó durante un largo instante.

—Tengo cáncer.

Las palabras golpearon tan fuerte a Tom que casi perdió la razón. Le entraron ganas de derrumbarse, de gritar, de agarrarla, de abrazarla, porque nadie iba a tocarla nunca más, nadie volvería a hacerle daño y él lucharía por ella, lucharía..., pero ella le había advertido que no abriera la boca, y eso hizo. «No, Dios, por favor». La pierna derecha había empezado a temblarle y creyó que, en efecto, se iba a derrumbar. Para

colmo, la vista se le cubrió de una neblina roja. La cosa no podía ponerse peor. ¿Para qué preocuparse del infierno si ya estaban inmersos en él?

—Un tumor cerebral. —La voz se le quebró ligeramente y las mejillas se le tiñeron de rojo.

—¿En serio? —Finn sólo parecía intrigado—. ¿Terminal?

—Eso dijeron. —Encogió uno de los hombros—. Pero aún sigo aquí.

—Fascinante. ¿Eres epiléptica? ¿A raíz del tumor?

—No. ¿Y tú?

—No. —Finn torció la comisura de la boca—. Entonces, lo sentías. ¿Cómo lo controlas? ¿O es que...? Pareces tensa. ¿O es que te está costando hacerlo? ¿Es eso? Me apuesto lo que sea a que es peor cuando los manejo, ¿a que sí? —Como ella no respondía, Finn continuó—: ¿Cómo te llamas?

—¡No! —Peter forcejeó con los tres guardias que trataban de retenerle—. ¡No lo hagas! ¡No se lo digas! ¡Así es como consigue el acceso!

«¿Acceso? —Tom lo miró fijamente—. ¿A qué?».

—Peter, no pasa nada —repuso Alex.

—Pero entonces te controlará...

—Cállate, muchacho. —El revólver había acudido a su mano con la misma rapidez con la que había manejado el machete—. No tienes la...

—Para, Finn. No le hagas daño —le pidió, y miró a Davey—. Alex, me llamo Alex.

«Alex. —Tom vio que Davey pestañeaba y que se le hinchaban las narices—. ¿Qué estás haciendo?».

—Noooo —gimió Peter—. Alex, no, tú no lo entiendes...

—No, Peter —contestó esta—. Creo que sí lo entiendo.

—¿Lo entiendes, Alex? —le preguntó Finn en el tono amable y casi mimoso del típico abuelito bonachón—. Lo dudo mucho. Así que déjame... enseñártelo.

Alex se estremeció y cogió una rápida y dolorosa bocanada de aire antes de que su cabeza diera un latigazo igual que hacía la de Peter cuando Finn lo controlaba... y Tom ya no pudo soportarlo más.

—Para, Finn. Por favor —le suplicó con voz ronca. Peter tenía la cara transida y los puños apretados y su cabeza no dejaba de dar fuertes sacudidas espásticas. El aire circundante empezó a zumbiar cuando los Cambiados, incluido Davey, adoptaron otra posición como corredores que se colocaran en sus marcas. Notó que los guardias lo agarraban de los brazos cuando intentó interponerse entre Finn y Alex—. Deja de hacer eso. No le hagas daño, no...

—N-no, Finn —tartamudeó Alex. Los ojos se le pusieron en blanco. Un hilillo de sangre le corrió por la nariz—. D-déjame...

En el campanario:

Tom. Tenía que salvarlo. Tenía que liberar al monstruo y hacer algo, y tenía que hacerlo ya, en aquel preciso instante, antes de que fuera demasiado tarde. Pero ¿y si luego no podía regresar a su propio cuerpo?

«Da igual. No puedo permitir que Tom muera; deja de comportarte como un conejito asustado y hazlo; hazlo por Tom, por Chris, por Lobežno y por Peter, por todos». Nadie que le importara estaría a salvo si no lo intentaba. Tenía que confiar en sí misma, dejar de luchar contra lo que era y ceder a que el monstruo saliera, a que se colara en Lobežno. Además, eso era lo que él quería y Lobežno no opondría resistencia porque el interés del monstruo era selectivo.

Al fortalecerse le dio sustancia al monstruo: le construyó una gárgola por cuerpo; se jugó el todo por el todo, como los médicos siempre habían querido. Le garabateó a aquella cosa unos ojillos rasgados, unos dientes de aguja, escamas y alas, unas garras como cimitarras y una cola bífida. Luego se lo imaginó alargando un brazo escamoso; desplegándose de su mente y dándole un toquecito a Lobežno con una de sus garras. Lobežno reaccionó y le dedicó una mirada; de hecho, ya sabía que estaba allí... Por un segundo, vio a Tom con mucha más claridad a través de unos ojos que no eran los suyos. No hubo intercambio de pensamientos, ni percepciones, pero logró colarse en la cabeza de Lobežno durante una fracción de segundo.

El mensaje que quería transmitirle era muy simple, casi ridículo: «Mira». Y Lobežno lo hizo.

Davey era más difícil, diferente, peor..., como saltar desde lo alto de Blackrocks, sólo que de noche y hacia un montón de porquería negra. El suyo era un idioma oscuro que sólo captaba cuando era demasiado fuerte en medio del *id, id, venga, venga*. También fue rápida. Un dardo, un picotazo, ningún mensaje. Finn estaría allí reteniendo al chico; de lo contrario, Davey y todos los Cambiados ya se habrían puesto a descuartizar a la gente. No quería que Finn advirtiera su presencia, todavía no.

De nuevo, aquel quiebro mareante, aquella reduplicación y aquel salto a los ojos de Davey...

Y allí estaba Tom otra vez, pero en esta ocasión visto a través de los ojos del chico. La atención de Davey, sin embargo, tan firme y con un brillo tan parecido al de la mica que se asemejaba a un puntero láser, estaba puesta en Finn: su olor, sus ojos, incluso su voz.

El viejo (¿su señal?) estaba allí también, en la recámara: un delgado río rojo que discurría por un intrincado paisaje. Con todo, no se trataba del torrente arrollador de la matraca, puesto que no había que matar a nadie en esos momentos.

Permitió que el monstruo se dejara arrastrar por la corriente durante unos instantes y fluyó desde la perspectiva de Davey a la de los demás Cambiados alterados: Tom, Finn y la plaza vistos desde diferentes perspectivas y distintos puntos del mismo río, como un destello del mundo a través de la miríada de facetas del ojo de una mosca gigante.

Porque Davey y los Cambiados alterados constituían la red de Finn, sus antenas de telefonía, y los Cambiados que no habían sido manipulados estaban conectados los unos a los otros. Alex lo sabía porque ninguno de los Cambiados, ni siquiera Davey, reaccionó cuando Finn hirió a Peter. Finn no necesitaba utilizar a Davey o a los Cambiados alterados para acceder a él. Pero cuando Finn quería acceder a los no alterados, tenía que hacerlo a través de Davey. Estaba tan limitado como ella: los Cambiados se encontraban en un circuito diferente, hablando en una frecuencia a la que ni Finn ni ella eran capaces de acceder directamente sin una especie de contraseña.

«Órdenes sencillas que dependían de una señal más generalizada». Aquel debía de ser el método de Finn. Para él, Davey era el modo de entrar en la conversación. Cuando azuzaba a los Cambiados, a Peter sólo le llegaba el eco, el sobrante, igual que a ella. Cuanto más lejos estuviera, menos les afectaba la matraca a ambos.

Una señal repetida y transmitida por un canal y luego por muchos, justo como dijo Jasper.

En el momento en que Finn la amplificó, en que se mostró a sí mismo en aquella sobrecarga de la tormenta roja y Alex sintió el martilleo, el retumbar y la energía arrolladora de aquel *venga, venga, id, id*, se dejó ir por completo. Permitió que todo se desmoronase, todos aquellos muros y barreras, que nada la contuviera, porque aquel era el salto para el que su padre había intentado prepararla hacía tantos años en Blackrocks, lo supiera o no: «Salta donde estoy yo, princesa. Salta, vamos, salta. — Aquel era el final, y lo era para siempre—. Hazlo, Alex, hazlo, hazlo por amor, hazlo por Tom, sálvalo». Porque era la última y la única jugada que le quedaba.

Sintió claramente la hinchazón de su mente, el vuelco y la vibración, el cambio.

Recomponiéndose, armándose de toda la energía frenética que el monstruo le permitía, bajó toda la guardia, todos y cada uno de los cortafuegos mentales, y saltó. Sintió cómo el monstruo y ella caían y se estampaban contra la rugiente marea roja de la matraca, arrollando a Davey, arrollando a los Cambiados, y que el monstruo (con sus ojos amarillos, sus dientes de aguja y sus brazos escamados) emergía de las profundidades del pozo donde estaba recluido, se desplegaba como una repentina flor sangrienta y se colaba dentro de Davey, de los alterados y de los demás Cambiados, incluso de Peter: *id, id, id, id, ID, ID, ID...*

—¡N-no, Finn! —gritó Alex, luchando por que le salieran las palabras; a pesar de eso, Tom distinguió la profunda ponzoña de su voz, casi un gruñido—. ¡D-deja que... te lo en-enseñe!

Se le arqueó la espalda; le chispearon los ojos; los rasgos se le retorcieron en una especie de rabia pura que él conocía perfectamente por la guerra, por ese momento en

que el enemigo trepaba a toda marcha por las rocas y tú no tenías munición y lo único que quedaba, lo único que separaba la vida de la muerte, era ese margen, fino como una cuchilla, de lo que el cuerpo conocía y lo que estaría dispuesto a hacer para aferrarse a su último suspiro. Alex parecía crecer ante él y convertirse en algo nuevo, rompiendo un capullo y revelándole que había algo no del todo humano tras los ojos de aquella chica que tenía grabada a fuego en su memoria y que no había llegado a conocer del todo hasta ahora. Hasta el momento en que había roto su coraza y dejado caer la máscara; hasta ese instante en que se había atrevido a darse a conocer y lo había apostado todo.

Durante una fracción de segundo, el tiempo pareció acumularse, se infló como una lágrima trémula a punto de caer... y luego se hizo añicos.

Alex aulló. El sonido fue como un lamento fúnebre, tan claro y penetrante como el chillido del silbato de su padre, que lo llamaba desde esa noche eterna, desde ese lugar oscuro y desesperanzado donde vivían los monstruos. Pero era también un bramido, una llamada a la batalla: un súbito *crescendo* que nunca cesaba, que a Tom le ponía los pelos de punta y el corazón en la boca.

—¡Alex! —Tenía que hacer algo; tenía que interrumpir aquello, sacarla de allí, ¡los dos tenían que salir de allí! Los guardias se habían replegado; todo el mundo parecía paralizado. Sin darse cuenta, él también había retrocedido un paso, pero ahora se adelantó, sin saber muy bien qué hacer a continuación, sólo convencido de que debía llevársela de ahí...

Entonces, a su izquierda y justo detrás de Finn, la cabeza de Davey pegó un latigazo y sus perturbados ojos bermellones se abrieron como platos cuando empezó a chillar y su grito se fundió con el de Alex. A su derecha, Peter ululaba y Simon y Penny también gritaban. De repente, todos los Cambiados, alterados o no, estaban aullando. Era un grito que ascendía hasta convertirse en un rugido enfermizo y en voces que eran muchas y una al mismo tiempo, que se concentraban en una sola nota: la voz de Alex, la propia Alex, que decía...

A unos minutos de Rule, aún en el bosque, pero subiendo a toda velocidad por la carretera del asilo, Chris detuvo en seco a *Night*. Un rugido estremecedor emergía de los árboles más adelante. Parecía algo sacado de la televisión, de algún sábado de otoño en que su padre se ponía hasta arriba de cerveza y maldecía a los Wolverines: el típico bramido de una turba universitaria en un estadio de fútbol lleno hasta los topes. Aunque aquel grito era sobrenatural, una voz compuesta por muchas, y Chris no acertaba a distinguir si era de dolor o éxtasis... o un poco de ambos.

—¡Dios mío! —exclamó, mientras el caballo bufaba y hacía cabriolas—. ¿Oyes eso?

—Sí. Y también gritos, no sólo ese... sonido. —A Greg le brillaban los ojos por la urgencia y por la luz del amanecer—. ¿Llegamos demasiado tarde? ¿Crees que las

bombas...?

—No. Si estamos oyendo eso, también habríamos oído la explosión. —«O las explosiones». La idea era que no quedase nadie que gritara o, al menos, no por mucho tiempo—. Creo que... Dios, creo que son los Cambiados.

—Chris. —Greg lo miró fijamente—. Los Cambiados no hablan.

«Pues ahora lo hacen. Algo les ha dado voz». El sonido era tan espeluznante que se había echado a temblar.

—Creo que dicen algo. ¿Lo oyes? ¿Son palabras reales?

—Sí, lo oigo —respondió Greg—. Parece que dicen...

* * *

—¡*ID, ID, ID!* —Con los ojos en llamas, chispeando a causa de una energía repentina, Alex gritó—: ¡*MATAD A FINN, MATAD A FINN, MATAD A SUS HOMBRES, MATAD A FINN, MATAD...*!

—¿Qué está pasando? —chilló Mellie. Se dio la vuelta y se llevó las manos a los oídos mientras los Cambiados seguían aullando—. Elias, Elias, ¿qué están haciendo? ¿Qué...?

—¡No! —bramó Finn, pero su voz fue como una voz en mitad del desierto, apenas una mota, como un grito perdido en el estruendo de un remolino.

Y entonces, para Tom todo empezó a romperse, el mundo empezó a crujir salvajemente en una furiosa vorágine de sonido y movimiento, igual que aquel día en que todo se había ido al garete y aquella noche en que volaron la mina y la tierra había temblado bajo sus pies. Sólo que, en lugar de un tornado negro de pájaros, una estampida de ciervos y animales desconcertados, su cabeza amenazando con estallarle y la boca de la tierra bostezando para tragárselo para siempre... ahora, el fin pertenecía a los Cambiados.

Estos empezaron a moverse todos a una y corrieron desbocados por toda la plaza. La gente de Rule rompió a gritar y trató de escabullirse como pudo, pisoteando a los demás si era menester, aunque no tenían ninguna escapatoria. Estaban acorralados por los Cambiados, por los hombres de Finn y por un caos de caballos que se revolvían y se encabritaban y golpeaban con los cascos el hielo y la tierra, destripando cuerpos y aplastando cabezas. Los Cambiados se fueron hacia los hombres de Finn, que en su mayoría aún intentaban blandir las armas, y cargaron contra ellos; los extraños Cambiados alterados saltaron de sus equinos relinchantes y los demás cayeron sobre los hombres de Finn como marionetas a las que les hubieran cortado las cuerdas, enfrascándose, rabiosos y enfervorecidos, en un frenesí caótico y delirante. La plaza estalló de furia cuando los hombres de Finn comenzaron a disparar; las balas zumbaron como avispones. Parecía una escena sacada de una película en la que un ejército invadía un pueblo y al final no quedaba ningún habitante.

En lo alto de las escaleras del ayuntamiento, Alex dio un fino alarido con las manos en la cabeza, los dedos abiertos, los ojos desorbitados y la boca llena de sangre por el hilillo que le brotaba de la nariz, como si algo que hubiera estallado dentro de ella la estuviera haciendo reventar. A la izquierda de Tom, Mellie chilló de nuevo cuando una chica subió corriendo las escaleras y se abalanzó sobre ella de súbito. La mujer chocó de espaldas contra una barandilla, rebotó en la piedra, rodó y luchó por huir, pero la chica se le echó encima por detrás y le hincó los dientes en el cuello. Mellie aulló, se sacudió como un caballo que intentara quitarse de encima a su jinete y trató de echarle el guante a la desesperada.

A la derecha de Tom, Peter también entró de lleno en el juego, convertido en un torbellino de pelo dorado y ojos enloquecidos, seguido de Simon, aquel chico que podía haber sido Chris en otra vida:

—*Mátalo, mátalo, mátalo...*

Pero Davey, la mascota de Finn, su ojito derecho, estaba más cerca y ya empezaba a darse la vuelta, con los labios retraídos y los ojos rojos de maniaco encendidos de rabia.

—¡No, Davey! —gritó Finn levantando el brazo y rebuscando a toda prisa la Cok mientras Davey se lanzaba como una pantera recluida que hubiera logrado escapar de su jaula—. ¡NO, NO, N...!

Pese a lo rápido que era, Finn no tuvo ninguna posibilidad. Davey se precipitó sobre el anciano y los dos cayeron al suelo forcejeando. La pistola de Finn salió disparada dando vueltas. El anciano, que se puso a patalear como un hombre desesperado por evitar que un perro rabioso le rebane la garganta, le dio una patada en la mandíbula con la bota derecha. Un salpicón de sangre manchó el uniforme blanco del Cambiado; los ojos del chico giraron en sus cuencas y empezó a resbalar. Finn intentó pegarle otra patada sin éxito, pero entonces llegaron en tropel Peter y Simon. Peter gritaba:

—¡Es mío, es mío!

Agarró al anciano del cuello y le estampó la cabeza contra el suelo de caliza del rellano con un golpe seco. La sangre manó del cuero cabelludo de Finn, pero el viejo seguía luchando y ahora chillaba como su hermana. Le plantó una bota en el pecho a Peter y lo empujó. Tom captó un destello metálico cuando Finn sacó el machete de su funda y oyó el chasquido de una violenta rebanada del revés que siseó como una serpiente. Peter gritó y hubo un estallido de sangre roja. El chico trató de agarrarse la cintura retrocediendo a trompicones mientras los Cambiados atravesaban en tromba la plaza en su dirección, en dirección a Finn.

Todo eso sucedió en menos de diez segundos y por fin hizo reaccionar a Tom. «Cinco minutos, menos de cinco minutos, tienes que ir a por un caballo y salir de aquí». Y liberar a Alex. ¡Liberar a Alex de aquello! Cuando ya se giraba hacia ella, vio un borrón por el rabillo del ojo: Penny, presa de una furia asesina, se dirigía hacia el guardia que la custodiaba. Este, saliendo de su parálisis, empuñó su arma, una

Mossberg 500. Cuando aquel enorme cañón negro empezó a rotar dibujando un amplio arco, Tom no sólo supo que el hombre moriría en el intento..., sino que además fallaría.

—¡Alex! —Tom se giró y dio un torpe paso con su pierna herida, y luego otro. Por increíble que pareciera, la vio darse la vuelta en un torbellino de pelo rojo. Por un momento, pensó que corría hacia él. Pero no. Iba a por Finn, y el cambio que atisbo en su cara (la misma furia asesina que había leído en los rostros de Peter, Davey, Simon y de todos los Cambiados) le paralizó el corazón. Tom comprendió en el acto que, si no paraba aquello de inmediato, antes de que alcanzara a Finn, Alex estaría perdida y más le valdría dejar que la Mossberg diera en el blanco. Dios, más le valía plantarse él también en la línea de tiro, abrazarla fuerte y asegurarse de que aquel disparo los matara a ambos.

Se lanzó a la desesperada y cayó sobre ella una milésima de segundo antes de que la escopeta disparase. El tiro zumbó por encima de su cabeza y sonó un ruido de cristales rotos cuando una ventana estalló en alguna parte. Intentó protegerla poniéndole un brazo en la cabeza y el cuello y el otro en la cintura y ambos se precipitaron al suelo uno sobre otro. Tom trató de rodar sobre su espalda en el último segundo para llevarse la peor parte, pero se desequilibró a causa del dolor y sólo lo consiguió a medias. Chocaron contra la piedra, que se había tornado húmeda y roja con toda la sangre de los Cambiados y de los hombres, y a Alex se le cortó el grito. Tom notó cómo se le vaciaban los pulmones, pero aguantó y la abrazó fuerte mientras ella no dejaba de revolverse y patear con intención de soltarse. Sintió la mordedura del cristal y la piedra en su espalda y el salvaje latido del corazón de Alex contra su pecho y se dio cuenta de que también gritaba, de que le gritaba en la cara, ida y ensangrentada:

—¡Alex, soy yo, soy yo, Tom!

Durante un instante (y sólo un instante), aquel centelleo salvaje de sus ojos verdes se concentró en él y pensó que, si iba a por su garganta, dejaría que ocurriera. Cinco minutos más y Alex ya no estaría allí, de todas formas. Para él, dejarla ir de nuevo no era una opción. Si tenía que morir, mejor que fuera así, con ella, a su lado. Pero entonces Alex sacudió la cabeza y a Tom le dio la impresión de que se deshacía de algo o de que ese algo se ponía en su sitio, o de ambas cosas. Sus ojos, todavía de un verde intenso y chispeante, se aferraban a una realidad diferente. Se aferraban a él.

—Tom. —Hubo asombro, búsqueda y un susurro que a él le pareció un grito porque ahora la tenía de verdad, sin barreras; aquel momento era el principio de la eternidad—. ¿Tom?

Se moría por retirarle el pelo de la cara y empaparse de ella, pero el mundo, vengativo, volvía a la carga y el tiempo se ponía de nuevo en marcha; no tardó en ser consciente de los disparos, de los gritos y de las refriegas entre Cambiados y hombres, de toda la violencia que se había desatado a su alrededor.

—Alex, tenemos que salir de aquí ahora mismo. Este sitio va a explotar dentro de

cinco minutos, quizá menos. —Rodó y la ayudó a ponerse en pie agarrándola del brazo. En la plaza había caballos; sólo necesitaban uno—. ¡Vamos, vamos!

—¡Espera! —Alex echó un vistazo a su entorno y soltó un grito jadeante—. ¡No, no, Peter, Peter!

Cuando empezaron los gritos y los disparos, a Chris nunca se le ocurrió, ni por un segundo, dar marcha atrás. Incluso urgió a *Night* a que apretara el paso. No podía evitar aquel enfrentamiento, aquella lucha para la que no había alternativa. Si había un momento idóneo para coger el martillo, sin duda era ese.

Estaban entrando a gran velocidad por la esquina noreste y se encontraban a escasos cien metros del extremo más retirado de la iglesia. Desde ese punto, no le costó vislumbrar el caos y la marea de Cambiados que arrollaba a los hombres de Finn. Los Cambiados andaban sueltos, descuartizando a la gente, hundiendo sus garras en cráteres sangrientos y extrayendo tripas a dos manos. La plaza estaba inundada de cadáveres, de trozos de cuerpos y de sangre... y de ancianos que aún se mantenían en pie mientras el pasado abrazaba su triste futuro. Distinguió a una mujer, cuyo pelo gris parecía una nube de tormenta, que salía disparada hacia una bestia de chico gritando:

—¡Lee, Lee, Lee!

Los enormes brazos de Lee agarraron a la anciana («Travers —pensó Chris—, se llama Travers; le gusta la jardinería») y la levantaron del suelo. El chico empezó a dar vueltas con su abuela en lo que podría haber pasado por alegría. Pero cuando le clavó los dientes en la garganta, la expresión de su cara se transformó en una especie de éxtasis final y espantoso.

—¡Mira! —Greg señalaba el ayuntamiento—. ¡En lo alto de la escalinata!

Chris miró donde le indicaba... y se sintió desfallecer. Los escalones estaban repletos de Cambiados que forcejeaban, luchaban y destrozaban cuerpos. Por su corpulencia, uno de los muertos era Ernst. ¿Y su abuelo? No veía a Yeager. Pero a quien sí vio en lo alto de los escalones, como surgiendo de entre los mares, fue a Tom.

El chico estaba manchado de sangre de la cabeza a los pies, parecía que se hubiera metido de lleno en un cubo de pintura roja. Además, se tambaleaba; llevaba un cuerpo echado en los hombros al estilo bombero. Portaba una pistola en su mano libre y disparaba para abrirse camino. A su lado, con una escopeta en la mano, estaba Alex; Chris la reconoció en cuanto la vio; y había... oh, Dios santo, ¿eso era un perro? ¿De dónde había salido? Era enorme y tenía el blanco pelaje salpicado de sangre. El animal gruñía y despachaba a cada Cambiado que intentaba acercarse. La funda del rifle de Tom colgaba del hombro derecho de Alex. Ella se echó al otro hombro una enorme mochila de lona verde y le gritó algo a Tom al tiempo que se volvía hacia un Cambiado que se precipitaba hacia el chico por un punto ciego. La

escopeta dio una sacudida en su mano y soltó un potente *bum*. El Cambiado cayó hacia atrás despatarrado. Alex echó una breve ojeada a su derecha y Chris le leyó los labios:

—¡Vamos!

Sin embargo, no sabía con quién hablaba y, de repente, no le importó, porque en ese momento se percató de que el cuerpo que Tom transportaba sobre los hombros, vestido de blanco, se iba tiñendo de carmesí. Y de que allí donde aquella cascada de pelo rubio no era dorada, se iba volviendo de un intenso rojo herrumbroso.

«Peter».

—¡No! ¡Alex! ¡Tom! —Espoleó a *Night* y se abrió camino forzosamente entre la multitud. Agarró las riendas de un ruano sin jinete en estampida pensando frenético: «¡Sube a Peter a un caballo, llévaselo a Kincaid, hay que irse, hay que irse!». Cubrir la distancia que los separaba era como pelear contra un mar embravecido en un bote de remos propulsándose con una cuchara sopera. El ruano estaba asustado y relinchaba, y notó que *Night* se ponía tenso y se esforzaba por encontrar un lugar seguro donde asentar los cascos. Unas manos se le engancharon a las piernas. La plaza era un mar de dientes y caras gruñonas. La pesadilla de la meseta volvía a repetirse, sólo que esta vez intentaba controlar a dos caballos. Greg se había puesto a su lado y Chris oyó la traca de disparos cuando recorrían a duras penas los últimos quince metros.

—¡Chris, no! ¡No te bajes del caballo! —La cara de Tom era un poema, surcada de dolor, sudor y sangre. Tenía una enorme salpicadura roja en el pecho y le costaba respirar. Alex tenía la espalda apoyada contra la suya y la Mossberg en las manos, y aquel enorme perro seguía arremolinándose y repeliendo cualquier ataque—. ¡Greg, ayúdame! ¡Chris —le dijo mientras Greg se acercaba a toda prisa—, pásame la Uzi!

—¡Toma! —Chris se descolgó el arma de los hombros y se la tendió por la culata—. ¿Está muy grave? ¿Cuánto?

—Bastante. ¡Alex! —Tom le gritó por encima del hombro—. ¡Coge la Uzi!

Al instante, Alex dobló los codos para que la Mossberg apuntara al cielo, se giró y alargó la mano para coger la nueva arma. En cuanto sus dedos asieron la culata y Chris notó el contacto, la soltó. Pero ella levantó la vista, sus ojos se encontraron y él dijo:

—Alex...

—Lo sé, Chris. Yo también. Ayuda a Peter. —Preparó la Mossberg y se dio la vuelta para cubrirles y ganar tiempo.

—¡Chris! —lo llamó Tom—. ¡Tendrás que encargarte de él hasta que podamos escapar!

—¿Cuánto tiempo tenemos? —gritó Chris, reteniendo a *Night* con las rodillas.

—¡Menos del que deberíamos! ¡Venga, vamos, vamos! —Tom cambió el peso a la otra pierna, hincó una rodilla en el suelo y Peter se desvaneció en los brazos de Greg mientras Tom le levantaba las piernas.

—¡Deprisa! —exclamó Alex, intentando respaldarlos, asiendo la Uzi con ambas manos y tratando de cubrir todos los frentes a la vez. Uno de los hombres de Finn (viejo, pero con pocas canas) nadó hacia ella batiendo los brazos en una especie de estilo crol desesperado. Antes de que pudiera disparar, el perro lobo lo atacó y el hombre se tambaleó gritando cuando la sangre le manó de un desgarrón por encima del codo—. ¡Suelta, *Buck!*

Cuando el animal la obedeció, Alex le propinó al hombre un culatazo en la mandíbula, un golpe rápido y certero que le rajó la piel e hizo que le saliera un chorro carmesí antes de perder el equilibrio. Al instante, los Cambiados se apoderaron de él y el tipo desapareció dando alaridos y estirando una mano ensangrentada en forma de garra, como si intentase salir a toda costa de una tumba.

—¡Levántalo, Greg, con cuidado, con cuidado! —ordenó Tom. La cara de Peter estaba blanca como la cal y la sangre parecía pintura de espray. Cuando por fin lo acomodaron en la silla, Chris vio que fruncía la cara de dolor y oyó que se quejaba.

—¡Dios, oh, Dios, Peter, aguanta, aguanta! —exclamó cuando la espalda de Peter se acopló a su pecho—. Te tengo, todo va a ir bien.

—F-f-frío. —Peter jadeaba. Había tanta sangre que Chris detectaba la herrumbre en su boca. Además, el chico era incapaz de mantener la cabeza erguida—. M-mucho f-f-frío... C-Chris, lo-lo siento, lo-lo siento m-mucho, in-in-intenté...

—Shhh, lo hiciste bien —lo calmó Chris mientras trémulos sollozos se le acumulaban en la garganta—. Vas a ponerte bien. Estoy contigo, Peter, —Peter tiritaba y se esforzaba por tomar aliento. «Voy a salvarte; voy a salvarnos a ambos». Envolverlo a su amigo con los brazos, cargó con su peso y lo sostuvo con firmeza—. No voy a dejar que te caigas, Peter. Te tengo, te tengo, no vas a caerte.

—¡De acuerdo, Greg, a tu caballo, vamos! —Tom le quitó las riendas del ruano a Chris y se volvió para gritarle a Alex—: ¡Alex, tú vienes conmigo...! —Pero de pronto se quedó paralizado y el pánico se apoderó de su cara—. ¡Alex! ¿Dónde está Alex?

—¿Qué? —Confundido, Chris bajó la vista adonde la chica había estado apenas unos segundos antes y luego la subió hacia el ayuntamiento. Distinguió su mata de pelo rojo cuando la chica y el perro vadearon entre Cambiados y hombres batallando en dirección a los escalones... hacia un cuerpo—. ¡Allí! —gritó Chris.

—¡Alex, no! —Tom, horrorizado, se puso en marcha y agarró la pistola como un palo para despejar el camino—. ¡Alex, no hay tiempo! ¡Menos de noventa segundos! ¿Qué estás haciendo? ¿Qué estás haciendo?

Pero ella seguía avanzando, no se rendía y, en ese último segundo, antes del disparo, Chris entendió por qué.

Como si de un sacrificio se tratara, su abuelo yacía desplomado sobre la escalinata. La única razón por la que Chris lo reconoció fue porque Yeager era calvo. Le habían

desgarrado la cara, pero aún conservaba la cabeza. El resto era una maraña de miembros sueltos y carne arrancada.

Agachado junto al cuerpo de Yeager había un chico herido y ensangrentado. Una chica, en avanzado estado de gestación, rondaba por allí, desorientada y visiblemente aterrada. Cuando Alex irrumpió en la escena, sólo el chico levantó la vista.

«Dios mío». Fue como si un relámpago le surcara el cerebro por la sorpresa y hubo un instante en que el motor del tiempo se atrancó, descarriló y después simplemente se paró.

—¿Chris? —dijo Greg, extrañado—. ¿Quién...?

—¡Lobezno, por favor! —Por encima de todo aquel clamor, aún distinguía su voz—. ¡Tienes que irte, tienes que irte, Lobezno! ¡Echa a correr, echa a...!

Y entonces todos vieron, en el mismo y terrible momento, lo que Alex no vio: un monstruo que emergía de improviso; una ruina de carne y hueso prácticamente desnuda, cubierta de andrajos y de ríos de sangre que le brotaban de mil y una heridas, arañazos y mordiscos. Un largo colgajo de cuero cabelludo le caía flácido como una bandera de carne granate y pelo gris, y se le veía el cráneo rosa desde la frente hasta la coronilla, como si aquel monstruo se estuviera desprendiendo de su piel para nacer.

—¡TÚ! —Y eso fue lo que le dio la pista a Chris de que aquella cosa había sido una mujer alguna vez. El monstruo levantó el brazo, del que manaba sangre y en el que relucían los huesos, y dirigió el puño hacia Alex, mientras el cromo de una Magnum enorme chispeaba con el reflejo del nuevo día.

—¡MELLIE, NO! —chilló Tom, descargando la pistola al tiempo que Chris gritaba:

—¡Alex, Alex, cuidado, cuidado, cui...!

Pensó que era la sensación más extraña de su vida, como despertarse del oscuro caos de un largo sueño febril con la mente perfectamente clara y despejada: regresar a sí misma no con el abrazo de sus padres, sino con el abrigo de los brazos de Tom.

Y ahí estaban ahora, luchando por cada segundo restante, en mitad del fin del mundo, sin apenas tiempo, en aquel creciente jardín sembrado de muertos. Y, sin embargo, no había otro sitio en el mundo donde quisiera estar si no era allí con Tom, Chris y su gente, que esperaban que volviera en sí para llevársela de allí.

Con todo, el monstruo seguía insistiendo. Lo sentía porque deseaba con todas sus fuerzas que Lobezno se fuera y se pusiera a salvo. Así que, cuando lo vio con Yeager, en lo único que pudo pensar fue en que el chico tenía que marcharse, dar aquel último paso que lo alejara de Rule de una vez por todas hacia el futuro que le aguardaba, fuera cual fuese. A lo mejor era un error sentirse así por un muchacho que era mitad monstruo, pero le importaba un bledo.

—¡Lobezno! —Desesperada, lo agarró del brazo sin quitarle ojo de encima a

Penny, aunque la chica parecía petrificada... y menos mal, porque ya tenían bastantes problemas—. ¡Tienes que irte, tienes que salir de aquí!

Lobezno estaba llorando. Grandes lagrimones surcaban la sangre de su cara dejando estelas carmesíes. Por un segundo, supo lo que sentía; para eso no necesitaba ningún monstruo. Ese chico acababa de perderlo todo, no sólo a Yeager, sino también a Peter. Se había quedado sin hogar y sin un sitio adonde ir. Era como verse a sí misma en el funeral de sus padres. O el día en que le diagnosticaron la enfermedad: acurrucada en una silla en una consulta gélida viendo por primera vez cómo era el monstruo que habitaba en la oscuridad y que se la estaba comiendo viva.

—Lobezno, por favor. —Notaba que le temblaban los labios y que las lágrimas le ardían en los ojos—. Todo mejorará, te lo prometo, pero tienes que intentarlo, tienes que irte, Lobezno, tienes que echar a correr, tienes que...

No hubo ninguna transición. A pesar de lo mucho que había ocurrido, no habían pasado ni tres minutos desde el momento en que había dejado salir al monstruo. De modo que había un montón de disparos y la gente seguía gritando. El traquido de una escopeta no le sonó a nada nuevo, pero... ¿Tom estaba... gritando?

Algo la golpeó muy fuerte por la espalda. Vio a Lobezno estremecerse. Sintió un ardor en el pecho. Durante ese espacio muerto entre los latidos de su corazón, Lobezno y ella se miraron fijamente. Siguió oyendo los disparos, pero algo había cambiado. Ya no había ninguna traca ni ningún *pam, pam*. Sólo un crujido mudo y distante como el del celofán trillado.

Entonces, las piernas se le doblaron. Abajo la esperaba la oscuridad, la oscuridad más absoluta. Volvía a estar en Blackrocks.

Salvo que esta vez fue el agua (profunda y fría) la que saltó hacia ella.

Lo más seguro es que no lo oyera: había demasiado ruido. El *pam* de la Magnum se perdió en el doble rugido de la pistola de Tom y del rifle de Greg. Lo que quedaba de Mellie cayó hacia atrás y Tom y Greg avanzaron tambaleantes mientras Chris obligaba a *Night* a seguirlos.

Acunando torpemente a Alex en los brazos, el chico (Simon, su hermano) empezó a ponerse en pie con gran esfuerzo mientras ese enorme perro gruñía sin atreverse a atacar. Alex era alta, pesaba bastante para cualquiera, y, para colmo, estaba flácida: peso muerto, ojos cerrados y su blanco cuello de cisne caído hacia atrás. Desde la silla de *Night*, Chris intuyó a qué altura de la espalda le había impactado la bala por el rojo estallido de sangre que presentaba bajo el pecho derecho, por donde había salido. Cuando el pecho se le elevaba al respirar, Chris oía un horrible graznido, como el de un cuervo moribundo.

Penny ya estaba intentando huir. Cuando Simon los vio acercarse, dio un pasito atrás como para darse la vuelta y echar a correr. Pero su vista se posó en Chris y la cara de Simon («mi cara», pensó Chris) empalideció.

—Por favor —dijo Tom con la voz quebrada. Le tendió los brazos—. Lobežno... Simon, por favor, dámela. Déjanos ayudarla.

—Tom. Chris, ¿qué cojones...? —Greg se había acercado con la Uzi de Chris, con la que encañonó a Simon—. Tíos —dijo con voz temblorosa—, tenemos que irnos, tenemos que irnos ya.

—Lo sé. —Durante un segundo, Chris vio en Simon, en su angustia y en las lágrimas que corrían por sus mejillas, no a un Cambiado, sino a un chico que se debatía entre lo que quería y lo que podía hacer—. Simon..., por favor —le imploró, sosteniendo con firmeza a Peter, que ya estaba inconsciente. Aunque su amigo pesaba bastante, podía aguantar su peso—. Ella es de los nuestros.

Ante esas palabras, Simon dio un pasito torpe y vacilante. Tom fue a su encuentro, cogió a Alex en brazos, se giró hacia donde aguardaba el ruano y cojeó hacia él a toda prisa mientras el perro se apartaba de Simon y lo seguía dando brincos.

—Dale la escopeta —le indicó a Greg por encima del hombro—. Dásela, súbete al caballo y vámonos ya. Ya.

—¿Qué? —Greg le hizo un gesto con la cabeza a Chris—. Chris, sé que se supone que es tu hermano, pero esto es como lo de Lena. Él todavía es...

—Hazlo. —Chris se quedó observando a Simon mientras Greg le tendía la Uzi como si le ofreciera un aperitivo a una pitón. En cuanto Simon puso una mano en el cañón, Greg soltó el arma y regresó corriendo a su caballo—. Corre, Simon —le dijo a su hermano—. ¿Me entiendes? Vete, vete de aquí, coge a Penny y corre...

—¡Vamos! —bramó Tom. Sujetó a Alex en su silla como Chris había hecho con Peter: contra su pecho, en sus brazos. Estaba quieta como un muerto y Chris no era capaz de adivinar si respiraba. Tom le dio la vuelta al ruano y lo espoleó para que saliera al galope—. ¡Cuarenta segundos! ¡Vamos, vamos!

—¡Corre, Simon! —gritó Chris, y al instante ya estaba girando al zaino, espoleándolo y dándole rienda suelta—. ¡Vamos, *Night*, vamos, *Night*, vamos!

«Cuarenta segundos». Pasaron zumbando junto a un grupo de Cambiados que se alimentaban, muertos recientes y otros que no tardarían en estarlo. Salieron de la plaza a toda pastilla, contando mentalmente: «Treinta y nueve, treinta y ocho, treinta y siete...».

Llegó hasta treinta.

El fin se produjo cuando estaba a cinco manzanas de distancia y fue como siempre se había imaginado que sería el fin del mundo: no el silencio propio de los pulsos electromagnéticos acompañado del chillido de los pájaros, sino un enorme rugido devastador, como la detonación de una bomba de neutrones; un *clap* y luego un estruendoso y creciente *BRUUUUUUM*. El sonido, capturado por los edificios y reflejado en la piedra, fue inmenso. Chris sintió el aire pasar en una ráfaga

monumental. Las ventanas de las casas de aquella manzana estallaron cuando la onda expansiva las alcanzó e incluso estuvo a punto de tirarlo a él de la silla. El suelo se sacudió con tanta violencia que notó el temblor en la columna y vio cómo se desprendían cascadas de nieve residual de los tejados.

Ahogó un grito y se giró para mirar atrás. De los cristales rotos del ayuntamiento salían chorros de luz al rojo vivo, como fieras vaharadas provenientes de un sinfín de bocas monstruosas que emergieran de las profundidades. Sentía la oleada de calor y cómo este salía en tropel. El edificio no se limitó a venirse abajo, sino que estalló con una granizada de roca y acero, y varias bolas de fuego rodaron formando olas rojas y naranjas que arrasaban todo lo que encontraban a su paso: Cambiados, caballos relinchantes y cualquier ser viviente que quedara aún en la plaza. La luz brillaba tanto que le recortó una sombra larga y momentánea. Los ojos le ardieron de dolor como si hubiera intentado mirar fijamente al sol. Si hubo gritos y chillidos, no los oyó.

Pero más cerca, en sus brazos, notó que Peter se movía y lo oyó lamentarse.

De repente, empezaron a caer cosas del cielo: una lluvia de piedra y madera en llamas; ramas que volaban como flamígeras lanzas dentadas; cuerpos despedazados (piernas y brazos, calaveras ennegrecidas y churruscadas); ancas de caballos, muñones de hueso y carne tan devastada que ni siquiera se sabía a qué pertenecía. A una manzana y media de distancia, la cabeza de un caballo, con la crin ardiendo, trazó un arco de fuego en el aire para ir a estamparse contra el tejado de una casa antes de rebotar y caer en picado.

—¡Chris! —Era Tom. Aún deslumbrado, Chris se volvió y los divisó a él, a Greg y a aquel enorme perro lobo esperando en la boca de la carretera que los llevaría al asilo y luego lejos de Rule.

Al alcanzarlos, sólo acertó a decir como un idiota:

—Ha sido tan... tan fuerte...

—Lo sé —repuso Tom. En sus brazos, Alex respiró con dificultad. Tom la abrazó, arreó al caballo y puso rumbo al norte—. Déjalo estar, Chris —le aconsejó—. No mires atrás.

LA LARGA MARCHA

Parecía primeros de verano, aunque no estaba del todo seguro. Chris se hallaba sentado con las piernas cruzadas en una losa de basalto moteada de jade bañada por el sol. Era un día sin nubes; el cielo se mostraba de un blanco brumoso por donde rayaba con el índigo del lago, pero de un azul vaquero lavado a la piedra justo encima de su cabeza. Una brisa del norte que olía a hierro frío y a píceca agria le acariciaba el pelo. El solitario croar de una rana de la madera subía sin rumbo desde el valle a unos cientos de metros más abajo. Justo al norte, en la costa lejana, contó al menos cinco agujas finas y rocosas salpicadas de árboles y un parche verde más grande que se extendía por el agua como una mano abierta.

Abrió la hoja de una navaja de bolsillo y partió una porción de queso, arrancó de un pellizco un trozo de una barra de pan hojaldrado y se lo puso encima. Se llevó la comida a la nariz e inhaló el cremoso aroma del cheddar caliente y del pan recién hecho; luego le pegó un bocado. Gimió.

Justo a su espalda, a la derecha, se oyó una risa bajita.

—Está bueno, ¿verdad? —dijo Peter.

—Dios —murmuró Chris con la boca llena de pan y queso—, necesito aprender a hacer esto.

La risa de Peter era ligera como un suspiro.

—Bueno, primero tendrás que hacerte con un par de vacas. Y, ah, un poco de harina, levadura, azúcar, quimosina y...

—Déjame soñar. —Arrancó otro trozo de pan—. No seas petardo.

—*Moi?* Nunca. —Se oyó un gorjeo y acto seguido Peter tragaba y suspiraba de satisfacción—. ¿Quieres?

—Vaya. —Fingió pensárselo—. No sé... No soy mayor de edad.

—Como oficial de la ley debidamente nombrado y tu guía, insisto. Promete no caerte por el barranco y nadie lo sabrá —le dijo Peter—. Además, las viejas reglas ya no se aplican, sobre todo aquí.

—Bueno, visto así... —Chris cogió la botella que su amigo le pasaba por encima del hombro. Unas gotas de condensación perlaban el cristal. Cuando se llevó el borde a los labios, lo que le inundó la lengua era burbujeante, frío y sabía un poco a... ¿pomelo? Bebió con los ojos cerrados, concentrándose en el sabor del vino.

Pensando: «Tengo que recordar esto, todo, cada segundo. Puede que no vuelva a suceder».

—Pues venga. —Ya sentía que el calor se le subía a la cabeza y se dijo que debería tener cuidado al bajar. Si es que aquello suponía un problema allí. Si es que Peter alguna vez bajaba—. Dime lo que estoy viendo.

—Thunder Bay a tu izquierda —le describió Peter, señalando en dirección noroeste a una cadena lejana y brumosa de montañas púrpuras—. Desde donde estamos, en Greenstone Ridge, Amygdaloid Island es la isla barrera que queda más lejos, aquella tan larga y fina hacia el norte. Esa mancha grande a la derecha —Chris vio por el rabillo del ojo derecho que una mano señalaba en aquella dirección— es el

extremo oeste de Five Finger Bay. He hecho portes hasta allí. Era matador. Lo único que llevaba era un kayak y una mochila. Imagínate, ¡una canoa! Estuve varios días con dolor de hombros.

—Suenas fatal.

—De ahí que necesite vino medicinal. Pero la verdad es que es... el paraíso.

—No —dijo Chris, un poco atolondrado por el vino—, es Michigan.

—Listillo. Podría recorrer la montaña entera, los más de sesenta kilómetros de una punta de Isle Royale a la otra, con absoluta tranquilidad, alargar la caminata tanto como quisiera... y seguiría sin ver a una sola persona y sin oír otra cosa que pájaros y ranas. En primavera hay más mariposas de las que puedas imaginar. Hasta ha habido veces en que he oído aullidos de lobos.

—¿No te sentías solo?

—¿En aquel entonces? Para nada. Tal vez porque no era definitivo. Siempre volvías a tu vida.

—¿Y ahora? —Chris bamboleó la botella entre los dedos y dio un sorbito al vino, luego le dio otro trago. «Pomelo, manzanas y... ¿vainilla?». No, no era eso.

—¿Solo? —Peter dejó escapar un largo suspiro y entonces Chris sintió que su amigo le daba un apretón en el hombro derecho con la mano—. Un poco, pero te acostumbras. Este es mi sitio, Chris. No puedo ir a ningún otro ni estar mejor que aquí. Pero tú sí. —Se produjo un pequeño silencio—. ¿Lo harás?

—No lo sé. —Sorbió vino—. No estoy seguro.

—¿No? —Como no respondía, Peter le dio otro apretón en el hombro—. Eh, habla conmigo. ¿Qué ocurre? No es por Alex, ¿verdad?

—Oh..., no, eso lo llevo bien. No es un estúpido triángulo amoroso sacado de una novela ni nada de eso. Bastante tiene ya encima, pero me molesta que monte su tienda lejos de nosotros. Lleva haciéndolo desde que entramos en el Waucamaw.

—A lo mejor es porque ella empezó esta marcha sola, hace mucho tiempo. Además, ha estado al borde de la muerte. Ya sabes lo que es eso.

Era verdad. Gracias a Tom y a lo que todo soldado sabía para salvar la vida de un compañero, o la suya propia. De lo contrario, Alex nunca habría sobrevivido a la cabalgada de vuelta hasta Kincaid. Chris todavía recordaba el siseo del aire que se le escapaba cuando Tom le introdujo aquella aguja intravenosa entre dos costillas del costado derecho para ayudarla a respirar. Y lo mucho que había intentado después darle una oportunidad a Peter. Alex se salvó porque la bala había entrado demasiado baja para alcanzarle las arterias principales y demasiado alta para atravesarle el hígado. No obstante, tenía un pulmón colapsado, músculo y tejido macerado y dos costillas machacadas. Kincaid había hecho muy buen uso de aquel botiquín de combate. Alguien —Ellie, Tom o Chris— se había quedado a su lado todo el viaje hasta la nueva ubicación de Isaac. Una vez que pudo levantarse, Tom pasó horas haciéndola caminar, también cuando ella no quería, sacándola fuera y, en general, planeando sobre la chica como un halcón.

Desde entonces, Alex había... mejorado. Separarse de Jayden, Greg, Pru, Sarah y todos los niños —los niños de Rule y los de Tom— una semana atrás había desestabilizado cierta balanza emocional. Tras pasar por aquella caseta desvencijada de guardabosques y los restos de su coche aún en el aparcamiento, a Chris le dio la impresión de que se encerraba un poco más en sí misma a cada kilómetro que avanzaban.

—Tom y yo le estamos dando espacio para que lo asuma —dijo Chris—. No podemos obligarla a estar con nosotros, aunque es duro para Ellie. No se lo hemos contado todo y no lo entiende.

—¿Y tú?

—Un poco. Alex está... no está aquí al cien por cien. Se capta la distancia en sus ojos. —A veces se preguntaba si lo único que veía eran recuerdos. Teniendo en cuenta lo que vivía en su cabeza, siempre cabía otra posibilidad, demasiado terrible para pensar mucho tiempo en ella—. Tom pasa con ella todas las tardes. Hablará con él. Él la entiende mucho mejor que yo. —La punzada de dolor era pequeña, pero aún escocía. Todo lo que le había contado a Tom en la cárcel de Rule iba en serio: ellos dos... estaban hechos el uno para el otro—. Tom dice que es como si Alex hubiera vuelto de una larga guerra. Tiene sentido. Estuvo con los Cambiados durante meses. De hecho, se preocupaba por Simon.

—Pero Simon tiene tu misma cara. Nunca se habría dejado cuidar ni habría arriesgado la vida por él si no sintiera lo mismo por ti.

—Lo sé. Supongo que somos familia. Tom dijo que, cuando encontrabas a tu gente, te encontrabas a ti mismo, aunque... yo sigo sin estar seguro.

—Creí que Jayden te caía bien.

—Oh, sí, es genial. Me alivia que lo planteara. Olvidar todo lo que había pasado: yo nunca habría encajado con Hannah. Le gusta demasiado marcar su territorio. Yo quiero vivir en algún sitio que yo construya, intentar hacerlo bien esta vez, descubrir un equilibrio. Y, ya sabes, evitar cambiar o que nos coman.

—Vamos a tener ese problema durante mucho tiempo, pero no para siempre. El cambio es un callejón sin salida, Chris. No es una enfermedad. Fue un acontecimiento. Los únicos que cambiarán a partir de ahora serán como Ellie (niños demasiado pequeños para cambiar ahora mismo) o como tú (chicos que pueden cambiar más adelante).

—Gracias. Es muy tranquilizador.

—Pero es la verdad. Luego están aquellos como el bebé de Penny. Tal vez salga Cambiado o tal vez no. Finn habló una vez de eso; dijo que los bebés que no eran Cambiados no vivirían, porque sus padres se los comerían.

—Venga ya. No son jerbos.

—La mayoría de los mamíferos destruyen a los cachorros con taras, pero imagina que sobreviven. No se parecerán en nada a sus padres. Puede que ni siquiera consigan comunicarse con ellos. Lo único que tendrán en común es que comerán personas.

Pero eso es un comportamiento, Chris. No es el destino. Los Cambiados podrían comer otra carne, plantas; su sistema digestivo no ha variado. Es su cerebro el que ha sufrido una alteración. Para ellos es permanente.

«Bueno..., quizá». Estaba Simon, pero podía no ser más que una quimera. De todas maneras, ¿cómo ibas a controlar algo así?

—De una forma u otra —añadió Peter—, los Cambiados están condenados. O los matáis vosotros o los matan sus hijos o ellos matan a sus hijos no afectados para salvarse. Sin hijos, están acabados como especie. Lo que digo es que sí, que te preocupes por lo de que te coman, pero no bases tu futuro en eso. —Peter le apretó el hombro—. Chris, deberías irte a Copper Island con ellos. Hannah no estará allí. Es tu oportunidad. Olvida por un segundo la tierra de labranza y lo difícil que será sobrevivir los primeros años. Piensa en la universidad, en la biblioteca, en los libros... Hay profesores titulares merodeando por ahí hasta que caen. Si algunos sobrevivieron, pueden ayudarte. Necesitas esto tanto como los niños, e incluso más, porque Tom, Alex, Kincaid, Pru y tú, todos los mayores... ahora sois los profesores. No sólo en las cosas prácticas como la agricultura y la construcción de una casa...

—Nada de lo cual sé hacer, por cierto. —Se deslizó un trozo de pan en la lengua y dejó que se disolviera—. Ni cómo hornear pan.

—Pero puedes aprender. Estoy hablando en serio: la Edad Media fue oscura por muchos motivos, pero sobre todo porque la Iglesia lo controlaba todo y quemaba libros. La gente dejó de aprender y se olvidó de soñar. Sí, Chris, puede que cambies, pero tú también sabes soñar de un modo muy particular.

—Eso es por la droga. —¿Y cómo se entendía todo aquello, volver de entre los muertos dos veces, lo que era capaz de hacer ahora en sus sueños..., atravesar la frontera hasta aquel sitio y encontrar a Peter? ¿Se trataba de visiones? ¿De alucinaciones? ¿Era aquello realmente el cielo o sólo una isla en el Mundo de los Muertos?

—No, este eres tú ahora, Chris —continuó Peter—. Sí, la droga disparó tu habilidad, pero tú tienes el control.

—¿De qué? ¿Sabes lo que es esto, Peter? ¿Entiendes por qué fui... —casi dijo *elegido*—, cómo hago esto? ¿Qué significa?

—No, pero en eso consiste el futuro, Chris: en que descubras quién eres y te conviertas en esa persona. Lo importante es que me has encontrado. Te desplazaste hasta aquí y sólo tú puedes hacerlo. Eres verdaderamente único. Ahora conviértete en algo más, atrévete a más. Sueña de otro modo y luego ilustra a los niños. Dales el don del conocimiento. Enséñales a intentarlo, porque de ahí nace la esperanza. Puede que tú no lo hagas, Chris, pero uno de esos niños o sus hijos descubrirá cómo volver a encender las luces. —De pronto, la mano de Peter se escurrió de su hombro—. Oh, mierda. Perdona, pero...

—¿Ya es la hora? ¿Tan pronto? —Los ojos se le inundaron de lágrimas. No parecía correcto que todo aquello, la montaña, el valle y aquel lago, fuera tan perfecto

y él se sintiera tan triste—. ¿Y si no puedo encontrarte de nuevo?

—Lo harás. —La voz de Peter era uniforme y muy calmada, como si se hubieran cambiado los papeles—. Puedes volver siempre que quieras. Lo único que necesitas es recordar cómo soñar.

—Pero tengo miedo. —Cerró los ojos—. Tengo miedo de volver a cometer un error, uno grande, como el que cometí con Lena. ¿Y qué pasa con Simon?

—Simon será lo que será. Y tú cometerás errores; cuenta con ello: eres humano. Pero has encontrado a tu gente, Chris. Vuelve ya. Ayúdalos y deja que te sanen. —Peter le puso una mano en la nuca—. Termínate el vino. No querrás que se eche a perder.

Chris se vertió el último trago dulce en la lengua. «Manzanas —decidió—. Manzanas y miel».

Entonces se giró para quedar frente a su amigo.

—Peter, yo... —Pero olvidó lo que quería decir y la voz se le atascó en la garganta cuando vio la nueva apariencia de Peter.

A su amigo le daba el sol. Lo único que los ojos deslumbrados de Chris pudieron distinguir fue una silueta: la forma de una cabeza, unos hombros anchos, un pecho fuerte y una cascada reluciente de pelo dorado. El resplandor en torno a él era tan brillante que tuvo que cerrarlos.

—Shhh. Lo sé. Yo también te quiero. Estaré bien, te lo prometo. —Peter posó una mano helada sobre sus ojos—. Despierta ya, Chris, y devuélveles la luz.

El tacto se diluyó. Cuando Chris despertó, Ellie estaba allí, mirándolo fijamente.

—Hola. Perdona, pero Tom ha dicho que es mejor que nos vayamos mientras tengamos luz. —Acunaba un saquito de tela del tamaño de una pelota de softball con ambas manos.

Fantasma estaba detrás de ella. Cuando el perro vio que Chris abría los ojos, irguió la oreja derecha, mientras que el muñón de la izquierda sólo se crispó.

—Vale. —Estaba tendido dentro de un saco de dormir sobre un lecho de cicuta fragante. No quería moverse, todavía no, temeroso de apartar la frágil telaraña de aquella visión. Preocupado por si nunca la recuperaba.

—Chris. —Los ojos de la niña estudiaban su cara con el entrecejo fruncido—. ¿Te encuentras bien? ¿Has vuelto a tener un mal sueño?

—No —le respondió él, sentándose y secándose las mejillas.

Al oeste, el sol empezaba a fundirse con el lago. Se había levantado viento y ahora le hacía estremecer. También se estaban formando nubes, cuyas panzas resplandecían como un delicioso melocotón con el sol del atardecer. Desde lo alto de los árboles les llegó el entrecortado *rata-toc-toc-toc-toc* de un pájaro carpintero. El olor a humo de leña pendía en el aire. Miró hacia el fuego crepitante, donde Alex y Tom se hallaban juntos sentados en piedras bajas. No hablaban, pero Chris vio que Tom le cogía la mano a Alex y que entrelazaban los dedos. No le dolía, tal vez porque ya estaba acostumbrado y porque aquello no era ninguna novela. Estaban a últimos

de abril, casi mayo, la primavera estaba a la vuelta de la esquina y aquella era su gente.

—¿Seguro que te encuentras bien? —le preguntó Ellie.

—Sí, estoy bien. —Estiró la mano para tocarle la mejilla—. Por una vez ha sido un sueño muy bonito, cariño.

«Espacio. —Eso fue lo único que Tom dijo cuando ella preguntó—. Dale un poco de tiempo, cielo».

Tiempo, espacio: Ellie seguía sin entenderlo. Tenía una sensación horrible sobre Alex que no sabía expresar con palabras porque estas se mezclaban con los recuerdos de su padre y con lo raro que estaba cada vez que volvía de Iraq. Dormir en el suelo en lugar de en una cama. Como... si no estuviera del todo allí. Como Alex.

Y el tiempo casi se había agotado. Ellie caminaba entre Chris y Tom, acunando su bolsita de tela con ambas manos, seguida de *Fantasma*, *Jet* y *Buck*. Al día siguiente, se marcharían de Mirror Point para seguir su camino desde el Waucamaw hasta Houghton y luego cruzar el puente hasta Copper Island. Aquello también le preocupaba. Houghton había sido una ciudad grande. Las ciudades grandes significaban problemas, incluso si se limitaban a cruzar el puente y, quizá, volarlo si no les quedaba más remedio.

Chris y Tom creían que no podían esconderse en los bosques para siempre. Los libros y el equipo y, quizá, los profesores tan viejos como Isaac y Kincaid eran demasiado valiosos para que murieran sin más. Tom había dicho que alguien tenía que ser el primero en salir del escondrijo —«saltar al campo de batalla», lo había llamado— y plantar cara. Así que ¿por qué no ellos?

«Pues porque no quiero que me coman. —Le lanzó una rápida mirada a Alex, pero estaba a la derecha de Tom y sólo entrevió su pelo—. Porque quiero que Alex vuelva del todo». Si podía. No..., no era eso: si ella misma se lo permitía.

«Debemos ayudarla a que se quede». Ellie no estaba segura de saber cómo. Llevaban mucho tiempo caminando. Tal vez Alex no quisiera caminar más. No había dicho nada, pero a Ellie le daba esa impresión.

Hasta se imaginaba por qué. La primera noche que acamparon en el Waucamaw, reunió el valor de pedirle a Tom que volvieran andando a Moss Knob: «Allí fue donde Alex y yo dejamos al abuelo Jack». Era una gran distancia; no era estúpida. Estaban a finales de abril, por lo que habían pasado seis meses desde octubre. La primavera estaba al caer, y no tendría que llevar una parka cada segundo del día. Aunque Alex decía que la primavera siempre llegaba tarde a la península superior — por eso todos los árboles seguían sin hojas y hacía frío por la noche— y todavía podía nevar. Diablos, una vez Alex vio nevar en junio cuando sus padres y ella fueron a Marquette y su padre la retó a saltar de Blackrocks porque, a veces, se te iba la almendra.

Lo que más le había gustado a Ellie era que Alex había contado una historia sobre sus padres. Se lo pasaban bien, aunque luego ella se fuera a su propia tienda y se separase de los demás después. Ellie no sabía por qué era importante el hecho de que Alex les hubiera contado aquella historia, pero le daba la impresión de que las historias eran una especie de homenaje. (Como leerles alrededor del fuego por la noche uno de los libros de Peter, *Una arruga en el tiempo*, otra cosa buena que estaba haciendo. Una historia muy buena que Alex decía que su madre le leía). Y mira, Alex le había devuelto el silbato, había asegurado que Ellie lo cuidaría bien. Y también seguía llevando puesto el reloj de Mickey, así que, si compartía con ellos todos aquellos recuerdos —libros, historias y un silbato—, era buena señal, ¿no? Uno no va por ahí compartiendo sus recuerdos con cualquiera, ¿verdad?

De todas formas, Tom había oído lo de Moss Knob y luego había dicho: «Ellie, si eso es lo que quieres, por supuesto, te ayudaré. Pero, cielo, sinceramente, no creo que esté allí. Ha pasado mucho tiempo».

Ella ya no era una niña estúpida. Tom no tuvo que continuar: mala idea. Así que no fueron. Pero eso no significaba que el fantasma del abuelo Jack no siguiera pululando por Moss Knob. Aquello la ponía triste y también le hacía sentir un poco culpable. Como si, al irse de allí, su fantasma se quedara solo. Si pudiera encontrar un modo de arreglarlo...

—Oh, chicos —saltó Alex de pronto, y Ellie notó el asombro en su voz—. Mirad.

Ellie levantó la mirada. A unos metros de distancia, el sendero se desvanecía. Lo primero que divisó fueron las panzas doradas de las nubes en el cielo y una enorme expansión de agua azul marino debajo que se extendía hasta donde alcanzaba la vista y se perdía en la eternidad. Los árboles se terminaban sin más. Cuatro pasos más adelante, Ellie se encontró en la estrecha medialuna de un acantilado altísimo de arenisca cubierto de musgo. A su derecha, una cascada caía sobre rocas rojas, marrones y amarillas en forma de cinta blanca y plateada. Oía el tamborileo de las uñas de los perros en la piedra y esperaba que no se resbalasen por nada del mundo, porque estaba realmente alto. Dado que ese era Mirror Point, se preguntaba si uno se vería reflejado en el agua desde allí arriba. Por las nubes que la surcaban, pensó que sí. (Las nubes, que les habían acompañado desde que entraron en el Waucamaw, lo cubrieron todo. Porque Ellie había estado pendiente de aquella luna. No le había dicho nada a nadie. Pero no hacía más que darle vueltas: ¿y si...?).

Sin embargo, todavía quedaba suficiente sol para rociar los peñascos. El paisaje hacía que se le encogiera el corazón, pero para bien. La luz convertía lo que uno tomaría por piedras normales y corrientes en franjas doradas y de un intenso rojo óxido y, lo mejor de todo, de un naranja neón, tan resplandeciente como la arena iraquí. En el agua misma, las ondas de la catarata centelleaban como lava fundida.

Al presenciarlo, Ellie se dio cuenta de que los padres de Alex tenían razón. Allí era donde se habían enamorado, y Mirror Point estaba tan deslumbrante y hermoso, y había tantos colores pese a la amenaza de las nubes, que era el sitio perfecto para

empezar... y para terminar. Para dormir eternamente. Aquello no lo transformaba todo en algo bueno, pero el dolor que sentía en el pecho ya no era tan agudo. Parecía que sus adentros eran el borde de un tarro de mermelada de fresa cerrado al vacío y que alguien lo bastante fuerte había girado la tapa por fin y liberado toda la presión con un pequeño *pop*.

Tom debió de detectar algo. Era muy bueno en eso. Sin que ella lo pidiese siquiera, se agachó y la cogió en brazos de modo que pudiera rodearle la cintura con las piernas y el cuello con los brazos y dejar que la llevara al borde del precipicio, igual que hacía su padre cuando era una cría.

«Por favor, Dios. —Ellie sujetó su saquito de tela por el cuello y enterró la cara en el hombro de Tom—. Por favor, que todo salga bien. Por favor, que todo mejore para que podamos volver a ser nosotros».

Chris fue el primero. Su saquito de tela era más pesado y había más que suficiente para cada uno de ellos. Mantuvo el puño sobre el agua y declaró:

—No estoy seguro de lo que hay que decir. Es extraño que viviera en Rule y no conozca mucho la Biblia. Tal vez porque siempre leíamos las partes equivocadas, no sé, pero sigo teniendo el mismo sueño sobre... —Hizo una pausa y se aclaró la garganta. Cuando lo retomó, la voz le temblaba y Ellie vio que las primeras lágrimas rodaban por sus mejillas—: Sigo soñando con la misma montaña y el mismo valle, y es hermoso, el sitio más bonito que he visto jamás, pero creo que es bonito en mi sueño sólo porque tú estás ahí, Peter. Hiciste muchas... muchas cosas mal, muy mal, pero creo que... las hiciste por afecto. Eso no las disculpa..., pero ahora entiendo un poco mejor el... el afecto. Porque tú me salvaste. Te i-importaba lo que me p-pasase. Nadie... nadie había he-hecho eso por mí antes. Ojalá hubiera podido s-salvarte, porque n-nunca tuve la o-oportunidad de decirte, nunca lo di-dije... —Chris volvió a enmudecer y se secó los ojos con el brazo—. Te quiero, Peter —declaró, con los labios temblorosos y nuevas lágrimas en los ojos... y las tuyas no eran las únicas—. Y te perdono... y espero que me dejes encontrarte de nuevo, porque te echo de menos... Te e-echo...

Y entonces ya no pudo continuar hablando. Le entró un llanto desconsolado. Relajó el puño y dejó que parte de Peter se marchara en forma de lluvia de polvo gris y de cenizas que la brisa le arrebató y arremolinó hasta fundirse en el agua dorada. Luego todos liberaron a Peter al viento y al lago hasta que se hubo ido.

Durante un rato, puede que sólo un instante, Chris se quedó allí plantado, solo, con un saquito vacío. Fue Alex quien se le acercó primero y, de repente, él se le puso a llorar en el hombro. Durante un segundo, fue como si estuvieran los dos solos, meciéndose juntos, hasta que Alex los buscó con la mirada a ella y a Tom. Tenía la cara mojada. Con la luz del crepúsculo, su pelo era tan rojo como las rocas. Cuando estiró la mano, a Ellie le dio un vuelco el corazón.

«Eso está bien». Se aferró más al cuello de Tom mientras este la llevaba en brazos, cojeando un poco porque la pierna todavía no se le había curado del todo. Los

perros los siguieron saltando, no sólo porque no querían que los excluyeran, sino porque allá donde fuera Alex, ellos la seguían a menos que les ordenara lo contrario. Cuando se acercaron, Alex los incluyó a Tom y a ella en el abrazo.

«Y esto —Ellie deslizó un brazo alrededor del cuello de Chris para envolverlos así a todos— está mejor. Es como la Meg Murry de *Una arruga en el tiempo* en el jardín».

Se mantuvieron abrazados durante un buen rato. Nadie se separó hasta que Chris estuvo listo, así que tardaron un rato, pero dio igual: ¿qué prisa tenían? A pesar de las lágrimas, Ellie nunca había sentido tanto calor, ni siquiera con una parka realmente buena. Al final llegó su turno. Su saquito no era ni la mitad de grande, pero no importaba. Había suficiente para todos.

Una semana atrás, la misma noche en que le pidió a Tom lo del abuelo Jack, le confesó:

—No sé qué decir. No tiene que ser sobre Dios ni nada, ¿verdad?

—Puedes decir lo que tú quieras. Y si no quieres decir nada, no lo hagas, cielo. — Tom se agachó y le restregó los brazos con las manos como si intentara ayudarla a entrar en calor. Fue entonces cuando ella se dio cuenta de que estaba temblando, ¿y qué?—. No hay reglas. Si te salen palabras, dilas. Si no, si tu corazón está demasiado lleno, no pasa nada.

Ahora, con el puño derecho suspendido en el agua y la mano de Tom en el izquierdo, se puso de pie en el suelo. Alex estaba a su derecha, muy cerca, y sintió que Chris se le ponía detrás, el sitio perfecto.

«Puedes hacerlo. Esto va también por Eli y por Roc. Por todo el mundo».

—Yo no te quería. —Sacó los dientes delanteros para morderse el labio inferior, que había empezado a temblarle, pero no podía agarrarse el labio y hablar a la vez, así que lo soltó. Volvía a tener los ojos empañados, y pensó: «Mierda, voy a llorar todo el rato»—. No fuiste idea mía... y yo... fui muy m-mala contigo durante m-mucho t-tiempo. Era m-mala con to-todo el mundo, so-sobre todo con el abuelo J-Jack. —Sólo le salía un hilillo de voz cada vez más chillón y no paraba de sorberse los mocos. Detrás, oyó gimotear a *Fantasma* y sintió que su nariz le topeteaba el trasero—. Y lo s-siento mucho. Te convertiste en la m-mejor amiga que he tenido..., que he t-tenido jamás..., y él era un buen abuelo y tú me pro-protégiste y me hiciste sentir mejor. M-más que nada...

Se calló. Se le había hecho un nudo en la garganta y apenas veía. Era como estar bajo agua. Ay, sabía que eso iba a pasar.

«Dilo y punto, Ellie. —Era la voccecita del armario, la que le había ayudado a salvar a Chris; la que estaba hecha de cada persona a la que había querido, ¿y no era genial que algunas de ellas siguieran allí?—. Dilo rápido y libérate».

—¿Ellie? —Era Tom con la voz muy baja, muy dulce, y dijo justo lo apropiado. No eso de «no tienes por qué seguir», como si fuera una niñita estúpida, sino—: Digas lo que digas y cómo lo digas, estará bien.

«Escucha a Tom —le dijo la vocecita—, es un tipo listo».

Respiró hondo.

—Más que nada, estaba enfadada con papá. —Lo dijo de una tacada, lo soltó y, de repente, dejó de llorar. Durante una milésima de segundo, fue como salir del sendero y encontrarse con aquel espacio de cielo abierto y agua-lava dorada; como si se hubiera salido del camino y hubiera encontrado la senda correcta hacia la verdad —. Él volvió cuando yo no quería y luego murió, y yo pensé que aquello significaba que no me quería mucho, pero tú eras suya y tú me querías, así que eso debe de significar que él también. —Volvía a llorar—. Adiós, *Mina* —musitó, y liberó a su perra—. Te quiero, bonita. Adiós, abuelo Jack. —Y luego consiguió articular—: T-te quiero, papá.

Intentó quedarse mirando a *Mina*, ver exactamente dónde aterrizaba, pero fue incapaz. Todo estaba empañado por el agua de abajo y las lágrimas de sus ojos, y había tantos colores que parecía que *Mina*, su padre y el abuelo Jack estaban por todas partes.

Pero eso era, quizá, porque el cielo también lo estaba.

—Ya está. —Tom removi6 el agua caliente en una taza de camping esmaltada, observ6 c6mo se disolvían los gránulos oscuros y luego espolvore6 la leche en polvo —. Disfruta hasta la última gota.

—Créeme, lo haré. —Alex acept6 la taza de descafeinado, sorbi6 y suspir6—. Sabe tan bien que no me importa que no tenga cafeína. En serio, ¿no hay más?

—Es el último paquete hasta que lleguemos a Houghton. A menos que tengamos suerte en algún Kwik-Mart que no hayan asaltado. Los Starbucks los desvalijaron hace tiempo. —Tom rode6 su propia taza con la mano izquierda y se apoy6 contra un gran peñasco. Le pas6 un brazo por los hombros, pero con suavidad, consciente de sus costillas aún delicadas, y se la peg6 un poco más—. Si es que hay Starbucks aquí arriba.

—Los había. —Alex dej6 descansar la cabeza contra su pecho—. Pero creo que sólo en Marquette y... Mackinac Island. Sí, lo recuerdo porque un mont6n de hoteles de la isla no tenían aire acondicionado y hacía mucho calor una vez que fuimos, pero ahí estaba mi padre, dándole tragos a un vaso de Starbucks de los grandes mientras le caía el sudor por la cara.

—Entonces, era de los míos: tenía sus prioridades claras. —El fuego se había reducido a unas ascuas naranjas. Justo enfrente, con la barbilla apoyada en las patas, *Buck* estaba medio dormido, con los ojos entrecerrados por el resplandor de las llamas. Aquella era la parte del día que más le gustaba a Tom: se sentaban y charlaban durante horas o los dos se limitaban a contemplar las llamas que poco a poco se iban apagando mientras ella se acurrucaba y él le acariciaba el pelo. Dejarla allí fuera con *Buck* como única compañía no era la parte más memorable.

Todas las noches esperaba que le dijera: «Espera un segundo. Vuelvo contigo».

—Chris ha dicho que Hannah mencionó una cafetería no muy lejos de la universidad donde se reunían todos los estudiantes. —Sopló en su taza y sorbió un trago humeante. Un dedo de calor le fue trazando una línea por el pecho que se expandió en el estómago, un calor que coincidía con el crepitar del fuego en su cara —. A lo mejor tenemos suerte. Chuparía un filtro usado si hiciera falta.

A Alex se le escapó una sonrisilla.

—¿Está muy lejos?

—¿Tras salir del Waucamaw? A unos ciento treinta o ciento cuarenta kilómetros en línea recta.

—Una larga marcha.

No supo descifrar muy bien su tono. Tal vez porque para él «larga marcha» significaba algo muy específico y distinto.

—Seguramente, una semana larga. —Sorbió café—. No es nada que no hayamos hecho antes. Ya lo hemos planificado con Jayden. Si algo cambia, hemos calculado sitios a lo largo del camino y puntos de referencia fáciles donde nos puede dejar mensajes. Como lo de Houghton y la cafetería. Y cuando crucemos el puente, Jayden ha dicho que hay una vieja sinagoga de piedra rojiza que...

—Sería mejor que yo no fuera —comentó en voz baja.

Por un momento, Tom no fue capaz de asignarle sentido a aquellas palabras y luego sintió que el café se le cortaba en el fondo de la garganta. «No, venga ya; no cuando estamos tan cerca». Colocó su taza en el suelo con la misma concentración y cuidado que pondría con una carga explosiva.

—¿Qué estás diciendo?

Otra pausa. Alex se enderezó hasta que dejaron de tocarse y respondió, mirando el fuego:

—Lo he pensado mucho, de verdad.

Su voz se había vuelto un poco apagada, un tono que conocía bien por lo que le había contado de la lenta transformación de Daniel en un Cambiado y el consecuente suicidio del chico. A Tom se le convirtió la sangre en aguanieve.

—Quieres quedarte. Aquí. En el Waucamaw, tú sola. —«Respira, Tom. Tranquilízate, no la agobies. Cuenta hasta diez». Contó hasta tres—. Alex, ¿en qué demonios estás pensando?

Incluso a la luz del fuego, los ojos de Alex eran demasiado oscuros.

—Creo que es peligroso para vosotros. Lobezno ya me encontró una vez. Puede volver a hacerlo.

—Si es que sigue vivo.

—Creo que es posible que sí. No puedo asegurarlo, pero esta cosa de mi cabeza... la controlo, pero también está... sola. ¿Sabes?, a veces siento que busca.

—Creí que dijiste que estabas mejorando en mantenerla a raya. —Se dio cuenta de que la brusquedad de sus palabras era casi una acusación, pero no podía evitarlo.

Una punzada de pánico le subió por la espalda. «No, no puede hacerlo, no puede; no se lo permitiré». Con más calma, añadió—: Aunque lo esté haciendo, no has olido a ningún Cambiado. Y los perros tampoco.

—Todavía. Una vez que abandonemos el Waucamaw y empecemos a dirigirnos hacia donde había gente y puede que aún haya..., lo más probable es que los huela.

—¿Y qué? Los Cambiados forman parte de la vida. Son el enemigo. Vaya novedad.

—Para ti es diferente. Tú no tienes una cosa viviendo en tu cabeza.

—¿Ah, no? ¿Y qué te crees que es un *flashback*? —«TOM...». Al doblar las rodillas, la pierna izquierda le dio un pinchazo. Por una vez, aquel doloroso mordisco era bueno, porque embutió el resto garganta abajo. Cerró los ojos, inclinó la cabeza y liberó aquel repentino arranque de ira con un resoplido. «Fuera malos rollos»—. Perdona. No ha sido justo. Sé que no es lo mismo.

—No pasa nada. Tal vez sea lo mismo en cierto modo. Creo que lo que estoy diciendo es que sí, que huelo a los Cambiados. Sí, el monstruo se comporta muy bien... para ser un monstruo.

—No bromees con eso. —Se la quedó mirando fijamente—. No bromees con cómo me siento.

—No lo hago. —Sus ojos titilaron, pero su voz era firme—. Trato de que lo comprendas. A veces tengo sueños y son nuevos. Lo que hice con Finn... creo que abrió una especie de puerta en mi cabeza.

—¿Sueñas con los Cambiados? —Tom sintió que su ira daba paso a una conmoción—. ¿Los ves?

—A veces. —Alex tragó saliva—. Creo que es porque veo a través de alguien, como hice en Rule al final. No estoy segura de quién o qué es, pero ocurre cuando estoy dormida, Tom. No puedo controlarlo. No puedo hacer nada con mis sueños.

—Alex. —Tom se sentó más derecho—. ¿Por qué no has dicho nada? ¿Por qué no me lo habías contado?

—Te lo estoy contando ahora. Tom, en Rule, si no me hubieras derribado en las escaleras, no estoy segura de no haber seguido con aquel... —hizo un gesto vago con la mano ahuecada cerca de la cabeza— frenesí. Fue terrible y maravilloso al mismo tiempo. Sé que suena a locura, pero entiendo lo que Peter debió de sentir, aquella adrenalina tan poderosa cuando lo único que te importa es matar. Así que sé que me puedo dejar llevar.

—Razón de más por la que deberías quedarte con nosotros, echar el ancla. Dejar que te ayudemos. —«Déjame».

—Pero, Tom, piensa: si puedo ver a través de ellos, ¿qué probabilidades hay de que no ocurra en sentido contrario? ¿Y si atraigo o conduzco a Cambiados hasta nosotros? Nadie estará a salvo.

—Esos son muchos «y si». No, un momento, déjame terminar —insistió cuando ella abrió la boca—. En el último mes no ha pasado nada. No ha habido Cambiados,

nadie nos ha seguido. Hemos estado semanas con Isaac, cerca de donde los había habido, y no hemos visto a ninguno. Tienes razón; no soy tú, pero algo sé sobre sueños espantosos y sobre cómo te dominan. Tampoco me trago que tus sueños sean la única razón por la que no quieres venir, porque ¿y si los monstruos vienen, Alex? —Quería tocarla, agarrarla por los brazos y acercársela. En todo ese tiempo y durante todas aquellas semanas, nunca la había abordado, ni la había besado ni había hecho otra cosa que intentar ayudarla a que se recuperara. Si pensaba que iba a dejar que se fuera sin pelear...—. Deja que vengan, Alex. Deja que los monstruos intenten atraparte. Tendrán que pasar por encima de mi cadáver, y no lo permitiré.

—Esa no es una promesa que puedas cumplir, Tom.

—Los mataré —dijo matizando las palabras—. Nadie va a separarte de mí y punto.

—¿Y si mueres por mi culpa?

—Esa será mi decisión, Alex, pero la cosa no llegará a tanto.

—¿Vas a decidir también por Ellie? ¿Por Chris y por Kincaid? ¿Por Jayden? ¿Por el resto de niños?

Tom cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y le habló al cielo nocturno:

—Yo... no... te dejaré aquí. —Bajó la mirada hasta la suya—. Me niego. Si no vienes, yo también me quedo. No voy a dejarte, Alex, nunca más.

—No. —La conmoción se propagó por su cara—. No, Tom, no permitiré que lo hagas.

—No voy a dejarte —repitió—. Tú no eres la única que decide, así que o te vas de aquí con nosotros mañana o le decimos adiós a Ellie y a Chris. Punto.

La boca de Alex se convirtió en una fina cuchillada encima de la barbilla.

—Tom, ¿por qué haces esto? ¿Por qué me lo pones más difícil?

—¿No crees que a mí también me resulta difícil?

—Por supuesto que sí, pero ¿no ves que trato de protegerte?

—¿Y tú no ves que te quiero? —gritó. «A la mierda». La estrechó entre sus brazos. Si ella se hubiera apartado, la habría dejado; uno no puede aferrarse a alguien resuelto a escapar. Pero Alex no lo hizo, aunque estaba llorando, con los ojos como platos y en silencio, derramando lágrimas por las mejillas, que se veían pálidas hasta a la luz de la candela—. Alex. —Y entonces hizo lo que llevaba semanas ansiando: le apartó el pelo de la cara para ver, tocar y memorizar mejor cada centímetro, cada rasgo de su cara, desde la curvatura de su ceja hasta el arco que describían sus labios y el ángulo de aquella terca mandíbula—. Alex, no me importa que tengas cáncer. No me importa que todo o parte de ese cáncer sea un monstruo. Me importas tú, y he caminado solo durante mucho tiempo. Lo hice en Afganistán y también en el Waucamaw. Habría caminado hasta desfallecer si no nos hubiéramos encontrado. Pero lo hicimos y estoy muy cansado de caminar solo. Por favor, Alex, por favor, camina conmigo. Ten el valor suficiente para caminar lejos de aquí conmigo. Abandona este lugar. Aquí sólo viven fantasmas. Ven con nosotros. Ven conmigo.

—Tom. —Ella levantó una mano temblorosa y se la llevó a la boca—. Estaba muriéndome cuando llegué aquí.

—Yo también —le respondió—, sólo que en otro sentido.

—Pero ¿y si en realidad sigo muriendo y no lo sé? ¿Y si gana más fuerza y enfermo de nuevo? Ya es suficiente con tener un monstruo. ¿Y si el cáncer no es todo monstruo? ¿Y si también es cáncer? No sé de cuánto tiempo dispondremos.

—Bienvenida al resto de la raza humana —dijo Tom, lo que hizo que Alex soltara una carcajada llorosa que aflojó el terrible nudo que él tenía en el pecho. «Sí, Dios, sí, por favor, hazlo por mí. Sólo esta vez, por favor»—. Lo único que sé, la única cosa de la que estoy seguro al cien por cien, es que te quiero. Camina conmigo, Alex. Camina conmigo hoy —le besó una mejilla y luego la otra, probando su piel y la sal mojada — y mañana. —Luego rozó los labios de Alex con los suyos y los sintió entreabrirse y suspirar en su boca—. Camina conmigo, Alex —susurró—. Camina conmigo el tiempo que nos quede.

Y lo que pasó a continuación fue cosa suya y de nadie más.

El monstruo la despertó de un tirón.

Por un segundo, se preguntó si había sido un sueño: un sueño agradable, pero... una ilusión al fin y al cabo. Luego inhaló el almizcle, el humo dulce, las especias y a Tom —Tom: cálido, sólido y real— y oyó su respiración profunda de dormido. Retiró con cuidado la cabeza hasta que lo distinguió en la tenue luz que inundaba la tienda. Yacía de costado y le tenía puesta una mano en el estómago; una flecha de luz le plateaba el pelo.

Le recorrió la cara con la vista. Había una serie de ciencia ficción que a su padre le encantaba, muy vieja, no *Star Trek*, sino otra sobre una estación espacial que tenía un número en el título... ¿Seis? No, cinco. En cualquier caso, había unos alienígenas raros que hacían rituales raros. Uno era observar a un ser querido mientras dormía, porque era entonces cuando todas las máscaras caían y veías a la persona como era. Sonaba muy absurdo, pero... Tom, dormido y quizá soñando por primera vez en condiciones, era como siempre: firme y seguro, valiente y cabezota. Alguien con quien caminar. Alguien a quien amar, y eso ya era suficiente maravilla. No había ninguna diferencia, aunque...

«Un segundo».

Reprimió la necesidad de enderezarse de un respingo. Cerró los ojos, los abrió. Nada había cambiado. Estaba Tom, dormido, y había...

«Mira y verás. —Sacó una mano de su saco de dormir y extendió un solo dedo—. Es una alucinación o algo. En realidad, no estoy viendo esto».

Con el corazón a mil por hora, contempló cómo la punta de su dedo salía de la oscuridad granulosa... y se hacía visible. Saltó de la sombra para cruzar a aquel rayito de luz que se colaba por una fina rendija de uno de los faldones de la tienda y

brillaba en el pelo de Tom.

«Dios mío». Retiró la mano y se quedó mirando fijamente como si esperara que apareciera una mancha de pintura luminosa. Por supuesto, no había ninguna. Con cuidado de no despertarlo —no tenía sentido comportarse como una idiota, sobre todo si estaba equivocada—, levantó la cabeza hasta alinearse con aquella rendija y mirar a través de ella. La cuestión, sin embargo, era que no veía nada hacia el otro lado.

Porque el resplandor que se colaba por la rendija era muy brillante.

Oyó que la respiración se le escapaba arrebatándole un pequeño «oh». Se quedó tumbada un momento más, reflexionando, antes de salirse del saco con cuidado y sentir que la mano de Tom resbalaba por su piel. Menos mal que ella estaba en el lado de la cremallera. Tardó unos segundos en ponerse la parka. Hizo una mueca cuando pisó el nailon frío y caminó poquito a poco hacia los faldones de la tienda, conteniendo el aliento por el ligero siseo que emitió la cremallera al descorrerse. Entonces sacó la cabeza de la tienda... y se quedó helada.

Delante, ni a quince metros, el bosque estaba bañado por relucientes rayos de un azul plateado, lo bastante brillantes como para proyectar sombras altas y negras como la tinta. Distinguió los trocos sobre el lecho de agujas; las piedras alrededor de la fogata aterrada, las brasas durmiendo bajo una manta de cenizas; incluso el resplandor de cada una de las arandelas de su tienda. Desde su sitio, próximo al cerco del fuego, *Buck* levantó la cabeza y la ladeó interrogante ante su repentina aparición en medio de la noche, sobre todo porque lo había echado a patadas de la tienda.

—¡Ay, mi madre! —susurró, y contempló con una especie de estupor que las volutas de su aliento no eran de un verde grisáceo enfermizo..., sino azules. Había dejado las botas fuera de la tienda y en ese momento las recogió a tientas con los dedos súbitamente torpes y la boca seca. «Debería despertar a Tom. Querrá ver esto. Deberíamos avisar a los demás». Sí, pero primero quería asegurarse. Metió los pies desnudos en las botas. Se dio cuenta demasiado tarde de que, con las prisas, había olvidado sacudirlas. Para su alivio, sus dedos descubrieron que nadie había entrado para hacerle una visita.

Había montado la tienda bajo el techo que le proporcionaban una cicuta y un arce azucarero, pero había un claro a su izquierda. Se puso en pie y se abalanzó en aquella dirección mientras *Buck* la seguía trotando con torpeza. En sólo unos segundos, apareció en un charco de luz tan intenso que lo primero que vio, a la derecha, fue el alargado alevín de su sombra que se alejaba corriendo. También vio la sombra de *Buck* y el doble brillo de sus ojos al mirarla, preguntándose qué diantres la tenía tan alterada. Alex giró sobre sus talones, miró a la izquierda y arriba por un claro abierto en el dosel del bosque...

Y hacia el cielo de la noche, donde la densa maraña de nubes se había deshecho. Sólo se veían unas estrellas brillantísimas. Y eso se debía a que la luna estaba en lo alto, llena... y blanca.

—Dios mío. —Se llevó la mano a la boca—. Estás ahí, estás ahí de verdad, has vuelto, eres la luna, eres...

En ese momento, *Buck* emitió un gruñido de advertencia. Alex oyó el suave *shhh* de un pie rozando la tierra.

Luego, a su izquierda, el olor se desplegó desde la intensa negrura del bosque.

No había mentido. Creía en serio que su monstruo funcionaba en un único sentido: saltaba tras los ojos de alguien, pero no a la inversa.

El olor llevaría allí un rato, aunque no mucho tiempo. Antes había estado fuera con Tom y sólo había olido el metal fuerte, punzante y frío del lago Superior, la resina fresca del bosque, el fuego... y a Tom, claro. Había estado muy concentrada en él, en su sabor, en la sensación de su boca y sus manos y luego en la urgencia de su cuerpo contra el suyo. Su olor le saturaba la piel, el pelo y cada parte de ella. Tom era muy fuerte, un bullir en su propia sangre, y lo que habían hecho juntos era tan dulce que eclipsaba todo lo demás.

En ese momento, sin embargo, recordó el sueño, breve pero vivido, que la había despertado. La imagen se parecía más a la de una grúa de grabación de un vídeo desvaído: una panorámica en picado que mostraba el bosque y algo desdibujado que podía ser una tienda y luego el lago, no negro ni de un verdoso enfermizo, sino azul acerado y resplandeciente a la luz de la luna, y donde pequeñas olas envolvían las rocas.

Fue entonces cuando el monstruo alzó la cabeza, captó un olor y Alex se despertó.

—No pasa nada —le dijo al perro lobo, sin saber si era verdad. Sin embargo, no detectó ninguna señal de peligro: sólo sombras frías y niebla gris con un toque de manzana.

Y podredumbre. También seguía allí. Todavía.

No lo habría divisado de no ser por la luna. Estaba bastante lejos, en los árboles. Apenas una sugerencia, una figura de palitos recortada de una cartulina negra.

Al verlo, todo lo que en ella había de humano se congeló, aunque no el monstruo, con sus brazos escamosos y sus dientes de aguja. Lobezo era un compañero, alguien con quien jugar. Para ella, era como si el monstruo hubiera decidido escoger su peor pesadilla y hacerla realidad.

Aquello sólo terminaría de una de estas dos maneras: con Lobezo muerto o —pito-pito-gorgo-rito— Tom, Chris o Ellie. Elige.

—No puedes hacer esto, Lobezo —le advirtió a aquella silueta de los árboles—. Te matarán. —«O lo haré yo para protegerlos». Quiero caminar con Tom. Lo siento, Lobezo. Vuelve con Penny. Te necesita. Ojalá pudiera ayudarte a que volvieras a ser Simon, pero no sé cómo hacerlo. No sé si puedes. —«Ni si debería intentarlo».

Con todo, resulta que tenía la mano derecha metida en el bolsillo de la parka y palpó dos cosas, ambas crujientes. Una la había puesto allí hacía bastante tiempo. Se le había olvidado. La estaba reservando para una ocasión especial. Hasta ese instante, creyó que la compartiría con Tom, Chris y Ellie. Una especie de celebración cuando empezaran su larga marcha, juntos, hacia algo nuevo.

La otra era la carta de su madre, la que Ellie le había robado a Harían. La había leído tantas veces que la había memorizado, de modo que no necesitaba la poderosa luz de la luna. Las líneas que le vinieron ahora a la negrura de su mente, sin embargo, eran las que había escrito su padre.

«Un consejo, cariño: cuando estés al borde del abismo, cuando tengas que elegir entre la seguridad y lo que sería mejor, incluso si lo que es mejor también da miedo, lánzate, cielo. Coge aire y...».

No le había mentado a Tom. Lo había... omitido. No, tampoco era eso: no lo había entendido bien y punto. Al echar la vista atrás, asumir que el monstruo podía saltar detrás de ojos ajenos sin pedir permiso iba contra su propia experiencia.

Durante la última semana, sus sueños habían estado plagados de imágenes que reconocía: la estación desierta del guardabosques, su Toyota destrozado, aquella señal que indicaba el camino a Moss Knob y a Luna Lake. Todos sitios que le resultaban familiares a lo largo de aquella larga marcha de regreso a su pasado.

Para Lobezno, en cambio, todas eran nuevas.

Entonces, ahora... ¿Lobezno veía lo que ella hacía? ¿Metiéndose en sus sueños? ¿O colándose en silencio tras sus ojos cuando estaba despierta y no era consciente de ello? No había forma de asegurarse, pero cualquiera de las posibilidades respondería a la pregunta de cómo se las había apañado para seguirle la pista. Con *Buck*, Lobezno no debería haber sido capaz de olería. A menos que aquello también estuviera cambiando.

Algo más en lo que pensar: si Lobezno veía a través de ella, aunque sólo fuera cuando soñaba, ¿qué pasaba con... las emociones? ¿Con los pensamientos? ¿Qué pasaba si, de algún modo, ella podía hacer lo que Finn no pudo? ¿No ser portadora de una señal, sino recibir una de verdad?

«Lánzate».

¿Podría hacerlo? Sentía que su monstruo impaciente aplastaba la nariz contra la vítrea parte trasera de sus ojos. ¿Debía hacerlo? Aquello no sería ningún «*toc-toc*, ¿puedo pasar?». Sería como en la nieve, cuando ardió la casa del lago, pero en lugar de que Lobezno tratara de redescubrir quién había sido en su cara, sería ella la que lo buscaría a él, como Meg Murry cuando apartó a ELLO para encontrar a su hermano.

«Cuando estés al borde del abismo, cuando tengas que elegir entre la seguridad y lo que sería mejor...».

Alex cerró los ojos, se concentró y dejó que un bracito escamoso del monstruo

saliera como un zarcillo. Su mente dio un salto con la sensación de un desvanecimiento... y justo después se encontró tras los ojos de Lobežno viéndose a sí misma: pelo suelto y piernas desnudas en medio de la perla azul-plateada de la luna.

Y entonces, por un instante —y sólo eso—, también ella se dejó ir, confiando en el afecto y en su propia fuerza, permitiendo que la puerta se abriera lo suficiente para sacudir la mente de Lobežno con unos dedos vacilantes y fantasmales y tantear al chico que se escondía bajo el monstruo. Alex reprimió un grito cuando su pecho se llenó con el dolor profundo y amargo que suponían la pena, la soledad y la añoranza de este.

Entonces abrió los ojos. A su monstruo no le gustó volver —lo notó por el pequeño aleteo espástico—, pero sabía que no tenía nada que hacer. En cualquier caso, Alex estaba ocupada. Necesitaba intentar una cosa más.

—No quiero que mueras, Lobežno, si puedes volver a ser Simon. Si crees que estás cerca. —Sacó la mitad de aquella tableta de Almond Joy tamaño familiar que había guardado como sorpresa, como celebración de lo posible. Se encorvó, sin apartar los ojos del chico envuelto en sombras, y sacó lo que había dentro de la cajita de cartón. El envoltorio crepitó en el silencio. El olor a chocolate, a coco dulce y a almendras especiadas inundó el aire. Alex se acercó con cuidado y puso el dulce sobre su envoltorio en el suelo que había entre los dos.

Porque, ¿qué demonios?, a veces se te va la almendra.

«Lánzate, cielo. Coge aire y...».

—Salta, Lobežno —dijo.

Y entonces dio un paso atrás y esperó con *Buck*, a la luz de la luna, para ver qué pasaba a continuación.

FIN DEL TERCER LIBRO

AGRADECIMIENTOS

Decir que esta trilogía ha sido un viaje apasionante sería quedarse corto. No creo que en toda mi vida haya gastado tantos paquetes de clínex y supongo que seguiré pensando en estos personajes y en lo que ha sido de ellos durante mucho tiempo.

Dar las gracias a la gente que ha hecho posible esta aventura parece muy poco para quien ha dado tanto, pero mi gratitud hacia ellos por creer en mí y por el duro trabajo que han realizado para que estos libros vieran la luz no tiene límites. Para empezar, a mi editor, Greg Ferguson, que se merece una medalla por todas las horas que ha invertido en estos manuscritos y por mirarlos con lupa. No creo que me haya leído nunca tanto; Greg es un tipo que no tiene ningún reparo en involucrarse en la historia y sus comentarios prácticamente te gritan desde la página: «¡Quiero saber qué pasa luego y lo quiero saber YA!». (Vale, vale, entendido).

A mi agente Jennifer Laughran, a la que nadie le llega a la suela de los zapatos: una mujer que no sólo me cubre las espaldas, sino que además tiene la asombrosa habilidad de llamarme en el momento preciso... Ya sabes, cuando tienes razón, tienes razón. Y gracias: era justo lo que necesitaba.

A todos los maravillosos colegas de ahora y de siempre de Egmont USA, con los que he tenido la inmensa fortuna de trabajar; en especial, muchísimas gracias de nuevo a:

Elizabeth Law, una mujer que sabe hacer limonada cuando la vida te da limones: tú, yo, cena.

Ryan Sullivan, un corrector de primera y un auténtico fan: no se te escapa una, tío. Se palpa tu amor por esta serie.

A Katie Halata, Mary Albi y Alison Weiss por estar siempre disponibles, tuiteando, respondiendo preguntas (¡incluso los fines de semana!) y ocupándoos de todo sin horarios: os debo un dry martini a cada una, ¡o tres! (Aunque debo admitir, Katie, que cuando te ofreciste a ayudar durante tu luna de miel..., en fin, no supe si preocuparme o darte las gracias. Lo primero es lo primero, amiga).

A Deb Saphiro: gracias por organizarme la vida. Es un trabajo sucio, pero alguien tiene que hacerlo.

A todos los miembros del equipo de ventas y publicidad de Random House, que son los que están ahí fuera dando la cara: gracias por hacer visible mi trabajo a los lectores y darles a estos libros su mejor oportunidad.

Mi más sincero agradecimiento también a mis editores en el extranjero, que decidieron confiar en esta trilogía y dedicaron buena parte de su tiempo y energía a semejante cometido. Quisiera reconocer especialmente la labor de Niamh Mulvey, Roisin Heycock, Alice Hill y el resto del equipo de producción de Querkus UK: el té estaba delicioso, pero esos cócteles de zombis no tenían parangón. Creo que ya me he recuperado lo suficiente para otra ronda.

A Dean Wesley Smith y Kristine Kathryn Rusch: teníais razón, estaba preparada.

A mi marido, David: venga, admítelo, vas a echar de menos que te despierte a las dos de la madrugada para discutir algún punto de la trama, sabes que sí. Así que, bueno..., tal vez sea el momento de empezar otra serie.

Y, por último, a todos los blogueros, seguidores, usuarios de Twitter y amigos de Facebook de todo el mundo, que han compartido su amor por esta serie conmigo y con cualquiera que quisiera escucharlo: muchísimas gracias por hacerme saber que esta trilogía os ha emocionado. Me ha encantado hacer este viaje con vosotros. Este es mi mundo. Bienvenidos a él.



ILSA J. BICK antes era psiquiatra infantil y forense, si bien ahora se dedica por completo a su carrera de escritora. Licenciada en Literatura de Estudios Cinematográficos, vive en Wisconsin y ha publicado más de quince novelas tanto de adultos como juveniles, muchas de ellas best selleres y galardonadas con premios.

Cenizas es el primer tomo de una trilogía que continúa en Sombras (2013) y Monstruos (2014). Meses antes de salir a la venta, sus derechos ya se habían vendido en siete idiomas.